La historia biográfica en Europa

Nuevas perspectivas

Isabel Burdiel
Roy Foster
(eds.)



Isabel Burdiel. Catedrática de Historia Contemporánea de la Universitat de València y Honorary Research Fellow de la Universidad de East Anglia, así como coordinadora de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (2008-2015). Especialista en historia política y cultural del liberalismo decimonónico, con señalado interés por la perspectiva biográfica y las relaciones entre historia y literatura, ha publicado *La política de los notables* (1987), las ediciones críticas de la *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft, y de *Frankenstein*, de Mary W. Shelley (1994, 1996), y junto a Manuel Pérez Ledesma, *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX español* (2000) y *Liberales eminentes* (2008). Su obra *Isabel II. Una biografía* (2010) recibió en 2011 el Premio Nacional de Historia.

Roy Foster. Carroll Professor of Irish History en Hertford College, Universidad de Oxford. Pertenece a la British Academy, Royal Irish Academy, Royal Historical Society y Royal Society of Literature. También figura como miembro honorario del Birkbeck College, Universidad de Londres. Está considerado una de las principales autoridades en la historia social, política y cultural de Irlanda, con especial inclinación por la historia biográfica. Ejerce, asimismo, de reputado comentarista cultural y crítico. Autor de *W.B. Yeats, A Life, Vol. I: The Apprentice Mage* (1997), que obtuvo el Jacks Tait Black Memorial Prize; *The Irish Story: Telling Tales and Making It Up in Ireland* (2003); *W.B. Yeats, A Life, Vol. II: The Arch-Poet* (2003); *Luck and the Irish: A Brief History of Change from 1970* (2008); y *Words Alone: Yeats and his Inheritances* (2011). Su último y celebrado libro lleva por título *Vivid Faces. The revolutionary generation in Ireland, 1890-1923* (2014).


HISTORIA
GLOBAL

La historia biográfica en Europa

Nuevas perspectivas

Isabel Burdiel
Roy Foster
(eds.)



Institución Fernando el Católico
Excma. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2015

Publicación núm. 3392 de la
Institución Fernando el Católico
organismo autónomo de la
Excma. Diputación de Zaragoza
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
fax [34] 976 288 869
ifc@dpz.es
http://ifc.dpz.es



Diseño de la colección
Víctor Lahuerta

Impresión
Cometa, SA

Encuadernación
Manipulados Cuarte, SL

ISBN: 978-84-9911-337-1

D.L.: Z 697-2015

Impreso en España—Unión Europea
Printed in Spain—European Union

Índice

Introducción

Isabel Burdiel y Roy Foster

¿Cuáles son los retos a los que debe enfrentarse la práctica de la biografía en el contexto de los debates actuales entre los historiadores? ¿Constituye un género diferenciado o participa de las grandes preguntas y problemas de la historiografía en general? ¿Qué formas puede adoptar y cómo puede contribuir a una renovación más amplia de nuestra forma de concebir la historia? Con estos interrogantes como punto de partida nació en 2008 la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía / *Biographical Network on the Theory and Practice of Biography*, que ha aunado la reflexión de casi una treintena de especialistas en el tema, con un particular énfasis en la transmisión del conocimiento y el diálogo intergeneracional.

Su página web (http://www.valencia.edu/retpb) pone a disposición de los estudiosos interesados los resultados de sus encuentros de discusión a lo largo de estos años. La página, considerada un recurso *in progress,* incluye una amplia bibliografía, actualizada en este momento hasta 2014, con los trabajos de orden teórico y metodológico que sus miembros han considerado más influyentes o relevantes para comprender los debates actuales sobre qué son y qué deben ser los llamados, a veces con escasa reflexión, «nueva biografía» o «giro biográfico».

El objetivo fundamental de esta Red, tal y como fue planteada en el momento de su fundación, era precisamente contribuir a ampliar y enriquecer los espacios de reflexión sobre la práctica biográfica, asociados tanto a los procesos de investigación como de escritura. Este objetivo global suponía, al menos, tres direcciones de trabajo complementarias. En primer lugar, la identificación, en su caso, de los problemas específicos de la biografía a la luz de la renovación historiográfica de las últimas décadas. En segundo lugar, la discusión sobre su potencial analítico para proporcionar una visión más abierta y más plural del pasado. En tercer lugar, la reflexión sobre el carácter transnacional e interdisciplinar que ha adoptado la revitalización de los estudios biográficos en el ámbito europeo occidental.

Este volumen recoge una amplia selección de los ensayos discutidos en los diversos encuentros de la Red en Valencia, París, Florencia, Oxford, Madrid y Santander. En ellos se abordan temas considerados relevantes como la posición del biógrafo y su capacidad para construir y argumentar la significación histórica de una vida individual; la cuestión crucial de la empatía, su necesidad, su alcance y sus riesgos; la ampliación y reformulación de las nociones de individuo y sujeto histórico; la reflexión sobre las categorías (de clase, género, raza o nación) que lo constituyen y que, en buena medida, permiten transcender y discutir la dicotomía convencional entre «gente corriente» y «grandes personajes».

Todo esto implica, a su vez, la problemática en torno a las convenciones sobre la experiencia, la identidad, la subjetividad y la representatividad, lo privado y lo público, así como la dimensión ética del trabajo biográfico. Finalmente, nos ha interesado la cuestión clave de las técnicas argumentativas y de los recursos expresivos de la narración biográfica; la capacidad de la biografía para cruzar escalas, espacios y esferas, y resultar útil como forma de conocimiento en una perspectiva transnacional, global, interesada en la mezcla, la hibridación, las historias que se conectan y se entrecruzan.

Ensayos como los de James Amelang, Birgitte Possing, Cristiano Zanetti, Maarit Leskelä-Kärki o John Elliott comienzan con una nota interrogativa: hasta qué punto puede o quiere un «historiador» ser definido o definirse a sí mismo como «biógrafo» y qué relaciones existen entre ambos. Una pregunta que remite a la cuestión de largo alcance y de larga historia sobre si la «biografía» puede ser considerada una tarea «histórica». Un tema que aborda directamente Sabina Loriga en su relevante ensayo sobre las relaciones entre la escritura biográfica y la escritura histórica lo largo de los siglos XIX y XX y que Anna Caballé concreta en su propuesta de elaboración de un «canon biográfico» español.

La conclusión en la mayor parte de las contribuciones de este volumen es que la biografía puede ser considerada una perspectiva de análisis histórico de pleno derecho, con conciencia de sus valores interpretativos y de la importancia de una contextualización profunda y compleja de los personajes estudiados. Una aproximación que ofrece una capacidad singular para «la descripción densa» de una época, de una cultura, incluso de un *Zeitgeist*, que pueden ser comprendidos mejor, de forma menos unívoca, a través del observatorio que proporciona una vida personal, aun la más plena de singularidad.

Varios de nosotros preferimos utilizar el término (propuesto por Sabina Loriga) de *historia biográfica*, aquella que se guía por una serie suficientemente formulada, pero también suficientemente flexible, de problemas históricos generales y que trata de explicar la singularidad de una vida individual sin someterla por ello a un relato que la trascienda o anule. Para esa historia biográfica es especialmente aguda, y objeto prioritario de reflexión en cada caso particular, la tensión entre el todo y las partes, lo colectivo y lo individual. Una tensión que todos nosotros reconocemos como fructífera para nuestros trabajos, pero esencialmente irresoluble. Por ello, consideramos importante superar la disyuntiva entre excepcionalidad y representatividad para plantear el problema en términos de qué puede aportar el análisis de una trayectoria individual al mejor conocimiento del pasado, a su carácter plural y abierto. Qué nos pueden decir una vida y una mirada particular sobre el mundo histórico y sobre sus posibilidades. Por tanto, para todos nosotros, no existe una época sino varias épocas, no existe un contexto sino varios contextos, cruzados y frecuentemente en conflicto, a la hora de tratar a nuestros personajes.

Nos importa a todos menos el *quién* que el *cómo*. Esta es la implicación tras la llamada de Zanetti a una «aproximación multifocal» y la definición de Possing de la vida de la política danesa Bodil Koch como un «retrato polifónico». De la misma manera que todos creemos que es necesario analizar las interpretaciones cruzadas, y los conflictos en torno a ellas, para comprender las formas de construcción posible de una o múltiples biografías de nuestros personajes. Un tema que es abordado por Santos Juliá al analizar el origen y la variedad de materiales que fueron configurando los estereotipos, de largo alcance político y cultural, sobre el presidente de la II República española, Manuel Azaña.

Todas las contribuciones propugnan, por lo tanto, una definición mucho más amplia de qué es una biografía y tratan de responder al escepticismo, en su momento interesante pero hoy quizás ya poco útil, de Pierre Bourdieu —citado por varios de nuestros autores— sobre la biografía como una herramienta de análisis histórico. Las que él denominó «reglas del género» han saltado hace tiempo por los aires aunque, por supuesto, como ocurre con cualquier otra forma de hacer historia, sigan reproduciéndose en sus formas más convencionales, alejadas de la sustancial renovación experimentada en las tres últimas décadas.

Por una parte, porque la biografía ha abandonado, como decíamos antes, nociones de sujeto, experiencia y representatividad convencionales y ha subvertido las escalas tradicionales de análisis. Algo que discute Anaclet Pons reflexionando sobre las relaciones entre biografía, microhistoria e historia global, así como sobre las formas de tratamiento de personajes oscuros, olvidados o excéntricos. Carlo Ginzburg es otra de las autoridades repetidamente citadas en este volumen, así como Natalie Zemon Davis o el trabajo ejemplar de Linda Colley sobre Elizabeth Marsh. En este sentido, también la recreación de James Amelang de la vida y el pensamiento de un zurrador de pieles del siglo XVII se extiende en una discusión del creciente interés en los *biograffiti*, o en la acumulación de fuentes antes desdeñadas sobre las vidas de la gente corriente.

Por otra parte, pero en estrecha relación, varios ensayos de este volumen reflexionan sobre la forma en que la biografía incluye una reflexión sobre las relaciones entre la historia social y política, y el mundo más amplio de la cultura, la literatura y el arte. El magistral trabajo de John Elliott sobre el conde-duque de Olivares fue inspirado, según él mismo nos cuenta, por el gran retrato ecuestre de Velázquez, de manera que su biografía se desarrolló como un estudio de la época y de la forma de poder que diseñó Olivares. El mismo Velázquez se convirtió en parte de su tema de estudio, de forma que la biografía de Olivares se extendió, en lo que Elliott denomina «la biografía de un palacio», en su estudio sobre el Buen Retiro.

En un sentido similar, que cruza las fronteras entre los compartimentos una vez pensados como estancos de la historia política, social o cultural, se orienta el trabajo de Carolina Blutrach sobre el mundo del conde de Fernán Núñez. Con otra cronología y en un contexto muy diferente, el estudio sobre Raymond Carr de María Jesús González destaca el relativo auge que ha cobrado la narrativa (auto)biográfica de historiadores (*historización del historiador*), concebida como un eficaz recurso historiográfico que aborda en la práctica los eternos dilemas entre subjetividad-objetividad, individuo-estructura.

Varios de estos ensayos subrayan la aportación fundamental que para el desarrollo de la biografía, y para la superación de aquellas esencialistas «reglas del género» que criticaba Bourdieu, ha tenido la historia de las mujeres y la conciencia cada vez más generalizada de las cuestiones de género. El «giro biográfico» al que aluden varios de los autores (Pons, Leskela) es directamente conectado por esta última con el avance

de los estudios feministas. El ensayo de Mónica Bolufer sobre Inés Joyes utiliza la lente de los estudios feministas para examinar una vida más bien oscura pero extraordinariamente relevante para comprender las posibilidades de ser y decir en el siglo XVIIII.

De la misma forma, el ensayo de Mónica Burguera sobre las intelectuales españolas de los años treinta y cuarenta del siglo XIX, el de Isabel Burdiel sobre la escritora Pardo Bazán y el de Juan Pro sobre Rosa Marina proponen un reordenamiento del análisis de las relaciones de poder establecidas por parte del liberalismo español y las formas en que fueron contestadas, de manera mucho más radical e influyente de lo que se creía hasta ahora, por parte del «feminismo respetable» decimonónico.

La conciencia y exploración del potencial heurístico de las cuestiones de género para la renovación de la historia en general y de la biografía en particular afecta de forma cada vez más sutil y compleja a uno de los temas cruciales de toda biografía: la relaciones entre lo convencionalmente considerado «vida privada» y «vida pública», más allá de la breve y más bien burda moda de la «psicobiografía» de inspiración freudiana a que alude Elliott en su ensayo.

La exploración biográfica de las dimensiones emocionales y sexuales de una vida se discute en los ensayos de María Sierra, Lucy Riall y Roy Foster, proyectando una luz nueva sobre figuras que hasta el momento habían quedado más o menos al margen del interés de los historiadores o inmovilizadas tras la pátina de la biografía nacionalista, por ejemplo Mazzini, Garibaldi, los hermanos D' Azeglio o los padres (y las madres) fundadores del nuevo Estado irlandés. Tanto Riall como Foster, y también desde otra perspectiva Jorge Luengo, exploran los lazos entre la familia, la amistad, el amor y las estructuras que sostienen la identidad nacional y el patriotismo en generaciones con una fuerte conciencia revolucionaria o de estar viviendo, y propiciando, un cambio social y político sustancial. Un tema que también aborda, incluyendo una reflexión sobre la posición del biógrafo, Fernando Molina en su ensayo sobre el sentido de la nación en la vida del político e intelectual vasco Mario Onaindia.

De forma global, por lo tanto, todos los ensayos de este volumen proponen una concepción de la práctica biográfica, y de sus implicaciones teóricas y metodológicas, que subraya la imbricación entre los aspectos y fuentes de carácter personal y el análisis de ámbito más es-

tructural o impersonal sobre las jerarquías y las relaciones de poder cultural y político de sociedades y contextos particulares. Es decir, de las relaciones entre cambio colectivo y acción individual.

La reflexión al respecto incluye de forma más o menos explícita según los casos una consideración de ese lazo, tan elusivo y peligroso como indispensable, que liga al biógrafo y al biografiado: la empatía. Un concepto y un problema al que se alude explícitamente en los trabajos de Leskelä-Kärki, González, Pro y Burdiel, y al que dedica atención particular Robert Gerwarth. En este último caso, se avanza el término de «empatía fría» como un vehículo para analizar e interpretar la vida, y la concepción del mundo y de sí mismo, de alguien tan monstruoso como Reinhard Heydrich.

El sentimiento de identificación entre un biógrafo y su sujeto no es ya un supuesto dado, como en la época de la «biografía heroica», sino un tema que la propia biografía debe explorar con la distancia, y al mismo tiempo con el compromiso intelectual y ético, que se proponen en estos ensayos. Un desafío necesario para toda historia biográfica consciente de sí misma, tanto si trata con un «gran personaje» como con un oscuro artesano.

De nuevo, la cuestión no es el *quién* sino el *cómo* y las formas diversas en que alguien *encuentra* a su biógrafo o biógrafa y es construido por ellos. La manera, en suma, en que la historia biográfica puede ofrecernos una visión del pasado más plural, más abierta, más capaz de proyectar una luz nueva o de elaborar de otra forma problemas históricos sustanciales.

Conscientes de las limitaciones, o del carácter inevitablemente parcial, de las cuestiones propuestas en este volumen, esperamos poder transmitir a nuestros lectores la pasión intelectual que ha guiado nuestro esfuerzo a lo largo de estos años.

Valencia-Oxford,
enero de 2015

La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX*

SABINA LORIGA
Ehess. París

1.

Durante mucho tiempo los historiadores creyeron que su tarea consistía en arrebatar al olvido los hechos humanos[1]. Esa idea se basaba en una imagen imperecedera de la naturaleza: al ser eterna, los elementos naturales no necesitaban memoria para continuar existiendo; pero los seres humanos, marcados por la mortalidad («pasamos por todo ello como en un suspiro», escribió Rainer María Rilke[2]), pueden convertirse en algo casi igual a la naturaleza gracias a la historia. Desde esta perspectiva, la escritura histórica debería centrarse en los grandes hechos y obras de los que son capaces los seres humanos, aquellas creaciones terribles de las que hablaba Sófocles[3].

Las cosas han cambiado en los últimos doscientos años. Desde finales del siglo XVIII los historiadores dejaron de lado los hechos y el sufrimiento de los individuos para intentar descubrir el proceso invisible de la historia universal, «ese movimiento evolutivo de nuestro género, que debería ser considerado como su contenido verdadero, como su centro y su esencia»[4]. Hay varios motivos que hicieron a los historiadores ignorar a los seres humanos individuales y

* Traducido del texto original «Biographical and Historical in the 19th and 20th Centuries», en *Transitions to Modernity Colloquium*, The MacMillan Center, Yale University, 18 de febrero de 2008.

1 François CHÂTELET, *El nacimiento de la historia: la formación del pensamiento historiador en Grecia*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

2 Rainer Maria RILKE, *Elegías de Duino. Duineser Elegien*, Madrid, Hiperión, 1999.

3 Hanna ARENDT, «El concepto de historia: antiguo y moderno» (1958), en *Entre el pasado y el futuro: ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona, Península, 1996.

4 Wilhem DILTHEY, «Der Aufbau der geschichtichen Welt in den Geisteswissenschaften», en *Gesammelte Schriften* (ed. de Bernard Groethuysen), Stuttgart-Gotinga, Teubner-Vanderhoeck & Rupercht, vol. VII, 1910.

pasar de una historia plural (*die Geschisten*) a una historia única (*die Geschiste*)[5]. Dos dolorosas sorpresas traídas por la modernidad han influido, sin duda, en ello. Por un lado, el descubrimiento de que la naturaleza también es perecedera y, por el otro, la progresiva pérdida de confianza en la capacidad de nuestros sentidos para aprehender la verdad (desde la época de Copérnico, lo único que ha hecho la ciencia es mostrarnos los límites de la observación directa)[6].

Pero, paralelamente a estas profundas transformaciones, que van mucho más allá de nuestras actitudes conscientes y, con respecto a ciertos temas, nos eluden, hay algunas vicisitudes intelectuales menos trágicas, o incluso banales, que quizá nos hayan influido. En primer lugar, la esperanza de dar bases científicas estables y objetivas a las humanidades y las ciencias sociales.

Esta aspiración produjo un enorme esfuerzo, abarcando disciplinas dispares (desde la demografía hasta la psicología, la historia, la sociología y otras) con el objeto de destacar la uniformidad y eliminar las idiosincrasias de los modelos científicos humanistas y sociales de interpretación y comparación.

Esta tendencia a convertir el pasado en algo uniforme ha tenido graves consecuencias. Hanna Arendt habló de ello en una carta de 4 de marzo de 1951 a Karl Jaspers. Refiriéndose de nuevo a las tragedias políticas y sociales del siglo XX, escribió que el pensamiento moderno había perdido el gusto por la diferencia:

> No sé en realidad en qué consiste la maldad radical, pero me parece que en cierta forma tiene algo que ver con el siguiente fenómeno: convertir a los seres humanos en seres humanos superfluos […] Esto sucede en cuanto todo lo impredecible se elimina —lo cual en los seres humanos equivale a la espontaneidad—.

Luego aclara:

> Tengo la sospecha de que la filosofía no es totalmente ajena en este excelente: «¿Cómo está usted?». Desde luego, no en el sentido de que Hitler tuviese nada que ver con Platón […] En lugar de ello, quizá en el sentido

5 Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, capítulo 4.

6 Sobre la conciencia de la vulnerabilidad de la naturaleza, véase también Hans JONAS, *Ensayos filosóficos. Del credo antiguo al hombre tecnológico*, Chicago, The University of Chicago Press, 1974.

> de que la filosofía occidental nunca ha tenido un concepto claro de qué constituye lo político y no podría tenerlo porque hablaba del hombre individuo y trataba el hecho de la pluralidad de forma tangencial[7].

Evidentemente, además de a la filosofía, la pérdida de la pluralidad también afectó a la historia. Durante los siglos XIX y XX los libros de historia estaban llenos de hechos carentes de protagonistas. Hablaban de poderes, naciones, pueblos, alianzas y grupos de interés, pero raramente de seres humanos[8]. Según opina el escritor alemán Hans Magnus Enzensberger, un autor que siempre ha prestado particular atención al pasado, el lenguaje de la historia comenzó a ocultar a los individuos tras categorías impersonales:

> la historia se muestra sin sujeto, la gente a la que se refiere la historia solo aparece como figuras accesorias, como un telón de fondo, como una masa oscura en el trasfondo de la escena. Se habla de «los desempleados» o de «los hombres de negocios»… Hasta los llamados creadores de la historia parecen no tener vida: el sino de los otros, aquellos cuyo destino no aparece en las noticias, recibe su venganza en la suerte de aquellos. Son rígidos como maniquís y parecen las figuras de madera que reemplazan a los hombres en las pinturas de De Chirico[9].

El precio ético y político de esta desertificación del pasado es muy alto. Tal como escribió Isaiah Berlin, en aquel momento excluimos los motivos personales:

> Alejandro, César, Atila, Mahoma, Cromwell y Hitler son como las inundaciones y los terremotos, los atardeceres, los océanos y las montañas: quizá les admiremos o temamos, les demos la bienvenida o maldigamos, pero denunciarles o exaltarles es tan sensato como sermonear a un árbol.

Creo que las palabras de Berlin son de suma importancia y vigencia. Muestran cómo el peligro del relativismo, que corroe el principio de la responsabilidad individual, no es una característica exclusiva de la historiografía denominada post-moderna, inspirada por Nietzsche, sino también es innato en una interpretación impersonal de la historia que describe la realidad a través de relaciones anónimas de poder.

7 Hannah ARENDT, *Briefwechsel 1926-69,* Múnich, Piper, 1985. Traducción al inglés: *Correspondence 1926-1969*, Nueva York, Harcourt Brace Jonovich Publishers, 1992, pp. 165-166.

8 Philip POMPER, «Historians and Individual Agency», en *History and Theory*, 35, 1996, p. 3.

9 Hans Magnus ENZENSBERGER, «Letteratura come storiografia», en *Il Menab,* IX, 1966, p. 8.

Citando nuevamente a Berlin:

> para culpar, alabar, considerar los posibles procederes alternativos, acusar o defender figuras de la historia por actuar del modo en que lo hacen o lo hicieron se convierte en una actividad absurda. Desde luego, puede que la admiración o el desprecio por este o aquel individuo sigan, pero se convierten en algo similar al juicio estético. Podemos elogiar o denunciar, sentir amor u odio, satisfacción o vergüenza, pero no podemos culpar ni justificar.[10]

2.

¿Cómo y cuándo ocurrió este sacrificio de la dimensión individual? La frontera entre la historia y la biografía siempre ha sido incierta y nunca pacífica. En el periodo ático, Tucídides expresaba un desdén absoluto por la biografía. En su programa de historiografía precisa, impersonal y universal queda poco sitio para un género narrativo que intente cautivar a una audiencia popular. Dos siglos más tarde, Polibio escribió que la historia biográfica, fundada en la tragedia del teatro, creaba confusión entre la poesía y la historia. Sus consideraciones eran parte de una discusión mucho más amplia que tuvo lugar en la historiografía griega y que oponía el ideal de lo *verdadero* al de lo *verosímil* (*verisimilem*), defendido esto último por el sofista Gorgias. A diferencia de las afirmaciones de algunos historiadores de los siglos IV y III a.C., como Filarco y Duris de Samos, quienes intentaban denodadamente convertir la historia en drama buscando su representación exacta (*mimesis*), el objetivo de Polibio era establecer y transmitir la verdad objetiva[11].

Los biógrafos a veces reiteran la distinción entre la historia y la biografía desde el otro lado de la trinchera. En la edad imperial, Plutarco demostró poco interés en los factores estructurales y declaró la primacía de los signos del alma sobre la etiología política:

> Es la vida de Alejandro, el rey, y de César, quien derrocó a Pompeyo, lo que escribo en este libro, y la multitud de gestas es tan grande que no haré más prefacio que suplicar a mis lectores que no se quejen si no cuento todos los hechos famosos de estos hombres, o no hablo exhaustivamente de cada

10 Isaiah BERLIN, «La inevitabilidad histórica», en *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1988.

11 Arnaldo MOMIGLIANO, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia,* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

> caso particular, sino en epítome de su mayoría. Ya que no son Historias lo que escribo, sino Vidas; y en los hechos más ilustres no siempre hay una manifestación de virtud o vicio, ¡qué va!, una pequeñez como una frase o una broma, a veces revela más del carácter que las batallas en las que caen miles, que los mayores armamentos, que los sitios de las ciudades. Es así que, tal como los pintores logran el parecido en sus retratos por medio del rostro y la expresión de los ojos, que es donde se muestra el carácter, pero dan poca importancia a las otras partes del cuerpo, del mismo modo se me ha de permitir que me centre preferentemente en los *signos del alma* de los hombres, y por medio de ellos, haga un retrato de la vida de cada uno, cediendo a otros la descripción de sus grandes contiendas.[12]

Las palabras de los antiguos han tenido diversa fortuna con los historiadores de la época moderna. En 1599, John Hayward, llamado «el Tácito inglés», expresaba sus reservas hacia la biografía en su *Life and reigne of King Henrie III*, y aconsejaba no confundir «el gobierno de Estados poderosos» con «las vidas y los hechos de los hombres famosos»[13]. Un siglo más tarde, Thomas Burnet, el capellán de Guillermo III, atribuía gran importancia a la historia, pero solo reconocía un valor accesorio y ornamental a las reflexiones de una biografía:

> las vidas de los filósofos, los nacimientos, las muertes, las alabanzas, los viajes, los hechos buenos o malos y cosas de esa naturaleza integran y embellecen al sujeto, pero son de una importancia menor según se busca la simiente y el progreso del conocimiento humano y el gobierno de la Providencia en esta parte[14].

Sin embargo, no todos aceptaban la separación entre la biografía y la historia proclamada por Polibio. En el siglo VIII, Beda *el Venerable* declaró que la biografía no era más que la historia observada desde un punto de vista más cercano. En la Edad Moderna, los principales manuales de paleografía, diplomacia e historiografía (desde los de Juan Bodino hasta los de Agostino Mascardi y Gabriel Mably) consideraban la biografía una forma legítima de escritura histórica. En el siglo XVII, Thomas Stanley, el filólogo inglés famoso por su edición crítica de las tragedias de Esquilo, definía las biografías de legisladores, *condottieri* y sabios como la forma más elevada de la

12 PLUTARCO, *Greek lives*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1998.

13 John GARRATY, *The Nature of Biography*, Londres, Knopf, 1957, p. 70

14 Mario LONGO, *Historiae philosophiae philosophica. Teorie e metodi della storia della filosofia tra Seicento e Settecento*, Milán, IPL, 1986, p. 39.

historia[15]. La idea de que el destino individual de los hombres ilustres convierte a las decisiones de una nación en algo inteligible también fue una opinión muy extendida en el siglo siguiente.

David Hume estaba convencido de que la naturaleza espiritual de Carlos I fue fatal para la causa absolutista en Inglaterra. Y varias décadas más tarde, Voltaire devanó su narración histórica alrededor de Luis XIV, Carlos XII de Suecia, «excesivamente grande, desdichado y loco», y el glorioso adversario de Poltava, Pedro *el Grande*. Al contrario que muchos de sus sucesores, Voltaire no rendía culto a los héroes, pero estaba convencido de que a través de las grandes almas podemos acceder a las sorpresas de la historia, es decir, a esos hechos que son tan esenciales para la visión de conjunto cuando «no siempre sucede lo *verosimile*». Así, en las pinturas de Géricault o David, solo el rostro del héroe, extraído por el loco anónimo que vive en el fondo, expresa el *Zeitgeist,* el espíritu de la época[16].

En suma, durante siglos se polemizó sobre la frontera entre la biografía y la historia, hasta convertirse en el tema central de varias discusiones intelectuales, precisamente en el momento en que el pensamiento y la escritura histórica llegaban a su cúspide. En las siguientes líneas me gustaría examinar dos momentos clave de esta batalla por la frontera entre la historia y la biografía. El primero data de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y está especialmente ligado al impacto y el éxito de la historia filosófica. El segundo se encuentra en el corazón de la historiografía moderna y coincide con el divorcio entre la historia social y la historia política, que se dio en las últimas décadas del siglo XIX. En ambos casos, la totalidad se convirtió en la categoría explicativa del devenir[17].

15 Sobre historiografía medieval y renacentista ver Donald R. KELLEY, *Foundations of Modern Historical Scholarship: Language, Law and History in the French Renaissance*, Nueva York-Londres, Columbia University Press, 1970. Dennis HAY, *Annalists and historians: Western historiography from the eighth to the eighteenth centuries*, Londres, Methuen & Co., 1977.

16 Sobre la historiografía de la Ilustración, Friedrich MEINECKE, *El historicismo y su génesis,* México, Fondo de Cultura Económica, 1943, capítulos 4 y 5.

17 Judith SCHLANGER, *Les métaphores de l'organisme*, París, Vrin, 1971.

3.

Con lo que he dicho hasta ahora, tendría que haber quedado claro que el primer paso hacia la aniquilación del individuo provino de la filosofía. En su breve ensayo sobre la finalidad de la historia, escrito en 1784, Immanuel Kant retrató al hombre como un medio a través del cual la naturaleza cumple sus fines y declaró que la historia debe elevarse por encima del individuo y pensar a gran escala, ya que lo que parece confuso e irregular en los individuos es una sucesión de acontecimientos unitarios y sistemáticos en la totalidad de la especie:

> Los hombres individualmente, e incluso las naciones enteras, poco imaginan que, mientras persiguen sus propios fines, cada uno a su manera y con frecuencia oponiéndose a los demás, sin darse cuenta están siendo guiados en su progreso por un curso marcado por la naturaleza. Persiguen inconscientemente un fin que, aunque supieran cuál es, apenas les despertaría el interés[18].

Cuando se impuso una visión providencial de la historia, la biografía se hizo todavía más marginal. Tras insistir en la unidad apriorística de la historia, Fichte negó el valor independiente del individuo frente a lo universal, solo importaba el progreso de la vida de la especie, «de ningún modo el de los individuos». Hegel también sentía que lo concreto de la existencia debería ser sacrificado al *Welt-plan* —los individuos son una masa superflua que no debe empañar lo que es digno de la historia—. Cuando los acontecimientos del mundo, incluso los más distantes o aberrantes, están dialécticamente integrados en un horizonte escatológico (el desarrollo infinito y necesario de la humanidad), los individuos (incluso las grandes figuras históricas, que coinciden con el superior universal, como César o Napoleón, inmortalizado en el campo de batalla de Jena) se presentan como instrumentos de la razón que responden a un plan que ellos ni siquiera comprenden:

> El objetivo que los individuos del mundo histórico persiguen inconscientemente no es lo que conscientemente planean sino lo que deben desear, fruto de un impulso que, a pesar de parecer ciego, tiene una perspectiva más amplia que el interés personal. Por lo tanto, esos hombres consiguen, con una comprensión instintiva, lo que se pretende de ellos. Actúan de

18 Immanuel KANT, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 1994. Sobre las peculiaridades del finalismo de Kant, véase Ludwig LANDGREBE, *Fenomenología e historia*, Caracas, Monte Ávila, 1975, capítulo 3.

> forma histórica porque sobre ellos actúan el poder y la astucia de la razón (*List der Vernunft*), lo cual para Hegel es una expresión racional de la divina providencia[19].

Según Karl Löwith, el marxismo no rompió con la filosofía clásica alemana en ese punto,

> ya que el mismo Marx ya había saldado sus cuentas con la «ideología alemana» de la filosofía post hegeliana, sentía confianza en anticiparse a la futura filosofía que es consciente de la unidad entre la razón y la realidad, de la esencia y existencia, según lo postuló Hegel[20].

En esta concepción providencial del devenir, según la cual la humanidad cumplirá sus elevados objetivos siguiendo un camino gradual pero necesariamente arduo, el individuo permanece totalmente aplastado por la ley, una ley drástica e implacable que es inmune a los accidentes. El olvido de la persona casi siempre coincide con la negación del peligro o, al menos, con la reducción parcial del mismo. Por ejemplo, el resultado de la batalla de Waterloo fue ciertamente condicionado por la lluvia torrencial que cayó la noche del 17 al 18 de junio de 1815, pero esas gotas de agua fueron enviadas por el dios de la historia… Victor Hugo expresaba poéticamente este tipo de espera providencial. Después de relatar que Oliver Cromwell quería marcharse a Jamaica y Honoré Gabriel Mirabeau hacia los Países Bajos, pero que a ambos les detuvo la prohibición de sus respectivos reyes, comentó:

> or, ôtez Cromwell de la révolution d'Angleterre, ôtez Mirabeau de la révolution de France, vous ôtez peut-être des deux révolutions, deux échafauds. Qui sait si la Jamaïque n'êut pas sauvé Charles Ier, et Batavia Louis XVI? Mais non, c'est le roi d'Angleterre qui veut garder Cromwell; c'est le roi de France qui veut garder Mirabeau. Quand un roi est condamné à mort, la providence lui bande les yeux.

Es decir, la mano de Dios siempre se encuentra tras cada acontecimiento:

> Eh! Qui ne sent que dans ce tumulte et dans cette tempête, au milieu de ce combat de tous les systèmes et de toutes les ambitions qui fait tant de fumée et tant de poussière, sous ce voile qui cache encore aux yeux la statue sociale et providentielle à peine ébauchée, derrière ce nuage de

19 Karl LÖWITH, *El sentido de la historia: implicaciones teológicas de la filosofía de la historia*, Madrid, Aguilar, 1956, pp. 55-56.

20 Ibídem, p. 35.

> théories, de passions, de chimères, qui se croisent, se heurtent, et s'entre-dévorent dans l'espèce de jour brumeux qu'elles déchirent de leurs éclairs, à travers ce bruit de la parole humaine qui parle à la fois toutes les langues par toutes les bouches, sous ce violent tourbillon de choses, d'hommes et d'idées qu'on appèlle le dix-neuvième siècle, quelque chose de grand s'accomplit! Dieu reste calme et fait son oeuvre.[21]

4.

Muchos historiadores del siglo XIX comenzaron a reaccionar en contra de esta concepción providencial y teleológica de la filosofía de la historia. Resulta particularmente notable Wilhelm Humboldt, quien, en dos ensayos sobre la historia universal en 1814 y 1818, y en su famoso discurso de 1821 sobre la tarea del historiador, denostaba los sistemas filosóficos de Fichte y Hegel, así como el de Kant, por estar fundados en una imagen abstracta del hombre cuyo objetivo es «reducir los acontecimientos aparentemente casuales y dispersos del mundo a un único punto de vista y distinguir unos de otros basándose en el principio de la necesidad»[22]. Por el contrario, Humboldt defendía una especie de física de la historia que considera a los hombres seres racionales, pero también sensibles.

Desde luego, Humboldt reconocía los elementos uniformes mencionados por Kant. Los seres humanos individuales, particularmente cuando actúan de forma global como una masa, responden a una cierta

21 «Ahora bien, elimine a Cromwell de la Revolución Inglesa, elimine a Mirabeau de la Revolución Francesa, quizá elimine usted las dos revoluciones, los dos patíbulos. ¿Quién sabe si Jamaica no hubiese salvado a Carlos I y Batavia a Luis XVI? Pero no, es el rey de Inglaterra quien quiere retener a Cromwell; es el rey de Francia quien quiere retener a Mirabeau. Cuando un rey es condenado a muerte, la providencia le venda los ojos». / «¡Ay! ¿Quién no siente que en ese tumulto y en esa tempestad, en medio del combate de todos los sistemas y de todas las ambiciones que produce tanto humo y tanto polvo, bajo el velo que aún oculta a los ojos la regla social y providencial apenas bosquejada, detrás de esa nube de teorías, de pasiones, de quimeras que se entrecruzan, se esquivan y se devoran entre ellas, la voz humana que habla a la vez todas las lenguas por todas las bocas, bajo ese violento torbellino de cosas, de hombres y de ideas que llamamos el siglo XIX, algo grande se lleva a cabo? Dios permanece en calma y hace su trabajo». Victor HUGO, «Sur Mirabeau» (1834), en Victor HUGO, *Littérature et Philosophie mêlées*, edición crítica de Anthony R. W. JAMES, t. II, París, Éditions Klincksieck, 1976, pp. 285-331.

22 Wilhelm VON HUMBOLDT, «Betrachtungen über die Weltgeschichte» (1814), en *Gesammelte Schriften*, vol. 3, Berlín, Berhr's Verlag, 1904.

uniformidad. Como resultado, la naturaleza también condiciona el carácter moral de una persona. Si examinamos acontecimientos aparentemente fortuitos en forma seriada —como bodas, muertes, nacimientos ilegítimos o crímenes—, encontramos una regularidad sorprendente, que puede ser explicada solo por el hecho de que hay un componente natural en los hechos de los hombres, y ese componente se manifiesta en ciclos, según leyes uniformes. Sin embargo, la historia no es solamente un producto de la naturaleza; también está dominada por la fuerza creativa de la personalidad humana: el individuo no puede ser explicado «basándose en una de las influencias que le afectan (es más bien la reacción de la individualidad que lo que determina estas últimas)»[23]. Es decir, que los hechos humanos siempre modifican a la naturaleza, aunque sea sin saberlo y de forma imprevista. Solo se requiere que un espíritu fuerte, dominado por una gran idea más o menos conscientemente, medite sobre un material susceptible de cambio, porque el resultado está relacionado con la idea y, por lo tanto, resulta ajeno al curso habitual de la historia. Además, cuando hablaba de los hechos humanos, Humboldt no solo pensaba en los hechos de los grandes hombres:

> es innegable que la acción del genio y la pasión profunda pertenecen a un orden de cosas diferente del curso mecánico de la historia, [pero] en el sentido más estricto, esto es lo que sucede con cada resultado de la individualidad humana[24].

Con estas reflexiones Humboldt planteó dos cuestiones sumamente importantes. Primero, habló sobre la dimensión ética de la historia. La historia no se refiere a la moral, no tiene que dar ejemplos que seguir o aborrecer; los ejemplos no tienen utilidad, ni corren el peligro de ejercer un efecto desorientador. Pero la historia es ética porque, tal como dijo Leopold von Ranke en 1860, desvela el drama de la libertad:

> el elemento en que la historia funciona es el sentido de la realidad (*Sinn für Wirklichkeit*) y contiene el conocimiento de la fugacidad de la existencia y de la dependencia de causas pasadas y presentes. A la vez, existe la conciencia de la libertad espiritual[25].

23 Wilhelm VON HUMBOLDT, «Berachtungen über die bewengend Ursachen in der Weltgeschicte» (1818), en *Gesammelte Schriften*, Berlín, Berhr's Verlag, 1904, pp. 360 y ss.

24 Ibíd.

25 Wilhelm VON HUMBOLDT, «Über die Aufgabe des Geschichtsschreibers» (1821), en *Gesammelte Schriften*; trad. ingl.: «On the Historian's Task», en *History and Theory*, 6. 1, 1967, p. 60.

En segundo lugar, Humboldt nos recordó que el sentido de totalidad del historiador no coincide con el concepto de un todo ideal; no es ni único ni conciliatorio, sino siempre diverso, lleno de vida, conflictivo, hecho de diferencias y contrastes. En 1803, en una carta al diplomático Karl von Brinckmann, Humboldt enunció de forma fulminante esa intuición cuando dijo que se sentía

> dirigido no hacia el Uno, que sería el todo, un nuevo concepto equivocado, sino hacia una unidad en la que se entrelaza cada concepto de hombre, cada oposición entre la unidad y la pluralidad[26].

La reflexión de Humboldt sería retomada por otros historiadores, como Johannes Droysen o Jakob Burckhardt, en años posteriores. Desde ciertos puntos de vista, el intento de la filosofía de la historia de ir más allá de las huellas individuales del pasado y eliminar así sus diferencias, encontró gran resistencia en los historiadores y nutrió una serie de reflexiones de gran riqueza orientadas a defender la pluralidad del pasado.

5.

El segundo momento crucial en la profundización de la brecha entre la historia y la biografía data de finales del siglo XIX. Como sentía Johann Gustav Droysen, el más reflexivo de los historiadores, «nuestra ciencia acaba de ser liberada del abrazo filosófico teológico y ¡quién lo iba a decir!, las ciencias naturales se quieren apropiar de ella»[27]. En realidad, en vez de la ciencia, el peligro provenía de algunas jóvenes disciplinas sociales, como la demografía y la sociología, que deseaban adquirir un incuestionable reconocimiento científico.

En la década de 1830, Lambert Adolphe Quételet acuñó la idea del hombre medio con la esperanza de elaborar la mecánica social o una ciencia social que pudiese definir las leyes que gobiernan los fenómenos intelectuales y morales de forma similar a las leyes de la física:

26 Wilhelm VON HUMBOLDT, *Briefe an Karl Gustav von Brinckmann* (ed. de Albert Leitzmann), Leipzig, Verlag Karl W. Hiersemann, 1939, pp. 151 y ss.

27 Johann Gustav DROYSEN, *Historik, Die vorlesungen von 1857* (ed. de P. Leyh), Stuttgart, Bad Canstatt, 1977; *Texte zur Geschichtstheorie. Mit ungedruckten Materialen zur 'Historik'* (ed. de G. Birtsch y J. Rüsen), Gottinga, Vandehoeck & Ruprecht, 1972.

> l'homme que je considère ici est, dans la société, l'analogue du centre de gravité dans le corps; il est la moyenne autour de laquelle oscillent les éléments sociaux: ce sera, si l'on veut, un être fictif pour qui toutes les choses passeront conformément aux résultats moyens obtenus par la société.

La noción del hombre medio llevó al sacrificio oficial de todo lo que es demasiado individual o anómalo:

> nous devons, avant tout, perdre de vue l'homme pris isolement, et ne le considérer que comme une fraction de l'espèce. En le dépouillant de son individualité, nous éliminerons tout ce qui est accidentel; et les particularités individuelles qui n'ont qui peu ou point d'action sur la masse s'effaceront d'elles-mêmes, et permettront de saisir les résultats généraux.[28]

En las décadas siguientes, el concepto del hombre medio disfrutó de gran éxito. Convencidos de que los seres humanos no pueden escapar a la ley universal de la causalidad, Henry Thomas Buckle, Grant Allen y Louis Bourdeau insistieron en la fuerza de los límites externos, en particular los geográficos, y describieron a los seres humanos como a las hormigas, que entretejen la trama de la vida social (de la misma forma que las células reconstruyen el tejido orgánico) de una forma anónima[29]. Según Herbert Spencer, las mismas limitaciones se aplicaban a los grandes hombres:

> Junto con toda la generación de la que forma una parte minúscula, junto con las instituciones, el idioma, el conocimiento, los modales y sus multitudinarias artes y artefactos, es el resultado de un enorme conjunto de fuerzas que llevan siglos cooperando[30].

28 «El hombre que yo considero aquí es, en la sociedad, análogo al centro de gravedad del cuerpo, es el punto medio en torno al cual oscilan los elementos sociales: será, si se quiere, un ser ficticio por el que pasarán todas las cosas de acuerdo con los resultados medios obtenidos por la sociedad». / «Debemos, por encima de todo, perder de vista al hombre de forma aislada, y no considerarle una fracción de la especie. Al despojarle de su individualidad eliminaremos todo lo que sea accidental, y las peculiaridades que tienen poco o ningún efecto sobre la masa van a desaparecer por sí mismas, y permitirán comprender los resultados generales». Adolphe QUÉTELET, *Sur l'homme et le développement de ses facultés ou Essai de physique sociale,* París, Bachelier, 1835, pp. 51 y ss.

29 Henry T. BUCKLE, *History of Civilization in England,* Londres, John W. Parker and Son, 1858; Grant ALLEN, «Nation's Making», en *Gentlemen's Magazine,* 1878 (en *Popular Science Monthly Supplement,* 1878, pp. 121-126); Grant ALLEN, «The Genesis of Genius», en *Atlantic Monthly,* marzo de 1881, XLVI, pp. 371-381; Louis BOURDEAU, *L'histoire et les historiens. Essai critique sur l'histoire considérée comme science positive,* París, F. Alcan, 1888.

30 Sobre este tema parece importante subrayar la influencia del pensamiento racista en el proceso de la despersonalización de las ciencias sociales. El caso más intere-

En consecuencia, la ciencia tenía la tarea de explicar el hombre medio de cada raza, renunciando a todas las variaciones morfológicas y diferencias individuales. A pesar de que cada ser individual puede ser importante, los pensamientos y los hechos de los individuos no tienen significado histórico. Con un giro lingüístico significativo, las «señales del alma» que Hegel ya había reducido a «minucias», ahora se convertían en «idiosincrasias personales» que nivelar y quizá eliminar.

6.

En el siglo XIX muchos historiadores se unieron a esta batalla en contra de la biografía en nombre de la ciencia. Algunos de ellos incluso se mostraron ansiosos por quitarse la chaqueta de la reflexión moral y ponerse la más nueva y llamativa de las ciencias sociales, que adoptaron el modelo de las ciencias naturales. Estos historiadores compartían la idea de confirmar de una vez por todas la impersonalidad como un criterio fundamental de lo científico, si bien no apreciaban el determinismo extremo de Buckle, Spencer o Bourdeau.

De este lado del Atlántico, John Fiske, autor de varios trabajos sobre la historia americana, esperaba, a su manera, crear una «gran revolución historiográfica»:

> Desde mediados del siglo XIX, la revolución que ha tenido lugar en el estudio de la historia es tan grande y profunda como otra revolución similar, que con la guía del señor Darwin ha tenido lugar en el estudio de la biología. El intervalo del conocimiento que separaba a Edward Freeman en 1880 de Thomas Babington Maculay en 1850 es tan grande

sante es, sin duda, el de Herbert SPENCER, quien, durante la Guerra de los Bóer, acusó al Gobierno británico de *re-barbarización*. En el segundo capítulo de *The Study of Sociology,* define al entorno en términos raciales: «No hay posibilidad de [que] un Aristóteles provenga de un padre y una madre con ángulos faciales de cincuenta grados, y en una tribu de caníbales, cuyo coro al prepararse para un festín de carne humana es una especie de rugido rítmico, no hay ni la más remota posibilidad de que surja un Beethoven». No solo eso, en las páginas siguientes describió la curiosidad biográfica como un fenómeno tribal, típico de las primeras razas históricas, e insinúa la idea de que el pensamiento abstracto e impersonal es uno de los rasgos preponderantes de una civilización superior. También encontramos esta última idea en Edward Hallet CARR: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 2003. Sobre la supuesta superioridad del pensamiento abstracto, véase George L. MOSSE: *Towards the Final Solution. A History of European Racism,* Londres, Dent, 1978.

como el intervalo que separaba a John Dalton y Humphrey Davy de quienes creían en el flogisto. Sin embargo, en las principales obras con los que se ha propiciado ese cambio —como las de Henry Maine y Wiliam Stubbs, Numa Fustel de Coulanges y Maurer— la biografía juega un papel totalmente subordinada o ninguno en absoluto[31].

En Francia, Émile Durkheim reconocía una función política importante en los grandes hombres:

une société où le génie serait sacrifié à la foule et à je ne sais quel amour aveugle d'une égalité stérile, se condamnerait elle-même à une immobilité qui ne diffère pas beaucoup de la mort[32].

Pero Durkheim pensaba que los grandes hombres eran un elemento perturbador para las ciencias sociales, que tenían que estudiar modos de pensar, sentir y actuar independientemente de los individuos. Su famosa comparación entre un hecho social y las estadísticas surgió de esta convicción:

comme chacun de ces chiffres comprend tous les cas particuliers indistinctement, les circonstances individuelles qui peuvent avoir quelque part dans la production du phénomène s'y neutralisent mutuellement et, par suite, ne contribuent pas à le déterminer[33].

31 John FISKE, «Sociology and hero-worship», en *Atlantic Monthly*, enero 1881, p. 81. Con este objetivo, es interesante notar la doble imagen de Darwin. Fiske la usó en una clave autobiográfica-para él, todo lo que es individual asumía un aspecto superficial que es demasiado rápido. Pero otro autores apelaban a la teoría de la evolución para criticar el determinismo geográfico. William James lo hizo en dos breves ensayos en los que defendía la noción del gran hombre a través del concepto de la variación espontánea: «Sostengo que la relación del entorno visible con el gran hombre es en principio exactamente lo que es la 'variación' en la filosofía darwiniana. Principalmente adopta o rechaza, conserva o destruye, en suma, le selecciona. Y cada vez que adopta y conserva al gran hombre, es modificado por su influencia de una forma totalmente original y peculiar». William JAMES, «Great men and their Environment», en *Atlantic Monthly,* 1880, p. 226. Compárese también William JAMES, «The Importance of Individuals», en *Open Court,* 1890. Ambos textos publicados en *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy,* Nueva York-Londres, Longmans, 1897. Una postura similar sostenía Henri BERR, «La méthode statistique et la question des grands hommes», en *Nouvelle Revue,* 1 y 15 de junio de 1890.

32 «Una sociedad en la que el genio fuese sacrificado a la multitud y a un amor ciego por una igualdad estéril se condenaría a un inmovilismo no demasiado diferente de la muerte». Émile DURKHEIM, «Le rôle des grands hommes dans l'histoire» (1883), en *Éléments d'une théorie sociale. Textes* I, París, Les Éditions de Minuit, 1975.

33 «Como cada una de estas cifras incluye todos los casos indiscriminadamente, las circunstancias individuales que pueden participar en la producción del fenómeno

Unos años más tarde François Simiand retomó la misma idea, esta vez para abogar por la unificación de todas las ciencias sociales. Aunque reconocía la cualidad interpretativa específica de la historia, Simiand sostenía que los historiadores tenían que estudiar lo objetivo, no la espontaneidad individual:

> une règle de droit, un dogme religieux, une superstition, un usage, la forme de la propriété, l'organisation sociale, une certaine vision du travail, un certain procédé d'échange, une certaine manière de se loger ou de se vêtir, un précepte moral, etc., tout cela m'est donné, m'est fourni tout constitué, tout cela existe dans ma vie indépendamment de mes spontanéités propres et quelquefois en dépit d'elles.

La política, los individuos y la cronología (definidos como los «tres ídolos de la tribu de los historiadores») carecían de realidad y tenían que ser reemplazados por otros conceptos clave, como la repetición, las regularidades y la tradición.

> La règle est ici, comme dans les autres sciences positives, de suivre les abstractions heureuses, c'est-à-dire celles qui conduisent à établir, celles qui sont propres à mettre en évidence, des régularités.

Para Simiand, además, la causalidad histórica ya no tenía forma de motivación, sino de ley:

> l'établissement d'un lien causal se fait non entre un agent et un acte, non entre un pouvoir et un résultat, mais entre deux phénomènes exactement de même ordre; il implique une relation stable, une régularité, une loi. Il n'y a cause, au sens positif du mot, que là où il y a la loi, au moins conceivable.

Y añadió que:

> il n'y a rapport causal […] que s'il y a régularité de liaison, que s'il y a renouvellement identique de la relation constatée; le cas unique n'a pas de cause, n'est pas scientifiquement explicable.[34]

se neutralizan entre sí y por consiguiente no contribuyen a determinarlo». Émile DURKHEIM, *Les règles de la méthode scientifique* (1895), París, PUF, 1963, p. 10.

34 «Una regla del derecho, un dogma religioso, una superstición, una costumbre, la forma de la propiedad, la organización social, una determinada visión del trabajo, un cierto proceso de cambio, una forma particular de vivir o de vestir, un precepto moral, etc., todo lo que me es dado, todo lo que viene a mí, todo ello existe en mi vida independientemente de mi propia espontaneidad y, a veces, a pesar de ella». / «La regla aquí como en las otras ciencias positivas, es la de seguir las abstracciones afortunadas, es decir, aquellas que conducen a sentar las bases, aquellas que son las apropiadas para poner de relieve las regularidades». / «El establecimiento de

El sueño de escribir una historia impersonal también sedujo a algunos historiadores alemanes. En 1896, Karl Lamprecht, fundador del *Kultur und Universalgeschichte Institut* de la universidad de Leipzig, extrapoló un concepto científico regulador y absoluto de las ciencias naturales y lo aplicó a todas las disciplinas sociales. Propuso que la causalidad se convirtiese en un fundamento primario y sistemático de modo que la historia pudiese adquirir un estatus incuestionablemente científico. Como la ciencia tiene la labor de conocer la concatenación necesaria de causas y efectos, lo cual se muestra uniforme en todos los procesos especiales, la historia debería estar preocupada solamente por lo que es comparable; el método histórico-cultural también coincidía con la aceptación de una causalidad absoluta en el campo espiritual y «funciona con los métodos específicos de las ciencias comparativas; con síntesis, comparación inductiva y generalización».

En Lamprecht, esta perspectiva llevó al sacrificio de todas las diferencias. Los historiadores pueden, o mejor dicho, deben dejar de detectar lo que separa a las cosas para descubrir lo que las une. Por lo tanto, no deberían considerar a cada individuo como un ser en particular, con un carácter preciso, único, irrepetible, y menos aún como un ser capaz de producir un cambio en el curso de la historia, sino como un ejemplo genérico equivalente a otros, solamente dominado por ideas, sentimientos e impulsos que son comunes al grupo al que pertenece[35]. A diferencia de los historiadores marxistas, que preferían el concepto de clase, para Lamprecht la unidad social determinante capaz de explicar todo *lo demás* era la nación, que él no interpretaba en sentido político o jurídico, sino en sentido romántico, como un organismo que evoluciona de acuerdo con sus propias leyes. Este era un punto interesante de oposición: el concepto de nación ya no era un elemento de individuali-

una relación causal no se realiza entre un agente y un acto ni entre un poder y un resultado, sino entre dos fenómenos de exactamente el mismo orden; implica una relación estable, una regularidad, una ley. No hay causa, en el sentido positivo de la palabra, en la que exista la ley, por lo menos concebible». / «No hay relación causal [...] tanto si no hay regularidad en la relación, como si no hay renovación idéntica de la relación constatada. El caso único no tiene una causa, no es científicamente explicable». François SIMIAND, «Méthode historique et science sociale», en *Revue de synthèse historique,* 1903, republicado en *Annales,* 1, 1967, pp. 87, 91, 95 y 105.

35 Karl LAMPRECHT, «Was ist Kulturgeschichte? Beitrag zu einer historischen Empirik», en *Deutsche Zeitschirft für Geschichtswissenschaft*, I, 1896-97, pp. 75-150.

zación del pasado, tal como lo había sido para muchos historiadores en las primeras décadas del siglo XIX, sino una dimensión frecuente de la vida histórica[36].

Ciertamente, en este período hubo también voces discrepantes que se resistían a sacrificar lo concreto de la existencia humana en nombre de la ciencia, pero desgraciadamente, muchos de quienes defendían la naturaleza individual de la historia continuaron cultivando la retórica de la grandeza personal. Es decir, los grandes políticos capaces de dar forma a los acontecimientos se oponían a las fuerzas sociales anónimas invocadas por Simiand y Lamprecht. Incluso aquellos que no sucumbían a la ideología heroica soñaban con individuos inverosímiles, totalmente intencionados y libres. Friedrich Meinecke hablaba de un «núcleo central indisoluble, unitario y apriorístico del individuo», mientras que Eduard Meyer estableció las personalidades que operaban en contra de los individuos indiferentes

> cuyos nombres solo pueden ser dados en la historia porque fueron, por casualidad, los vehículos de un proceso histórico particular, como funcionarios, diplomáticos, administrativos y demás; de modo que solamente el nombre y el trabajo de ellos tiene interés histórico, no sus personalidades[37].

Es digno de mención que la primacía de los grandes hombres casi invariablemente coincide con la primacía de los políticos. Solamente el Estado parece ser digno de investigación histórica. Tal como escribiese el historiador alemán Eberhard Gothein con ironía, los hechos de gran importancia, los hechos del Estado, son la prerrogativa de los historiadores políticos, mientras que los historiadores culturales se remiten al cubo de la basura y al «desván» (*das Kehrichtfass und die Rumpelkammer*)[38]. En un periodo marcado por un crecimiento constante del poder del Estado y la afirmación de las masas como sujeto político, los artículos de *Historische Zeitschrift* dejan de lado los problemas sociales (no hay co-

36 Jürgen KOCKA, «Ideological repression and methodological Innovation: Historiography and the Social Sciences in the 1930s and 1940s», en *History and Memory,* 2, 1990, pp. 130-138, sobre el nexo entre la historia social y el nacionalismo étnico en las siguiente décadas.

37 Friedrich MEINECKE, «Zum Streit und die kollektivische Geschichtsschreibung», en *Historische Zeitschrift*, 76, 1896; Eduard MEYER, «Zur Theorie und Methodik der Geschichte» (1902), en *Kleine Schriften*, vol. I, Halle, Niemeyer, 1924.

38 Eberhard GOTHEIN, *Die Aufgaben der Kulturgeschichte,* Leipzig, Duncker & Humblot, 1889.

rralas, fábricas, familias, barrios periféricos, etc.) y aplanan la política, identificándola con la ideología manifiesta y formal de las instituciones del Estado[39].

Los peligros de una definición como esa se evidenciarían en los años siguientes, durante y después de la Primera Guerra Mundial, cuando muchos historiadores políticos mostraron que eran incapaces de comprender las graves tensiones sociales que perturbaban a Alemania y a Europa en general. Uno de los inspiradores de la morfología histórica, a quien la Gestapo arrestó al sospechar de su complicidad en la conspiración en contra de Hitler el 20 de julio de 1944, Eduard Spranger, era consciente de ese peligro y le confió a Meinecke que «las ideas de Goethe no eran suficientes para comprender nuestro infierno actual»[40].

A mí me parece que, en muchos aspectos, la historia emerge profundamente debilitada del debate metodológico del siglo XIX. Los principales personajes de la época oscurecieron los puntos de vista más ricos y complejos, como los de Otto Hintze. Así, el panorama historiográfico rápidamente se reagrupó alrededor de una distinción conceptual bastante discutible, la que existe entre la historia social y la historia política. En las siguientes décadas, la primera cultivaría su vocación impersonal, mientras que la segunda continuaría poblando el pasado con personajes correctos y decorativos (olvidando la advertencia de Bismarck: «mi influencia generalmente se exagera muchísimo […] pero, a pesar de todo, a nadie se le ocurrirá pedirme que haga historia»[41]). Fue un triste resultado, particularmente si pensamos que, a la vez, dos autores «ajenos» a la disciplina de la historia, como Max Weber y Wilhelm Dilthey, elaboraban reflexiones de gran riqueza e innovación sobre la relación entre la biografía y la historia.

39 Encontramos este tipo de planteamiento en T. C. W. BLANNING y D. CANNADINE (eds.), *History and Biography. Essays in Honour of Derek Beales,* Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

40 Klaus EPSTEIN, «Friedrich Meinecke, Ausgewählter Briefwechsel», en *History and Theory,* 1965, p. 85.

41 La declaración de Bismarck, realizada en el Parlamento del norte de Alemania el 16 de abril de 1869, fue recogida por Gueorgii V. PLÉJANOV, *El papel del individuo en la historia* (1898), México, Grijalbo, 1969.

7.

Durante el siglo XX, la imagen de la historia biográfica sufrió un daño aún mayor. El pináculo de esta desconfianza con respecto a la biografía probablemente se alcanzó en Francia[42]. La batalla en contra de la *histoire historisante* comenzó en las páginas de la *Revue de Synthèse Historique* y la ganaron los historiadores de los *Annales*, que intentaron recoger la profunda capa subyacente de la historia (las estructuras sociales, las representaciones mentales y los fenómenos perdurables) más allá de las personalidades y los acontecimientos. En poco tiempo, la biografía se convirtió en el emblema de la historia tradicional, lo que Fernand Braudel llamó la *histoire événementielle,* un tipo de historia más atento a las cronologías que a las estructuras, a los grandes hombres que a las masas. Para Marc Bloch y Lucien Febvre, el objetivo de la historia era el hombre, o «disons mieux: les hommes. Plutôt que le singulier, favorable à l'abstraction, le pluriel, qui est le mode grammatical de la relativité, convient à une science du divers»[43]. Pero después de Bloch y Febvre, la segunda y tercera generación de los historiadores de *Annales* englobaron todas las tensiones individuales en las estructuras perdurables colectivas.

Fernand Braudel definió a los acontecimientos como nada más que polvo, «una agitación de superficie», y trató a los individuos como una pátina de la realidad, brillante pero superficial. Su insistencia en la naturaleza ilusoria de los hechos humanos surgió de lo siguiente: «cualquier esfuerzo contracorriente del sentido profundo de la historia está condenado». Excepto ciertos personajes excepcionales (el papa Pío V o don Juan de Austria, por ejemplo), los seres humanos no tenían ningún poder dentro de este plan (Carlos V era presentado como un caso calculado, preparado y demandado por España, cualquier cosa menos el artífice del proyecto imperial)[44].

42 Josef KONVITZ, «La biographie, cette handicapée de l'historie», en *Le Magazine Littéraire,* abril 1989.

43 «Mejor dicho, los hombres. En lugar del singular, favorable a la abstracción, el plural, que es el modo gramatical de la relatividad, adecuado para una ciencia de lo diverso». Marc BLOCH, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, INAH, 1998, p. 83.

44 Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), México, Fondo de Cultura Económica, 1953, pp. 21-23, 512-520. Véanse las críticas de Jacques RANCIÈRE, *Les mots de l'histoire. Essai de poetique du savoir*, París, Éditions du Seuil, 1992, pp. 26-27.

Los historiadores sociales no fueron los únicos que desconfiaron de los individuos. En las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, durante el apogeo de los métodos históricos cuantitativos, algunos historiadores también tenían la esperanza de medir los fenómenos culturales en términos cuantitativos (lo que Pierre Chaunu definió como «le troisième niveau»), François Furet mantenía que la noción de clases subordinadas evocaba, por encima de todo, una idea de cantidad y anonimato. Emmanuel le Roy Ladurie deseaba «une histoire sans les hommes». Jacques Le Goff (más tarde autor de dos importantes biografías históricas) escribió que la historia de las mentalidades colectivas estudiaba

> le quotidien et l'automatique, ce qui échappe aux sujets individuels de l'histoire parce que révélateur du contenu impersonnel de leur pensée, ce que César et le dernier soldat de ses légions, saint Louis et le paysan de son domaine, Christophe Colomb et le marin de ses caravelles ont en commun[45].

8.

Durante varias décadas, el gusto por lo singular solo sobrevivió en algunos sitios recónditos de la historiografía. Uno de ellos fue el campo de la prosopografía. Dudando tanto de la filosofía de la historia como de la historia de las ideas, Lewis Namier creía que los datos sociales solo podían explicarse científicamente explorando las raíces del comportamiento individual. Su método micro-analítico defendía la fisión de los datos sociales de una miríada de existencias particulares que eventualmente se reintegrarían en totalidades mucho más grandes. El historiador

> tiene que conocer las vidas de miles de individuos, un hormiguero completo, ver sus hileras extenderse en varias direcciones, comprender cómo están conectadas y correlacionadas, observar las hormigas individualmente y, sin embargo, nunca olvidarse del hormiguero[46].

45 «Lo cotidiano y automático, lo que escapa a los sujetos de la historia, porque revela el contenido impersonal de su pensamiento, lo que tienen en común César y el último soldado de sus legiones, San Luis y el campesino de sus tierras, Cristóbal Colón y el marinero de sus carabelas». François FURET, «Pour une définition des classes inférieures à l'époque moderne», en *Annales ESC,* 18, 1963, pp. 459-474. Emmanuel LE ROY LADURIE, *Les territoires de l'historien,* parte IV, París, Gallimard, 1973; Jacques LE GOFF: *Les mentalités,*dans *Faire de l'histoire,* París, Gallimard, 1974, t. III, p. 80.

46 Lewis B. NAMIER, «The biography of Ordinary Men», en Lewis B. NAMIER, *Skyscrapers and other Essays,* (1931), Nueva York, MacMillan, 1968, pp. 46-47.

Sin embargo, el concepto *pointilliste* de Namier —adoptado esencialmente por los historiadores de la Roma Antigua y los estudiosos de la aristocracia inglesa— con frecuencia tomaba una dimensión antibiográfica, en el sentido de que la variedad del pasado se sacrificaba en nombre de las regularidades. Como declararían Louis Bergeron y Guy Chaussinand-Nogaret, el objetivo de la prosopografía era transformar lo singular en plural,

> retrouver les hommes et, à travers eux, préparer la définition des types. Au delà du masque savant, retrouver le visage quotidien, et les singularités régionales, et des physionomies multiples faire jaillir les traits communs[47].

Otra experiencia interesante surgió de la sociología. A finales de la década de 1910, William Thomas y Florian Znaniecki escribieron una obra monumental, *El campesino polaco*, comenzando por los testimonios personales de inmigrantes polacos a los Estados Unidos (correspondencia personal y también el relato autobiográfico de Wladek eran considerados «representantes de la masa culturalmente pasiva»[48]). El libro tuvo una trayectoria difícil, por una parte debido a vicisitudes políticas: Thomas, un pacifista militante, fue arrestado por adulterio en 1918 y solo rehabilitado diez años más tarde (hablando del peso de los hechos biográficos…) y por otra, por motivos científicos: la sociología norteamericana pronto decidió que los documentos personales no eran de fiar. El golpe de gracia llegó en 1939 cuando Herbert Blumer decretó que el material biográfico basado en procedimientos irremediablemente subjetivos no permitía que se hiciesen generalizaciones válidas y fidedignas[49].

47 «Recuperar a los hombres y, a través de ellos, preparar la definición de los tipos. Más allá de la máscara del científico, encontrar el rostro cotidiano, y poner de manifiesto los rasgos comunes de las singularidades regionales y las múltiples fisonomías». Louis BERGERON y Guy CHAUSSINAND-NOGARET (eds.), *Grands notables du premier empire*, París, CNRS, 1978, p. VI.

48 William I. THOMAS y Florian ZNANIECKI, *The Polish Peasant in Europe and America*, Chicago, The University of Chicago Press, 1918-20.

49 Herbert BLUMER, *An Appraisal of Thomas and Znaniecki's «The Polish Peasant in Europe and America»*, Nueva York, Social Science Research Council, 1939; Howard S. BECKER, «The Life History and the Scientific Mosaic», introducción a Clifford R. SHAW, *The Jack-Roller* (1930), Chicago, Chicago University Press, 1966. Ahora en *Sociological work, Method and Substance,* New Brunswick, Transaction Books, 1970, sobre el descrédito de los documentos personales en la sociología.

9.

Cuando parecía que estaba oficialmente muerto y enterrado, el mensaje biográfico fue retomado por una serie de interlocutores independientes (incluyendo los sociólogos Richard Hoggart y Danilo Montaldi) cuya intención era darles la palabra a todos los olvidados de la historia con mayúscula[50]. Fue desde esta perspectiva, tan lejana de la historia política tradicional, como el individuo lentamente volvió a encontrar su sitio. Ligadas al principio a la memoria de lo excluido (como fue el caso de la historia oral, los estudios de cultura popular o de las mujeres), las reflexiones biográficas progresivamente se dirigieron al corazón de la disciplina histórica durante las dos últimas décadas del siglo XX[51]. La crisis del marxismo y el estructuralismo llevó a muchos historiadores a preguntarse sobre el concepto del individuo. En 1987, Bernard Guenée escribió que «l'étude des structures semblait donner une place trop large à la nécessité» y unos años más tarde, Le Goff aclaró que «la biographie semble en partie libérée des blocages où des faux problèmes

50 Richard HOGGART, *The Uses of Literacy: Changing Patterns in English Mass Culture,* Boston, Beacon Press, 1961; Danilo MONTALDI, *Autobiografie alla leggera,* Turín, Einandi, 1961; Danilo MONTALDI, *Militanti politici di base,* Turín, Einaudi, 1971. Véase también la obra de Óscar LEWIS, *Los hijos de Sánchez* (1961), México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

51 François DOSSE, *La apuesta biográfica: escribir una vida*, Valencia, PUV, 2007. Un ejemplo es el número de publicaciones de ciencias sociales que prestaron especial atención a la biografía entre finales de los setenta y finales del siglo XX. Véanse, en orden cronológico, algunas de las publicaciones que dedicaron un número a la biografía y autobiografía: *New Literary History*, IX, 1, 1977; *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, 20, 1979; «Histoires de vie et vie sociale», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, XLIX, 2, 1980; «Récits de vie», en *Revue des Sciences Humaines*, 191, 1983; «Vendere le vite: la biografia letteraria», en *Sigma*, XVII, 1-2, 1984; «Le biographique», en *Poétique*, 63, 1985; «Problèmes et méthodes de la biographie», Actes du Colloque, Paris, Sorbonne 3-4 mai 1985, en *Sources*; «La biographie», en *Diogène*, 139, 1987; «Reflections on the Self», en *Social Research*, 1987; «Des biographies», en *Revue Française de Psychanalyse*, 52, 1988; «Biographie et cycle de vie», en *Enquête*, 1989; «Biographies. La vie comme elle se dit…», en *Cahiers de Philosophie*, 10, 1990; «Le Biographique», en *Revue des Sciences Humaines*, 224, 1991; «La biographie. Usages scientifiques et sociaux», en *Politix*, 27, 1994; «Biographie et politique», en *Revue Pôle Sud*, 1, 1994; «Biographie-Biographien-Biographie-Biographies», en *Zeitschrift für Geschichte-Revue d'Histoire*, 1995; «Le genre biographique dans les historiographies française et allemande contemporaines», en *Revue d'Allemagne et des Pays de langue allemande*, 33, 2001; «Biographies», en *Revue de Sciences Humaines*, 263, 2001; «Biographiques», en *Littérature*, 128, 2002. Desde 1978 hay también una revista dedicada exclusivamente al género biográfico: *Biography. An Interdisciplinary Quarterly*.

la maintenaient. Elle peut même devenir un observatoire privilégié»[52]. Hasta los historiadores sociales, tradicionalmente más sensibles a las experiencias históricas colectivas, se sintieron decepcionados e insatisfechos por las *agobiantes* categorías de clase social o mentalidad —categorías que reducen el sentido de los actos humanos a un subproducto de las fuerzas económicas y el entorno cultural—. Por lo tanto, ellos también comenzaron a reflexionar sobre los destinos personales[53].

Sugiero que dos ideas contradictorias caracterizaron estas nuevas tendencias historiográficas. Por un lado, podemos reconocer más que un eco de enormes esperanzas que van más allá del trabajo *normal* de la comprensión científica. El sociólogo francés Daniel Bertaux lo describió muy bien. En 1968, la biografía le parecía un medio de conocimiento alternativo y antiautoritario sobre el pasado, además de un instrumento de la lucha por cambiar la sociedad[54]. Por otro lado, podemos identificar una visión resignada, *minimalista,* fundada en las extrañas convicciones de que el estudio de un individuo es una tarea sencilla (un punto de vista, debo añadir, que generalmente prevalecía sobre la postura grandiosa de Bertaux).

Así, en una conferencia organizada en la Sorbona en 1985, las razones profundas (aunque no siempre conscientes) que habían una vez más llevado a los destinos individuales a un primer plano en la investigación histórica se eliminaron por emocionales y ligadas a necesidades psicológicas. La biografía fue presentada como un expediente agradable, «un instrumento modesto que puede ayudar [a los historiadores] a ilustrar tendencias y estructuras a largo plazo, pero que ciertamente no pue-

52 «Le parecía que el estudio de las estructuras cedía un espacio demasiado amplio a la necesidad», Bernard GUENNÉE, *Entre l'Eglise et l'Etat. Quatre vies de prélats francçais à la fin du Moyen Age*, París, Gallimard, 1987, p. 14; «la biografía parece liberada en parte de los bloqueos a los que la sometían los falsos problemas. Incluso puede convertirse en un observatorio privilegiado», Jacques LE GOFF, *Saint-Louis,* París, Gallimard, 1996, p. 15. Véase también Natalie Zemon DAVIS, *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Antoni Bosch, 1984; Jacques-Louis MÉNÉTRA, *Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétra compagnon vitrier au 18[e] siècle* (ed. por Daniel Roche), París, Montalba, 1982; Alain CORBIN, *Le monde retrouvé de Louis-Francois Pinagot, sur les traces d'inconnu, 1798-1896,* París, Flammarion, 1998.

53 Véase el artículo «Tentons l'expérience», en *Annales ESC*, 1989.

54 Daniel BERTRAUX, «From the Life-History Approach to the Transformation of Sociological Practice», en *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, Beverly Hills, Sage Publications, 1981.

de presumir de convertirse en un impulsor intelectual»[55]. Según estas definiciones, una historia de vida tendría simplemente una función de sugerencia (de exploración preliminar del problema) o de ilustración (las teorías se establecen por medio de otros procesos de investigación y la anécdota personal se utiliza como ornamento, como la decoración de la tarta). En ambos casos, la historia de vida no se usa para comprender la vida social, sino como ejemplo de un razonamiento general; es la técnica del sándwich, que pone un trozo de existencia individual entre dos trozos de contexto…[56].

10.

Con la ayuda de las reflexiones críticas de estudiosos del calibre de Bourdieu[57], la mayoría de los historiadores se fueron desplazando más y más de su *ingenuidad* y comenzaron a plantear dos grupos de preguntas fundamentales. La primera serie de cuestiones se refiere al análisis biográfico. ¿Qué es lo importante y lo no importante en la vida de una persona? ¿Cuáles son las categorías que lo explican? ¿La libertad, la independencia nacional y la democracia? ¿El ejército, la escuela y la familia, o las clases sociales, el capitalismo y a saber qué otros elementos externos (ruido, contaminación…)?[58] La segunda serie de preguntas se

55 Hubert BONIN, «La biographie peut-elle jouer un rôle en histoire économique contemporaine?», en *Problèmes et méthodes de la biographie*, Actes du Colloque, Paris, Sorbonne 3-4 mai 1985, p. 173; véase también, Félix TORRES, «Du champu des Annales à la biographie: réflexions sur le retour d'un genre», ibíd., pp. 141-148. Al respecto, Jacques LE GOFF, «Comment écrire une biographie historique aujourd'hui?», en *Débat*, 1989, escribió que «lo que me molesta de la actual proliferación de biografías es que muchas son el retorno puro y simple a la biografía tradicional, superficial, anecdótica, de cronología plana, sacrificada a una psicología obsoleta, incapaz de demostrar la importancia histórica general de una vida individual. Es el regreso de los emigrantes después de la Revolución Francesa y el Imperio, que no han aprendido nada ni olvidado nada».

56 La expresión «técnica del sándwich» fue acuñada por el historiador inglés Charles Firth, véase Godfrey DAVIS, «Biography and History», en *Modern Language Quarterly*, 1, 1940, pp. 79-94.

57 Pierre BOURDIEU, «L'illusion biographique», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 62-63, 1986; Jean Claude PASSERON, «Biographies, flux, itinéraires, trajectoires», en *Revue française de sociologie*, XXXI, 1990, pp. 3-22.

58 Gregory BATESON, *Steps to an Ecology of Mind*, Chicago, Chandler Publishing Company, 1972, pp. 475 y ss., expresó que los hechos más importantes de su vida fueron el Tratado de Versalles y la revolución cibernética, y comentó: «Quizá os

refiere a la relación entre la biografía y la historia: ¿Puede la vida de un individuo arrojar luz sobre el pasado? ¿Pueden los testigos individuales contribuir a que se formule una hipótesis general?

La microhistoria ha surgido como un enfoque histórico interesado en ambos grupos de preguntas. Al igual que la historia de las mujeres y la de la cultura popular, la microhistoria ha intentado restaurar la dignidad personal a los perdedores de la historia, las víctimas del pasado[59]. En 1976, Carlo Ginzburg utilizó la famosa pregunta de Bertolt Brecht «¿Quién construyó la Tebas de las siete puertas?» para dar voz a un molinero del siglo XVI. Durante los siguientes años, Giovanni Levi complicó más el tema. Si Ginzburg había estudiado a un individuo bastante excepcional (Menocchio), Levi eligió centrarse en un «sitio banal» (un pueblecito del siglo XVII) y una «historia corriente» (un sacerdote exorcista bastante bruto)[60]. En ambos casos (Ginzburg y Levi), la pasión política iba de la mano con el compromiso metodológico. Ambos utilizaron la información biográfica de modo más novedoso, podría decirse de forma más agresiva, con el objeto de cuestionar la homogeneidad aparente de las instituciones seglares y eclesiásticas, las comunidades locales, los grupos sociales y otras entidades, y al hacerlo, para reevaluar el equilibrio entre los destinos personales y las estructuras sociales. Rebuscando en las grietas del entramado de las normas la microhistoria, descubrió que los contextos sociales se asemejan a un tejido conectivo con campos eléctricos de diferentes densidades, en vez de una unidad compacta y coherente[61].

Esta contribución es extremadamente importante, tanto para la historia como disciplina, como para la *polis*. Desveló la pobreza de todos los conceptos explicados a través de la *pertenencia*. La vida social aparece como una serie de círculos o pasos, en los que cada uno se cruza con

sorprenda o escandalice que no haya mencionado la bomba A o la Segunda Guerra Mundial. No he mencionado la generalización del automóvil, ni la radio y la TV, ni otras muchas cosas que han tenido lugar en los últimos sesenta años».

59 Carlo GINZBURG y Carlo PONI, «Il nome e il come. Mercato stroriografico e scambio disenguale», en *Quaderni storici*, 40, 1979, pp. 181-190.

60 Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI* (1976), Barcelona, Muchnik, 1986; Giovanni LEVI, *L'eredità immateriale,* Turín, Einaudi, 1985; trad. ingl.: *Inheriting Power: the Story of an Exorcist*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.

61 Jacques REVEL, *Microanalyse et construction du social,* introducción *Jeux d'échelle. La micro analyse à l'expérience*, París, Gallimard, 1996.

el otro y el centro de un círculo es la periferia del otro. En este esquema, el individuo, cada individuo, es un «híbrido», una reunión de diferentes experiencias sociales[62]. Pero esta perspectiva contiene algo que produce vértigo: la tarea de contextualización parece inagotable (cada espacio y todo el tiempo se refiere a otro espacio y a otro tiempo). No estoy segura de si en los últimos años hemos sido capaces de aceptar a esta sensación de vértigo. Me pregunto si no hemos intentado debilitar e incluso negar esta sensación con demasiado frecuencia, hasta el punto de compensar la sensación de mareo con dos utopías (que Paul Ricoeur llamaría dos formas de *hubris*).

La primera utopía es la de la representatividad biográfica: promete descubrir un punto que encapsula todas las cualidades del todo. El historiador debería trabajar dos veces: la primera para encontrar el individuo representativo (el campesino normal, la mujer normal, etc.), luego extender las cualidades del individuo representativo a una categoría total (la clase campesina, el género femenino, etc.) por medio de un proceso inductivo. Por ejemplo, en su libro sobre Joseph Sec, Michel Vovelle enunció el «testimonio de un grupo social» individual (la burguesía francesa del siglo XVIII). Por su parte, Joël Cornette, buscaba «ya no lo único, sino un espejo que refracta el mundo» en la vida de Benoît Lacombe[63]. Esta es una importante perspectiva que integra el estudio biográfico y las generalizaciones, pero crea una investigación agotadora en busca de experiencias cercanas a la media; los aspectos más comunes (o, al menos aquellos considerados así) se exaltan, mientras que los más particulares y personales se omiten[64]. Quien haya trabajado en fuentes biográficas (diarios, correspondencia, memorias, etc.) sabe que, si seguimos esta utopía, inevitablemente acabamos nivelando la especificidad de las vidas personales y pisoteando la variedad del pasado. De una forma aparentemente inocente ignoramos o, mejor dicho, corregimos los elementos egoístas de la biografía (una operación que recuerda

62 Edoardo Grendi (otro de los fundadores de la microhistoria) acuñó el oxímoron «normal excepcional». Edoardo GRENDI, «Microanalisis e storia sociale», en *Quaderni Storici*, 35, 1977.

63 Michel VOVELLE, *L'irrésistible ascensión de Joseph Sec, bourgeois d'Aix,* Aix-en-Provence, Edisud, 1975; Joël CORNETTE, *Un révolutionnaire ordinaire. Benoît Lacombe, négociant, 1759-1819*, París, Champ Vallon, 1986.

64 Sobre los riesgos implícitos de los «tipos», Bernard LEPETIT, «De l'echelle en histoire», en *Jeux d'echelle*, p. 78; Alain BOUREAU, *Histoires d'un historien, Kantorowicz,* París, Gallimard, 1990, pp. 75-76.

el consejo de los positivistas sobre la eliminación de las idiosincrasias individuales)[65]. El resultado de este trabajo de censura diario es bastante triste: el tiempo histórico parece ser una base inmóvil, sin huellas dactilares[66].

La segunda utopía es la naturalista. En este caso, los historiadores no buscan un punto milagroso capaz de reflejar la historia como un todo (un período, una sociedad, un grupo social, etc.) sino se dicen que quieren «la historia de cada uno». Cuando Giovanni Levi sugirió que reconstruyésemos las «historias biográficas de *cada* habitante del pueblo de Santena que hubiese dejado un rastro documentado»[67], quizá no predijese que la segunda generación de microhistoriadores acabaría compitiendo con el Registro Civil (por utilizar la famosa expresión de Balzac). En una interpretación benevolente, podríamos decir que los historiadores esperan describir al pasado en todo su detalle y elaborar categorías interpretativas que respeten totalmente la integridad y complejidad de la realidad empírica. Pero esta idea del conocimiento como una copia integral de la realidad más bien recuerda al cartógrafo evocado por Jorge Luis Borges, que, al desear diseñar un mapa perfecto del imperio, hizo uno «que tenía el tamaño del mismo Imperio y coincidía con él punto por punto»[68]. Una tarea imposible. Y aunque fuese posible, ¿sería suficiente? ¿Nos permitiría realmente restaurar la realidad vivida por una época?

65 Italo Calvino lo aplicó a sí mismo: «Ahora, sin embargo, tengo que protegerme de otro error o vicio de aquellos que escriben memorias autobiográficas —el de tender a hacer que la experiencia propia parezca una experiencia ‘promedio’ de la generación y el entorno dados, resaltando los aspectos más comunes y dejando los más particulares y personales en la sombra—. A diferencia de lo que he hecho otras veces, ahora querría resaltar los aspectos que difieren más del ‘promedio’ italiano, ya que estoy convencido de que se puede siempre lograr más verdad de la excepción que de la media», Italo CALVINO, «Un ’infanzia sotto il fascismo», en *Eremita a Parigi: pagine autobiografiche*, Milán, Mondadori, 1996.

66 Giovanni LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales ESC*, 44, 6, 1989, pp. 1325-1336.

67 Giovanni LEVI, *L’eredità immateriale*, Turín, Einaudi, 1985, pp. 4-5.

68 Jorge Luis BORGES, *El hacedor*, Buenos Aires, Emecé, 1960; trad. ingl.: «On Rigor in Science», en *Dreamtigers,* Austin, University of Texas Press, 1985.

11.

Enfrentados con estos utópicos callejones sin salida, que podrían alejarnos peligrosamente una vez más de la historia biográfica, me parece importante que nuevamente demos un paso atrás y volvamos al *Methodenstreit* de hace más de un siglo. Hoy en día, como sujetos políticos, nos vemos obligados a preguntarnos sobre los límites del concepto de pertenencia. Quizá por este motivo estamos más dispuestos a aceptar algunas de las reflexiones de Wilhelm Dilthey de las que en su momento los historiadores hicieron caso omiso. Todas sus reflexiones sugieren que el mundo histórico no puede ser comprendido según el concepto de pertenencia, y menos aún en términos de propiedad o asimilación. Un individuo no puede *explicar* un grupo, una comunidad o una institución y viceversa, un grupo, una comunidad o una institución no puede *explicar* a un individuo. Siempre hay una disparidad, y esta es inagotable. Por otro lado, las creaciones de la vida colectiva son sufridas, vividas y logradas por los individuos pero van más allá de su control y cubren un espacio humano que es más amplio que el biográfico. Estaban aquí antes de nosotros y continuarán después de nuestra defunción:

> estas relaciones traspasan a los individuos, existen dentro de ellos, pero también alcanzan más allá de su vida y poseen una existencia y un desarrollo independiente propios a través del contenido, valor y propósito que consiguen[69].

Por otro lado, cada uno de los individuos en sí es siempre *híbrido*, un punto donde las redes de relaciones se entrecruzan (*Kreuzungspunkt*). Aunque un individuo esté saturado hasta la médula de sus experiencias sociales, nunca se lo puede reducir a una sola de ellas. Con respecto a esto, Dilthey dio el ejemplo del juez que, además de cumplir con su función en la Corte, también vivía en otras unidades dinámicas (*Wirkungszusammenhang)*. Se ocupa de su familia, vela por sus intereses económicos, tiene una función política y a veces se divierte escribiendo poesías…

Además, para Dilthey la relación entre una comunidad o una institución y una época o civilización no pueden definirse en términos de pertenencia. Desde luego, cada época expresa una figura dominante, es unilateral y, en ciertas ocasiones, la armonía entre las diferentes esferas

69 Wilhelm DILTHEY, *Der Aufbau der geschichtichen Welt in den Geisteswissenschaften*; trad. ingl.: *Secret Writings*, Cambridge, University Press, 1976, pp. 180-181.

de la vida es particularmente intensa. Por ejemplo, el espíritu racional y mecanicista del siglo XVII influyó en la literatura, la política y la estrategia bélica. Pero estas son excepciones, porque las varias esferas tienen cierta independencia: «cada sistema individual de interacción [...] tiene, debido a la postura de los valores y de su realización, su centro dentro de sí mismo»[70]. Una civilización no es una entidad completa; no está hecha de una sola sustancia que puede ser resumida en un pensamiento fundamental, sino que es un entretejido o mezcla precaria de varias actividades en continuo movimiento (la economía, la religión, la ley, la educación, la política, el sindicato, la familia, etc.).

Dilthey explica con más detalles esta pluralidad fundamental del mundo histórico también a nivel temporal. Tras Johann Gottfried Herder, quien pensaba que cada fenómeno tiene su temporalidad específica, Dilthey escribió que el tiempo histórico no es ni una línea recta ni una corriente homogénea. Por ejemplo, la Ilustración, Bach y el pietismo coexistieron durante el siglo XVIII. Este periodo,

> en el cual el discurso dominante de la Ilustración alemana se expresa en los diferentes campos de la vida, sin embargo no determina a todos los hombres que pertenecían a aquella época e, incluso cuando influye, encuentra otras fuerzas a su lado. La oposición de las edades anteriores impone su valía y las fuerzas que reconectan a las situaciones e ideas antiguas demuestran ser particularmente efectivas, aunque intentan darles una nueva forma[71].

Lejos de una imagen compacta y conciliadora del devenir, Dilthey concibe el todo histórico como una entidad plástica y conflictiva en la que las fuerzas disonantes conviven, rebelándose contra el *Zeitgeist*. Según esta perspectiva, como diría Siegfried Kracauer, la expresión «el transcurso del tiempo» sería reemplazada por «el transcurso de los tiempos»[72].

Con una profunda sensibilidad a la vitalidad periférica de la historia, Dilthey se vio forzado a enfrentarse a la sensación de mareo que nutría toda la historia biográfica. Pero, fiel al ejemplo de juez que escribe poesía, no sucumbió ni a la ilusión de representatividad ni a la ilusión

70 Ibíd., p. 183.

71 Ibíd., p. 282.

72 Siegfried KRACAUER, *The Last Things Before the Last,* Nueva York, Oxford University Press, 1969; véase también Walter BENJAMIN, *El origen del drama barroco alemán*, Madrid, Taurus, 1990.

naturalista. Se nos ofrece otra vía —la de aceptar el carácter circular del conocimiento—. Para comprender el todo, tenemos que comprender las partes, pero para comprender estas, tenemos que entender el todo. Hay una dependencia recíproca entre estas dos operaciones, una alimenta a la otra: «una encuesta universal del todo presupone la comprensión de las partes unidas en él», sin embargo, «comprender lo particular depende del conocimiento de lo general»[73]. Es decir, que en lugar de superar la sensación de vértigo Dilthey intenta lidiar con ella:

> así, el método funciona en una dirección dual. Dirigido hacia lo particular, va de la parte al todo y vuelve a la parte; dirigido a lo general, se aplica la misma interacción entre lo general y lo particular[74].

Sugiere que el hecho de que la tarea de contextualización sea interminable (que cada espacio y tiempo se refiera a otro espacio y tiempo) no es necesariamente un inconveniente o, peor aún, una maldición. Quizá sea una riqueza humana que esconde la oportunidad de conocer.

Aceptar esta sugerencia, es decir, recibir con los brazos abiertos la naturaleza inacabada de la historia, está lejos de ser sencillo. Significa reconocer que cada interpretación implica un arte hermenéutico y, por lo tanto, aceptar la importancia de la imaginación histórica. De esta forma volvemos al principio, a una página a la que Wilhelm von Humboldt hizo caso omiso en la discusión de 1821 sobre la tarea del historiador, cuando nos recordó que para encontrar la verdad del pasado «una enumeración y descripción de los acontecimientos» no es suficiente. Para «reunir los fragmentos recolectados en un todo», los historiadores deben utilizar su imaginación. Esto no quiere decir que puedan o deban inventar lo que sucedió. Solo significa —pero ese «solo» no es nada sencillo—, que deberían ampliar su humanidad lo más posible de modo que puedan permitir que las realidades pasadas los impregnasen. Al igual que los artistas, los historiadores también crean una obra de imitación; ellos también buscan la verdad interior real. Pero su objetivo es totalmente diferente,

> el artista meramente aparta su apariencia efímera de la realidad, apenas toca la realidad con el objeto de alejarse volando de ella; el historiador

73 Wilhelm DILTHEY, *Secret Writings*, Cambridge, University Press, 1976, pp. 196 y 188.

74 Ibíd., p. 190.

> busca únicamente la realidad y tiene que sumergirse profundamente en ella.

En vez de estar suspendidos por encima de la realidad, los historiadores subordinan su imaginación a su investigación: «en esta subordinación, la imaginación no actúa como pura fantasía y, por lo tanto, es más correcto llamarla la facultad intuitiva o la habilidad conectiva»[75].

Traducción de Mary Solari

75 Ibíd., pp. 57-60.

Vidas cruzadas. Biografía y microhistoria en un mundo global

Anaclet Pons
Universitat de València

1.

Al parecer, la etiqueta «global» pasa por ser la más actual de cuantas nos acompañan en la tarea de historiar el pasado. Algunos de los volúmenes más recientes que de ella se ocupan insisten en ese rasgo, en que se trata de un flamante enfoque, con poco más de una década a sus espaldas. Otros autores reclaman que, además, la novedad es solo una parte de su atractivo, por estar aquella y este más relacionados con el fondo que con la forma, dando lugar a uno de los desarrollos más notables ocurridos últimamente en el seno de la corporación[1]. Porque, en efecto, formalmente sus raíces son antiguas y están bien establecidas, con objetos clásicos, con estudios centrados en los flujos de mercancías, poblaciones, enfermedades, etcétera. Ahora bien, el contenido ya no es el mismo. Por dos razones: porque el mundo ha cambiado y los ciudadanos del nuevo siglo se conciben dentro de un proceso denominado globalización, que creen nuevo, característico de este tiempo, e irreversible, una creencia que se percibe y se alienta con fenómenos como el fin de la Guerra Fría o la crisis financiera; y porque, como consecuencia de lo anterior, la perspectiva y las pretensiones no son las mismas que cuando empezó esta etiqueta, allá por los años sesenta.

Tanto es así que muchos de sus actuales practicantes defienden que se trata de un nuevo giro. David Armitage, uno de los mejores y más

1 Por ejemplo: Maxine BERG (ed.), *Writing the History of the Global: Challenges for the Twenty-first Century*, Oxford, Oxford University Press, 2013; Samuel MOYN y Andrew SARTORI (eds.), *Global Intellectual History*, Nueva York, Columbia University Press, 2013; o Lynn HUNT, *Writing History in the Global Era*, Nueva York, W. W. Norton, 2014.

prolíficos historiadores del campo, reconoce esta pretensión vagabunda de los historiadores, que han pasado del giro social, el de la historia desde abajo, al lingüístico, con el asociado renacimiento de la historia cultural, y finalmente a este más reciente, que decimos global para abreviar. Armitage va incluso un poco más lejos y asegura que, para no desorientarnos, convendría parar, serenarnos tras tanta rotación y reflexionar; de hacerlo, nos dice, uno podría asegurar que lo que se avecina con este último giro es en realidad un retorno a un viejo modelo de análisis histórico, el de la querida *longue durée*[2]. Y de este modo podríamos finalmente abrazar la perspectiva propia de la historia global, aquella que desafía los confines de la historia nacional y de los estrictos marcos cronológicos, para rastrear a largo plazo, en los siglos o milenios, la génesis de los descontentos globales que nos acucian.

En efecto, este es uno de sus rasgos más obvios y con mayor capacidad de transformación, la razón por la que este giro quizá tenga la misma fuerza transformadora que tuvieron la historia social y el giro lingüístico, pues la profesión histórica ha estado comprometida en casi toda su trayectoria con el nacionalismo metodológico, y continúa estándolo. Todos, historiadores o no, hemos asumido que las naciones que se definen a sí mismas como tales, sobre todo las organizadas en Estados, son nuestros principales objetos de estudio, o el marco casi exclusivo en el que estos se comprenden. Y así, nuestra tarea ha sido narrar de muy distintas maneras el recorrido de esas formas nacionales, con su surgimiento, su desarrollo, la interacción con otras entidades semejantes o incluso sus proyecciones imperiales. Eso es lo que cambia, señala Armitage, en la medida en que historiadores de todos los campos se están decantando ahora hacia estudios que se describen como mundiales, internacionales, transnacionales, imperiales, atlánticos, conectados, cruzados, comparados o globales. Y ello aunque no haya consenso sobre cómo estos distintos enfoques o etiquetas deberían definirse y distinguirse unos de otros.

Dicho de otro modo, y siguiendo también a este historiador, «el instrumento de análisis preferido es cada vez más el telescopio en lugar del microscopio; más aun, la vista panorámica y no el primer plano se está

2 David ARMITAGE y Jo GULDI, «The Return of the Longue Durée: An Anglo-American Perspective». URL: http://scholar.harvard.edu/files/armitage/files/rld_annales_reply.pdf (consultado en abril de 2015). La versión definitiva aparecerá, en francés, en *Annales. Histoire, Sciences socials*, vol. 70/2 (2015).

convirtiendo en la imagen predominante sobre el pasado. El foco sobre lo cercano no ha sido abandonado, según muestran sobradamente tanto la prolongada popularidad de la biografía como la utilidad de la microhistoria», pero ahora podemos estudiar los grandes objetos a lo grande[3].

Visto de este modo, y así ha de verse en términos generales, la prolongada popularidad de la biografía o la utilidad de la microhistoria representarían la otra mirada o perspectiva, igualmente fructífera, aunque distinta, incluso opuesta. Pero esto ha de ser matizado, pues tal dicotomía podría esconder cierto esquematismo, al menos por dos razones, ambas expuestas reiteradamente por Carlo Ginzburg. La primera tiene que ver con lo que entendemos por microhistoria y biografía, pues si bien resulta lógico y plausible emparejarlas y oponerlas a la perspectiva global, ello ha de hacerse adecuadamente. Es decir, ha de tenerse en cuenta que la primera pretende ser una herramienta cognoscitiva que parte de la reducción de la escala, de ahí la alusión al microscopio, pero no del objeto de investigación, no de sus dimensiones, una elección que sí parece consustancial a la segunda, la biografía. Ahora bien, esta última ya no se entiende necesariamente como «el relato completo, cronológico y exhaustivo de una vida», sino como «un enfoque o conjunto de enfoques que se interesan por reconstruir historias de vidas individuales como recurso (fundamental o combinado con otros) para abordar temas y problemas históricos»[4]. En estos sentidos, no habría problema en asemejar ambas prácticas historiográficas, y más cuando el cansancio por las biografías clásicas, las de los grandes hombres y sus trayectorias lineales, ha sido parcialmente reparado con la apuesta microhistórica por las experiencias individuales ordinarias, muchas veces marginadas u oprimidas[5]. Y, finalmente, si las mancomunamos bajo las premisas expuestas, entonces podrían surgir muchos puntos de contacto con la historia macro, lo cual nos conduce al otro aspecto anunciado.

3 David ARMITAGE, «The International Turn in Intellectual History», en Darrin M. MCMAHON y Samuel MOYN (eds.), *Rethinking Modern European Intellectual History*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, pp. 232-252; e «Historia intelectual y *longue durée*. "Guerra civil" en perspectiva histórica», en *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, núm.1 (2012), pp. 15- 39, en especial p. 16.

4 Mónica BOLUFER, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», en *Ayer*, núm. 93 (2014), p. 87.

5 Sobre este particular, véase Hans RENDERS y Binne de HAAN (eds.), *Theoretical Discussions of Biography: Approaches from History, Microhistory, and Life Writing*, Lewiston, Edwin Mellen Press, 2013.

La segunda razón derivaría de una idea implícita, según la cual en un mundo globalizado no habría espacio para la microhistoria, o sería secundario. Carlo Ginzburg cree lógicamente lo contrario. Si la historia global supone el trastorno de ciertas tradiciones fuertemente arraigadas (las nacionales), la microhistoria ha proporcionado y proporciona una paralela subversión de las jerarquías preexistentes, en su caso por la relevancia (*a posteriori*) del objeto (*anómalo*) estudiado. Es decir, como muchas de las biografías que ahora se escriben, la reducción de la escala ha servido para rescatar esas vidas olvidadas, marginadas o descentradas que mencionábamos (pero no solo estas), con lo que mantiene su potencial perturbador. Y lo mantiene porque, contra lo que algunos pensarían, la investigación microhistórica tiene como objetivo la generalización desde lo particular, desde lo diferente, permitiendo generalizar las preguntas que nos planteamos (y no tanto las respuestas que se dieron). En cambio, si bien lo global cuestiona el marco nacional, eso no significa que no corra el riesgo de homogeneizar y de abocarnos a una anglo-globalización[6]. O, como ha dicho Giovanni Levi: los historiadores no deberían generalizar sus repuestas, pues la historia es la disciplina que generaliza sus preguntas, es decir, plantea cuestiones que tienen un significado general y reconoce que las posibles respuestas son infinitas, según el contexto local. Eso no significa que los microhistoriadores no hayan introducido una perspectiva más general en sus trabajos, lo que ocurre es que lo hacen a su modo: bien con una amplia recopilación y lectura de los documentos, que les permite situar lo que estudian en un contexto amplio, conectando acciones y creencias de un individuo con las de otros coetáneos; bien distanciándose de la fuente, lo cual les facilita identificar ecos y filiaciones en otros textos más o menos alejados[7].

En realidad, podríamos aceptar que existe una clara diferencia ligada a la escala utilizada, micro o macro, pero no necesariamente en cuanto al objeto abordado y que, por eso mismo, tal objeto puede ser analizado jugando con las distintas variaciones de esa misma escala. Es decir, existen puntos de confluencia que nos permitirían hablar de microhistorias o de biografías que podríamos calificar de globales, aunque tal cosa parez-

6 Carlo GINZBURG, «Our Words, and Theirs: A Reflection on the Historian's Craft, Today», en *Cromohs*, vol. 18 (2013), pp. 97-114. El término anglo-globalización remite al ámbito literario y a los debates en torno a la obra de Franco Moretti.

7 Paola LANARO, «Intervista a Giovanni Levi», en Paola LANARO (ed.), *Microstoria: A vent'anni da L'eredità immateriale; Saggi in onore di Giovanni Levi*, Milán, Franco Angeli, 2011, pp. 169-177.

ca paradójica. Y es así cuando preocupan tanto las distancias espaciales o temporales como las que existen en el seno de una sociedad, cuando abordamos sus discordancias internas, sus múltiples experiencias. Y es así cuando no nos interesan tanto las normas o reglas generales cuanto los usos creativos, las manipulaciones, las interpretaciones o las negociaciones que les aplican los individuos, viendo de ese modo las contradicciones que son inherentes a todos los sistemas normativos[8]. Es decir, podemos ir más allá de las sendas habituales cuando entendemos que, como académicos, de la biografía nos interesa el «carácter abierto que el estudio de una trayectoria individual confiere a la historia, la forma en la que rescata la pluralidad del pasado y permite sondear las posibilidades y los límites de la acción individual a través, precisamente, del análisis cuidadoso de las situaciones en que esta pueda desarrollarse», iluminando «tanto las desviaciones como las prácticas habituales»[9].

2.

Establecida la posibilidad de tal entrelazamiento entre el análisis minucioso de una vida, reduciendo la escala de observación, y su estudio en un contexto macro, aún nos queda por aclarar de qué tipo de historia global estamos hablando[10]. Conviene dilucidarlo porque, cuando nos referimos a ese último campo en términos generales, solemos pensar en autores como Kenneth Pomeranz o Jürgen Osterhammel, por ejemplo, cuyas obras poca relación parecen tener con lo aquí señalado. Entre

8 Giovanni LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales*, vol. 44, núm. 6 (1989), pp. 1325-1336.

9 Isabel BURDIEL, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», en *Ayer*, núm. 93 (2014), p. 63. En cualquier caso, es recomendable todo el dossier de *Ayer* titulado «Los retos de la biografía», del que forma parte este artículo y que la propia Isabel Burdiel ha coordinado.

10 Un reciente repaso a la historia global/transnacional, aunque desde el punto de vista de sus objetos (el hambre, las enfermedades, los océanos, los contactos, las migraciones, el hecho colonial), en Chloé MAUREL, «Le tournant global de l'histoire. Récents développements en histoire globale dans le monde», en *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, núm. 121 (2013). URL: http://chrhc.revues.org/3207 (consultado en septiembre de 2014). Dicho artículo forma parte de un dossier titulado «Pourquoi l'histoire globale?». Por otra parte, resulta muy recomendable el que le dedica la revista *Ayer* (núm. 94, de 2014), sobre todo el repaso crítico de Nicholas MILLER («Espacios de pensamiento, historia transnacional, historia intelectual e Ilustración», pp. 97-120).

otras cosas, porque estudian procesos muy generales con una evidente inclinación hacia los elementos económicos, más que hacia los sociales o culturales. En efecto, el problema no sería tanto lo primero (estudiar grandes espacios o tendencias) como lo segundo (privilegiar esa esfera concreta). Por esa razón, si queremos encontrar la conexión entre lo micro y lo macro, entre una biografía y su conexión con un mundo global, hemos de fijarnos en aquellas propuestas que se interesan sobre todo por lo cultural, por los contactos culturales, por lo que Peter Burke ha denominado «hibridismo»[11].

Veamos un ejemplo. En texto breve, rotulado con el curioso título de «Entre monos y centauros», Serge Gruzinski se preguntaba por la relación que pudiera existir entre Ovidio, Tiziano y unos *tlacuilo* de la sierra otomí, en el noreste del valle de México. ¿Qué tienen en común —conjeturaba— el pintor veneciano del siglo XVI, el poeta latino del primer siglo de nuestra era y unos artistas indígenas anónimos del último tercio del quinientos? El interrogante puede parecer irrelevante u osado, pero en ningún caso deja indiferente al lector. Es más, hay un cierto aire de familia en tal planteamiento: esta cuestión guarda ciertos parentescos con aquellas otras que durante años han tanteado los mejores historiadores culturales, al menos en algunos de sus libros[12]. A la postre, quizá resuenen en nosotros los enigmas que examina Carlo Ginzburg cuando relaciona las ideas de un molinero friulano con mitos antiquísimos y remotos, propios de la tradición védica, o cuando aborda sistemáticamente fenómenos muy heterogéneos a partir de sus afinidades formales.

De hecho, esa frase, la de ¿qué tienen en común?, es casi un sello característico en el quehacer del italiano. Del mismo modo, podemos aventurar que no es muy distinto de lo que subyace en la comparación entre esas tres formas de vida que componen Marie de l'Incarnation, una religiosa católica, Glikl bas Judah Leib, una judía acomodada, y Maria Sibylla Merian, una naturalista protestante, las tres mujeres en los márgenes que investigó Natalie Zemon Davis.

Sea como fuere, a la pregunta que se plantea Gruzinski sigue una respuesta simple: puede que la reunión de tres nombres tan disparejos

11 Peter BURKE, *Hibridismo cultural* (2009), Madrid, Akal, 2010.

12 Justo SERNA y Anaclet PONS, *La historia cultural. Autores, obras, lugares* (2005), Madrid, Akal, 2013.

la juzguemos extraña y sorprendente, pero los hilos que los unen no son nada anecdóticos. Y no lo son porque juntarlos nos permite comprender mejor cómo la cultura del Renacimiento europeo sirvió de enlace, de lenguaje común y hasta cierto punto compartido entre los invasores europeos y los pueblos indígenas de la Nueva España. Con ello podemos entender asimismo de qué tipo de historia global estamos hablando, de entre las muchas posibles, y por qué no hay ninguna contradicción, más bien al contrario, entre esa perspectiva y la que hemos visto entre los denominados historiadores culturales o los microhistoriadores[13]. De hecho, diríamos que en el fondo se preocupan por lo mismo, por los encuentros, los de las gentes del pasado y los del historiador con aquello que estudia. Así pues, si los estudiosos que prefieren reducir la escala de observación se han sentido atraídos por una mirada macro, conviene señalar que ello ha sido a través de esta propuesta, denominada *entangled* o *connected* o *croisée*, según los ejemplos y gustos.

En este caso[14], la búsqueda de conexiones no presupone que exista necesariamente una historia del mundo y una posible perspectiva única de lo posible en ella. Son las conexiones lo que importan y, en ese sentido, lo local se incrusta en lo global y, haciéndolo de ese modo, es la cultura lo que predomina o sobresale. Es decir, mientras otros comparan desde un punto de vista externo a los objetos analizados, aquí se prefiere la sincronía y la interacción: individuos o grupos no son considerados solo a partir de la relación que mantienen, sino que también son vistos unos a través de los otros, en una intersección o reciprocidad que no los deja intactos ni idénticos tras los contactos experimentados, sino mestizos.

En ese sentido, quizá el que más se haya manifestado sobre el particular haya sido Sanjay Subrahmanyam, para quien son dos los ejes fundamentales que guían su trabajo: se trata de propuesta contra la historia nacional y, en segundo término, contra el enfoque comparado, al menos en tanto este se construya partiendo del elemento anterior. Hablando de historias conectadas, el estudioso indio sitúa su origen en un artículo aparecido en 1997, cuyos objetos son los propios de su periodo preferi-

13 Sobre este asunto, remito a mi texto anterior, retomado aquí en buena medida: «De los detalles al todo: historia cultural y biografías globales», en *História da Historiografia*, núm. 12 (2013), pp. 156-175.

14 Véase François HARTOG, «De l'histoire universelle à l'histoire globale? Expériences du temps», en *Le Débat*, 154 (París, 2009), pp. 53-66.

do, lo que denominamos la temprana edad moderna. Sus reflexiones allí van en un doble sentido[15].

En primer lugar, la dinámica de esa época viene determinada, nos dice, por la conexión entre, por un lado, lo local y regional (lo que podemos llamar el nivel «micro») y, por otro, lo suprarregional e incluso global (lo que podríamos llamar el nivel «macro»). Para el historiador que está dispuesto a hurgar bajo la superficie de sus fuentes, nada resulta ser lo que parece en términos de fijación y arraigo locales. Metodológicamente, esto plantea un problema no solo al patriotismo local, sino a la fragmentación metodológica (el desmigajamiento) proclamada a los cuatro vientos por algunos de los posmodernos como única alternativa a la Gran Narrativa de Modernización. A partir de esa premisa, este historiador se pregunta cómo interactúan ambas esferas, a lo que responde con ejemplos de casos concretos. Para mostrarlo, utiliza incluso un incidente trivial, una discusión religiosa sobre el inminente fin del mundo mantenida en 1581 entre el emperador mogol Akbar y el jesuita portugués António Monserrate, un suceso a través del cual vemos que lo local, lo específico, adquiere significado cuando lo situamos en un contexto más amplio, regional y suprarregional. O dicho en sus propios términos: sea cual sea el asunto abordado, no podemos intentar su «macrohistoria» sin ensuciarnos las botas en los pantanos de la «microhistoria».

En segundo lugar, cuando indicamos que vamos a estudiar las conexiones supralocales en el mundo moderno, tendemos a centrarnos en objetos materiales. Pero no es solo eso lo que fluye: las ideas también lo hacen, atravesando las fronteras políticas de aquel mundo y dejándonos ver que aquello con lo que estamos tratando no son historias separadas y comparables, sino conectadas. El hecho de que Akbar y Monserrate pudieran conversar sobre el inminente fin del mundo refleja obviamente esos hechos.

No obstante, las cosas no son tan simples como a primera vista parece. Si bien Subrahmanyam se preocupa por los tráficos culturales y

15 Así lo indica en una entrevista concedida a Anne-Julie Etter y Thomas Grillot, «Le goût de l'archive est polyglotte. Entretien avec Sanjay Subrahmanyam», [en línea] *La Vie des idées*, 27 de enero de 2012 (París, 2012). URL: http://www.laviedesidees.fr/Le-gout-de-l-archive-est.html (consultado en septiembre de 2014). El texto al que se refiere Subrahmanyam es: «Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia», en *Modern Asian Studies*, 31/3 (Cambridge, 1997), pp. 735-762.

valora la reducción de la escala, hay algunos aspectos de sus colegas que discute. Ante todo, al combinar las dos perspectivas, al no partir de una de ellas, ve en la modernidad un fenómeno a la vez global y localizado, en el sentido de que se refiere a procesos históricos concretos que ponen en contacto a sociedades que hasta ese momento estaban desligadas unas de otras, fenómenos como la exploración, el comercio o la expansión de las monarquías europeas o del imperio mogol. Ahora bien, eso no significa uniformidad y prosperidad, sino que tales relaciones fueron desiguales y, bajo tal asunción, no es tan entusiasta como Natalie Davis o Carlo Ginzburg sobre la posibilidad de que la microhistoria pueda capturar el macrocosmos por sí misma y, sobre todo, es menos optimista que sus colegas sobre la forma de presentar las vidas que estudian: en ocasiones se daría una imagen de esos sujetos excesivamente blanda, mientras que Subrahmanyam prefiere recordar siempre que el contexto de las historias conectadas es uno en el que suele predominar el conflicto, aunque esté «contenido».

Algo semejante, incluso dicho con anterioridad, propone su colega francés Serge Gruzinski. Rechaza también la historia comparada, por engañosa, porque acabaría ofreciendo visiones dualistas, con análisis sistemáticamente concebidos en términos de alteridad, cuando las fuentes que él estudia revelarían otra cosa: el fenómeno de la aculturación en la América colonial muestra paisajes mezclados, a menudo sorprendentes y siempre imprevisibles. Además, se plantea idénticas dudas respecto de la escala de observación. El ejercicio, nos dice, puede privilegiar lo microscópico, realizándose desde una base local, siempre y cuando lo cercano no nos haga olvidar lo lejano, pero puede abarcar también horizontes mucho más vastos, al compás de las ambiciones planetarias aparecidas en distintos momentos de la historia[16].

Curiosamente, Gruzinski utiliza como Ginzburg el término anclaje, «puntos de anclaje», para referirse a lo local, a la patria, ese lugar al que uno siempre regresa, para desde allí conectarlo con lo global, con ese mundo que Magallanes y Elcano habían convertido en un globo que es posible circunvalar, estudiando cómo la expansión ibérica hace emerger este segundo aspecto y cómo, a su vez, ello redefine lo local, cobrando ambos espacios un nuevo sentido en un proceso paralelo e indisociable.

16 Serge GRUZINSKI, «Les mondes mêlés de la Monarchie catholique et autres ‘connected histories’», en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56/1 (París, 2001), pp. 85-117.

De ahí, finalmente, una de sus más recurrentes propuestas, la de explorar la proliferación de mestizajes en las sociedades sometidas a una dominación de dimensiones planetarias, la de analizar el pensamiento mestizo y todas las otras experiencias que puedan calificarse así. Para lo cual toma de nuevo un referente muy querido por los historiadores culturales, la obra de Aby Warburg. Así empieza precisamente el volumen que dedica a *El pensamiento mestizo*, recordando cómo aquel historiador vinculó la cultura «primitiva» de los indios con la del Renacimiento, cómo mostró que la modernidad había alumbrado unos «destructores fatídicos de la noción de distancia» y cómo se podía retomar su impulso a partir de los indicios que involuntariamente había dejado, detalles y pistas que le conducen a esas «culturas mestizas»[17].

3.

La anterior es solamente una parte de la respuesta que podemos dar a la aparente contradicción que resultaría de mancomunar la macro y lo micro. Parece claro, en todo caso, que la forma de compaginar en la práctica esas dos propuestas ha sido la de analizar diversos modos de encuentros culturales, como ha sugerido reiteradamente Peter Burke[18]. En efecto, partiendo de ello ha habido una pequeña explosión de estudios sobre personas, conocidas y desconocidas, que vivieron a caballo de distintos mundos y que los mezclaron o que, sin haber experimentado ese viaje, sin haber mantenido tales encuentros, sirven igualmente para establecer esa suerte de microhistoria global. Es decir, la microhistoria y lo global han conectado a través de ciertos estudios biográficos. En realidad, el propio historiador británico lo había adivinado o advertido años atrás. A principios del nuevo siglo, con motivo de una nueva edición de su *Formas de hacer historia*, introducía un breve prefacio para informar de los añadidos ahora incorporados, párrafos para incluir la investigación reciente en la historia de la lectura, historia intelectual y la microhistoria. En este último caso, además, un apartado específico, un apéndice titulado «El debate de la microhistoria». Puede que los historiadores, como los médicos, decía en aquel colofón, tengan que aprender a convivir con conceptos alternativos y en apariencia incompatibles, es decir, puede que las partículas de microhistoria ten-

17 Serge GRUZINSKI, *El pensamiento mestizo*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

18 Peter BURKE, *¿Qué es la historia cultural?* (2004), Barcelona, Paidós, 2006, p. 146.

gan que coexistir con las ondas amplias de la macrohistoria, vincular lo microsocial con lo macrosocial, las experiencias con las estructuras, las relaciones personales con el sistema social o, en suma, lo local con lo global. Así pues, si no queremos que la microhistoria se convierta en escapismo, hemos de perseguir ese tipo de conexión en apariencia contradictoria y, para ello, quizá haya que prestar más atención a los diferentes tipos de intermediarios entre comunidades y mundo exterior o acaso tengamos que retroceder y avanzar entre los dos niveles[19].

Esta es una manera de verlo, un modo de combinar ambas perspectivas, y una de las más fructíferas, pero no ha sido la única. De hecho, aunque la historia «conectada» sea la más proclive a explorar las grandes conexiones culturales a través de la biografía, podemos encontrar eso mismo en otros campos adyacentes. Además, tanto desde el lado macro como desde el micro, son muchos los que han venido reclamando o detectando esa necesidad. En el marco de la historia global, de una de sus etiquetas, la historiadora Lara Putnam, por ejemplo, ya propuso hace unos años relacionar la microhistoria con, en su caso, la historia atlántica. A su parecer, la primera ofrecía algo que este emergente campo de lo atlántico necesitaba: su impulso narrativo, una densa reconstrucción del objeto y una historia cultural de unos sujetos situados en los márgenes. Por tanto, si bien su ámbito geográfico es distinto, hay que entender, como ya apuntábamos, que el alcance y la escala son dos cuestiones independientes. De hecho, ambas perspectivas han intentado o intentan dilucidar el alcance transcontinental de determinados procesos históricos manipulando cada una a su modo la escala de observación. Partiendo de esa convicción, Putnam señalaba tres formas de convergencia: el papel que desempeña en ambas el «ejemplo revelador», ese que demuestra la existencia de conexiones hasta ese momento insospechadas o negadas; los intentos de escribir estudios prosopográficos de grupos cuyas vidas cruzan el Atlántico; y, finalmente, el uso tácito que la historia atlántica hace de los métodos microhistóricos para establecer los marcos de referencia[20]. En suma, si la microhistoria ha descubierto conexiones que eran impensadas, la historia atlántica ha de mirarse en ese espejo para profundizar igualmente en las conexiones que existen también, aunque sean de distinto tenor, en ese mundo atlántico ampliado.

19 Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 2003.

20 Lara PUTNAM, «To Study the Fragments/Whole: Microhistory and the Atlantic World», en *Journal of Social History*, vol. 39, núm. 3 (2006), pp. 615-630.

Muy diferente, aunque sin perder la relación y compartiendo semejante perspectiva, es el caso de cierta historia que se califica de transnacional, en particular la cultivada por la historiografía australiana. Por supuesto, esta última característica le confiere unos rasgos muy marcados, en tanto Australia nunca ha existido de forma aislada y, en consecuencia, cualquier vida australiana de los siglos pretéritos está intrincadamente enredada con el mundo. Es decir, para aquellos historiadores, el concepto transnacional o cualquier otro semejante representa un cambio en cuanto al énfasis, pero no a la sustancia. Y, no obstante, es algo necesario, y es necesario hacerlo partiendo de vidas concretas. ¿Por qué? En primer lugar, porque la reciente conformación de aquel Estado ha hecho que fuera mayor la tentación de buscar una identidad propia, unificadora y distintiva. Tal pretensión, además, ha cuajado entre los historiadores que, como ocurre en otros lugares, encuentran en la nación un marco confortable para su investigación, que les asegura un público amplio e interesado y una proyección indudable en los debate políticos. Todo ello, por supuesto, tiende a homogeneizar, a buscar lo que nos iguala y no a la diversidad, que es en este caso inherente, pues se trata de una sociedad construida sobre la migración. Por eso, en segundo término, es importante la cultura de los inmigrantes, sus historias de vida, ya que a través de ellas podemos comprender esos patrones de conexión y, al hacerlo, nos muestran cómo las diferencias se multiplican y los límites asumidos en el marco nacional se transgreden continuamente. Y sin olvidar que, como ya se apuntaba en el caso anterior, la mirada transnacional pone a prueba los límites de la biografía como práctica[21].

Algo similar se pregunta Tonio Andrade, que en su caso explora la época imperial, cuando se plantea si podemos escribir a escala individual desde una perspectiva global, a lo que responde con entusiasmo: esos precedentes han sido exitosos y los han ofrecido académicos que, en principio, no solemos asociar con la perspectiva macro. Son trabajos que adoptan una aproximación biográfica a la que inyectan asuntos que son globales: el chino Hu de Jonathan Spence, la Elizabeth Marsh de

21 Desley DEACON, Penny RUSSELL y Angela WOOLLACOTT (eds.), *Transnational Ties. Australian Lives in the World*, Canberra, ANU E Press, 2008, en particular la «Introduction» (pp. XIII-XXI) que firman las tres editoras. Por otra parte, sobre el asunto de la nación dentro de la perspectiva «transnacional» o «imperial», véase, por ejemplo: Antoinette BURTON (ed.), *After the Imperial Turn: Thinking with and through the Nation*, Durham, Duke University Press, 2003.

Linda Colley y el León *el Africano* de Natalie Zemon Davis serían a su juicio los mejores ejemplos de tal orientación. En estos casos, la persona y la aventura reconstruidas servirían para comprender las múltiples y yuxtapuestas conexiones entre culturas y grupos, vistas desde los actores y no tanto desde los contextos y las instituciones que los hacen posibles, que generan incluso los documentos que nos permiten rescatarlos. El resultado es un trabajo que, al centrarse en individuos, al proporcionar perspectivas concretas sobre problemas generales, produce obras fáciles de leer, excitantes incluso, capaces de conquistar a un amplio público[22]. En fin, una microhistoria o una biografía globales que buscan analogías, conexiones, encuentros entre mundos no fácilmente conciliables.

La propuesta de Andrade no es única, la podemos encontrar de manera explícita en otros historiadores que trabajan objetos semejantes. Por ejemplo, en las investigaciones sobre la India del historiador Sugata Bose, para quien aplicar una perspectiva macro suele tender a presentar al omnipotente Occidente como principal *locus* de la iniciativa histórica, escapándose con ello las múltiples divergencias y complejidades que hay tras el paraguas de los contactos globales. La ventaja de una mirada micro, siempre que vaya más allá de lo local o nacional, es que permite dar la voz a los actores marginales, evitando el alto grado de abstracción en el que suele caerse en estos casos[23].

Dicho lo cual, las propuestas antedichas proceden todas de quienes que practican la mirada global, de modo que quedaría exponer alguna muestra de semejante defensa desde la perspectiva opuesta, al microanalítica. Y conviene señalar, como ya se ha podido deducir en algunos de los reparos sugeridos por Subrahmanyam, que desde este lado ha habido algunas reticencias. La historiadora que más ha insistido sobre el particular ha sido, sin duda, Francesca Trivellato. Examinando este

22 Tonio ANDRADE, «A Chinese Farmer, Two Black Boys, and a Warlord: Towards a Global Microhistory», en *The Journal of World History*, 21/4 (Hawai, 2010), pp. 573-591. Asimismo, su libro *Lost Colony: The Untold Story of China's First Great Victory over the West*, Princeton, Princeton University Press, 2011.

23 Sugata BOSE, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2006; asimismo, Frederik VERMOTE, «Passage Denied! Dangers and Limitations of Jesuit Travel Throughout Eurasia During the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en *World History Connected*, vol. 10, núm. 3 (2013). URL: http://worldhistoryconnected.press.illinois.edu/10.3/forum_vermote.html, (consultado en septiembre de 2014).

asunto en un volumen de homenaje a Giovanni Levi, recordaba lo siguiente: quienes siguen una orientación macrohistórica hacen un uso intenso de las fuentes primarias, mientras un trabajo de signo contrario se basa en las segundarias; asimismo, aquellos preferirán cubrir siglos, cuando no milenios, con un repaso veloz a hechos y procesos, lo que se opone a la aproximación sincrónica, atenta a la interconexión entre diversos fenómenos; de ese modo, si el microhistoriador se interesa por los hombres de carne y hueso, buscando la complejidad en lo simple, su contraparte se preocupa por situar a Europa en una perspectiva comparada, simplificando para generalizar[24].

Así pues, para la profesora Trivellato las dudas permanecen, pues esos trabajos, esos a los que hemos aludido u otros semejantes que podrían mencionarse, no tendrían mucho que ver con la microhistoria en sentido estricto, es decir, con la corriente que asumía una voluntad crítica con determinadas ciencias sociales, o con algunos de sus modelos, sino que diluye todo eso en aras de conseguir ese público del que hablan casi todos y que tiene como único enemigo, como único referente teórico al que oponerse, el modelo del choque de civilizaciones o el eurocentrismo. Los protagonistas de estas biografías, de estas microhistorias globales (como las denomina la mencionada historiadora), son personas que encarnan la dislocación geográfica y cultural, de modo que no sorprende que a menudo provengan de grupos minoritarios obligados a desplazarse que, así, jugaron un papel como intérpretes lingüísticos y culturales, no solo en el contexto meramente europeo, sino más allá de esas fronteras, como si ello fuera algo habitual en aquellos tiempos. Y de este modo, aunque las vicisitudes que presentan nacen en contextos de violencia, generada en nombre de una religión dogmática, por razones de Estado o por el contacto entre colonizadores y colonizados, el asunto central son los canales de comunicación y la negociación entre culturas.

En lugar de hablar realmente de violencias e incompatibilidad, como ha había sugerido Subrahmanyam, hablan de encuentros. Ejemplo de ello lo sería incluso León *el Africano*, que con la pluma de Zemon Davis se convertiría en un héroe de nuestro tiempo, que sobrepasa fronteras y religiones, alguien que busca un mundo pacífico e iluminado, una figura que transciende al propio personaje y que, en suma, nada tiene de ejercicio microhistórico, pues el contexto se emplea para relle-

24 Francesca TRIVELLATO, «Microstoria, storia del mondo e storia globale», en Paola LANARO (ed.), *Microstoria..., op. cit.*, pp. 119-131.

nar las múltiples lagunas de su vida, pero nada nos aporta para iluminar ese mismo contexto. Más afortunado o más sofisticado sería el ya citado Spence, que consigue transmitir las desgracias y el suplicio del converso chino que es llevado a Francia[25]. Este historiador también presentaría la negociación entre dos individuos, entre dos personas, pero sin olvidar jamás el poder asimétrico que representan, lo que los separa, asimetría que está en las fuentes y en la realidad de la que hablan.

Se podría decir, pues, que para Francesca Trivellato el potencial del enfoque microhistórico para la historia global está poco explotado, pues su conexión se ha limitado principalmente a adoptar una determinada forma narrativa, centrada en la biografía, para conectar los niveles micro y macro: estudios de individuos cuyas vidas atraviesan fronteras lingüísticas, políticas y religiosas, vidas que retratan el entrelazamiento de tradiciones culturales distintas. Libros, en fin, más atentos a narrar que a la tensión teórica, volúmenes que consiguen gran éxito entre todo tipo de públicos, obras cómodas. Sin embargo, carecen de las ambiciones metodológicas que estaban en el origen de la microhistoria italiana. De ese modo, mientras estos pretenden hacer del pasado un territorio distante y desconocido, del que podemos extraer nuevos significados situándolo bajo un microscopio, aquellos destacan por su habilidad narrativa para hacer del pasado algo más cercano, para hacer que los lectores se sientan parte de ese mundo perdido. En esa variación tendría mucho que ver el momento en el que esas investigaciones italianas son traducidas al inglés y cruzan el Atlántico, cosa que ocurre a partir de mediados de los años ochenta, en el momento en el que aparece la «nueva historia cultural», lo que contribuye a esa apropiación selectiva[26].

4.

Tras esta suerte de exposición de motivos, vendría el momento de mostrar cómo se han desplegado tales propuestas y calibrar su relevancia. Señalemos nuevamente que, sea cual sea la etiqueta utilizada (historia conectada, global, imperial, transnacional, atlántica, etcétera), el vínculo entre los niveles micro y macro se suele articular a través de los estu-

25 Jonathan D. SPENCE, *La pregunta de Hu*, Valencia, PUV, 2009.

26 Francesca TRIVELLATO, «Is There a Future for Italian Microhistory in the Age of Global History?», en *California Italian Studies*, 2/1 (2011). URL: https://escholarship.org/uc/item/0z94n9hq (consultado en septiembre de 2014).

dios biográficos. Y que los resultados son todos de gran interés. En los últimos tiempos, por ejemplo, han proliferado los trabajos sobre lo que, siguiendo a Paul Gilroy, se ha denominado el «Atlántico negro» a partir de relatos de vida, de experiencias vividas. A diferencia de la tradición previa, centrada en los flujos cuantitativos de esclavos y capital, ahora predominan en efecto las experiencias de los individuos que se vieron inmersos en aquel mundo.

Así, vemos cómo distintos investigadores tratan de explorar el potencial y las implicaciones de la biografía como método para interpretar las historias conectadas de las sociedades atlánticas, centrándose en particular en cómo las peripecias de los descendientes de africanos iluminan esas fuerzas impersonales que se han señalado habitualmente como propias de ese espacio y de ese tiempo (esclavitud, emancipación, migración, imperio, identidad). Como han señalado Lisa A. Lindsay y John Wood Sweet, la ventaja de hacerlo así radica en que la biografía puebla ese mundo con individuos reales, huyendo de generalizaciones y preconcepciones, recordándonos que incluso procesos tan impersonales como la trata de esclavos fueron vividos, experimentados.

Por otra parte, a juicio de estos historiadores, los relatos trasatlánticos de este tipo tienen otras bondades indirectas, en tanto desafían algunas de las tendencias básicas de la moderna biografía como género, pues antaño era habitual que esta se centrara en la acción individual (*agency*), en el éxito frente a la adversidad y en la superación y resolución de los dilemas personales. En cambio, rescatar vidas de la diáspora africana supone hablar de pérdidas violentas, de subordinación, de trágicas derrotas contra fuerzas abstractas como el capitalismo o el colonialismo, fuerzas que escapan al control del sujeto. Además, si las biografías clásicas tendían a destacar la autonomía individual, la experiencia personal, única, compartiendo muchas de las convenciones de la novela moderna, el mundo africano se asienta sobre una idea de identidad que es relacional y situacional, sobre un modelo distinto de subjetividad, de modo que conectar ese espacio global con la microhistoria o la biografía produce efectos mutuamente beneficiosos[27].

27 Lisa A. LINDSAY y John WOOD SWEET (eds.), *Biography and the Black Atlantic*, Filadelfia, Penn Press, 2014, en particular la introducción de los editores («Introduction: Biography and the Black Atlantic», pp. 1-16) y el primer capítulo, firmado por Joseph C. MILLER («A Historical Appreciation of the Biographical Turn», pp. 19-47).

Y sin olvidar que, para estos estudiosos y para otros muchos, una de las ventajas del género biográfico (como de la microhistoria) es que al centrarse en experiencias individuales permite incorporar emociones, ayuda al lector a imaginar lo ocurrido, dando carnalidad a conceptos que no por necesarios resultan menos vagos. Es algo que se observa de inmediato en aquellos volúmenes que consiguen acoplar ambas perspectivas de manera certera y que, además, aciertan con el tono narrativo. Por ejemplo, el estudio de James H. Sweet sobre las peripecias de un tal Domingos Alvares, un africano nacido en Naogon, en la actual República de Benín, hacia 1710. Esclavizado unos años después, este individuo fue llevado a Pernambuco, trabajó en las plantaciones de Recife y, más tarde, fue vendido y trasladado a Río de Janeiro, donde fue denunciado ante la Inquisición por practicar la hechicería. Encarcelado por tales cargos, Domingos Alvares fue enviado a Lisboa, donde tuvo la fortuna de que los delitos de apostasía, herejía y pacto con el diablo solo le supusieran una condena al exilio interior, a una localidad al sur de Portugal. En fin, todo eso dio lugar a dos procesos inquisitoriales, con centenares de páginas, decenas de ellas con confesiones y respuestas de Domingos y otras tantas con testimonios muy diversos y muy dispersos. Es decir, una vida reconstruida sobre tres continentes que, en realidad, no es una mera biografía, sino una mirada sobre distintas historias locales conectadas a lo largo del Atlántico y sobre cómo se traducían en la práctica y en cada caso conceptos como esclavitud, imperio, mercantilismo, colonialismo, religión, etcétera[28]. No es lugar para extenderse con el caso, que guarda evidentes concomitancias con el Menocchio de Carlo Ginzburg, pero sí conviene señalar que James H. Sweet siempre inicia sus pesquisas en el nivel micro, en las peculiaridades de cada lugar en el que vive Domingos, para desde allí conectarlo con ese espacio atlántico en toda su amplitud.

Semejante remisión a Ginzburg se puede encontrar en el también reciente estudio de Roquinaldo Ferreira sobre el mundo atlántico, sobre las conexiones entre Angola y Brasil en tiempos de la esclavitud, que además cita numerosos ejemplos de investigaciones semejantes a la suya.

28 James H. SWEET, *Domingos Alvares, African Healing, and the Intellectual History of the Atlantic World*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011. Otro ejemplo sobresaliente, aunque con mayor complejidad si cabe, es el dedicado por Rebecca J. SCOTT y Jean M. HÉBRARD a distintas generaciones de la familia Tinchant en *Freedom Papers: An Atlantic Odyssey in the Age of Emancipation*, Harvard, Harvard UP, 2012.

Su propuesta, como decimos, es la de Ginzburg y la de quienes como él definen la aproximación micro, diciendo ofrecer descripciones densas de los individuos que estudia sobre la base de un análisis detallado de una vasta y ecléctica recopilación de fuentes primarias, sin olvidar que ese esfuerzo no alcanzaría su máximo potencial si no se conectan esos casos con los procesos globales[29].

Si esta historia transnacional o imperial o atlántica abarca la diáspora, el exilio y el conflicto, si su espacio analítico no se confina en las naciones definidas por las fronteras políticas y geográficas, sino a los océanos y a los imperios, si es una historia de viajes, de cruces y de intercambios, lo mismo o semejante lo podemos encontrar en esas otras fórmulas ya mencionadas, llámense «conectadas» o meramente «globales». Por ejemplo, en el estudio sobre *Three Ways to Be Alien* del ya citado Sanjay Subrahmanyam, un historiador que, con respecto a los ejemplos previos, ofrece otra lectura de la relación que venimos analizando. Introduciéndonos en la vida de un aventurero y notable bereber del quinientos, Subrahmanyam se pregunta lo mismo que los microhistoriadores y se cuestiona las posibilidades de la biografía dentro de esa empresa. Abordar las vicisitudes de un individuo reproduce en estos casos, cuando no agudiza, ciertas dudas clásicas: cuán típicas o inusuales son las peripecias de determinados individuos, hasta qué punto son significativas, cuáles son los procesos en los que podemos situar y que definen su trayectoria.

La respuesta no es sencilla, pero el intento más satisfactorio es abordar cada una de esas biografías como un puente que nos conecte con otras, una pasarela que hiciera las veces de enlace entre microhistoria e historia mundial o global, que nos permitiera salvar la brecha que separa ambas perspectivas. En su caso, tres individuos, tres vidas que trascurren entre 1530 y 1720 y que discurren en un amplio espacio, desde la India hasta el Mediterráneo[30].

En fin, podemos encontrar más ejemplos de entrelazamiento entre lo micro y lo macro, siempre mediante estudios biográficos, incluso entre historiadores que no podemos calificar de globales. Algunos ya han

29 Roquinaldo FERREIRA, *Cross-Cultural Exchange in the Atlantic World. Angola and Brazil during the Era of the Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

30 Sanjay SUBRAHMANYAM, *Three Ways to Be Alien: Travails and Encounters in the Early Modern World*, Waltham, Brandeis University Press, 2011.

sido aludidos, como los estudios de Jonathan Spence sobre China o la biografía que Linda Colley dedicara a Elizabeth Marsh. Esta última, en efecto, empieza su volumen diciendo: «esta es una biografía que cruza fronteras, y relata tres relatos conectados»; los dos primeros son los de Marsh y su familia, el tercero es global. Así pues, concluye, se trata de mostrar una vida en un mundo, pero también un mundo en una vida, redefiniendo así la biografía en el pasado global[31].

No obstante, quizá el ejemplo más extremo, por su dedicación a la historia económica, sea el de Emma Rothschild. En su investigación, los encuentros interculturales no son la preocupación exclusiva, como sí lo sería en la mayoría de las microhistorias con alcance global que hemos mencionado. Pero esta historiadora entiende, al analizar unas vidas concretas en un contexto muy determinado, que es necesario un nuevo tipo de microhistoria, uno que conecte lo micro y lo macro a través de la historia de las propias conexiones de los individuos, en el espacio y en el tiempo. Ella afirma, pues, que su trabajo es ese nuevo tipo de microhistoria: en primer lugar porque la familia que estudia, la de los hermanos Johnstone, se mueve mucho, se traslada, es una *large history* en relación al espacio; además, reúne a individuos de diversa condición legal y distintas clases sociales, con amantes, criados y esclavos; que cruza fronteras disciplinarias, mezclando vida privada, ideas, familia e historia de la esclavitud; un modelo distinto, en suma, porque explora nuevas forma de conectar las microhistorias de individuos y familias con los contextos mucho más amplios de los que forman parte, con una mirada macrohistórica[32]; una posibilidad nueva porque hoy, a diferencia de lo que le ocurría a Ginzburg y Poni cuando buscaban el nombre[33], las nuevas tecnologías nos permiten encontrarlo de una manera sorprendente. Así, viene a decirnos, de encuentro a encuentro, se puede pasar

31 Linda COLLEY, *The ordeal of Elizabeth Marsh*, Londres, Harper Collins, 2007, p. XIX. Sobre este estudio biográfico remito a Brice COSSART, «"Global lives": Writing Global History with a Biographical Approach», en *Entremons*, núm. 5 (2013). URL: http://entremons-esp.weebly.com/nuacutemero-5.html (consultado en septiembre de 2014). Este investigador francés trata el mismo asunto que aquí abordamos, empleando tres biografías: la de Elizabeth Marsh, de Colley, el León *el Africano*, de Natalie Zemon Davis, y el Vasco de Gama, de Sanjay Subrahmanyam.

32 Emma ROTHSCHILD, *The Inner Life of Empires: An Eighteenth-Century History*, Princeton, Princeton University Press, 2011.

33 Carlo GINZBURG y Carlo PONI, «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», en *Historia Social*, 10 (Valencia, 1991), pp. 63-70.

de la historia de una familia a la de toda una sociedad, a la de un imperio como el británico en el siglo XVIII.

En definitiva, el resultado de todas estas mixturas entre lo global, la microhistoria y la biografía es muy variable y bastante heterogéneo. Por esa razón, no todos se sienten satisfechos con sus efectos. Hay quien considera, en el mismo sentido en el que Burke aventuraba buenos resultados a las nuevas tendencias en la historia cultural, que es en la historia global donde más segura está la perspectiva microhistórica. Entendiendo, por supuesto, que la microhistoria no se opone a las investigaciones orientadas hacia lo macro, sino que puede ser, y de hecho sería, una de sus posibles versiones. Es decir, no solo son compatibles, sino que la microhistoria exige explorar, entre otras cosas, las implicaciones globales del caso sometido a escrutinio[34]. Puede incluso que, de modo semejante a lo apuntado por David Armitage, tenga que retornar sobre las bondades de la *longue durée* y recrear la historia a gran escala a partir de las lecciones de la microhistoria[35].

En cuanto a las dudas sobre la reiterada mixtura entre lo micro y lo macro, retornando a lo apuntado por Francesca Trivellato, el examen de todos estos ejemplos nos permitiría concluir que quizá su opinión no sea del todo ecuánime ni justa con los autores aludidos, con aquellos que se han atrevido a ir más allá de las meras etiquetas. Y es así porque, como hemos indicado y mostrado, no parece que unos y otros estén muy alejados de lo que podemos leer en los textos más recientes de Carlo Ginzburg, que a su vez sirven de inspiración, como se ha señalado, para algunas de estas microhistorias globales. Es decir, con todas las cautelas exigibles, podemos emplear al propio historiador italiano, al considerado impulsor de la microhistoria, en defensa de la tesis aquí defendida.

¿Pero qué dice ese célebre historiador italiano, amén de lo ya expuesto, y que pueda servir para esos fines? Podemos escoger uno de sus artículos, un experimento a propósito de la latitud, los esclavos y la *Biblia*, en el que nos expone que su acercamiento a la microhistoria

34 Así lo defienden Sigurður G. MAGNÚSSON e István SZÍJÁRTÓ, *What is Microhistory?: Theory and Practice*, Abingdon, Routledge, 2013, especialmente las pp. 71-74. El volumen, además, ofrece otros ejemplos que complementarían los aquí expuestos.

35 Dale TOMICH, «The Order of Historical Time: Fernand Braudel and Italian Microstoria», en Richard E. LEE (ed.), *The Longue Durée and World-Systems Analysis*, Albany, SUNY Press, 2012, pp. 9-33.

ha estado muy influido por el filólogo románico Eric Auerbach. Y se pregunta: ¿cómo se las compone un filólogo, habituado a trabajar con una tradición cultural concreta, para acercarse a un mundo en el que interactúan tantas lenguas, tantas tradiciones culturales distintas? La respuesta sugerida por Auerbach era buscar los «puntos de anclaje», unos particulares concretos desde los que reconstruir inductivamente el proceso global. En su caso, el punto de anclaje es un tal Jean-Pierre Purry, al que Ginzburg observa de cerca, pero no para contarnos exactamente su peripecia, no para recrearse primorosamente en ella, sino para responder a otras preguntas, generales, para demostrar que un caso singular, analizado en profundidad, es relevante desde un punto de vista teórico. De haber hecho lo primero, nos dice, de haberse conformado en rescatar del olvido las vidas de individuos o de grupos marginados, entonces la microhistoria sería algo periférico, sin nada que aportar a las teorías dominantes. Esta es su conclusión: una existencia elegida al azar, como la de Jean-Pierre Purry, profeta precoz de la conquista europea del mundo, puede hacer bien visible el intento de unificar el mundo, que es de lo que se trata. Quizá así se comprenda mejor la lectura que de ese caso han hecho los que hemos llamado microhistoriadores globales[36].

5.

Acaso la forma definitiva de entender la (o una) posibilidad de la biografía o de la microhistoria en este nuevo contexto global venga dada por la obra de una de las historiadoras más destacadas de las últimas décadas: Natalie Zemon Davis[37]. Ello al menos por dos razones. En primer lugar, porque esta historiadora no necesita etiquetar su trabajo para reclamar mayor audiencia; no es que sus investigaciones puedan calificarse de uno u otro modo, es que por su variedad y complejidad abarcan muchos de los registros aquí mencionados, y otros aun. De ahí que sean muchos

36 Carlo GINZBURG, «Latituds, esclaus i la Bíblia. Un experiment de microhistòria», en *Afers*, 22/57 (Catarroja, 2007), pp. 355-373. De su interés por la relación entre la microhistoria y lo global da buena cuenta la conferencia que impartió en la UCLA el 23 de enero de 2014 con el título de «Microhistory and World History: Some Reflections».

37 Sobre esta historiadora véase el reciente número (el 75, de 2013) que le ha dedicado la revista *Historia Social*, en cuyas páginas, entre otros, se incluye el texto que hemos redactado Justo Serna y yo mismo («La obra de Natalie Zemon Davis. Sobre la recepción española») y dos artículos de la propia Davis.

los que la requieran entre los antecedentes de sus respectivos campos. En segundo término, porque ella misma ha querido clarificar lo que entiende por esa conexión entre lo micro y lo macro, o entre lo biográfico y lo global.

Recordemos nuevamente que tanto Carlo Ginzburg como ella han reiterado en numerosas ocasiones que su propuesta microhistórica es un proyecto ligado a la generalización. Así, en un texto aparecido a principios de los noventa, Davis ya indicaba que la perspectiva micro es uno de los terrenos donde puede saciarse el hambre de conocimiento que acucia a la historia social y cultural o a la antropología[38]. Pero ha de practicarse correctamente, no como mera encarnación de una imagen más amplia, sino como caso ricamente analizado y disponible para compararlo con otros; de hacerlo así, concluye, dice mucho de la macrohistoria, al ver como lo local recibe influencias de otros lugares al tiempo que también las remite. A partir de esa idea, la estudiosa norteamericana no ha parado de referirse a las bondades y los beneficios de una mirada global, insistiendo desde el principio en que al analizar otras culturas era preferible hablar de «encuentros» más que compararlas.

No obstante, Natalie Davis ofrece una manera peculiar de entender esos «encuentros» o cruces culturales, porque entiende que de la historia global no puede asumirse todo, ya que no siempre podemos compartir algunos de sus presupuestos. Uno de sus problemas resultaría de generar otro único gran relato, especialmente vulnerable a los patrones característicos del tiempo y el lugar del historiador, por muy útil que pudiera ser en determinados casos. Si ella interpreta «episodios individuales», hay quien desea construir grandes narraciones de la historia del globo. Esa sería su debilidad: infravalorar la importancia de lo local, ignorar historias simultáneas de resistencia y de intercambios culturales, reproducir la misma narración occidental que pretendían impugnar. Su solución es sustituir esta última, sea cual sea, por otras variadas y plurales, en diálogo, que tenga en cuenta la persistencia de la historia local en todas sus formas.

Otra dificultad sería su rasgo central: renegar del Estado nacional como marco para sus narrativas, pues se trata de una creación reciente y

38 Natalie Zemon DAVIS, «Stories and the Hunger to Know (In Lieu of Introduction)», en Martin PROCHÁZKA (ed.), *After History* (1991), Praga, Litteraria Pragensia, 2006, pp. 5-8.

ya discutible, por lo que prefieren hablar de regiones o de imperios, de economías, religiones u organizaciones políticas de tipo *cross-national*. A su entender, la realidad ha desmentido o matizado esas propuestas, porque el Estado nacional continúa siendo un marco utilizado para pensar la historia política o la social, la de hombres, mujeres, campesinos y burgueses. Y no solo es una opción plenamente justificable, sino en ocasiones una necesidad política, apremiante incluso. Dicho de otro modo, Davis entiende que situamos nuestros estudios de caso en un marco concreto, dentro de los límites de un Estado, no por mero capricho, sino porque hemos de tener en cuenta las diferentes variables que pueden afectar a los acontecimientos analizados. Ahora bien, el objetivo no es nunca estudiar lo francés, lo español o lo inglés ni compararlos, por lo que cuando se transcienden las fronteras se hace tomando como base una cuestión temática, como la clase obrera o los patrones religiosos, y no una historia nacional[39].

Así pues, más que amparar ese tipo de historia, Davis prefiere defender la conciencia de lo global y aplicarla a cualquier clase de escritura que vayamos a emprender dentro de la disciplina. En su caso, esa conciencia de globalidad es la que la ha llevado desde hace años a investigar sobre «encuentros» históricos entre culturas que se percibían a sí mismas como radicalmente diferentes, como las relaciones y contactos que ella ha estudiado y estudia entre cristianos y musulmanes o entre europeos y africanos.

Pero quizá el texto en el que Natalie Davis resume toda su posición sea el que presentara con motivo de la concesión de un premio a su trayectoria en 2010[40]. El ensayo comienza de un modo habitual, semejante al que hemos mostrado para Serge Gruzinski o para el que nos es familiar en Carlo Ginzburg, explorando las conexiones entre el Ibn Jaldún, que en 1403 comienza las correcciones finales de su *Muqaddima* (*Prolegómenos a la Historia Universal*), y la poetisa Christine de Pizan que, dos años después, hace lo propio con *Le Livre de la Cite des Dames* (*La ciudad de las damas*). A pesar de la coincidencia cronológica, uno

39 Natalie Zemon DAVIS, «Global History, Many Stories», en Jürgen OSTERHAMMEL (ed.), *Weltgeschichte* (2001), Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2008, pp. 91-100.

40 Se trata del Holberg International Memorial Prize. En cuanto a la conferencia allí impartida: «Decentering History: Local Stories and Cultural Crossings in a Global World», en *History and Theory*, 50/2 (Middletown, 2011), pp. 188-202 (trad. cast. en «Descentralizando la historia: relatos locales y cruces culturales en un mundo globalizado», en *Historia social*, núm. 75 (2013), pp. 165-179).

y otra estaban separados por sus referencias, por sus círculos y lectores respectivos. Entonces, se pregunta Davis, ¿por qué contraponer ambas figuras? Su respuesta, concluye, está relacionada con la atracción aparentemente contradictoria entre lo local y lo global, entre esa historia «descentrada» pero unida en un «mundo globalizado».

Advierte Davis que el descentramiento remite tanto a la posición como al objeto del historiador, de modo que una historia descentrada no aborda el pasado desde el punto de vista de una única parte del mundo ni desde la óptica de los poderosos, sino que amplía su enfoque, social y geográficamente, y presenta un relato a partir de una pluralidad de voces: con especial atención al pueblo, las clases bajas, oprimidas o subalternas, las mujeres y el género. Todo ello, por supuesto, según un modelo relacional: hablar de las mujeres es hacerlo de los hombres, los campesinos remiten a los terratenientes; los trabajadores a los patronos. Ahora bien, el descentramiento consiste en que, si bien se tienen en cuenta las diversas partes del conjunto, el historiador intenta que los subalternos, sus prácticas y sus creencias protagonicen el relato.

A esas primeras olas, de carácter social, le siguió otra de índole geográfica, surgida a partir de las preguntas que la primera había planteado, reformuladas ahora en el marco de los movimientos poscoloniales de finales del siglo XX, con un añadido fundamental: estos académicos estaban trastocando, invirtiendo más bien, la historia de las expansiones y de los imperios. Ahora bien, lo que se pregunta Davis es si esta es la única forma, la más adecuada, para relatar el pasado en un mundo globalizado. Y su respuesta, como suele ser habitual entre estos historiadores, es remitirnos a un ejemplo, ilustrar el asunto con esas dos *local storytelling* con las que empieza su ensayo, las de Christine de Pizan e Ibn Jaldún, aunque no en sí mismas, sino mostrando cómo llegó a ellas y cómo las investigó. Es decir, es su propia trayectoria personal, su cambiante manera de leer las fuentes, la que va a servir para mostrarnos esos recorridos.

¿Cómo llegó desde ese análisis local a otro más global? A través de las comparaciones, realizadas inicialmente dentro de Europa. A medida que consideraba la relación de las mujeres con la Reforma protestante y la católica, comprendió las posibilidades y limitaciones de ambas, lo cual le condujo a explorarlas en su *Mujeres de los márgenes*[41], que era

41 Natalie Zemon DAVIS, *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVI*, Madrid, Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, 1999.

una reflexión sobre las potencialidades creativas de la vida más allá de los centros de autoridad y de conocimiento. Fue esa experiencia, la obtenida al estudiar a esas tres mujeres y al escribir sobre ellas, lo que la cambió como historiadora, porque ya no pensaba en sí misma como «europeísta», sino como alguien que podía cambiar de lugar. Desde aquel momento, escribir sobre Europa suponía siempre un intento de mirar sus objetos con los ojos de quienes habían vivido o vivían en otras partes del mundo. El primer lugar en esta nueva etapa fue el norte de África, el hogar de Ibn Jaldún, donde se propuso fijarse en aquel personaje que los europeos llaman «León *el Africano*», lo que significaba restaurar lo que subyacía, un musulmán de habla árabe llamado Hasan al-Wazzan. Así pues, no se trata tanto de hacer historia global, sino de hacer historia en un mundo globalizado.

Ahora, pues, Ibn Jaldún y Christine de Pizan, a los que durante muchos años había puesto en compartimentos separados, podían aparecer como figuras de un mismo discurso, lo cual es una forma de ampliar las fronteras de la disciplina. Para Davis, tomar un momento singular y dos vidas innovadoras a ambos lados del Mediterráneo permite ampliar el marco geográfico y cultural en que los historiadores suelen presentar la producción y circulación del conocimiento. Pero hay una segunda manera de intensificar la conciencia global de los historiadores, sin renunciar al interés por lo concreto o lo local, que es la de centrarse, como ella viene haciendo, en los casos de cruce cultural[42].

Espero, concluye, que esto pueda mostrar algo nuevo, sea sobre la vida literaria y la composición de libros, sobre la esclavitud, la sanidad, la justicia, la resistencia humana y la improvisación. O, como dice Joan Scott en ese mismo simposio, la historia no se descentra simplemente porque se otorgue visibilidad a los que han sido hasta ahora han estado ocultos o en sus márgenes[43]. Los relatos, a veces incluso los de los poderosos, revelan la complejidad de la experiencia humana, hasta el punto de que impugnan las categorías con las que estamos acostumbrados a pensar el mundo. Los textos de Davis revelan de muchas maneras esa

42 Es en lo que se viene ocupando desde hace años, en un proyecto sobre el Surinam colonial que se titularía «Braided Histories», historias cruzadas, y del que se puede leer uno de los varios avances que ha publicado en «Las lenguas criollas y sus usos: la colonia de Surinam como ejemplo», en *Historia Social*, núm. 75 (2013), pp. 145-164.

43 Joan W. SCOTT, «Storytelling», en *History and Theory*, 50/2 (Middletown, 2011), pp. 203-209.

aserción, a través de esos fluidos intercambios entre jueces y campesinos o entre protestantes, católicos, judíos y musulmanes. Esa es, diríamos, la manera en la que lo local se conecta inexorablemente con lo global.

En fin, poco antes de concluir el año 2007 Carlo Ginzburg visitó la India para impartir la primera conferencia de la recién creada Indian Economic and Social History Review Lecture. Poco antes del evento, Sanjay Subrahmanyam, con quien había coincidido en la UCLA, le propuso una entrevista. Y, como era de esperar, el historiador indio acabó preguntando a su colega italiano si veía alguna contradicción entre las perspectivas que ambos cultivaban, la de la microhistoria y aquella otra propia de la historia global o de la historia-mundo (*world-history*). He aquí su breve respuesta:

> No, no la hay. Considero que la microhistoria ofrece un enfoque intrínsecamente comparado (aunque la comparación puede ser también algo implícito), cuyo objetivo último es abrir la posibilidad de mejores generalizaciones. Por la misma razón, la historia del mundo no puede ignorar la microhistoria. Como Siegfried Kracauer argumentó en su libro póstumo —*Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*—, asumir que la realidad es homogénea sería una medida contraproducente. Si uno empieza desde la suposición opuesta —es decir, la de que la realidad es heterogénea y llena de discontinuidades—, las generalizaciones se hacen más difíciles, y más perentoria la necesidad de estudios de caso analíticos. Me imagino que todo esto puede inspirar nuevas formas de escribir sobre la historia-mundo[44].

44 La entrevista se titula «The Stuff of Which History is Made: A Brief Conversation with Carlo Ginzburg», en *The Hindu*, 21 de noviembre de 2007. URL: http://www.thehindu.com/todays-paper/tp-opinion/a-conversation-with-carlo-ginzburg/article1952547.ece (consultado en septiembre de 2014).

Cercanos y distantes. La relacionalidad en la investigación biográfica[1]

Maarit Leskelä-Kärki
University of Turku. Finlandia

Invadir vidas pasadas

En 1991, la feminista, psicóloga e investigadora literaria israelí Amia Lieblich publicó una biografía de Dvora Baron, una de las primeras escritoras en hebreo moderno, titulada *Bordados*. La traducción al inglés se publicó en 1997, bajo el título *Conversations with Dvora: An Experimental Biography of the First Modern Hebrew Woman Writer*. El libro se basaba en los propios escritos de Baron, en textos de su esposo y de su hija, abundantes entrevistas, estudios literarios y otros materiales auxiliares, pero se presentaba de forma poco convencional. Lieblich inventó un relato de dos mujeres y veinticuatro conversaciones entre Dvora Baron y ella misma, aunque nunca conoció a la escritora, fallecida cuando Lieblich tenía diecisiete años. En el libro, la biógrafa se encuentra por las tardes con la escritora anciana, aislada e impedida, en casa de esta.

Lieblich señaló que nada nos impide entrar en conversación con las personas del pasado. Después de leer las obras de Baron y todo lo que se había escrito sobre ella, podía inventar un personaje imaginario y darle voz. Durante el proceso, se identificó íntimamente con el carácter de Baron y vio que aquella relación empática la ayudaba a crear una

1 Este artículo se basa en otros dos de la autora, publicados previamente en antologías finlandesas: «Samastumisia ja etääntymisiä. Elämäkerta historiantutkimuksen kysymyksenä [Identificación y distanciamiento. La biografía como cuestión para la investigación histórica]», en Asko NIVALA y Rami MÄHKÄ (eds.): *Tulkinnan polkuja. Kulttuurihistorian tutkimusmenetelmiä* [*Caminos de la interpretación. Métodos en la historia cultural*], Kulttuurihistoria [serie de historia cultural], Turku, K&h-kustannus, 2012; y «Suhteellista elämää. Relationaalisuus ja biografinenvuorovaikutus [Vidas relacionadas. La relacionalidad y la interacción biográfica]», en Heini HAKOSALO, Seija JALAGIN, Marianne JUNILA y Heidi KURVINEN (eds.), *Historiallinen elämä-biografia ja historiantutkimus* [*Vida histórica. La biografía y la investigación histórica*], Helsinki, Finnish Literature Society, 2014.

personalidad histórica que vivía y hablaba con ella. Así, el libro resultó ser una biografía y también un libro sobre dos mujeres y su relación en un espacio tiempo imaginario. Se trata, asimismo, de una exploración sobre la construcción de una biografía, cómo afecta el proceso a la escritora y qué emociones y pensamientos le provocaba Baron. Es un relato muy personal, y ficticio, además de una investigación sobre una historia de vida, en la que la autora trata de cómo toda vida es siempre una reconstrucción[2].

Cuando más adelante, en 2004, Lieblich reflexionó sobre este libro y sobre otra obra suya que trataba de la poeta Lea Goldberg, señaló que la biografía es siempre autobiografía. Un biógrafo nunca habla solo de su protagonista sino también de sí mismo[3]. Evidentemente, esto no encaja en la definición moderna, al menos la académica, de acuerdo con la cual una biografía debe ser un relato distanciado y objetivo de una vida. Sin embargo, en la Antigüedad, por ejemplo, la autobiografía y la biografía no eran opuestas, sino parte de una misma forma literaria que se diferenciaba de la «auténtica» literatura, es decir, la ficción y la escritura histórica. La palabra griega βιος engloba la biografía y la autobiografía. Como ha dicho el estudioso literario finlandés Päivi Kosonen en este contexto: «ahora hay diferencias entre lo que escribo de mi propia vida o cómo lo escribo y lo que escribo de una vida ajena»[4]. Parece que dentro del género siempre ha habido que equilibrar el apego y el desapego.

En el prefacio a su traducción al inglés, Naomi Seidman observa que el libro de Lieblich fue publicado en un momento en el que se encontraron el feminismo, el posmodernismo y la biografía para alimentar vivos debates. En mi opinión, la obra de Lieblich abrió un camino diferente para escribir e imaginar vidas y para concebir la relación entre autor y protagonista, entre quien cuenta y quien es contado. Pero el libro de Lieblich también plantea dudas y cuestiones éticas acerca de quién posee las vidas de las personas del pasado y cuál es nuestra responsabilidad como investigadores cuando invadimos vidas pasadas.

2 A. LIEBLICH, *Conversations with Dvora. An Experimental Biography of the First Modern Hebrew Woman Writer*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 85, 97 y 324.

3 A. LIEBLICH, «Writing Biography as a Relationship», en *Nashim: A Journal of Jewish Women's Studies & Gender Issues,* nº 7, primavera 5764/2004, p. 209.

4 P. KOSONEN, *Isokrateesta Augustinukseen. Johdatus antiikin omaelämäkerralliseen kirjallisuuteen* [*De Isócrates a Agustín. Introducción a la literatura autobiográfica de la Antigüedad*], Jyväskylä, Atena, 2007, pp. 21-24.

Desde que leí este libro a principios de la década de 2000, me he visto involucrada de distintas formas en estos dilemas al investigar sobre escritoras y sus biografías. Aunque ya han transcurrido veinte años tras la publicación de la obra de Lieblich, creo que la implicación del autor en la narración y las relaciones entre biógrafo y protagonista siguen siendo cuestiones centrales e importantes ¿Cómo afecta la relación entre el biógrafo y su personaje central al proceso de escritura y al resultado final? ¿Cómo podríamos utilizar estas relaciones, en particular para escribir biografías históricas?

El género y la relacionalidad

Puede afirmarse que lo relacional se encuentra en el núcleo de todo proceso biográfico. Su presencia es poliédrica, no obstante. En primer lugar, está la relación del biógrafo o la biógrafa y su protagonista, el sujeto de su biografía. Esta relación es importante para determinar cómo se representará e interpretará una vida. En segundo lugar, la relacionalidad trata de cómo vemos a un individuo vinculado con su entorno, sus redes y sus relaciones. En la investigación biográfica se han ofrecido muchas respuestas a esta cuestión, desde una biografía artística individual a una biografía colectiva o de grupo. En tercer lugar, lo relacional también está presente en la investigación biográfica a través de las fuentes empleadas; puesto que la mayor parte de los biógrafos utilizan diversos materiales privados y autobiográficos para sus investigaciones, y deben ser evaluados también desde este punto de vista. Las cartas, en particular, revelan el significado de lo relacional de manera muy concreta; mediante las cartas podemos analizar, por ejemplo, cómo se comporta un individuo en distintas relaciones y cómo construye sus relaciones en circunstancias sociales y contextos diferentes[5]. En lo tocante a la relacionalidad, existe un cuarto elemento que no debe omitirse, la relación con el lector.

En la investigación biográfica contemporánea, han adquirido importancia el elemento colectivo, las redes sociales y la concepción del individuo como parte de una realidad social y cultural más amplia. Las

5 Véanse, por ejemplo, M. LESKELÄ-KÄRKI, «Narrating life-stories in-between the fictional and the autobiographical», en *Qualitative Research*, agosto de 2008, pp. 325-332; y M. TAMBOUKOU, «Relational narratives: Auto/biography and the portrait», en *Women's Studies International Forum*, nº 33, 2010, pp. 170-179.

relaciones sociales y la relacionalidad del individuo son hoy un tema muy transitado[6]. Sin embargo, la cuestión fue muy debatida durante las décadas de 1970 y 1980, con la emergencia de la teoría autobiográfica feminista. Contra lo que sostenía la influyente teoría de George Gusdorf sobre la autobiografía, que encomiaba la autonomía y el individualismo, las mujeres que abordaron la cuestión, como Susan Stanford Friedman, Estelle Jelinek y Sidonie Smith, comenzaron a elaborar una teoría feminista que apuntaba a las «voces diferentes» de las mujeres escritoras y, en particular, al distinto significado que se había otorgado a las relaciones interpersonales en la larga tradición de literatura escrita por mujeres.

Esta teoría literaria específicamente femenina se desarrolló activamente en varios países y conceptos tales como la subjetividad, la identidad, la experiencia y la escritura peculiar de hombres y mujeres se definió de diversas formas. En el curso de un par de décadas, y desde una perspectiva basada en el género, cambió de forma drástica todo el pensamiento tradicional sobre la biografía[7]. Los hallazgos de algunas psicólogas proporcionaron importantes fundamentos para las nuevas teorías. Teóricas como Carol Gilligan (1982) y Nancy Chodorow (1978) fueron muy relevantes para el desarrollo de una teoría sobre los procesos femeninos de creación de una identidad, en los que las mujeres buscan su fuerza en la interacción con otras personas; el eje del desarrollo individual no está en la autonomía sino en la relacionalidad y la

6 Véanse M. LESKELÄ-KÄRKI, *Kirjoittaen maailmassa. Krohnin sisaret ja kirjallinen elämä* [*Las hermanas Krohn: vidas por escrito*], Helsinki, SKS, 2006; M. TAMBOUKOU, «Relational narratives: Auto/biography and the portrait», en *Women's Studies International Forum*, nº 33, 2010, pp. 170-179; J. SARJALA, «Yksilö ja historia taiteilijaelämäkerroissa [El individuo y la historia en las biografías de los artistas]», en *Historiallinen aikakauskirja*, abril de 2012, pp. 412-422; M. JOLLY, J. RAK y J. WATSON, «The past, present and future of life-writing studies», en *Revisiting relationality, gender and life-writing*, Tartu, Estonian Literary Museum, 2012; y L. KURVET-KÄOSAAR, «Theoretical reflections on Gender, Life-Writing and Relationality», en *Revisiting relationality, gender and life-writing,* Tartu, Estonian Literary Museum, 2012.

7 Para la teoría feminista de la autobiografía, véanse S. SMITH y J. WATSON, «Introduction: Situating Subjectivity in Women's Autobiographical Practices», en Sidonie SMITH y Julia WATSON (eds.), *Women, Autobiography, Theory. A Reader*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1998, pássim; y M. JOLLY, J. RAK y J. WATSON, «The past, present and future of life-writing studies», en *Revisiting relationality, gender and life-writing*, Tartu, Estonian Literary Museum, 2012. De forma más general, S. SMITH y J. WATSON, *Reading Autobiography: Interpreting Life Narratives*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2010, pp. 195-234.

interacción con otras personas[8]. La investigación de Chodorow sobre la maternidad resultó influyente porque estudió las relaciones entre mujeres, especialmente entre madres e hijas[9]. Gilligan presentó su teoría sobre la dependencia y la autonomía basadas en el género en su libro *In a Different Voice* (1982), en el que constataba que para el proceso de adquisición de la individualidad de los niños varones era crucial la separación de la madre, mientras que para las niñas era importante identificarse con el rol de la que nutre. Para los chicos, los problemas de identidad surgían en las relaciones sociales; para las chicas era difícil encontrar una identidad autónoma. Se trataba de un enfoque feminista porque Gilligan buscó la forma de concebir los vínculos y la falta de autonomía como una fortaleza, no una debilidad[10].

Estas teorías fueron, lógicamente, criticadas por su esencialismo y porque la representación exclusiva de las mujeres como seres relacionales y de los hombres como seres individualistas, autónomos y definidos era nociva por acentuar la polarización entre sexos. Sin embargo, ejercieron gran influencia sobre la visión de las mujeres que reflexionaban acerca de la identidad femenina y la subjetividad, y consiguientemente también sobre las teorías de la escritura autobiográfica femenina[11]. El experto americano en autobiografía John Paul Eakin ha admitido que la teoría feminista de la relacionalidad y el género puede considerarse una de las aportaciones más importantes a la teoría autobiográfica en los años 80, pero, al mismo tiempo, ha subrayado que lo relacional es tan importante en la escritura autobiográfica de los hombres como en la de las mujeres[12]. A lo largo de la última década, los estudios sobre la auto-

8 C. GILLIGAN, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1982.

9 N. CHODOROW, *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press, 1978, pássim; y S. SMITH y J. WATSON (eds.), *Women, Autobiography, Theory. A Reader*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1998, pp. 16-18.

10 C. GILLIGAN, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1982, pp. 7-8 y 17.

11 John Paul EAKIN, *How our lives become stories: Making Lives*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 1999, pp. 48-49; y S. SMITH y J. WATSON (eds.), *Women, Autobiography, Theory. A Reader*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1998, p. 30.

12 John Paul EAKIN, *How our lives become stories: Making Lives*, Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 1999, pp. 47-50; y S. SMITH y J. WATSON (eds.), *Women, Autobiography, Theory. A Reader*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1998, p. 37.

biografía se han convertido, obviamente, en un campo de investigación muy vasto pero, como sostenían Sidonie Smith y Julie Watson en 2010, la relacionalidad sigue siendo uno de los conceptos más importantes dentro de los estudios sobre autobiografías e historias de vida. La relacionalidad de un sujeto puede considerarse como el núcleo de su psicología, como encuentro de narraciones o como su humanidad[13].

Desde la década de 1990, también se ha desarrollado el debate sobre lo relacional en el campo de los estudios biográficos, especialmente desde la perspectiva feminista. La socióloga británica Liz Stanley (1992) y la historiadora sueca Eva Österberg (1996), por ejemplo, resaltaron el significado de las relaciones y las redes al escribir sobre individuos. Esperaban que no se valorase solo su contexto político y cultural sino también el social, y ambas apreciaron el potencial de los estudios feministas para promover este punto de vista[14].

Cuando contemplamos la vida de un individuo en interrelación con otras personas y redes de personas, obtenemos una imagen más rica y contradictoria. Este ángulo de observación muestra cómo una vida jamás debe narrarse como un todo fijo, sino que consta de perspectivas cambiantes, relaciones en evolución y distintas situaciones que conforman nuestras vidas y las llevan por sendas inesperadas.

Durante los últimos diez años ha habido un interés teórico creciente por la biografía y parece que estamos en una nueva fase en la que se consideran valiosas las aproximaciones teóricas y metodológicas a la investigación biográfica. Tal vez esta sea la consecuencia más positiva para la biografía histórica de eso que muchos han señalado como el «giro biográfico» de la historiografía[15]. Pienso que han sido precisa-

13 S. SMITH y J. WATSON, *Reading Autobiography: Interpreting Life Narratives*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2010, pp. 85-87; y S. SMITH y J. WATSON, «Introduction: Situating Subjectivity in Women's Autobiographical Practices», en Sidonie SMITH y Julia WATSON (eds.), *Women, Autobiography, Theory. A Reader*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1998, pp. 37-38.

14 L. STANLEY, *The auto/biographical I. The theory and practise of feminist auto/biograph*y, Manchester y Londres, Manchester University Press, 1992, pp. 10, 214 y 234; y E. ÖSTERBERG, «Individen i historien. En (o)möjlighet mellan Sartre och Foucault», en *Det roliga börjar hela tiden: festskrift till Kjell Peterson*, Estocolmo, Clio, 1996, pássim.

15 Véanse, por ejemplo, B. CAINE, *Biography and history*, Londres y Nueva York, Palgrave and Macmillan, 2010; y B. POSSING, «Et kritisk blik på biografien.

mente los estudios feministas los que han ayudado a promover nuevos enfoques dentro de este campo, especialmente en el ámbito de la investigación histórica.

Contar las historias de vidas ajenas

La biografía parece ser un género especial, en el que se da una intensa interacción entre narrador y protagonista, aunque este último pertenezca al pasado. Esto lo convierte en un proceso de diálogo, en el que el narrador constantemente compara sus opiniones y su propia persona con las del personaje central, y cambia de opinión sobre el sujeto de la narración pero también sobre sí mismo. Siempre debemos adoptar una posición acerca de cuál es nuestra relación con la persona cuya vida contamos, porque dicha relación y nuestra postura frente a ella definirá qué tipo de biografía queremos escribir. Así, como ha apuntado Hermione Lee, la escritura biográfica implica siempre un compromiso entre la implicación y el distanciamiento[16].

La relacionalidad también puede verse desde la perspectiva del proceso de creación de la propia identidad. La filósofa italiana Adriana Cavarero ha inspirado a muchas intelectuales feministas con sus ideas sobre narrativas relacionadas en su libro *Relating Narratives* (2001)[17].

Genren med de mange liv», en Henrik ROSENGREN y Johan ÖSTLING (eds.), *Med livet som insats. Biografin som humanistisk genre*, Lund, Sekel bokförlag, 2007.

16 H. LEE, *Biography. A Very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

17 Véase A. CAVARERO, *Relating narratives. Storytelling and selfhood* [publicado inicialmente en italiano: *Tu che mi guardi, tu che mi racconti,* 1997], Londres y Nueva York, Routledge, 2000, pp. 24-33. Véase también A. JANSDOTTER, «Seeking a usable methodology: The production of the fin-de-siècle female prostitute», en *Qualitative Research*, agosto de 2008, pp. 307-317; M. LESKELÄ-KÄRKI, «Narrating life-stories in-between the fictional and the autobiographical», en *Qualitative Research*, agosto de 2008, pp. 325-332; y «Kirjeet ja kerrotuksi tulemisen kaipuu. Kirjailija Helmi Krohnin ja säveltäjä Erkki Melartinin kirjeystävyys, 1906-1936 [Letters and the need to be narrated. The epistolary friendship of writer Helmi Krohn and composer Erkki Melartin, 1906-1936]», en Maarit LESKELÄ-KÄRKI, Anu LAHTINEN y Kirsi VAINIO-KORHONEN (eds.), *Kirjeet ja historiantutkimus* [*Letters and historical research*], Helsinki, Finnish Literature Society, 2011; M. TAMBOUKOU, «Relational narratives: Auto/biography and the portrait», en *Women's Studies International Forum*, nº 33, 2010, pp. 170-179; y M. LILJESTRÖM, «Identiteettihalu: venäläisten naisten omaelämäkerrallinen tekijyys [Agency in Russian women's autobiographies]», en Maarit LESKELÄ-KÄRKI, Kirsi TUOHELA

Cavarero señala que la identidad no revela la esencia más íntima y profunda, puesto que solo expresa lo que se muestra, porque «uno siempre se manifiesta ante alguien»: «se revela a los demás quién es cada uno cuando se actúa en presencia de otros, en un teatro interactivo en el que cada uno es a la vez actor y espectador». Para ella, nuestra identidad nace a través de la exposición y de la relación con otros, desde el exterior y por medio de las historias que cuentan los demás. De esta manera, podemos afirmar que también defiende al biógrafo y el proceso general de narrar una vida, desde el momento en que sostiene que toda vida se justifica narrando y siendo narrada[18].

Cavarero define también las relaciones entre el biógrafo y su objeto, y señala que en particular las mujeres desean leer relatos (auto) biográficos. Con ello parece seguir la tendencia marcada anteriormente por muchas teóricas feministas de la autobiografía. Subraya la aptitud y la disposición de las mujeres para leer relatos autobiográficos. He reformulado las ideas de Cavarero acerca del papel del biógrafo (o la biógrafa). Podemos admitir que también quien investiga desea contar la vida de otra persona. Reconocemos que las demás personas son narrables, tanto si conocemos la historia de su vida como si no. De esta manera, podríamos afirmar que este deseo de narrar es asimilable a nuestro propio deseo de ser narrados[19]. Un biógrafo quiere contar una historia de vida pero quizá también quiere contarse a sí mismo. Con esto no quiero decir que deseemos identificarnos con personas del pasado sino, más bien, que reconocemos que todas las historias de vida son particulares y distintas, únicas. Como lo expresa Cavarero: «tu historia nunca puede ser la mía»[20].

y Kaisa VEHKALAHTI (eds.), *Ritvan ystäväkirja* [*Friendbook for Ritva*], Turku, K&h-Publications, 2012.

18 A. CAVARERO, *Relating narratives. Storytelling and selfhood* [publicado inicialmente en italiano: *Tu che mi guardi, tu che mi racconti,* 1997], Londres y Nueva York, Routledge, 2000, pp. 11, 24-27, 34 y 81-93.

19 A. CAVARERO, *op. cit.*, 2000, pp. 67-77.

20 A. CAVARERO, *op. cit.*, 2000, pp. 32-45. Véase también «Kirjeet ja kerrotuksi tulemisen kaipuu. Kirjailija Helmi Krohnin ja säveltäjä Erkki Melartinin kirjeystävyys, 1906-1936 [Letters and the need to be narrated. The epistolary friendship of writer Helmi Krohn and composer Erkki Melartin, 1906-1936]», en Maarit LESKELÄ-KÄRKI, Anu LAHTINEN y Kirsi VAINIO-KORHONEN (eds.), *Kirjeet ja historiantutkimus* [*Letters and historical research*], Helsinki, Finnish Literature Society, 2011, pp. 265-266.

En su artículo «Historians who love too much», la historiadora americana Jill Lepore medita sobre la vinculación entre el biógrafo y su protagonista dentro de la investigación microhistórica y la biográfica. Se pregunta si un microhistoriador se relaciona con los individuos de manera diferente. Mientras que el objetivo de la microhistoria es decir algo sobre la cultura en la que se inserta un individuo, el objetivo de un biógrafo es siempre el individuo. La microhistoria pretende analizar algún fenómeno o algún misterio, mientras que en la biografía una historia de vida posee un significado propio. Esto hace que los lectores de microhistoria sean siempre conducidos desde el individuo hacia la cultura. Lepore apunta que un biógrafo normalmente se camufla tras su protagonista (con afecto o aversión), pero que un microhistoriador es un tercero en la historia, tal vez asimilable a un juez o un fiscal que indaga. Lepore llega a la conclusión de que quien hace microhistoria se aleja más de su personaje; para él, los individuos son instrumentos, por lo que no puede enamorarse de sus personajes como suelen hacer los biógrafos, sea correcto o no[21]. El análisis de Lepore suscita una pregunta acerca de cómo podemos utilizar, en tanto que biógrafos, el nexo (amoroso, tal vez) que creamos con nuestros personajes para hacer de él una fortaleza y no una debilidad.

Cuando investigaba sobre las hermanas Krohn, finlandesas procedentes de un hogar nacionalista e intelectual, de clase alta, que trabajaron como escritoras en diversos campos literarios, busqué la respuesta en la hermenéutica y en el proceso emocional en el que nos involucramos cuando leemos abundante documentación autobiográfica o profundizamos en las vidas de otros. Mi principal fuente para este trabajo, bastante cercano a la biografía, fue la correspondencia entre las hermanas, además de otros materiales autobiográficos conservados en los archivos[22]. El propósito de la hermenéutica es hallar una comprensión dialógica del pasado que reconozca su condición ajena, su alteridad, a la vez que intenta disolverla (Gadamer, 1999 y 2003). El punto más importante es entender la historicidad del texto. Por un lado, tenemos que admitir que los textos no pueden ser devueltos a su auténtico mundo de significados; por otro, deben ser ubicados en su contexto históri-

21 Jill LEPORE, «Historians Who Love Too Much: Reflections on Microhistory and Biography», en *The Journal of American History*, vol. 88, nº 1, 2001, pp. 129-144.

22 M. LESKELÄ-KÄRKI, *Kirjoittaen maailmassa. Krohnin sisaret ja kirjallinen elämä* [*Las hermanas Krohn: vidas por escrito*], Helsinki, SKS, 2006.

co. Tuve que preguntarme ¿cómo puedo ser imparcial para estudiarlos? ¿Acaso necesito serlo? ¿Cómo afectaría mi opinión sobre las hermanas a mi estudio y a toda la investigación? La hermenéutica de Gadamer parecía ofrecer un camino practicable para afrontar variados materiales, pero le faltaba la dimensión emocional. Así, combiné ambas y llamé a mi método lectura hermenéutica empática.

Auné el enfoque hermenéutico y el aspecto emocional para descifrar cómo repercuten nuestros sentimientos en nuestra forma de leer e interpretar los textos. Utilizando la expresión «lectura empática» pretendía señalar el proceso de «leer con emoción». La palabra empatía viene del griego εμ πάθος (sentir hacia dentro), que se refiere a la capacidad de colocarse en la posición del otro y entender sus sentimientos. Empatía no equivale, por lo tanto, a compasión o simpatía, συμ πάθος (sentir juntos), sino que significa más bien una comprensión interna del otro. Como concepto, la empatía llegó al debate filosófico y psicológico a principios del siglo XX, en especial con la investigación llevada a cabo por Theodore Lipps, quien afirmó que la empatía debía considerarse como el medio epistemológico más relevante de apreciar la humanidad de los demás. Para él, la empatía era un fenómeno de resonancia psicológica en el que uno observaba objetos exteriores, era una imitación interna. Los argumentos de Lipps fueron muy debatidos y la Segunda Guerra Mundial aportó perspectivas totalmente nuevas a la discusión. El debate sobre el significado de la empatía ha continuado desde entonces[23].

En mi investigación, la empatía significa la presencia de la investigadora y la posibilidad de reflejar mi actitud cambiante frente a los sujetos de mi estudio. Con este concepto no intentaba sugerir que yo iba a sentir y experimentar junto a las personas del pasado, se trataba, más bien, de una idea vinculada a la ética investigadora, porque tenía intención de mostrar cómo los investigadores estamos presentes en el proceso y cómo nuestra actitud influye en nuestra investigación[24].

Un biógrafo no puede saber cómo se sentirían las personas del pasado si supieran que contamos sus historias como lo hacemos. Pero es posible hacer más transparente el proceso investigador, porque investigar

23 K. STUEBER, «Empathy», en Edward N. ZALTA (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, otoño de 2008.

24 Más sobre esta cuestión en M. LESKELÄ-KÄRKI, *Kirjoittaen maailmassa. Krohnin sisaret ja kirjallinen elämä* [*Las hermanas Krohn: vidas por escrito*], Helsinki, SKS, 2006, pp. 78-85.

es siempre una experiencia personal que atañe a nuestros pensamientos y nuestras emociones. La biografía es un género que exige profundizar en las vidas de otros. Nos fuerza a enfrentarnos a las grandes cuestiones de la vida: amor, dolor, muerte, dificultades, tragedias. Y aquí siempre recurrimos a nuestra experiencia vital, lo reconozcamos o no. Como ha dicho la biógrafa Eva-Helen Ulvros, es difícil que no te conmueva todo esto[25]. ¿Cómo podemos entonces ser convincentes en tanto que investigadores? Convincentes a pesar de que todo lo expuesto exige que se tome postura y que se sea crítico con las fuentes. Deberíamos admitir nuestras presuposiciones y también la tentación de glorificar a los personajes. La lectura hermenéutica nos ayuda a usar perspectivas mudables, podemos cambiar el punto de vista y observar a nuestros protagonistas desde un ángulo distinto.

* * * *

Una de las hermanas Krohn, conocida después como la gran escritora fino-estonia Aino Kallas, reflexionaba en sus diarios en la década de 1950, cuando tenía más de setenta años, sobre la historia de su vida. Pensando en sus futuros biógrafos escribió:

> ¿Cuál es la conclusión general, el resultado de mi vida? Me pregunto si mi futuro biógrafo sabrá contarlo mejor que yo, ya que aún no he podido distanciarme de mí misma[26].

Kallas pensaba que un desconocido que observase el pasado desde una distancia mayor podría identificar los elementos esenciales de su vida que ella había sido incapaz de ver. El encuentro que se da en el trabajo bibliográfico une a dos desconocidos ¿Cómo podría ofrecer un desconocido esa especie de «revelación de la verdad» que ella ansiaba? Aventuro que tal vez esa alteridad, ese desconocimiento, sea el elemento clave para construir historias de vida comprensibles y, al menos hasta cierto punto, verdaderas (y con ello no hago alusión a las «historias de la vida real»).

A finales de la década de 1930, Virginia Woolf llegó a una conclusión similar a la de Kallas cuando pensaba en la dificultad de escribir sus memorias: «me veo a mí misma como un pez en un arroyo, contraco-

25 E.-H. ULVROS, «När källkritiken möter gestaltningens utmaningar. Att skriva biografier», en *Historisk Tidskrift för Finland*, abril de 2009, pp. 441-457.

26 A. KALLAS, *Vaeltava vieraskirja vuosilta 1946–1956* [*El libro de visitas errante de los años 1946–1956*], Helsinki, Otava, 1957, p. 303 (entrada de 26 de julio de 1953).

rriente, en su lugar, pero incapaz de describir el arroyo». Hermione Lee comenta irónicamente que la labor del biógrafo es ver el pez y el arroyo, es decir, el contexto, el espíritu de la época en la que uno vive[27]. Esto requiere distancia, pero no niega la importancia del apego o la cercanía. Como ha manifestado Jill Lepore: «Acercarse demasiado a tu personaje es un peligro serio, pero no llegar a conocerlo suficientemente bien es igual de probable»[28].

También Adriana Cavarero defiende el significado de contar historias de vida cuando subraya que toda vida se justifica a través de la narración y la narrabilidad. Sin embargo, el cometido del narrador no es exclusivamente entretener y cautivar, ya que desempeña la importante función de dar al protagonista de su historia su propia e «irrepetible representación de su existencia»[29]. En tanto que biógrafos, hemos de decidir cuál es nuestra relación con el que narramos, porque esa relación, y nuestra capacidad para plasmarla, será lo que defina el valor de la biografía que escribimos.

Traducción de Virginia Tabuenca

27 H. LEE, *Biography. A Very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 13-14.

28 Jill LEPORE, «Historians Who Love Too Much: Reflections on Microhistory and Biography», en *The Journal of American History*, vol. 88, nº 1, 2001, p. 129.

29 A. CAVARERO, *op. cit.*, 2000, p. 3.

Bibliografía

CAINE, B., *Biography and history*, Londres y Nueva York, Palgrave and Macmillan, 2010.

CAVARERO, A., *Relating narratives. Storytelling and selfhood* [publicado inicialmente en italiano: *Tu che mi guardi, tu che mi racconti,* 1997], Londres y Nueva York, Routledge, 2000.

CHODOROW, N., *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, University of California Press, 1978.

EAKIN, John Paul, *How our lives become stories: Making Lives*. Ithaca-Nueva York, Cornell University Press, 1999.

ENQUIST KÄLLGREN, K., «Jag som skriver mig själv-om subjekt och självbiografi i María Zambranos filosofi [Me estoy escribiendo a mí misma; sobre el tema y la autobiografía en la filosofía de María Zambrano]», en el congreso *Att skriva liv*, Göteborg, 23 de mayo de 2014.

GADAMER, H.-G., *Truth and Method*, Nueva York, Continuum, 1960/ 1999.

—, *Hermeneutiikka. Ymmärtäminen tieteissä ja filosofiassa*, [*Hermenéutica. La comprensión de la ciencia y la filosofía*], Tampere, Vastapaino, 2003.

GILLIGAN, C., *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1982.

HAKOSALO, H.; JALAGIN, S.; JUNILA, M.; y KURVINEN, H., «Yksilön vetovoima», en *Historiallinen aikakauskirja*, abril de 2012, pp. 375-377.

JANSDOTTER, A., «Seeking a usable methodology: The production of the fin-de-siècle female prostitute», en *Qualitative Research*, agosto de 2008, pp. 307-317.

JOLLY, M., RAK, J., y WATSON, J., «The past, present and future of life-writing studies», en *Revisiting relationality, gender and life-writing*, Tartu, Estonian Literary Museum, 2012.

JOSSELSSON, R., «On writing other people's lives», en *The Narrative Study of Lives*, abril de 1996.

KALLAS, A., *Vaeltava vieraskirja vuosilta 1946-1956* [*El libro de visitas errante de los años 1946–1956*], Helsinki, Otava, 1957.

KOSONEN, P., *Isokrateesta Augustinukseen. Johdatus antiikin omaelämäkerralliseen kirjallisuuteen* [*De Isócrates a Agustín. Introducción a la literatura autobiográfica de la Antigüedad*], Jyväskylä, Atena, 2007.

KURVET-KÄOSAAR, L., «Theoretical reflections on Gender, Life-Writing and Relationality», en el congreso *Revisiting relationality, gender and life-writing,* Tartu, Estonian Literary Museum, 2012.

Lee, H., *Biography. A Very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009.

Lepore, Jill, «Historians Who Love Too Much: Reflections on Microhistory and Biography», en *The Journal of American History*, vol. 88, nº 1, 2001, pp. 129-144.

Leskelä-Kärki, Maarit, *Kirjoittaen maailmassa. Krohnin sisaret ja kirjallinen elämä* [*Las hermanas Krohn: vidas por escrito*], Helsinki, SKS, 2006.

—, «Narrating life-stories in-between the fictional and the autobiographical», en *Qualitative Research*, agosto de 2008, pp. 325-332.

—, «Kirjeet ja kerrotuksi tulemisen kaipuu. Kirjailija Helmi Krohnin ja säveltäjä Erkki Melartinin kirjeystävyys, 1906-1936 [Letters and the need to be narrated. The epistolary friendship of writer Helmi Krohn and composer Erkki Melartin, 1906-1936]», en Maarit Leskelä-Kärki, Anu Lahtinen y Kirsi Vainio-Korhonen (eds.), *Kirjeet ja historiantutkimus* [*Letters and historical research*], Helsinki, Finnish Literature Society, 2011.

Lieblich, A., *Conversations with Dvora. An Experimental Biography of the First Modern Hebrew Woman Writer*, Berkeley, University of California Press, 1997.

—, «Writing Biography as a Relationship», en *Nashim: A Journal of Jewish Women's Studies & Gender Issues,* nº 7, primavera 5764/2004, pp. 206-211.

Liljeström, M., «Identiteettihalu: venäläisten naisten omaelämäkerrallinen tekijyys [Agency in Russian women's autobiographies]», en Maarit Leskelä-Kärki, Kirsi Tuohela y Kaisa

Vehkalahti (eds.), *Ritvan ystäväkirja* [*Friendbook for Ritva*], Turku, K&h-Publications, 2012.

Österberg, E., «Individen i historien. En (o)möjlighet mellan Sartre och Foucault», en *Det roliga börjar hela tiden: festskrift till Kjell Peterson*, Estocolmo, Clio, 1996.

Possing, B., «Et kritisk blik på biografien. Genren med de mange liv», en Henrik Rosengren y Johan Östling (eds.), *Med livet som insats. Biografin som humanistisk genre*, Lund, Sekel bokförlag, 2007.

Sarjala, J., «Yksilö ja historia taiteilijaelämäkerroissa [El individuo y la historia en las biografías de los artistas]», en *Historiallinen aikakauskirja*, abril de 2012, pp. 412-422.

Smith, S. y Watson, J., «Introduction: Situating Subjectivity in Women's Autobiographical Practices», en Sidonie Smith y Julia WATSON (eds.), *Women, Autobiography, Theory. A Reader*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1998, pp. 3-51.

—, *Reading Autobiography: Interpreting Life Narratives*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2010.

Stanley, L., *The auto/biographical I. The theory and practise of feminist auto/biograph*y, Manchester y Londres, Manchester University Press, 1992.

Stueber, K., «Empathy», en Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, otoño de 2008, http://plato.stanford.edu/archives/fall2008/entries/empathy/

Tamboukou, M., «Relational narratives: Auto/biography and the portrait», en *Women's Studies International Forum*, nº 33, 2010, pp. 170-179.

Ulvros, E.-H., «När källkritiken möter gestaltningens utmaningar. Att skriva biografier», en *Historisk Tidskrift för Finland*, abril de 2009, pp. 441-457.

La biografía en España: primeras propuestas para la construcción de un canon

Anna Caballé
Unidad de Estudios Biográficos. Universitat de Barcelona

1.

Cuando una obra pasa a formar parte del canon literario o, mejor dicho, cuando es admitida en él, obtiene ciertos privilegios evidentes. Pero no está del todo claro dilucidar los factores que intervienen en el logro de ese codiciado estatuto. ¿Quién otorga el sello de la máxima aprobación cultural? Entre los guardianes de la selecta fortaleza del prestigio hay escritores, críticos influyentes, académicos, editores y, en la base de la estructura piramidal encontramos, por lo general, a un nutrido grupo de profesores dispuestos a reforzar determinadas obras y autores.

Hasta fechas muy recientes, una de las principales instituciones del canon literario era el manual de literatura y su complemento imprescindible, y todavía vigente, la antología literaria. Ambos discursos historiográficos solían ser de naturaleza conservadora y ambos surgidos la mayoría de las veces de los círculos universitarios. El hecho de figurar en una antología no tiene en todos los países, ni en todos los casos, el mismo peso (depende también de factores como quién firma la antología y quién la edita, por ejemplo), pero sí va asociada la presencia de un autor en cualquiera de ellas a un cierto prestigio, pues implica un previo criterio de selección del cual el texto/autor ha salido victorioso. Por ello, hasta fechas recientes tan pocas escritoras (Teresa de Jesús, Rosalía de Castro, Emilia Pardo Bazán, Carmen Conde…) figuraban en las antologías y/o manuales de la literatura española. Las autoras carecían de prestigio intelectual, su formación era por lo general autodidacta, ajena a los circuitos culturales del poder, y por ello poco fiable, y su ámbito de intereses (por ejemplo, la noción de identidad femenina o el escribir sobre el universo doméstico) carente de reconocimiento y de prestigio. Es un tema de sobra conocido y estudiado, y que ahora resumo brutalmente, pero nos conviene pensar en él pues ilustra muy bien la raíz del concepto de canon.

¿De dónde surge la idea de canon, revitalizada por Harold Bloom en los años noventa del siglo pasado como camino de regreso a las grandes obras, a los talentos fuertes que marcaron la tradición occidental? Su origen es bíblico y, de igual modo que ocurre con los textos sagrados, la canonización literaria funciona como una categoría de poder:

> Un texto es canónico, afirma Gerald L. Burns, no en virtud de ser definitivo y correcto y de formar parte de un catálogo oficial, sino porque se vuelve vinculante para un grupo de gente. El propósito principal de la admisión en el canon es garantizar la autoridad de un texto no tanto respecto a sus orígenes, sino frente a posibles competidores en cierto campo [...] Desde un punto de vista hermenéutico el objeto de la canonización es el poder.[1]

Es decir, que tan importante como integrar un texto en la tradición literaria es que dicho texto sirva para prescindir de otros que se hallan en unas condiciones similares de creación. Los privilegios y el poder asociado a la canonización podemos apreciarlos cuando pensamos que algo es una obra de arte. La consideración de una obra creativa como arte posibilita la inclusión de la misma en un catálogo o en una antología, por ejemplo, y significa que a la obra se adhieren por ello ciertos valores, significados y modos de ser. En el límite puede conllevar su aceptación acrítica por parte de quienes, al no ser expertos en la materia, reciben el canon como la única opción posible.

Si se incluye la novela *El obispo leproso*, de Gabriel Miró, como parte del canon literario español, como así ocurre, es difícil cuestionar este criterio sin tener un conocimiento profundo de la literatura de los años veinte en España. ¿Qué pasa cuando uno lee *La esfinge maragata* de Concha Espina, escritora contemporánea de Miró y con calidades literarias similares? ¿Por qué Miró sí y, sin embargo, Espina no? Ahí, en este simple ejemplo, podemos ver claramente la cantidad de consecuencias prácticas que genera el hecho de pertenecer al canon o quedar fuera de él. Consecuencias de tipo social, cultural, económico y pedagógico, por no mencionar también las consecuencias políticas que toda selección lleva consigo. Porque la canonización simplemente hace que una obra se vuelva visible y permanezca en un tiempo que va más allá de la vida de su autor. Recibe un marco conceptual y, aunque pueda pensarse que encajando en un marco se corre el peligro del encasillamiento y la pe-

1 «Canon and Power in the Hebrew Scriptures», en R. von HALLBERG (ed.), *Canons*, Chicago, Chicago University Press, 1984, p. 81.

trificación, lo cierto es que se garantiza su vigencia y su capacidad para despertar la admiración y la estima, incluso la crítica.

Porque figurar en el canon es como decirle al lector: «He aquí algo que debe disfrutarse como objeto estético, si es que estás preparado para ello». Si lo estás, el esfuerzo se verá recompensado, o al menos se supone que lo será. De hecho, si después el lector no experimenta el «placer» anunciado entiende que el problema es suyo, nunca del canon. El canon viene a ser el grano separado de la paja, como sugiere George Landow[2], el afortunado superviviente entre el mar de textos acumulados con el correr de los siglos, con todos los privilegios que conlleva el mero criterio de verse elegido. ¿Y quién quiere estar del lado de la paja?

Por fortuna para todos, la creencia de que el estudio de la literatura es el estudio de un ente estable y bien definido podemos abandonarla por quimérica. De hecho, está más que abandonada. En los últimos años asistimos a una persistente impugnación del canon, a la búsqueda de nuevas y más justas posibilidades de representatividad. Con estas consideraciones no quiero decir que tengamos que prescindir de la noción de canon. Es un principio de orden imprescindible si queremos evitar la entropía que generaría el tener que enfrentarse a una masa ingente e indiscriminada de textos. Todos los esfuerzos deberían ser pocos para preservar, admirar y emular la calidad porque de ella depende que la mera noción de canon tenga sentido. Prescindir de él no nos daría más libertad, sino más confusión, lo que no significa que no debamos reflexionar permanentemente sobre él y las muchas limitaciones e inercias que lo acompañan. Diría que, más o menos, nos hallamos en este punto revisionista, no destructivo.

Y es en este contexto revisionista que propongo la reflexión sobre la ausencia de un canon biográfico que permita tomar algunas obras como referencia de la evolución del género en la cultura española. A pesar de cuánto se ha desarrollado la biografía en España en los últimos años, su situación sigue alimentando un régimen de dos velocidades (como lo define François Dosse, en relación a lo que ocurre en suelo

2 En un magnífico capítulo de su libro *Hipertexto 3.0. La teoria crítica y los nuevos medios en una época de globalización* (2006), titulado «Reconfigurar la educación literaria», Barcelona, Paidós, 2009, p. 362.

francés[3]): goza de buena salud y popularidad entre los lectores y en las mesas de novedades, pero sigue siendo la gran ausente no solo de los programas escolares y universitarios sino de las más plurales formas del prestigio cultural. Si bien los géneros autobiográficos están en proceso de incorporación al canon y su presencia en manuales de literatura, monografías y congresos académicos ha experimentado un auge notable desde los años 90, la biografía todavía mantiene un perfil bajo y una idea general sobre el género que la asocia a los productos más comerciales de la historia o de la literatura. La aceptación de la biografía ha ido acompañada del rescate de algunos textos españoles valiosos[4]. Sin embargo, se abre paso con muchas dificultades en el mundo académico, apenas se generan discusiones teóricas sobre las metodologías utilizadas o los avances historiográficos que permitan mejorar la calidad de los primeros modelos establecidos, con excepciones, como unidades de investigación centradas precisamente en dinamizar los estudios biográficos[5]. ¿Hay razones para mantener la biografía al margen del sistema educativo? ¿Acaso no hay obras que merezcan el reconocimiento académico? Veamos.

2.

Escribe John Lewis Gaddis que tal vez el aspecto más interesante que puede ofrecer una biografía no es tanto el relato de una andadura vital (elemento, por supuesto, indispensable) como tratar de determinar por qué el biografiado hizo lo que hizo y vivió lo que vivió[6]. Eso requie-

3 François DOSSE, *La apuesta biográfica. Escribir una vida* (2005), Valencia, Universitat de València, 2007, p. 19.

4 Subrayemos la labor de Libros del Asteroide en su rescate de textos biográficos valiosos, como la versión castellana de *Vida de Manolo*, escrita originalmente en catalán por Josep PLA (ed. y trad. de Jordi Amat, 2008) o *Juan Belmonte, matador de toros, su vida y sus hazañas*, de Manuel CHAVES NOGALES (publicada originalmente en 1935), sin duda, una de las mejores biografías escritas en castellano. Ambos libros funden la voz del biógrafo con la del biografiado, de modo que los recuerdos de los protagonistas afloran con la mayor naturalidad, sin que el lector pueda saber el grado de artificio que supone el resultado.

5 Cito dos, ambas con aportaciones notables: la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), dirigida por Isabel Burdiel (Universidad de Valencia), y la Unidad de Estudios Biográficos (UEB), con sede en la Universidad de Barcelona.

6 John Lewis GADDIS, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, Anagrama, 2002.

re no solo manejar con solvencia aquellas «estructuras supervivientes» del pasado, que permitan reconstruirlo verazmente, sino recuperar en lo posible los procesos mentales de aquel, al margen de que haya sido consciente, o no, de los mismos.

En la misma línea está la profesora Isabel Burdiel, quien en diferentes ocasiones[7] ha expuesto su convicción de que el debate principal que plantea la biografía no es la relación entre historia y ficción, sino la tensión entre individuo y sociedad. Es decir, la escritura biográfica planteada como la necesidad de suturar la brecha entre los actos, la conciencia y la subconsciencia —opinión, hay que decirlo, en la que no todos los biógrafos y estudiosos del género estamos de acuerdo—. Pero eso es lo que hace de la biografía una empresa tan intimidante, al tiempo que necesariamente humilde: pocas escrituras requieren poner en solfa tantos elementos dispares y con tal riesgo de caer en el error.

La palabra clave es metodología. Y también ha sido el principal escollo al que se ha enfrentado la biografía española, ausente de los debates teóricos y refugiada *in hilo tempore* en el estrecho molde cognitivo que proporciona la erudición. Como si sus autores estuvieran siempre más preocupados por el escrutinio histórico-filológico de los documentos y las fuentes, por contestar a este o aquel colega, por exhibir tal o cual documento inédito, que por responder a la prioridad del biógrafo, que no es más que iluminar una vida humana a la luz del conocimiento que pueda obtenerse de ella.Por lo general, el lector queda bloqueado en las aguas pantanosas de disquisiciones eruditas que a ningún puerto comprensible conducen. Se sabe lo que se ha hecho mal porque el biógrafo reprende a unos y a otros, desbarata leyendas, exhuma fósiles documentales, acumula datos, por si con todo ello algún día alguien se ve con fuerzas para dotarlos de vida y explicarnos quién fue aquel individuo que tantos desvelos ha causado (pienso en los trabajos de Rafael Montesinos sobre Bécquer).

Pero ¿dónde está ese alguien? ¿Cómo podemos convencerlo de la necesidad de su trabajo? Esta forma de proceder se ha hecho particularmente irritante en el caso, difícil caso, de Cervantes pues en la mayoría de las biografías —y son legión— el lector está obligado a

7 Léase su prólogo, «La dama de blanco», al volumen colectivo *Liberales, agitadores y conspiradores*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000. Idea expuesta, asimismo, en Isabel BURDIEL, *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005.

sortear las continuas disquisiciones eruditas, la disputa sobre la veracidad de tal o cual acontecimiento o manuscrito para llegar a un comentario iluminador, a una frase asertiva que le conduzca hasta el pasado. El resultado suele dejar la cabeza caliente y pocas oportunidades a la sedimentación de un posible acercamiento al personaje. Mi tesis es que la pasión erudita encubre problemas de más calado, como es la falta de libertad y el freno al movimiento de individualización que se produce en Europa a partir del Renacimiento. En caso contrario ¿cómo explicar el hiato que se produce entre el 1500 y el 1600 en relación a la biografía?

De la escuela humanista española salieron pioneros relatos de vida, como el Lazarillo, el *Libro de la Vida* de Santa Teresa, el *Diario espiritual* y la *Autobiografía* de Ignacio de Loyola o, en otro sentido, las semblanzas biográficas escritas por Fernán Pérez de Guzmán y Hernando de Pulgar, ambos en la estela de las *Vidas* plutarquescas. Pero esta incipiente cultura biográfica que en el Renacimiento conecta con el deseo de rastrear la vida humana con vistas a una reflexión, quedaría interrumpida por la Contrarreforma católica, sofocándose progresivamente la escritura centrada en el Yo, espacio infestado de peligros y ocasiones para acabar en un calabozo.

Detengámonos brevemente en los dos cronistas del reinado de Juan II y de su hijo Enrique IV para subrayar su importancia en la creación de un nuevo género. Pérez de Guzmán (1376-1460) debe su fama como biógrafo a su obra *Generaciones y semblanzas*, incluida a continuación de *Mar de historias*. Si este primer libro es una refundición de escritos anteriores donde los personajes históricos se mezclan con otros fantásticos (aunque considerados en su tiempo como reales) es en *Generaciones y semblanzas* donde construye la primera colección de biografías breves de la historiografía española, inspirada en personajes conocidos y minuciosamente observados por él y de los cuales traza una silueta, reparando en aquellos rasgos que le parecen más perniciosos, esto es, la codicia, la avaricia y la lujuria.

Escribe Pérez de Guzmán, en su *Crónica de Juan II*, que su obra se inspira en Plutarco, Suetonio, Diógenes de Laercio, Tito Livio y en todos aquellos autores que «dieron exemplo en todos los que después vinieron para virtuosamente vivir, e saberse guardar de los peligrosos casos de la fortuna, porque a todo Príncipe le conviene mucho leer los hechos pasados para ordenanza de los presentes e providencia de los

venideros»[8]. Aunque la referencia no convenciera a Menéndez y Pelayo, quien opinaría que no había tal imitación directa de Plutarco o Suetonio: «más bien recuerda Fernán Pérez algunos rasgos de la manera seca y rígida de Salustio, a quien tenía muy estudiado, así como en otros se adivina la amarga profundidad de Tácito, a quien no podía conocer»[9]. No me parece justo el severo juicio de Menéndez y Pelayo porque la descripción de los rasgos físicos se combina innovadoramente con la de rasgos morales o psicológicos, los vicios se mezclan con las virtudes para ofrecer un retrato vivo y matizado de los mismos. El espíritu de toda una época se manifiesta con actualidad palpitante, observaría posteriormente Juan Luis Alborg[10], y ello es perceptible, por ejemplo, en la preocupación mostrada por el linaje de sus personajes.

El caso de Pulgar, consejero de Estado, secretario y cronista de los reyes Isabel y Fernando, se explica, al igual que el de Pérez de Guzmán, por el magnífico empuje que los reinados de Juan II e Isabel *la Católica* dieron a los hombres (y mujeres, en el caso de la reina Isabel) de letras, en la línea de una nueva sensibilidad más acorde con la equilibrada imitación de los clásicos. Fue el momento, pues, de recuperar el anciano modelo biográfico adaptándolo a su tiempo. Hernando de Pulgar seguiría la línea iniciada por Pérez de Guzmán escribiendo su *Libro de los Claros Varones de Castilla* (1486), veinticuatro retratos de personajes famosos de la corte de Enrique IV (hijo de Juan II y hermano de la futura reina Isabel). La influencia, al menos teórica, de Plutarco se reconoce de nuevo en el prólogo al ubicarse su autor bajo el paraguas de aquel al justificar la índole de su relato. Lo importante es que tampoco aquí se trata de un ejercicio retórico y al igual que ocurría con Pérez de Guzmán, Hernando de Pulgar considera los méritos y defectos de sus personajes. Su objetivo se funda en dar a conocer los rasgos más destacados de varones que sin duda ejercían un gran atractivo, teniendo en cuenta sus ambivalencias y su complejidad. Ambos huyen de la hagiografía aunque buscan, de algún modo, la ejemplaridad o la lección moral[11].

8 Cito por la edición de Lorenzo Galíndez de Carvajal, Valencia, Imprenta de Benito Monfort, 1779.

9 Marcelino MENÉNDEZ Y PELAYO, *Poetas de la corte de don Juan II*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, col. Austral, 1946, p. 62.

10 Juan Luis ALBORG, *Historia de la literatura española*, vol. I, Madrid, Gredos, 1975, pp. 478 y ss.

11 La mejor definición de sus *claros varones* la proporciona Hernando de Pulgar en el capítulo XVII, cuando los propone como ejemplo frente a otros casos de tiranía

Es evidente que la historiografía del siglo XVI es buena prueba de la importancia adquirida por el *hombre* al calor de las nuevas corrientes humanistas. Pero esa corriente se contrajo debido a la Contrarreforma religiosa que no solo aisló a España del contexto europeo sino que potenció unas formas estéticas que nos condujeron a una radical separación del arte y la vida. ¿Cómo escribir sobre la vida con verdad sintiendo permanentemente en la nuca el aliento fétido de la sospecha inquisitorial? La búsqueda de la verdad humana se transformó en la creencia en un destino providencial, ajustado a cal y canto a un dogma represivo.

Baste comparar los relatos de Hernán del Pulgar con la breve biografía encomiástica escrita por una mujer, Ana de Castro Egas, a la muerte de Felipe III, monarca a quien, al parecer, Ana de Castro conocía bien[12]. Desposeído de contraluces, la somera biografía (ocupan más páginas los poemas laudatorios dedicados a la autora, incluido un prólogo de Quevedo, que el texto en sí) se construye en torno a los sentimientos piadosos de un monarca falto de energía que poco pudo aportar a la nación española, como no sea que con él dio comienzo el periodo de su decadencia política y económica. La tesis cristalizaría a principios del siglo XIX, en los primeros escritos sobre la historia de España de William Prescott y George Ticknor. Ambos compartieron la convicción de que la Contrarreforma y el absolutismo monárquico impuesto por Felipe II y sus sucesores marcaron un hiato decisivo en el alejamiento español del mundo moderno:

> [...] doblada bajo el ala oscura de la Inquisición, España se cerró a la luz que en el siglo XVI amaneció para el resto de Europa, estimulando a las

política o de menor ambición, porque ellos «con prudencia y diligencia, con justicia y con clemencia, ganando el amor de los suyos, y siendo el terror de los extraños, gobernaron huestes, ordenaron batallas, vencieron a los enemigos, ganaron tierras ajenas y defendieron las suyas. Yo por cierto no vi en mis tiempos, ni leí que en los pasados viniesen tantos caballeros de otros reinos y tierras extrañas a estos vuestros reinos de Castilla y León [el libro está dedicado a la reina Isabel] para hacer armas a todo trance como vi que fueron caballeros de Castilla a buscarlas a otras partes de la Cristiandad» (p. 105 de la edición de 1789 por la que cito).
Un trabajo de Nicolás del CASTILLO MATHIEU ahonda en la comparación entre ambas obras: «Breve análisis de las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán. Pérez de Guzmán y Fernando del Pulgar», en *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXXIII, núm. 3 (1978), pp. 422-445.

12 Ana de CASTRO EGAS, *Eternidad del rey don Felipe III, el Piadoso. Discurso de su vida y santas costumbres*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1629.

naciones a mayores empresas en cada parcela del saber. El genio del pueblo fue reprimido, su espíritu tronchado, bajo la influencia maligna de un ojo que jamás se cerraba, de un brazo invisible siempre alzado para el golpe. ¿Cómo podía haber libertad de pensamiento donde no había libertad de expresión? ¿O libertad de expresión donde tan peligroso era decir demasiado como demasiado poco? La libertad no puede congeniar con el miedo. En todos los sentidos, el espíritu español estaba encadenado.[13]

El juicio, sin embargo, serviría al historiador Richard Kagan como ejemplo del, definido por él mismo, «paradigma de Prescott», es decir, una manera de entender España, por parte de Prescott o Ticknor, por oposición a los Estados Unidos. Su tesis implícita era que un mundo se hundió mientras otro, más libre e igualitario, nacía en los confines del mismo Imperio. Más adelante, el escritor Juan Goytisolo construiría, asimismo, una atractiva teoría fundada en la disidencia moral, contra la cultura católica y en favor de los modelos heterodoxos rechazados por ella.

Un enorme éxito de su tiempo fue la primera biografía de Cervantes escrita por el polígrafo valenciano Gregorio Mayáns y Siscar, por encargo de lord Carteret quien, entusiasmado con la obra del escritor complutense, se decidió a financiar el proyecto de publicar en Inglaterra la primera edición íntegra del *Quijote*, acompañándola (a la manera inglesa de proceder) de un relato biográfico. *La Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* apareció en 1737, un año antes de que lo hicieran los cuatro volúmenes del *Quijote*. No había llegado todavía la hora de la investigación en archivos y Mayáns, consciente de las muchas lagunas que contenía su encargo, consideró modestamente su trabajo como *unos apuntamientos*: «Mi fin solo ha sido —confiesa al terminar la obra— obedecer a quien debía el obsequio de recoger algunos apuntamientos para que otro los ordene y escriba con la felicidad de estilo que merece el sujeto de que tratan». Un comentario que se tomó al pie de la letra, de modo que han sido cuantiosos los nombres que quisieron en el futuro recoger el guante y *ordenar y escribir con felicidad de estilo* la vida de Cervantes. En todo caso, su importancia como biógrafo es decisiva, sobre todo al vislumbrar la trascendencia moral y filosófica del *Quijote* o la maestría de sus *Novelas Ejemplares*, o al trazar por primera vez las luces y sombras de su oscura vida.

13 William H. PRESCOTT, *History of the Reign of Philip the Second*, 3 vols., Boston, Phillips, Sampson, and Company, 1885, vol. II, p. 446. Citado por Richard KAGAN en «El paradigma de Prescott: la historiografía norteamericana y la decadencia de España», en *Manuscrits*, 16 (1995), pp. 229-253.

Su trabajo no estaba exento de errores, después ampliamente subrayados por los cervantistas (Mayáns creyó, por ejemplo, que Cervantes nació en Madrid, y equivocó asimismo la fecha de nacimiento, pero fijó, sin embargo, la de su muerte). Cuestiones lógicas tratándose: a) de una biografía de nueva planta, cuyo esfuerzo, rompiendo muchas veces la cadena de prejuicios, obstrucciones y silencios, no es comparable con la de posibles sucesores, pues estos siempre dispondrán de un molde sobre el que pronunciarse y a su vez completar; y b) al contrario de lo ocurrido con otros autores como Lope de Vega, Quevedo o Calderón, que dispusieron de tempranos biógrafos —Juan Pérez de Montalván (*Fama póstuma de Lope*, 1636), Pablo Antonio de Tarsia[14] (*Vida de don Francisco de Quevedo Villegas*, 1663) y Juan de Vera Tassis (editor de la obra completa de Calderón)—, capaces de recoger las valiosas noticias que solo una persona allegada o próxima puede conocer y está en disposición de transmitir, Cervantes no tuvo a nadie que lo hiciera y los misterios que encierra su vida se perdieron para siempre. Merece subrayarse que la primera biografía de Cervantes se escriba por la iniciativa de un aristócrata británico.

Un ambicioso proyecto biográfico merece asimismo ser rescatado y es el del ilustrado y liberal Manuel José Quintana (1772-1857), autor de unas admirables *Vidas de españoles célebres* que quedaron interrumpidas a causa, primero, de la invasión napoleónica y de su participación activa en la sublevación antibonapartista y, luego, por la persecución política de la que fue víctima con Fernando VII. El proyecto inicial tenía un alcance enciclopédico: cinco volúmenes que, desde el Cid hasta el conde-duque de Olivares, debían incluir la peripecia vital y humana de los principales estadistas, literatos y hombres eminentes que había tenido la nación española. El espíritu patriótico que inspira a Quintana la confección de la obra resulta evidente, pero sobresale el impulso moral, el deseo de dotar a la nación española de figuras admirables, equiparables a las existentes en otras naciones europeas e igualmente inspiradas en los personajes más señalados del pasado.

Sin embargo, solo el primero de los cinco volúmenes planeados respondió al propósito inicial del proyecto. Se publicó en 1807 e incluía

14 El abad napolitano no llegó a conocer a Quevedo. Decidió escribir su biografía a partir de la documentación hallada en la casa del poeta, La Torre de Juan Abad, aunque la pretensión de Tarsia no era el rigor sino, más bien, la creación de un arquetipo heroico a partir de los hechos.

cinco biografías fundacionales (*el Cid*, Guzmán *el Bueno*, Roger de Lluria, Gonzalo de Córdoba y el príncipe de Viana), todas dominadas por un halo de fatalidad al que el propio Quintana se sentía inclinado. A raíz de su excarcelamiento en 1820, después de seis años preso en la ciudadela de Pamplona, Quintana colaboró intensamente con los liberales en el llamado Trienio Liberal, pero aquel proyecto político también fracasó y el escritor se vio desposeído de nuevo de todos sus cargos y honores. Se refugió en casa de unos familiares paternos en Badajoz, pues tenía prohibido vivir en Madrid, y fue allí donde escribió sus dolidas y conmovedoras cartas a lord Holland[15], irritado por la actitud de recelo mantenida por el Gobierno inglés ante los liberales españoles y con el propósito de analizar minuciosamente las causas del fallido proceso de recuperación constitucional. Quintana recurre a su amigo, un hispanófilo entusiasta, para ello y sus cartas, escritas entre 1823 y 1824, constituyen un documento valiosísimo para conocer de primera mano la historia de aquel convulso periodo que, para Quintana, se abre con la subida al trono de Carlos IV, un rey indolente e incapaz de mantener viva la herencia ilustrada de su padre y que, en 1824, nadie sabía cómo podía terminar.

Después, aquel hombre de letras se centraría en proseguir, desde su destierro, con su proyecto biográfico, a pesar de todas las dificultades. El hecho de vivir lejos de archivos y bibliotecas, y de haber perdido en 1808 buena parte de sus borradores no fue motivo suficiente para arredrarlo y la correspondencia con el bibliófilo navarro afincado en Madrid, Antonio Uguina[16], da cuenta de sus esfuerzos para combatir la penuria bibliográfica, solicitando obras y manuscritos que le eran imprescindibles. Quintana gustaba de comprar cuantos estaban a su alcance, siempre haciendo un gran esfuerzo económico. De la correspondencia mantenida con Uguina se desprende que fue la biografía de fray Bartolomé la que, en ese periodo de su vida, le causó más problemas:

> Casas, entretanto, descansa en su borrador; el cual no saldrá del estado informe que ahora tiene sino cuando pueda por mí mismo recoger, en las obras de aquel hombre singular, los rasgos que me faltan para acabar de retratarle con seguridad. Esto, por lo visto, o no podrá ser nunca, o será

15 Hay una edición reciente: Manuel José QUINTANA, *Cartas a lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, Sevilla, Alfar, 2010.

16 *Epistolario inédito del poeta D. Manuel José Quintana*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1933.

> tarde, y aunque no me pesa de haber empleado mi tiempo en un objeto de tanto interés, siempre me amarga el no poder perfeccionar mi trabajo en el grado y forma que debiera. Paciencia.[17]

Los problemas no estaban solo relacionados con la documentación, sino con el punto de vista que debía adoptar Quintana —un escritor con un hondo sentido patriótico— ante una figura tan polémica y acusadora de la labor española como empresa colonizadora:

> No extrañe V. que, a, veces, me deje poseer del desaliento. La falta de auxilios, la falta de trato y comunicaciones, quitan la confianza de trabajar con acierto; y, aun cuando éste se consiguiese, ¿cómo imprimir después? Las cosas de América son, sin duda, interesantes en la actualidad; pero nunca más delicadas y espinosas de tratarse, principalmente si se consideran por su aspecto moral. Absolutamente hablando, puede prescindirse de éste en las Vidas de Balboa, Pizarro y Hernán Cortés; ¿pero de qué manera desentenderse de él en la de Casas?

Lo cierto es que consiguió sacar adelante las cuatro biografías que tenía más o menos hilvanadas antes de 1808; se publicarían entre 1830 y 1833[18], y estaban dedicadas a Francisco Pizarro, Núñez de Balboa, Álvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas (Quintana optaría por suavizar las críticas del dominico a la Corona). Por el camino quedó la de Hernán Cortés e inacabada la del Gran Duque de Alba[19], aunque sí consiguió reescribir su juvenil opúsculo sobre Cervantes, pensado para la edición de *Don Quijote* hecha en la imprenta Real en 1797. Cuando lo redactó no se habían publicado todavía las aportaciones hechas por dos biógrafos cervantinos, Juan Antonio Pellicer y Martín Fernández de Navarrete[20]. De modo que el sentido del deber le impuso rehacer su texto a la luz de los nuevos materiales.

17 Cartas del 7 de mayo y del 3 de junio de 1827, respectivamente. Se ha actualizado la ortografía.

18 Hubo una nueva edición de las *Vidas de españoles célebres*, revisada y ampliada por el propio Quintana: París, Baudry, 1845.

19 Publicada en *Obras inéditas de D. Manuel José Quintana*, Madrid, Medina y Navarro, 1872. No nos cabe duda de que el padre Bartolomé de las Casas, uno de los inspiradores de la divulgada leyenda negra española, merecía para Quintana un gran interés.

20 En 1800 y 1819, respectivamente. De la biografía de Fernández Navarrete diría Luis Astrana Marín, siguiendo a Ramón León Máinez, que fue «la primera biografía extensa asentada sobre rigurosas bases científicas, y no tuvo después superación en este punto concreto», aunque adoleciera de una desconcertante estructura narrativa (en el prólogo de Luis ASTRANA, *Vida ejemplar y heroica de don Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Editorial Reus, 1948).

Su *Vida de Cervantes*, prácticamente un nuevo texto, apareció en 1852[21], pocos años antes de su muerte, pero ya no pudo formar parte de sus *Vidas de españoles célebres*. Sí se ubicó en la efervescencia de los estudios biográficos cervantinos que se produjo a lo largo del siglo XIX. Desde la biografía de Pellicer en 1800 hasta la publicada por Francisco Navarro Ledesma en 1905[22], el conocimiento de la figura de Cervantes fue adquiriendo matices y profundidad con cada una de las aportaciones y podría considerarse al autor del *Quijote* como el epicentro literario del biografismo hispánico, piedra de toque de cuantos filólogos y bibliófilos se han sentido atraídos por la cultura española de los Siglos de Oro.

Ricardo Baeza, imbuido de las nuevas ideas sobre el género que latían en el siglo XX, calificaría las *Vidas de españoles célebres* de Quintana de obra *pétrea*[23] y exenta de interés para el gran público, pero considero excesivo el calificativo. Es indudable que el estilo pulcro y académico de Quintana está a años luz de la vivacidad narrativa de otras biografías europeas contemporáneas, pero es del mayor interés subrayar las aportaciones metodológicas que hace el último de los ilustrados españoles al género. En primer lugar, incluye las fuentes consultadas en cada caso, manejando a menudo documentación inédita, fruto de su propia investigación y de sus adquisiciones, e incluida en los apéndices a cada volumen. Y en segundo lugar, Quintana tiene la voluntad de dotar a sus biografiados de un sentido existencial. No se trata de una acumulación de datos eruditos, sino que hay un claro deseo de construir una personalidad, los rasgos de un carácter, dilucidando su papel en la Historia e incluyendo amargas referencias a su propio presente. Solo conociendo las circunstancias en las que escribe Quintana sus *Vidas* puede comprenderse el alcance de sus sombríos juicios sobre las difíciles circunstancias que le tocó vivir y el diálogo pasado-presente que sutilmente

21 La editó Rivadeneyra en su Biblioteca de Autores Españoles y es de notar que el hecho de publicar la obra de un autor contemporáneo rompía, por primera vez, el trazado de la BAE de reimprimir cuantas obras clásicas se habían publicado desde la formación del castellano hasta el siglo XVIII. Romper la regla con Quintana, como se hizo, nos da una idea del prestigio alcanzado por el escritor durante el reinado de Isabel II, de la cual fue preceptor.

22 Citemos algunos nombres: De Launey, Simon Auger, Diego Clemencín, José Mor de Fuentes, Thomas Roscoe, Louis Viardot, William Prescott, José de la Revilla, Giovacchino Mugnoz, etc.

23 «¿Qué podría decirse, que fuera en bien, de las pétreas *Vidas* de Quintana?», en «El nuevo arte biográfico», *El Sol*, 29 de abril de 1927.

se establece, pero sobre todo la intencionalidad patriótica y el empuje moral que tenía su proyecto.

Ahora bien, un aspecto, ya señalado por el cervantista Ramón León Máinez y otros, viene a empañar los certeros juicios que adopta Quintana en torno a la biografía y es su convicción de que en las biografías solo deben acogerse los hechos favorables, silenciando las debilidades que el biografiado pudiera tener. En su opinión, la afanosa actitud que, por ejemplo, mostraban tantos eruditos cervantistas a la búsqueda de documentos (léase Pellicer, a quien iba dirigido concretamente el reproche) era nefasta. Más valdría, dijo, poder averiguar un dato o un indicio que nos diese idea de la semblanza moral y del carácter íntimo del escritor, que haber sabido las gallinas que le llevó su mujer como dote. «Asustaba a Quintana la verdad histórica», comentaría Luis Astrana Marín. Pero quien primero discutió esta moralista actitud ante la biografía fue Máinez:

> Ningún documento, ningún indicio, ningún apunte, ningún rastro, por insignificante que sea, puede echarse a un lado ni ser mirado con menosprecio, al hablar de los varones insignes. Todos sirven, todos valen y representan mucho para conocer mejor sus actos y penetrar mejor en las profundidades de su vida particular y pública.[24]

3.

Hay un periodo especialmente fecundo para la escritura biográfica, vinculado a la figura de Ortega y Gasset, y que lógicamente ha concentrado las principales aportaciones académicas[25]. Y es que Ortega luchó con energía contra ese déficit biográfico, combatiéndolo en el campo de la filosofía, al que pertenecía, con su desarrollo de la «razón vital» y en

24 En «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra», publicada al frente de la impresión del *Quijote* hecha en Cádiz (La Mercantil, 1876). Cita en p. 65.

25 Son imprescindibles, y a su vez complementarios, los trabajos de Enrique SERRANO ASENJO, *Vidas oblicuas: Aspectos teóricos de la nueva biografía en España*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2002; y el de Jordi AMAT FUSTÉ: «La "nueva biografía" en España (1928). La vida de Goya interpretada por Ramón Gómez de la Serna y Eugenio D'Ors», trabajo de investigación dirigido por Anna Caballé, Barcelona, 2003 (inédito). El primero analiza las ideas teóricas que caracterizaron aquella precoz e interrupta escuela biográfica y lo hace de forma exhaustiva, mientras que Amat Fusté se centra en el análisis comparativo de concepciones biográficas y metodologías a partir de varias obras suscitadas por un mismo personaje, Francisco de Goya.

el campo editorial estimulando la escritura autobiográfica a través de colecciones[26], con reseñas de libros en la *Revista de Occidente* y encargos que él mismo solicitaba a sus discípulos y colaboradores: Antonio Espina, Antonio Marichalar, Benjamín Jarnés y Juan Chabás fueron algunos de los nombres, sin olvidar al propio Ortega, a Gómez de la Serna y a Eugeni d'Ors, todos ellos autores de interesantes ensayos sobre la teoría y la praxis biográfica.

Algunos de ellos se disputarían, incluso, haber sido los primeros en reconocer sus méritos. Por ejemplo, Gómez de la Serna cuando reúne, en 1941, los prólogos antepuestos a las traducciones de autores publicados a principios de siglo afirma: «Cuando la biografía aún no se había puesto de moda —allá por 1916—, yo ya encabezaba con largas y cordiales biografías, a mi manera, las obras de Ruskin, de Baudelaire, de Villiers, de Nerval, de Oscar Wilde, etc.»[27]. A su manera significa que sus aportaciones estaban a caballo entre el retrato y el ensayismo biográfico. Una labor interesante pero carente de las labores de investigación y desarrollo que requiere la biografía para no confundirse con formas menores de su quehacer, como el retrato o la semblanza.

En todo caso, y más allá de Ortega, Ramón Gómez de la Serna, Antonio Marichalar y otros, el impulso que se dio al género en España a principios de siglo coincidía con la renovación que experimentaba la biografía como género literario en Europa. Un fenómeno en el que, como señala Jordi Amat[28], se implicaron los principales agentes culturales: los escritores encontraron en la narración de vidas reales una forma viable de profesionalización; las editoriales tradujeron biografías y crearon colecciones especializadas; la crítica reflexionó sobre sus mecanismos de funcionamiento y los lectores se multiplicaron. No podemos entretenernos aquí en las razones del éxito de lo que conocemos como la «nueva biografía». Fueron múltiples, como señala Amat: históricas, sociales, estéticas y epistemológicas.

26 La colección «Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX», lanzada por la editorial Espasa Calpe en 1929, publicaría en menos de 10 años casi sesenta títulos. Véase el artículo de Jessica CÁLIZ, «La renovación biográfica de las *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*», en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, vol. 32, 2014; y antes otros valiosos trabajos de Ana Rodríguez-Fisher, Domingo Ródenas y el fundamental de Serrano Asenjo.

27 Citado por AMAT FUSTÉ, «La "nueva biografía"…, 2003, p. 63.

28 Ibíd., pp. 33 y ss.

La masacre causada por la Primera Guerra Mundial intensificó la conciencia de la fugacidad de la vida y motivó una inmensa inquietud por «conocer el misterio de la grandeza de los grandes hombres», en palabras del novelista menorquín Mario Verdaguer y sobre cuyo fenómeno —el biografismo que invadió Europa tras la Primera Guerra Mundial— el profesor Soria Ortega escribió un temprano artículo[29]. La catástrofe bélica también ocasionó, según Stefan Zweig, una «revolución colosal», al precipitar la pérdida de la fe en la infalibilidad de la autoridad, lo que supuso el desmoronamiento en la moral europea que había gobernado las vidas hasta entonces. Esta rebelión colectiva contra la autoridad y las jerarquías morales creció en paralelo al auge de las masas. Unas masas que fueron analizadas críticamente por los intelectuales (Spengler, Ortega), cuyas propuestas aspiraban a recuperar el valor del individuo singular, la intimidad del cual podía, por fin, analizarse gracias a las aportaciones de las nuevas teorías freudianas. El terreno, en definitiva, parecía abonado para que se asentara una «Escuela de Plutarcos» (por decirlo en palabras del crítico Antonio Marichalar) y a ella se refiere el estudio de Manuel Pulido Mendoza, aunque ciñéndose al fenómeno del biografismo desde una perspectiva meramente editorial[30].

El fenómeno europeo se seguía con el mayor interés: en la primavera de 1927 Ricardo Baeza, artífice del éxito de Emil Ludwig —el principal impulsor de la biografía novelada— en castellano[31], publicó cuatro importantes artículos sobre la biografía en las páginas de *El Sol*, donde escribía habitualmente, abriéndolos con una noticia: dos casas editoriales francesas (Plon y la *Nouvelle Revue Française*) habían emprendido la publicación de sendas colecciones de biografías, tanto nacionales como

29 Andrés SORIA ORTEGA, «El biografismo y las biografías: Aspectos y perspectivas», en *1616. Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, I, Madrid, Cátedra, 1978, pp. 173-188.

30 Manuel PULIDO MENDOZA, *Plutarco de moda. La biografía moderna en España (1900-1950)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura & Universidad de Extremadura, 2009. El libro de Pulido Mendoza explora lo ya dicho por Luis FERNÁNDEZ CIFUENTES en su *Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República*, Madrid, Gredos, 1982; y es que la eclosión de la biografía en los años 20 puede interpretarse como una salida posible al colapso sufrido por la narrativa.

31 De Ludwig tradujo: *Julio 1914* (1929), *Vida de Jesús* (1930), *Vida del Kaiser Guillermo II* (1931), *Lincoln* (1931), *Napoleón* (1931) —esta última, el mayor éxito de Ludwig, solo en castellano la editorial Juventud hizo más de veinte ediciones—, *Goethe* (1932) y *Genio y carácter* (1932). Las fechas indicadas entre paréntesis corresponden al año de publicación en castellano.

extranjeras, y los textos habían sido encargados, fundamentalmente, a escritores. No cabe duda de que el éxito obtenido por André Maurois con su biografía de Shelley, *Ariel* (1923), había sido una llamada de atención para los franceses sobre su relativo descuido del género. Y también lo fue en el ámbito hispánico, como lo prueba la temprana biografía de Ángel Ganivet escrita por un joven Melchor Fernández Almagro, quien no duda en centrar en este género su ambición como historiador de la cultura[32].

A Baeza la noticia le sirve para reflexionar sobre dos cuestiones que le interesan: a) que la escritura biográfica se había dejado penetrar finalmente por la literatura y, por tanto, dispondría de un utillaje superior para abordar la totalidad de una vida humana desde nuevas y atractivas perspectivas. La autoría de la biografía, seguía Baeza, recaía por primera vez en el escritor y eso abría el futuro del género a nuevas metodologías, como así estaba ocurriendo, en efecto. Y b) subrayar la penuria biográfica de nuestro país, que Baeza atribuía al *individualismo racial*: «terriblemente individualista, el latino no ha conseguido interesarse en las vidas ajenas, como no fuera para considerarlas antagónicas y combatirlas»[33] (pero debería ser en una sociedad tan individualista como la que describe Baeza donde precisamente triunfara el culto al individuo… Ya sabemos por qué no ha sido así).

A este rechazo a la excepcionalidad ajena, que considera típicamente latino, el escritor hispano-cubano opone en el segundo de sus artículos el *culto a los héroes* (por decirlo con la expresión de Carlyle), practicado secularmente por los británicos: una actitud que había favorecido el desarrollo del género, cultivado ininterrumpidamente desde el Renacimiento. El resultado es que «nuestra historia espiritual, en su elemento realmente humano, nos es letra muerta, carente de fisonomías animadas. Están las obras, sí, pero amortecidas por todo lo que ignoramos de sus creadores».

La tesis de Baeza, ampliamente compartida en su tiempo por la escuela de Ortega, sería glosada meses después en otro artículo sobre el

32 Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Vida y obra de Ángel Ganivet*, Valencia, Sempere, 1925.

33 Ricardo BAEZA, «El nuevo arte biográfico», en *El Sol*, 29 de abril de 1927. Los tres artículos siguientes se publicaron a continuación: el 2 de mayo («El arte de la biografía en Inglaterra»), el 5 de mayo («Este florecimiento de la biografía») y el 7 de julio («Últimas consideraciones sobre el arte de la biografía»).

mismo tema, de Ramón Pérez de Ayala[34] y se prolongaría todavía en otro de Enrique Díez-Canedo, donde este apuntaba una idea interesante: la biografía tiene éxito y goza de popularidad porque sabe mantener vivo el aliento épico que los lectores buscan siempre en toda historia. La novela, por el contrario, con la explosión narrativa de la figura del antihéroe, ha dejado de interesarse por él[35], abandonando al público, siempre ávido de heroicidades, a su suerte. O, mejor dicho, ahí está la biografía tomando a su modo el relevo.

Aquella reducida generación plutarquista hace lo posible por avivar el fuego de la biografía escribiendo de ella con mucha frecuencia en las publicaciones culturales. Antonio Espina insistirá en que el género debe apoyarse:

> el auge del libro biográfico es un hecho beneficioso que debemos ayudar a sostener. Escritores, editores y público. Porque a todos, por bien distintos motivos, nos interesa. Sería conveniente que alguna editorial española se lanzase a publicar obras de esta clase.[36]

Hay que decir que, para entonces, la revista *La España Moderna* ya había lanzado una magnífica colección de biografías de «Personajes Ilustres», escritas fundamentalmente por autores españoles (Pardo Bazán, Octavio Picón, Asensio, Dorado Montero, Menéndez Pelayo, Valera, Campoamor, Fernández Guerra…) que merecería una revisión y, por su parte, una editorial catalana, Seix & Barral, había alcanzado un éxito importante con la edición de libros de pequeño formato, «Vidas de Grandes Hombres», dirigida por Juan Palau Vera, inspirándose en la filosofía que de la biografía tenía Eugeni d'Ors. La colección nació en 1914[37]. Pero no era suficiente y en pocos años la mayor parte de las editoriales (Biblioteca Nueva[38], Mundo Latino, Revista de Occidente, Biblos, Cenit, Ulises…) se sumarían al empuje del nuevo género, gene-

34 Ramón PÉREZ DE AYALA, «Carencia de biografías y autobiografías. Sobre el individualismo íbero», en *El Sol*, 1de diciembre de 1927.

35 Enrique DÍEZ-CANEDO, «El afán de las *Vidas*», en *El Sol*, 18 de octubre de 1928.

36 Antonio ESPINA, «P. Brach: La destinée du comte Alfred de Vigny», en *Revista de Occidente*, LVII (marzo), 1928, p. 434.

37 El éxito de la colección empujó a la editorial a lanzar, aprovechando los nuevos aires que trajo la II República, unas «Vidas de Mujeres Ilustres», a partir de 1931, con contribuciones de Mª Luz MORALES (*Vida de Madame Curie*) y Carmen MUÑOZ ROCA-TALLADA (*Vida de doña María de Pacheco*).

38 Esta editorial se atrevería nada menos que con la publicación de *Vida y confesiones de Oscar Wilde*, de Frank HARRIS, traducido por Ricardo Baeza (1928).

rando una demanda y una atención considerables. Un estado de opinión se iba asentando sobre la biografía: no hay más que leer en una reseña escrita a propósito de la primera biografía publicada sobre Gabriel Miró este interesante comentario sin firma:

> Evidentemente la biografía española ha obedecido en su nacimiento a un estímulo exterior: de Francia, de Alemania, de Inglaterra, vinieron los modelos. Como en tantos otros casos las traducciones abrieron el camino, llamaron la atención, suscitaron la apetencia.[39]

Estas palabras, sin saber quién las escribió, nos revelan el punto de partida compartido por unos y otros: no había modelos autóctonos[40]. La biografía era un género importado que, sin embargo, empezaba a arraigar en el país. Sabemos que no es así, que hubo una escritura biográfica que daba sus primeros pasos en el Renacimiento, pero lo cierto es que su desarrollo, según hemos visto, fue estrangulado sin que pudiera madurar convenientemente. En los años 20 el modelo que se imponía, el que cualquier biógrafo de peso tenía en mente, era el de una reivindicativa libertad creativa y moral, suficiente como para desentenderse de los códigos de respetabilidad y prudencia mantenidos hasta entonces como norma de la escritura biográfica. Entre nosotros esa libertad reivindicada por Strachey, Maurois o Virginia Woolf, se ejercería con prudencia y discreción, pero significaría, en todo caso, un confortable paso adelante.

Aquel mismo año, como para confirmar el interés de los escritores por el relato biográfico, aparecía *Vida de Manolo*, de Josep Pla, sin duda el proyecto más experimental del periodo, sobre el escultor Manolo Hugué, y uno de los pocos textos que, afortunadamente, han sobrevivido al olvido. El mismo Pla lo definiría como «uno de los esfuerzos concentrados más febriles de mi vida»[41] y es que el escritor catalán buscó, por

39 «Gabriel Miró, biografiado», en *Índice Literario. Archivos de Literatura contemporánea* (revista publicada por el Centro de Estudios Históricos), IV, 4 (abril), 1935, p. 70. Citado por PULIDO MENDOZA, *op. cit*., p. 38. Se trata de *Biografía íntima de Gabriel Miró*, de José GUARDIOLA ORTIZ, Alicante, Imp. Guardiola, 1935.

40 Una convicción que sigue vigente: en el editorial de la publicación *Letras Libres* dedicado a la biografía se lee: «Los mejores cultivadores de España —con excepciones como el doctor Gregorio Marañón— son émulos de Boswell: Paul Preston, Ian Gibson, John H. Elliott»; «El arte de la biografía», en *Letras Libres*, XIV, febrero 2015, p. 7.

41 Citado por Amat Fusté en su prólogo a la *Vida de Manolo*, Libros del Asteroide, edición ya citada.

primera vez en un contexto hispánico, la aproximación al modelo establecido por J. P. Eckermann en sus ingenuas y deliciosas *Conversaciones con Goethe* (1836-1848). Para llevar a cabo su proyecto, Pla se instaló durante un mes en la casa de campo en la que el escultor Hugué restablecía su mermada salud, en Prats de Molló, en pleno Pirineo catalán. Los dos hombres convivieron, compartieron su afición a los platos caseros y bien guisados, hablaron del autodidactismo como una fatalidad asociada al interés por el arte y la cultura, del tiempo que se pierde cuando no hay maestros de los que aprender y de la Barcelona de finales del siglo XIX. El resultado es un libro de una viveza extraordinaria.

Un año después, el crítico Antonio Marichalar, autor de una sobrevalorada biografía del excéntrico duque de Osuna[42], publicaba en *Revista de Occidente* otro artículo exponiendo la preceptiva que sobre el género tenía Lytton Strachey[43] y que servía como prólogo a una primicia, la traducción de la primera parte de la biografía del general Gordon incluida en el número (la edición entera de la biografía se completaría con dos entregas más). Sin embargo, el primer libro de Strachey que aparecería en castellano sería su *Isabel y Essex*, en 1932, traducido por José María Quiroga Pla, lo que da idea de que la influencia de Strachey en la escritura biográfica de los años veinte fue mínima, más aparente que real y solo su muerte, en 1932, trajo consigo la traducción de parte de su obra, empezando por su libro más novelesco y novelado.

En 1929, el injustamente olvidado Antonio Espina, el biógrafo más profesional del periodo, daría a conocer su obra más popular, la biografía del ladrón Luis Candelas[44], en la que lograba lo que él mismo había elogiado en su reseña de *La vie de Philippe II*, del hispanista Jean Cassou:

42 Que, sin embargo, tuvo un gran éxito, con numerosas ediciones y traducción casi inmediata al inglés, *The Perils and Fortune of the Duke of Osuna*, Philadelphia & London, J. B. Lippincott Company, 1932. Fue, en 1930, la quinta entrega de la iniciativa orteguiana «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», colección dirigida por Melchor Fernández Almagro. La biografía se centraba en un personaje tan atractivo y calamitoso como Mariano Téllez Girón, duodécimo duque de Osuna (entre otros títulos y ducados), se decía que el hombre más rico de España y quien consiguió llegar a ser el más endeudado.

43 Antonio MARICHALAR, «Las "vidas" y Lyytton Strachey», en *Revista de Occidente*, XIX, 57, 1928, pp. 343-358.

44 Antonio ESPINA, *Luis Candelas, el bandido de Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929.

> Tal suele ser la ventaja que el artista, el novelista particularmente, suele representar sobre el historiógrafo a secas, cuando opera con un tema histórico. Le anima, le vitaliza, le da pasión y movilidad. Por eso, ocurre con frecuencia que lo que la ciencia histórica no logra directamente con la sola exposición y descripción neutra de los hechos, lo consigue, merced al manejo de los valores estéticos, la literatura. Sensaciones de verdad y exactitud.

El género, en fin, gozaba de un empuje excepcional; incluso Manuel Azaña se contagió de aquel ambiente renovador y entusiasta que había convertido la biografía en una cuestión palpitante y se decidió a escribir una magnífica biografía de Juan Valera, aprovechando la posibilidad de poder disponer de la documentación del autor de *Pepita Jiménez*. Su *Vida de don Juan Valera* ganó el premio nacional de literatura en 1926, *ex aequo* con Pedro Sainz Rodríguez, aunque la obra quedó en verdad inconclusa[45].

¿Qué fue, sin embargo, de aquellos ideales histórico-literarios cargados de un aliento tan renovador?

4.

El franquismo vendría a alterar por completo la significación concedida en los años anteriores a la biografía. A raíz de la victoria de los sublevados, es decir, a partir de 1939, el género sería utilizado como una herramienta más de formación de un nuevo espíritu nacional, basado en unos determinados ideales (cristianismo, valor, patriotismo español, rechazo a los valores del mundo moderno y exaltación del pasado). La eficacia pedagógica del género biográfico es indiscutible y así como Plutarco lo había concebido como una herramienta moral, en los años cuarenta se reflotaría esta idea puesta al servicio del nacionalcatolicismo, una ideología que aspiraba a enlazar la nueva etapa política surgida de la derrota republicana con los orígenes del imperio español. «Éramos contemporáneos de los Reyes Católicos», afirmaba Josep Pla refiriéndose al clima moral de la primera posguerra, aquel cotidiano anacronismo de cartón piedra sobre el que giraba la educación y el lenguaje.

45 En 1984 aparecieron en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, en Madrid, objetos personales del presidente Azaña, entre ellos las cartas de Juan Valera cedidas por Carmen Valera Delavat para que Azaña pudiera llevar a cabo su estudio. Ignoro su localización actual.

El objetivo político constituyó en sí mismo un enorme fracaso, pues el proyecto de conseguir una resurrección de determinado pasado nacional, enfrentándolo beligerantemente a otro de carácter progresista y liberal, chocaba con la ampulosidad y la falta de verdad que lo sustentaba, y lo hizo inviable. Pero en una primera etapa, la hegemonía ideológica del franquismo, basada en el miedo y la persecución de los vencidos, fue absoluta.

Fueron también los años de más vitalidad en la producción biográfica: los relatos servían para exaltar el heroísmo y la ejemplaridad cristiana de personajes cuyas trayectorias se ajustaban al perfil requerido por el régimen franquista: *el Cid*, *los Reyes Católicos*, Teresa de Jesús, Genoveva de Brabante, Agustina de Aragón, Guzmán *el Bueno*, Cisneros, conquistadores de la talla de Cortés o Pizarro, Felipe II... El resultado fue una historia de España concebida como una galería de mitos nacionales. Y en esa articulación del discurso histórico-ideológico en torno a algunas figuras heroicas, la significación alcanzada por Felipe II merecería un capítulo aparte. Sin duda es, viene siendo, el epicentro histórico de la escritura biográfica española, pues de ningún otro monarca o personaje histórico se tiene tanta información y ha generado tan voluminosa bibliografía.

Por razones distintas a las que ofrece la biografía de Cervantes (su homólogo literario), la vida de Felipe II, igualmente sutil y poco permeable, ha sido objeto de innumerables biografías, al albur de la documentación que ha ido saliendo a la luz, modificando la interpretación de sucesos y caracteres y justificando la aparición de nuevas investigaciones. Si para algunos biógrafos, Felipe II jamás se equivocó y de los hechos condenables de su reinado no fue responsable (William T. Walsh, Henry Kamen, Manuel Fernández Álvarez...), para otros, el monarca fue la más viva expresión del reaccionarismo y del rechazo al mundo moderno (los herederos de Prescott, para entendernos)[46]. La trayectoria del monarca español surte uno de los principales debates historiográficos de nuestro tiempo: el papel del individuo en el tiempo que le tocó vivir. Si tenemos en cuenta que ese individuo gobernaba en el siglo XVI un imperio de un tamaño sin precedentes, la ecuación hombre-mundo adquiere unas di-

46 No hay más que ver la iconografía utilizada en el mundo anglosajón al representar a Felipe II en sus películas históricas. Un hombre feo, contrahecho, fanático, rodeado de magia negra y superstición frente a una reina Isabel de Inglaterra, radiante, bellísima y culta.

mensiones excepcionales. Y… «está claro que en el siglo XXI se seguirá *felipizando* [la expresión es de Prescott[47]]», afirma Geoffrey Parker, autor de la más reciente biografía del monarca, presentada pomposamente como su biografía «definitiva».

Un autor al que todavía no hemos hecho referencia a pesar de su importancia es Gregorio Marañón, sin duda el biógrafo más popular en lengua castellana (al menos hasta llegar a las publicaciones del historiador Manuel Fernández Álvarez y muy especialmente su exitosa biografía de Juana de Castilla, en 2006) y que se mantiene a caballo, en lo biográfico, con libros escritos antes y después de la contienda. En general, en sus psicobiografías se mostraba dispuesto a ahondar en el perfil psicológico de sus personajes de acuerdo con las aportaciones hechas por el psicoanálisis, pero combinadas con su propia formación como médico endocrinólogo. La escritura biográfica de Marañón cobraría entidad con su ensayo sobre Henri-Fréderic Amiel titulado *Amiel*. *Un estudio sobre la timidez* (1932), donde sostenía que la aguda masculinidad del autor ginebrino era la causante de la introversión de su carácter. Tesis discutida ya en su momento por los amielistas[48]. Su dedicación al género alcanzaría su cima con *El conde-duque de Olivares*. *La pasión de mandar* (1936). Cuando apareció la obra resultó que era la única biografía moderna del valido de Felipe IV y fue de inmediato traducida al alemán, inglés y francés. Es decir, que tuvo un gran éxito y no hay duda de su mérito y de la maestría narrativa con que está escrita.

El único inconveniente que puede oponerse al psicobiografismo practicado por Marañón es que tome al personaje de que se trate como un caso clínico del que hay que reconstruir su historial. Sus biografías[49] contienen un diagnóstico, en la medida en que su biografiado, sea quien sea (Tiberio, Antonio Pérez o Luis Vives), es visto como un paciente en el diván de su estudio. Es dudoso, como comenta finamente John Elliott[50], que sus enfoques psicoanalíticos obtuviesen en la actualidad

47 William H. PRESCOTT, *History of Philip II, King of Spain*, 3 vols., Londres, 1855-1859.

48 Véase para un resumen de la biografía de Marañón *Radiografía de un liberal*, escrita por Antonio LÓPEZ VEGA, Madrid, Taurus, 2011.

49 Gregorio MARAÑÓN, *Tiberio. Historia de un resentimiento*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1939; y *Luis Vives. Un español fuera de España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942.

50 En su biografía posterior del conde-duque: John H. ELLIOTT, *El conde-duque de Olivares, el político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1990.

un amplio consenso, pero en los años 30 estaban en la línea de un Stefan Zweig o de un Emil Ludwig, volcados en la interpretación del carácter a la luz de la herencia biológica, los traumas infantiles y las circunstancias personales, mostrando menos interés por la época y los diversos contextos socio-políticos y culturales en los que vivieron. Al hilo de la «felipización» que domina durante el franquismo, Marañón escribe su memorable *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época* (Espasa-Calpe, 1947), un estudio fascinante del que fuera secretario de Felipe II, confidente y adversario del monarca.

Otro biógrafo fundamental de la época y que elige cuidadosamente a sus personajes es Salvador de Madariaga. Es muy posible que escribiera sus biografías contagiado del espíritu oxoniense en que transcurrió buena parte de su exilio. Político, escritor y pacifista, Madariaga es autor de una «trilogía americana» formada por su *Vida de Colón* (1940), la biografía escrita sobre Hernán Cortés y publicada al año siguiente (1941) y, por último, su documentado *Bolívar* (1951), en dos volúmenes. La trilogía de los tres grandes hombres que lideraron la relación de España con el Nuevo Mundo, fue escrita mientras ocupaba la cátedra Alfonso XIII de Estudios Hispánicos, en Oxford, y contiene, en paralelo, una inteligente reflexión sobre el auge y decadencia del Imperio Español. De las tres obras, la más polémica en su momento fue la dedicada a Simón Bolívar, una empresa que como el mismo Madariaga admitió se presentaba desde el comienzo erizada de dificultades:

Pluma en ristre vela sobre la gloria del héroe una guardia fiel de caballeros del Santo Sepulcro con quien tendrá que habérselas el desdichado investigador, si es que logra penetrar hasta la ciudadela por el dédalo dialéctico que la defiende.

Madariaga denuncia en su obra la actitud refractaria de aquellos bolivarianos que rechazan las fuentes que no son útiles para ensalzar la figura del héroe y defiende un modelo biográfico contrastado en el que la búsqueda de la verdad está por encima de los intereses creados en torno a un personaje. Pero también denuncia en su Bolívar «la tradición de denigrar a España y a los españoles establecida en todo el mundo, sin excluir, dice, a un sector de los propios españoles, siempre dispuestos a adherirse al adversario común». Son opiniones, en fin, que nos orientan a la hora de comprender la tesis de fondo que late en su biografía de Bolívar, sustentada en una amplia investigación, pero escrita, como dice John Lynch, desde una total antipatía por el personaje. «No siempre tu-

vieron razón», afirmaría Madariaga analizando las figuras de Bolívar y Sanmartín, ansiosas ambas, según él, por adaptarse al modelo napoleónico. Pero es que, para Madariaga, nunca tuvieron razón. «El éxito del género biográfico actualmente le debe mucho a Madariaga —sostiene el historiador Ricardo García Cárcel—, que supo adentrarse siempre en las concavidades internas de sus biografiados». Como buen liberal, Madariaga creyó que todo tiene un precio. Sus héroes (Colón, Cortés, Bolívar) lo fueron porque, según él, supieron pagar el precio que implicaban sus respectivos proyectos ambiciosos[51].

En cuanto a los biógrafos formados en la escuela orteguiana que hicieron lo posible por mantener, durante el franquismo, su relación con el género, destaquemos a dos. El ya citado Antonio Espina, en primer lugar. En la década de los cuarenta publicó nada menos que cuatro valiosas y olvidadas biografías: *Cervantes* (1943), *Quevedo* (1945), *Cánovas del Castillo* (1946) y *Espartero o «¡Cúmplase la voluntad nacional!»* (1949). En cualquier otro país, Antonio Espina se hubiera consolidado como un solvente y riguroso profesional de la escritura de vidas ajenas. Pero en el duro contexto franquista, se limitaba a subsistir: «Yo subsisto», le confesaba por carta a Ortega en 1944, «hago literatura industrial: traducciones —¡muchas traducciones!—, libros de encargo, artículos garbanceros pudorosamente calzados con el borceguí del pseudónimo o descalzos del todo, anónimos, que es más sano». Entre la producción industrial no incluye, al menos explícitamente, sus cuatro biografías, de las cuales la más meritoria, por la dificultad que encierra el personaje, es la de Cervantes, construida no con la intención de aportar nuevos datos sobre la figura histórica del escritor, sino con la voluntad de ofrecer una narración solvente a partir de toda la erudición acumulada.

Puede afirmarse que el esfuerzo de Espina como biógrafo pasó desapercibido, a pesar de algunas reseñas entusiastas, y hasta su muerte seguiría dedicándose a la literatura como un fantasma cuyas enseñanzas a nadie interesaba compartir. Su última obra de fuste fue un estudio de seis figuras españolas —María Isidra de Guzmán, Diego de Torres Villarroel, María Luisa de Parma, Isidoro Máiquez, Lola Montes y Julián Romea— publicado por Taurus (1967). Un año después, Max Aub viajó a España por primera vez desde su exilio y se citó con él en un café de

51 Ricardo GARCÍA-CÁRCEL, «Memoria de Salvador de Madariaga», en *ABC*, 14 de diciembre de 2003. Paul PRESTON dedicará una atractiva semblanza de Madariaga en su galería de retratos, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 2011.

la capital (en uno de los cafés que inspirarían su inacabado *Las tertulias de Madrid*, publicado póstumamente). Después, Aub anotó en su Diario: «A pesar de su inteligencia, a Espina nadie le hace caso, como si fuese un viejo cualquiera. Dentro de un mes, si me quedara, andaría por ahí como él, fantasma de mí mismo, vuelto sombra de lo que fui sin que nadie se acordara del santo de mi nombre ni de una línea de mi figura, como si no fuera yo, siendo mi sombra»[52]. Y así fue, Espina había vivido a partir de 1939 como una sombra de sí mismo, hasta su muerte, ocurrida el 14 de febrero de 1972[53].

¿Quién se acuerda hoy de Antonio Espina? Y ¿quién se acuerda de Sebastián Juan Arbó? Autor de dos espléndidas biografías, una de ellas (*Verdaguer*, Barcelona, Aedos, 1952) es exponente de que el recurso a la biografía fue más allá del franquismo (anteriormente había emprendido una biografía de Cervantes (1945), excesivamente hagiográfica, aspecto que denunciaría más adelante Jean Canavaggio como un problema a resolver ante el cargado simbolismo del personaje). Es decir, que el género podía ser sumamente útil como instrumento de divulgación de la cultura catalana a través de sus protagonistas más emblemáticos.

Por ejemplo, la editorial Aedos, impulsada por Josep Cruzet y fundada en 1947, lanzaría tres años después un premio de Biografía «Aedos»[54] con dos versiones, biografía castellana y catalana, que probablemente influyó mucho en el estímulo y desarrollo de los géneros autobiográficos en Cataluña. Su colección «Biblioteca Biográfica Catalana» tenía como propósito «dar a conocer a los lectores, excelentes y cuidadas biografías de las figuras catalanas más destacadas, y también, libros de memorias, epistolarios y diarios que por el interés de su contenido y la personalidad de sus autores, merezcan ser publicados y divulgados entre el público cultivado»[55]. Por su parte, la editorial Planeta lanzaría,

52 Entrada del 28 de octubre de 1969, en Max AUB, *La gallina ciega*. *Diario español*, México, Joaquín Moritz, 1971.

53 Max AUB se hace eco en su diario de la noticia de su muerte y de nuevo le sobrecoge su postergación intelectual, en *Diarios (1939-1972)*, ed. de Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba Editorial, 1998, pp. 491-493.

54 Siglas de Agencia Editorial y Distribuidora de Obras Selectas. Formaban parte del jurado del premio, además de Cruzet, Melchor Fernández Almagro (presidente), Ferrán Soldevila y Martí de Riquer.

55 Lo traduzco del catalán, pero una faja de contenido similar se incluía en la colección «Biblioteca Biográfica Aedos», destinada a albergar biografías de personajes españoles y/o universales.

a través de su colección «Espejo de España», dirigida por Rafael Borrás, una propuesta similar en relación a los protagonistas del franquismo. Ambas colecciones merecerían una revisión en profundidad.

Antonio Marichalar, marqués de Montesa, otro miembro de la escuela plutarquista de los años 20, autor de la exitosa *Riesgo y ventura del duque de Osuna*, estaba dispuesto a demostrar que podía superar aquel ejercicio por el que no sentía ninguna estima, como expresaba él mismo en el prólogo a la tercera edición. Domingo Ródenas ya detecta esta falta de aprecio nada más publicarse la obra: en julio de 1930. Dámaso Alonso escribía a Marichalar y observaba lo siguiente: «En los pocos minutos que estuvimos juntos en aquel café de Recoletos, me pareció notar que Vd. no estimaba mucho su libro o que lo consideraba al margen de su obra»[56]. Sin duda, el marqués de Montesa era consciente de haber desaprovechado el tema recurriendo a un estilo socarrón, al modo picaresco, cuando el personaje merecía un análisis en profundidad y la seriedad de quien pueda observar en el excéntrico y arrogante comportamiento de Téllez un ejemplo del modo de actuar de la nobleza española.

Marichalar, contagiado del espíritu imperial que se vive en la postguerra, emprende la biografía de Julián Romero, el caballero de hinojos y envuelto en el hábito de Santiago que pintó el Greco y que le permite un retrato de la época de Felipe II. Su biografía, publicada escuetamente con su nombre en 1952, de un encendido y cargante patriotismo católico, no tuvo el éxito esperado, a pesar del alarde investigador y de la documentación analizada por el autor. De modo que las biografías que el mismo volumen anunciaba —de Garcilaso de la Vega y Martín Gaztelu— nunca vieron la luz. El giro ideológico de Marichalar —de la libertad con que escribía en los años 20 al ensimismamiento religioso— quizás es el más representativo del funesto proceso de ideologización que sufre la biografía durante el franquismo y que explica la animadversión con que la sociedad española la recibiría en el futuro, al menos en el primer momento de la Transición. La consideraba una herramienta de adoctrinamiento y apostolado, más que la escritura profundamente humana de la vida.

Es decir, que el rechazo moral que provocó el género biográfico debido a la manipulación ideológica sufrida durante el franquismo tuvo

56 En la introducción a Antonio MARICHALAR, *Ensayos literarios*, ed. de Domingo Ródenas de Moya, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2003.

efectos devastadores. Podría decirse que a ese rechazo se sumó en los años ochenta el auge del estructuralismo francés o del *close reading* propugnado por la escuela de Chicago. Corrientes que reivindicaban la autonomía del texto frente a todos los *parerga* y *paralipómena,* por decirlo con Schopenhauer, es decir, frente a aquello que podía constituir el entorno de un texto —por ejemplo, la vida del autor— y no la escritura en sí. Una situación que se mantuvo hasta que la necesidad de recuperar la memoria de figuras histórico-políticas que habían permanecido olvidadas activó de nuevo la escritura biográfica vinculándola, sin embargo, no tanto a la historia como a la literatura.

Volviendo al primer apartado de nuestro trabajo: ¿Es posible ahora hablar de un canon, de un consenso sobre las mejores biografías escritas en castellano? Es una tarea urgente, sin duda ninguna, que carece todavía de estudios en profundidad, más allá de los generados, y excelentes, en torno a la nueva, y ya lejana, escuela biográfica promovida por Ortega. Una tarea que debería permitirnos romper con la funesta manía de ignorar la tradición del género, integrándolo definitivamente en los estudios literarios como una herramienta fundamental de conocimiento. Lo importante no debería ser leer a Antonio Espina o a Sebastián Juan Arbó o a Benjamín Jarnés estudiando a estos autores sino vinculando sus biografías al estudio de los personajes en que se centraron. Es estudiando a Jacint Verdaguer cuando debe recomendarse la lectura de la biografía de Arbó sobre tan polémico sacerdote y magnífico poeta. Pero ahí topamos con una rareza del género y es que, si antes nos referíamos a las condiciones de canonización de un texto, en la biografía se produce el curioso fenómeno de que, en general, de triunfar una biografía, la canonización actúa sobre el personaje biografiado y no sobre quien ha escrito sobre él. Aspecto que, en mi opinión, dificulta mucho el desarrollo de una crítica sobre el género.

La biografía es una escritura necesaria, pues ilumina el pasado de los individuos, pero también de la sociedad en su conjunto, corrigiendo abusos y desviaciones y aportando una nueva neutralidad. Y en este sentido trabaja en un horizonte hermenéutico que es culturalmente imprescindible pues, al verse obligada a ofrecer un relato genealógico de una vida (hay que conocer el origen de los hechos y cómo fueron evolucionando), debe movilizar múltiples fuentes informativas y documentales.

¿Cuántas veces el relato autobiográfico concebido con la voluntad de reelaborar una vida para que encaje en un determinado patrón de

sentido no se ve impugnado saludablemente por una biografía posterior que ajusta aquel relato a unas dimensiones que han podido ser comprobadas? Aquí la biografía opera a la baja, desmitificando figuras a veces grotescamente ensalzadas (la biografía de sor Patrocinio, escrita por Benjamín Jarnés, por ejemplo). Pero puede operar, positivamente, al alza, siendo entonces un instrumento de reparación, capaz de revisar figuras muy denostadas en su tiempo —la vida de Manuel Godoy, reescrita por Emilio La Parra, o la de Isabel II, escrita por Isabel Burdiel—.

La biografía es asimismo una eficaz herramienta contra el olvido: el rescate que se ha hecho en las últimas décadas de figuras como Manuel Azaña, Clara Campoamor o María Lejárraga… ha permitido eso, recuperarlas, devolviéndoles el papel que debieron ocupar desde el principio en la historia reciente de España. Y, por decirlo en las palabras que tanto gustaba de emplear Josep Pla, así estamos. Es decir, lo más importante es que una generación de profesores, escritores y periodistas ha comprendido la necesidad de paliar el vacío biográfico y se ha lanzado a su reconstrucción. Sin una metodología asentada, sin apoyo académico ni institucional la mayor parte de las veces y con golpes ciegos que no hacen diana, pero por fin algo parecido a una escuela de biógrafos se ha decidido a soplar las cenizas de los muertos para que ocurra el milagro. Si logramos describir el mapa de la biografía integrándola en la enseñanza como herramienta formativa, el milagro será un hecho. Continuará.

Videmus nunc per speculum in aenigmate. ¿Y si además miramos con una lupa?

La biografía en la Historia de la Ciencia y de la Tecnología

CRISTIANO ZANETTI

Max Planck Institute for the History of Science

La biografía, como cualquier otra forma de historiografía, es un instrumento imperfecto que refleja imágenes sesgadas y parciales del pasado, como si estuviéramos ante un rompecabezas o mirásemos a través de un espejo. Sin embargo, si son conscientes de los riesgos que implica esta forma de historiografía, los biógrafos no deberían sentir ningún complejo de inferioridad respecto a otras formas de narración historiográfica. De hecho, junto con riesgos específicos en lo que se refiere a posibles sesgos, la biografía también tiene cualidades de análisis específicas. Con la intención de respaldar este punto de vista, voy a presentar mi experiencia personal con la escritura de biografía en el campo de la Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

Una controversia muy antigua

La biografía ha sido un género historiográfico controvertido desde tiempo de Tucídides[1], e incluso en épocas recientes ha sido objeto de duras críticas, condenado como distorsionador e irrelevante para la investigación histórica. El «historicismo» y la ideología socialista, especialmente en la Europa continental[2], tendieron a minimizar la relevancia de los agentes individuales. En este sentido, la creencia hegeliana en el «espí-

1 S. LORIGA, «La biografia come problema», en J. REVEL (ed.), *Giochi di scala: La microstoria alla prova dell'esperienza*, Roma, Viella Libreria, 2006, p. 204.

2 Tal y como ha observado Simone LÄSSIG en el capítulo introductorio a *Biography between Structure and Agency* (2008), la biografía como género ha sido un tema de mayor interés en la Europa continental que en el mundo académico anglosajón. De hecho, ni el Reino Unido ni los Estados Unidos afrontaron ninguna crisis de la biografía cuatro décadas después de terminada la Segunda Guerra Mundial.

ritu de la historia», que había trasladado el punto de mira de la investigación del individuo a los grupos sociales, dejó sentir su influencia durante más de un siglo de historiografía. Aun así, la biografía está viviendo un «renacimiento». En los últimos años, los estudiosos han mostrado un interés creciente por el problema de la biografía como género historiográfico[3]. Hay historiadores que han hablado incluso de un *giro biográfico*[4]. Mi investigación se fundamenta en el trabajo del grupo de historiadores que, en las últimas cuatro décadas, ha intentado resolver desde el género biográfico la temática y los interrogantes planteados por la Historia Social. Mi propósito al valerme de estas herramientas era demostrar cómo una vida individual se puede utilizar como medio de análisis del cambio social y cultural en el terreno de la Historia de la Ciencia y de la Tecnología.

El debate historiográfico sobre la biografía al que tuve que enfrentarme en mi investigación nació de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Tras el hundimiento del fascismo, la biografía se convirtió en objeto de nuevas y severas críticas que surgieron en una Alemania todavía conmocionada por la inmensa destrucción causada por el culto a la personalidad. Pero el ataque más virulento al género vino de mano de la historia social francesa, especialmente de la denominada escuela de *Annales*. Para Jacques Le Goff, la biografía tradicional era «superficial, anecdótica, meramente cronológica, adopta una psicología obsoleta y es incapaz de mostrar la relevancia histórica que tiene en términos generales una vida individual»[5]. Según Lässig, este ataque fue tan radical que, en lugar de abrir un debate que podría haber conducido a una temprana reforma del género, retrasó su «modernización». En 1976,

3 Véase, por ejemplo: J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006 (versión revisada de J. REVEL (ed.), *Jeux d'echelles: La mycroanalyse à l'expérience*, París, Gallimard, 1996); H. E. BÖDEKER (ed.), *Biographie Schreiben*, Gotinga, Wallestein Verlag, 2003; y V. R. BERGHAHN y S. LÄSSIG (eds.), *Biography between Structure and Agency: Central European Lives in International Historiography*, Nueva York, Berghahn Books, 2008. Asimismo, monografías recientes como: N. HAMILTON, *Biography, a brief history*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 2007; y B. CAINE, *Biography and History*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010.

4 M. RUSTIN, «Reflections on the Biographical Turn in Social Science», en P. CHAMBERLAYNE, J. BORNAT y T. WENGRAF (eds.), *The Turn to Biographical Methods in Social Science*, Londres, Routledge, 2000, pp. 33-52.

5 J. LE GOFF, «Comment écrire une biographie historique aujourd'hui?», en *Le Débat*, 1989, pp. 49-50; citado por S. LORIGA, «La biografia come problema», en J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006, p. 202. El autor tradujo el párrafo desde la versión italiana al inglés [aquí, a su vez, del inglés al español, N.d.T.].

Josef Konvitz pudo escribir que la biografía era la «forma que falta en los estudios históricos franceses»[6]. El artículo paradigmático de toda esta crítica fue el escrito en 1986 por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, sobre la cuestión de la ilusión biográfica[7]. Afirmaba en él que se tenían que evitar una narración centrada en la «novela» de una sola vida y la tendencia a destacar anécdotas presentadas en orden cronológico. La más amenazada por este tipo de práctica es la biografía encomiástica, en la que el historiador investiga los primeros años y todos los detalles de la vida de alguien con un propósito hagiográfico o apologético[8].

Los años ochenta, un periodo en el que las ideologías afrontaron una crisis profunda, fueron testigos de un renovado interés por la biografía. Pero ya antes se había observado que si bien ciertas biografías podían ser acusadas con justicia de antihistoricidad, el género también podría servir como un instrumento útil para el análisis social (Momigliano, 1968[9]). Como a veces sucede, la sensibilidad artística y visual se anticipa al análisis teórico, apuntando dinámicas que en ocasiones terminan trayendo consigo grandes cambios culturales. Así, dos años antes de las reflexiones de Momigliano, el director de cine soviético Andréi Tarkovski había rodado una película de gran refinamiento estético: *Andréi Rublev*[10]. El largometraje arrojaba luz sobre un medio cultural que, en historiografía, pronto empezaría a expresar las temáticas que unificarían las diferentes tendencias de la «nueva biografía». Sorprendentemente, el pretendido protagonista de la película, el pintor ruso Andréi Rublev (1360-1430), es prácticamente un personaje secundario.

6 S. LÄSSIG, «Introduction», en V. R. BERGHAHN y S. LÄSSIG (eds.), *op. cit.*, 2008, p. 2.

7 P. BOURDIEU, «L'illusion biographique», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, 1986. Según Bourdieu, el hecho de rastrear un nombre, si no estaba relacionado con contingencias sociales, no podía suponer ninguna contribución científica. Frente a ello, esto: una importante tarea de esta biografía fue indagar el nombre del relojero italiano: de hecho, observando las tres metamorfosis onomásticas de la vida de Turriano a través de la mira de la historia cultural me ha proporcionado algo más que un recuento de anécdotas. Pero aquí no tenemos ni el tiempo ni el espacio necesarios para desarrollar este tema.

8 De hecho, Bourdieu alertaba a los historiadores del riesgo de considerar a una persona como una entidad no sujeta al cambio. Lo que despertaba estas inquietudes era la práctica determinista de ocuparse de la vida de un personaje. P. BORDIEU, «L'illusion biographique», en *op. cit.*, 1986, pp. 63-72.

9 M. REBESCHINI, «La biografia come genere storiografico tra storia politica e storia sociale: questioni e prospettive di metodo», en *Acta Historiae*, 14, 2006.2, p. 429.

10 A. TARKOVSKI, *Andréi Rublev*, 1966.

A menudo, Rublev aparece como mero espectador de grandes acontecimientos sociales. Esta biografía histórica cinematográfica se vale de su vida para mostrar muchos contextos sociales y culturales diferentes de la Rusia de la Baja Edad Media. Expresa el problema de la artificialidad de la representación histórica y de la interpretación de las fuentes. Así, por un lado, el filme en blanco y negro, que intenta hacer una reconstrucción realista y bastante cruda de la época medieval, se abre con el vuelo, improbable y visionario, de un campesino en un globo aerostático casero. Por otro lado, la película termina con una visión sin sonido y a color del icono de Rublev, a fin de diferenciar su creación real, que es un documento tangible, de la representación ficticia en blanco y negro de su vida perdida. Las intuiciones de Tarkovski anticiparon la futura evolución de la disciplina biográfica.

Aunque los cargos que sociólogos e historiadores sociales franceses y alemanes dirigían a la historia anecdótica y *événementiel* solamente atribuían valor científico al macroanálisis de estructuras a través del examen cuantitativo, el auge de la microhistoria en Italia durante los años 70 mostró una forma de integrar el nivel de la vida cotidiana en la Historia Social[11]. La microhistoria era leal a la tradición sociológica marxista de Antonio Gramsci y dirigía su mirada a miembros de grupos subalternos, que tradicionalmente habían sido invisibles para la historiografía[12]. La Vopa, desde la historia intelectual, ha señalado que

11 La contribución más sólida se hizo en 1989, cuando Giovanni Levi, uno de los miembros más influyentes del movimiento de la Microhistoria, rehabilitó la biografía con la condición de que las cuestiones sociales fueran una parte fundamental de la práctica. G. LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales*, 6, París, 1989, pp. 1325-1336.

12 Quizás, en la batalla ideológica contra la biografía, además de estos problemas filosóficos conscientes e integrados en el marxismo, el historicismo y la sociología, se podría tomar en consideración otra estructura cultural que es discutiblemente tan omnipresente como invisible y rechazada por los historiadores. Desde esta perspectiva, la relación entre la biografía y la cultura occidental parece mucho más problemática de lo que podría pensarse, porque hunde unas raíces muy profundas en la moralidad occidental. De hecho, el *ethos* de las sociedades del Antiguo Régimen estaba basado en la memoria y en la ritualización de las biografías de Jesucristo, de sus seguidores y de sus mártires. En la esfera sacra cristiana todo se extiende entre las dos polaridades históricas del presente y de un pasado situado de manera precisa cuando Cristo o alguno de sus seguidores sufrieron el martirio con este emperador o aquel otro. El material visual, arquitectónico, literario, teatral y musical se centraba en estas biografías sagradas, las cuales promovían el camino de la *imitatio Christi* o, al menos, la simpatía por este relato. Incluso el ritmo del año estaba monopolizado por una cronología biográfica cristiana. A mi entender,

entre las aportaciones más importantes a la «Nueva Historia Cultural» están las «cuasi biografías», como los microanálisis realizados por Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, que se publicó por primera vez en italiano en 1976[13]. El Menocchio, de Ginzburg[14], y el Pancette o León *el Africano*, de Natalie Zemon Davis, estaban condenados al olvido por parte de los practicantes de la Historia Intelectual tradicional, aunque su relevancia como ejemplos de ciertas estructuras sociales y dinámicas culturales es rotunda. Mi biografía de Juanelo Turriano estuvo fuertemente inspirada por esta tradición de biografías microhistóricas, en las que la idea extrema de una historia humana sin nombres, como la denominó Auguste Comte en su intento de definir las directrices de una Historia Social global[15], está matizada por el microanálisis. De hecho, me ha resultado más eficaz empíricamente combinar micro y macroanálisis. Como Jacques Revel ha señalado, el cambio de escala es un instrumento excelente para analizar diferentes capas sociales. Ciertamente, lo que importa es el principio de la variación de la escala y no la elección de una escala determinada[16].

el paradigma científico positivista y antirreligioso de los dos últimos siglos ha pugnado contra esta base cultural. Aquí no hay suficiente espacio para desarrollar mejor esta hipótesis, sin embargo, no puedo observar todo este emocionante debate sobre la biografía sin pensar en las consecuencias originadas por la dura batalla que emprendieron los círculos de la Ilustración, el positivismo y el marxismo contra el tradicionalismo religioso, a menudo visto como oscurantismo. Quizás la desconfianza hacia la biografía pueda ser parcialmente atribuida a esta alergia cultural al controvertido legado del cristianismo. Otro síntoma de este malestar hacia las estructuras religiosas, consideradas antiecuménicas (especialmente desde una perspectiva europea poscolonial y descentralizadora) y antiprogresistas, es la sustitución de las abreviaturas cronológicas *a.C* y *d.C* por *a.e.c.* y *d.e.c.*

13 A. LA VOPA, «Doing Fichte: reflections of a sobered (nut unrepentant) contextual biographer», en H. E. BÖDEKER (ed.), *op. cit.*, 2003, p. 112.

14 C. GINZBURG, *Il Formaggio e i Vermi: il Cosmo di un Mugnaio del ‘500*, Turín, Einaudi, 1976.

15 «[…] l’histoire sans noms d’hommes, ou meme sans noms de peoples […] la consideration simultanée de l’histoire de l’humanité»: A. COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, t. 5: *La partie historique de la Philosophie Sociale*, París, 1841, pp. 14-15.

16 J. REVEL, «Microanalisi e costruzione del sociale», en J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006, pp. 14 y 24.

Una biografía contextualizada de Juanelo Turriano

Entre los años 2007 y 2012, estuve trabajando en una tesis doctoral en Historia de la Ciencia y de la Tecnología en el departamento de Historia y Civilización del Instituto Universitario Europeo de Fiésole, Florencia. Esta tesis, que se ocupaba del proceso de innovación tecnológica entre el Renacimiento y la Revolución Científica, fue estructurada a modo de biografía contextualizada. El protagonista de la historia era Juanelo Turriano (Cremona, aprox. 1500- Toledo, 1585)[17], quien, en palabras de Enrico Morpurgo, fue: «el relojero más popular» de antes de la denominada Revolución Científica. Morpurgo añadió también que «muy extraño y doloroso es constatar que una figura de primera importancia como la de Turriano no haya llamado a ningún historiador contemporáneo a intensificar la investigación de archivo»[18]. Yo decidí aceptar ese reto. Sin embargo, no emprendí la tarea de forma imprudente, como podría parecer: de hecho, tenía a mi disposición una gran cantidad de documentos ya publicados, pero que todavía no habían sido utilizados por la historiografía sobre Turriano[19]. Además, tuve la gran suerte de encontrar nuevas evidencias documentales en archivos italianos, franceses y españoles.

Antes de pasar a un análisis más detallado de mi experiencia en lo que respecta a los problemas de la biografía, me gustaría bosquejar

17 En octubre de 2012, defendí mi tesis doctoral, titulada *Janello Torriani: A social History of Invention between Renaissance and Scientific Revolution*. El tribunal, presidido por el prof. Mario Bagioli (University of California, Davis) estaba integrado por los profesores Maria Antonietta Visceglia (Università della Sapienza, Roma), Antonella Romano (EHESS, París) y Bartolomé Yun-Casalilla (EUI). En 2014, parte de esta tesis fue galardonada en la séptima edición del premio internacional García-Diego en Historia de la Tecnología.

18 «Giannello Torriano da Cremona – il più popolare orologiaio che si conosca […] Tanto più strano e doloroso è constatare che una figura di primo piano come il Torriano, non abbia invogliato qualche storico del nostro tempo a intensificare le ricerche d'archivio»: E. MORPURGO, *Dizionario degli Orologiai Italiani* [Roma, 1950], Milán, Nicola de Toma, 1974.

19 En lo que respecta al periodo español de Juanelo Turriano, la mayor colección de documentos publicados fue recopilada por Luis Cervera Vera durante sus investigaciones sobre Juan de Herrera. Esta colección de 151 documentos se editó en 1996 y consiste principalmente en textos administrativos emitidos por entidades de la Corona, junto con algunos contratos y cartas diplomáticas. Casi una tercera parte de esta colección reúne cédulas reales provenientes de diversos archivos españoles: Luis CERVERA VERA, *Documentos biográficos de Juanelo Turriano*, Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 1996.

algunos datos biográficos con los que perfilar la trayectoria profesional de Turriano, a fin de mostrar las razones por las que este personaje es relevante para la Historia de la Ciencia y de la Tecnología. Juanelo Turriano era un artesano procedente del Ducado de Milán, con orígenes poco claros. Fue empleado en la Corte del emperador Carlos V y en la de su hijo, el rey Felipe II. Creó diferentes artificios que sus contemporáneos consideraron maravillas mecánicas y era capaz de pasar ágilmente de la micro a la macromecánica. Juanelo Turriano puede ser considerado como uno de los innovadores tecnológicos más importantes de su tiempo. Al trabajar para dos de los señores más poderosos del siglo XVI, tuvo la posibilidad de poner a prueba su talento en empresas dignas del mecenazgo imperial y real. Así, el viaje de Turriano no fue tan solo geográfico: trasladarse de Milán a Alemania, a Holanda y a Castilla también significó para el relojero lombardo trasladarse de un contexto urbano, donde tenía que participar de las organizaciones gremiales y satisfacer obligaciones municipales, a la Corte, donde trabajó los últimos 30 años de su vida.

Por desgracia, se han perdido las creaciones que contribuyeron a la fama de Juanelo Turriano: los relojes planetarios y el Artificio de Toledo. A través de Girolamo Cardano (1501-1576) sabemos que, además de esas piezas, Turriano fue capaz de crear bombas de Ctesibio y que inventó varios artificios mecánicos, como un cerrojo de combinación y la junta universal o «cardán» que, irónicamente, rinde homenaje con su nombre a Cardano y que se adaptó a la litera de Carlos V con la finalidad de aliviar el dolor que le causaba la gota[20]. Además, a las órdenes de Felipe II, Turriano participó en la reforma gregoriana del calendario, a la que brindó su aportación con un tratado breve y con instrumentos matemáticos de cálculo. También se le concedieron privilegios en varios Estados por sus inventos.

Turriano es recordado, además, por sus curiosos autómatas y otros virtuosos mecanismos de relojería, como un diminuto reloj encastrado en un anillo. Como relojero real, desempeñó también los papeles adicio-

20 En la edición de Basilea de 1560 de *De Subtilitate libri XXI*, Cardano escribió que Turriano conocía el principio de la bomba de Ctesibio: «His igitur demonstrates tanquam principiis, ratio consurgit machinae Ctesibicae, quae sic constat, ut etiam Ianellus Turrianus Cremonensis, vir magni ingenii in omnibus quae ad machinas pertinet, opere ipso expressit», en Hierolamus CARDANUS, *De Subtilitate libri XXI* (ed. crítica a cargo de E. Nenci), tomo I, libros I-VII, Milán, Franco Angeli, 2004, p. 67, nota al pie de página (a).

nales de inspector de obras hidráulicas, de diseñador y supervisor de la fundición de las campanas de El Escorial y participó en un proyecto de observaciones astronómicas colectivas llevadas a cabo por un grupo de oficiales de la Corte a través de todo el Imperio español[21]. No obstante, los dos mayores logros realizados bajo comisión imperial y real fueron el Microcosmos y el Artificio de Toledo. El Microcosmos fue el mecanismo de relojería más complejo y compacto jamás construido hasta la fecha, y el Artificio de Toledo, la primera máquina gigantesca de la historia (un sistema mecánico complejo de unos 300 metros de largo que podía elevar agua a unos considerables 100 metros).

Una tradición historiográfica bifurcada

Ha habido dos tradiciones historiográficas distintas que se han interesado por la figura de Juanelo Turriano: una desarrollada en lo que fue en su día el Ducado de Milán y otra establecida en España. Ambas hunden sus raíces en el siglo XVI y uno de los objetivos de esta tesis es analizar los motivos de esta diarquía geográfica.

El acercamiento milanés a Turriano, en especial desde Cremona, ha estado caracterizado fundamentalmente por relatos históricos locales y por la tradición encomiástica. Su fama como personaje único y de éxito ha proyectado un halo de gloria sobre su comunidad. A esta historiografía local de tono conmemorativo, se puede añadir un gusto de coleccionista por la historia de personas extraordinarias. Los periódicos y los historiadores locales de Cremona siguen refiriéndose a Juanelo Turriano como a un Leonardo y construyéndolo como genio renacentista. Además, esa tradición historiográfica inspirada en Muratori, Tiraboschi y von Ranke, a menudo se ha ocupado de él a modo de investigación de archivo erudita, produciendo descripciones de su vida y hazañas[22].

21 En 1577, el cosmógrafo real Juan López de Velasco organizó una observación científica sistemática de un eclipse lunar: Juan López de Velasco y Andrés García de Céspedes observaron el fenómeno desde Madrid, Juanelo Turriano y un tal Dr. Sobrino desde Toledo, Rodrigo Zamorano desde Sevilla y Jaime Juan desde México: C. E. ESTEVE SECALL, «Aspectos histórico-gráficos de una observación a escala intercontinental: Las Instrucciones del Cosmógrafo López de Velasco», en *XVI Congreso internacional de ingeniería gráfica* (Zaragoza, junio de 2004), versión en línea.

22 P. GALLI, «Janello Torriani», en *Il Torrazzo*, Cremona, 1900; L. MANINI, *Memorie storiche di Cremona*, Cremona, 1919; A. BOSCHI, «Janello della Torre, celebrato

Recientemente, las contribuciones de dos historiadores lombardos, Rita Barbisotti y Silvio Leydi, han sacado a la luz una serie de documentos que han empezado a desligar a Juanelo Turriano de este mito[23].

Incluso en España, Turriano ha sido objeto de una narrativa encomiástica desde el siglo XVI. Más recientemente ha sido tomado como espejo del Siglo de Oro castellano. Los tres centros de atención principales en los relatos españoles sobre su vida y obra han sido sus artificios hidráulicos de Toledo, el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid conocido como *Los veinte y un libros de los ingenios, y máquinas de Juanelo*[24] y su relación con Carlos V. Este interés muestra pocos visos de desaparecer. En 2006 y 2008 se editaron en España dos monografías sobre las máquinas hidráulicas toledanas de Turriano[25]. Ciertamente,

meccanico cremonese del secolo XVI», en *Cremona*, 1929; A. BOSCHI, «Il ritratto e la medaglia di Janello Torriano», en *Cremona*, 1929; S. CANTÓN, *Gli artisti italiani in Spagna*, T.C.I., nov. 1930; A. BOSCHI, «Janello Torriano ancor oggi onorato e ricordato fuori d'Italia», en *Cremona*, 1930; F. ZANONI, «Un brevetto pontificio d'invenzioni del '500», en *Bollettino Storico Cremonese*, Cremona, 1940; E. FEZZI, «Il titolo dell'I.T.I.S.: Janello Torriani», en *J. Torriani*, Cremona, 1981; E. FEZZI, «Nuove notizie su Torriani», en *La Provincia*, 15 de marzo de 1984; E. FEZZI, «Giannello Torriani», en *I Campi e la cultura artistica cremonese del Cinquecento, catalogo della mostra di Cremona*, Milán, Electa, 1985; F. GIORDANO, «Janello Torriani», en *Celebrazioni Stradivariane*, Cremona, Mondadori, 1987; F. RIGHI, «Janello Torriani, genio del Rinascimento», en *Strenna dell'ADAFA*, Cremona, 1995; E. ZANESI, «Le fonti letterarie della storia cremonese nell'età umanistico-rinascimentale (secoli XV-XVI)», en *La Scuola classica di Cremona*, Cremona, La Libreria Cremona, 2000; P. PIZZAMIGLIO, «Giannello Torriani: un caso emblematico», en G. POLITI (ed.), *Storia di Cremona: l'età degli Asburgo di Spagna*, Bérgamo, Bolis, 2006.

23 S. LEYDI, «Un cremonese del Cinquecento "aspectu informis sed ingegno clarus": qualche precisazione per Giannello ƒa Milano», en *Bollettino Storico Cremonese*, núm. 4, Cremona, 1997; R. BARBISOTTI, «Janello "Torresani", alcuni documenti cremonesi e il baptismum del Battistero», en *Bollettino Storico Cremonese* núm. 7, Cremona, 1999.

24 *Los veinte y un libros de los ingenios, y máquinas de Juanelo, los quales le mandó escribir y demostrar el Católico Rey D. Felipe Segundo, Rey de las Españas y Nuevo Mundo: dedicadas al Serenísimo Señor Don Juan de Austria, Hijo de el Católico Rey D. Felipe quarto, Rey de las Españas*, manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional, Madrid.

25 La primera, *Juanelo y su artificio*, pretendía ser una antología de las fuentes narrativas relacionadas con el artificio de Juanelo. Las fuentes están recopiladas y divididas en seis secciones que tratan sobre la biografía de Juanelo, los registros literarios sobre el Artificio de Toledo, los intentos previos de construir una máquina que elevara el agua en esta ciudad, el problema de una reconstrucción del siglo XX del artificio, las demás actividades de Juanelo y una colección de imágenes de Toledo y sus máquinas hidráulicas. El segundo libro fue escrito por Francesc Xavier Jufre

desde la segunda mitad del siglo XX se ha renovado el interés por la tecnología del Renacimiento. Como resultado, los estudiosos han intentado investigar las características mecánicas y el funcionamiento del Artificio de Toledo, que durante los siglos XVI y XVII fue considerado como un logro mecánico único.

Ladislao Reti, el descubridor de los manuscritos de Leonardo da Vinci en la Biblioteca Nacional de Madrid, dio un fuerte impulso en esa dirección, situando a España como catalizador de interés histórico por su papel tecnológico en la Europa del llamado Siglo de Oro. La atribución de *Los veinte y un libros de los ingenios y de las máquinas* a Juanelo Turriano, sin duda la obra de ingeniería más completa del siglo XVI español y una de las más destacadas de toda Europa, dio al relojero lombardo una posición primordial en la historia de la tecnología de la Península Ibérica como medio de transferencia cultural. En la actualidad, *Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas* se atribuyen generalmente a Pedro Juan de Lastanosa (1531-1576)[26], aunque sigue habiendo numerosas dudas[27].

Los dos relojes planetarios y demás instrumentos mecánicos que Turriano construyó para el emperador Carlos V y para el rey Felipe II, junto con el Artificio de Toledo, los estudios matemáticos llevados a cabo para la Corona en los campos de ingeniería hidráulica, cálculo musical

García y se publicó en 2008. Jufre García es un ingeniero industrial interesado en descubrir (a veces con un trasfondo histórico escaso) el funcionamiento real de la máquina: L. MORENO NIETO y Á. MORENO SANTIAGO, *Juanelo y su artificio*, Toledo, DB Ediciones, 2006, F. X. JUFRE GARCÍA, *El artificio de Juanelo Turriano para elevar agua al alcázar de Toledo (s. XVI). Modelo con escalera de Valturio*, Lérida, Milenio, 2008, p. 9. Estos dos libros se pueden tomar como los últimos capítulos de un largo debate que empezó a finales del siglo XIX y que todavía está abierto sobre la manera en que funcionaban estos mecanismos hidráulicos y sobre cómo su importancia convirtió a Toledo y a España en emplazamientos de capital importancia tecnológica en el siglo XVI europeo. Otro artículo sobre Turriano apareció en 2010: E. BAUTISTA, J. L. MUÑOZ y J. ECHÁVARRI, «Juanelo (1501-1585)», en M. CECCARELLI (ed.), *Distinguished Figures in Mechanism and Machine Science: their contributions and legacies*, parte 2, Cassino, Springer, 2010. También se pueden encontrar nuevas investigaciones sobre las relaciones familiares de Turriano en M. VIGANÒ, «Parente et alievo del già messer Janello», en A. CÁMARA, R. MOREIRA y M. VIGANÒ, *Leonardo Turriano ingeniero del rey*, Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2010.

26 Véanse los numerosos artículos sobre la materia mencionados en la nota anterior.

27 J. A. FERNÁNDEZ ORDOÑEZ y D. FERNÁNDEZ ORDOÑEZ, «¿Un plumífero plagiario?», en *Revista de Obras Públicas*, abril, Madrid, 1991.

y en la fundición de campanas, junto con el tratado y los instrumentos producidos para la reforma del calendario garantizaron a Turriano una posición de interés en el debate sobre la tecnología española durante el siglo XVI. Recientemente, gracias a la reacción contra el relato de la Leyenda Negra, ha habido un intento de marginalizar la figura de Turriano y de otros *extranjeros* en favor de un redescubrimiento de ingenieros locales[28]. Fuera de España y de Italia, algunos académicos franceses y alemanes también mostraron interés por Turriano[29].

Las *maravillosas* creaciones de Juanelo Turriano, tanto reales como legendarias (como el *hombre de palo*, una inverosímil figura de madera, más parecida a un gólem que a un autómata), tuvieron un impacto relevante en la literatura española. Todavía hoy, incluso fuera del mundo hispanohablante, se pueden encontrar relatos y dichos inspirados en el relojero de Cremona[30]. Además de poemas y novelas, en diferentes partes de España e Hispanoamérica ha sobrevivido hasta hoy un cierto favor popular hacia la figura de Juanelo. Así, en estas regiones se sigue usando el dicho «el huevo de Juanelo». Se trata de una adaptación del «huevo de Brunelleschi» que después se convirtió en el «huevo de Colón»[31]. Expresa admiración por una invención obvia pero ingeniosa al mismo tiempo.

Esta imagen de Juanelo Turriano como un inventor perspicaz está sólidamente arraigada en Toledo. Sin embargo, incluso fuera de esta ciu-

28 Véanse los trabajos de García-Tapia mencionados en esta tesis y J. CAÑIZARES-ESGUERRA, «Iberian Science in the Renaissance: Ignored How Much Longer?», en *Perspectives on Science*, 2004, vol. 12/1, pp. 86-124.

29 Para la amplia bibliografía española y lombarda sobre Turriano y sus creaciones, véase la bibliografía. Para los casos alemán y francés: T. BECK, *Juanelo Turriano (1500-1585)*, Berlín, 1899; J. BABELON, «Gianello della Torre, horloger de Charles Quint et de Philippe II», en *Revue de l'Art Ancienne et Moderne*, t. 34, núm. 199, París, 1913; y J. BASSERMAN, «Kaiser Karl V, und sein letzer Uhrmacher», en *Uhrmachers Woche*, núm. 40, 1924.

30 Góngora, Quevedo, Lope de Vega y Cervantes escribieron sobre los Artificios de Turriano. Véase la antología L. MORENO NIETO y Á. MORENO SANTIAGO, *Juanelo y su artificio*, Toledo, DB Ediciones, 2006; B. MAGRO, *El círculo de Juanelo*, Madrid, Auryn, 2000; J. FERRERO, *Juanelo o el hombre nuevo*, Madrid, Alfaguara, 2000; J. VALVERDE SEPULVEDA, *Juanelo Turriano el relojero del Emperador*, Madrid, Rubiños, 2001; y K. E. ERICHSON, *Juanelo, der Schmied von Toledo*, Norderstedt, Books on Demand, 2011.

31 A. M. CARABIAS TORRE (ed.), *Las relaciones entre Portugal y Castilla en la época de los descubrimientos y la expansión colonial*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, p. 173.

dad, se puede escuchar el dicho «¡Eres un Juanelo!», con el significado de «¡Qué listo que eres!»[32]. Efectivamente, el Artificio de Toledo de Turriano, con su imponente presencia física en el espacio metropolitano, expuso las extraordinarias habilidades de Turriano a la admiración de una gran parte de la sociedad. Desde el momento en que construyó esas máquinas y durante las décadas que siguieron a su muerte, el Artificio de Toledo se convirtió en lo que hoy definiríamos como atracción turística. En la producción literaria dirigida a un grupo destinatario que estaba mucho más allá de la Corte, se incluían menciones frecuentes a esta máquina, invitando a los visitantes que fueran a Toledo a verla[33]. Cervantes, Quevedo, Calderón de la Barca y Lope de Vega, los escritores más importantes de la literatura barroca española, también escribieron sobre él. Es digno de mención que, excluyendo a Cervantes, todos esos autores estudiaran en el *Colegio Imperial de Madrid*, un lugar vinculado a la Corte y, en consecuencia, a la memoria de Turriano y de sus gloriosos patronos: Carlos V y Felipe II.

Entre lo excepcional y lo normal

Después de esta introducción es evidente que escribir una biografía sobre Juanelo Turriano iba a resultar problemático. Sin embargo, para los historiadores los problemas son siempre bienvenidos. La primera dificultad que podría plantear una biografía sobre Turriano era el aura de misterio que había crecido alrededor del artesano y que en ocasiones hacía difícil discernir entre mito y realidad, especialmente cuando las leyendas sobre autómatas empezaron a florecer lejos (geográfica o temporalmente) del entorno de Turriano.

En España, este tipo de leyenda continuó exaltando sus extraordinarios conocimientos matemáticos a la luz de la admirable complejidad de sus artificios hidráulicos y de sus relojes. Es probable que cuando los secretos de estas creaciones escapaban a lo que podían captar los ojos, se necesitara algo más atractivo para transmitir la idea de la ingeniosidad atribuida a Turriano a personas que desconocían la complejidad de un reloj planetario o de un artificio gigante elevador de agua. Así, a los

32 Agradezco esta información a Daniel Delgado de la Fundación Juanelo Turriano. Daniel me comentó que su madre, en Cataluña, solía llamar así a las personas inteligentes.

33 L. MOREÑO NIETO y Á. MOREÑO SANTIAGO, *op. cit.*, 2006.

áridos registros escritos de los abstrusos logros de Turriano se sumaron historias que pudieran resultar edificantes. La descripción que hizo Antonio Campi del relojero que marchó de Lombardía a Castilla hacía muchísimo tiempo (en los años cincuenta del siglo XVI) apareció el mismo año en que murió Juanelo. Campi escribía de unos pájaros mecánicos que, al parecer, había fabricado su compatriota: «como un nuevo Arquitas, hizo pájaros que, además de mover las alas, podían cantar como si estuvieran vivos, para maravilla de todos»[34].

Además de a estos pájaros voladores mecánicos, Flaminio Strada y Francesco Arisi (y Giovanni Battista Zaist, después) hicieron referencia a figurillas de soldados que se batían en duelo y que habría fabricado Turriano para el entretenimiento de Carlos V en Yuste[35]. Las historias elaboradas por estos últimos escritores se llenaron de detalles que parecen más propios de un cuento de hadas que de la realidad. Así, las figurillas podían montar a caballo y herirse entre ellas, mientras que el pájaro volvía a casa una vez terminado su vuelo, sembrando el miedo entre los monjes de Yuste[36]. La existencia de varios registros de pájaros voladores mecánicos durante el siglo XVI sugiere que bien podría haberse experimentado en la creación de este tipo de autómatas[37], aunque en el caso concreto de Juanelo es probable que los escritores posteriores atribuyeran la capacidad de volar a los pájaros mecánicos, llevados a error por la aplicación del modelo clásico de Arquitas[38].

34 «[…] haveva Lionello fabricto (à guisa d'un nuovo Archimede) uccegli, I quali non solo dibattevamo l'ali; ma cantavano anche, con meraviglia d'ognuno, come de vivi fossero stati»: ANTONIO CAMPI, *Cremona fedelissima città, et colonia dei Romani*, Cremona, 1585, p. LV.

35 Se decía que el relojero Gottfried Hautsch de Núremberg (1634-1703) había fabricado un ejército de juguete mecánico similar durante el siglo XVII: M. G. LOSANO, *Storie di Automi: dalla Grecia Classica alla Belle Époque*, Turín, Einaudi, 1990, p. 77.

36 Famiano STRADA, *De bello belgico*, 1648; Francesco ARISI, *Cremona Litterata*, t. III, Cremona, 1741, p. 338; G. BATTISTA ZAIST, A. M. PANNI y A. LAMO, *Notizie Istoriche de Pittori, Scultori, ed Architetti Cremonesi*, vol 2, Cremona, 1774, pp. 150-156.

37 Por ejemplo, se decía que Pietro Fanzago, el creador del bonito reloj de Clusone (1583 y todavía en funcionamiento), o un miembro de su familia había fabricado una paloma que volaba y que era capaz de cubrir una distancia de media milla: E. MORPURGO, *Dizionario degli Orologiai Italiani*, Roma, Nicola de Toma, 1950, p. 76.

38 Herone ALESSANDRINO, *De gli Automati, overo Machine Se Moventi, libri due*, traducción de Bernardino BALDI, abad de Guastalla, Venecia, 1601, p. 6.

En realidad, Antonio Campi no habló en ningún momento de pájaros voladores sino que se limitó a describir cómo movían sus alas y cantaban. Estas proezas podrían haber encajado perfectamente con la tradición bizantina y medieval de autómatas para fuentes, como los del palacio imperial de Constantinopla o los de los espléndidos jardines borgoñeses de Hesdin[39]. Además, como descubrí al recuperar algunas interesantes cartas en la Biblioteca Nacional de Francia, Giorgio Fondulo, que fue el mentor de Juanelo Turriano cuando el relojero era aún un niño, tuvo la oportunidad de conocer manuscritos de Herón y Pappus. Esto probablemente sucedió cuando estaba tutelando a Juanelo. Más adelante volveremos a tratar sobre la figura de Fondulo como mentor.

Entre las impresionantes invenciones que Zaist atribuyó a su mítico compatriota, se encontraba la quimera de toda representación de la mecánica renacentista: el movimiento perpetuo, una máquina imposible que produjera suficiente energía para continuar moviéndose para siempre. Por supuesto que Turriano jamás construyó un instrumento capaz de generar movimiento perpetuo para Felipe II, como sugería Zaist, pero sí creó una máquina que tenía una fuente de energía inagotable. En teoría, su Artificio de Toledo se movería a perpetuidad gracias a la corriente permanente del río. Sin embargo, en la práctica, tal y como observó L´Heremite, era frecuente tener que detener las máquinas elevadoras de agua para repararlas o a causa de inclemencias meteorológicas[40]. No obstante, es perfectamente posible que Turriano fabricara pequeños autómatas. Sigüenza escribió que el relojero de Yuste solía entretener a Carlos con relojes y otras cosas. ¿Qué eran esas «otras cosas»? Sin duda, una expresión ambigua que deja abierta la posibilidad a diferentes interpretaciones. El contexto europeo parece ser rico en ejemplos de este tipo.

De entre todas las leyendas, la más improbable es la del «hombre de palo». Tal es su fuerza que en Toledo, hay una céntrica calle que bordea el lado norte del bloque de la catedral y que se llama *Calle del Hombre de Palo* desde el siglo XVII. Todavía hoy se dice que la calle debe su nombre a un autómata de madera obra de Turriano. El primero en men-

39 A. HAGOPIAN VAN BUREN, «Reality and Literary Romance in the Park of Hesdin», en E. B. MACDOUGALL (ed.), *Medieval Gardens*, Washington D. C., Harvard University Press, 1986.

40 Véase el último capítulo sobre el Artefacto de Toledo.

cionar esta leyenda fue el abad Antonio Ponz[41] en el siglo XVIII. García Diego intentó dar una explicación racional a la historia, atribuyendo el nombre de la calle a una marioneta de madera que se utilizaba para colectar dinero para una institución religiosa local. No obstante, la leyenda también podría haber tenido un origen humanista. Así, hubo autores del siglo XVI que se valieron de un antiguo registro griego en el que se describían figuras de madera animadas por artefactos internos y que servían de entretenimiento a los campesinos, que bailaban con ellas[42]. Es de imaginar que la imponente presencia física en el espacio urbano de Toledo de lo que restaba de los artificios de Turriano animara fácilmente las mentes de los locales a crear o transformar los recuerdos del encomiado relojero para convertirlo en una figura cargada de misterio. Después de todo, la máquina elevadora de agua había sido comparada a un gigante bailarín[43].

Por último, quisiera mencionar una vez más la controversia sobre la autoría de *Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas de Juanelo Turriano*: si realmente el manuscrito no tiene nada que ver con Juanelo, atribuirle a él la autoría sería un testimonio más de la dimensión del halo mítico del relojero.

Mi biografía sobre Turriano pretendía ser tanto la historia de un hombre extraordinario como una historia paradigmática de cómo se practicaba la innovación tecnológica en el siglo XVI. Por un lado, Turriano fue un hombre de un talento increíble, al tiempo que su empleo en las Cortes imperial y española, su trayectoria quedó registrada en numerosos documentos, que dan al historiador un generoso volumen de material para el análisis. Estas abundantes huellas me dieron la oportunidad de destacar algunos de los rasgos característicos de la innovación tecnológica del siglo XVI y su relación con el poder.

Por otro lado, se puede considerar a Turriano como una figura paradigmática. Representa bien las categorías del polímata renacentista, el «trabajador superior» y el artesano de Corte. Turriano practicaba una *scientia media* como la mecánica y dominaba los dos polos del cono-

41 Antonio PONZ, *Viage de España, en que se da noticia de las cosas mas apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*, tomo I, Madrid, Imp. de Joaquín Ibarra, [1769] 1776, pp. 143-144.

42 Herone ALESSANDRINO, *De gli Automati, overo Machine Se Moventi, libri due*, traducción de Bernardino BALDI, abad de Guastalla, Venecia, 1601, pp. 4-6.

43 L. MORENO NIETO y A. MORENO SANTIAGO, *op. cit.*, 2006.

cimiento: el teórico y el práctico. A lo largo de su carrera, se pueden desgranar las estructuras, los procesos y las entidades que sirvieron de escenario a esos trabajadores destacados del Renacimiento. El oxímoron «normalidad excepcional» describe bien la conciencia de sus propios límites que tiene esta aproximación historiográfica: una investigación microhistórica que no tiene la obsesión sociológica de reducir la dinámica a un modelo. A su vez, una biografía puede proporcionar nuevas herramientas para los historiadores interesados en suposiciones más generales. Una historia social del conocimiento centrada en el nivel macro no descuida las cuestiones de las trayectorias individuales, las habilidades y el ingenio[44].

La biografía como mirada de aumento sobre estructuras, agentes, funciones y dinámicas sociales

De mano de Juanelo Turriano tenemos ante nosotros la mayor parte de los elementos que pueden ser considerados problemáticos en el género biográfico. En primer lugar, Juanelo fue un artesano extraordinario con una trayectoria profesional excepcional, por lo que una biografía suya podría tender de partida a un punto de vista encomiástico que elogie su especificidad. Además, el halo mítico que más tarde envolvió las capacidades de Turriano dificultó la escritura de su biografía, a causa de la contaminación de las invenciones *a posteriori* sobre las creaciones cuasi mágicas de nuestro hombre. Sin embargo, las conversaciones que mantuve en el Instituto Universitario Europeo con varios profesores y colegas[45] me dieron la oportunidad de reflexionar sistemáticamente sobre los problemas que iba a tener que afrontar al estudiar un tema tan complicado. Como resultado de esta reflexión, todos los problemas metodológicos que parecían obstáculos, se convirtieron en herramientas de análisis muy útiles.

A partir de esas consideraciones, el uso de una microescala para detectar la sintaxis de las acciones diarias de Turriano no tenía sentido si no las ponía en un contexto social y cultural más amplio. A la luz de las críticas de Bourdieu, he rastreado la trayectoria personal de Juanelo

44 B. LEPETIT, «Il concetto di scala», en J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006, p. 92.

45 Aprovecho este artículo para agradecer a todos ellos, profesores e investigadores, su valiosa ayuda.

Turriano observando su metamorfosis y centrándome en expresiones de su individualidad, con la intención de destacar la dimensión social de los diferentes escenarios en que actuó. En la biografía de Turriano he intentado evitar lo que Jacques Le Goff ha estigmatizado de «biografía tradicional»[46]. El cambio de escala, o «enfoque multifocal» como lo define Rosental[47], me permitió crear una perspectiva multipolar en la que se detectan y analizan problemas en las tensiones entre la carrera de un artesano y las estructuras sociales que atravesó y en las que se integró. La escala más amplia es la Europa del siglo XVI, con especial atención al Imperio de los Austrias, en lo que respecta a ciertos problemas que subrayan la carrera y las cualidades de Turriano[48]. Al centrarme en Turriano he podido observar la estructura altamente jerárquica del siglo XVI europeo desde la perspectiva de un miembro marginal de la Corte, con su conocimiento técnico específico. De hecho, la vida profesional de un personaje, si está bien documentada, prácticamente año tras año, como ocurre en el caso de Turriano, puede dar una serie de pistas con las que apuntar rupturas y continuidades. Aquí, el principio de cambio de escala me ha permitido encontrar un *modus vivendi*, un compromiso entre estas posiciones radicalmente opuestas.

Como Simona Cerutti ha señalado, cuando se observan estructuras sociales en una microescala, estas revelan diferencias substanciales en las funciones y las relaciones de poder. Siguiendo a Cerutti, cuando hablo de estructura, no lo hago como objeto, sino como sistema de relaciones[49]. Una estructura puede ser institucional si está organizada oficialmente y reconocida por un estatuto o por una ley, o sociocultural, si está determinada por sistemas de creencia, tradición y práctica. Vistas desde la microescala de la individualidad, las diferentes estructuras se solapan, porque las identidades son siempre múltiples. Las estructu-

46 Véase la nota 5.

47 P. A. ROSENTAL, «Costruire il macro attraverso il micro», en J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006, p 165.

48 Lepetit cita a Guy Bois y su elección de un enfoque microhistórico para su estudio del sistema feudal, con la conciencia de contemplar este enorme problema historiográfico desde una perspectiva invertida. Guy Bois, de hecho, observó el problema centrándose en una pequeña comunidad de Borgoña entre finales del viejo milenio y el comienzo del nuevo: B. LEPETIT, «Il concetto di scala», en J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006, p. 92; G. BOIS, *La mutation de l'an mil*, París, Librairie Fayard, 1989.

49 S. CERUTTI, «Processo ed Esperienza: La nascita dei corpi di mestiere a Torino tra Sei e Settecento», en J. REVEL (ed.), *op. cit.*, 2006, p. 170.

ras están sujetas a tensiones y negociaciones constantes (tanto internas como externas) que modifican su significado y su influencia en la sociedad: no son cuerpos consolidados e inmóviles. La interacción entre los agentes individuales es el motor de sus cambios o resistencias. De esta manera, el análisis en el nivel micro es sin duda una herramienta muy útil para el análisis social, ya que el significado de las cosas y de las categorías es más evidente cuando se observa en su práctica diaria, dentro de su capa arqueológica, como diría Michel Foucault. De hecho, se puede decir que los microhistoriadores han respaldado la tendencia metodológica de Foucault de mirar las cosas en su contexto.

La lectura de la experiencia individual es un paso necesario en el proceso para conocer los grupos sociales. La taxonomía del sistema profesional de un determinado medio social se puede definir mejor si se considera a escala micro y macro[50]. Además, Cerutti sugiere el análisis de relaciones como el método más fructífero de identificar grupos sociales[51]. En mi investigación, este instrumento de análisis, que se hace definible con la categoría de red[52], se basa principalmente en el patronazgo y en sus funciones como sistema de encargos que permitió a Turriano mejorar su estatus social y económico[53].

Mi propósito ha sido elaborar una biografía que sacara a la luz el contexto de un ingeniero cortesano del siglo XVI. He intentado perfilar el trasfondo social y cultural de un técnico de la Corte y analizar las estrategias de las que se valió Turriano para alcanzar esa posición y mantenerla. Aunque Mario Bagioli afirmó que no trataba de producir «ni una biografía ni una historia social de la carrera de Galileo»[54], su *Ga-*

50 Por ejemplo, sigo este enfoque cuando intento responder la cuestión de por qué un relojero era miembro del gremio de los herreros.

51 S. CERUTTI, «Processo ed Esperienza: La nascita dei corpi di mestiere a Torino tra Sei e Settecento», en J. REVEL (ed.), *op. cit*., 2006, pp. 174-180.

52 Caine ha subrayado cómo la digitalización y la búsqueda digital han cambiado recientemente la manera en que los profesionales de la historia están llevando a cabo su investigación: prosopografía, análisis de contactos, son mucho más fáciles gracias a la tecnología informática: B. CAINE, *op. cit*., 2010, p. 60.

53 Este ascenso de estatus se trata de algo más que de una simple ganancia material: orgullo personal y el honor conectado a la lealtad también eran parte probable de la recompensa que Turriano esperaba obtener de la inversión de su capital personal.

54 M. BIAGIOLI, *Galileo Courtier. The practice of science in the culture of absolutism*, Chicago-Londres, Chicago University Press, 1993, p. 3.

lileo Courtier ha sido un trabajo inspirador para mi investigación[55]. Para mí, escribir una biografía contextualizada es un intento de producir una obra de historiografía más cercana a estas «no biografías» que a la «biografías narrativas». Como Willem Frijhoff ha observado, «el método contextual ha invadido ciertamente la biografía en los últimos años, porque nos permite vincular a las personas con las tendencias estructurales y comprender la interacción entre individuos, sus actuaciones y representaciones, y sus comunidades, lo que es una de las recompensas de la historia cultural de la actualidad»[56]. En este sentido, el objeto de una biografía se podría definir como un «biomarcador histórico»; de hecho, al igual que en la biología o la medicina, ese marcador se utiliza con la intención de identificar determinados grupos y dinámicas culturales, a través de los indicios que ha dejado tras él.

Me baso en el trabajo metodológico heurístico a partir de indicios de Carlo Ginzburg[57] a fin de aplicar mi análisis de las redes de patronazgo y otras cuestiones sociológicas. Como acercamiento metodológico a problemas como los de la producción material y su análisis de mercado en lo que respecta a los dos campos profesionales de Juanelo Turriano, he tomado como modelo los ensayos de Carlo Ginzburg sobre Piero della Francesca[58] y el estudio de Anthony Molho sobre la

55 Esta contradicción aparente se debe a las diferencias entre el contexto de la biografía y la historia social a comienzos de los años noventa y el contexto actual, veinte años más tarde. Como hemos visto, la biografía era objeto de amplias críticas. Además, el atender solo parcialmente a la vida de Galileo en favor de un planteamiento más analítico, basado en problemas sociales, supuso un desafío a la biografía tradicional. Lo que es más, la prioridad dada por Biagioli a cuestiones culturales relacionadas con las dinámicas y las estrategias en la carrera de Galileo, en lugar de a la economía o estructuras en sí, puso este libro en una nueva tradición de Historia Social. El concepto de práctica de Bourdieu y los recientes ejemplos proporcionados por la microhistoria dieron al análisis de Bagioli un conjunto de herramientas diferentes. Conceptos como el de sistema de Corte, patronazgo y *self-fashioning* son cruciales en el análisis de Bagioli, y, con algunas diferencias, también en el mío. P. BOURDIEU, *Outline of a theory of practice*, Cambridge [Suiza, 1972], Cambridge University Press, 1977; P. BURKE, *What is Cultural History?*, Cambridge-Malden [2004], Polity Press, 2008, pp. 44-47 y 57-62.

56 W. FRIJHOFF, «The Improbable Biography: Uncommon Sources, a Moving Identity, a Plural story?», en V. R. BERGHAHN y S. LÄSSIG (eds.), *op. cit.*, 2008, p. 230.

57 C. GINZBURG, *Clues, Myths and the Historical Method,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1989.

58 C. GINZBURG, *The Enigma of Piero: Piero della Francesca, The Baptism, The Arezzo Cycle, The Flagellation*, Londres, Verso Books, 1985 [Turín, 1981].

Capilla Brancacci[59]. Ambos estudiosos han mostrado las formas en que la detección de sistemas de patronazgo puede ayudarnos a entender objetos culturales dentro de su propio contexto: pinturas y frescos en su caso, relojes y artificios hidráulicos en el mío. Creo también que la reciente biografía contextualizada del matemático Mutio Oddi, redactada por Alexander Marr, supone un buen ejemplo de lo que he intentado hacer con mi tesis doctoral sobre Juanelo Turriano[60].

Gracias a su empleo en la Corte, Turriano creó algunos artefactos tecnológicos que fueron elogiados por sus contemporáneos como maravillas mecánicas (por ejemplo, relojes planetarios que eran ejemplos únicos de miniaturización mecánica y los Artificios de Toledo, las primeras máquinas gigantescas de la historia). Además, Turriano participó en la reforma gregoriana del calendario y de otras grandes empresas matemáticas y mecánicas, como la fabricación de autómatas, y observaciones y estudios científicos.

Mediante el enfoque biográfico pude adentrarme desde diferentes perspectivas en la cuestión del ingenio dentro de los marcos de procesos históricos como el del Renacimiento y el de la Revolución Científica. El reciente libro de Mario Bagioli sobre los instrumentos de crédito de Galileo abrió un análisis innovador acerca del «aura de la grandeza, genio e incluso sacralidad» de los personajes científicos. Bagioli argumenta que el historiador puede considerar esta «aura como un efecto rastreable de las negociaciones llevadas a cabo a distancia y de los retrasos ocasionados por tales negociaciones a distancia en las que cada parte tiene información parcial (y parcialmente actualizada) sobre la posición, las pretensiones, los recursos y la autoridad del otro».

Según la propuesta de Bagioli, el historiador puede considerar el «aura de autoridad científica como resultado de un proceso de inversión por el que se presta el crédito propio a un profesional a consecuencia de lo que se sabe y sobre lo que no se sabe sobre esa persona y sus pretensiones. Esa aura, por tanto, no es solo un resultado (el reconocimiento a posteriori del trabajo de alguien), sino un recurso para llegar a producir ese trabajo y para asegurar su aceptación por parte patronos y

59 A. MOLHO, «The Brancacci Chapel: Studies in Its Iconography and History», en *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 40, 1977, pp. 50-98 y 322.

60 A. MARR, *Between Raphael and Galileo: Mutio Oddi and the Mathematical Culture of Late Renaissance Italy*, Chicago y Londres, Chicago University Press, 2011.

colegas (de manera que el respaldo financiero de un proyecto es un paso necesario para conseguir un éxito posible, pero no necesario)». Desde esa perspectiva, he considerado el aura de genialidad que envuelve a Juanelo Turriano no solo como el resultado de «un reconocimiento *a posteriori*», sino como el posible efecto de una estrategia para obtener recursos y crédito con los que hacer realidad tecnologías innovadoras y obtener una posición social y económica mejor[61].

Alejándome de la narrativa tradicional encomiástica del genio renacentista para acercarme a una historia social y cultural de la tecnología, traté de hacer emerger su contexto del siglo XVI. En primer lugar, centré mi investigación en la cuestión de la educación; en segundo lugar, en la figura del artesano entre el espacio urbano y la Corte, y en los mecanismos de la circulación de ese tipo de personajes; en tercer lugar, dirigí mi interés al problema del patronazgo y de la innovación tecnológica del periodo en los campos de la micro y de la macromecánica. Para terminar, me centré en las funciones de la ingeniería en la Europa del Renacimiento.

Los conocimientos de Turriano resultaron de la educación básica en lengua vernácula y en matemáticas, a la que se podía acceder en las ciudades italianas, y de una costosa educación práctica en taller a la que solo podían acceder los plebeyos más acaudalados. En este contexto, Turriano tuvo que seguir en Cremona (su ciudad natal) los pasos exigidos por el gremio de los herreros con el fin de convertirse en maestro. Un aspecto central en la educación de Juanelo fue el papel del médico Giorgio Fondulo, que ejerció de mediador entre la alta cultura latina y el joven iletrado Turriano. He mostrado cómo este tipo de mentor estuvo muy arraigado en la tradición humanista y pedagógica de Italia, sobre todo en zonas cercanas a Cremona, como Venecia, Mantua y Ferrara.

El ambiente humanista fue, igualmente, el trasfondo cultural que creó las bases filosóficas para el ennoblecimiento de artesanos ilustrados como Turriano. La *Mecanica* del Pseudo Aristóteles, los trabajos de Arquímedes, Vitruvio, Herón y otros textos clásicos dieron un estatus respetable a aquellos artesanos que aplicaban los conocimientos matemáticos a una habilidad manual. Además, el interés de un príncipe por

61 M. BIAGIOLI, *Galileo's instruments of credit: Telescope, Images, Secrecy*, Chicago, Chicago University Press, 2006, véase el capítulo 1: «Financing the Aura: Distance and the Construction of Scientific Authority».

un determinado oficio creaba las condiciones económicas para la innovación. En el caso de Turriano, la pasión de Carlos V por los relojes y el interés de Felipe II por la arquitectura suntuaria permitieron a un técnico de la «periferia», donde estaba constreñido por el sistema gremial, trasladarse a la Corte y obtener enormes recursos para innovar en esas artes.

En este proceso, Turriano sufrió una metamorfosis que lo llevó a cambiar su nombre y a ser saludado como el «príncipe de los relojeros», o los nuevos Arquímedes o Dédalo. También fue exaltado con los códigos habituales de las cortes principescas humanistas: medallas, esculturas, pinturas y poemas le dieron la inmortalidad a pesar de la pérdida de todas sus grandes creaciones. Además, gracias a su trabajo en la Corte, el relojero pudo ascender en la escala social. Juanelo Turriano no aparece ya como un genio aislado, independiente del sistema epistemológico de su época, sino como un actor que, junto a muchos otros, fue puesto en el escenario por patrones adinerados y que se transformó en el espacio de la Corte, donde el inventor creó un hogar complejo cuya generación dependía de su prestigio y éxito profesional.

La trayectoria que llevó a Turriano de la provincia de Milán a las cortes de Carlos V y de Felipe II no fue un «fenómeno natural». A fin de trazar las redes que permitieron a Turriano alcanzar su posición de prestigio en la Corte imperial, he tratado de buscar toda la documentación relacionada con sus clientes, protectores y valedores a lo largo de su dilatada carrera. Lo que surgió de este intento fue una red homogénea de patrones: los Gonzaga (sobre todo de la rama menor de los condes de Guastalla), los Medici di Marignano y los Borromeo[62] constituyen una tupida red de familias entrelazadas, unidas por su fe gibelina y española, y más todavía, por unos intereses locales que giraban en torno al Ducado de Milán y a la ciudad de Cremona. Las solidaridades y las lealtades locales fueron enormemente efectivas. Estas familias apoyaron a Turriano y cultivaron su memoria, ya que sus éxitos también eran reflejo de su propia gloria. Aún más, los embajadores vinculados con la familia Gonzaga desempeñaron un papel crucial en la circulación de noticias sobre las innovaciones tecnológicas y ayudaron a dar privilegios de invención a Turriano.

62 Ferrante Gonzaga, conde de Guastalla, era hermano del duque de Mantua y gobernador de Milán por España; su hijo se casó con Camilla, una noble de la familia milanesa de Borromeo. Camilla era hermana de Carlo Borromeo, el cardenal defensor de la Contrarreforma. Su tío fue el papa Pío IV.

El gobierno local y, sobre todo, el empleo cortesano desafiaron a un «artesano superior» como era Juanelo Turriano en diferentes actividades como la cerrajería, la relojería, la fabricación de autómatas y de artificios a microescala, la ingeniería hidráulica, la ingeniería, la arquitectura, la observación astronómica, la fabricación de instrumentos de cálculo y la escritura de tratados técnicos. La experiencia de Turriano muestra que no hubo ninguna contradicción en el desempeño de empresas tan diferentes, sobre todo en la Corte, donde no existían obligaciones gremiales. La capacidad de llevar a la práctica borradores matemáticos innovadores constituye la base común de todas estas actividades. La experiencia profesional de Turriano proporcionó un punto de vista muy útil para observar la transformación de categorías como la de ingeniero o relojero antes que se crearan carreras profesionales con recorridos y contenidos concretos.

Desde una perspectiva cultural también he investigado el significado de las creaciones de Turriano en su contexto. La primera creación que dio fama a Turriano fue un reloj planetario. Para entender el valor de una máquina de este tipo en su contexto cultural, he rastreado los grupos profesionales que tenían un interés claro en estos relojes. Lo que salió a la luz fue una relación estrecha entre la profesión médica y los relojes planetarios que representan todos los movimientos de los cuerpos celestes, cuyas alineaciones se creían cruciales para las manifestaciones y la cura de diversas patologías. Desde una perspectiva más técnica, en esta investigación fue posible sugerir que la innovación que aportó Turriano con su Microcosmos fue la aplicación de muelles a un dispositivo de tal complejidad (de 1500 a 1800 ruedas dentadas). Antes de su invención, los relojes planetarios estaban accionados por pesos, mientras que después utilizaron un motor similar accionado por resortes.

El patronazgo cortesano facilitó la circulación del conocimiento. Después que el Microcosmos apareciera en Milán, Innsbruck, Augsburgo y Bruselas, Immser, Baldewein y otros relojeros del Norte de Europa aplicaron mecanismos accionados por resortes a los relojes planetarios[63]. Con este motivo, el emperador también tuvo la oportunidad de hacer a Turriano y Mercator preguntas científicas sobre cómo

63 Véase: C. ZANETTI, «The Microcosm: Technological Innovation and the Transfer of Mechanical Knowledge in the Habsburg Empire of the Sixteenth century», en A. GUAGNINI y L. MOLA (eds.) *Special Issue: Italian Technology from the Renaissance to the 20th Century. History of Technology*, vol. 32, 2014.

determinar la latitud y la longitud. Gracias al patronazgo de Carlos, el conocimiento de diferentes partes del Imperio pudo reunirse en la Corte. Así, la historia de Turriano nos ayuda a investigar la relación entre conocimiento e Imperio: el dominio de los Austrias conectó a artesanos y científicos de territorios concretos que se movieron por los canales proporcionados por la nobleza feudal. Esto sucedió especialmente cuando este reloj se exhibió en la Corte; en las zonas de lo que hoy es Alemania y donde, poco después, la relojería alcanzaría su punto más alto de sofisticación.

En cuanto a la contextualización de los artificios elevadores de agua para los sistemas de suministro, he demostrado cómo el de Toledo no era un caso aislado. Las ciudades europeas estaban invirtiendo recursos en la instalación de sistemas de abastecimiento de agua por todo el continente. Sin embargo, el artificio de agua de Turriano en Toledo fue una máquina que se hizo para servir únicamente al interés del rey, para el servicio de su castillo real. De alguna manera, la ciudad de Toledo fue forzada a cerrar este contrato con el rey y con Juanelo. Esto me dio la oportunidad de ver cómo un cortesano artesano podía ser utilizado por la Corona y por el consejo local de la ciudad como un chivo expiatorio para su conflicto. Probablemente, la protección del rey hizo a Turriano intocable, aunque también lo llenaría de frustración por la pérdida de ganancias económicas. El prestigio de su posición en la casa del rey tenía un precio. En mi tesis doctoral no me he centrado sistemáticamente en otros temas centrales para muchas biografías, como la intimidad, la emoción, la psicología y el género.

Conclusiones

En conclusión, me gustaría citar el esquema de cinco puntos de Lässig para ilustrar los propósitos y los logros de la biografía contextualizada. Encuentro esta síntesis convincente y la suscribo:

> 1. Las biografías recientes ciertamente apoyan y refuerzan el giro general que se aleja de lo abstracto y tiende hacia lo concreto [...], la época de grandes cambios y de ideologías aparentemente sin defectos está acabada, o eso parece.
>
> 2. Ni la historia social tradicional ni el estructuralismo o la teoría del discurso podrán explicar por sí solos por qué y cómo unas estructuras e instituciones aparentemente estables, unos sistemas simbólicos coherentes o

> unos hábitos existentes transgenerales de grupos sociales específicos como la clase, el género o la vocación perdieron su poder como estabilizadores de la sociedad en algún momento de la historia […] fue siempre algún tipo de acción individual el que (cuando llegó el momento) hizo posible el cambio histórico.
>
> 3. En condiciones ideales, un análisis comparativo de las historias de vidas individuales nos permite definir con mayor precisión qué tipo de ámbitos de acción han existido para los diferentes individuos y grupos […]. Las esferas individuales de la libertad y los límites estructurales, los esquemas mentales, los logros eminentes y los procesos las rupturas y las continuidades biográficas normales, y la conducta ajustada o desviada se pueden definir con más precisión si existe una perspectiva adecuada […] sobre los patrones habituales o generalizados de socialización y origen, sobre los recorridos educativos y las ocupaciones, sobre las redes familiares o de otro tipo o sobre estructuras de mentalidades y patrones de valores […].
>
> 4. La biografía, probablemente más que la mayoría de las demás formas de la erudición histórica, sensibiliza al lector sobre la accesibilidad fundamental de la historia […]. Trabajar en biografía anima al eclecticismo metodológico, a trascender los límites intra e interdisciplinares y a la reflexión metodológica permanente […].
>
> 5. Las biografías proporcionan una visión del contexto y de las interconexiones que son relevantes para la historia cotidiana […] una buena biografía se alza por encima del individuo; no es ni la estructura ni el agente, sino una combinación de ambos.[64]

Estos puntos resumen el objetivo de mi biografía de Turriano: gracias a esta opción historiográfica pude identificar agentes individuales en los procesos que activaron y modificaron varias estructuras: del gremio a la Corte, de la familia al taller, de la ciudad al Imperio. Con esta biografía intenté demostrar que la Historia de la Ciencia y de la Tecnología puede recibir información muy valiosa de los relatos biográficos. Gracias a su formato biográfico, este estudio pudo abordar un conjunto de problemas muy amplio en el periodo crucial entre el Renacimiento y la Revolución Científica como la educación científica de los artesanos, la formación técnica, la transmisión de conocimientos, las prácticas de invención y de innovación tecnológica, el patronazgo cortesano, las ocupaciones matemáticas entre gremios urbanos y Cortes, la protección

64 S. LÄSSIG, «Introduction», en V. R. BERGHAHN y S. LÄSSIG (eds.), *op. cit.*, 2008, pp. 19-20.

de la propiedad intelectual y las estrategias de secretismo. En este campo historiográfico, una biografía puede sustituir el relato de los grandes cambios (descritos habitualmente con el concepto de «revolución») por un relato multifocal de cambio de paradigmas.

Si bien Juanelo Turriano destaca en todos estos procesos y estructuras como figura paradigmática, su trayectoria personal fue única y notable en sus campos de excelencia. Una biografía como esta podía deconstruir la figura encomiástica del genio renacentista, analizando todos los factores sociales que contribuyeron a enriquecer el ya talentoso espíritu del que iba a ser uno de los artesanos más excepcionales del siglo XVI.

Traducción de Virginia Maza

Biografía política: el conde-duque de Olivares y su época[1]

John Elliott
University of Oxford

Biógrafos profesionales, especialistas en literatura e historiadores constituimos grupos que abordamos los periplos vitales de personajes «relevantes» desde perspectivas ciertamente distintas, pero creo que compartimos muchos de los mismos objetivos y afrontamos muchos de los mismos problemas. Algunos de estos son técnicos (relacionados, por ejemplo, con la obtención de información, su interpretación o, simplemente, su ausencia). Otras dificultades, quizá las realmente fundamentales, se refieren al propósito mismo de emprender una biografía. Si todos los individuos son únicos, ¿qué hace que resulte más valioso dar cuenta de la vida de un individuo que la de otro? La respuesta puede estribar en la importancia o en el interés intrínseco de una trayectoria vital. Pero, ¿cómo definiríamos esa importancia, o qué hace una vida interesante en vez de aburrida? Una vida gris, en cualquier caso, puede resultar relevante a pesar de todo. Nada puede ser más aburrido que la existencia de la mayoría de los académicos y eruditos, en gran parte dedicada a escudriñar libros. No obstante, basta con echarle un vistazo a Karl Marx para darse cuenta de que una vida sumida en la sala de lectura del Museo Británico puede tener portentosas consecuencias globales. ¿Justifica esto una biografía personal, o acaso es suficiente un estudio de las obras por sí mismas? Y, en el caso de que a fin de cuentas las obras no puedan ser comprendidas del todo por sí mismas, ¿cuál es la naturaleza de la relación entre la vida y personalidad de su autor, por un lado, y sus obras, por otro?

No es fácil responder a tales preguntas, y por ello no resulta sorprendente que, en los ámbitos de la erudición tanto histórica como literaria, la biografía se haya visto tradicionalmente con cierta reticencia. Como

1 Texto de una conferencia pronunciada en el Seminario Internacional de la Biografía celebrado en la Universidad Menéndez Pelayo, 7-10 de julio de 2014.

es natural, ha habido muchas diferencias tanto en el tiempo como en el espacio. Siempre ha existido un mercado popular para las biografías, en especial para las relativamente ligeras, como ilustra el éxito mundial de las que escribió Stefan Zweig en las décadas de 1920 y 1930. Es posible que la misma popularidad de tales publicaciones haya menoscabado la importancia de la biografía como género a los ojos de los estudiosos. Por otra parte, la biografía histórica seria siempre ha encontrado quien la cultivara y la leyera, si bien, por motivos que habría que estudiar, ha disfrutado en general de más prestigio en Gran Bretaña que en España. Tan solo en tiempos recientes, y en mi opinión de manera un tanto rezagada, ha entrado en boga con obras, tan diferentes entre sí, como el *Felipe II* de Manuel Fernández Álvarez[2], y la *Isabel II* de Isabel Burdiel[3].

El recelo hacia la biografía, como género histórico serio, y hasta cierto punto su rechazo, puede reflejar de alguna manera un recelo hacia la tradición de las bellas letras innato entre los historiadores. Pero constituye también un reflejo del carácter y de la dirección general de la escritura de la historia durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. La historia económica y la historia social gozaban de preeminencia como consecuencia de la influencia que ejercían el marxismo y las ciencias sociales sobre la comunidad de los historiadores, lo cual llevó a menospreciar el papel del individuo y de las acciones individuales a favor del estudio de los movimientos colectivos a los que habían dado forma las grandes fuerzas básicas de la geografía, la economía y la estructura social.

Tan solo en tiempos recientes, como consecuencia de la reacción contra la perspectiva de las ciencias sociales y el advenimiento del giro cultural, se ha otorgado una nueva importancia a las vidas de hombres y mujeres individuales y al papel de las acciones individuales. La moda de la microhistoria ha hecho respetable el estudiar figuras como el molinero de Friuli recuperado por Carlo Ginzburg[4], o el Martin Guerre, rescatado por Natalie Davis[5]. Ninguno de ambos personajes podría ser

2 Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998.

3 Isabel BURDIEL, *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010.

4 Carlo GINZBURG, *Il formaggio e i vermi: Il cosmo di un mugnaio del '1500*, Turín, Einaudi, 1976.

5 Natalie Zemon DAVIS, *The Return of Martin Guerre*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1983.

considerado «relevante» según los términos históricos convencionales, pero sus trayectorias vitales permitían abrir ventanas, antes cerradas, a sociedades del pasado y a formas de pensamiento y comportamiento anteriores. Paralelamente a este auge de la microhistoria, hemos conocido un ascenso de una historia política regenerada, que ha vuelto a prestar atención a las intenciones, la actividad y el impacto de aquellos que siempre habían sido considerados importantes, como monarcas y estadistas individuales.

En mi singladura historiográfica he dedicado largos años a escribir una biografía política (la del conde-duque de Olivares, el valido y ministro principal de Felipe IV entre 1621 y 1643). Quizá resulte interesante para los lectores atraídos por la biografía o biógrafos en potencia conocer cuáles fueron las motivaciones en que se basaba mi empeño y los desafíos que abordé al perseguir a mi presa, pues sospecho que no soy el único en enfrentarse a tales retos. No fue, debo aclarar, una empresa en la que me embarcara a la ligera. Como otros miembros de mi generación que comenzaron sus carreras como historiadores profesionales en la década de 1950, compartía al principio el escepticismo del periodo de la inmediata posguerra respecto al valor de un enfoque biográfico del pasado. La gran obra de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II[6] había descrito a un monarca que era poco más que un prisionero atrapado por grandes fuerzas impersonales y, a pesar de que tenía algunas dudas en torno a lo que me parecía un análisis en exceso determinista, compartía la ambición de Braudel de ir más allá de las personalidades y lo que él llamaba «meros acontecimientos superficiales» en la esperanza de lograr una «historia total» de un país y una época. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y me familiarizaba cada vez más con la España del siglo XVII (tradicionalmente considerado el siglo de decadencia español, pero al mismo tiempo el siglo de oro de sus artes), comencé a tomarme más en serio el posible valor de un planteamiento biográfico enfocado en la carrera de su más importante hombre de Estado. No obstante, solo cuando fui nombrado en 1973 para un puesto de investigación en el Institute for Advanced Study de Princeton dispuse por fin del tiempo y la ocasión propicia para emprender una tarea que en aquel momento me sentía capaz de afrontar.

6 Fernand BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1949.

¿Qué provoca la atracción de un biógrafo hacia un individuo en particular? Como he contado otras veces, fue mi encuentro cuando era estudiante en Cambridge con el gran retrato ecuestre por Velázquez del conde-duque en el Museo del Prado, lo que despertó mi interés en el hombre y su vida. Cuando vi el cuadro por primera vez, no sabía nada de Olivares. Resultaba evidente que se trataba de un personaje importante y, como historiador en ciernes, despertó mi curiosidad. Dado que por aquel entonces estudiaba la historia moderna de Europa, comencé por hojear la bibliografía sobre esa época, la de la Guerra de los Treinta Años, pero encontré muy poco sobre él, sobre todo en comparación con la enorme atención que se había dedicado a su rival, el finalmente victorioso cardenal Richelieu. En esa etapa, ni siquiera pensaba en la investigación histórica, y tampoco tenía conocimientos de español, pero guardé en mi memoria a Olivares como a alguien sobre quien me gustaría saber más si surgía una oportunidad propicia.

¿Había algo más, aparte de la curiosidad de un historiador, que suscitara mi interés por tal personaje, no particularmente atractivo a primera vista y que, según el retrato de Velázquez, parecía encarnar la arrogancia del poder? En este aspecto, me da la impresión, es donde un biógrafo ha de conocerse a sí mismo, y no estoy seguro de si puedo responder honestamente a esta pregunta. La propia imagen (el hombre montado a caballo con su bastón de general, su barba de chivo y sus bigotes vueltos hacia arriba) pudiera haber tenido cierto encanto romántico en un primer encuentro, pues no dejaba de evocar el mundo de aventuras de *Los tres mosqueteros*. En cuanto supe algo más sobre el conde-duque, pudo atraerme también el contraste entre el sentido de poder que irradia la imagen y la conciencia del fracaso y la derrota en que terminaría su carrera política. Los historiadores somos muy sensibles a las ironías del pasado.

No puedo afirmar que me sintiera atraído hacia él como ser humano, ni al principio ni más tarde, cuando leí la única biografía seria disponible sobre Olivares, publicada en 1936 por el doctor Gregorio Marañón[7]. A la vez bravucona y aduladora, su personalidad me resultaba a menudo antipática, una impresión esta que también causaba en muchos de sus contemporáneos. Por mi propio carácter, sin embargo, tiendo a identificarme instintivamente más con los activistas y reforma-

7 Gregorio MARAÑÓN, *El conde-duque de Olivares: La pasión de mandar*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936 (3ª ed., nuevamente corregida y completada, 1952).

dores que con quienes prefieren dejar las cosas como están. Quizá por ello tendía a empatizar con él a medida que observaba su pugna (que me parecía muy inteligente) con los numerosos problemas a los que se enfrentaba España en ese momento de su historia. No obstante, esto plantea la cuestión de en qué medida necesita un biógrafo sentir simpatía hacia su protagonista para trazar su vida con buenos resultados. Sería interesante saber cómo Paul Preston, por ejemplo, se enfrentó a la tarea de escribir su biografía de Franco, por quien no parece sentir ninguna simpatía en absoluto[8].

Poco después de partir hacia España en 1954, para comenzar a trabajar en los archivos en lo que esperaba que fuera una tesis doctoral sobre los proyectos del conde-duque para la reforma interna, descubrí, más bien fortuitamente, que sus papeles de Estado y personales habían sido destruidos a finales del siglo XVIII por un incendio en el palacio de los duques de Alba en Madrid. Ningún historiador anterior, que yo supiera, había tenido conocimiento de tal catástrofe. Esta noticia demoledora me llevó de una tesis sobre el conde-duque de Olivares y sus políticas a un estudio sobre la rebelión de Cataluña contra su gobierno en 1640[9]. En el transcurso de esta labor, leí naturalmente muchas de sus contribuciones a los debates del Consejo de Estado conservadas entre los papeles de Estado de los archivos públicos, y ello me persuadió de que podía hacer más sobre su periodo en el poder cuando dispusiera de tiempo. Todo el ámbito de la política exterior española durante esa época, por ejemplo, me parecía merecer un estudio más detallado. Sin embargo, teniendo en cuenta la destrucción de su archivo, una biografía al uso, aun si me hubiera atraído la idea, parecía fuera de lo realizable. A primera vista, la falta de esa documentación empujaba a descartarla, si bien solo una búsqueda exhaustiva en los archivos españoles y europeos podía confirmar si se trataba de un obstáculo insuperable, y yo no estaba entonces en posición de emprender el tipo de investigación sistemática que se necesitaba.

Se sumaban otros dos importantes factores disuasorios para escribir una biografía, factores que tuve muy presentes cuando decidí finalmen-

8 Paul PRESTON, *Franco: a Biography*, Londres, HarperCollins, 1993.

9 J. H. ELLIOTT, *The Revolt of the Catalans. A Study in the Decline of Spain, 1598-1640*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963 (traducción española, *La rebelión de los catalanes: un estudio sobre la decadencia de España, 1598-1640*, Madrid, Siglo XXI, 1977; nueva edición, 2014).

te emprender el proyecto a mi llegada a Princeton, en 1973. El primero era que ya existía una biografía, el notable trabajo de Gregorio Marañón ya aludido, publicado el mismo año en que estalló la Guerra Civil. Marañón no era un historiador profesional, sino un médico eminente y, quizá de manera lógica, se acercó a Olivares más como paciente que como tema histórico. Su interés principal se focalizó en la personalidad del conde-duque más que en su carrera política, a la cual dedicó tan solo veintitrés páginas en un volumen que superaba las cuatrocientas. «Yo busco siempre al hombre, aun en el grande hombre», llegó a escribir[10].

En la década de 1930 las biografías basadas en el psicoanálisis estaban muy de moda y el libro de Marañón constituye un ejemplo fascinante del género. Su perspectiva, no obstante, no dejaba de ser original, pues combinaba el psicoanálisis con su propia especialidad, la endocrinología. Marañón había leído atentamente los escritos de Freud y reconocía su importancia, pero albergaba dudas sobre algunos aspectos de sus teorías, pues tenía la impresión de que mostraban tendencia a universalizar características que podían ser peculiares de la cultura de la Europa central. Una influencia mucho mayor sobre él ejercieron las publicaciones de un profesor de Marburgo, Ernst Kretschmer, partidario de una perspectiva más amplia de la psiquiatría, la cual tomaba en cuenta el efecto sobre la personalidad de la conformación del cuerpo como un todo, y no solo del cerebro y los órganos sexuales[11]. Adoptando el planteamiento de Kretschmer y basándose en una cantidad considerable de información contemporánea extraída de documentos del periodo, Marañón diagnosticó morfológicamente a Olivares (bajo, fornido y robusto) como un tipo pícnico, en contraste con su polo opuesto, el alto y delgado Richelieu, a quien clasifica como asténico. Como tipos de personalidad, los pícnicos oscilan entre los extremos de la euforia y la depresión, que los conduce al colapso físico y mental antes de que se renueven las energías para que el ciclo vuelva a comenzar.

Por lo que sé, las ideas de Kretschmer no han resistido la prueba del tiempo y esto plantea una cuestión que seguramente afecta a todos los

10 Citado en Pedro LAÍN ENTRALGO, *Gregorio Marañón: vida, obra y persona*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1969, p. 125.

11 Véase John ELLIOTT, «El Olivares de Marañón», en *Arbor*, vol. 189, nº 759 (2013). http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2013.759n1008. Para Kretschmer y la psiquiatría de su época, véase Micahel RICHARDS, «Spanish Psychiatry c. 1900-1945: Constitutional Theory, Eugenics, and the Nation», en *Bulletin of Spanish Sudies*, vol. 71 (2004), pp. 823-848.

biógrafos: hasta qué punto las interpretaciones psicológicas basadas en teorías a la sazón en boga tienen validez duradera o llegarán a parecer anacrónicas con el paso de los años. Desde su publicación en 1958, por ejemplo, se han expresado muchas dudas sobre la polémica biografía escrita por Erik Erikson *El joven Lutero. Un estudio desde el psicoanálisis y la historia*[12]. Erikson, como Marañón, no era un historiador profesional, sino un psiquiatra de orientación freudiana. Gran parte de su atención se centró en lo que denominó la «analidad» de Lutero, recurriendo para ello al pródigo uso por parte de Lutero del vocabulario escatológico, tanto en sus conversaciones como en sus escritos. Ello, sin embargo, plantea la pregunta de si la utilización frecuente de obscenidades pudo haber resultado corriente en aquel tiempo. También suscita la cuestión de cuánto peso se le debe dar a esta característica particular de Lutero, frente a otros aspectos de su personalidad y de su conducta.

Cabe expresar, me parece, dudas semejantes sobre la interpretación psicológica de Olivares realizada por Marañón. Tomemos, por ejemplo, su descripción del conde-duque como tipo maniaco-depresivo. Ciertamente, este parece ser uno de los rasgos más prominentes de su carácter, pero encontramos los mismos movimientos cíclicos de euforia y depresión en el asténico Richelieu que en el pícnico Olivares. Probablemente, se trata de una característica bastante común entre los políticos bajo presión y podría ser más esclarecedor considerar en qué medida los dos hombres eran capaces de mantener bajo control sus cambios de ánimo. Ambos, a fin de cuentas, se hallaban bajo la influencia de la doctrina neo-estoica de su contemporáneo, Justo Lipsio, con su insistencia en la disciplina, el autocontrol y la resignación cristiana ante la adversidad.

Pero, incluso si se prescinde de las teorías de Kretschmer, es innegable que estas ayudaron a Marañón a pintar un retrato de Olivares que, en tanto que estudio de personalidad, resulta convincente. Se trata de la semblanza de un hombre dominado por «la pasión de mandar», y hay que recordar que el libro fue escrito en la era de los dictadores —de Hitler, Mussolini y Stalin, con Franco a la vuelta de la esquina—. Para Marañón, «la pasión de mandar», característica de todos los dictadores, o aspirantes a dictadores, ofrece la clave acerca de la relación del conde-duque con el rey, la nobleza y los miembros de su propio círculo familiar. Con todo, al evitar intencionadamente sus actividades cotidianas

12 Erik H. ERIKSON, *Young Man Luther: a Study in Psychoanalysis and History*, Nueva York, W. W. Norton, 1958.

como estadista, Marañón nos proporciona solo una visión muy limitada de cómo la pasión de mandar encontraba expresión en el mundo de la política. La personalidad de Olivares sobresale clara y rotundamente pero, en mi opinión, no se establece una relación convincente entre esa personalidad y el entorno histórico en que el conde-duque se había formado y dentro del cual actuaba.

Braudel señalaba algunos puntos débiles del trabajo de Marañón en una reseña escrita en 1947, la cual me parece que pone de relieve la problemática relación entre el historiador y el biógrafo[13]. Braudel elogia con razón muchos aspectos del libro, argumentando que en adelante los historiadores no podrán ignorar «el flujo y reflujo de una vida orgánica incapaz de encontrar nunca la calma». Por otra parte, apunta que, a pesar de algunos pasajes excelentes, «el cuadro de la época sobre la cual se destaca la vida del conde-duque me parece un telón de fondo sumario, un decorado teatral, y no lo que es: una fuente de vida». «No hay biografía posible —proseguía— sin la lenta y meticulosa exploración de una época, de su utillaje mental, de su sensibilidad, sin la fijación de sus valores corrientes, sin el minucioso estudio de una civilización en el sentido más amplio, del medio vital, biológico, en el cual el héroe que se ha escogido se mueve, actúa y por el cual finalmente se explica en parte».

Braudel concluía haciendo una serie de afirmaciones que, cuando las leí por primera vez, me hicieron sentir escalofríos: «La biografía es el género más difícil de la historia: a cada instante el personaje escapa a los historiadores, se burla de nosotros o, cuando se entrega, deja en nuestras manos una piel que no siempre es la suya propia… Confieso que si tuviera el deseo de estudiar al conde-duque de Olivares, retrocedería ante la enormidad de la tarea. ¿Acaso es posible capturar al hombre si no se siguen los trabajos día a día, durante más de veinte años, de quien fue el dueño del imperio hispánico, empeñado en leer, en escribir, en mandar, en oponerse a las circunstancias o en utilizarlas? Y, más allá de esta investigación, ¿qué se sabría del hombre?».

No puede sorprender que, a la luz de ese veredicto pronunciado por el gran Braudel, vacilara antes de embarcarme en un estudio biográfico extenso. Parecía ser otro caso del riesgo por excelencia para los biógrafos: una vida por otra. Pero el desafío estaba allí, la ocasión se

13 Fernand BRAUDEL, «En Espagne. Au Temps de Richelieu et d'Olivarès», en *Annales*, 2 (1947), pp. 354-358.

había presentado y no podía resistirme. Con todo, antes de comenzar tenía que tener muy claro en mi propia cabeza qué es lo que quería hacer. Me parecía que el libro de Marañón hacía superflua una vida al estilo tradicional. Gracias a él, ya se disponía de una idea bastante convincente de Olivares como ser humano, pero había mucho que no se sabía o resultaba poco claro sobre Olivares como hombre de Estado. Así pues, me parecía que lo que se necesitaba era una biografía política más que personal. Tal biografía debería examinar sus intenciones y actividades políticas, y el grado en que alcanzó, o no consiguió alcanzar, sus objetivos. Al haber leído la reseña de Braudel en los *Annales*, no me engañaba sobre lo que tal esfuerzo tenía que implicar. Estudiar día a día las actividades de Olivares durante sus más de veinte años al frente del gobierno de España era, como Braudel había apuntado, una tarea inmensa, que exigiría sumergirse por completo en los papeles de Estado y otros documentos del periodo, y tenía que preguntarme a mí mismo si se trataba de un empeño realizable, o uno para el que tuviera la fuerza y resistencia necesarias.

Dediqué buena parte de la década de 1970 a una exhaustiva búsqueda de papeles por los archivos españoles y europeos, reuniendo material y evaluando el mejor modo de utilizarlo para el libro que proyectaba. En el curso de tales indagaciones, me fui encontrando con muchos documentos desconocidos o apenas estudiados. A medida que ello sucedía, me fui dando cuenta de que algunos de estos documentos (papeles de Estado y cartas que había escrito Olivares, ya fuera originales o, más a menudo, copias contemporáneas o posteriores) eran de tal interés e importancia que merecían ser publicados por derecho propio. También constituían la materia prima a partir de la cual elaboraría mi biografía política. Así pues, dediqué mucho tiempo y esfuerzo, asistido por un joven ayudante de investigación español, a seleccionar, cotejar y estudiar las diversas copias de lo que me parecían los documentos cruciales de la carrera ministerial de Olivares y a redactar una introducción a cada documento que lo situara en el contexto en que fue escrito y explicara las circunstancias y las intenciones detrás del mismo. El resultado fue una obra en dos volúmenes, los *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, aparecidos entre 1979 y 1981, y vueltos a publicar, en una edición nueva y revisada, hace seis meses[14].

14 John H. ELLIOTT y José F. de la PEÑA (eds.), *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, 2 tomos, Madrid, Alfaguara, 1978-1980; John H. ELLIOTT,

En retrospectiva, he llegado a ser consciente, incluso más de lo que lo era en aquel entonces, de cuán esencial fue este intenso estudio preliminar de los papeles de Estado y cartas individuales para componer la biografía, que finalmente aparecería en inglés en 1986 y en español cuatro años después bajo el título *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia*. El estudio de una carrera política exige la inmersión total en los papeles conservados del protagonista elegido. Sin ello, resulta imposible penetrar en su modo de pensar, el requisito fundamental para cualquier biógrafo. Sin embargo, cabe preguntarse legítimamente, y yo lo hice a menudo mientras escribía el libro, cómo es posible estar seguro de si uno ha logrado realmente entrar en su mentalidad o simplemente la ha reconstruido desde afuera.

Al final, me convencí de que había una piedra de toque, simple aunque quizá algo básica, que podía utilizarse: la prueba de la predictibilidad. Si uno alcanza a conocer a una persona relativamente bien, llega un momento en el que puede predecir con cierta precisión cómo va a reaccionar ante una situación en particular. Esto mismo, creo, es aplicable a la biografía. Aunque la manera de expresarse de Olivares me sorprendía, y sigue sorprendiéndome, llegó un momento en el curso de mi trabajo en que ya no lo hacía su reacción general ante una situación. Llegué a saber intuitivamente cómo iba a responder. Ese es quizá el momento en que un biógrafo debería ponerse a escribir.

Se producía otra ventaja adicional en emprender la edición y publicación de los papeles del conde-duque antes de afrontar la biografía, una ventaja particularmente significativa al escribir biografía en España en la época en que yo preparaba mi libro. A diferencia de otros países europeos de primera fila, la España de los siglos XIX y XX carecía de un diccionario biográfico nacional. A medida que me sumergía, cada vez con mayor profundidad, en el periodo, me iba tropezando constantemente con nombres de figuras sobre las cuales se había publicado poca o ninguna información. Algunos de ellos eran personas que simplemente se hallaban fuera del registro histórico, pero otros eran ministros u oficiales reales de gran importancia en la época, pero cuyas carreras nunca se habían estudiado. Así pues, me encontré que tenía que construir toda una serie de pequeñas biografías basadas en información de archivos y

José F. de la PEÑA y Fernando NEGREDO (eds.), *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, vol. 1. *Política interior, 1621-1645* (tomos I y 2), Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons Historia, 2013.

otras fuentes contemporáneas. Esto implicó una gran cantidad de trabajo adicional, pero también me proporcionó un panorama mucho más claro del mundo político y administrativo en el que actuaba Olivares. Al mismo tiempo, la necesidad de preparar estas pequeñas biografías me empujó a lanzar repetidos llamamientos para la creación de un diccionario biográfico español comparable al *Dictionary of National Biography* británico del siglo XIX y a su sucesor de finales del siglo XX, *The Oxford Dictionary of National Biography*.

Al final, la Real Academia de la Historia aceptó el desafío y considero una especie de triunfo personal que recientemente haya aparecido bajo sus auspicios el *Diccionario biográfico español*, en cincuenta volúmenes. Como ocurre con todos los diccionarios biográficos nacionales, sus entradas varían en valor y fiabilidad, y algunas de ellas han generado un enorme grado de controversia pública, pero la mera existencia de estos volúmenes ha proporcionado por fin a los biógrafos españoles una herramienta comparable a la que han disfrutado desde hace largo tiempo los británicos. Si hubiera existido en la década de 1970, me habría ahorrado una gran cantidad de esfuerzos y quebraderos de cabeza.

Las pequeñas biografías que consideré necesario compilar e incluir como notas a pie de página en mi edición de los *Memoriales y cartas* fueron también importantes porque me ayudaron a evitar una de las trampas en que suelen caer los biógrafos de políticos: la tendencia a tratar al biografiado como si fuera un hombre orquesta. Olivares, como cualquier estadista, tenía un círculo de estrechos colaboradores y ayudantes y (como sus equivalentes en otros estados modernos) se apoyaba en gran medida en sus parientes y en un sistema de patronazgo que le ayudaba a asegurarse de que sus órdenes fueran obedecidas.

Una posible aproximación a la historia de España en la época de Olivares hubiera podido ser, en efecto, una perspectiva prosopográfica, basada en biografías de grupos. Este fue el enfoque iniciado en Gran Bretaña en las décadas de 1930 y 1940 por sir Ronald Syme y sir Lewis Namier. Syme se basó en la obra de historiadores alemanes de finales del siglo XIX y principios del XX, que habían recopilado datos sobre los principales actores de la escena política de la antigua Roma, para presentar en *La revolución romana*, su libro de 1939, una visión radicalmente revisionista del reinado del emperador Augusto[15]. Namier re-

15 Ronald SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1939.

interpretó la historia política británica del siglo XVIII a partir de una reconstrucción meticulosa de las vidas y carreras de los miembros de la Cámara de los Comunes, lo cual también implicaba un cambio de foco de un solo individuo dominante a todo un grupo[16].

Supongo que podría haber llevado a cabo algo comparable para la España de Olivares si las fuentes hubieran sido más abundantes y accesibles. Pero, tal y como la investigación histórica sobre la Gran Bretaña del siglo XVIII ha ido dejando posteriormente cada vez más claro, el enfoque prosopográfico, como el biográfico, tiene sus limitaciones. Su efecto es reducir la historia política a la historia de grupos de interés, relaciones de familia y clientela, y alineamientos a corto plazo por conveniencia política. Namier y sus seguidores fueron objeto de críticas no injustificadas por dejar las ideas fuera de la política. El interés y la clientela constituían elementos importantes en el proceso político, pero, aunque Olivares llegó al poder como cabeza de una facción familiar, también lo hizo como hombre con un deseo ardiente de rescatar a su país de lo que veía como un inexorable proceso de decadencia.

Es posible que no fuera el único entre sus contemporáneos en acariciar tal propósito, pero, como era el hombre que, al haber ganado el favor del joven rey Felipe IV, tenía la oportunidad de poner sus ideas en práctica, me pareció justificado un estudio atento de su carrera ministerial. Lo que me propuse hacer, pues, fue examinar sus intenciones y las ideas y motivaciones subyacentes, y después seguir sus esfuerzos por materializar esas intenciones en los ámbitos de la política interior e internacional.

Dado que ha sobrevivido mucha más documentación sobre su política exterior que sobre la interior, el libro resultante iba a estar inclinado inevitablemente hacia la historia diplomática y la historia de las relaciones internacionales de España. Se trata de algo que lamento, pero considero también que ello refleja las realidades de la situación en que se hallaba el conde-duque. Si bien llegó al poder con planes radicales de reforma económica y administrativa, estos fueron quedando cada vez más postergados a medida que España se veía envuelta en conflictos internacionales, que culminaron con una guerra declarada a Francia en

16 L. B. NAMIER, *The Structure of Politics at the Accession of George III*, Londres, Macmillan, 1929; *England in the Age of the American Revolution*, Londres, Macmillan, 1930.

1635. Las exigencias de la guerra no tardaron en imponerse sobre todo lo demás y comencé a darme cuenta de que esta cruda realidad podía llegar a ser el tema central de mi libro. Era la historia de una lucha entre los propósitos de reforma interior por un lado y las aspiraciones de poder y prestigio internacionales por otro. Al final, fueron las consideraciones de poder y prestigio (o «reputación», como se decía en aquel entonces) las que se impusieron. Fue la tragedia de la carrera de Olivares y el libro fue concebido, ya desde una fase temprana, en términos trágicos: una tragedia personal, pues su carrera terminaba en fracaso, y una tragedia nacional, pues se puede llegar a considerar que, en vez de detener la decadencia de España y su poder internacional, la política del valido la aceleró.

A medida que avanzaba en mi conocimiento de los papeles del conde-duque y sus largas intervenciones en las reuniones del Consejo de Estado, comencé a percibir inevitablemente la magnitud de tal tragedia y a identificarme hasta cierto punto con él en su pugna por encontrar un rumbo a través de la sucesión de crisis a las que se enfrentaba. ¿Qué hubiera hecho yo, me preguntaba, en tales circunstancias? Por ejemplo, ¿hubiera hecho yo en su lugar la paz con los holandeses en un momento dado y según las condiciones entonces ofrecidas? Me figuro que se trata de un momento peligroso para cualquier biógrafo: el momento en que la simpatía empieza a predominar, a costa de la evaluación imparcial. Comencé a cobrar conciencia de este peligro y me di cuenta de que necesitaba restablecer el equilibrio. Todo biógrafo serio tiene que tener su propio método para contrarrestar la predisposición favorable a su personaje inherente a la mayoría de los biógrafos. Uno de los recursos que utilicé fue aprovechar la ocasión que me brindó una invitación a pronunciar un ciclo de conferencias para examinar con detalle la carrera del contemporáneo y rival del conde-duque, el cardenal Richelieu.

La escritura de vidas paralelas se remonta a Plutarco. Fue una experiencia estimulante volver por un tiempo mi mirada de España a otro país, Francia, y a otro hombre de Estado, cuya formación y carrera política reflejaba en muchos aspectos la de Olivares. A partir de ese ciclo de conferencias, publiqué en 1984 un breve estudio comparativo de los dos estadistas, *Richelieu y Olivares*[17]. Los paralelos plutarquescos eran fascinantes. Ambos hombres eran los hijos menores de familias nobles,

17 J. H. ELLIOTT, *Richelieu and Olivares*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984 (traducción española, *Richelieu y Olivares*, Barcelona, Crítica, 1984).

con Richelieu dos años mayor que el valido español; ambos habían sido destinados por sus familias a carreras eclesiásticas; ambos ascendieron hasta convertirse en los principales ministros de sus respectivos monarcas y tenían aguda conciencia de su continua dependencia del favor real para su supervivencia; ambos permanecieron en el cargo aproximadamente el mismo periodo de tiempo; y ambos llegaron a la conclusión, a regañadientes, que no tenían más remedio que luchar entre sí.

No basta simplemente con señalar paralelos y semejanzas. Es también necesario explicarlos, y al intentarlo llegué a darme cuenta de la medida en que los dos hombres compartían una cultura común: la cultura religiosa de la Europa de la Contrarreforma y la cultura filosófica del neo-estoicismo. Mi conciencia cada vez mayor de ello me permitió distanciarme algo de la propia España y situar su sociedad y su cultura en un contexto europeo más amplio. Al proporcionarme una perspectiva alternativa, muy necesaria en mi opinión, este estudio paralelo de los dos ministros, y hasta cierto punto de los dos países, me ayudó a escapar de lo que podría haber llegado a ser una excesiva identificación con Olivares y sus problemas y, al menos así me gusta pensarlo, a conservar un cierto equilibrio a medida que avanzaba hacia la conclusión de su biografía.

El mismo Richelieu, a diferencia de Olivares, había sido objeto de incontables biografías, la mayoría de ellas afectadas, en mayor o menor grado, de lo que podría denominarse «el síndrome del gran hombre». El problema fundamental para cualquier biógrafo político, como apuntaba Braudel en su reseña, estriba en la relación entre el personaje que ocupa el centro del relato y su entorno político, social y cultural. ¿En qué medida está trazando un rumbo en solitario? ¿Hasta qué punto reflejan sus puntos de vista los de sus contemporáneos, o al menos los de un grupo selecto de ellos? ¿Qué proporción de sus éxitos o fracasos se debe a su propia personalidad y sus propias convicciones, y cuánto se debe al contexto, tanto nacional como internacional, en el que ha de actuar?

Al reflexionar sobre estas preguntas, me tuve que enfrentar inevitablemente con una de las cuestiones que me han perseguido desde que comencé a investigar sobre la España del siglo XVII: la cuestión de la decadencia. La historia de este periodo se ha situado tradicionalmente dentro del marco de la decadencia de España y tenía que preguntarme hasta qué punto palabras como *decadencia* o *declinación* representaban las realidades de la época y hasta qué punto se trataba de un concepto

impuesto por generaciones posteriores. Había llevado a cabo suficientes investigaciones sobre la primera mitad del siglo XVII para poder apreciar que lo que los gobernantes españoles estaban intentando hacer era excesivo para los medios a su disposición: defender un imperio global disperso contra toda una variedad de enemigos y mantener su posición dominante en Europa. Era también evidente que esos recursos se hallaban bajo una presión considerable. Una cantidad menor de plata llegaba a la Real Hacienda desde las minas de Nueva España y Perú, y Castilla cada vez tenía mayores dificultades en recaudar los impuestos y movilizar los recursos humanos que la habían hecho el motor de los éxitos de España en el siglo XVI. Se trataba de un caso claro de lo que hoy se conoce como «excesiva extensión imperial».

¿Proporcionaba, no obstante, el término «decadencia», con todas sus connotaciones decimonónicas, el marco conceptual adecuado para la época de Olivares? ¿Qué hubiera ocurrido si España, en lugar de Francia, hubiera salido victoriosa al final de la Guerra de los Treinta Años? ¿Se describiría hoy, en tal caso, aquella época como la de la decadencia de España? A medida que avanzaba por los memoriales y discursos de Olivares, sentí alivio al comprobar que él mismo concebía sus problemas en términos de «declinación». Desde su punto de vista, España había ido cuesta abajo desde los grandes tiempos del siglo XVI y consideraba que su cometido era detener y, si era posible, invertir tal proceso. Me tranquilizó bastante darme cuenta de cómo el mismo protagonista veía la tarea que había de emprender. Aunque todavía tenía que resolver por qué la veía de tal modo y en qué medida su punto de vista era compartido por otros, me sentía lo bastante seguro en la adecuación del término a las percepciones del siglo XVII, en contraste con las de tiempos posteriores, como para llegar a subtitular el libro *El político en una época de decadencia*.

El concepto general de la conciencia de la decadencia y la lucha de Olivares contra esta se convirtió para mí en el tema del libro, y considero que todas las biografías políticas necesitan un tema si no quieren derivar en meros batiburrillos de «la vida y la época». Pero el peligro de escoger un tema central es que puede llegar a ser demasiado restrictivo. Mi viejo interés en Velázquez y otros artistas del siglo XVII me había hecho cobrar plena conciencia de que había otro término en la ecuación de la decadencia: que esta época de graves apuros sociales, políticos y económicos fue al mismo tiempo un periodo en el que las artes florecieron en España como nunca antes o después, y no solo en pintura, sino

también en literatura y teatro. Basta con desarrollar un catálogo de los principales nombres (no solo El Greco, Velázquez o Zurbarán, sino también Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón de la Barca) para apreciar la riqueza y profundidad de la cultura española en vida de Olivares.

Aquí me enfrentaba a un dilema, que me temo que no pude resolver satisfactoriamente. De joven Olivares se enorgullecía de su mecenazgo de artistas y hombres de letras en su Sevilla natal, y continuó con su papel de mecenas en Madrid cuando llegó al poder en la Corte. Fue él quien llamó a Madrid al joven Velázquez y allanó el camino a su nombramiento como pintor de cámara del rey. Gran bibliófilo, Olivares disfrutaba de las conversaciones con hombres de letras y consideraba las artes como compañía indispensable, y expresión, de la grandeza real. Una parte esencial de su programa para la restauración de España consistía, por tanto, en el fomento de las artes y las letras, y en ello contaba con el apoyo entusiasta de su real señor. En consecuencia, la corte de Felipe IV se convirtió en el centro cultural de España de modo como no lo había sido nunca antes, y el conde-duque se propuso conscientemente hacer a su país el supremo de Europa en las artes de la paz así como en las de la guerra.

Mi problema aquí era cómo incorporar en una biografía política algo que requeriría inevitablemente un tratamiento de considerable envergadura de la literatura, la pintura y el teatro. Existían algunas relaciones evidentes que podía establecer. En particular, podía mostrar cómo el conde-duque procuró utilizar artistas y hombres de letras para proclamar los triunfos y virtudes de su régimen, con un programa de promoción de sí mismo que podría ser considerado como un ejemplo temprano de propaganda política. Pero según avanzaba fui consciente de que existía el peligro de ser arrastrado hacia la historia artística y literaria del periodo hasta desequilibrar el libro. Al final, resolví el problema esquivándolo. En la década de 1630 Olivares construyó en las entonces afueras de Madrid un palacio de placer para el rey, el Buen Retiro, que podía utilizarse para concursos poéticos, representaciones teatrales y otras festividades cortesanas. Tuve la suerte de poder asociarme a un historiador del arte, Jonathan Brown, y en nuestro libro en común, *Un palacio para el rey*, intentamos una «historia total» del palacio, lo cual nos permitió indagar en la vida de la Corte con cierta profundidad y describir sus manifestaciones artísticas y literarias según encontraban reflejo en la construcción y decoración del Buen Retiro y en las activi-

dades para las cuales suministraba el escenario. Lo que escribimos fue, de hecho, la biografía de un palacio[18].

Recuerdo que Raymond Carr me dijo tras la publicación de mi libro sobre el conde-duque que había tirado piedras contra mi propio tejado al dedicar tan poco espacio en él a la literatura y las artes. En ciertos aspectos, creo que tenía razón, pero yo era muy consciente (quizá demasiado) de las cuestiones relativas al equilibrio y la extensión. El libro tal como es ronda las setecientas páginas, y el hecho de incluir las artes dedicándoles el espacio que merecen lo habría alargado considerablemente. El siglo XIX fue la época dorada de las biografías en muchos volúmenes, y hemos de suponer que en aquel entonces el público disponía de tiempo libre para leerlas. Todavía se llevan a cabo, notablemente dedicadas a grandes escritores conocidos internacionalmente, como Dostoievski o Henry James, o figuras políticas del siglo XX, en especial estadounidenses, como Lyndon Johnson. Pero, ¿tendría el público anglófono el tiempo y la paciencia para sentarse a leer una biografía en dos volúmenes de un hombre de Estado extranjero de quien sabe poco o nada? Conjeturo que no y por ello vi *Un palacio para el rey* como una pieza separada de la biografía pero, al mismo tiempo, como un complemento a la misma. Aun así, no dejo de lamentar, en parte, no haber incorporado un mayor número de sus hallazgos en la biografía.

Lo que me enseñaron mis indagaciones sobre el arte y la literatura en la época de Olivares fue la absoluta necesidad de que los biógrafos políticos se sumerjan completamente en todos los aspectos de los mundos mentales y culturales de las sociedades a que pertenecían sus protagonistas. Sin ello, resulta imposible comprender sus ideas y actitudes, y los resortes de su conducta. Ningún personaje llega a representar del todo su propia época, pero todos representan ciertos aspectos de ella y reflejan al menos algunos de sus valores y supuestos previos.

La tarea del biógrafo político, como la de cualquier biógrafo, consiste seguramente en buscar las fuentes de esos valores y supuestos previos, desenredando en la medida de lo posible las diferentes capas del medio, la familia, la educación y la experiencia que intervienen para constituir la personalidad, y a continuación identificar las maneras en

18 Jonathan BROWN y J. H. ELLIOTT, *A Palace for a King. The Buen Retiro and the Court of Philip IV*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1980; edición revisada y ampliada, 2003 (traducción española, *Un palacio para el rey*, Madrid, Taurus, 2003).

que esas diversas capas se combinan para dar forma a intenciones y acciones que pueden alcanzar a tener un impacto político, social y cultural duradero. En un proceso de interacción mutua, la época ejerce influencia sobre el hombre, pero también el hombre ejerce influencia sobre la época.

Todavía nos queda, después de todo, la cuestión de fondo acerca de la relación de la biografía con la historia y la medida en que la biografía puede ser considerada como una herramienta histórica útil. Como alguien que ha dedicado una parte sustancial de su vida, para bien o para mal, a escribir una biografía política difícilmente puedo pretender ser un testigo imparcial. A fin de cuentas, solo puedo hablar a partir de mi propia experiencia personal. Debo admitir, a la luz de ella, que el enfoque biográfico no me parece un modo completamente satisfactorio de estudiar una sociedad o época particular. Inevitablemente deja al margen demasiadas cuestiones, del mismo modo que tiende, también inevitablemente, a girar demasiado en torno a las actividades de un solo individuo. A pesar de ello, el estudio detenido del conde-duque durante los veinte años que ocupó el poder fue para mí una experiencia enriquecedora e iluminadora.

Resulta demasiado fácil concebir el pasado en términos de grandes abstracciones. Convivir durante un largo periodo con un personaje e intentar seguir sus procesos de pensamiento, identificar sus ideas preconcebidas y entender sus acciones es el antídoto perfecto. Lo devuelve a uno a las realidades humanas, en contraste con la concentración en las grandes fuerzas impersonales, geográficas, económicas y sociales, que dominaron tanto la escritura de la historia en las décadas centrales del siglo XX. La contingencia, el azar y la personalidad no lo son todo el pasado, pero tuvieron un papel importante en darle forma. Los historiadores se exponen a un grave riesgo al descuidar tales elementos, y por mi parte estoy encantado de ver el arte de la biografía política en camino de la renovación.

Traducción de Marta Balcells, revisada por el autor

Contandos pollos: Richard Smyth, Miquel Parets y los pequeños espacios de la biografía

James S. Amelang
Universidad Autónoma de Madrid

Quisiera comenzar este breve ensayo con una aclaración, además de con una breve confesión. La aclaración es que yo no soy ni nunca he sido un biógrafo. Lo más cercano que he llegado a escribir algo parecido a una biografía ha sido un capítulo de un libro que publiqué en 1998 sobre la escritura autobiográfica de los artesanos y otros miembros de las clases populares en la Edad Moderna. Y en aras de la verdad, he de admitir que esa resultó ser una experiencia bastante frustrante.

Todo empezó bien. Disfruté muchísimo mientras trabajaba con un texto bastante singular, un largo manuscrito redactado desde 1626 a 1660 por un maestro zurrador de pieles barcelonés, Miquel Parets, quien se convirtió en protagonista del libro que acabo de mencionar[1]. El texto mismo era una combinación excepcional pero no única de autobiografía, memoria familiar y crónica urbana contemporánea. Daba mucha información sobre un autor más bien oscuro, así como sobre los acontecimientos que se desarrollaron en su ciudad durante los duros tiempos de mediados del siglo XVII. Lo que más me llamó la atención mientras investigaba y leía era la cuestión completamente desfasada de la intencionalidad: es decir, ¿por qué un maestro artesano hizo tan gran esfuerzo para escribir esta crónica personal y al mismo tiempo pública?

1 Miquel Parets, «De molts sucsesos que han sucseÿt dins Barselona y en molts altros llochs de Catalunya dignes de memòria» (1626-1660), en la Biblioteca Universitària de Barcelona (B.U.B.)/Mss. 224-225. La parte que narra la peste de 1651-2 ha sido publicada como Miquel PARETS, *Dietari d'un any de pesta. Barcelona 1651* (ed. de James S. Amelang y Xavier Torres), Vic, EUMO Editorial, 1989; mientras tanto, el primer tomo de la edición del texto original completo ha salido como Miquel PARETS, *Crónica. Llibre I/1. Vol. I* (ed. de M. Rosa Margalef, James S. Amelang, Antoni Simon y Xavier Torres), Barcelona, Barcino, 2011. El estudio también mencionado es James S. AMELANG, *El vuelo de Ícaro: La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003.

Mis instintos disciplinares como historiador me susurraron al oído que hallaría la respuesta en el archivo. En otras palabras, que la pista más segura para la interpretación de la autobiografía de Parets se hallaba en su biografía. Era un supuesto muy ingenuo, por cierto, pero logró movilizarme. No tardé en hallar referencias dispersas al zurrador en la documentación pública. Estas me ayudaron a concretar algunos de los datos externos más importantes relativos a su trayectoria vital. Gracias a la riqueza increíble de los archivos barceloneses, logré localizar algunas de sus apariciones en diversos tipos de documentación, tanto la pública (municipal) como la privada (notarial). Pero, después de reconstruir el perfil externo de su vida, descubrí que no podía decir prácticamente nada de valor sobre el ser interno. La reconstrucción no había producido ninguna revelación. A pesar de mis mejores esfuerzos, la biografía en el sentido más amplio o profundo de saber qué mueve a un individuo —y más específicamente, lo que mueve a un maestro artesano a redactar una crónica— me eludió.

Siendo la suerte lo que es, la mejor pista que me permitía especular sobre por qué Parets había cogido una pluma para escribir se encontró en una breve frase dentro de un documento personal de otro individuo: Joan Pons, un maestro pellejero y amigo del padre de Parets, además de su padrino. Entre las muchas pertenencias que figuran en el inventario post mórtem de su casa, en 1660, aparecen «cinco tablas con sus banquillos donde escriben los chicos», situadas en la entrada[2]. Esto fue lo más parecido en mi trayectoria investigadora a un momento digamos «¡eureka!». Esta mención tan casual de esos muebles reveló que el propio padrino de Parets ejercía, dentro de su taller, como un profesor particular de las competencias básicas de lectura, escritura y aritmética. Y mientras lo hacía, participaba en el esfuerzo no institucional, incluso subterráneo, de la llamada «revolución educativa» de la Edad Moderna.

Gracias a esos esfuerzos informales, arraigados en las solidaridades de barrio y de oficio, algunos miembros de las clases populares pudieron adquirir lo que Peter Burke ha llamado la «alfabetización práctica»[3].

2 «Cinc taulas ab sos banchs capitells de escriurer los minyons», en Arxiu Històric de Protocols, Barcelona (A.H.P.B.)/Miquel Serra, *Llibre de inventaris i encants*, 1640-1652, s.p. (23 de enero de 1660).

3 Peter BURKE, «The Uses of Literacy in Early Modern Italy», en su *The Historical Anthropology of Early Modern Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 110-131.

Desde luego, esta no era una pista cien por cien concluyente. Pero sí ayudó a vincular el rompecabezas de por qué Parets escribió una crónica con la pregunta más sencilla de cómo llegó a ser capaz de escribir, en general. Esto —y una misteriosa referencia a la figura mitológica de Ícaro en una versión posterior de su texto— me dotó de las pistas preliminares que me permitieron formular una hipótesis más amplia sobre cómo y por qué algunos artesanos y campesinos se adentraron en el mundo de la escritura no solo como lectores, sino también como autores.

Viendo todo esto desde la perspectiva de hoy, pondría énfasis en la existencia de una vinculación diferente y más directa entre el texto de Parets y la biografía. Al final del primero de los dos tomos de su crónica, aparece una lista de acontecimientos que incluye una serie donde se registra la muerte de varios maestros zurradores. Al nombre de cada uno y la fecha de su fallecimiento, añadió unas muy breves, incluso telegráficas, referencias a su carácter y a su posible descendencia (esta última cuestión tenía que ver con el negocio, porque si existía una viuda y/o algún heredero masculino no se procedería al cierre permanente del taller). Entre estas entradas se encuentran las dos siguientes:

> -El lunes 19 de abril enterraron al zurrador Francesc Quadrada, que era un hombre muy perezoso que casi nunca trabajaba sino que era muy aficionado al juego. Y murió de beber mucho vino fresco mientras estaba cansado... esto le pasó muy de repente y él dejó a una mujer y tres o cuatro hijos y cuando murió cerraron su taller.
>
> -El sábado 12 de junio enterraron al zurrador Antoni Colomer que era un hombre de mediana edad y que también murió de atragantar y él normalmente trabajó para otros y deja algunos hijos y cuando murió cerraron el taller.[4]

Volveré a esta curiosa lista más adelante. Pero antes de hacerlo, quisiera aclarar algo que tiene que ver (indirectamente) con ella: la referencia a los pollos en el título de esta intervención. Tiene su origen en el nombre bastante extraño que se dio en el municipio de Londres

4 B.U.B./Ms. 224, f. 105v. En el catalán original: «Dilluns a 19 de abril soterraren a Franc. Codrada assaonador y era homo molt vidayrada que lo demes tems no treballave sino que era molt jugador. Y mori espalmat de beurer molt vi fret y estava cansat y va eser fet molt prest y va dexar muller ab tres o quatre criatures y en ser mort plegaren la botiga»; y «Disapte a 12 de juny soterraren Antoni Colomer assaonador era omo de mija edat y mori tambe espalmat y feya feyna lo demes tems p. altri y dexa criatures y en ser mort plegaren la botiga».

al cargo que ocupó un tal Richard Smyth desde 1644 a 1655. Se llama el *Secondary of the Poultry Counter* —literalmente, el Ayudante del Contador de la Pollería, esta última siendo una cárcel ubicada en Poultry Lane (la calle de la pollería), en el lado oriental de Cheapside, la avenida comercial más importante del centro urbano[5]—.

Dos singularidades rescataron a este Smyth del olvido de los tiempos. La primera era la hazaña de haber coleccionado la más nutrida biblioteca de libros y manuscritos, luego dispersada por una subasta en la Inglaterra del siglo XVII[6]. La otra era su hábito de mantener durante casi cincuenta años un diario igual de distintivo. Conocido como el *Obituary*, o necrología, se trata de una lista ordenada cronológicamente de ciertos individuos que murieron en Londres desde 1627 a 1674[7]. Basta un vistazo a la primera página para comprender su estructura. La primera entrada lleva la fecha del 8 de octubre de 1606 y cita —de forma retrospectiva, porque Smyth especifica que comenzó la redacción a finales de los 1620— la muerte de su propio abuelo. Luego siguen breves menciones de la defunción de otros individuos, ordenadas cronológicamente por año y mes. En algunas entradas el difunto —aparecen muy pocas mujeres— viene identificado por su oficio, título o cargo, y de vez en cuando Smyth especifica la causa de la muerte y ofrece otra información sobre él, por ejemplo, su edad, dónde vivía y/o los nombres de algunos parientes[8].

5 Para la historia de esta cárcel (donde estaban encerradas sobre todo mujeres detenidas por delitos menores), véase E. D. PENDRY, *Elizabethan Prisons and Prison Scenes*, Salzburgo, Institut für englische Sprache und Literatur, Universität Salzburg, 1974, especialmente pp. 54-99; una breve descripción del cargo que ocupaba Smyth se encuentra en B. R. MASTERS, «City Officers, II: The Secondary», en *Guildhall Miscellany*, vol. 2, nº 10, 1968, pp. 425-433. Un edificio bien conocido en Londres durante centurias, el Counter, dejó de existir en el siglo XIX. Lo que ocupa su lugar ahora es fruto de los destrozos de la Luftwaffe, seguidos de la inspiración de un famoso arquitecto escocés.

6 Más detalles en E. G. DUFF, «The Library of Richard Smith», en *The Library*, vol. 8, 1907, pp. 113-133.

7 Richard SMYTH, *The Obituary of Richard Smyth: Secondary of the Poultry Compter, London: Being a Catalogue of All Such Persons as He Knew in Their Life: Extending from A.D. 1627 to A.D. 1674* (ed. de sir Henry Ellis), Londres, Camden Society, 1849.

8 La primera página llama la atención por la mención de tres incidentes notorios de muerte violenta: el asesinato del duque de Buckingham, el homicidio del escritor y político Fulke Greville por un criado enloquecido, y el linchamiento del famoso charlatán y mago Dr. John Lambe. Este último fue objeto de un excelente estudio reciente de Alastair BELLANY, «The Murder of John Lambe: Crowd Violence,

Una comparación rápida entre estas dos listas necrológicas revela diferencias significativas en términos de escala, amplitud de referencia y propósito. La distinción más llamativa es que mientras Parets ofrece información sobre los óbitos de sus compañeros de oficio —de entrada un conjunto bastante reducido—, la lista de Smyth no solo es mucho más larga, sino también recoge datos sobre un abanico social mucho más amplio. Tan amplio que incluye algunas figuras famosas que el autor seguramente no conocía en persona, como, por ejemplo, «el Dr. Harvey, un viejo médico muy letrado», es decir, el clásico héroe de la historia de la medicina renombrado por el descubrimiento de la circulación de la sangre. Aun así, ciertos sesgos marcan su selección de difuntos. Parece que, en términos espaciales, el mapa de la mortalidad de Smyth no se aleja mucho del barrio de los libreros que él frecuentaba con tanta asiduidad[9].

Existen, sin embargo, algunas semejanzas importantes entre los dos textos. Entre las entradas más largas —por casualidad se trata de un librero— encontramos la siguiente necrología, fechada el 23 de marzo de 1672:

> El viejo John Nicolson, un hombre pobre, y antes un papelero, bien relacionado con todos los libreros, murió esta noche, después de pasar toda la tarde anterior fuera de su casa. Algunos dicen que murió de inanición por su tacañería, aunque después de su muerte encontraron en su casa dinero más que suficiente para satisfacer sus necesidades.[10]

Court Scandal and Popular Politics in Early Seventeenth-Century England», en *Past and Present*, nº 200, agosto de 2008, pp. 37-76.

9 Sobre esto y mucho más, véase Vanessa HARDING, «Mortality and the Mental Map of London: Richard Smyth's *Obituary*», en Robin MYERS y Michael HARRIS (eds.), *Medicine, Mortality and the Book Trade*, Folkestone, St. Paul Bibliographies, 1998, pp. 49-71; así como, de la misma autora, «Family, Household, and Neighbourhood in Seventeenth-Century London» (manuscrito inédito, 2010). Agradezco a la Dra. Harding su generosidad en compartir conmigo los resultados de su investigación, muy innovadora, sobre la historia social del Londres moderno, que incluye no solo una reconstrucción detallada de la vida y el contexto de Smyth, sino también los hallazgos de un proyecto más amplio que hace poco dirigió dedicado a la comparación de la historia demográfica, social y económica de tres barrios, entre ellos Cheapside (véase el resumen preliminar en Vanessa HARDING *et al.*, *People in Place: Families, Households and Housing in Early Modern London*, Londres, Centre for Metropolitan History, 2008).

10 «Old John Nicolson, a poore man, once a stationer, well acquainted with all the booksellers, died this night, having been abroad ye afternoone before. Some report he starved himselfe through miserableness, tho' since his death there was

Desde luego, llama la atención el parecido de esta entrada poco lisonjera con algunas de las de Parets, también dado a remarcar la avaricia y otros defectos morales de sus compañeros[11]. Los dos textos comparten otras similitudes. Sus entradas siguen una estructura idéntica, marcada por la misma brevedad telegráfica. Menos superficial es la presencia de indicios de lazos personales entre el escritor y las personas muertas que aparecen en su lista. Dado que Parets compartía con los demás zurradores un micromundo de oficio y barrio, se puede dar por seguro que conocía directamente a todos los individuos que aparecen en su lista. Y aunque es cierto que Smyth registra los nombres de muertos dentro de un área metropolitana mucho más amplia, muchas veces sus comentarios revelan la existencia de algún tipo de contacto o conocimiento previo[12].

Vistos juntos, estos dos textos tipológicamente muy parecidos y casi exactamente contemporáneos plantean algunas sugerencias interesantes en relación con otra práctica sociocultural de la misma época, la de la biografía. Desde luego, a primera vista los vínculos entre esos escuetos registros y la escritura biográfica parecen ser bastante débiles. Estos conjuntos de mini-biografías, *biograffiti* o como queramos llamarlos, representan en el mejor de los casos esfuerzos parciales y esporádicos. Y si la biografía consiste en el esfuerzo de regalar a un individuo un poco de tiempo histórico, estos textos le dedican solo una pizca. Única-

money sufficiently found, by him, to have satisfied his wants», en R. SMYTH, *The Obituary*, p. 98.

11 Como en una entrada fechada el 20 de junio de 1631, cuando escribió del zurrador Miquel Baset (que era además su tío) que «la fama era que tenia molts dines sino que los tenia secrets y sempre feya lo pobre» (B.U.B./Ms. 224, f. 105v.) La atención que dedicó Parets a la cuestión de la avaricia sin duda tenía motivos más inmediatos y prácticos que en el caso de Smyth. El interés que mostraba el barcelonés en los posibles ahorros de un compañero estaba relacionado con la posibilidad de que este dinero fuera utilizado por los herederos para mantener abierto el taller. Esto era un asunto que afectaba a todos los miembros del gremio y explica por qué Parets también mencionó el cierre de los talleres en las dos necrologías citadas previamente.

12 Este es un tema central en HARDING, «Mortality…», 1998. Desde luego, sería interesante releer otros textos individualizantes de la misma época con la cuestión de la personalización en mente. Uno podría vislumbrar un continuo que tiene en un extremo la recogida y exposición de datos muy íntimos por un lado —el ejemplo de *The History of Myddle*, de Richard GOUGH, viene inmediatamente a la mente— y, ocupando el otro extremo, una *collectanea* completamente impersonal, como, por ejemplo, un padrón de habitantes o cualquier otro censo.

mente captan momentos instantáneos, meras incidencias. No son vidas, sino menciones; dibujos rápidos, no retratos en toda regla.

La biografía como forma literaria es el producto de la intencionalidad y no es tan incidental como son estos fragmentos impredecibles. No obstante, sugeriría que vale la pena prestar atención a estas listas poco literarias y a estos dibujos poco desarrollados por, al menos, dos razones. En primer lugar, porque son mucho más numerosos de lo que uno pensaría, y lo son precisamente gracias a su maleabilidad como forma literaria. Además, es posible que hayan desempeñado un papel crucial aunque bastante invisible en la difusión de la idea y la práctica de la biografía en el pasado, tanto lejano como próximo[13].

Si intentamos convertir estas especulaciones en algo más concreto, una primera vista nos revela una amplia gama de posibilidades. Los dos conjuntos textuales de Parets y Smyth que he citado son documentos personales redactados por dos autores identificables. Pero una gran parte del esfuerzo biográfico de la Edad Moderna tuvo su origen en la creciente necesidad de varias burocracias de identificar a los miembros individuales de diversos grupos o categorías sociales.

Dos ejemplos españoles de particular interés tienen que ver con esclavos, es decir, individuos sobre los cuales no solemos saber prácticamente nada y cuyas existencias tienden a dejar muy pocas huellas documentales. En primer lugar, el Museo Naval de Madrid custodia once volúmenes de «Libros de galeras», que cubren el período entre 1624 y 1748[14]. Estos manuscritos contienen miles de registros individuales de criminales, prisioneros de guerra y otros desafortunados que fueron obligados a remar en las galeras estatales en el Mediterráneo. Incluso uno puede encontrar un poco de autobiografía en estos tomos, gracias a que esa documentación recoge copias de peticiones al Rey pidiendo

13 De entre la abundante literatura sobre la biografía moderna sobresale Thomas F. MAYER y D. R. WOOLF (eds.), *The Rhetorics of Life-Writing in Early Modern Europe: Forms of Biography from Cassandra Fedele to Louis XIV*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995, como un esfuerzo colectivo inusualmente amplio, además de ser concebido con criterios muy flexibles. También subrayaría los paralelismos entre mi esfuerzo por localizar la biografía en lugares insospechados con una operación parecida, dirigida hacia la autobiografía, en el muy estimulante estudio de Adam SMYTH, *Autobiography in Early Modern England*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

14 Más detalles en Tereixa COSTENLA, «Luz sobre los prisioneros del remo», en *El País* (Madrid), 12 de marzo de 2012, p. 35.

exención de ese servicio forzado —en otras palabras, el mismo tipo de «relatos de indulto» sobre los cuales llamó atención Natalie Davis en su libro *Fiction in the Archives*[15]—.

Un segundo ejemplo, y algo menos deprimente, también tiene que ver con esclavos. En este caso se trata del papeleo que se amontona en los archivos de los tribunales eclesiásticos, producto de solicitudes por parte casi siempre de esclavos convertidos al catolicismo que buscaban el amparo de la Iglesia. Un ejemplo típico es la historia de una mujer llamada María Josepha Rosa de Lima, quien se presentó ante el tribunal diocesano de Cádiz en 1765 buscando reparación de un tal Marcelo Cueva. Este último había desaparecido la noche anterior a su boda con ella, y eso después de leer en público las amonestaciones obligatorias requeridas por el Derecho canónico. El escribano que recogió su petición la convirtió en algo parecido a una biografía abreviada, gracias a la cual el lector averigua que ella tenía 16 años, que había nacido en Orán, en el norte de África, y que por entonces residía en Cartagena, donde trabajaba como criada para don etc., etc. El historiador Alessandro Stella ha escrito un estudio interesante basado en estos testimonios y subraya su valor como lo que llama «biografías modestas», además de señalar sus obvias limitaciones como fuentes históricas[16].

Se podrían citar otros muchos ejemplos de este tipo de registros. De todos modos, la tarea más urgente es la de sugerir algunas de las rutas a través de las cuales estos conjuntos podían llegar a convertirse en algo más complejo desde un punto de vista literario. Aquí es donde volvemos a tropezar con las necrologías de Smyth y Parets. Si las leemos con estos textos paralelos en mente, tal vez las veamos como algo que abre un camino hacia una etapa más ambiciosa y desarrollada del esfuerzo biográfico. El valor añadido, crucial aquí, es la perspectiva personal. Sus autores transformaron la impersonalidad de la recogida y organización de la información biográfica por parte de las burocracias

15 Natalie Zemon DAVIS, *Fiction in the Archives: Pardon Tales and Their Tellers in Sixteenth-Century France*, Stanford, Stanford University Press, 1987.

16 Alessandro STELLA, *Histoires d'esclaves dans la Péninsule Ibérique*, París, Éditions EHESS, 2000, pp. 17-19. En la p. 15, el autor se refiere a tales historias como «noticias biográficas modestas, en comparación con los relatos autobiográficos de esclavos», como el de Olaudah Equiano, o las biografías más amplias reconstruidas a partir de testimonios orales, como en el caso de la reelaboración por parte de Miguel BARNET de la vida del antiguo esclavo cubano Esteban Montejo (*Biografía de un cimarrón*, Barcelona, Ariel, 1968).

públicas, no solo incorporando más detalles sino también a través de la inyección —de vez en cuando en el caso de Smyth y casi siempre por parte de Parets— de un mínimo de evaluación personal. Convirtiendo la mera relación en valoración, acabaron ejerciendo más plenamente su función como autores y, al mismo tiempo, dieron un pequeño empujón a un género textual que existía literalmente en miniatura.

Ya apuntados el significado y potencial biográfico de estos diferentes ejemplos de perfiles mínimos, se puede dar un paso más, e intentar imaginar cómo se podría construir una genealogía que vinculara estos escritos con otros, dentro de una serie más larga y amplia. Una cadena así seguramente encontraría algún lugar para una enorme variedad de textos, entre ellos:

- Entradas biográficas repetidas, y en pequeña escala, de esta índole tenían claros antecedentes en ciclos medievales de vidas religiosas ejemplares. Estas incluían no solo la hagiografía, sino también breves retratos en prosa de creyentes particularmente devotos, clérigos renombrados por su santidad, etc. Un ejemplo clásico, y tal vez todo un punto de partida, es el catálogo *De hombres ilustres* (*De viris illustribus*) redactado por San Jerónimo —un declarado admirador de la brevedad— a finales del S. IV, después de su retirada al monasterio que fundó en Belén[17].

- Entre los paralelos seglares destacan los breves dibujos biográficos que tanto abundan en las genealogías y otros tipos de documentación familiar. Un ejemplo particularmente prolífico son sus casi 7.000 (¡!) páginas de diarios, crónicas, libros de cuentas, apuntes en almanaques y otros escritos autobiográficos o referidos a su linaje generados por el patricio de Núremberg Hermann Weinsberg (1518-1597) a lo largo de su vida, para beneficio (según él) de sus futuros descendientes. En ellas insertó numerosos resúmenes biográficos, entre los que figuran los de su padre y su abuelo[18].

17 Para la «fórmula de la brevedad» que Jerónimo heredó de la retórica clásica, véase Ernst Robert CURTIUS, «Brevity as an Ideal of Style», en su *European Literature and the Latin Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 1973, p. 487.

18 Véase Matthew LUNDIN, *Paper Memory: A Sixteenth-Century Townsman Writes his World*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2012, pp. 205-207. Lundin sugiere (p. 206) que en este esfuerzo Weinsberg tal vez hallara algo de inspiración en los ejemplares de (traducciones de) Plutarco, Cicerón y Herodoto que figuraban en la pequeña biblioteca de su padre.

- Otro experimento igual de singular del mismo momento histórico está relacionado con Paolo Giovio. Este humanista italiano escribió sus *Elogia* de 1546-1551, una serie de textos biográficos que resumían las vidas de hombres de letras (y algún guerrero), para acompañar la gran colección de retratos pintados que había dispuesto en su villa, en las orillas del Lago Como, levantada según una leyenda local sobre el mismo solar en el que Plinio *el Joven* tenía su casa. Pero este no fue su único intento de plasmar una biografía serial. Justo después del Saco de Roma, en 1527, escribió un diálogo sobre «los hombres y mujeres notables de nuestros tiempos», que sometía a examen un amplísimo conjunto de individuos eminentes, tanto vivos como muertos. Finalmente, también tenía la costumbre de insertar breves biografías dentro de sus obras más propiamente históricas, muchas de las cuales transcurrían en el mismo periodo histórico que su propia vida[19].

- Otro sitio no tan predecible donde uno puede tropezar con estos conjuntos de pequeñas biografías es el cuaderno médico. Mejor dicho, un tipo particular de cuaderno: el mantenido por un médico astrólogo, como, por ejemplo, Simon Forman o Richard Napier en Inglaterra, o Girolamo Cardano en Italia. Estos se distinguen de los registros de otros médicos, que suelen anotar los datos básicos relacionados con síntomas y terapias. Los físicos aficionados a la astrología, en cambio, empezaban las consultas pidiendo datos biográficos concretos, entre ellos la fecha y las circunstancias del nacimiento del paciente. Esta información y otras muy personales se consideraban necesarias para la elaboración de un horóscopo, paso previo indispensable para la identificación de los remedios que acabaría prescribiendo el médico. Estos documentos desvelan un abanico muy limitado de información. Aun así, dan salida a un

19 La edición impresa en Basilea en 1577 del texto de Giovio incorporaba algunas ilustraciones de muy buena calidad hechas por el grabador suizo Tobias Stimmer, quien las copió directamente de los originales en la villa de Como (véase el entrada de José María RIELLO en el catálogo editado por Miguel Falomir, *El retrato del Renacimiento*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 2008, pp. 364-365). Los principales estudios de esta serie famosa siguen siendo la tesis doctoral todavía inédita de Linda Susan KLINGER, *The Portrait Collection of Paolo Giovio*, 2 vols., Universidad de Princeton, 1991; y T. C. Price ZIMMERMAN, *Paolo Giovio: The Historian and the Crisis of Sixteenth-Century Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1995. Kenneth Gouwens ha sacado recientemente una edición y traducción al inglés: Paolo GIOVIO, *Notable Men and Women of Our Time. Dialogus de viris et feminis aetate nostra florentibus*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2013. Le agradezco el envío del texto de la introducción mientras estaba en prensa.

impulso biográfico muy distintivo, consecuencia lógica de esa aproximación tan particular a la praxis médica[20].

- Creo que sería asimismo apropiado introducir aquí alguna forma propiamente literaria, en particular la elegía. Así, desde la perspectiva de la Edad Moderna, un lector podría mirar hacia atrás para encontrar textos medievales como, por ejemplo, la famosa secuencia de elegías de guerreros galeses atribuida a Aneirin, bardo del siglo VI. Y mirando hacia delante hallaría, por citar una obra maestra de la poesía norteamericana del siglo XX, la *Antología de Spoon River*, de Edward Lee Masters (1916). En este último conjunto vemos cómo los equivalentes escultóricos de nuestras necrologías del siglo XVII —las inscripciones en las tumbas— se convierten en epitafios más desarrollados (y muchos de ellos remarcablemente amargos, incluso desesperados)[21].

- (Casi) no hay que decir que los textos que con el paso del tiempo acabarían siendo los diccionarios biográficos de hoy en día también caben dentro de esta categoría de resúmenes abreviados y seriales de vidas individuales. Un ejemplo especialmente precoz sería el *Onomasticon*, del naturalista suizo Conrad Gesner, publicado por primera vez como apéndice de la edición de Basilea de 1544 del muy consultado diccionario de literatura latina de Ambrogio Calepino, cuya primera impresión data de 1502. Desde luego, es posible que los pedantes de la Edad

20 Más información en: Nancy G. SIRAISI, «Cardano and the Art of Medical Narrative», en *Journal of the History of Ideas*, vol. 51, 1991, pp. 581-602; Lauren KASSELL, «How to Read Simon Forman's Casebooks: Medicine, Astrology, and Gender in Elizabethan London», en *Social History of Medicine*, vol. 12, 1999, pp. 3-18; Barbara Howard TRAISTER, *The Notorious Astrological Physician of London: Works and Days of Simon Forman*, Chicago, University of Chicago Press, 2001, especialmente pp. 56-80; y Michael MACDONALD, *Mystical Bedlam: Madness, Anxiety, and Healing in Seventeenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, especialmente pp. 26-32. También existen algunos textos donde médicos no inclinados a la astrología registraban información biográfica sobre sus pacientes. Tal vez la fuente más rica en ese sentido sean los múltiples volúmenes de «Ephemerides», del famoso físico hugonote Théodor MAYERNE, ahora en la British Library. Para un estudio detallado basado en esos cuadernos, véase Brian NANCE, *Turquet de Mayerne as Baroque Physician: The Art of Medical Portraiture*, Ámsterdam, Rodopi, 2001.

21 Como, por ejemplo, la sexta poesía, «Cassius Hueffer»; véase Edgar Lee MASTERS, *Spoon River Anthology*, introducción de May SWENSON, Nueva York, Collier, 1962, p. 29. Una traducción al inglés del *Book of Aneirin* se encuentra en la página web del «Celtic Literature Collective» en http://www.maryjones.us/ctexts/aindex.html (consultada el 23 de enero de 2014).

Moderna se sintieran más cómodos escribiendo enciclopedias en vez de este tipo de diccionario (la legendaria incontinencia verbal de Nicéron viene enseguida a la mente). De todos modos, este último subgénero logró encontrar un hueco en esa época y así preparó el terreno para un futuro muy prometedor[22].

- Una última observación: cuando uno intenta visualizar este terreno textual no puede dejar de fijarse en los pequeños nichos biográficos que fueron incorporados en algunas obras mayores del género. Incluso es posible que existieran desde los mismos inicios de la biografía formal. Si miramos atentamente a un ejemplo particularmente bien conocido, la vida de Alejandro Magno escrita por Plutarco, descubrimos que en este texto largo se refiere a varios centenares de individuos por sus nombres. Además, en algunos casos se ofrecen al lector diferentes datos sobre esas figuras secundarias, como su nacimiento, linaje, rango social, historial de hazañas y otras características distintivas. Eso ocurre no solo con el contrincante principal de Alejandro, el rey persa Darío, sino también con otros personajes mencionados menos frecuentemente, como Barsine, la única concubina que tenía Alejandro antes de casarse. Dicho eso, es importante dejar claro que estos apuntes *no* pertenecen al género biográfico, según el punto de vista de Plutarco mismo. Él acuñó una definición muy famosa de la biografía, que consideraba como el equivalente moral y literario de un retrato pintado por un artista. Lo que ambos tienen en común es la revelación al lector o al espectador del carácter de un individuo, reflejado sobre todo en sus virtudes y vicios[23]. Según ese criterio tan exigente, lo que hizo Plutarco en su texto con Barsine fue rescatarla del olvido, no escribir su biografía. De todos modos, me atrevo a sugerir que algunas miniaturas como la suya, sin llegar a ser biografías en toda regla, podrían servir para enfatizar el conjunto del efecto biográfico. En eso se parecen al resultado conseguido cuando la presencia de numerosos soldados claramente delineados ayuda a convertir en figuras más ricas y complejas a los dos protagonistas de una pintura como la *Rendición de Breda*, de Velázquez[24].

22 Me remito aquí a Ann M. BLAIR, *Too Much to Know: Managing Scholarly Information before the Modern Age*, New Haven, Yale University Press, 2010, especialmente pp. 121-124.

23 PLUTARCO, *Age of Alexander: Nine Greek Lives* (introducción de G. T. Griffith), Londres, Penguin, 1973, p. 252.

24 Se encuentra casos paralelos de la inserción de breves biografías dentro de historias no biográficas más desarrolladas, como, por ejemplo, los retratos de diversos reyes

Concluyo confesando que podría haber llamado a este ensayo algo así como «varios incidentes menores en la historia de la biografía», si no intentara desarrollar algún tipo de argumento más amplio sobre la escritura biográfica en la época anterior a su consolidación definitiva como género literario. Tengo la impresión de que hoy en día estamos acostumbrados a pensar en la biografía —e incluso en la autobiografía— como un tipo de escritura ya completamente empaquetada. Viviendo como vivimos en una época de biografía plenaria, la entendemos como una forma literaria que, como cierto tipo de novela, queda suspendida entre la literatura y la historia, y que nos llega en un formato bastante abultado. También sale de la imprenta con una forma o estructura muy firme, que se nutre de un abanico bastante predecible de tácticas y trucos estilísticos. Aun así, este producto tan visiblemente codificado logra comunicar con una facilidad envidiable con unos lectores veteranos movidos por unas expectativas igual de predecibles.

Los historiadores como yo, que carecemos de experiencia con la biografía, llegamos al punto final de esta progresión triunfal desde la «mini» biografía a la «maxi» viéndola desde el ángulo diferente, y claramente extraño, de encontrarnos todavía anclados en la etapa «mini». Es decir, mucha de nuestra investigación —en historia social, por ejemplo— nos tiene repasando eternamente grandes conjuntos de información biográfica, muchas veces proveniente de registros seriales creados con fines burocráticos o contables. Aun en la mejor de las circunstancias, estas lacónicas e impredecibles menciones suelen carecer de suficiente carne en el hueso para tentarnos a intentar convertir esos datos crudos en vidas plenamente historiadas. A veces, esta limitación conduce a la frustración, como confiesa Arlette Farge al principio de su muy reveladora memoria de una vida pasada en los archivos de París[25]. Pero hay ocasiones en que esa información nos llega en un formato más personalizado e idiosincrásico. Lo que marca estas últimas entradas como especiales no es tanto una cuestión de tamaño o forma, sino la presencia de algún tipo de presencia, incluso iniciativa autorial.

en las crónicas medievales de William of Malmesbury o Gerald of Wales; más detalles, en el excelente estudio de Antonia GRANSDEN, «Realistic Observation in Twelfth-Century England», en *Speculum*, vol. 47, 1972, pp. 29-51. Lo mismo aparece en obras no específicamente históricas, como en el elenco de artistas de la Antigüedad, en el libro XXXV de la *Historia natural* de PLINIO.

25 Arlette FARGE, *La atracción del archivo*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, pp. 12-16.

Este es precisamente el valor aportado por un Parets o un Smyth. No es tanto el hecho de conocer sus nombres, sino que cuando comparamos sus relativamente pocas hojas con la gran masa de listas de nombres que yacen dentro de los archivos, vemos que se ha registrado una transformación: un depositorio pasivo de datos menudos revelado por una breve mención ya ha sido dotado de un nuevo potencial analítico y/o narrativo. Lo que ha intervenido es un enriquecimiento que, con un poco de suerte, nos ayuda dar un paso más hacia la biografía *tout court*, convirtiendo a un artesano como Parets en un Aubrey, por decirlo de alguna manera[26].

Parets y Smyth, casi contemporáneos y entregados a (más o menos) esfuerzos paralelos, participaron precisamente en la tarea de enriquecimiento de lo biográfico. Desde luego no hay que exagerar lo que consiguieron, ni mucho menos dar por supuesto que sabían lo que estaban haciendo. Sin embargo, es posible que con todas sus limitaciones tan obvias, sus modestos textos ayudaran a difundir la práctica de la biografía por más rangos de la escala social de lo que lo hicieron algunas obras más famosas que figuran en las historias tradicionales del género. Y si nosotros mismos pudiéramos conferirles un poco de valor retrospectivo, podríamos decir que el tipo de biografía que ellos produjeron —abreviada, mínimamente suficiente, recogida en una colección pero dotada de un perfil firmemente individualista— acabó ofreciendo algún reconocimiento básico a algunas vidas que de otra forma nunca hubieran recibido más mención que la de un registro parroquial, o de una línea en una lista de contribuyentes.

Reconocimiento es el resultado y la biografía su instrumento. Pero como invitación al trabajo, es bastante indirecta. Cierro estas breves reflexiones con la mención de un testimonio nada indirecto, y que me produce mucha inquietud. Aparece al final de un diario extraordinario, escrito por Helène Berr, una joven judía, en el París ocupado antes de su deportación y asesinato en Bergen-Belsen. El 15 de febrero de 1944, casi en la última entrada que redactó antes de su detención, ofrece la siguiente amonestación en relación a cómo se debería escribir en el futuro sobre la destrucción que planeaba sobre ella, su familia y los demás judíos:

26 Me refiero aquí a uno de los padres fundadores del género biográfico en lengua inglesa, John AUBREY, cuya obra más famosa se llamaba precisamente *Brief Lives* (*Vidas breves*), escrita entre 1669 y 1696.

la única historia verdadera que valdría la pena escribirse sería la que incluyera la historia completa de *cada uno de los deportados*...[27]

Cuando leo esta frase no puedo evitar la sensación de que me está señalando con el dedo. No está pidiendo, me está insistiendo en que mi deber profesional como historiador es ser no solo un biógrafo, sino un biógrafo de cada uno de los millones de hombres, mujeres y niños que murieron. Uno no rechaza con ligereza un envite así, aun siendo claramente imposible. Confieso que me siento intimidado por este encargo de escribir la vida de los muertos. Berr nos pide —no, nos *exige*— esto como el medio más apropiado de honrar su memoria. Desde hace mucho la rememoración ha servido como un motivo poderoso de la biografía. ¿Quién sabe? Tal vez los esfuerzos de este zurrador y el contador de pollos, asumidos en circunstancias exentas de tan trágica consecuencia, se nutrieran de propósitos semejantes.

27 Hélène BERR, *Journal* (trad./ed. de David Bellos, postfacio de Mariette Job), Londres, Quercus, 2009, p. 260. El énfasis es mío.

Sociedad cortesana y memoria en la vida y obra del III conde de Fernán Núñez

CAROLINA BLUTRACH*
Universitat de València

Nuevos contextos para un viejo texto

En 1686 se publicaba la edición príncipe de *El hombre práctico, o discursos varios sobre su conocimiento y enseñanzas* escrito por Francisco Gutiérrez de los Ríos, III conde de Fernán Núñez (1644-1721). Se trataba de una edición no venal que no incluyó las licencias necesarias y en la que su autor se presentaba en el frontispicio bajo las siglas D. F. de L. R. y C. C. de F[1]. Reeditada en dos ocasiones durante el siglo XVIII (en 1764 y 1787), en formato más pequeño y con el nombre y servicios del autor bien visibles en la portada[2], la obra pronto captó la atención de historiadores e hispanistas[3], llegándose a publicar en el cambio de milenio una edición crítica de los discursos[4]. Con el foco puesto en la obra de Gutiérrez de los Ríos, el aspecto más destacado por la historiografía ha sido la «modernidad» y el carácter pre-ilustrado del texto y, por extensión, de su autor, del que poco se sabía pero al que se ha presentado

* La autora forma parte del proyecto HAR2014-53802-P, financiado por el MINECO.

1 Siglas que se corresponden con «Don Francisco de los Ríos y Córdoba Conde de Fernán». El juego de máscaras quedaba pronto resuelto pues en los paratextos que seguían se menciona el nombre del autor.

2 El autor aparece en la forma que sigue: «Por el Excelentísimo Señor Don Francisco Gutiérrez de los Ríos y Córdoba, tercer conde de Fernán Núñez, Señor de las Villas de Boncalez y la Morena, Comendador de Montealegre en el Orden de Alcántara; Plenipotenciario al Rey de Suecia Carlos Undécimo, General de la Artillería y Sargento General de Batalla en los Ejércitos de S. M.».

3 Russell P. SEBOLD, «A Statistical Analysis of the Origins and Nature of Luzan's Ideas on Poetry», en *Hispanic Review,* 35 (1967), pp. 227-251; y José Antonio MARAVALL, «Novadores y pre-ilustrados: la obra de Francisco Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán Núñez (1680)», en *Cuadernos Hispanoamericanos,* 340 (1978), pp. 15-30.

4 Jesús PÉREZ MAGALLÓN y Russell P. SEBOLD (eds.), *El hombre práctico, o discursos varios sobre su conocimiento y enseñanzas*, Córdoba, Cajasur, 2000.

como antepasado ideológico del Padre Feijoo y heraldo de la Ilustración[5]. En el mejor de los casos, los estudios han incluido breves notas sobre su vida mientras que todo el protagonismo ha recaído en su producción intelectual considerada un «evento» dentro del denominado *tiempo de los novatores*: aquella época a caballo entre los siglos XVII y XVIII en la que se fue construyendo la modernidad de la mano de una renovación del pensamiento y de la práctica científica. El estudio de la producción intelectual de Gutiérrez de los Ríos se enmarcó, por tanto, en una historiografía preocupada por rastrear los orígenes de la Ilustración española y que contribuyó de manera importante a la revisión del reinado de Carlos II, el último Austria[6].

En dichos trabajos, el contexto intelectual de los *novatores* asumió prácticamente todo el protagonismo, quedando desterrado del análisis, o relegado a un lugar muy marginal, el autor de tan «modernos» discursos. Más allá de los *novatores*, no han sido analizadas otras circunstancias, personales y colectivas, que pudieran explicar por qué un noble cordobés decidió en un determinado momento de su vida tomar la pluma y convertirse en autor de enseñanzas políticas en la forma en la que lo hizo. Para analizar aquellas otras circunstancias y contextos en los que se inscribe la acción de escritura del III conde de Fernán Núñez, el enfoque biográfico se presenta como una herramienta metodológica útil[7]. Cambiar el foco del texto al sujeto, para volver nuevamente al texto, abre nuevas posibilidades interpretativas y objetivos de investigación entre los que se incluyen poner en relación la producción

5 De esta forma Guillermo CARNERO presentaba a Francisco Gutiérrez de los Ríos en la reseña a la edición crítica de su obra *El hombre práctico* (2000), publicada el 22 de noviembre de 2000 en *El Cultural* de *El Mundo*.

6 La modernidad de *El hombre práctico* se apunta en Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas. El léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, 1992; François LÓPEZ, «Los novatores en la Europa de los Sabios», en *Studia Historica. Historia Moderna*, 14 (1996), pp. 95-111; J. PÉREZ MAGALLÓN y R. P. SEBOLD (eds.), *El hombre práctico*…; y Jesús PÉREZ MAGALLÓN, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, Madrid, CSIC, 2002.

7 El enfoque biográfico ha ido ganando terreno y solvencia metodológica. Muestra de la actualidad del debate y sus posibilidades son la serie de ensayos publicados en *American Historical Review*, «Roundtable: Historians and Biography», 114:3 (2009), editado por David NASAW; en *Journal of Interdisciplinary History*, dossier «Biography and History: Inextricably Interwoven», 40:3 (2010), editado por Robert I. ROTBERG; y en *Ayer*, dossier «Los retos de la biografía», 92:1 (2014), editado por Isabel BURDIEL.

intelectual con la trayectoria biográfica y explorar la relación dinámica entre texto y sujeto, entre vida y obra.

La indagación sobre el personaje tiene como objetivo enraizar la acción de escritura del III conde de Fernán Núñez, *sujetarla* si se quiere, conectándola no solo con el cuerpo físico de quien la produjo, sino con un cuerpo social y cultural de prácticas dentro de las cuales se inscriben la producción y la difusión de los discursos que forman *El hombre práctico*. La adopción de una perspectiva biográfica, combinada con un enfoque sociocultural de la escritura, pone en primer plano cuestiones que no han sido abordadas hasta ahora (o al menos no con suficiente profundidad), como la condición nobiliaria del autor de *El hombre práctico* y su pertenencia a una comunidad más amplia como es el linaje de los Fernán Núñez, y, en relación directa con su condición social, la forma en la que escribe y publica. Permite explorar las motivaciones personales y colectivas que indujeron a este noble a tomar la pluma y a escribir una obra semejante en un determinado momento, los efectos que podía perseguir con esta acción de escritura y los que produjo, analizados a partir de su recepción.

Desde la recuperación de la trayectoria vital del III conde de Fernán Núñez es posible indagar sobre la doble dirección autobiográfica de la vida a la obra y de la obra a la vida —esto es, qué hay de autobiográfico en su escritura y en qué medida la obra se convierte al mismo tiempo en un espacio de construcción y representación del yo—, y analizar qué lugar ocupa dicho texto en la vida de su autor y en la historia de su linaje. De estas y otras cuestiones me he ocupado en un reciente trabajo en el que, más allá del ambiente intelectual de los *novatores*, se exploran nuevos contextos desde los que es posible ofrecer una interpretación menos unívoca y más compleja sobre la producción y difusión de los discursos de Francisco Gutiérrez de los Ríos[8].

Cabe apuntar que la indagación sobre el personaje que he llevado a cabo en dicho estudio no ha tenido como objetivo presentar una biografía completa ni lineal del III conde de Fernán Núñez[9]. En el trabajo

8 Carolina BLUTRACH, *El III conde de Fernán Núñez (1644-1721). Vida y memoria de un hombre práctico*, Madrid, Marcial Pons y CSIC, 2014.

9 Sobre la ficción que se esconde en la historia lineal de una trayectoria vital ya advirtió Pierre BOURDIEU, «L'illusion biographique», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, nº 62-63 (1986), pp. 69-72.

de contextualización[10] de la experiencia de este sujeto histórico se han dejado fuera algunos escenarios. Esta parcialidad, o falta de obsesión por la exhaustividad en busca de la «biografía definitiva», no debería entenderse como un problema sino como el resultado de los límites autoimpuestos a un trabajo interpretativo que selecciona y analiza unas determinadas fuentes y unos determinados espacios de experiencia del personaje[11]. En el estudio de estos fragmentos de la vida del autor de *El hombre práctico* subyace un interés por explorar los márgenes de actuación del sujeto (*agency*) incorporando para ello el análisis de los usos adaptativos, estratégicos y tácticos que los agentes hacen de los patrones culturales existentes[12]. Por tanto, frente al determinismo cultural que entiende al sujeto como efecto del discurso, participo en cambio del denominado enfoque neofenomenológico, o historia de la

10 La importancia del contexto en el enfoque biográfico, además de Bourdieu (nota anterior), véase Giovanni LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales ESC*, 6 (1989), pp. 1325-1331; Natalie Z. DAVIS, «On the Lame», en *American Historical Review*, 93:3 (1988), pp. 572-603, especialmente p. 590; y Anthony J. LA VOPA, «Doing Fichte. Reflections of a sobered (but unrepentant) Contextual Biograpaher», en Hans Enrich BÖDEKER (ed.), *Biographie Schreiben*, Gotinga, Wallestein Verlag, 2003, pp. 109-171.

11 Como apunta Sabina Loriga, el trabajo de contextualización es interminable (cada espacio y cada tiempo remiten a otro espacio y a otro tiempo), algo que no debería entenderse como un inconveniente sino como una ocasión para conocer la riqueza humana. Véase su ensayo incluido en este volumen.

12 Resulta útil el concepto de *self-fashioning* presentado por Stephen GREENBLATT, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, si bien comparto la crítica que algunos autores han hecho a su acercamiento a la identidad como ficción estética, entre otros, John J. MARTIN, «Inventing Sincerity, Refashioning Prudence: The Discovery of the Individual in Renaissance Europe», en *American Historical Review,* 102:5 (1997), pp. 1309-1342; y del mismo autor, *Myths of Renaissance Individualism*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004. Superando un concepto de identidad como algo fijo y estable, reflejo de los modelos normativos y pautas culturales, Nassaw escribe: «biographers discover and reveal the ways in which their subject assume, discard, reconfigure, merge, and disassociate multiple identities and roles», en David NASSAW, «Introduction», en *American Historical Review. Roundtable: Historians and Biography,* 114:3 (2009), pp. 573-578. O en palabras de otra especialista, Jo Burr Margadant: «The subject of biography is no longer the coherent self but rather a self that is performed to create an impression of coherence or an individual with multiple selves whose different manifestations reflects the passage of time, the demands and opinions of different settings, or the varieties of ways that others seek to represent that person», en Jo Burr MARGADANT (ed.), *The New Biography*. *Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 2000, p. 7.

«práctica»[13], que entiende que la experiencia y la identidad, no exentas de conflictos y tensiones, se construyen a través del diálogo y la negociación que los actores mantienen con distintos escenarios e interlocutores, moviéndose así entre lo personal y lo colectivo[14].

La indagación sobre la vida de Francisco Gutiérrez de los Ríos me ha permitido sacar a la luz su perfil cortesano y nobiliario, aspecto sin duda fundamental para entender *El hombre práctico* que, sin embargo, no ha sido hasta ahora abordado[15]. A partir de un corpus diversificado de fuentes (epistolarios, testamentos y documentación judicial de distinta naturaleza, inventario de bienes, expedientes para la obtención de órdenes militares, genealogías, literatura de la época sobre el «perfecto embajador», etc.) he explorado tres aspectos de su vida: su papel como embajador en Suecia entre los años 1670 y 1675, diversas iniciativas impulsadas por Francisco Gutiérrez de los Ríos relacionadas con la construcción de memoria familiar y la representación pública de su rango e identidad —entre las que incluyo la escritura de los discursos políticos que forman *El hombre práctico*— y, por último, la relación de amistad, parentesco y patrocinio que el III conde de Fernán Núñez mantuvo con el V duque de Pastrana, su protector en la Corte de Madrid. Linaje y sociedad cortesana, familia y Corte, son los espacios de experiencia y relación, estrechamente interconectados, que emergen con fuerza del análisis de las fuentes y que permiten ofrecer nuevas interpretaciones

13 Pierre BOURDIEU, *Raisons pratiques: sur la théorie de l'action*, París, Seuil, 1994; Bernard LEPETIT (ed.), *Les formes de l'expérience: une autre histoire sociale*, París, A. Michel, 1995; y Gabrielle M. SPIEGEL, «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», en *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50.

14 Cómo la biografía puede convertirse en escenario privilegiado desde el que poder observar la relación entre normas y prácticas o entre individuo y grupo es un asunto sobre el que llamó la atención Giovanni LEVI, «Les usages…», pp. 1333-1335. El carácter relacional de la identidad en Natalie Z. DAVIS, «Boundaries and Sense of Self in Sixteenth Century France», en Thomas C. HELLER *et al.* (eds.), *Reconstructing Individualism. Autonomy, Individuality, and Self in Western Thought*, Stanford (California), Stanford University Press, 1986, pp. 53-63; James S. AMELANG, *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003; y Mónica BOLUFER, «Identidad individual y vínculos sociales en el Antiguo Régimen: algunas reflexiones», en James. C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.), *El otro, el mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 131-140.

15 A excepción del trabajo de Fernando BOUZA, «La correspondencia del hombre práctico. Los usos epistolares de la nobleza española del Siglo de Oro a través de seis años de cartas del tercer conde de Fernán Núñez (1679-1684)», en *Cuadernos de Historia Moderna*. Anejos, IV (2005), pp. 129-154.

sobre la vida y obra del III conde de Fernán Núñez, un *hombre práctico* a caballo entre los siglos XVII y XVIII.

No siendo posible abordar aquí los tres espacios de experiencia (la práctica diplomática, la construcción y transmisión de memoria familiar, y las relaciones ínter-nobiliarias), en esta ocasión me centraré en la relación entre escritura, linaje y memoria y sus implicaciones en la construcción y representación de identidades.

Escritura e identidades: paterfamilias y cortesanía práctica

El 5 de marzo de 1644 nacía don Francisco Gutiérrez de los Ríos, hijo de don Diego de los Ríos y Guzmán y de doña Ana Antonia de los Ríos y Quesada, II condesa titular de la Casa de Fernán Núñez[16]. No fue hasta la muerte de su madre en 1660 cuando en virtud de su primogenitura heredaría el título, convirtiéndose en el decimoctavo señor y III conde de la villa de Fernán Núñez y de las de Bencalez y la Morena. Junto a los privilegios del título, don Francisco heredó en aquel momento un patrimonio material y simbólico, y un conjunto de vínculos y obligaciones que, transmitidos de generación en generación, también conformaban la herencia familiar. El apellido, el escudo de armas, la fortaleza-palacio, el mayorazgo, el patronato que ejercía el linaje sobre la iglesia de Santa Marina de Fernán Núñez y sobre el monasterio de La Concepción de Córdoba, así como las devociones propias de la Casa o los lugares de enterramiento eran algunos de los símbolos, bienes y espacios a través de los cuales los Fernán Núñez representaban su identidad distinguiéndose de otras familias nobles y hacían visible su posición privilegiada en la sociedad. Cada nuevo titular de la Casa debía contribuir al mantenimiento del privilegio y capital (económico, simbólico y relacional) heredado y, en lo posible, aumentarlo. Don Francisco Gutiérrez de los Ríos, viudo[17] y a cargo de sus tres hijos (dos varones y una mujer), se ocupó de la administración de sus dominios y de la colocación de su prole, hizo uso del capital relacional que le aportó su matrimonio con

16 Archivo Histórico Nacional-Sección Nobleza (de aquí en adelante, AHN-SN), Fernán Núñez, C. 468-14.

17 Contrajo matrimonio en 1676 con Catalina Zapata, quien falleció poco después de dar a luz a su tercer hijo, en enero de 1681.

doña Catalina Zapata forjando lazos de amistad política con nobles bien posicionados en la Corte de Madrid, hizo méritos en el servicio a la Corona y se ocupó de un aspecto fundamental de la economía doméstica: la memoria del linaje.

La representación pública de la identidad nobiliaria era un arma fundamental en la lucha por el reconocimiento. Era de vital importancia publicar, dar a conocer, la pertenencia a una determinada comunidad genealógica, cuanto más antigua y heroica mejor, aunque para ello hubiera que inventarse fabulosos principios y ocultar manchas en la sangre. Junto a la genealogía, las casas nobiliarias se valieron de otras formas y prácticas para representar y publicar su rango e identidad, como los escudos de armas que identificaban a sus linajes y que se exhibían en los palacios y en los conventos, iglesias u hospitales que habían sido fundados por sus miembros y en los que ejercían su patrocinio. También los sepulcros y capellanías contribuían a comunicar su estatus y la unidad del linaje y a conservar la memoria y generar opinión[18]. La arquitectura y decoración de la morada, los testamentos, así como un variado conjunto de ceremonias fueron soportes, espacios y escenarios en los que se creaba, transmitía, publicaba y perpetuaba una memoria e identidad familiares y aristocráticas.

Dada su importancia en la construcción de su identidad, el III conde de Fernán Núñez encargó una historia genealógica de su Casa a Luis de Salazar y Castro[19], se ocupó de diseñar su sepultura[20], emprendió diversas iniciativas de patrocinio religioso y caritativo, y tomó una serie de decisiones que afectaron la vida de diversos objetos. Dentro de este conjunto de prácticas dirigidas a crear memoria y opinión puede situarse asimismo la publicación de *El hombre práctico*, una acción de

18 Enrique SORIA MESA, *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 265-268.

19 Luis de SALAZAR Y CASTRO, *Catálogo historial genealógico de los señores y condes de la Casa y villa de Fernán Núñez, desde la conquista de Córdoba año de 1236 hasta este año de 1682*, Madrid, Lucas Antonio Bedmar y Baldivia, 1682. Un análisis de las tensiones y silencios presentes en dicha memoria en Carolina BLUTRACH, «Mujer e identidad aristocrática: la memoria del vínculo materno en la Casa de Fernán Núñez», en *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 18:1 (2011), pp. 23-51.

20 Carolina BLUTRACH, «Brother-Sister "Love" and Family Memory in Seventeenth and Eighteenth Century Castile: The Third Count of Fernán Núñez and the Convent of La Concepción», en *European Review of History,* 17:5 (2010), pp. 777-790.

escritura entre lo personal y lo colectivo, y donde confluyen ámbitos de experiencia distintos aunque estrechamente interconectados en esta época: el linaje y la Corte.

En la censura a la edición de 1686 de *El hombre práctico*, el jesuita Agustín de Herrera señalaba que lo que había empujado al III conde de Fernán Núñez a escribir sus discursos había sido la «instrucción privada de sus hijos»[21]. Esta idea se repetía en el proemio, paratexto en el que el propio autor explicaba que había decidido poner por escrito aquello que había ido observando «en libros y trato con el mundo» para evitar que el tiempo lo borrase de su memoria y para poder servirse de ello para la enseñanza de sus hijos[22]. La referencia a los hijos como destinatarios de enseñanzas era habitual en los distintos tipos de textos pedagógicos que circulaban en la Corte, llámense *instrucciones*, *avisos*, *advertencias*, *cartas*, *semblanzas*, *vidas* o los textos derivados de la epístola político-moral[23].

Estos escritos para la educación de nobles compartían ciertas características: contenían consejos eminentemente prácticos y de carácter moral, en su estructura se suele apostar por episodios narrativos breves, usaban un lenguaje coloquial que simulaba una conversación, su autor hablaba desde el conocimiento propio obtenido a través de su propia experiencia en la vida de Corte y solían ir dirigidos a un individuo concreto, aunque también era frecuente que el destinatario fuese un anónimo y genérico *hijo* o *joven*. Se trataba de textos «semiprivados», incluso en los casos en los que aparece un destinatario nombrado y concreto, pues su difusión rebasó al destinatario original. Conocida es la circulación manuscrita de la *Instrucción* de Juan de Vega, conde de Grajal, a su vástago (1548) y, sobre todo, la de las *Adiciones* que hizo de ella el conde de

21 Jesús PÉREZ MAGALLÓN y Russell P. SEBOLD (eds.), *El hombre práctico…*, p. 114.

22 Ibíd., p. 123.

23 Nieves BARANDA, «Escritos para la educación de nobles en los siglos XVI y XVII», en *Bulletin Hispanique,* 97:1 (1995), pp. 157-171; Fernando BOUZA, *Imagen y propaganda: capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal Ediciones, 1998, especialmente pp. 215-245; del mismo autor, *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 215-239; Trevor J. DADSON, «Avisos a un cortesano: la epístola político-moral del siglo XVII», en Begoña LÓPEZ BUENO (ed.), *La epístola. V Encuentro Internacional sobre poesía del Siglo de Oro*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 373-94; y José Antonio FREITAS CARVALHO, *Pais e nobres*, vol. I y II, Oporto, Centro Inter-Universitário de História da Espiritualidade, 2009.

Portalegre, don Juan de Silva, destinadas a su hijo (1592), que llegaron a tener casi más fama que el original. Solo en bibliotecas portuguesas José Adriano de Freitas Carvalho ha documentado 14 copias de estas *Adiciones*[24]. Diego Sarmiento de Acuña, conde Gondomar, en sus notas a este último texto escribía: «díjome Gonçalo Vaz Coutinho que esta ynstruçión no la hiço el Conde de Portalegre para provecho de su hijo, sino para lectura de curiosos»[25].

La circulación manuscrita de este tipo de instrucciones de Corte contribuía a crear y reforzar una cultura compartida: aunque escritas muchas de ellas en momentos cruciales de una vida, como podía ser la partida del hijo o hijos para servir en la guerra o en la Corte, su contenido iba más allá de lo estrictamente personal y tenían, algunas más claramente que otras, una voluntad normativa. Estas instrucciones recogían el perfil de aquel saber práctico que no se podía reducir a normas formales y que se basaba en una cultura del ánimo y de la persona que servía a los verdaderos caballeros —aquellos que lo eran por nacimiento y crianza— para defender su lugar en la Corte frente a los letrados y al saber *acquisto*. Como comentaba don Francisco Rolim de Moura en sus comentarios a la *Instrucción* de Vega, la «sciência de corte no tiene rais en los conceptos y respuestas», es decir, no es un saber «escolástico» que se aprende como doctrina, sino una disciplina que se aprende con una atenta «prática» *in loco*[26]. Dentro del género de instrucciones de Corte escritas por nobles experimentados, a pesar de la preferencia por el manuscrito, que permitía adiciones y delimitaba la difusión a un auditorio egregio, algunas fueron impresas por sus descendientes. A través de su circulación, fuese manuscrita o impresa, el autor y su linaje ganaban fama, reputación y prestigio en la sociedad de Corte.

Los sesenta y un discursos que forman *El hombre práctico* comparten muchas de las características arriba apuntadas. Dirigidos por el III conde de Fernán Núñez a sus hijos, el texto circuló de manera manuscrita a través de traslados que hizo llegar a algunos de sus pares[27], pero no necesitó de sucesores para verlos impresos, sino que él mismo decidió

24 Ibíd., vol. I, pp. 17-20. Véase también su vol. II, dedicado a la descendencia portuguesa de este célebre texto.

25 Citado en Fernando BOUZA, *Imagen y propaganda…*, p. 204.

26 Citado en FREITAS CARVALHO, *Pais e nobres…*, vol. II, p. 67.

27 AHN-SN, Fernán Núñez, C. 961-2, fol. 47r-47v, citado también en Fernando BOUZA, «La correspondencia…», pp. 142-143.

servirse de las ventajas de las prensas —aunque en una edición no venal, recordemos— para dar a conocer sus discursos entre sus parientes y amigos, y dejarlos a la posteridad. De carácter semiprivado, este texto escrito por un práctico cortesano como era don Francisco Gutiérrez de los Ríos, tenía como objetivo formar a un hombre, noble, que hubiera de ejercer un servicio público en la sociedad cortesana.

En línea con *Il Cortegiano* de Baldassare Castiglione, considerado el *architexto* del discurso cortesano[28], y actualizado a los nuevos tiempos, *El hombre práctico* se ocupa de la educación física, moral e intelectual del novato cortesano y de las tres partes de la prudencia o inteligencia práctica que debía ejercitar: la personal, la doméstica y la civil. El III conde de Fernán Núñez, como otros nobles y grandes señores, escribió unos discursos que no solo servirían de guía para la educación de sus propios hijos sino para otros jóvenes nobles que, faltos de experiencia, podían encontrar en estas páginas consejos útiles salidos de la pluma de un práctico cortesano formado sobre el terreno en las Cortes de Europa[29].

La referencia a los hijos, más allá de constituir un recurso literario propio de los textos pedagógicos, remite a una realidad social y cultural concreta: a la organización del ámbito familiar, a los roles paterno y materno en la educación de sus vástagos y al papel que la escritura tuvo en la conservación, transmisión y creación de memoria familiar en el ámbito doméstico. En un régimen doméstico patriarcal como el que regía en la Edad Moderna, el cabeza de familia centralizaba las funciones básicas, con facultades de gobierno y dirección supremas ante las cuales la mujer y los hijos permanecían en clara situación de sometimiento y obediencia[30]. La autoridad paterna o patria potestad en cuanto *officium* incluía también obligaciones, entre ellas: «las de educar, criar y alimen-

28 Peter BURKE, *Los avatares del cortesano. Lecturas y lectores de un texto clave del espíritu renacentista*, Barcelona, Gedisa, 1998; y Amedeo QUONDAM, *El discurso cortesano*, Madrid, Editorial Polifemo, 2013.

29 Carolina BLUTRACH, «Cortesanía y diplomacia: la obra del III conde de Fernán Núñez leída a través de su experiencia en Suecia», en Mónica BOLUFER, Carolina BLUTRACH y Juan GOMIS (eds.), *Educar los sentimientos y las costumbres: una mirada desde la Historia,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014, pp. 31-50.

30 Enrique GACTO, «El grupo familiar en la Edad Moderna en los territorios del mediterráneo hispánico: una visión jurídica», en James CASEY (ed.), *La familia en la España mediterránea (siglos XV-XIX)*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 36-64.

tar a sus descendientes legítimos y establecer la dote de las hijas»[31]. Este rol preeminente del padre como educador de sus hijos, del que Fernán Núñez habla en los discursos III y XLIX de *El hombre práctico*[32], hunde sus raíces en un sistema jurídico que reconocía al padre como único detentador de la patria potestad. La autoridad en el ámbito doméstico se transmitía solo por vía masculina siguiendo las normas de la agnación, única relación de parentesco reconocida por el Derecho civil[33]. Precisamente sobre esta línea de descendencia de orientación patrilineal se organiza la estructura y discurso del linaje, que servía a la nobleza para legitimar, conservar y transmitir su estatus social[34]. Junto al Derecho, también los modelos morales y sociales de la época, apoyados en el discurso filosófico-médico, contribuyeron a configurar unas pautas de conducta diferenciadas en cuanto a espacios y funciones para hombres y mujeres dentro de la familia y el matrimonio[35].

La distinta y desigual posición que ocupaban hombres y mujeres en la familia se dejaba ver en las representaciones que sobre la paternidad y la maternidad circulaban en la época. Mientras que la paternidad, entendida como un deber, garantiza la reproducción biológica y social a través de la continuación de la estirpe y la educación de los hijos, la maternidad aparece en los textos pedagógicos y morales investida de menor importancia y dignidad, asociada a los cuidados en la primera infancia y fundamentalmente a la educación de las hijas. Como ha señalado Mónica Bolufer, todo esto explica que en la literatura de avisos domine una dualidad de transmisión de carácter diferenciado «entre varones o bien entre mujeres, de padres a hijos y de madres a hijas, así

31 Ibíd., p 43.

32 «De la instrucción infantil» y «De las obligaciones recíprocas en los padres, hijos, hermanos, parientes y criados», respectivamente.

33 Gianna POMATA, «Legami di sangue, legami di seme. Consanguineità e agnazione nel diritto romano», en *Quaderni Storici,* 86:2 (1994), pp. 299-334.

34 Es cierto que, en la práctica, la parentela y el vínculo materno fueron determinantes para la supervivencia del linaje, realidad que se torna visible en textos y pruebas genealógicas y en otras formas de la memoria familiar.

35 María Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, «Familia, sexo y género en la España Moderna», en *Studia Historica. Historia Moderna,* 18 (1998), pp. 105-134; Isabel MORANT, *Discursos de la buena vida. Matrimonio, Mujer y Sexualidad en la Literatura Humanista*, Madrid, Cátedra, 2002; y Mónica BOLUFER, «Medicine and the *Querelle des Femmes* in Early Modern Spain», en *Medical History*, Suplemento nº 29 (2009), pp. 86-106. Fernán Núñez se refirió a la diferente función de los cónyuges en su discurso LVI, «De los matrimonios».

como que resulten, en conjunto, mucho más numerosos en la literatura de avisos los de carácter masculino»[36].

Es en este marco patriarcal que regía el orden familiar y político donde debe entenderse la alusión que hicieron los nobles y señores, como el III conde de Fernán Núñez en *El hombre práctico*, a sus hijos varones en sus textos pedagógicos. Con la referencia a sus hijos como destinatarios de los discursos, Francisco Gutiérrez de los Ríos conseguía representar públicamente su papel y responsabilidad como *paterfamilias*. Empleaba así la escritura como medio para la transmisión de saber y memoria dentro del ámbito doméstico, una práctica extendida en Europa y que, como señalase Leon Battista Alberti en su clásico *I libri della famiglia*, estaba reservada a los hombres cabeza de familia[37]. Depósito de la memoria familiar y de la experiencia de un oficio, estos textos se conservaban y transmitían de generación en generación. Cumplían así una función pedagógica y política, y tuvieron además un valor jurídico, puesto que podían presentarse ante los tribunales como pruebas. Sus efectos traspasaban, por tanto, la frontera de lo privado. Muchos de los escritos de memoria en la Edad Moderna se caracterizaban por reunir en sus páginas distintos géneros, pues su contenido oscilaba entre la historia de la familia, la crónica urbana y política, la genealogía, la descripción de las actividades que conformaban la cotidianidad de sus autores y la autobiografía. Hay que señalar, sin embargo, la ausencia del «yo» en esta escritura doméstica y de memoria, puesto que la individualidad del ser se difuminaba en una identidad que se entendía y vivía colectivamente en la época moderna[38].

36 Mónica BOLUFER, «De madres a hijas de padres a hijos: familia y transmisión moral (ss. XVII-XVIII)», en Joan BESTARD (ed.), *Familia, valores y representaciones*, Murcia, Universidad de Murcia, 2010, pp. 217-237, especialmente pp. 219-220.

37 Bien es cierto que algunas mujeres viudas también la ejercieron. Véase Giulia CALVI, «Maddalena Nerli and Cosimo Tornabuoni: A Couple's Narrative of Family History in Early Modern Florence», en *Renaissance Quarterly,* 45:2 (1992), pp. 312-339.

38 Sobre autobiografías y memorias sin el «yo» en la Edad Moderna, véase la introducción de James S. AMELANG, *El vuelo de Ícaro…*, pp. 13-42. La ausencia del yo en dichos textos no equivale a una falta de una autoconciencia individual. El cultivo de la autorreflexión y el conocimiento de sí mismo, así como la exploración sobre del concepto de identidad y libertad individuales en la Contrarreforma en James CASEY, «Quebrar el espejo: el 'yo' y la Contrarreforma», en James C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.), *El otro, el mismo…*, pp. 115-130. Sobre tradiciones autobiográficas en la España Moderna, remito a James S. AMELANG, «Comparando la escritura autobiográfica en España e Inglaterra durante la Edad Moderna.

El hombre práctico no fue diseñado como lugar de memoria de la historia familiar y de la villa de Fernán Núñez, papel que en cambio cumplió la genealogía que encargó el III conde de Fernán Núñez a don Luis de Salazar y Castro, y que fue publicada en 1682. La *Relación diaria de todas las cartas que escrive el Conde de Fernán Núñez*, registro en el que a modo de «contabilidad epistolar» su secretario fue anotando la correspondencia mantenida por su señor entre el 18 de febrero de 1679 y el 26 de septiembre de 1684, guarda memoria de la red de relaciones del titular. Esta fuente de gran riqueza, conservada en el archivo familiar, recoge información sobre los corresponsales y sobre los asuntos que se trataban en los pliegos y da cuenta de la importancia que la correspondencia tenía en la vida cotidiana y sociabilidad de un cortesano[39].

Los discursos que conformaban *El hombre práctico*, por su contenido y la forma interna y externa que presentan, donde el autor, sin necesidad de emplear citas ni desplegar su erudición, *habla* desde la autoridad que le otorga su propia experiencia, permiten situar el texto dentro del variado género de «avisos», instrucciones de Corte y preceptiva de herederos. Escrito en el último cuarto del siglo XVII, su autor, aunque no escribía por oficio, no dudó en recurrir a las prensas con las que sin duda estaba familiarizado y cuyas ventajas respecto a la difusión y conservación de memorias conocía. La publicación y difusión manuscrita e impresa de *El hombre práctico* permitió al III conde de Fernán Núñez representarse ante el público como autor disimulado de enseñanzas políticas (recuérdese que el nombre del autor aparece en la portada de 1686 enmascarado tras unas siglas) y rehabilitar una imagen que podía haberse manchado por su fracaso en su misión diplomática en Suecia y su salida poco ortodoxa de Estocolmo en 1675.

Pero más allá de los efectos que esta acción de escritura pudo tener en la creación de una reputación/opinión pública favorable que le permitiera continuar su *cursus honorum* cortesano, como otras formas de escritura doméstica, el texto se convirtió en un lugar de memoria familiar y del linaje por el uso que de él hicieron sus descendientes. Aunque se le reconoce un solo autor frente a la escritura plurigeneracional de los *libri di famiglia*, el texto manuscrito se conservó entre los papeles

¿Qué se debe hacer?», en James C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.), *El otro, el mismo…*, pp. 63-72.

39 AHN-SN, Fernán Núñez, C. 961-2. Un estudio de la *Relación diaria* en Fernando BOUZA, «La correspondencia…».

familiares y se recurrió a él, igual que ocurría con los libros de familia, por su utilidad más inmediata (la utilidad práctica de sus enseñanzas) y también por el uso ritual y valor simbólico que adquirió dentro de la familia como signo de identidad de la Casa de Fernán Núñez. *El hombre práctico* apareció citado en otros libros, documentos y discursos familiares superando así su dimensión de objeto físico para entrar a formar parte de la vida e imaginario familiar. El nuevo significado que alcanzó el texto en este proceso contribuyó a reforzar el lugar que el III conde de Fernán Núñez y su obra ocuparon en el linaje y en la posteridad.

El III conde de Fernán Núñez y el tiempo del linaje

Las ediciones dieciochescas de *El hombre práctico*, durante mucho tiempo las únicas consultadas[40], fueron interpretadas como un signo «del interés que a lo largo de la centuria ilustrada suscitó una obra como la de Gutiérrez de los Ríos»[41]. Dicha interpretación, además de desarraigar el texto de su contexto social y cultural de producción, no toma en consideración aspectos de la historia y la memoria familiar que resultan sin lugar a dudas importantes para entender la difusión que tuvo *El hombre práctico* durante el Siglo de las Luces[42]. En este sentido, la portada del ejemplar manuscrito fechado en 1680 y que se conserva en el archivo familiar recoge una nota que abre nuevas líneas interpretativas. Además del título, el año y el nombre del autor (con las mismas siglas

40 El Marqués de Villa-Urrutia, en su biografía sobre el VII conde de Fernán Núñez (1779-1822), impresa en 1931, dedica unas pocas líneas al III conde, de quien menciona, entre otras cuestiones, su obra *El hombre práctico* publicada, según escribe, en 1680 en Bruselas. Villa-Urrutia tomaba como verdadera la información que aparece en la portada de la segunda edición de 1764, como hicieron muchos otros bibliógrafos antes y después de él. Wenceslao Ramírez, Marqués de VILLA-URRUTIA, *Fernán Núñez. El embajador*, Madrid, Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, 1931, p. 10. Sobre la confusión en las ediciones de *El hombre práctico*, remito a Luis Manuel GARCÍA BARRIO, «Sobre la fecha de *El hombre práctico* de Francisco Gutiérrez de los Ríos», en *Dieciocho,* 3:1 (1980), pp. 40-50.

41 Jesús PÉREZ MAGALLÓN y Russell P. SEBOLD (eds.), *El hombre práctico…*, p. 105.

42 Aunque para una época posterior, Anthony J. LA VOPA ha señalado la importancia del contexto sociológico, incluido el familiar, para el estudio de textos filosóficos, entendiendo que no se trata de un simple telón de fondo privado de una vida intelectual pública, sino que constituye la sustancia líquida en la que se desenvuelve el sujeto, en Anthony J. LA VOPA, «Doing Fichte….», p. 132.

que aparecieron posteriormente en la edición de 1686), también puede leerse una anotación que fue añadida con posterioridad por uno de sus descendientes y que reza como sigue: «Este monumento precioso del trabajo y celo del conde mi aguelo deve conservarse en mi archivo de Fernán Núñez»[43]. Quien había añadido aquella nota era don Carlos José Gutiérrez de los Ríos, VI conde de Fernán Núñez (1742-1794), para quien no solo la producción intelectual de su abuelo sino otras empresas que aquel realizó a lo largo de su larga vida, en particular las relacionadas con el gobierno de la Casa de Fernán Núñez, se convirtieron en un espejo en el que mirarse para construir su propia identidad y honrar la memoria de su linaje.

El VI conde de Fernán Núñez hizo constantes referencias a la vida y la obra de su abuelo para construir y representar su propia imagen en el ámbito doméstico y público. Así, en su *Oración Fúnebre*, el padre Vicente Facundo Labaig había escrito que don Carlos había encarnado «sin duda el *Hombre práctico* que había dibuxado con la pluma uno de sus inmediatos abuelos»[44]. Pronunciada el 12 de julio de 1795 en la iglesia de San Felipe el Real de Madrid, la *Oración* fue impresa en Córdoba a instancia de la viuda de don Carlos, la condesa doña María de la Esclavitud Sarmiento. En dicha memoria que recorre las grandezas del VI conde se incluyen unas notas sobre el cuadro de piedad y dolor del que fue testigo el padre Labaig cuando entró en la casa de los condes de Fernán Núñez: una mujer deshecha en lágrimas y «un hijo cubierto de palidez y tristeza, sustentando en sus manos y leyendo un cúmulo de máximas christianas y políticas, que forman toda la herencia de su Padre»[45]. Con bastante probabilidad, lo que el joven tenía entre sus manos era *El Libro de Oro y verdadero* principio de la propia y agena felicidad, «manda única que dejo para después de mis días a mi hijo primogénito»[46].

43 AHN-SN, Fernán Núñez, C. 966-59.

44 AHN-SN, Fernán Núñez, C. 964-29. *Oración Fúnebre, que en las solemnes exequias celebradas por el alma del excelentísimo señor D. Carlos Joseph Gutiérrez de los Ríos, Fernández de Córdoba, Rohan, Chavot, etc.*, p. XXI.

45 Ibíd., p. XVII.

46 Sobre este texto y la biografía del VI conde remito a Alfred MOREL-FATIO y Antonio PAZ y MELIÁ, «Biografía del conde de Fernán-Núñez», en Carlos GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, *Vida de Carlos III [escrita por el Conde de Fernán-Núñez; publicada con la biografía del autor, apéndices y notas por A. Morel-Fatio y A. Paz y Melia; y un prólogo de Juan Valera]*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988, pp. 331-409, especialmente pp. 384-398.

El VI conde dejó allí señalado a su sucesor los medios para asegurar su felicidad interior a través de los actos de caridad y amor hacia sus vasallos, detalló la condición en la que estaban sus estados cuando los había heredado y las iniciativas que él había emprendido para mejorarlos, entre ellas, concluir cinco testamentarías atrasadas, trasladar los cadáveres de su padre y tío (los V y IV condes de Fernán Núñez, respectivamente) para que fuesen enterrados en el panteón familiar, reorganizar el archivo de la Casa tras el incendio de 1755 y fundar numerosas fundaciones piadosas. En sus páginas exhortaba a su sucesor a llevar adelante una buena administración y una caridad bien dirigida, y a concluir y perfeccionar «cada día lo que yo no pueda o alcance, esforzándote como yo hago, para perpetuar en tus sucesores el mismo espíritu de caridad y amor a sus vasallos, de que Dios te avisa por mí, *haciendo que un trabajo constante y baxo un mismo sistema seguido*, adelante los efectos de la misma caridad, sin que pueda alterarlos ni retardarlos en nada la precisa variedad de sucesores»[47].

Este pasaje expresa de manera clara la idea de continuidad, perpetuación y transmisión de valores y prácticas a través de las generaciones titulares del linaje. De hecho, el «sistema» al que refería el VI conde, el que él mismo estaba siguiendo y exhortaba a sus sucesores a continuar, era aquel que había desarrollado su abuelo, cuyas acciones y discursos habían sido su fuente de inspiración:

> Si el corazón piadoso y magnánimo y el claro talento de tu bisabuelo el conde D. Francisco no hubiera tenido tanto amor a sus vasallos, vivido entre ellos lo que pudo, acabando allí sus días, y si no hubiera sabido fomentar su agricultura e industria en provecho suyo y nuestro, no hubiera yo probablemente tenidas estas mismas ideas que os comunico, y que creo deber principalmente a la lectura del libro que compuso del Hombre práctico.[48]

De abuelo a nieto, y de este a su hijo, fue la línea vertical y masculina que estos párrafos recorren y a través de la cual se transmitió y se quería continuar un mismo sistema de gobierno de la Casa de Fernán Núñez. Cabe aclarar en este punto que tras la muerte del III conde de Fernán Núñez le sucedió su hijo Pedro Joseph, quien murió sin sucesión en 1734. Fue su hermano Joseph Carlos quien ostentó el título de V conde de Fernán Núñez. Tras la muerte de este segundón convertido

47 Ibíd., p. 389. La cursiva es mía.

48 Ibíd., p. 390.

en titular por los avatares de la demografía, quedaron pendientes bastantes asuntos domésticos de los que su sucesor, el VI conde de Fernán Núñez, se hizo cargo. Huérfano de padre y madre con tan solo 7 años, don Carlos encontró en su abuelo don Francisco Gutiérrez de los Ríos un referente en el que mirar para construir su propia identidad dentro del linaje.

El *Libro de Oro* y la *Oración fúnebre* no fueron los únicos textos producidos por el VI conde de Fernán Núñez, o dedicados a recordar sus acciones, donde su antepasado el III conde de Fernán Núñez y sus discursos fueron utilizados como ejemplo y modelo de virtud para el linaje. En 1786 don Carlos mandó imprimir un *Libro* que narraba los motivos que le habían llevado a fundar la capilla de Santa Escolástica en memoria a su única hermana, de nombre Escolástica, fallecida en 1782[49]. En su primera página, una referencia de *El Eclesiástico* (cap. 39) sirvió para introducir la figura de don Francisco Gutiérrez de los Ríos y Córdoba, cuyos cristianos pensamientos, se decía, «hicieron una impresión singular en el Espíritu y corazón» del VI conde de Fernán Núñez[50]. El amor natural y cristiano entre hermanos era la idea que el texto impreso en 1786 quería subrayar, y para ello se trajeron a la memoria extractos del discurso XLIX de *EHP*, «De las obligaciones recíprocas en los padres, hijos, hermanos, parientes y criados». Allí el III conde avisaba sobre la soberbia que solía encontrarse en el hermano mayor frente a las virtudes cristianas de caridad y generosidad que, en cambio, debía mostrar con sus hermanos puesto que todos formaban un único cuerpo inseparable. La figura y obra de su abuelo sirvieron al VI conde para representar públicamente su amor fraternal hacia su única hermana, doña Escolástica. El hecho de que fueran educados separadamente tras quedar huérfanos no impidió la colaboración entre ellos. Don Carlos, de hecho, nombró a su hermana administradora de sus estados durante sus viajes a las Cortes europeas. Doña Escolástica, por su parte, casada con el duque de Béjar, quedó viuda en 1777 y a su muerte, el 5 de octubre de 1782, no dejó herederos. En su testamento nombró a su hermano su heredero universal.

49 AHN-SN, Fernán Núñez, C. 430-14. *Libro que contiene los motivos, principios y conclusión de la capilla de Santa Escolástica. Diario de las Fiestas que se celebraron; Instrumentos de las gracias y obligaciones anexas à la Fundación. Puesto en orden por precepto del Exmo. Señor D. Carlos Gutiérrez de los Ríos, Rohan, etc. XXII Señor y VI Conde de la Villa de Fernán Núñez. Año de MDCCLXXXVI, Córdoba, En la Imprenta de D. Juan Rodríguez de la Torre.*

50 Ibíd., fol. 2r.

Atento lector de los discursos de su abuelo, don Carlos quiso seguir nuevamente su estela y completar su programa pedagógico y de memoria escribiendo una *Carta a sus hijos*. Escribía el VI conde: «quiero dejaros reunidas en este escrito las últimas, y más veneradas pruebas de mi *paternal* caryño, en un prontuario de vuestras obligaciones christianas, y civiles, y en algunos consejos, y advertencias particulares, *que os recuerden mi memoria al mismo tiempo que los medios que os indico para ser útiles, estimados de todos, y verdaderamente felices como yo lo deseo*»[51]. En los últimos párrafos de este manuscrito, fechado en Lisboa el 9 de octubre de 1786, el VI conde recordaba las enseñanzas que su abuelo había escrito un siglo atrás y cuya lectura recomendaba ahora a sus hijos:

> Leed también el libro del Hombre práctico escrito por vuestro Visabuelo el Conde de Fernán Núñez Don Francisco. En él hallaréis instrucciones muy útiles y amenas, para dirigir vuestros estudios, y daros ideas justas de las cosas. Venerad a este Señor como al instaurador de la Agricultura del Pueblo, que le confío la Providencia, y a cuyas acertadas provisiones, gozáis vosotros sus frutos. Desde mis primeros anyos le he tenido siempre a la vista, y este estímulo ha producido en mí tal idea de la necesidad de la educación, que a la edad de doce anyos, me acuerdo escribí, estando en el colegio sobre ella un quaderno, que diera qualquier cosa para haver conservado, para juzgarme, y rehírme de mí mismo, pero convenciéndome al mismo tiempo de que sin el libro que me hizo escribir mi manuscrito, no tuviera en el día la idea de dejaros este, menos malo que aquel para vuestra utilidad, y govierno [...] Tomad pues en todo por vuestro modelo, a vuestro Abuelo, y seréis dignos Nietos suyo, que es lo único que anhela vuestro padre que tiernamente os ama, y desea felices en esta vida y en la eterna.[52]

Fue precisamente durante la titularidad de quien escribía aquellas palabras cuando salieron a la luz la segunda y tercera edición de *El hombre práctico*, en 1764 y 1787. En ellas se redujo el formato respecto al de la primera edición de 1686, pasando de cuarto a octavo, y su autor cobró entera visibilidad, pues las siglas que aparecían en la portada fueron sustituidas por el nombre completo seguido de sus principales cargos y servicios. Como las de su abuelo, las enseñanzas del VI conde también pasaron por la imprenta, en este caso en París, en 1791[53]. El im-

51 AHN-SN, Serie Fernán Núñez, C. 87-31, p. 2. La cursiva es mía.

52 Ibíd., pp. 87-88.

53 Carlos GUTIÉRREZ DE LOS RÍOS, *Carta a sus hijos*, París, Imprenta de don Pedro Didot, 1791.

preso incluyó una *Nota* en la que su autor aclaraba que no había estado en su ánimo imprimir su escrito, «pues lo hice solo para dexar a mis hijos después de mis días un testimonio de mi amor». Pero añadía que finalmente había recurrido a las prensas «para estar seguro que llegue *a mis hijos, y a los suyos*, sin que se altere en nada su contenido». La escena representada un siglo atrás por su abuelo se repetía en esta nueva práctica de escritura semiprivada dedicada a la educación de su prole a la que un auditorio más amplio tendría acceso. Con las siguientes palabras cerraba su texto para la educación de nobles el VI conde de Fernán Núñez: «Estos son, hijos míos, las últimas lecciones de un Padre que os ama y desea vuestro bien, y el de vuestra casa y familia. A este fin solo se dirige este escrito, y con esta consideración deberá leerle el que lo encontrase por acaso»[54].

Las razones y efectos de los discursos que formaban *El hombre práctico* y la *Carta a sus hijos*, entre la cultura política cortesana y las obligaciones familiares, apenas habían cambiado a pesar del siglo que los separaba. Ambos textos remiten a un uso de la escritura como «herramienta para el recuerdo e instrumento para la expresión de las identidades personales y colectivas»[55]. Ambos guardaban memoria del perfil práctico de sus autores, quienes a través de la pluma y los tipos móviles pudieron representar públicamente su condición y función sociales, y sus obligaciones paternas. Sus escritos no solo contribuirían a aumentar la fama y reputación individual de sus autores en los contextos específicos en los que fueron creados y publicados (y en cada acto de lectura), sino que acabaron por convertirse en signos de identidad y de memoria de la Casa. Legado simbólico y práctico para sus descendientes, la conservación de *El hombre práctico* en el archivo familiar produjo efectos de ritualidad, convirtiéndose en un lugar de evocación del imaginario familiar y en ejemplo de virtud que futuras generaciones usaron en la construcción de su propia imagen, reputación y memoria, presentándose como herederos y seguidores de aquel ejemplo. La relectura y apropiación que el VI conde de Fernán Núñez hizo de la vida y obra de su antepasado explican, en parte, la revitalización que *El hombre práctico* tuvo en el siglo XVIII, más allá de su atribuida modernidad.

54 AHN-SN, Serie Fernán Núñez, C. 87-31, p. 87.

55 Antonio CASTILLO GÓMEZ, «Hojas embetunadas y libros en papel: escritura y memoria personal en la España moderna», en *Horizontes Antropológicos*, 10:22 (2004), pp. 37-64, especialmente pp. 37-38.

Conclusiones

La adopción de un enfoque biográfico permite poner en relación la acción de escritura del III conde de Fernán Núñez con su experiencia cortesana y nobiliaria, propiciando la atención a contextos previamente no explorados. Cambiar el foco del texto al sujeto y explorar la relación dinámica entre ambos permite ofrecer nuevas interpretaciones sobre la vida y obra del III conde de Fernán Núñez; una vida y una obra que adquieren nuevos significados si se analizan dentro de un conjunto de prácticas sociales y culturales cortesanas y dentro de la historia de una comunidad como es el linaje, donde la memoria fue una herramienta indispensable para la construcción y representación de la imagen pública de la nobleza que sirvió, además, como arma contra el olvido. Desde esta perspectiva, la obra de Gutiérrez de los Ríos puede ser analizada como un espacio donde el sujeto construye y representa su identidad entre la cortesanía práctica y su rol como cabeza de linaje. Por otro lado, en lo que a reconstrucción de contextos se refiere, el estudio de este caso subraya las posibilidades que ofrece flexibilizar la noción de tiempo. Tomar en consideración no solo el tiempo de la vida del sujeto sino también el tiempo de la historia familiar, del linaje, que integra a antepasados y descendientes y donde se establece un permanente diálogo entre el pasado, el presente y el futuro, permite ampliar los marcos interpretativos.

El III conde de Fernán Núñez no es solo lo que hizo, sus acciones, las diferentes maneras en las que representó sus identidades en distintos momentos y escenarios, y cómo nosotros, los historiadores, las interpretamos; la compleja y dinámica identidad del III conde de Fernán Núñez está conformada asimismo por las diferentes maneras en las que fue recordado e imaginado por otros, coetáneos o no. Así, conocer el uso que uno de sus descendientes hizo de su figura en la construcción de su propia identidad se ha revelado fundamental para entender la difusión que *El hombre práctico* tuvo durante el siglo XVIII y discutir tradicionales interpretaciones al respecto. Recordemos que la publicación de las dos ediciones dieciochescas de los discursos del III conde de Fernán Núñez salieron a la luz durante la titularidad del VI conde, quien construyó su imagen como cortesano y cabeza de su linaje apoyándose en la vida y obra de su abuelo a quien tomó como modelo convirtiéndolo en referente del imaginario familiar, en un momento histórico en el que la nobleza se enfrentaba a nuevos retos. En definitiva, la atención a nuevos espacios temporales de relación permite ampliar, matizar e incluso dis-

cutir algunas de las interpretaciones que han circulado sobre *El hombre práctico* y su autor. Más allá de los *novatores*, existen no uno sino varios contextos, no uno sino varios tiempos cuya reconstrucción, aunque sea parcial, posibilita recontar y reinterpretar la historia de los sujetos del pasado y sus acciones[56].

56 Una reflexión sobre la combinación de esferas (pública y privada) y la flexibilización de la noción de contexto, también temporal, en Isabel BURDIEL, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», en *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-83, especialmente pp. 67-69 y 71-76.

Figuras veladas. Escribir una vida de mujer en el siglo XVIII[1]

MÓNICA BOLUFER
Universitat de València

> *De nada les va a servir que se pongan cabeza abajo y me digan: «¡Anda, niña, sube!». Me quedaré mirándoles y les diré: «¿Quién soy yo, primero? Contestadme, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra».*
>
> Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*[2]

1.

Los caminos que llevan a una investigación histórica y la forma que esta acaba tomando son con frecuencia más azarosos de lo que nos gusta reconocer, aunque vistos en perspectiva revelen, en ocasiones, elecciones e inflexiones historiográficas reconocibles. Es en este sentido como entiendo y querría desarrollar en estas páginas mi utilización del enfoque biográfico y sus virtualidades en el análisis histórico, a partir de la reflexión sobre la propia experiencia investigadora.

Sin pretenderlo del todo, hace años inicié lo que acabaría convirtiéndose en un estudio extenso a propósito de la vida y la escritura de una mujer del siglo XVIII. Mi pesquisa partió de un enigma: el que envolvía la identidad de la autora de uno de los textos críticos sobre la condición de las mujeres más significativos de su época, la *Apología de las mujeres*, publicada en 1798 en Madrid acompañando a una traduc-

1 Estas reflexiones se han desarrollado en el marco de la Red europea sobre teoría y práctica de la biografía (HAR2008-03428) y de los proyectos de investigación HAR2011-26129 y HAR2014-53802-P, aciones todas financiadas por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

2 Lewis CARROL, *Alicia en el país de las maravillas. Alicia a través del espejo. La caza del snark*, Barcelona, Edhasa, 2000, p. 28.

ción de la novela inglesa *El príncipe de Abisinia*[3]. El enigma implicaba también una paradoja: el contraste entre la audacia de su contenido y el tono firme, vehemente y muy personal de su escritura, y la oscuridad que rodeaba las circunstancias de su aparición y la vida de su autora, de quien se conocía tan solo su nombre.

Había leído por primera vez el texto a principios de los años 1990, durante la investigación que condujo a mi primer libro, y desde entonces me había interesado intermitentemente por él. Pensaba que no tenía sentido despacharlo meramente con apreciaciones tales como las de «pionero», «singular» o «excepcional», ni menos presentar a su desconocida autora como una «adelantada a su época». El texto y quien lo escribió merecían una consideración detenida que los insertasen adecuadamente en el contexto social y cultural de su tiempo. Poco a poco, fui convenciéndome de que allí había un libro que podía y debía ser escrito. No sin algunas dudas que me acompañaron a lo largo de todo el proceso de investigación y de escritura. ¿Localizaría fuentes suficientes y lo bastante ricas como para plantearme la tarea con alguna garantía? ¿Era legítimo o útil situar el foco de atención sobre un texto tan breve (menos de 30 páginas) y sobre una vida tan desconocida y, a medida que fui reconstruyéndola, tan aparentemente gris? ¿Podría leer de otro modo un texto que había leído y comentado tantas veces ya?

Para mí, que me había formado bajo la doble influencia de la historia intelectual clásica y de la historia sociocultural, y que estaba acostumbrada a manejar un gran volumen de fuentes y a plantearme preguntas muy generales, aunque conociera y apreciara las investigaciones y aportaciones teóricas y metodológicas de la microhistoria, abordar este trabajo suponía cambiar de registro, de método y de forma de escritura. Cierto es que me había aproximado anteriormente con alguna atención a otros sujetos históricos individuales. En mi libro sobre la construcción de modelos de feminidad en la Ilustración española procuré resaltar, más allá de las grandes líneas del discurso, los contrastes o los matices entre voces distintas; en aquel momento, lo hice atendiendo a su formulación textual más que a las trayectorias particulares de sus autoras y autores, asunto este último del que, sin embargo, me comenzaría a ocupar algo más tarde, en trabajos posteriores sobre

3 Mónica BOLUFER, *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes:* «*Apología de las mujeres*», Valencia, PUV, 2008. Aquí se encontrarán las referencias documentales que en esta ocasión omito en aras de la brevedad.

la cultura sentimental de la época o sobre las nociones de intimidad y domesticidad[4].

Años después, la edición crítica y estudio de un relato de viajes, el *Viaje fuera de España* (1785) de Antonio Ponz, me situó ante un viajero peculiar y una figura importante de la política cultural borbónica. Si bien no emprendí una recreación detallada de su vida, ya conocida a grandes rasgos, sí intenté comprender el tipo de sujeto al que me enfrentaba y la representación de sí que él mismo ofrecía, para encontrar alguna clave desde la que penetrar en un texto que, de otro modo, aparecía como particularmente árido e incluso decepcionante, en su sequedad expresiva, con respecto a los de otros de sus contemporáneos[5].

Aunque hubiera estudiado sujetos históricos con nombres y apellidos, al elegir a Inés Joyes como objeto centraba, por primera vez, el análisis de forma sostenida e intensa en la escala de lo individual. Mi motivación en aquel momento —debo reconocerlo— fue poco teorizada: más próxima a las inquietudes en apariencia sencillas de cualquier persona interesada por la historia (¿quién pudo escribir ese texto?, ¿cómo fue?, ¿de qué modo vivió?) que inspirada por una voluntad consciente de imprimir una dirección metodológica distinta a mi trabajo. Nunca dejé de albergar ciertas reservas acerca del resultado final, pero a lo largo del proceso fui cobrando conciencia de que una investigación de este tipo me permitía abordar de un modo diferente y enriquecedor algunos de los temas que me venían preocupando y a los que había dedicado estudios de otra índole: la participación de las mujeres en los discursos y en las prácticas y espacios culturales de la Ilustración, su papel en las estrategias y estilos de vida de la burguesía, la importancia del debate de los sexos en las discusiones de la época, la circulación de las ideas (lectura, traducción, consumo cultural) a nivel peninsular y europeo, todo ello con una atención esta vez más explícita e intensa a la relación entre el sujeto y su contexto (familiar, social, intelectual…). La investigación fue larga y discontinua. La dejé y retomé en distintas ocasiones a medida que emprendía otras, pero nunca la

4 Isabel MORANT y Mónica BOLUFER, *Amor, matrimonio y familia. La construcción histórica de la familia moderna*, Madrid, Síntesis, 1998; Mónica BOLUFER, «Lo íntimo, lo doméstico y lo público: representaciones sociales y estilos de vida en la España ilustrada», en *Studia Historica. Historia Moderna*, 19 (1998), pp. 85-116.

5 Antonio PONZ: *Viaje fuera de España* (ed. y estudio introductorio de Mónica Bolufer), Alicante, Universidad de Alicante, 2007.

abandoné del todo. Al final, como sucede con todo proyecto prolongado, la vida de los otros se entretejió con la vida propia, y si la factura final del libro corresponde a quien era yo hace pocos años, su primer impulso arranca de alguien que (tanto intelectual como personalmente) ya no soy del todo yo.

2.

La vida de Inés Joyes (1731-1808), como cualquier otra (si bien cada una de un modo distinto), obliga a plantearse el problema historiográfico de la relación y la tensión entre lo individual y lo colectivo. ¿De qué modo reconstruir una trayectoria concreta permite plantear problemas históricos que vayan más allá de lo estrictamente trayectoria personal, y cómo, por otra parte, se puede alcanzar cierto conocimiento de los elementos compartidos por un grupo o una época sin convertir al sujeto en un ser clónico, en un mero tipo social, idéntico a tantos otros, o en un caso destinado a probar tesis generales?[6]. En este sentido, la biografía, entendida no como un género específico, sino como un enfoque histórico posible, resulta útil para tratar de comprender de forma más compleja el cambio social y cultural en su rica textura, cuestionando explicaciones demasiado rígidas o predictivas[7]. Y es particularmente productiva para la historia de las mujeres, como ha comprendido un amplio sector de la historiografía, que la ha utilizado y ha reflexionado sobre ella en términos muy interesantes[8].

6 Giovanni LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales ESC*, 6 (1989), pp. 1325-1336; François DOSSE, *La apuesta por la biografía. Escribir una vida*, Valencia, PUV, 2007; Sabina LORIGA, *Le petit x: de la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010.

7 Isabel BURDIEL, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 17-48; J. C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.), *El Otro, el Mismo. Biografía y autobiografía en Europa, siglos XVII-XX*, Valencia, PUV, 2005. Véanse también los recientes dossiers monográficos «Roundtable. Historians and Biography», en *American Historical Review*, CXIV/3 (2009); «Biography and History: Inextricably Interwoven», en *The Journal of Interdisciplinary History*, 40/3 (2010), pp. 305-435; e Isabel BURDIEL (ed.), «Los retos de la biografía», en *Ayer*, 93 (2014), pp. 13-135.

8 Un tratamiento más amplio de carácter teórico y metodológico, en Mónica BOLUFER, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», en *Ayer*, 93 (2014), pp. 85-116.

Desde sus inicios, la historia de las mujeres se ha enfrentado al problema de cómo integrar en sus análisis la apolillada tradición de las «mujeres célebres», aquellas pocas que en la memoria y en la práctica histórica se habían salvado de la general invisibilidad de los sujetos femeninos. La historia tradicional nunca las ha ignorado del todo, pero convirtiéndolas, muchas veces desde su propia época, en mitos o iconos y destacando la excepcionalidad de sus hazañas, bien en campos considerados masculinos (la política, la guerra, la actividad intelectual y artística) o en los «propios de su sexo» (la religión, la maternidad, la beneficencia). Al mismo tiempo que ignoraba al resto, las «mujeres-tipo», aquellas que encarnan las limitaciones de la vida femenina en el pasado y parecen cargar sobre sus hombros el peso de «representar» a todo su sexo, y que, cuando no resultan simplemente silenciadas, aparecen en los libros de historia como una masa coral y anónima, sometida y resignada. La historia de las mujeres pretende hacer visibles como sujetos no solo a las mujeres ilustres del pasado, sino también a aquellas cuyas vidas discurrieron de forma más discreta o resultan más difíciles de recuperar, contribuyendo así a valorar la singularidad individual no solo de los sujetos clásicos de la biografía, más o menos excepcionales y descollantes (monarcas, políticos, guerreros, artistas o intelectuales), sino también de los llamados «sujetos subalternos».

Pero, además, se puede sortear esa rígida dicotomía para entender que tanto unos sujetos como otros, las mujeres célebres como las oscuras, se inscriben, necesariamente, en las reglas del juego social, haciendo uso de los márgenes, mayores o menores, que este ofrece y contribuyendo, en alguna medida, a modificarlos. Al desvelar el carácter cultural y social de los modelos de feminidad y masculinidad, los estudios de género han cuestionado la arraigada idea de que ser hombre o mujer constituyen identidades naturales y homogéneas, a favor de una visión más dinámica y compleja de la construcción de las identidades personales y colectivas, y han evitado ver en los sujetos individuales simples proyecciones de los modelos culturales dominantes para interesarse por la forma en que interiorizan, negocian o transforman esos modelos en su pensamiento y sus vidas[9].

9 Una revisión de la noción de «experiencia», en Kathleen CANNING, *Gender History in Practice. Historical Perspectives on Bodies, Class and Citizenship*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2006, especialmente los caps. 2 y 3, en debate con Joan SCOTT, «La experiencia como prueba», en Neus CARBONELL y Meri TORRAS (eds.), *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999, pp. 17-112.

Inés Joyes no es una «mujer célebre», como las grandes aristócratas de su tiempo (entre ellas la condesa-duquesa de Benavente, a quien dedica su obra), pero tampoco un individuo marginal, sino una mujer respetable, de familia distinguida aunque no opulenta, cuya reputación debió de apoyarse, en alguna medida, en una escasa o discreta presencia pública: el gesto de su vida que más la singulariza a nuestros ojos, la escritura y la publicación de su obra, no sería, probablemente, aquel por el que fue conocida para sus contemporáneos. Para comprenderla, si bien es necesario advertir las circunstancias limitadoras que pesaron sobre ella (aquello que no le era posible hacer, escribir o pensar en función de las leyes, la opinión, las costumbres, la educación…), interesa ante todo tener en cuenta cuáles son las cartas con las que le es dado jugar y cómo las juega.

Fui construyendo el relato partiendo de una pregunta sobre las condiciones de posibilidad de su texto: los elementos personales y colectivos, los datos biográficos y las circunstancias contextuales que permitían comprender mejor una obra como la suya. ¿Cómo pudo una mujer burguesa, que vivió su vida adulta en una pequeña villa periférica (Vélez-Málaga) y tuvo una existencia, hasta donde es posible conocer, bastante ordinaria, hacer acopio de los recursos materiales y simbólicos que le permitieron escribir y publicar su ensayo? Y es que escribir y publicar exige un cúmulo de condiciones, tanto externas como internas: una educación adecuada, pero también una comodidad material, tiempo y dedicación, y, asimismo, algunos contactos, relaciones e influencias, útiles a la hora de afrontar la negociación con la imprenta, la financiación de la obra y los trámites con la censura. Pero también requiere cierta determinación y seguridad personal: el deseo de escribir, el sentimiento de la propia capacidad y la voluntad de intervenir en la esfera de la opinión pública a través de la publicación.

3.

En las distintas ocasiones que he tenido de discutir mi trabajo, he debido subrayar que Inés Joyes no es «solo» una mujer, sino un individuo cuya identidad, entendida tanto en clave íntima de sentimiento de pertenencia e identificación, como en calidad de atributo otorgado o reconocido por los demás, viene definida por un entrecruzamiento de variables. Ello parece obvio en un tiempo en que la historia y las ciencias

sociales comprenden las identidades como necesariamente múltiples y fragmentarias, pero cuesta de asimilar y hacer entender en la práctica investigadora, en especial cuando los sujetos en cuestión son femeninos. En efecto, el genérico indiferenciado («la mujer») tiende a condicionar la percepción y la escritura de las vidas femeninas en el pasado, induciendo a olvidar que no se puede ser mujer (ni hombre) sin más y en bloque, sino en combinación con otras variables sociales, y que la identidad personal es siempre inherentemente inestable y dividida.

El peligro de ver en una mujer tan solo una mujer afecta tanto al propio trabajo histórico como a su recepción[10]. Las publicaciones en este campo, a veces de forma explícita pero sobre todo de manera tácita y aun inconsciente, se entienden con frecuencia como referidas única y exclusivamente a las mujeres, como si escoger a estas en tanto que objeto de investigación significara optar irremisiblemente por lo particular, lo que justifica que esos trabajos tengan menor eco y apenas se contemplen en las obras de síntesis sobre un periodo, una temática o un problema histórico. Si bien se comprende que una biografía masculina lo es de un político, un intelectual, un artista, un eclesiástico, incluso un «hombre común» (obrero, campesino, burgués…) y que su contexto remite tanto a las condiciones generales de su época (culturales, políticas, económicas…) como a las propias de su grupo, una biografía femenina suele contemplarse como la de una mujer (sin adjetivos), su contexto se reduce al de la condición de su sexo, y se sobreentiende que su público será solo el interesado por esa cuestión específica. Estigmatizada así como «particular» por partida doble (porque trata de un sujeto individual, y porque ese sujeto es femenino), la biografía histórica de una mujer (a menos que se trate de una «excepcional») cuenta con pocas credenciales académicas.

Sin embargo, los trabajos más interesantes que estudian los sujetos femeninos en el pasado han mostrado cómo las mujeres, no menos que los hombres, constituyen individuos singulares, cuya condición genérica en absoluto satura su identidad, que viene definida, como todas, por adscripciones plurales y móviles[11]. Es ya habitual citar a este respecto el

10 Gianna POMATA, «Storia particolare e storia generale. In margine ad alcuni manuali di storia delle donne», en *Quaderni Storici,* 74 (1990), pp. 341-385.

11 Denise RILEY, *Am I That Name?: Feminism and the Category of 'Women' in History,* Houndmills, Macmillan Press, 1988. Jane FLAX, *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*, Madrid, Cátedra, 1995.

hermoso prólogo de Natalie Davis a sus *Mujeres de los márgenes*, escrito en forma de una conversación imaginaria entre la historiadora y sus sujetos. Así, la misionera católica Marie de l'Incarnation y la comerciante judía Glikl bas Judah Leib protestan por no estar con sus correligionarios («Lo he leído y estoy escandalizada. Haberme encerrado en un libro con estas mujeres sin Dios»), y la protestante Maria Sibylla Merian se dice fuera del lugar que entiende es el suyo, el de los sabios («no debo aparecer en un libro sobre 'mujeres'. He de estar con los estudiosos y los pintores de la naturaleza, con los investigadores de insectos y plantas»)[12]. Las tres reclaman de ese modo su derecho a identificarse con otros vínculos, los de la fe o la afinidad intelectual, por encima de aquellos que justifican su inclusión en un mismo trabajo a ojos de la autora, quien recuerda así el carácter en cierta medida arbitrario de las categorías con las que definimos y agrupamos a las gentes del pasado.

Distinto es el caso de Inés Joyes, por cuanto se trata de una mujer que escribe explícita y deliberadamente *en tanto que mujer* y en defensa de su sexo. Su escritura alterna la primera persona del singular y del plural y concluye con una enfática llamada a sus congéneres, a quienes pretende abrir los ojos («Oíd, mujeres…»)[13]. Sin embargo, el hecho de que invoque en su ensayo su condición de mujer y reflexione sobre ella en términos colectivos —que muestre, por así decirlo, conciencia de mujer— no excluye que exprese también un sentimiento de desencuentro o lejanía con respecto a parte de su sexo y una voluntad de diferenciarse, como individuo, de la medianía: de esas mujeres a quienes retrata (por educación y convención social, no por naturaleza) como seres frívolos, con preocupaciones banales o exclusivamente domésticas, sin inquietud intelectual alguna. Y si bien su texto proporciona un asidero para analizar cómo se representa a sí misma antes sus lectores, resultaría falaz interpretar toda su existencia a la luz de una obra publicada en sus últimos años, cuando frisaba los 70, presentando su vida como si su único sentido fuera poner las bases del pensamiento que expresaría en un texto tardío.

Así, aunque su condición de mujer y la actitud crítica que acabaría forjando acerca del orden de las relaciones entre los sexos resultan muy

12 Natalie Zemon DAVIS, *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1996, pp. 9-10.

13 Inés JOYES, «Apología de las mujeres», en M. BOLUFER, *La vida y la escritura…*, 2008, p. 297; también pp. 275 y 277.

relevantes para entender su figura, no es, desde luego, en clave única: mujer burguesa, irlandesa y española, hija, más tarde esposa y madre de familia, viuda después, católica, ilustrada, lectora, traductora, escritora, Inés Joyes resulta en última instancia irreductible a la suma de todos esos ingredientes, pues los individuos, aun cuando compartan un tiempo, un espacio y ciertas circunstancias vitales, nunca son completamente intercambiables.

4.

Pretendí que el trabajo no fuera un «estudio de caso» que ilustrara, ratificara, o completara con detalles lo ya sabido. Tampoco estoy segura de que pueda calificarse de biografía. No porque sea algo «más», como ha asegurado con cierto énfasis algún colega historiador que, al hacer el elogio del libro, pretendía evitar adscribirlo a un género supuestamente menor. En todo caso, porque sea algo menos: ¿puede hablarse de biografía, cuando, además de su breve obra, los datos hallados acerca de la trayectoria vital de Inés Joyes pueden resumirse en unos pocos párrafos? ¿Cuando no he podido responder a las preguntas sobre muchos aspectos de su existencia, salvo de forma indirecta y contextual? Tampoco es pertinente en su caso hablar de «antibiografía», entendida por Ignasi Terradas como el análisis de las circunstancias que han hecho imposible la biografía de una persona humilde, en el doble sentido de dificultarle desarrollar un proyecto vital y de oscurecer su existencia a los ojos de los historiadores[14].

Inés Joyes, como ya he señalado, no fue una mujer de condición precaria, ni totalmente oscura en su tiempo, sino miembro de una familia conocida, con prestigio empresarial y excelentes conexiones. Y, sin embargo, su figura aparece velada en las fuentes, más opaca a la mirada de los investigadores de lo que su buena posición y su condición de escritora con obra publicada podría hacer esperar: por decirlo con la retórica dieciochesca de la propia Inés Joyes, «como los hombres están más expuestos al teatro del mundo, salen a luz muchas acciones suyas», mientras que las mujeres, «como no interesan al público, quedan se-

14 Ignasi TERRADES, *Eliza Kendall. Reflexiones sobre una antibiografía*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1992.

pultadas en el olvido»[15]. Los documentos oficiales (censos, memoriales, expedientes administrativos) con frecuencia las soslayan o las sitúan en un segundo plano con respecto a sus padres, hermanos, hijos y maridos. Las fuentes, así, reflejan, pero también contribuyen a subrayar, el tópico de que las mujeres del pasado aparecían definidas y determinadas, en mayor medida aún que los hombres, por su condición familiar o su estado civil. Es decir, tienden a sobredimensionar aquellos rasgos que parecen compartir con todo su sexo, o bien con amplios colectivos (casadas, viudas, religiosas, aristócratas…), hurtando los aspectos individuales, que solo pueden ser reconstruidos con dificultad. Más allá del texto en el que se expresa en primera persona y con voz rotunda, la *Apología*, y de la traducción a la que esta acompaña, la interpretación y la narración de su vida, por tanto, han de tejerse con datos dispersos y fragmentarios, que ofrecen una información aceptable sobre sus circunstancias: su existencia familiar, la posesión y transmisión de sus bienes materiales y la colocación, ascenso y actividades profesionales de los hombres a los que estuvo vinculada; poca, sin embargo, sobre ella misma.

La oscuridad del personaje contrasta con la celebridad del más conocido de sus hijos, el general Joaquín Blake y Joyes (1759-1827), cuyo relevante papel militar y político en la Guerra de Independencia y en el Trienio Liberal le garantizó un lugar en la galería de héroes de la época y en la historia posterior. De él se conservan varios retratos en distintas etapas de su vida, y se custodia un archivo privado (depositado en el Archivo General Militar de Madrid) en el que no figura, sin embargo, ningún papel referido a la madre, de quien tampoco se conoce imagen alguna[16]. En efecto, aunque el rastro biográfico dejado por Inés Joyes ha ido dibujándose poco a poco, ha sido de manera limitada y un tanto frustrante. No han aparecido fuentes especialmente jugosas: un diario, unas memorias o correspondencia privada. Ni siquiera un inventario de bienes de su casa de nacimiento o del hogar que creó con su marido, que permitiera reconstruir el entorno material en el que vivió, el contenido de la biblioteca que tuvo a su disposición, sus objetos personales o los

15 Inés JOYES, «Apología de las mujeres», en M. BOLUFER, *La vida y la escritura…*, 2008, p. 284.

16 La galería de retratos masculinos de la dinastía comerciante irlandesa Valois (o Walsh)-Cólogan, asentada en Tenerife, que se remonta al siglo XVII, todavía se conserva por sus descendientes: véase Agustín GUIMERÁ, *Burguesía extranjera y comercio atlántico. La empresa comercial irlandesa en Canarias (1703-1771)*, Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias-CSIC, 1985.

que la rodeaban, como tampoco el expediente de impresión de su obra, desaparecido en este caso.

Si el nombre propio, como escribieron hace tiempo Carlo Ginzburg y Carlo Poni, constituye un hilo del que tirar de la madeja de una existencia, para complicar todavía más las cosas, incluso la identificación de quien firma en la portada de la *Apología* como «Inés Blake y Joyes» resultó en principio dudosa, pues había dos mujeres del mismo nombre, madre e hija, a las que podía deberse el texto. El mismo hecho de que esos apelativos se repitan en el tiempo es significativo en varios sentidos: la reiteración de los apellidos habla de una acusada endogamia, frecuente entre la burguesía comercial de la época, en especial la de origen extranjero, mientras que la del nombre de pila «Inés» al menos en cinco generaciones complica todavía más asignar a cada una de estas mujeres una existencia individual. Así, se ha atribuido la *Apología* (yo misma inicié mis pesquisas con ese convencimiento) a la que hoy entiendo es una autora equivocada, la Inés Joyes hija, y los archiveros que clasificaron la documentación del general Blake cometieron un error similar, confundiendo a la hermana de este (Inés Blake y Joyes) con su hija (Inés Blake y Tovar, camarera mayor de Isabel II).

Ello responde a la dificultad de asignar una identidad segura a muchos individuos, dada la repetición de nombres y apellidos usual en la época, pero simboliza también, en cierta forma, la tentación de atribuir a las mujeres, en mayor medida que a los hombres, identidades «débiles», prácticamente intercambiables y reducidas a algunos trazos genéricos o genealógicos. Sin embargo, perpetuar en una misma familia un nombre de pila frecuente en el lugar de origen (Irlanda) puede tener también otra lectura, relacionada con el papel que la pertenencia a una comunidad extranjera fuertemente cohesionada por lazos familiares, clientelares, de negocios y amistades, pudo tener en el sentido que ella desarrolló de su propia identidad y en su eventual identificación con los modelos de sus antecesoras, así como en su posible proyección en sus hijas (especialmente, quizá, la que llevaba su mismo nombre, distinguida con una mejora simbólica en su testamento).

Prosiguiendo con la interrogación sobre qué encierra un nombre, cabe reparar también en las dos formas en que ella aparece nombrada (o se nombra a sí misma) en su tiempo. Lo hace siempre como «Inés Joyes» en la documentación parroquial o notarial, con el apellido de su padre y su madre, el mismo que llevaba la firma comercial de su familia. En

cambio, su obra la firma como «Inés Joyes y Blake», añadiendo a su apellido el de su difunto marido, al tiempo que desplaza del espacio de la portada a Samuel Johnson, autor de la novela original (acompañada de una *Apología* «en forma de una carta de la traductora a sus hijas»), de modo que es la traductora de la primera (y autora de la segunda) quien asume, de algún modo, la posición autorial: doble gesto por el que parece a la vez revelarse y velarse, rubricando su obra de reflexión con su propio nombre, pero al mismo tiempo adoptando, de entre todas sus identidades, la más respetable, la de una viuda y madre que escribe para sus descendientes. Se trata, pues, de una mujer que no solo carece para la posteridad de rostro conocido (como la inmensa mayoría de sus contemporáneos, y todavía más de sus contemporáneas), sino cuyo mismo nombre presenta formas equívocas y plurales, que pueden ofrecer pistas sobre los diversos hilos que pudieron conformar su identidad.

Y si la huella que dejó su vida aparece en buena medida tenue, pero no del todo borrada, también la que imprimiera su obra resulta apenas perceptible a nuestros ojos. Si juzgamos por los testimonios conservados, debió de tener un eco muy reducido en su época, al menos en la letra impresa: la *Gaceta* y el *Diario de Madrid* dieron noticia de su publicación en dos escuetos anuncios, pero jamás se reeditó, no se conocen más comentarios contemporáneos que la breve mención que de ella hace Godoy en sus *Memorias* y fue al parecer desconocida incluso para los posteriores traductores del *Rasselas* al castellano (en 1813, 1831 y 1860).

5.

Trabajar con estas limitaciones, familiares tanto a quienes investigan en biografía como a quienes lo hacen en historia de las mujeres (incluso las poderosas o célebres en su tiempo), requiere afilar todas las herramientas disponibles y no tener miedo a aventurar, más allá de los datos, especulaciones fundadas. Por una parte, obliga a prestar especial atención a los contextos, entendidos, según ha reflexionado Isabel Burdiel, no como telones de fondo que expliquen de forma lineal y necesaria una trayectoria individual, sino como marcos que abren posibilidades y dibujan límites siempre flexibles, sobre los que a su vez el sujeto actúa. Así, por ejemplo, el testamento de Inés Joyes, además de remitir a la norma jurídica y las convenciones de su tiempo y su grupo respecto a

las invocaciones religiosas o la disposición del patrimonio, contiene rasgos más particulares (un especial recuerdo del origen familiar, pequeños legados para las hijas, criadas o religiosas de confianza, o una marcada austeridad de las mandas pías) que en su articulación precisa dibujan un perfil personal. Y si la publicación de su obra despliega estrategias frecuentes entre las mujeres de letras (la traducción como fórmula y pretexto, la dedicatoria a una dama poderosa, la forma de carta familiar), a la vez la dureza del tono y lo atrevido del contenido fuerzan, de algún modo, los límites de las categorías con que en su época se pensaba la cuestión de los sexos.

Al mismo tiempo, intenté afinar mi sensibilidad hacia lo que historiadores como Arlette Farge aprecian como detalles significativos: pequeños gestos, palabras o imágenes cargados de valor no solo por sus posibilidades narrativas sino también por su facultad (en cierto sentido poética) para provocar destellos de comprensión, abriendo rendijas por las que entrever, de forma más intensa o reveladora que otro tipo de evidencias, posibles significados[17]. Para mí lo fue el cáliz irlandés de 1629 que Inés Joyes describe detalladamente en su testamento de 1806, comprimiendo en una frase la historia de su familia antes de legarlo al mayor de sus hijos varones. Ello me hizo pensar acerca del significado que pudo tener para ella la memoria genealógica, el sentido de pertenencia a una comunidad tejida de vínculos simbólicos.

Lo fue también la breve mención que de ella hace en su relato de viajes (*A Journey Through Spain in the Years 1786 and 1787*) el médico y clérigo anglicano Joseph Townsend, cliente de Gregorio Joyes, el hermano banquero de Inés, a quien esta alojó una noche en su recorrido por el Sur de España: fugaz estancia que nos permite imaginar a la viuda respetable no del todo aislada e intuir el papel que su casa pudo ejercer como modesto lugar de encuentro y discusión en una pequeña villa de provincias. Y lo fue, asimismo, el hallazgo de un ejemplar de su obra, sesenta años después de su publicación, en el inventario de la biblioteca de uno de sus nietos, el militar y político José MacCrohon Blake (1803-1860), sin el nombre de la autora, pero con todo inconfundible: metáfora de la visibilidad solo fugaz que tuvieron las mujeres de letras en la España del siglo XVIII, pero también indicio de que su obra y su

17 Véanse, entre otros trabajos suyos, Arlette FARGE, *El gusto del archivo*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1991; *Le bracelet de parchemin,* París, Bayard, 2003; y *Un ruban et des larmes*, París, Éditions des Busclets, 2007.

vida pudieron ejercer algún influjo entre sus contemporáneos o sus descendientes. El riesgo de la sobreinterpretar detalles nimios o que pudieran tener lecturas total o parcialmente distintas (¿tenía verdaderamente el cáliz tanto valor simbólico y sentimental para ella?, ¿tuvieron ocasión de conversar la viuda y el viajero?, ¿acaso el nieto heredó la obra como un libro anticuado y sin valor y jamás se dignó mirarla?) sobrevuela siempre este tipo de reflexiones que no rechazan lo intuitivo, pero que ensanchan nuestro campo de comprensión al incorporar aquello probable o tan solo posible.

De todos estos rastros documentales fragmentarios emerge un perfil borroso que contrasta, por un efecto debido a la gran diferencia entre las fuentes, con el tono directo y atrevido de su obra, la *Apología de las mujeres*. Un ensayo rotundo, redactado en primera persona y en el que se puede apreciar la expresión de un yo subjetivo, en sus acuerdos y desacuerdos con los valores morales y sociales de su tiempo. Datos biográficos —por escuetos que sean— y obra escrita se iluminan mutuamente, de formas complejas. Los primeros otorgan densidad y arraigo al texto, que así deja de parecer un ensayo moral en abstracto para mostrarse como una elaboración intelectual a partir de la experiencia, y esta, a su vez, se revela, como no podía ser de otro modo, inscrita en los valores y expectativas propias de su vida y su medio.

En efecto, la *Apología* dialoga, explícita pero sobre todo tácitamente, con otros textos anteriores y contemporáneos, españoles y europeos, desde los de Benito Jerónimo Feijoo y Josefa Amar a los de la francesa *Mme*. de Lambert o la británica Mary Wollstonecraft, cuyas afinidades (la insistencia en el mérito personal, el intenso tono moral, la confianza en la capacidad racional de su sexo y el poder de la educación, el valor de la amistad, una visión escéptica del matrimonio…) parecen remitir a una cierta experiencia común, declinada en cada caso de un modo particular. El ensayo de Inés Joyes sugiere, en su tono y contenido, el poso de lo vivido y el aplomo de la madurez. Invoca de forma repetida la autoridad conferida por la propia experiencia (como madre preocupada por la educación de sus hijos, como residente en una pequeña villa provinciana, como persona autodidacta…) y la contrapone a la retórica poco realista e interesada de los textos normativos, que denuncia por huecos, pretenciosos o excesivamente generalizadores.

Pese a ello, cabe ser prudentes y no leerlo en clave directamente autobiográfica, que a veces puede traicionarnos al dar un peso excesivo

a nuestras propias expectativas o prejuicios más allá de la evidencia documental. Así, por ejemplo, aunque es posible que cuando Inés Joyes denuncia la frecuente infelicidad del matrimonio, en particular para las mujeres, se apoyara en la vivencia propia, afirmarlo sin mayores indicios sería claudicar ante la presunción presentista de que un matrimonio «de conveniencia» como el suyo (endogámico, pactado entre parientes y con trasfondo de negocios) hubiera de ser forzosamente desgraciado.

Intenté también discernir su voz, de forma indirecta, en la obra que ella no escribió sino que tradujo, *Rasselas, prince of Abissinia* (publicada originalmente en 1759). Aquí resulta difícil distinguirla, porque su presencia como traductora es discreta: su versión, correcta e incluso elegante, sigue de cerca el texto original, sin añadir un prólogo de justificación o notas explicativas. Sin embargo —y aun sin dejar de lado lo que de azar, oportunismo o estrategia editorial puede haber en una traducción—, es posible captar afinidades entre autor y traductora, entre la novela de Samuel Johnson y la *Apología* que la acompaña. Renunciando a etiquetar a Johnson o tomar partido en los múltiples debates académicos sobre su figura y su obra (tory, anglicano, ¿misógino o defensor de las mujeres?, ¿en algún sentido, «ilustrado»?), preferí apreciar más bien las aristas y recovecos de un relato fascinante por su lucidez y por la ambigüedad de su final abierto, indeterminado, que suscitó reacciones encontradas en su tiempo (incluyendo la admiración de personajes tan distintos como Voltaire o Mary Wollstonecraft). Así entendí en qué sentido el viaje iniciático y las peripecias imaginarias de Rasselas, su hermana Nekayah y sus acompañantes pudieron despertar en Inés Joyes interés y quizá algún sentimiento de identificación: por su fuerte impronta moral, su visión pesimista de muchas cosas (notablemente del matrimonio), la fuerza de sus principales personajes femeninos, racionales, inquisitivos y profundamente críticos para con su propio sexo.

Por otra parte, la certeza de conocer más el entorno de Inés Joyes que a ella misma, de tener pocos datos y pocos escritos personales que confrontar al *yo* enfático que emerge de su texto, obliga a modificar la perspectiva sobre esas circunstancias sociales y familiares para contemplarlas, más que como un decorado fijo, como elementos que constituirían su identidad y como vínculos que ella utilizaría, construiría y desplegaría a lo largo de su vida: sus apoyos y, en cierto sentido, también su obra. En este sentido, su participación en las estrategias familiares y sociales puede verse como algo quizá acatado en la juventud, como joven casada por su madre viuda, pero activamente asumida en su ma-

durez, a través de gestos que han dejado huella documental (como designar albaceas y padrinos entre sus familiares y compatriotas) y otros (cartas, visitas…) que apenas podemos intuir. Gestos que renovarían y cultivarían, en la distancia, lazos queridos y útiles para su bienestar y el de sus hijos (como el vínculo con su hermano Gregorio, que inició a sus sobrinos en los negocios y dotó a alguna de las sobrinas) y quién sabe si para gestionar la publicación de su obra ante la censura y en la imprenta.

El papel de las mujeres en las estrategias familiares, más que a modo de peones pasivos, puede entenderse así también en términos de agencia individual en el seno del grupo cuyos valores comparten. Y, asimismo, también su participación en los negocios familiares puede verse bajo una luz algo distinta si en lugar de fijarnos en la titularidad de los negocios (que las mujeres solo ejercen de forma excepcional y transitoria), nos preguntamos por el significado que pudieron tener para ellas: así, la pequeña y reveladora referencia contenida en el testamento de su madre (llamada, como ella, Inés Joyes) a un empleado y albacea como «el cajero actual de *mi casa*» sugiere una participación activa en el negocio, pero, sobre todo, una vivencia de la empresa como algo propio, estrechamente ligado a su identidad y futuro y los de su familia.

6.

¿Quién era Inés Joyes? ¿Con qué recursos y a través de qué negociaciones con los valores y prácticas de su tiempo pudo dotarse de una voz propia y hacerla oír públicamente? En su vida, en cierto sentido ordinaria, pueden discernirse algunos apoyos materiales y simbólicos que permiten, en alguna medida, recrearla y comprender su obra. Por una parte, las circunstancias familiares. Pertenecer a una familia acomodada, de la burguesía financiera, bien relacionada y —algo de crucial importancia— de origen foráneo le proporcionaría cierto bienestar económico, un medio cultural propicio, que concedía singular valor a la educación (incluida hasta cierto punto la de las mujeres), un colectivo con un fuerte sentido de la propia identidad, a caballo entre las lealtades de origen y el arraigo en la sociedad española, y una densa trama de contactos familiares y sociales, que abarcaba esferas influyentes y amplios territorios (de Galway a Livorno y Roma, de Madrid y Málaga a Londres).

Así, aunque su vida discurriese en un horizonte geográfico limitado, tanto la memoria familiar de la que fue depositaria y gestora como sus propios referentes imaginarios alcanzarían la mítica Irlanda de origen, la Francia de la infancia materna, la Europa de los vínculos mercantiles y familiares, lo que pudo infundirle cierta confianza y seguridad en sí misma. A ello contribuiría quizá también el ejemplo de otras mujeres de su familia, algunas relativamente cultivadas, que intervinieron en los negocios y mostraron cierta iniciativa en el desarrollo de estrategias económicas o alianzas matrimoniales: su madre, nacida y educada en Francia; su tía abuela, cotitular de una firma comercial.

Aunque nada sabemos de su educación y lecturas, la suya debió ser una familia relativamente cultivada, que mantendría, como era usual entre la colonia irlandesa, el vínculo con el idioma y cultura de su país de origen, y quizá con cierta impronta laica e ilustrada; un ambiente del que Inés Joyes bebería (de ahí, en parte, el tono laico de su ensayo o la religiosidad austera que sugiere su testamento), pero al que también contribuiría, con su actitud personal y la influencia ejercida sobre su entorno. Y, por último, no parece casual que la *Apología* viera la luz cuando su autora era una mujer de 67 años, cuando su edad y su relativa independencia, como viuda respetable y de mediano pasar, pudieron brindarle la libertad y seguridad en sí misma suficientes como para presentar ante los lectores un texto tan atrevido, obra de alguien que ha vivido y reflexionado.

7.

Como en toda investigación, quedan al final cuestiones pendientes, temas abiertos a los que no es posible dar una respuesta bien trabada y cuyo sentido quizá sea más bien el de estimular la reflexión que el de cerrarla. La vida de Inés Joyes, que se extingue en 1808, y el eco muy limitado de su obra invitan, por ejemplo, a interrogarse sobre las continuidades y los cambios en el debate de los sexos y en las formas de participación femenina en la vida social y cultural (escritura, publicación, sociabilidad intelectual…) entre la época de la Ilustración tardía y la del primer liberalismo. Plantear la pesquisa de forma individual ayuda, en efecto, a descartar por demasiado simples visiones drásticas que sitúan a principios del siglo XIX el triunfo de una ideología de la doble esfera, que prescribiría a las mujeres un rol únicamente doméstico,

para apreciar la diversidad de los discursos coexistentes, sus paradojas e incoherencias y las formas plurales en que los sujetos se los apropian, y subrayar el carácter abierto y en alguna medida imprevisible de los acontecimientos políticos y los cambios culturales.

Por otra parte, a nivel metodológico me ha preocupado cómo reconstruir aquello que falta: si es legítimo o útil, por ejemplo, tratar de intuir las huellas que un individuo y su obra pudieron dejar en el mundo, más allá de donde llegan las fuentes. En el caso de la *Apología* y de su autora, si el silencio es solo eso, silencio (¿signo de desinterés, hostilidad, incomprensión?, ¿producto del azar), o bien cabe sospechar que el legado intelectual de Inés Joyes llegara a sus contemporáneos y sus descendientes (en sentido tanto literal como metafórico), por mecanismos menos visibles y más informales que los de la letra impresa: la relación con los hijos e hijas, las amistades, conversaciones y discusiones que no podemos conocer pero que su propio texto recrea.

Y sobre todo queda, como en todo trabajo biográfico, un resto imposible de apurar. Muchas preguntas sin responder, o con respuestas tan solo tentativas, debido a la escasez y parquedad de las informaciones. ¿Cómo y dónde se educó Inés Joyes, y cuáles fueron sus lecturas y sus referentes intelectuales? ¿De qué modo discurrió su infancia y juventud? Ya adulta, ¿fue el suyo un matrimonio bien avenido? ¿Cómo vivió la maternidad y la viudez? ¿Cuáles fueron sus amistades en Málaga y Vélez-Málaga, y cómo mantuvo el contacto con su parientes en Madrid y con el mundo de la imprenta en la capital? Y, sobre todo, ¿cómo evolucionó su visión de sí misma y de su lugar en el mundo a lo largo de su dilatada vida?

Quizá aparezcan en el futuro nuevas fuentes que permitan corregir o perfilar mejor el retrato. Pero, en cualquier caso, ni aun cuando consiguiéramos reunir muchos más documentos, el enigma de una identidad podría resolverse del todo. Como a cualquier historiador/a, me intriga pensar si ella respondería a los nombres con los que la he llamado, si se habría, no ya reconocido de cuerpo entero (pretensión imposible, además de poco pertinente, en nuestro oficio), sino identificado con alguno de los gestos, intenciones o pensamientos que le asigno. O si más bien, como Alicia, hubiera vuelto a ocultarse hasta cambiar el rostro que nos aparece siempre velado, o hasta sentirse mejor interpelada por alguien que venga después.

Las élites liberales en la España del siglo XIX: entre biografía, prosopografía y redes

JORGE LUENGO
Leibniz-Institut für Europäische Geschichte, Mainz

Introducción

La biografía como herramienta en la explicación de los grandes procesos históricos supone problemas de orden teórico y metodológico complejos y, por ello, a pesar del creciente interés entre la comunidad de historiadores, aún sigue observándose una cierta reticencia a su inclusión dentro de las grandes narrativas historiográficas[1]. El análisis del proceso de formación del Estado-nación y del liberalismo es un ejemplo muy claro de esa complejidad y de sus posibilidades para abordar problemas generales.

En este texto se argumenta que la biografía resulta una herramienta muy eficaz para la comprensión de los cambios que tienen lugar en España durante las décadas cruciales de crisis de la monarquía absoluta y de consolidación del liberalismo. Tradicionalmente, esos procesos se han explicado en función de la clase social y de los cambios políticos y económicos que tuvieron lugar con las revoluciones liberales —entonces denominadas *burguesas*— en estrecha relación con el surgimiento de una nueva clase social, la burguesía, que desplazaría a los grupos privilegiados del Antiguo Régimen[2].

Esta interpretación hace mucho tiempo que ha sido abandonada por la gran mayoría de los historiadores en favor de una concepción más compleja y, por lo tanto, menos rígida y dicotómica de los factores

1 Sobre el debate en relación al papel heurístico de la biografía en los estudios de historia, véase Isabel BURDIEL, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», en *Ayer*, 93/2014 (1), pp. 47-83, y especialmente pp. 48-50.

2 Una visión crítica sobre la historiografía que ha tratado el tema en Raquel SÁNCHEZ GARCÍA, «La revolución liberal en España: un estado de la cuestión», en Diego CARO CANCELA (ed.), *El primer liberalismo en Andalucía (1808-1868): política, economía y sociabilidad*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2005, pp. 11-62.

sociales, políticos y económicos implicados en la ruptura liberal con el absolutismo[3].

En este contexto de renovación historiográfica, la biografía desempeña un papel fundamental a la hora de reinterpretar el periodo revolucionario en la España liberal. El uso de la biografía para iluminar aspectos que habían quedado oscurecidos por el modo de enfoque de las interpretaciones estructuralistas se vuelve de gran importancia cuando se plantea una relectura del proceso de formación de las sociedades liberales.

Este fenómeno está intrínsecamente ligado al giro cultural que tuvo lugar en la década de 1980[4]. Fue entonces cuando los historiadores comenzaron a replantearse el papel de la biografía dentro de la narrativa histórica. El individuo emergía del grupo en la construcción del relato, aunque no lo hacía del mismo modo que en la historiografía positivista, donde la historia se equiparaba a la biografía de los grandes hombres. Por el contrario, el enfoque en personajes de las llamadas *clases subalternas* se volvía fundamental para la explicación de grandes procesos históricos[5]. Giovanni Levi supo ver muy bien la importancia de estos sujetos. Él argumentaba que individuos, grupos y sociedades no aceptaban pasivamente la imposición del Estado moderno ni otras formas de dominación, desarrollando estrategias para condicionar y modificar estas imposiciones mediante un uso de la racionalidad específica[6].

Si bien Levi se refería a la formación del Estado moderno durante el Antiguo Régimen, es posible aplicar esta idea a la formación del Estado liberal. También aquí los individuos desempeñan un papel fundamental en la construcción del nuevo sistema político. En ese sentido, y desde hace ya algún tiempo, se han producido diversos estudios sobre libera-

3 Salvador CALATAYUD, Jesús MILLÁN y M.ª Cruz ROMEO (eds.), *Estado y periferias en la España del siglo XIX. Nuevos enfoques,* Valencia, PUV, 2009; Volker R. BERGHAHN, «Structuralism and Biography: Some Concluding Thoughts on the Uncertainties of a Historiographical Genre», en Volker R. BERGHAHN y Simone LÄSSIG (eds.), *Biography between Structure and Agency. Central European Lives in International Historiography*, Nueva York/Oxford, Berghahn Books, 2008, pp. 234-250.

4 Véase Geoff ELEY, *Una línea torcida: de la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008.

5 Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1999, p. 3.

6 Giovanni LEVI, *L'eredità immateriale. Carriera de un esorcista nel Piamonte del Seicento*, Turín, Einaudi, 1985, p. 5.

les destacados, grandes hombres de Estado, reyes y reinas, parlamentarios y alcaldes, que han tratado de abordar, y complicar, el proceso revolucionario general y la consolidación del liberalismo desde el análisis biográfico[7]. Uno de los estudios más influyentes ha sido la biografía de Isabel Burdiel de la reina Isabel II, en la que se afronta la pregunta de la adaptación de la institución monárquica al sistema liberal a través de aspectos como los mecanismos de apropiación liberal de la monarquía en el proceso de construcción de los Estados-nación, conjugando valores y prácticas de la doctrina política y una concepción sociocultural de la monarquía a través del estudio de la figura de la reina[8].

Estos estudios han sido de gran importancia para el avance en la compresión del siglo XIX español, pero mi propuesta va un poco más allá. Mi argumento es que el uso de fragmentos biográficos combinados con el análisis prosopográfico y de redes aporta una nueva imagen del proceso de formación de las sociedades liberales. En esta relación, con la familia como elemento articulador, se encuentra la base de la proyección pública de las élites decimonónicas, que he definido en otro lugar con el concepto de *sociedad conyugal*, al entender sus estrategias de parentesco como base de las estructuras de poder del liberalismo[9].

Prosopografía y análisis de redes desempeñan aquí un papel fundamental, en especial a la hora de evaluar la importancia de la familia en la conformación de estas élites. Definida por Lawrence Stone, hace ya muchos años, como la investigación sobre las características comunes de un grupo de actores a través del estudio colectivo de sus vidas[10], la prosopografía establece una variante estructural que identifica normas y estilos comunes entre los miembros de un grupo[11]. Por su parte, las

7 Antonio MOLINER PRADA, *Joaquín María López y el partido progresista, 1834-1843*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1988; Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX español,* Madrid, Espasa-Calpe, 2000; Javier MORENO LUZÓN (ed.), *Progresistas: Biografías de reformistas españoles*, Madrid, Taurus, 2006; Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.), *Liberales eminentes,* Madrid, Marcial Pons, 2008.

8 Isabel BURDIEL, *Isabel II: una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, pp. 20-21.

9 Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal: las élites de Valladolid en el espejo de Magdeburgo en el siglo XIX*, Valencia, PUV, 2014.

10 Lawrence STONE, «Prosopography», en *Daedalus*, 100-1 (1971), p. 46.

11 Giovanni LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 6 (1989), p. 1330.

redes sociales se entienden como un conjunto —o conjuntos— finito de actores y las relaciones definidas entre ellos, de modo que el análisis de estas redes está estrechamente ligado al estudio de las pautas de la estructura social[12]. Es aquí donde redes y prosopografía se encuentran, combinándose los resultados del análisis de los vínculos entre distintos actores con el de sus atributos sociales, y entrecruzando así variables distintas de la vida de los individuos[13].

Una de esas variables es la familia, que se conforma mediante una serie de complicadas estrategias de parentesco a partir de las cuales se combinan biografía, prosopografía y redes sociales. De este modo, el análisis de las relaciones de cada individuo y el perfil de un grupo social determinado se complementan con el fin de obtener un cuadro más nítido de las estructuras sociales que son objeto de estudio, en nuestro caso las élites liberales del siglo XIX. Este enfoque permite, por tanto, una comprensión más compleja del proceso de implantación del liberalismo y una definición más precisa de sus élites.

No obstante, estos grupos no solo han de ser entendidos en función de la familia o las instituciones —desde donde es más fácil partir del análisis prosopográfico y de redes—, sino que también es necesario tener en cuenta un marco de acción transnacional y global que sobrepase los límites nacionales en que tradicionalmente se ha entendido el periodo revolucionario.

La importancia de la perspectiva biográfica para la comprensión del liberalismo

Con el fin de reformular algunos de los preceptos que habían dominado la investigación sobre el periodo y el problema histórico de la difícil consolidación del liberalismo en la España decimonónica, se torna necesario tomar en consideración la perspectiva biográfica. Lo primero que se complica con la inclusión del análisis biográfico es la perspectiva

12 Stanley WASSERMAN y Katherine FAUST, *Social Network Analysis: Methods and Applications*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 21 y 56.

13 Christopher VERBRUGGEN, «Literary Strategies During Flander's Golden Decades: Combining Social Network Analysis and Prosopography», en K. S. B. KEATS-ROHAN (ed.), *Prosopography Approaches and Applications: A Handbook*, Oxford, Unit for Prosopographical Research, 2007, pp. 579-602.

nacional, que impregna buena parte de los estudios que se centran en las revoluciones liberales. Muchos actores de la Era de las revoluciones presentan un perfil transnacional. A través de sus vidas se comprende rápidamente lo sutil de las fronteras nacionales a la hora de enfrentarse a su estudio. Además, el proceso revolucionario está estrechamente ligado a las etapas iniciales de construcción de los Estados-nación decimonónicos en toda Europa, por lo que muchas de las perspectivas geográficas que después han adaptado las historiografías nacionales no se correspondían con la realidad territorial del momento. Revolucionarios franceses en Estados Unidos como Lafayette o los norteamericanos que participaron en la Revolución Francesa muestran, según Philipp Ziesche, una clara conexión entre patriotismo y cosmopolitismo[14], de modo que la democracia como cultura política en el siglo XIX solo se puede ser comprendida desde una óptica transnacional[15].

En todo caso, los actores revolucionarios transgredían todo tipo de fronteras. En las décadas finales del siglo XVIII y la primera mitad del Ochocientos, nos encontramos trayectorias biográficas muy complejas que muestran los límites del marco de interpretación nacional a la hora de entender los procesos revolucionarios y la construcción de nuevas identidades. En este sentido, a partir de los ejemplos de los exiliados políticos y de los militares se podrá enmarcar mejor la importancia de la perspectiva biográfica en la formación del liberalismo.

Los exiliados políticos resultan el mejor ejemplo de uso biográfico a la hora de subrayar el carácter transnacional de este periodo. El fracaso de algunos movimientos revolucionarios en la Europa de la primera mitad del siglo XIX conllevó la existencia de un sinfín de exiliados que se asentaban en destinos concretos. París y Londres, especialmente, funcionaban como los puntos de encuentro de distintos exiliados europeos y americanos que se refugiaban de los regímenes reaccionarios establecidos en sus lugares de origen. Estos actores solapan la escala nacional con la transnacional[16]. Atendiendo a un espacio urbano muy bien delimitado es posible aplicar una perspectiva transnacional en la

14 Phillip ZIESCHE, *Cosmopolitan Patriots: Americans in Paris in the Age of Revolution*, Charlottesville/Londres, University of Virginia Press, 2010, p. 6.

15 Florencia PEYROU, «Was There a *Democratic Transnational Political Culture* in 19th Century Europe? An Approach from Spain», en *Social History*, en prensa.

16 Juan Luis SIMAL, «El exilio en la génesis de la nación y del liberalismo (1776-1848): el enfoque transnacional», en *Ayer*, 94/2014 (2), pp. 23-48.

comprensión de estos grupos[17]. Exiliados de diversas nacionalidades y orígenes se reunían en los mismos centros de sociabilidad, compartían información, convivían en los mismos barrios[18] y acudían a los mismos cafés. El exilio suponía, por tanto, como apuntaba Juan Francisco Fuentes, una experiencia iniciática y un aprendizaje político[19].

Igualmente, mediante un análisis prosopográfico de estos personajes es posible delimitar sus redes políticas y, a partir de las mismas, preguntarse por los límites de la perspectiva nacional a la hora de considerar el análisis del proceso revolucionario. Aún hoy priman en la historiografía estudios sobre los exiliados nacionales en distintos centros de exilio, si bien estos estudios dejan también claro el carácter transnacional del fenómeno del exilio político y consideran la importancia de los contactos y las redes políticas que tenían lugar[20].

Por otro lado, las biografías de líderes militares proyectan, igualmente, un carácter transnacional. A pesar de que el militar está fuertemente ligado al Estado en el desempeño de sus funciones, los militares combaten, en buena parte de los casos, allende las fronteras patrias. Las filas de los ejércitos estaban llenas de extranjeros que batallaban en las guerras patrióticas por diversos motivos, mientras que, por otro lado, se promovía una política de reclutamiento de extranjeros[21]. Igualmente,

17 Sabine FREITAG (ed.), *Exiles from European Revolutions: Refugees in Mid-Victorian England*, Londres, Berghahn Books, 2003; Fernando MARTÍNEZ, Jordi CANAL y Encarnación LEMUS (eds.), *París, ciudad de acogida: el exilio español durante los siglo XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons, 2010; Heléna TÓTH, *An Exiled Generation: German and Hungarian Refugees of Revolution, 1848-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014. Sobre una perspectiva de género del exilio, véase Juan Francisco FUENTES, «Cherchez la femme. Exiliadas y liberales en la década ominosa (1823-1833)», en *Historia Constitucional*, 13 (2012), pp. 383-405.

18 Daniel GUTIÉRREZ ARDILA, «Los primeros colombianos en París (1824-1830)», en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* [en línea] 2009, 36 (enero-junio); fecha de consulta: 6 de octubre de 2014, disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127113485004.

19 Juan Francisco FUENTES, «Imagen del exilio y del exiliado en la España del siglo XIX», en *Ayer*, 47 (2002), pp. 35-56, sobre todo pp. 47 y ss. Del mismo autor, véase también «José Marchena (1768-1821): leyenda y realidad de un abate revolucionario», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 49-72.

20 Juan Luis SIMAL, *Emigrados: España y el exilio internacional, 1814-1834*, Madrid, CEPC, 2012.

21 Kevin LINCH, «The Politics of Foreign Recruitment in Britain during the French Revolutionary and Napoleonic Wars», en Nir ALLIERI y Bruce COLLINS (eds.),

los militares nacionales más emblemáticos tenían ese carácter transnacional. Es imposible comprender el ascenso de Espartero, por ejemplo, sin tener en cuenta el contexto de guerras coloniales, e incluso de exilios políticos de la época[22]. Esta necesidad se hace más evidente por la aproximación biográfica que mediante una historia administrativa y militar del ejército.

Si llevamos estas cuestiones a un espacio europeo y transatlántico, vemos cómo la construcción de líderes liberales como Garibaldi solo puede ser interpretada fuera de un marco de referencia nacional[23]. El mejor ejemplo son las guerras de independencia de las colonias americanas, en las que los militares de ambos bandos solo pueden comprenderse dentro de un marco de acción transnacional. En los campos de Ayacucho, Carabobo o Pichincha, los generales y soldados que se enfrentaban ofrecían un perfil y unas trayectorias que iban más allá del nivel puramente nacional, y no se puede entender a personajes relevantes de ese periodo como Bolívar, San Martín o Sucre fuera de un marco interpretativo transnacional[24].

Los recorridos geográficos de algunos personajes a lo largo de su vida muestran la necesidad de ampliar las fronteras teóricas de la investigación histórica. Esto implica la obligación de considerar la historia desde una perspectiva más amplia. En este sentido, la historia transatlántica y la historia global proponen un acercamiento a los procesos históricos que resulta más conveniente que las tradicionales perspectivas nacionales. La perspectiva biográfica prueba lo sutil de las fronteras durante el periodo revolucionario, y la reducción de escala ayuda a entender mejor los contornos de la historia atlántica y a matizar muchas de las categorías de análisis con las que los historiadores del siglo XIX venían trabajando. Pero, ¿cómo puede cambiar la aproximación biográfica

Transnational Soldiers: Foreign Military Enlistment in the Modern Era, Nueva York, Palgrave, 2013, pp. 50-68.

22 Adrian SHUBERT, «Baldomero Espartero (1893-1879): del ídolo al olvido», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (coords.), *Liberales, agitadores y conspiradores…*, 2000, pp. 186 y 190. Actualmente, el propio Adrian Shubert está trabajando en una biografía del general Espartero.

23 Lucy RIALL, *Garibaldi: Invention of a Hero*, New Haven, Yale University Press, 2007.

24 Anthony McFARLANE, *War and Independence in Spanish America*, Nueva York, Routledge, 2013; véase también Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.), *Trayectorias transatlánticas (siglo XIX): personajes y redes entre España y América*, Madrid, Polifemo, 2013.

la interpretación clásica de la revolución liberal española? ¿Qué sucede si, aun situándose en un contexto más amplio, se mira este proceso de forma interna?

Élites e instituciones en el liberalismo: entre biografía, prosopografía y redes

Uno de los mayores cambios que provocó la Era de las revoluciones fue la construcción de un nuevo Estado. Este proceso estaba fuertemente ligado al surgimiento del Estado-nación y, a la vez, a la creación de un nuevo sistema institucional, que serviría de base al sistema liberal implantado a lo largo del siglo XIX a ambas orillas del Atlántico.

La reconstrucción de este proceso y los debates sobre el mismo han tenido, tradicionalmente, un carácter nacional, y sobre ellos se ha escrito una cantidad ingente de literatura. Por tanto, si se vuelve la vista hacia estos debates, aun entendiéndolos dentro de un marco de interpretación más amplio como el que hemos visto anteriormente, surge la pregunta de cómo contribuye la perspectiva biográfica a abrir nuevas perspectivas de investigación y a cambiar algunos de los supuestos de los distintos trabajos escritos en las décadas anteriores. Veamos estas cuestiones a partir del caso español.

El sistema liberal se construyó en función de una base censitaria. Los conceptos teóricos de representación que fueron puestos en práctica por los revolucionarios tardaron poco en aplicarse de forma restrictiva[25]. Esto originó la construcción de nuevas instituciones, la adaptación de las viejas, y una reestructuración de los cargos públicos. Incluso el mismo concepto de *público* se transformó. A partir de aquí se construye un nuevo modelo de legitimidad que descansa sobre la base de la representación. Esta se articulaba en el voto, que a su vez estaba restringido por un sufragio censitario basado en el sistema de capacidades, que permitía a los liberales limitar la participación política alejándose de los principios universalistas de la Revolución[26]. Con esto, los liberales pretendían limitar el acceso a la política de las clases subalternas a la vez

25 María SIERRA, María Antonia PEÑA y Rafael ZURITA, *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010.

26 Alan S. KAHAN, *Liberalism in Nineteenth-Century Europe: The Political Culture of Limited Suffrage*, Basingstoke, Palgrave, 2003, pp. 5-8.

que construían una nueva legitimidad política que establecía una nueva forma de entender el Estado.

En realidad, este fue el principal cambio que tuvo lugar en el paso del Antiguo Régimen al liberalismo. A partir del principio de la representación se alteró todo el sistema social, económico y político. En consecuencia, el sistema de cooptación de los cargos públicos se vio completamente alterado. Estos ya no dependían de la voluntad o dependencia regia ni era posible su adquisición por compra o herencia. En efecto, durante el siglo XVII, y debido a la necesidad de recursos económicos que tenía la Corona, la venalidad de cargos se extendió desde los cargos municipales a los judiciales y militares[27]. Mediante la compra y venta de cargos, una parte del sistema administrativo de la monarquía hispánica quedaba en manos privadas y podía ser heredado. Algunos cargos, por consiguiente, quedaban en manos de la misma familia a lo largo de generaciones.

El sistema liberal trató de romper esta dinámica. Por un lado, la legitimidad de los cargos ya no descansaba en el monarca, mientras que, por otro, estos se convertían en públicos, esto es, que su desempeño estaba ligado al concepto de soberanía nacional. Por lo tanto, el carácter de los cargos se transformó profundamente con la revolución liberal.

Pero, ¿qué tiene esto que ver con la perspectiva biográfica? En realidad, una de las primeras fuentes que se encuentra un historiador ocupado en el análisis de este proceso son distintos tipos de listas nominales, como por ejemplo las listas electorales. Estas se componen de un sinfín de nombres que indican electores, elegibles, votantes y, en último término, los elegidos. El individuo aparece, por tanto, como un actor principal en el proceso de instauración del liberalismo. El voto y el representante se definen, en definitiva, por el nombre propio.

27 Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, «La venta de cargos y oficios públicos en Castilla y sus consecuencias económicas y sociales», en *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, Ariel, 1985, pp. 146-183; Francisco TOMÁS y VALIENTE, «Ventas de oficios públicos en Castilla durante los siglos XVII y XVIII», en *Gobierno e instituciones de la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 179-251; y del mismo autor, «La venta de oficios del regidores y la formación de las oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVII y XVIII)», en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las Ciencias Históricas*, tomo III, Santiago de Compostela, Universidad, 1975, pp. 551-568.

Este ha sido el punto de partida de los estudios prosopográficos sobre los parlamentarios del siglo XIX. Estos actores reúnen a la vez voto y cargo, son individuos que forman parte de una institución y que, por consiguiente, aparecen claramente delimitados como sujeto historiográfico. Su análisis como grupo de poder ha aportado una nueva imagen de las élites liberales como un colectivo disperso, fragmentado y bastante heterogéneo, aproximación que se aleja bastante de los supuestos con que se habían tratado los grupos de poder hasta entonces[28]. Como afirmaba Pedro Carasa, el propósito último de esta aproximación prosopográfica trata de «definir grupos, profundizar en las relaciones y vínculos de interdependencia y extraer los rasgos más dominantes y comunes» del conjunto estudiado[29].

Se trataba de evitar, así, el sesgo positivista que caracteriza muchos estudios locales sobre el periodo revolucionario. Se construía, de este modo, un puente entre el nivel individual y el colectivo en el análisis del proceso de revolución liberal en la España de la primera mitad del siglo XIX. El análisis de las élites se alejaba, mediante estos planteamientos, de los viejos conceptos de clase social que caracterizaban los estudios de la llamada «revolución burguesa» desde los años sesenta del siglo pasado y hasta la revisión historiográfica al respecto iniciada en los años ochenta[30]. Se trata de una perspectiva de análisis muy atenta a los desarrollos contemporáneos de la historiografía europea sobre las revoluciones decimonónicas y a los supuestos de una nueva historia política interesada en la dimensión socio-cultural de los procesos, los personajes y las identidades políticas[31].

Todos estos cambios de perspectiva y método han sido determinantes a la hora de enfrentarse a los estudios biográficos de grupo en la medida en que la prosopografía puede actuar como un puente entre el nivel individual y el colectivo. Pero si bien estos estudios han con-

28 Javier MORENO LUZÓN, «La historiografía sobre las élites en la España liberal», en Rafael ZURITA y Renato CAMURRI (eds.), *Las élites en España y en Italia (1850-1922)*, Valencia, PUV, 2008, pp. 27-42.

29 Pedro CARASA, «Élites castellanas de la Restauración. Del bloque de poder al microanálisis», en *Historia Contemporánea*, 13-14 (1996), p. 159.

30 Pedro CARASA, «De la burguesía a las élites, entre la ambigüedad y la renovación conceptual», en *Ayer*, 42 (2001), pp. 213-237.

31 Ute FREVERT, «Neue Politikgeschichte: Konzepte und Herausforderungen», en Ute FREVERT y Heinz-Gerhard HAUPT (eds.), *Neue Politikgeschichte. Perspektive einer historischen Politikforschung,* Frankfurt/Nueva York, Campus, 2005, pp. 7-26.

tribuido enormemente a una mejor comprensión del proceso de revolución liberal, ligan excesivamente poder con instituciones, de modo que se acaba entendiendo el poder, al contrario que lo hace Foucault, en estrecha relación con el mundo institucional. No es que este último no sea relevante, pero a la hora de entender el modo y las prácticas de ejercer el poder conviene superar esa dicotomía y abordarlo como una situación estratégica compleja que trasciende instituciones y estructuras[32].

¿Cuál era, pues, la *situación estratégica* de las élites en la sociedad liberal de principios del siglo XIX? Los cambios socioeconómicos que tuvieron lugar en la ciudad del Setecientos conllevaron una reestructuración de las estrategias de los diversos grupos de poder, que se aprovechaban de un sistema de intercambios comerciales más ágil que supuso un enriquecimiento para capas más amplias de la población, sobre todo aquellas dedicadas al comercio. A su vez, el periodo revolucionario que siguió a la invasión napoleónica abrió espacios de participación política más amplios de los que se beneficiaron los grupos que habían experimentado auge económico pero que seguían sufriendo exclusión institucional.

Como ha sido advertido en numerosas ocasiones, el cambio social propiciado por la ruptura liberal con el absolutismo tan solo puede ser valorado en todas sus dimensiones e intensidad en un tiempo más largo que el de la revolución política. Sin embargo, lo que parece evidente en el debate actual al respecto es que esa revolución en el ámbito de lo político, entre otras cosas por la renovación de los cauces de representación y acceso al poder de decidir, fue lo que propició una reestructuración de la sociedad española que tenía sus orígenes antes de la ruptura liberal pero que, difícilmente, puede entenderse sin ella[33]. En mi trabajo sobre los cambios y permanencias en la élite de Valladolid durante ese período he podido comprobar que la apertura de las instituciones a sectores más amplios de la sociedad conllevó una reestructuración de sectores, jerarquías y estrategias de posicionamiento social y político sustanciales[34].

32 Michel FOUCAULT, *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*, Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 55.

33 Sobre el importante debate en torno al cambio social en la revolución liberal española, véase Jesús CRUZ, *Los notables de Madrid: las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000; así como la reseña de este libro escrita por Isabel Burdiel en *Journal of Modern History*, 72-1 (2000), pp. 242-244, donde se realiza una valoración crítica del concepto de *cambio social* empleado por Cruz.

34 Para un balance de la reinterpretación historiográfica de los últimos años, véase Isabel BURDIEL (ed.), *España. La construcción nacional*, Madrid, Taurus, 2012;

En muchos casos es posible ver no solo una reestructuración, sino una sustitución de élites al frente de las principales instituciones en el mundo urbano. Fueron especialmente comerciantes que se habían enriquecido durante la segunda mitad del Setecientos los que ocupaban los puestos de regidor y, en ocasiones, de alcalde[35]. A la vez, una burguesía de la Ilustración, con formación sobre todo en Derecho, pasó a ocupar los escaños de diputado en el Parlamento nacional. Determinados grupos de poder hacia finales del Antiguo Régimen veían, pues, con buenos ojos tanto una liberalización de los mercados como las propuestas políticas del liberalismo.

Con la Revolución, los órdenes estamentales desaparecían, como también lo hacían sus privilegios jurídicos. Los cargos institucionales se volvían públicos, y esto, en principio, estaba reñido con las prácticas de privatización de dichos cargos. Se desligaba, así, al menos institucionalmente, la esfera familiar del desempeño de cargos e, incluso, se establecía que fuera imposible la reelección en los Ayuntamientos de regidores y alcaldes, así como de sus familiares directos, con el fin de evitar una nueva patrimonialización del poder.

Las élites se reestructuraron a nivel nacional y local, adaptando, como no podía ser menos, las estrategias de reproducción que venían del Antiguo Régimen. En ellas, la familia desempeñó un papel de primer orden. Como ocurrió en toda Europa a lo largo del siglo XIX, la familia fue fundamental en la construcción social, política y cultural de la Modernidad[36]. Más en concreto, la nueva conformación de los entes locales

véase también Jesús MILLÁN y María Cruz ROMEO, «¿Por qué es importante la revolución liberal en España? Culturas políticas y ciudadanía en la historia española», en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.), *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008, pp. 17-44.

35 Heinz-Gerhard HAUPT, «La piccola borghesia nel contesto urbano», en Mauricia SALVATI (ed.), *Municipalismo e science sociali*, Bolonia, Universidad, 1993, pp. 59-68.

36 Betty G. FARRELL, *Elite Families: Class and Power in Nineteenth-Century Boston*, Albany, State University of New York Press, 1993; David Warren SABEAN, *Kinship in Neckarhausen, 1700-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Sobre el papel de los hermanos en la familia, véase Giulia CALVI y Carolina BLUTRACH-JELÍN, «Sibling relations in family history: conflicts, co-operation and gender roles in the sixteenth to nineteenth centuries. An introduction», en *European Review of History*, 17-5 (2010), pp. 695-704; Leonore DAVIDOFF, *Thicker Than Water: Siblings and Their Relations 1780-1920*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

e instituciones nacionales que se estableció con el liberalismo conllevó que esta tuviera un plano principal en la cooptación de cargos, aunque con notables diferencias respecto al Antiguo Régimen. La familia tuvo un protagonismo muy distinto en el régimen liberal ya que esta era una sociedad construida sobre la base jurídica del individuo. Los mecanismos de reproducción social en relación a la familia, por tanto, se volvieron más informales en cuanto el individuo dejaba de formar parte de un estamento por cuestiones de cuna.

No obstante, la familia se configuraba como uno de los elementos principales de las estructuras de poder que se establecen en el siglo XIX. El caciquismo, fenómeno que alcanza su máxima expresión a finales de la centuria, da buena cuenta de ello. El poder político y económico se articulaba en función de estrategias de parentesco, tornándose la familia en el puente perfecto entre las esferas pública y privada que, a principios del Ochocientos, ya se comenzaban a perfilar.

La institución familiar, por consiguiente, constituía el elemento articulador en la formación de carreras profesionales y en la ocupación de cargos institucionales. Análisis biográficos y prosopográficos demuestran las relaciones familiares dentro de la política liberal y dentro de las instituciones públicas, tanto a nivel local como nacional[37]. Así por ejemplo, para el caso de Valladolid, vemos cómo de los 22 alcaldes que entre 1835 y 1868 provienen de las filas urbanas, 13 tienen estrechos vínculos familiares entre sí[38]. Y la misma tendencia se observa entre los parlamentarios. Para el caso vasco, al menos la mitad de los diputados a Cortes electos tuvieron descendientes directos que desarrollaron actividades políticas[39]. Del mismo modo, entre aquellos que realizaban una actividad mercantil y, por lo tanto, de carácter menos público, la familia se tornaba en el principal mecanismo de integración profesional, lo que

37 Esther CALZADA del AMO, *Germán Gamazo (1840-1901): poder político y redes sociales en la Restauración*, Madrid, Marcial Pons, 2011; Pedro CARASA y Jorge LUENGO, «La expansión de una nueva oligarquía urbana. Poder y municipio en el Valladolid isabelino», en Alda BLANCO y Guy THOMSON (eds.), *Visiones del liberalismo: política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, Valencia, PUV, 2008, pp. 99-120.

38 Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal…*, 2014, pp. 187-188.

39 Mikel URQUIJO, Joseba AGIRREAZKUENAGA, Juan GRACIA, Fernando MARTÍNEZ, Eduardo J. ALONSO, Susana SERRANO, Hilda OTERO y Jon PENCHE, «Análisis prosopográfico de los parlamentarios electos de los distritos de Vasconia en tiempos de la Restauración monárquica (1876-1890)», en *Historia Constitucional*, 11 (2010), pp. 199-235, aquí 209-211.

no cambia respecto a las estrategias que se desarrollaron a lo largo del siglo XVIII. En estas, nos dice Paloma Fernández para el caso de Cádiz, el matrimonio fue el mecanismo de integración principal, y la continuidad de las familias se explica a través del papel desempeñado por los esposos de las hijas —la yernocracia— en las estrategias de parentesco[40]. El cambio político de principios del siglo XIX complicaba estas estrategias y reestructuraba, pues, los mecanismos de reproducción social. Pero, ¿de qué modo?

Las élites liberales: individuos, familias y redes

Si, como hemos dicho, el análisis familiar resulta aquí muy importante para comprender el proceso de instauración del liberalismo, es necesario considerar, a su vez, tanto el nivel individual como el colectivo con el fin de conseguir un cuadro más completo que integre al individuo dentro de un contexto concreto. Al conjugar en un mismo análisis el nivel individual mediante la biografía, y el de grupo mediante la aproximación prosopográfica, se establece un diálogo entre la agencia y la estructura que abre nuevas posibilidades de interpretación del proceso revolucionario, lo que permite adentrarse en los debates historiográficos desde nuevos ángulos.

El caso de Valladolid resulta ilustrativo a este respecto. El análisis de las élites liberales de mediados del siglo XIX implicaba identificar y construir un grupo representativo de aquellos que ejercían posiciones de poder en la ciudad. A partir de los personajes que ocuparon cargos en el Ayuntamiento entre 1835 y 1843 se realizó un trabajo prosopográfico del que resultaron unas estrechas relaciones familiares no solo entre los propios alcaldes y regidores, sino también entre los que disponían de mayores recursos económicos, desempeñaran o no cargos en las distintas administraciones[41].

Mediante complejas relaciones familiares que se construyeron a lo largo de varias generaciones, los personajes que más poder ocupaban en la ciudad establecieron lazos de parentesco que ligaban los apellidos más relevantes del municipio. Estos lazos devenían del desarrollo de es-

40 Paloma FERNÁNDEZ PÉREZ, *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Madrid, Siglo XXI, 1997.

41 Véase Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal…*, 2014.

trategias de reproducción social que marcaban el carácter del siglo XIX. De este modo, y como afirma Sylvia Yanagisako, no se puede considerar el parentesco como un elemento premoderno ya que su papel resulta fundamental para comprender las estructuras de poder de las sociedades modernas y contemporáneas[42].

Aunque la documentación personal referida a estas élites que se encuentra en los archivos es fragmentada y no muy abundante, es posible explorar el papel que desempeñaba la familia en la conformación de carreras personales. Nemesio López, mayor contribuyente y alcalde de Valladolid durante la década de 1840, se refería en su testamento a su tío político, un abogado local que le había tenido como pasante durante sus años de estudio y con cuya sobrina contrajo matrimonio, recordando que «vivimos en la casa y compañía de este, suministrándonos […] el alimento y asistencia que necesitamos»[43]. Igualmente, José Sigler, que llegaría a ser uno de los comerciantes más importantes de la ciudad, contraía matrimonio con una hija del comerciante que le había acogido como mancebo a su llegada a la ciudad a finales del siglo XVIII[44]. El apoyo familiar se observa, igualmente, en otros personajes que emigran a la ciudad hacia el cambio de siglo y que poco después aparecen ya con comercio abierto o están bien situados profesionalmente[45].

La importancia de estas estrategias de parentesco en relación al poder se observa con claridad si se diferencian las élites por origen y profesión. El perfil profesional de estas élites se resume, siendo reduccionistas, a juristas, comerciantes, propietarios y artesanos, algunos de los cuales presentaban la condición de hidalgos. Este perfil se explica porque la ciudad era centro universitario y sede de uno de los más importantes tribunales de la Corona, la Chancillería, así como por el reordenamiento del sistema de intercambios comerciales que se produjo a lo largo de la segunda mitad del Setecientos, convirtiéndose en un

42 Sylvia J. YANAGISAKO, «Bringing it All Back Home. Kinship Theory in Anthropology», en David Warren SABEAN, Simon TEUSCHER y Jon MATHIEU (eds.), *Kinship in Europe. Approaches to Long Term Development (1300-1900)*, Nueva York, Berghahn Books, 2007, pp. 33-48.

43 Citado en Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal…*, 2014, p. 74.

44 Ibíd., pp. 80-81.

45 Para el caso de Juan Manuel Fernández Vítores en perspectiva transnacional, véase Jorge LUENGO, «Redes familiares en la sostenibilidad del poder: análisis comparado de dos comerciantes de Castilla y Prusia en el siglo XIX», en *Historia Contemporánea*, 49 (2014), pp. 465-498.

importante centro de distribución de productos e, igualmente, en polo de atracción de comerciantes de un área geográfica relativamente homogénea que se correspondía con las provincias de Valladolid, Palencia y Burgos. Comerciantes y productores de esa área enviaban a Valladolid a sus vástagos con el fin de que establecieran negocio en la capital castellana para distribuir productos como el trigo[46]. Desde principios del siglo XIX podían aprovecharse, además, de la apertura del Canal de Castilla, que facilitaba las conexiones con la costa cantábrica[47]. De este modo, la ciudad incrementaba sus habitantes paulatinamente a la vez que estos comerciantes inmigrantes iban adquiriendo un poder económico y político cada vez mayor[48].

Pero, ¿dónde estaba la base de su creciente poder? La reconstrucción familiar de estas élites nos indica que esos comerciantes foráneos establecieron unas redes familiares mucho más compactas que las de abogados o comerciantes que tenían raíces en la ciudad desde varias generaciones atrás[49]. Su política matrimonial se construyó a partir de unos lazos de solidaridad y apoyo mutuo entre ellos que se basaba en el desarrollo de complejas estrategias de parentesco. De este modo, se protegían contra posibles bancarrotas, bastante comunes a lo largo del siglo, y contra los estragos políticos de distinto tipo que tuvieron lugar, logrando un mejor afianzamiento en las estructuras urbanas.

Esto es así, entre otras cosas, porque estos comerciantes foráneos estaban mucho más expuestos a la inestabilidad que cualquier otro grupo y, mediante la construcción de una densa red familiar, se protegían de posibles eventualidades en un entorno socioeconómico que cambiaba muy rápidamente y que generaba muchas posibilidades nuevas de negocio, pero también muchas incertidumbres. Los rápidos ascensos sociales y las caídas igualmente rápidas eran típicas de la época, como ya he apuntado, y aparecen en toda la novelística costumbrista y luego realista decimonónica.

46 Isabel MIGUEL LÓPEZ, *El mundo del comercio en Castilla y León al final del Antiguo Régimen*, Valladolid, Server Cuesta, 2000.

47 Juan HELGUERA, Nicolás GARCÍA TAPIA y Fernando MOLINERO, *El Canal de Castilla*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1990.

48 Germán RUEDA HERNANZ, «Del antiguo régimen a la primera expansión industrial (1808-1864)», en Celso ALMUIÑA *et al.*, *Valladolid en el siglo XIX*, Valladolid, Ateneo, 1985, pp. 241-308.

49 Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal…*, 2014, pp. 167 y ss.

Por todo ello, este análisis de la conformación y circulación de las élites debe tomar en cuenta de forma directa el proceso revolucionario que estaba teniendo lugar. La definitiva instauración de los principios liberales en la década de 1830, una vez superados los vaivenes políticos de los años anteriores, significó la consolidación de la ampliación del abanico social que podía acceder a ejercer un cargo municipal. El cambio en el sistema de cooptación conllevó nuevas formas de competencia, nuevos intereses y nuevas reglas que permitieron abrir nuevos espacios para personajes que antes no tenían la posibilidad de control de las instituciones locales.

Las relaciones familiares sirvieron de base para lograr efectivos mecanismos de integración en la ciudad, como se observa a través del ejemplo de los citados comerciantes que emigraron a Valladolid en torno a 1800. Durante el primer tercio del Ochocientos establecieron estrechos lazos de parentesco entre ellos, aunque con sus descendientes aplicaron unas estrategias matrimoniales más amplias, enlazando con otros grupos profesionales. De este modo, los comerciantes foráneos, que se situaban en la década de 1830 como los mayores contribuyentes, establecieron estrechas relaciones con prominentes juristas locales, ya fueran naturales de la ciudad o no, lo que abría la puerta a la diversificación profesional.

Este proceso se observa a través del seguimiento de algunos casos biográficos. Quizás sea el de Juan Manuel Fernández Vítores el más representativo al respecto. Siguiendo los enlaces matrimoniales que se establecen alrededor de este personaje se observa cómo desde la década de 1830 las relaciones matrimoniales se extienden hacia otros sectores profesionales entre los que destacan los juristas —como su propio hijo Teodoro, que fue Magistrado—. Esto implicaba, a su vez, un cambio en la construcción de carreras de los descendientes, que se licenciaban en Derecho en la Universidad y desarrollaban carreras en el mundo de la jurisprudencia, lo que suponía estrechos contactos entre los comerciantes y el mundo de las profesiones liberales[50].

Esto contribuía a la formación de una estructura de poder más homogénea en la ciudad. El mundo de los negocios y el mundo ilustrado se ponían en contacto a través del desarrollo de estas estrategias de parentesco. Alrededor de la década de 1830, precisamente cuando se

50 Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal…*, 2014, cap. 5.

consolidó en España el cambio político que había dado bandazos en las décadas anteriores, las élites económicas e ilustradas confluían en los nuevos espacios institucionales que había configurado la implantación del liberalismo. De este modo, las estrategias de parentesco se situaban como uno de los mecanismos principales en el proceso de formación de las élites liberales.

Por otro lado, no es posible comprender el funcionamiento de estas redes familiares sin considerar el nivel individual. Por consiguiente, la aproximación biográfica, hasta donde lo permite la documentación, es fundamental para interpretar correctamente la relación entre los niveles individual y colectivo, que están inextricablemente unidos en cualquier perspectiva biográfica compleja. En este sentido, el análisis de redes aporta otro puente entre el individuo y el grupo.

Las redes familiares resultaban funcionales gracias a la labor de mediación que realizaban algunos personajes. Estos actuaban de puente entre centros de poder diversos, de tal modo que unían redes familiares diversas, conectando los apellidos más relevantes de la ciudad. Es el caso de Gabino Abril, un comerciante vallisoletano por el que pasaban los vínculos entre las familias locales más distinguidas. Este personaje, que no tenía hijos, pasó fugazmente por el Ayuntamiento como regidor en 1812, sin destacar en su labor pública, y no se le encuentra entre las listas de los mayores contribuyentes. *A priori*, es un personaje que no atrae la atención del historiador a la hora de analizar las élites urbanas. Sin embargo, a través de él, las élites establecían lazos que enlazaban las más importantes familias de la ciudad. Comerciantes locales como Mariano Miguel de Reynoso se ligaban a comerciantes foráneos como José Sigler o Juan Manuel Fernández Vítores, al igual que a juristas como Nemesio López, a través suyo. Estos personajes citados ocuparon los más altos cargos a nivel local y provincial, llegaron en ocasiones al Parlamento nacional, lideraron buena parte de las actividades socioculturales de la ciudad y se encontraban entre los mayores contribuyentes.

Por Gabino Abril pasaban los vínculos por los que todos ellos —y muchos otros— se unían, al menos si se observan las redes de parentesco desde una perspectiva diacrónica. Su matrimonio con María Pérez Andrés, natural de Villarramiel, posibilitó esa labor de mediación. Las primeras nupcias de esta mujer y los enlaces matrimoniales de su sobrina configurarían, durante las primeras décadas del siglo XIX, el núcleo

del poder económico y político de la época liberal[51]. Es en este momento cuando Gabino Abril desempeña un papel de articulación de un grupo de poder en proceso de definición. Esto explica que, a pesar de haber fallecido en 1840, en una celebración sobre la decisión de implantar el ferrocarril en Valladolid en 1855, a su sobrina se la designe todavía por el nombre del tío[52]. A través de este ejemplo se observa el potencial cultural de los nombres y los apellidos en casos caracterizados por una sociedad civil en formación y, por ello, bastante delimitada. Más allá de contribuir a la conformación de la burocracia estatal, el apellido actúa, por tanto, como un elemento articulador del poder[53].

Y dentro de este proceso, la perspectiva de género supone igualmente un elemento central. El papel de las mujeres en la formación de las élites liberales es fundamental a pesar de que su presencia como actores en los estudios sobre las élites liberales queda, en muchos casos, oculta. Ya hemos visto la importancia de la figura de María Pérez Andrés. Igualmente, el caso de Gregoria Guerra ilustra ese papel crucial de las mujeres en las estrategias de reproducción social de las élites decimonónicas. Esta mujer, a través de su red familiar, resultó trascendental en la construcción de una brillante carrera en el mundo de los negocios y en la política local de su cónyuge, Juan Manuel Fernández Vítores, que, como hemos visto, se encontraba entre los comerciantes más ricos de la ciudad hacia mediados de siglo. Uno de los principales mecanismos de los que se sirvió este personaje para un positivo establecimiento en la ciudad y el desarrollo de su negocio se basaba en la conformación de amplias redes de parentesco, que se articulaban, en parte, a través de su mujer. Esta estaba emparentada con ricos comerciantes como José Sigler, Gregorio Guerra o Luis Rojas, algunos de ellos también inmigrantes que se habían asentado en la ciudad en torno a 1800. Solo considerando las relaciones de su mujer, es posible entender el éxito de este personaje, cuyo poder descansaba, en buena parte, en haber logrado una posición de centralidad dentro de las complejas redes de parentesco construidas por las élites urbanas[54].

51 Jorge LUENGO, *Una sociedad conyugal…*, 2014, pp. 167 y ss.

52 Archivo Municipal de Valladolid, Secretaría General, Leg. 544, Exp. s/n.

53 Sobre estas cuestiones, véase James C. SCOTT, John TEHRANIAN y Jeremy MATHIAS, «The Production of Legal Identities Proper to States: The Case of the Permanent Family Surname», en *Comparative Studies in Society and History*, 44 (2002), pp. 4-44.

54 Jorge LUENGO, «Redes familiares en la sostenibilidad del poder… », 2014.

El uso del análisis de redes para enfrentarse a la construcción de las élites liberales ha de incluir, por tanto, el nivel biográfico, en el que el individuo es analizado no en un contexto singular, sino en un cruce de varios contextos, dentro de los cuales las redes familiares son importantísimas. Ello implica la deconstrucción del propio individuo aislando los apellidos que le aportan su identidad más básica. De este modo, biografía, prosopografía y redes familiares se juntan para la comprensión de un grupo de poder. La formación de las élites urbanas en el siglo XIX necesita, por consiguiente, de estas herramientas históricas.

Una sociedad conyugal: ¿un nuevo concepto para entender las élites?

La perspectiva biográfica resulta fundamental a la hora de aproximarse al análisis del liberalismo decimonónico. Ya no es posible entender el profundo cambio que significó la crisis del Antiguo Régimen y la implantación del liberalismo sin atender a casos de estudio biográficos que muestran los caminos abiertos en las nuevas sociedades revolucionarias, las nuevas posibilidades de acción y los nuevos mecanismos de interacción social. A la vez, el análisis biográfico sirve para romper algunos de los esquemas historiográficos que han dominado durante décadas el estudio de la Era de las revoluciones. La perspectiva biográfica obliga al historiador a comprender el carácter del proceso revolucionario dentro de un marco interpretativo más amplio, considerando trayectorias y conexiones europeas, transatlánticas y globales que desdibujan los contornos nacionales que han dominado el estudio del siglo XIX en las últimas décadas.

Esto modifica muchos de los planteamientos teóricos sobre los que se ha venido trabajando este periodo al suponer una reconsideración de las categorías sociales. El análisis, realizado sobre todo desde perspectivas postcoloniales, de los estudios sobre identidades —fragmentación de las identidades o hibridación cultural— tiene, igualmente, una base en la perspectiva biográfica, localizándose espacios intersticiales en los que se desarrollan algunas vidas, lo que contribuye a reevaluar las dicotomías sociales y espaciales del mundo moderno[55].

55 Garth Andrew MYERS, *Verandahs of Power: Colonialism and Space in Urban Africa*, Nueva York, Syracuse University Press, 2003, especialmente el cap. 2, titulado

Por otro lado, la perspectiva biográfica no entra en contradicción con una interpretación estructural del proceso revolucionario. El estudio de las vidas de individuos se pone, en primer lugar, en relación con aspectos culturales, económicos y políticos que ayudan a contextualizar las trayectorias biográficas dentro de un marco histórico concreto. Del mismo modo, la prosopografía permite situar al individuo dentro del nivel colectivo, de modo que se puede conseguir un perfil más definido de determinados grupos sociales. El estudio del poder en la España del siglo XIX, que hemos tomado como ejemplo, muestra los beneficios de considerar una perspectiva biográfica colectiva para la comprensión del liberalismo decimonónico. Las instituciones principales del nuevo régimen, instauradas o reinventadas durante el proceso revolucionario, se ponen así, mediante el análisis prosopográfico, en contacto con una perspectiva sociocultural articulada por una serie de variables que permiten un análisis de biografía de grupo.

No obstante, esta perspectiva tiene sus límites debido a que, en muchas ocasiones, las preguntas de estos estudios prosopográficos se han quedado en cuestiones meramente sociales que no incluían aspectos culturales que ya dominaban la agenda historiográfica. Es aquí donde la combinación de biografía individual y de grupo resulta pertinente. Ambas se pueden retroalimentar a la hora de matizar o contextualizar casos de estudio a la vez que las cuestiones culturales, más sutiles y, por tanto, más susceptibles de ser comprendidas a través de casos individuales, entran en diálogo con el contexto social que enmarca al individuo.

En esta relación, la familia resulta un elemento clave. Biografía y prosopografía se funden a la hora de considerar la importancia de la familia en procesos históricos concretos, como es el caso de la formación de las élites liberales que hemos tomado como ejemplo. Al igual que forma el primer lugar de socialización de un individuo, la familia también

«The Interstitiality of Colonial Lifes». En esta idea también se incide en Ann Laura STOLER y Frederick COOPER, «Between Metropole and Colony: Rethinking a Research Agenda», en Ann Laura STOLER y Frederick COOPER (eds.), *Tension of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 1997, pp. 1-56, especialmente p. 34. Osterhammel denomina las biografías en estos espacios intersticiales con el concepto de *Zwischenraumbiographien*, véase Jürgen OSTERHAMMEL, «Imperien», en Gunilla BUDDE, Oliver JANZ y Sebastian CONRAD (eds.), *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen und Theorien*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 2006, pp. 56-67, especialmente p. 61.

se torna en el elemento articulador de las élites. Esta no solo se sitúa en el centro de las estrategias de reproducción social del liberalismo, sino que sirve de mecanismo relacional entre las élites liberales. Mediante complejas estrategias de parentesco, estas enlazaban entre sí, uniendo fortunas, carreras políticas y cargos institucionales mediante estrechas relaciones familiares. Las élites locales se articulaban a través de estrategias de parentesco, en instituciones como el Parlamento primaban las redes políticas con centro en la familia y los negocios tenían un componente familiar también muy marcado.

Es aquí donde el análisis de redes merece consideración en el estudio del liberalismo. A partir de lazos políticos, económicos o institucionales se fue construyendo un grupo de poder homogéneo que, hacia finales del siglo XIX, suponía una cerrada oligarquía que funcionaba bajo un sistema clientelar muy bien estructurado. La base de estos lazos fue la familia, y las redes que estas élites construyeron estaban, en un principio, basadas en complejas estrategias de parentesco que tenían su origen en las décadas finales del siglo XVIII. En este sentido, como apunta David Warren Sabean, el parentesco es un factor activo en la construcción de clase[56] y las redes son un elemento fundamental en la conformación del mismo.

En el centro de todos estos elementos se sitúa la perspectiva biográfica. En sus múltiples dimensiones, esta no solo resulta útil para entender los contornos del liberalismo decimonónico, sino fundamental para abrir nuevas vías de investigación y nuevas preguntas en el estudio del siglo XIX español. La consideración del individuo en el análisis histórico ayuda a interpretar la historia de España en una perspectiva transnacional, a ponerla en relación con otros casos de estudio y a enmarcarla dentro de procesos históricos más amplios, contribuyendo a una comprensión más compleja de los problemas históricos y enriqueciendo los conocimientos sobre el periodo revolucionario. Las complejas trayectorias de las vidas de los protagonistas de ese periodo así lo exigen.

56 David Warren SABEAN, *Kinship in Neckarhausen*…, 1998, pp. 449-450.

Las fuentes del yo íntimo: biografía y virilidades románticas[1]

María Sierra
Universidad de Sevilla

Emplear en el título de un texto académico las categorías de «yo» e «intimidad», aún más en el marco del romanticismo, obligaría a explicitar de entrada qué clase de concepto de sujeto lo articula y, a la par, anunciar las prevenciones que conviene tomar respecto a la noción moderna de individuo. Pero lo cierto es que me resulta todavía más imperioso disculparme ante Mary Wollstonecraft, la conocida autora de la *Vindicación de los Derechos de la mujer*, una crítica sobre la construcción en masculino de la ciudadanía moderna tan inteligente como preñada de futuro (para lo bueno y para lo malo)[2]. Debo explicar que empleo de forma algo tramposa una expresión —las fuentes del yo íntimo— surgida al hilo de la lectura de esta obra y de los comentarios luminosos de su editora, tras constatar cuánto de sociales son los sentimientos que intervienen en la construcción de identidad femenina y, muy particularmente, el amor como un lugar de sumisión.

De hecho, el principal objetivo de este trabajo es el de avanzar en el desciframiento de una de las facetas más fácilmente naturalizables de ese ego íntimo, la de la identidad genérico-sexual atribuida y asumida. En la línea de lo planteado precisamente por Isabel Burdiel recientemente a propósito de las relaciones entre la historia política y la biografía, conviene recordar que el yo moderno no es otra cosa que una construcción cultural y que el ámbito de lo privado dista mucho de ser el espacio puro del individuo a solas consigo mismo, emancipado de lo social[3].

1 Este trabajo se inscribe en el Proyecto I+D HAR2012-32637, financiado con Fondos FEDER.

2 Mary WOLLSTONECRAFT, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 1994; edición con estudio introductorio de Isabel BURDIEL («Introducción», pp. 7-96).

3 Isabel BURDIEL, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», en *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-83; Charles TAYLOR, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad*

Me propongo aquí reflexionar históricamente sobre la relación entre lo público y lo privado en el contexto del romanticismo —el marco, precisamente, en el que se consolidó esta conflictiva dicotomía moderna—, y hacerlo desde el supuesto de que las identidades interiorizadas, entendidas como subjetivas y refugiadas en la ilusión de lo privado, se fabrican con recursos culturales que por definición son sociales y, en este sentido, públicos.

Entre el juego de posibles repertorios culturales colectivos desde los cuales se imagina el yo moderno —el yo romántico—, me interesan especialmente aquellos que pueden abordarse desde la historia de las culturas políticas y la historia de las emociones, además de, evidentemente, el género como enfoque transversal. Armada con las categorías que proporcionan estas formas de hacer historia y, especialmente, su entrecruzamiento, pretendo mostrar que las fuentes del yo íntimo tienen mucho de público y que, en consecuencia, decodificar su construcción social alumbra espacios de libertad también para el presente[4].

Con este fin, he procurado darle una nueva vuelta de tuerca al análisis de la actuación pública de aquella generación de liberales que protagonizó la instauración del nuevo régimen posrevolucionario en la España del siglo XIX. Su cultura política y sus sentimientos son referencias relacionadas que, por otra parte, entiendo vienen a articularse en el espacio altamente naturalizado de la identidad sexual. Por ello, he atendido a la virilidad de varios hombres de este tiempo histórico como el territorio de engarce de esos dos marcos culturales para la acción pública[5]. En trabajos previos, en los que el análisis de la masculinidad —mo-

moderna, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1996; Helena BÉJAR, *El ámbito íntimo: Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988.

4 No es posible resumir en una nota la genealogía de las nociones de cultura política y emociones aquí manejadas, pero, para lo que se refiere a la primera, puede encontrarse una toma de postura en Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010. Para las emociones, además de compartir el espíritu que guía la entrevista de Jan PLAMPER, «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein and Peter Stearns», en *History and Theory*, 49 (2010), pp. 237-265, puede verse una opción personal en María SIERRA, *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013.

5 Sobre la relación entre masculinidad y política liberal en el siglo XIX resultan particularmente productivas para el enfoque que aquí se propone las indicaciones

delos, discursos, conflictos— devino fundamental para profundizar en los problemas que me planteaba el estudio del gobierno representativo liberal y de la nueva política parlamentaria, abordé las tres biografías sobre las que se apoya ahora esta reflexión, construida a partir del entrecruzamiento de enfoques ya enunciado.

Sin embargo, y antes de darles entrada, quiero aclarar que no me apoyo solo instrumentalmente en la biografía, convirtiéndola en la materia con la que rellenar un entramado. La historia biográfica supone un sustento también teórico, pues la capacidad de este enfoque para descentrar y problematizar los objetos de estudio es solo el primer paso de un esfuerzo por indagar, más allá de las normativas, en las experiencias vividas, entendidas como lugar de encuentro entre las identidades interiorizadas como propias y las constricciones y/o los recursos sociales.

Me apoyo aquí, es evidente, en la noción de experiencia propuesta por Joan W. Scott, entendida como una construcción discursiva que nos obliga como investigadores a rastrear la compleja historicidad de una interpelación inagotable: un circuito abierto que comunica los recursos sociales —lingüísticos— que un sujeto tiene a su alcance para configurar su identidad subjetiva y el yo que resulta constantemente reconfigurado[6]. En este punto, biografía y género se auxilian historiográficamente para descender de las normativas y los discursos hegemónicos a las profundidades de lo vivido, en la medida en la que esto último sea científicamente asible. Es decir, y utilizando el oportuno título de un aún más oportuno artículo de Carl Degler sobre la sexualidad femenina en el siglo XIX, si queremos no conformarnos con lo que indica la prescriptiva —que dice lo que debe ser— y procuramos acercarnos de manera menos prejuiciada a la pluralidad de lo incorporado y sentido[7].

Esta es mi intención y la de un método biográfico que puede parecer algo errático: pretendo aproximarme a la masculinidad decimonónica y sus efectos políticos a través de virilidades vividas en el marco pero también en los intersticios de las normas y los discursos oficiales. Y he

de John TOSH, *Manliness and masculinities in nineteenth-century Britain: essays on gender, family, and empire*, Harlow, Pearson Longman, 2005.

6 Joan W. SCOTT, «The Evidence of Experience», en *Journal of Critical Inquiry*, 17, nº 4 (1991), pp. 773-797.

7 Carl N. DEGLER, «What Ought To Be and What Was: Women's Sexuality in the Nineteenth Century», en *The American Historical Review*, 79, nº 5 (1974), pp. 1467-1490.

elegido para ello a tres protagonistas prescindibles de la historia, tres perfectos secundarios que desde esta sombra permiten entradas alternativas al problema de la representatividad. Se trata tres hombres que vivieron la instauración del nuevo régimen en España desde el espacio de la política y/o la escritura, un *continuum* socio-profesional muy característico del liberalismo[8]. Antonio González González (1792-1876), Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873) y Gabriel García Tassara (1817-1875) probablemente cruzaron más de una vez sus pasos en el Madrid de mediados del XIX, transitando los lugares paradigmáticos de la nueva esfera pública liberal. Los dos últimos, escritores de mayor o menor reconocimiento, coincidirían en las reuniones del Ateneo o en algunas tertulias literarias de moda; los dos primeros conocieron la represión absolutista en carne propia antes de hacerse un hueco en la esfera pública liberal; el primero y el último se sentaron a un mismo tiempo, bien que desde distinto partido político, en los bancos del Congreso de los diputados durante el reinado de Isabel II[9].

La de Antonio González es una biografía de contacto entre Europa y América, que incluye la paradoja de protagonizar la exclusión política de los territorios trasatlánticos de la antigua monarquía hispánica después de haber encontrado en ellos amparo y fortuna. En su caso, este juego de interacciones en el que se va construyendo aquello que se cosifica al hablar del carácter de una persona pasó por la experiencia crucial del exilio. En 1823 estuvo a punto de perder la vida varias veces en un dificilísimo viaje, cuando la reinstauración del absolutismo borbónico expulsó de España a muchos liberales activos en la revolución. Pero su condición social y su inteligencia le auparon en la sociedad peruana que le acogió, logrando convertirse allí en todo un personaje. A lo largo

8 Las relaciones entre escritura y política, campos profesionales con múltiples intersecciones, en Jesús Antonio MARTÍNEZ MARTÍN, *Vivir de la pluma: La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2009; y María Antonia PEÑA, «Escritura y política en la España del siglo XIX», en María Cruz ROMEO y María SIERRA (eds.), *La España liberal (1833-1874). Historia de las culturas políticas en España y América Latina,* vol. 2, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons Historia-Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

9 Pueden encontrarse sus respectivas biografías en María SIERRA, «Nación de un solo hemisferio: las fronteras americanas de la representación a través de la vida de un exiliado», en *Journal of Iberian and Latin American Research*, 20, nº 1 (2014), pp. 111-125; *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013; y «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», en *Historia y política*, nº 27 (2012), pp. 203-226.

de los diez años que vivió en aquellas tierras, a las que había llegado en las peores circunstancias, consiguió amasar un importante patrimonio y entroncar con la elite criolla local. Lo primero le habilitaría para acceder con ventaja al mercado de la tierra desamortizada una vez retornado a España y consolidar así una fortuna muy notable; lo segundo le proporcionó, amén de una esposa «hija de padres distinguidos, de educación esmerada, modesta y virtuosa», el capital social de una red familiar bien establecida[10]. Pero también allí entabló la amistad política que le relacionó perdurablemente con una de las figuras centrales del liberalismo español: Espartero. Encargado de su defensa ante Bolívar, González fue desde el primer momento miembro del núcleo más íntimo de la clientela de los *ayacuchos* que formó su cohorte política. De vuelta a España habría de ser, bajo Espartero, embajador, ministro y presidente de Gobierno.

En 1836, al poco de retornar de esta América en la que había encontrado refugio y recursos múltiples, Antonio González presidió las Cortes que tomaron la drástica medida de expulsar del Parlamento a los diputados de los territorios ultramarinos, a pesar de haber sido elegidos con completa legalidad, así como la decisión paralela de reducirlos a un estatus infraconstitucional, caracterizado por la desigualdad en el trato político y la consideración colonial en lo económico. Desde puestos cruciales, colaboró a la reordenación de la hoja de ruta del liberalismo español, que, por lo que se refería a los territorios extrapeninsulares, pasó por terminar de liquidar aquel espejismo alumbrado en Cádiz de la «nación de los dos hemisferios»[11].

La explicación de su actuación está inscrita en algunas de las claves de la cultura política de su generación, la generación liberal posrevolucionaria que sintió necesaria y urgente la adopción de un modelo de modernidad concebido como unívocamente europeo. Inglaterra y Francia pesaron sobre el imaginario del liberalismo español de manera aún más determinante de lo que ha sido habitualmente considerado, pues no funcionaron únicamente como modelos políticos y constitucionales más

10 La descripción de su esposa, obra del mismo González, en la Solicitud de Licencia para contraer matrimonio (Expediente personal, Archivo Ministerio Gracia y Justicia, Personal, 827).

11 Los debates en torno a esta cuestión y su significado político, en Josep M. FRADERA, *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2005. Juan PRO RUIZ, *El Estatuto Real y la Constitución de 1837*, Madrid, Iustel, 2010.

o menos adaptados o invocados, sino que, de forma más amplia, fueron completos símbolos de modernidad cultural. El modelo británico fue especialmente admirado por Antonio González, quien en su viaje de vuelta desde América y antes de establecerse definitivamente en España, se permitió un *tour* de un par de años por Europa. De Londres, a donde regresaría después como embajador del Gobierno Espartero, trajo una acusada anglofilia que lo mismo le conduciría como ministro de Estado a estudiar la adaptación de las leyes sanitarias inglesas que a fundarse en el ejemplo de aquel país cuando más tarde se ocupó de reformar la legislación española sobre el derecho de voto[12].

Sin duda no fue exclusivamente suya la sensación y el complejo de periferia cultural de toda una generación que procuró olvidarse de América para hacerse más europea y que, antes de olvidarla, la construyó como periferia cultural reproduciendo un discurso de subalternidad que así re-colocaba a España en una situación intermedia en el dilema entre civilización o barbarie. Pero sí debió de ser una experiencia particular para Antonio González la de enfrentar el discurso sobre la masculinidad que en aquella Inglaterra que él visitó volviendo de América estaba empezando ya a tomar forma, definiendo al hombre moderno como un varón autocontrolado y productivo, un caballero imaginado como blanco, civilizado, moderado sentimental y sexualmente, por oposición a un amplio conjunto de «otros» conformado por aristócratas afeminados, pervertidos de variado tipo y hombres de razas inferiores. Quien «por la tez y las facciones parece mestizo», como se le describe en un repertorio biográfico colectivo de la época, debió de sentir con mayor urgencia aún que otros varones de su generación la necesidad de dejar atrás el pasado americano, para ajustar de la forma más completa posible su imagen pública a la del admirado modelo británico[13].

12 Como ministro de Estado, solicitó al embajador en Londres en 1842 que le enviara las normativas inglesas sobre sanidad pública para preparar en España una ley sobre la materia, según Fernando ARMARIO SÁNCHEZ, «Las relaciones de España y Gran Bretaña durante la regencia de Espartero (1840-1843)», en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 5 (1984), pp. 137-162; su actuación durante la reforma electoral progresista de 1855-56 en María SIERRA, «El espejo inglés de la modernidad española: el modelo electoral británico y su influencia en el concepto de representación liberal», en *Historia y política*, nº 21 (2009), pp. 139-167.

13 Su fisonomía según Fermín CABALLERO, *Fisonomía natural y política de los procuradores en las Cortes de 1834, 1835 y 1836, por un asistente diario a las tribunas*, Madrid, Impr. de Ignacio Boix, 1836, p. 61.

En la época victoriana, la masculinidad burguesa habría de explicar frecuentemente sus exigencias —fortaleza física y emocional, gestión cerebral del comportamiento, honor y cuidado de las apariencias, contención sexual y sentimental…— a través del contramodelo del otro racial, los variados varones no blancos que poblaban el mundo colonial, caracterizados por la debilidad y la promiscuidad[14]. En el caso del anglófilo González, el exilio y el retorno fueron la matriz de una experiencia en la que las identidades «privada» —varón de contrastable hombría— y «pública» —político respetable— se fabricaron reactivamente en el marco de los discursos europeos sobre la modernidad. Biografías de contacto como esta, trasatlánticas, revelan con matiz la importancia del encuentro directo (o desencuentro) con sociedades muy diversas, en un tiempo decisivo para la construcción de las jerarquías culturales modernas.

También la biografía de Gabriel Tassara nos acerca a un proceso reactivo de combinación en lo que atañe al tejido articulado por las identidades de género, afectiva y política. Poeta de éxito en los círculos románticos, imaginó su escritura como una misión heroica al servicio del partido liberal moderado, a cuyo amparo desarrolló una prolongada carrera pública que le llevaría desde las páginas de la prensa política a los bancos del Congreso, para acabar como embajador en los EE.UU. Su discurso es representativo del conservadurismo liberal español, tanto por lo que se refiere a la defensa de una autoridad fuerte y centralizada como por la resistencia —cerril— a la ampliación social de la esfera política. Sus poesías fueron muy del gusto de Donoso Cortés, el líder del ala más conservadora del moderantismo: Tassara sabía encarnar en sus metáforas el rechazo a la movilización popular y la amenaza del caos social propios de esta familia política. Era de la «boca de un infierno», «el infierno revolucionario», de la que habría salido según su pluma la «peste» de la política, presentada como una enfermedad social, ahora que «todo el mundo es ciudadano y el desayuno general es la lectura de un periódico» en vez del antiguo y más recomendable alimento del chocolate[15].

14 Sobre la masculinidad en la Inglaterra victoriana, John TOSH, *A Man's Place: Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven, Yale University Press, 2008. La resignificación burguesa del honor en el siglo XIX, en Robert A. NYE, *Masculinity and Male Codes of Honor in Modern France*, Cary (EE.UU.), Oxford University Press, 1993.

15 El infierno de la política moderna en Gabriel GARCÍA TASSARA, «La políticomana», en *Los españoles pintados por sí mismos*, vol. 2, Madrid, Boix, 1843, pp. 38-47, citas pp. 39-40; la admiración por Donoso, elaborada en forma de largo poema,

Claro que peor era lo que pasaba con la mujer, porque «su cabeza no resiste tanto, su lengua es más movible [...]», y, cuando es atacada por el virus de la política, «ya no hay remedio para ella». No era solo el temor a la movilización popular sino también la amenaza de la participación de la mujer en la política liberal lo que motivó un cruel cuadro costumbrista, firmado por Tassara, en la obra colectiva *Los españoles pintados por sí mismos*. Bajo la figura de «la político-mana» compendió muchos de los tópicos de largo arrastre que pesaron sobre la mujer que en el siglo XIX pretendió asomarse a una esfera pública definida como masculina. Así, la frenología que explicaba la fealdad natural de las mujeres con afición a la cosa pública se daba la mano con el argumento de su incapacidad amorosa —«su frente no es aquella en la que Byron veía transparentarse los pensamientos de amor»—, y todo ello se representaba con vívidas imágenes verbales que dibujaban a la mujer política como una sibila —descrita en un trance ridículo— o un íncubo —una perfecta contraimagen de la «verdadera» mujer, aquella que cualquier lector/a de la época reconocería recordando el impactante cuadro de Füsli *La pesadilla*, tan famoso desde su nacimiento como reeditado—[16].

La resistencia recalcitrante a cualquier apertura en clave femenina por parte de Tassara —no solo ridiculizaba a la mujer que opinaba sobre política o quería intervenir en ella, sino también a la que aspiraba a ingresar en la academia o protestar contra el matrimonio— cobra mayor significado si cruzamos este episodio político con otras claves biográficas. Precisamente en el tiempo que escribió su *político-mana*, mantuvo una intensa, breve y dramática relación amorosa con una de las más notables mujeres fuertes que vivió en la España de mediados del siglo XIX: la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, a la que conoció cuando era poeta de moda en el Liceo y otros escaparates del romanticismo en Madrid en los que ella también descollaba.

El parcial registro epistolar que se ha conservado permite entrever las distintas actitudes de los dos amantes. A Tassara, galanteador de probado éxito, pudo atraerle la dificultad de la empresa de conquistar a la mujer del momento[17]. Sin embargo, Gómez de Avellaneda se situó

Gabriel GARCÍA TASSARA, «Un diablo más, especie de poema a Don Juan Donoso Cortés», 1851-52.

16 La cita en «La político-mana», p. 40.

17 Las cartas, perdidas, se reproducen parcialmente en Mario MÉNDEZ BEJARANO, *Tassara. Nueva biografía crítica*, Madrid, Imp. de F. Pérez, 1928.

a sí misma en un terreno muy distinto al que estaría acostumbrado su cortejador: sus cartas devuelven la voz de una mujer fuerte, que basaba sus relaciones con los hombres en un concepto del amor como derecho igualitario. Ya lo había hecho antes cuando pretendió enamorar a un andaluz de buena familia a quien había conocido en Sevilla, el esquivo Cepeda; también ahora la escritora se colocaba ante su amante en pie de igualdad en cuanto al derecho a la pasión. Si en las cartas a Cepeda se declaraba libre y otorgaba libertad a su destinatario —«soy libre y lo eres tú»—, invirtiendo los roles de conquistador y conquistada, en las escritas a Tassara se mostraba dispuesta a seguir practicando una concepción del amor como sentimiento que lleva implícito alguna forma de emancipación femenina[18].

Además, tratándole como un par en el mundo de la escritura, Gómez de Avellaneda expresaba su pretensión de complicidad intelectual e intercambio profesional. Aun desde el silencio documental se puede percibir la alarma con la que su don Juan leería cartas tan vigorosas. La mujer que se revelaba en ellas no se ajusta ni lejanamente a esa otra imaginada «mujer ideal» diseñada como refugio amoroso para el nuevo guerrero de la esfera pública, «cuando un hombre vaya a apagar en la sociedad de la mujer los ecos de la maldita orquesta política»[19]. Ni silente ni sumisa, Gómez de Avellaneda fue, de hecho, una de las mujeres de su época que hizo más méritos para convertirse en una persona pública. Escritora de éxito en todos los géneros, preciaba la independencia económica, llegó a solicitar su incorporación a la Real Academia de la Lengua y expresó opiniones controvertidas en sus obras sobre temas como la esclavitud o el matrimonio[20].

18 El epistolario dirigido a Cepeda fue guardado por este, a pesar de la demanda de devolución, y publicado tras la muerte del destinatario por decisión de su viuda. El erudito encargado de la edición organizó las cartas, otorgándoles sentido desde una perspectiva masculina y «cepediana»: Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, *Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda* (ed. de Lorenzo Cruz de la Fuente), Madrid, Imprenta Helénica, 1914.

19 «La político-mana», p. 40.

20 Una biografía sintética en la «Introducción» de Elena CATENA a GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, *Poesías y epistolario de amor y de amistad* (ed. Elena Catena), Madrid, Castalia, 1989. Aspectos de la gestión económica y actividad pública de la escritora en María del Carmen SIMÓN PALMER, «"Lego a la tierra, de que fue tomado, este mi cuerpo mortal…": últimas voluntades de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Revista de Literatura,* LXVII, nº 123-24 (2000), pp. 525-570; y María del Carmen SIMÓN PALMER, «Gertrudis Gómez de Avellaneda, agente político», en *Studi Ispanici*, nº 1 (2005), pp. 341-348.

Las exigencias de superioridad, dominio e iniciativa que la masculinidad hegemónica conllevaba en el siglo XIX hicieron muy difícil la prueba de aguantar la convivencia con una mujer fuerte. Y, como la escritura satírica no le ofrecía suficiente protección contra sus fantasmas, Tassara simplemente huyó cuando el éxito literario de ella amenazó con eclipsarle —a la vez que quedaba embarazada—. Su miedo y su fuga, aun cuando intransferibles, remiten a sentimientos colectivos. En la segunda mitad del siglo XIX, el temor masculino a la mujer fuerte avanzaba en Europa y América especialmente personificado en la figura de la mujer escritora, que, al decir de un crítico literario, amenazaba en forma de «una legión de amazonas de las letras, con la enagua arremangada y en la diestra la pluma de ganso»[21].

Frente a ello, los lugares de la política se convirtieron en un parapeto de género especialmente valorado por esta generación posrevolucionaria. Incluso cuando, en el contexto del Sexenio Democrático (1868-1874), la profundización democrática del liberalismo llevó a algunos a plantearse los límites de la exclusión representativa. Así, por ejemplo, el intelectual abolicionista Rafael M. de Labra, pudo sentarse en el Congreso como diputado antillano y solicitar un trato político más equitativo para los territorios coloniales al recuperarse la posibilidad de su representación parlamentaria. Sin embargo, por lo que respecta al derecho electoral de la mujer fue más prudente: a pesar de reconocer la necesidad de su emancipación jurídica, dejaba para un segundo paso la oportunidad de introducir el voto femenino; pero, en ningún caso, imaginaba a la mujer como elegible, una tarea que «no le sienta bien a su debilidad física» y la distraería de los altos deberes domésticos[22].

Iluminar esta percepción generacional, inquieta e intimidada, desde el extra de inteligibilidad de una biografía singular ayuda a aprehen-

21 La cita en Pura FERNÁNDEZ, «La escritura dislocada: las amazonas de las letras al asalto de la República Literaria. El caso de Rosa de Eguílaz y su *Mujer famosa* (1891)», en Pura FERNÁNDEZ y Marie-Linda ORTEGA (eds.), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2008, pp. 365-387, cita p. 267.

22 El horizonte entreabierto para algunas iniciativas en Maria Gloria ESPIGADO TOCINO, «Las mujeres en el nuevo marco político», en Isabel MORANT (ed.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XX*, vol. III, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 27-60; la postura de Labra, y alguna negativa más tajante como la de Pi y Margall, en Maria Gloria ESPIGADO TOCINO, «El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: los límites de la modernidad», en *Ayer*, nº 78 (2010), pp. 143-168, cita p. 161.

der la textura de un sentimiento colectivo que tuvo innegables y largas consecuencias públicas en tanto que el orden político liberal presuponía un orden genérico-sexual de esferas pretendidamente segregadas. Porque, para Tassara el problema no era ya solo tratar con una mujer que como escritora aspiraba a tener voz pública, sino también, y de forma más urgente, proteger su hombría en el campo de la pasión amorosa, emoción difícilmente más ligada a la identidad sexual dentro de la caja negra del yo.

En el marco de una virilidad que asignaba al varón la iniciativa de una acción recibida supuestamente por un objeto femenino sumiso y pasivo, es posible imaginar (entender) su reacción ante una mujer como Gómez de Avellaneda, capaz de advertir incluso a sus amantes contra su propia capacidad de conquista[23]. Surgido de la misma construcción de género normativa, el miedo a la superioridad sexual femenina, encarnado en la figura de la mujer autárquica y devoradora, gestó un abigarrado imaginario romántico de fantasías que aunaron atracción y pavor en la segunda mitad del siglo XIX. Y conviene aquí recordar cómo la ciencia de este tiempo asoció la actividad intelectual femenina con el desorden sexual y la amenaza de una anarquía político-moral general. La conexión fue madurada por la psiquiatría moderna, que construyó la locura como una enfermedad naturalmente femenina y cruelmente tratable[24].

Es cierto que el romanticismo alojó terapias más benévolas que las de estos médicos, como la de la risa, practicada en algunas obras de teatro. Si a Tassara el oficio de escritor, en su calidad de caja de herramientas, le sirvió para forjarse una imagen heroica de su misión social, a Manuel Bretón de los Herreros, autor de enorme éxito en su tiempo, le permitió alimentar el sueño de una masculinidad más libre. De origen

23 En el mejor conservado epistolario a Cepeda se puede leer cómo, al poco de finalizar la relación que la convirtió en madre de trágica suerte, escribía a su anterior amor, con quien había retomado el trato que, si empleara en su relación el cerebro y no solo el corazón, «te subyugaría a mi placer; te volvería loco si se me antojase». Carta 44, p. 209.

24 Elaine SHOWALTER, *The Female Malady: Women, Madness and English Culture, 1830-1980*, Londres, Virago, 1987. Algunas escrituras del yo reflejan la dureza de los tratamientos (reposo, aislamiento, inactividad intelectual) que tenían mucho de imposición de la autoridad plena del doctor —varón— sobre la enferma, así en Charlotte PERKINS GILMAN, *El papel pintado amarillo* (ed. de María Ángeles Naval), Zaragoza, Contraseña, 2012.

social humilde a pesar de ser hidalgo, trabajó esforzadamente con el fin de alcanzar como literato un lugar social respetable y una cómoda medianía material en el nuevo régimen liberal, cuya instauración apoyó públicamente. En los años de la guerra carlista, sus letrillas satíricas en contra del absolutismo y a favor de la libertad, publicadas en la prensa, fueron muy comentadas y repetidas gracias a su chispeante comicidad y su estilo popular.

Pero, si leídas fueron sus sátiras, más seguidas aún resultaron algunas de sus comedias, que se representaron durante décadas en teatros grandes y pequeños de toda España, y se reprodujeron en variados formatos editoriales (en algunas ocasiones, en países americanos)[25]. Es sobre esta peculiar forma de escritura —pensada para la escenificación— sobre la que quiero llamar la atención, proponiendo que sea entendida como un discurso político, por cuanto a través de ella el autor procuró —y hay que preguntarse en qué medida logró— influir en el rumbo de su sociedad. Creo también que puede y debe analizarse como el hilo discursivo discontinuo que resulta de gestionar «privadamente» la experiencia de la virilidad, incorporando y re-modulando los modelos de masculinidad de su tiempo con el fin de encontrar un espacio sexual habitable.

Entre la amplísima producción de Bretón de los Herreros, hay obras que ofrecen una propuesta muy acabada sobre las identidades de género y su articulación institucional en el matrimonio como célula básica de la organización social. Así, en las comedias *Ella es él* (1838) y *Un novio a pedir de boca* (1843), presentó abiertamente unas relaciones de género alternativas a las de la jerarquía de dominio masculino que en aquellos años estaba en formación y acabaría siendo dominante[26]. Con argumentos sencillos y cómicos, se permitió no solo plantear la posibilidad de que se dieran mujeres poderosas que fueran auténticas mujeres sino también que existieran hombres a la vez sumisos y valientes, es decir, completos hombres, conviviendo con tales mujeres.

25 Contaba Gautier, al describir la reunión vespertina en una casa distinguida de Granada: «una señora se sienta al piano y toca un trozo de Bellini, que parece ser el maestro favorito de los españoles, o canta una romanza de Bretón de los Herreros, el gran libretista de Madrid» (*Viaje por España*, 1840), recogido en José GARCÍA MERCADAL (ed.), *Viajes por España*, Madrid, Alianza, 1972.

26 Manuel BRETÓN DE LOS HERREROS, *Ella es él, comedia en un acto*, Madrid, Imp. de Cipriano López, 1857; Manuel BRETÓN DE LOS HERREROS, *Un novio a pedir de boca, comedia en tres actos*, Madrid, Imp. de José Repuelles, 1845.

Podrá pensarse que el formato cómico de las obras impugna mi propuesta: precisamente porque son motivo de risa estas situaciones, supuestamente inverosímiles, la voz de autor estaría más bien validando la ordenación genérico-sexual y social burguesa. De hecho, la obra de Bretón ha sido interpretada en este sentido por parte de muchos estudiosos desde el campo de la crítica literaria. Pero la risa, en mi opinión, cumple otro papel en la obra de Bretón: su comicidad no convierte en risibles a los protagonistas de la pareja heterodoxa, sino, por el contrario, a aquellos otros personajes que representan los usos sociales, morales y sentimentales más convencionales de su tiempo. Además, los finales felices autorizan —autorizaron entonces— lecturas abiertas, lo que permite entender la risa más como pedagogía amable que como maestra de estrictas moralejas.

En varias de sus obras teatrales, Bretón destaca como protagonista a un tipo muy definido de mujer fuerte: diversas versiones de una heroína que combina inteligencia, criterio, trabajo y bondad en sus acciones tanto familiares como públicas (que no resultan radicalmente disociadas). En paralelo, construye a un compañero que, aunque en principio se presenta como un antihéroe, resulta al final ser un hombre con la extraordinaria capacidad de imponerse a las convenciones sociales y a las exigencias públicas sobre la demostración de la virilidad.

Ese eje argumental se ofrece de forma particularmente acabada en *Ella es él*, una comedia protagonizada por una pareja feliz en la que la esposa, una mujer inteligente y trabajadora, se encarga de todos los negocios y las decisiones, mientras que el marido, un hombre bondadoso pero incapaz de gestionar los intereses materiales de la sociedad familiar, lo deja todo de buena gana en sus manos. El amor satisfecho que se profesan es puesto en peligro por una prima intrigante, que envidia su felicidad y la libertad en la que vive Camila (la protagonista). Además de criticar a uno ante otra, introduce a un antiguo pretendiente de su prima en la casa para provocar el deseo de esta o la ira de aquel. Cuando la situación se inclina trágicamente hacia el duelo, Camila se interpone entre el pretendiente y el esposo, mostrándose como una mujer fuerte también en esta arena tan propiamente masculina (consciente de la incapacidad de su marido en el uso de las armas). Pero ya antes él se ha enfrentado a esta posibilidad, construyendo un alegato contra el duelo —y la fuerza de las armas como supuesta forma demostración valor—, en una sociedad muy acostumbrada a esta práctica, desde consideraciones sobre el honor completamente a contracorriente de las más pro-

pias de la masculinidad dominante. Al final, el triunfo de los esposos se produce tanto gracias a la valentía de Camila —su atrevimiento para actuar con una autonomía convencionalmente masculina—, como a la capacidad de su marido para no dejarse arrastrar por imposiciones sobre la honra que le resultan irracionales ni por el demonio de los celos. La prima intrigante, que representa los usos sociales más hipócritas, es expulsada de la casa de la feliz pareja, que mantiene en definitiva su inusual equilibrio de poderes dentro del círculo matrimonial.

Creo que en el teatro de Bretón se articula un discurso de reforma social basado en criterios morales-sentimentales propios de un régimen emocional de transición entre la Ilustración y el liberalismo[27]. La asignación flexible de identidades sexuales que subyace en su propuesta es posible y deseable, desde la lógica interna de este discurso, porque los sentimientos son entendidos como guías morales que pueden y deben atenderse a la hora de configurar la sociedad del nuevo régimen y consolidar así, con provecho colectivo, la libertad, la libertad política largamente ansiada durante el tiempo del absolutismo.

Su rediseño de modelos de género se apoya también en un imaginario social proyectado desde su personal origen y cultura política: es desde y para el pueblo como escribe, desde un liberalismo no elitista, visto desde abajo. Así, las mujeres de Bretón no languidecen en *chaise longues* sino que son laboriosas, con una actividad que dificulta su encierro simbólico en la esfera privada[28]. De igual manera, sus hombres modélicos son hombres hechos a sí mismos y definidos por el mérito propio antes que por la herencia o la apariencia.

En este contexto y marco de significados, el escritor probablemente pudo representarse a sí mismo como un hombre feliz o, mejor dicho, un hombre felizmente casado, cuando, tras abandonar tardíamente una soltería que había invertido en el cortejo erótico de musas varias, contrajo matrimonio con una mujer tan fuerte como cariñosa que le ayu-

27 La herencia sentimental ilustrada, en Mónica BOLUFER, «Reasonable sentiments: sensibility and balance in 18th Century Spain», en Luisa Elena DELGADO, Pura FERNÁNDEZ y Jo LABANYI (eds.), *Engaging the Emotions in Spanish Culture and History (18th Century to the Present)*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2015. Agradezco a la autora el permitirme conocer el texto en versión pre-editada.

28 «Ya he dejado la pluma / ahora la aguja», es la expresiva entrada de la protagonista de *Ella es él* en escena, ocupándose de las labores domésticas después de haber despachado los negocios públicos.

dó a rehacerse como hombre público después de un desafortunadísimo episodio político que estuvo a punto de costarle el exilio (y que, de hecho, le costó el puesto que ocupaba en la Administración pública): en 1841 estrenó en Madrid una obra, *La Ponchada*, en la que ridiculizaba a la Milicia Nacional, en un momento de politización intensa, y las reacciones airadas le hicieron tener, primero, que abandonar el teatro por la puerta de atrás y refugiarse luego durante algunos años lejos de la capital[29]. Sumido en una depresión e, incluso, en un pánico escénico duradero, fue su mujer quien tomó las riendas de la situación y le guió cuidadosamente a través de la marejada política. El tipo de mujer inteligente y bienintencionada que apareció en sus obras teatrales de madurez no es, obviamente, ajeno a todo ello.

Que el de Bretón no acabara siendo el discurso hegemónico, en una esfera pública cada vez más estrecha por el cierre del liberalismo político y de la normativa de género burguesa, no significa que no deba ser considerado historiográficamente. Conviene reflexionar sobre el alcance social que, a través del teatro —el medio más eficaz en el siglo XIX para la difusión de ideas e imágenes—, pudo tener este discurso alternativo, aupando sobre las alas de la risa las posibilidades de ser una buena mujer con iniciativa y dominio, y un buen hombre con deseo de someterse a tal gobierno si este resulta amoroso. La historia de la difusión y lectura de las obras literarias populares es casi tan difícil de hacer como la de las vivencias refugiadas y resistentes a las normativas, pero la existencia de relatos alternativos como el que aquí se comenta permite imaginar también las líneas de fisura ocultas bajo los discursos dominantes. La imposición de los modelos de feminidad y masculinidad burgueses, la definición asociada de las esferas segregadas de lo privado y lo público, y la normativa emocional en el que todo ello quedaba encuadrado, no fueron procesos que haya que dar por evidentes y cerrados, porque, tras su aparente éxito arrollador, es conveniente (y liberador) apreciar líneas de fuga y conflicto, que proyectan hacia adelante en el tiempo los efectos culturales de estas configuraciones identitarias.

Quiero concluir confrontando especularmente las dos últimas biografías que he abordado, las de dos escritores que compartieron espacio cultural y político en la España de las décadas centrales del siglo XIX. Si a Bretón su encuentro con una mujer fuerte le ayudó a constatar la cali-

29 Los datos en Mariano ROCA Y TOGORES, MARQUÉS DE MOLINS, *Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras*, Madrid, Imp. de M. Tello, 1883.

dad moral-sentimental de su pareja y elaborar a partir de ahí un discurso de género más libre y personal, en el que insertar una hombría menos tiránica, a Tassara el cruce —¿choque sería más acertado decir?— con Gómez de Avellaneda le llevó a encerrarse aún más en la prisión de una masculinidad normativa y compartida que le ayudara a clarificar su situación e identidad sexual. Así, en el mismo contexto político y con similares recursos culturales, uno y otro entendieron y sintieron de forma distinta la virilidad. La polifonía del romanticismo es un buen entorno para entender que las cajas culturales desde las que los seres humanos elaboramos nuestras experiencias no son exactamente jaulas, sino más bien habitaciones en las que algunos quedan, sí, encerrados, pero otros saben encontrar y abrir puertas. Este tipo de problema es el que aquí me interesa.

De hecho, el ejercicio de historia biográfica que he propuesto en estas páginas busca imaginar cómo el régimen emocional dominante —entendido como un constructo en el que los sentimientos sirven de armazón al entramado formado por los modelos políticos y de género dominantes— resulta albergado y vivido en la elemental comunidad emotiva de un individuo, si se me permite extremar la categoría acuñada por Barbara Rosenwein[30]. La tensión de hacer biografía, siempre balanceando la atención entre la constricción social y las posibilidades de la agencia humana, coloca bien al historiador, a la historiadora, ante mapas tan fragmentarios como los que se dibujan al poder apreciar que el discurso oficial del régimen liberal-romántico quedó polarizado y superado a través de incontables líneas de fractura. La biografía es el mejor agente revelador de este múltiple desbordamiento que vivifica la cartografía emocional de una sociedad.

Así quizá podría compaginarse la capacidad explicativa que tiene observar cómo se construyen, operan y nos marcan los sentimientos oficiales y mayoritarios —que son, como sabemos, expresión de relaciones de poder y muy especialmente de poder «genérico»—, con la atención a la elaboración individual de los sentimientos, ya que los hombres y

30 La idea de régimen emocional aquí empleada se inspira pero difiere de la propuesta por William M. REDDY, *The navigation of feeling: a framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; la noción de comunidad emocional, que permite atender a sujetos menores e identidades fragmentadas en sistemas concebidos de forma más fluida, en Barbara H. ROSENWEIN, *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, Cornell University Press, 2007.

mujeres de cualquier momento histórico no solo se someten a las emociones hegemónicas y las reproducen, sino que también las recrean, las modifican y las utilizan para vivir, y algunos incluso para construir mundos sociales y políticos alternativos.

Cierro el círculo volviendo a Mary Wollstonecraft, quien, además de debatir con Edmund Burke sobre los derechos humanos, tuvo la valentía de enfrentarse al desgarro interno que le causaba el amor como lugar a la vez de felicidad y de desgracia: su demanda de reconocimiento público para la razón femenina estaba enclavada en el conflicto íntimo de su identidad sexual, por cuyas fuentes se preguntaba. No puedo evitar el ahistórico pensamiento de que quien en 1792 fue capaz de discutir al padre del conservadurismo moderno que hubiera una naturaleza afectiva de género con consecuencias políticas —«¿Qué queréis decir con sentimientos innatos?», le preguntaba al denunciar la artificialidad de las normas culturales que Burke proponía como naturales y por tanto buenas—, hubiera sido una historiadora particularmente aguda y sensible de haber contado con los recursos que nuestro gremio tiene ahora a su alcance.

Bibliografía

Armario Sánchez, Fernando, «Las relaciones de España y Gran Bretaña durante la regencia de Espartero (1840-1843)», en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 5 (1984), pp. 137-162.

Béjar, Helena, *El ámbito íntimo: Privacidad, individualismo y modernidad*, Madrid, Alianza, 1988.

Bolufer, Mónica, «Reasonable sentiments: sensibility and balance in 18th Century Spain», en Luisa Elena DELGADO, Pura FERNÁNDEZ y Jo LABANYI (eds.), *Engaging the Emotions in Spanish Cul-ture and History (18th Century to the Present)*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2015.

Burdiel, Isabel, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», en *Ayer*, 93 (2014), pp. 47-83.

—, «Introducción», en Mary WOLLSTONECRAFT: *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 7-96.

Degler, Carl N., «What Ought To Be and What Was: Women's Sexuality in the Nineteenth Century», en *The American Historical Review*, 79, nº 5 (1974), pp. 1467-1490.

Espigado Tocino, Maria Gloria, «El discurso republicano sobre la mujer en el Sexenio Democrático, 1868-1874: los límites de la modernidad», en *Ayer*, nº 78 (2010), pp. 143-168.

—, «Las mujeres en el nuevo marco político», en Isabel MORANT (ed.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XIX a los umbrales del XX*, vol. III, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 27-60.

Fernández, Pura, «La escritura dislocada: las amazonas de las letras al asalto de la República Literaria. El caso de Rosa de Eguílaz y su *Mujer famosa* (1891)», en Pura FERNÁNDEZ y Marie-Linda ORTEGA (eds.), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2008, pp. 365-387.

Fradera, Josep M., *Colonias para después de un imperio*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2005.

García Mercadal, José (ed.), *Viajes por España*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.

García Tassara, Gabriel, «La político-mana», en *Los españoles pintados por sí mismos*, vol. 2, Madrid, Boix, 1843, pp. 38-47.

—, «Un diablo más, especie de poema a Don Juan Donoso Cortés», 1851-52.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda* (ed. de Lorenzo Cruz de la Fuente), Madrid, Imprenta Helénica, 1914.

—, *Poesías y epistolario de amor y de amistad* (ed. de Elena Catena), Madrid, Castalia, 1989.

Martínez Martín, Jesús Antonio, *Vivir de la pluma: La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2009.

Méndez Bejarano, Mario, *Tassara. Nueva biografía crítica*, Madrid, Imp. de F. Pérez, 1928.

Nye, Robert A., *Masculinity and Male Codes of Honor in Modern France*, Cary (EE.UU.), Oxford University Press, 1993.

Peña, María Antonia, «Escritura y política en la España del siglo XIX», en María Cruz ROMEO y María SIERRA (eds.), *La España liberal (1833-1874). Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, vol. 2, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons Historia-Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

Pérez Ledesma, Manuel, y María Sierra (eds.), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2010.

Perkins Gilman, Charlotte, *El papel pintado amarillo* (ed. de María Ángeles Naval), Zaragoza, Editorial, 2012.

Plamper, Jan, «The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns», en *History and Theory*, 49 (2010), pp. 237-265.

Pro Ruiz, Juan, *El Estatuto Real y la Constitución de 1837*, Madrid, Iustel, 2010.

Reddy, William M., *The navigation of feeling: a framework for the history of emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

Roca y Togores, Marqués de Molins, Mariano, *Bretón de los Herreros. Recuerdos de su vida y de sus obras*, Madrid, Imp. de M. Tello, 1883.

Rosenwein, Barbara H., *Emotional Communities in the Early Middle Ages*. Ithaca (N. Y.), Cornell University Press, 2007.

Scott, Joan W., «The Evidence of Experience», en *Journal of Critical Inquiry*, 17, nº 4 (1991), pp. 773-797.

Showalter, Elaine, *The Female Malady: Women, Madness and English Culture, 1830-1980*, Londres, Virago, 1987.

Sierra, María, «El espejo inglés de la modernidad española: el modelo electoral británico y su influencia en el concepto de representación liberal», en *Historia y política*, nº 21 (2009), pp. 139-167.

—, *Género y emociones en el romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2013.

—, «Nación de un solo hemisferio: las fronteras americanas de la representación a través de la vida de un exiliado», en *Journal of Iberian and Latin American Research*, 20, nº 1 (2014), pp. 111-125.

—, «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», en *Historia y política*, nº 27 (2012), pp. 203-226.

Simón Palmer, María del Carmen, «“Lego a la tierra, de que fue tomado, este mi cuerpo mortal…”: últimas voluntades de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Revista de Literatura,* LXVII, nº 123-124 (2000), pp. 525-570.

—, «Gertrudis Gómez de Avellaneda, agente político», en *Studi Ispanici*, nº 1 (2005), pp. 341-348.

Taylor, Charles, *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1996.

Tosh, John, *A Man's Place: Masculinity and the Middle-Class Home in Victorian England*, New Haven, Yale University Press, 2008.

Tosh, John, *Manliness and masculinities in nineteenth-century Britain: essays on gender, family, and empire*, Harlow, Pearson Longman, 2005.

Wollstonecraft, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, 1994.

La naturaleza dislocada. Gertrudis Gómez de Avellaneda en las culturas políticas del romanticismo liberal (1836-1846)*

Mónica Burguera
UNED

Gertrudis Gómez de Avellaneda había dejado Cuba con veintidós años y, cuatro después, en 1840, por fin llegaba a Madrid. De padre español y madre cubana, había crecido en el ambiente aristocrático de Puerto Príncipe. Era una mujer joven, gran lectora, estudiante y amante del teatro y la poesía, trabajadora y apasionada a un tiempo, formada en la literatura francesa y al corriente del boom romántico que acontecía en Madrid aquellos años. Llegaba a la capital con algunas recomendaciones, entre las que destacaba la de Alberto Lista, y con el bagaje de una incipiente obra poética y teatral que había circulado por la prensa y escenarios de Sevilla, durante los dos años que allí vivió, y, después, por Málaga, Cádiz y Granada. Pronto conoció a Juan Nicasio Gallego, a Manuel José Quintana, al duque de Frías o Nicomedes Pastor Díaz, el pequeño círculo de sus principales apoyos desde entonces. Llegaba una mujer con enormes ganas confesas de alcanzar la gloria romántica en los círculos literarios e intelectuales del Madrid posrevolucionario.

Diez años más tarde, en 1850, en su primera autobiografía publicada, en un artículo en la revista *La Ilustración*, contaba que el mismo año en que había llegado a Madrid había alcanzado su mayoría de edad y le «declaraba a mi familia que no había poder en el mundo que me hiciese renunciar a mi destino de poeta. La suerte estaba echada y mi resolución irrevocablemente decidida»[1]. Entonces, «yo me sentía fuerte: yo tenía

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (HAR2008-03428) y el proyecto «Construcciones del yo: narraciones y representaciones del sujeto moderno entre lo personal y lo colectivo, siglos XVIII-XIX (HAR2014-53802-P)», ambos financiados por el MINECO.

1 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Gertrudis Gómez de Avellaneda de Savater. Apuntes biográficos», en *La Ilustración. Periódico Universal*, 3 de noviembre de 1850, pp. 351-352.

un instinto harto desarrollado para amar los obstáculos y gozarme en la lucha. Tomé denodadamente mi puesto y jamás lo he abandonado»[2].

Gertrudis había querido ser desde niña una escritora, una mujer independiente y reconocida. Sus textos autobiográficos y lo que de autobiográfico pudiera haber en su literatura en general apuntaron siempre esa resolución a ser una mujer de letras respetada y respetable y, a partir de esa premisa, Gertrudis pareció ir elaborando su propio personaje tallado desde los imaginarios románticos del momento. Esa lucha, entre imaginada y real, en la que se instaló Gertrudis Gómez de Avellaneda sería una constante en su vida y le llevó a construir una imagen coherente, estable y móvil a un tiempo, de sí misma como mujer y como escritora. Para ello, desde finales de los años treinta, a través de los textos que de ella y sobre ella conocemos, movilizó todas las paradojas fundacionales de un liberalismo romántico profundamente preocupado por asentar un nuevo proyecto social sobre un orden sexual fijo, anclado a los cimientos del primero.

Conocemos la biografía de Gómez de Avellaneda fundamentalmente a través de sus epistolarios, en gran parte autobiográficos, y de su obra. En relación con las primeras ediciones de la mayoría de los materiales con los que contamos, así como de sus primeras biografías, a partir sobre todo de los años setenta del siglo XX, se ha ido cuestionando en profundidad, en las numerosas publicaciones sobre la escritora, la lectura poco problematizada de la información y del significado de todo el cuerpo documental en el que Gertrudis nos habló de sí misma[3]. Pero lo cierto es que tampoco resulta fácil evitar entremezclar, al imaginar su vida, los diferentes escenarios y personajes que aparecen tanto en su obra íntima como en su obra publicada; tanto en su poesía y sus obras de teatro como, sobre todo, en sus novelas y sus cartas. Porque en realidad, efectivamente, más allá de una reconstrucción detallada y fiel de su pasado y de su vida, sus distintos textos autógrafos son valiosísimas representaciones de su propia subjetividad femenina[4].

2 Ibíd., p. 352.

3 Especialmente interesante en este sentido es el texto de Ángeles EZAMA, «Gertrudis Gómez de Avellaneda: un siglo de manipulación e invención en torno a su autobiografía (1907-2007)», en *Decimonónica*, vol. 6, nº 2, verano 2009, pp. 1-24.

4 Los estudios publicados sobre feminidad o feminismo en Gertrudis Gómez de Avellaneda son muchísimos. Quizá se pueden destacar algunos, Gladys ZALDÍVAR y Rosa MARTÍNEZ DE CABRERA (eds.), *Homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda. Memorias del simposio en el centenario de su muerte*, Miami, Ediciones Univer-

En el contexto historiográfico que ha surgido en la estela de los debates sobre la historia cultural y el giro lingüístico de las últimas décadas creo que se está poniendo de relieve progresivamente la falta de diálogo con la crítica literaria por parte de la historia. Una falta de diálogo de motivos teóricos relacionados fundamentalmente con una concepción del cambio ideológico exclusivamente vinculadas con las transformaciones estructurales, económicas o sociales objetivas y supuestamente externas al lenguaje. Pero, en este contexto en el que la disciplina histórica ha ido cuestionando sus propios fundamentos epistemológicos, complejizando la relación entre ser social y conciencia, entendiendo que el mismo lenguaje es constitutivo de la experiencia y la realidad, también hay que preguntarse en qué sentido debe cambiar la relación entre la historia y los estudios literarios.

En este texto, mi intención es la de explorar las posibilidades que tiene la historia para contextualizar de forma renovada las obras literarias y sus autores. Para ello, la perspectiva biográfica me ofrece una estrategia analítica y narrativa extraordinariamente útil[5].Mi intención es profundizar en el conjunto de ambivalencias a través del cual la vida de Gómez de Avellaneda es interpretable a partir de sus textos mediante una triple tensión analítica; entre cómo se construyó a la Avellaneda públicamente, cómo la misma Gertrudis elaboró su propia imagen y los contextos discursivos en los que todo eso fue concebible. La lectura de todos estos textos como representaciones, en el sentido propuesto por Judith Butler, de hacerse inteligible, sin embargo, no difumina a la

sal, 1981; Lucía GUERRA, «Estrategias femeninas en la elaboración del sujeto de la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Revista Iberoamericana*, vol. 51, nº 132-133 (julio-diciembre, 1985), pp. 707-722; Susan KIRKPATRICK, *Las románticas: Escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid, Cátedra, 1991; Evelyn PICON GARFIELD, *Poder y sexualidad: el discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Ámsterdam-Atlanta, Rodolpi, 1993; Brígida PASTOR, *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, Alicante, Universidad de Alicante, 2002; María C. ALBIN, *Género, poesía y esfera pública. Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica*, Madrid, Trotta, 2002; Meri TORRAS, *«Soy como consiga que me imaginéis»: la construcción de la subjetividad en las autobiografías epistolares de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Sor Juana Inés de la Cruz*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003.

5 Una excelente reflexión reciente sobre que cuestiona y revisa en profundidad los usos de la biografía y su utilidad analítica para la historia, Isabel BURDIEL, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras, en *Ayer*, nº 93 (2014) (1), pp. 47-83; y sobre la historia del género y la biografía, en el mismo número, Mónica BOLUFER, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», pp. 85-116.

autora de los mismos, sino todo lo contrario[6]. Nos revela un sujeto histórico que experimenta, que crea su vida e imagina su identidad desde su propia individualidad.

No se trata de reconstruir una biografía detallada, sino de contextualizar la trayectoria vital de una mujer que, como tal, se construyó a sí misma encarnando todas las paradojas sobre las que se imaginó un nuevo orden sexual desde el corazón de las culturas políticas del liberalismo romántico y respetable. Me interesa, por lo tanto, la autora que emerge de esas páginas en los que podríamos denominar contextos biográficos del romanticismo liberal en España, entre mediados de los años treinta, en que Gómez de Avellaneda llega de Cuba, y mediados de la década siguiente, en los que se consolidó para pronto redefinirse la sociedad liberal y sus límites. La vida de Avellaneda ilumina el clima de inestabilidad en el que se debía ir asentando un orden social cambiante sobre un orden sexual supuestamente inmutable y ubicado en la misma base del anterior, como sostén del mismo, que caracterizó a todo el proceso de construcción del sistema y del Estado liberal a lo largo del siglo XIX.

Los escenarios del romanticismo liberal

En 1841, el Liceo ya había prendido, desde su fundación a finales de 1837, como espacio de encuentro y representación de toda una nueva clase política y social que se reinventaba a sí misma[7]. Junto al Ateneo, desde mediados de los años treinta, desde el Liceo se proyectaba la incandescencia de una nueva generación de políticos, intelectuales y artistas llamados a imaginar los fundamentos del naciente orden liberal y de sus límites. El capital simbólico del Liceo, como el del conjunto del asociacionismo posrevolucionario, se había construido desde su fundación en torno a los valores compartidos de la familia liberal, en torno a un romanticismo emancipador que creía en la libertad conquistada por medio de la inteligencia que era la que, en palabras de Larra, «de-

6 Judith BUTLER, *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of «Sex»*, Nueva York, Routledge, 1993; trad. al castellano, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

7 Sobre los espacios de sociabilidad del liberalismo romántico y los significados del capital simbólico que en ellos se movilizaba y desde ello se proyectaba, Mónica BURGUERA, *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850)*, Madrid, Cátedra, 2012.

bía hacer en el mundo las revoluciones»[8]. Pero, de la misma manera, el Liceo compartió todas las contradicciones básicas de esa imaginada familia liberal. Porque, pese a representar la «reunión de los talentos individuales al impulso de la fuerza común», revelando una profunda vocación de universalidad, la sociabilidad romántica y liberal había resultado profundamente excluyente en la práctica. En los salones del Liceo de aquellos años se había forjado la imagen del sabio moderno y de sus capacidades intelectuales, indisolublemente ligadas a sus capacidades morales y masculinas, como epítome del ciudadano moderno. Pero el Liceo, como tampoco hizo el Ateneo, nunca proporcionó a sus mujeres, como sí lo había hecho a sus hombres, un espacio de emulación y competencia. La conquista individual y libre del espacio público solo había estado pensada para los hombres.

Famosa, además de citadísima, ha sido la escena recreada por José Zorrilla cuando, cuarenta años más tarde, recordaba en sus memorias la casual pero afortunada presentación en el Liceo Artístico y Literario de Madrid de Avellanda nada más llegar a la capital:

> En una de las sesiones matinales del Liceo se presentó de «incógnito» en los salones del palacio de Villahermosa, y la persona que la acompañaba me suplicó de diera lectura de una composición poética, cuyo borrador me puso en la mano; yo dirigía aquella sesión, y pasando rápidamente los ojos por los primeros versos, no tuve reparo alguno en arriesgar la lectura de los no vistos.
> Subí a la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias de endecasílabos, que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito, y presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda[9].

Para Zorrilla, Avellaneda era excepcional, única. De esta forma se había filtrado en los salones del Liceo y su conquista había sido prácticamente mágica, como por ósmosis. La escena rememorada probablemente le fue propicia para abstraer la figura de Avellaneda —y la del propio Zorrilla— de los muchos debates y opiniones encontradas sobre la aceptación de la mujer de letras a lo largo de esos cuarenta años. La vía más rápida, la única opción que podía explicar la inmediata y uná-

8 Mariano José de LARRA, «Ateneo científico y literario de Madrid, primer artículo», en *El Español*, 11 de junio de 1836.

9 José ZORRILLA, *Recuerdos del tiempo viejo*, tomo III, Madrid, Tipografía Guttenberg, 1882.

nime incorporación de la escritora a los círculos literarios liceístas era borrarle el sexo a su mente y a su alma.

> Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos, su cabeza coronada de castaños y abundantes rizos, y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación pueril.

Zorrilla, radicalizando un recurso profundamente romántico desligaba el alma y la mente de hombre de Avellaneda de su cuerpo de mujer, y conseguía que, tanto ella como él, esquivasen todo el abanico de deformes tipos femeninos que habitaban el extendido imaginario decimonónico sobre las mujeres que traspasaban las fronteras de la domesticidad. Ninguna de estas deformidades era aplicable porque su capacidad intelectual, su ingenio, nada tenía que ver con su cuerpo y su naturaleza femenina, físicamente ideal. «Era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina». Porque Zorrilla solo concebía, solo podía legitimar la igualdad intelectual entre varones.

A principio de los años cuarenta, en la capital se había estado debatiendo ya la redefinición de espacios de sociabilidad exclusivamente pensados para los hombres en los que se ejercían tareas tradicionalmente asociadas con la feminidad y la extensión de las funciones domésticas y maternales de las mujeres (como la educación popular, la infancia, la caridad o filantropía)[10]. Se trataba de debates en torno a la capacidad intelectual de las mujeres y, directamente en relación con ello, a los límites de su presencia y actividad en el espacio público en general.

Frente a visiones de corte esencialistas inspiradas en la complementariedad de los sexos de Rousseau, los textos más influyentes del nuevo reformismo pedagógico y social liberal, generalmente más próximos a la sociabilidad progresista, afirmaban la racionalidad de las mujeres y difuminaron la estricta separación de funciones entre hombres y mu-

10 Sobre el contexto de los debates sobre la feminidad en España en las diferentes culturas políticas liberales posrevolucionarias, véase Mónica BURGUERA, *Las damas…*, 2012.

jeres en el espacio público. La profunda penetración del discurso de la domesticidad se reprodujo, sin embargo, en un contexto de debates abiertos y de una extendida ansiedad en torno a la inestabilidad del orden sexual que debía descansar en el corazón de la sociedad moderna.

Pablo Montesino, principal artífice y teórico de la reforma pedagógica liberal, escribía en 1840, en su más influyente obra a lo largo del siglo XIX, una amplia reflexión en torno a la importancia de la educación de la mujer, a la que consideraba pilar fundamental del edificio social[11]. No apelaba solo a la necesidad de mejorar la educación femenina, sino a la de considerar a la mujer, como al hombre, un ser racional por naturaleza, cuya capacidad intelectual se estaba infravalorando y que, por el contrario, necesitaba una instrucción acorde a la misma. Criticaba ese «funesto error, la atroz injusticia que hacemos a la mitad del género humano considerándolo poco susceptible de progresos intelectuales o poco necesitada de razón, sobre ser una ofensa hecha al Criador que la dotó de esta facultad como al hombre»[12]. Los argumentos no eran nuevos y hundían sus raíces en los debates ilustrados retomados claramente en el Trienio. Este reformismo en realidad no cuestionaba la idea de la complementariedad de los sexos, pero sus planteamientos en un marco político plenamente liberal tenían consecuencias profundas al destacar abiertamente la tensión entre individuo y mujer.

En este contexto de redefinición de la feminidad liberal y de los espacios públicos como esencialmente masculinos, lo cierto es que Zorrilla no había sido el primero en destacar la virilidad de la obra de la Avellaneda. Este se sumaba a una larga lista de autores quienes, para alabar sus distintas obras habían hecho de la masculinización de su talento un tópico recurrente y plenamente aceptado[13]. A ojos de sus críticos, entre los que se encontraban nombres tan diversos como los de Alberto Lista, Nicomedes Pastor Díaz, el duque de Frías, Rodríguez Rubí, Juan Valera, Antonio Flores o Severo Catalina, entre otros, el ingenio de la Avellaneda trascendía siempre la diferencia ontológica entre hombres y mujeres,

11 Pablo MONTESINO, *Manual para los Maestros de Escuela de Párvulos publicado por la Sociedad encargada de propagar y mejorar la educación del pueblo*, Madrid, Imp. Nacional, 1840.

12 Ibíd., p. 55.

13 Luisa-Elena DELGADO, «Gertrudis Gómez de Avellaneda: escritura, feminidad y reconocimiento», en Pura FERNÁNDEZ y Marie-Linda ORTEGA (eds), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2008, pp. 201-220.

y terminaban reformulando las palabras de su amigo Juan Nicasio Gallego al afirmar que «todo en sus cantos es nervioso y varonil».

Pero esta consabida masculinización intelectual de Avellaneda no operaba de la misma manera en que lo hizo más tarde Zorrilla al recordar su famosa escena. La tensión entre el respeto al orden sexual basado en la domesticidad femenina sobre el que se cimentaba el nuevo sistema liberal y el reconocimiento al talento de la poetisa romántica no dejaba de envolver los argumentos de la crítica que apoyó la publicación de sus obras. Gallego, por ejemplo, en su prólogo a las poesías de la Avellaneda publicadas el mismo año 1841, poco después de su llegada a Madrid, se aseguraba de demostrar que la dedicación de la mujer a la literatura, su instrucción y talento no menoscababan su valía como esposa. Aludía a la injusta, «creencia de que el talento de hacer versos está siempre asociado a un carácter raro y estrambótico, que la vena de poeta y la de loco con confines, y que la mujer dada a tales estudios es incapaz de atender a los cuidados domésticos, a los deberes de la maternidad y a las labores de bastidor y la almohadilla».

Al mismo tiempo, la crítica que apoyó la publicación de sus obras las envolvió en un halo de excepcionalidad que, al contrario que Zorrilla, les permitía admitir su ingenio sin vaciarlas de su natural feminidad ni, por eso mismo, extender sus capacidades al conjunto de las mujeres. Pero, sobre todo, sus argumentos se centraban en la posibilidad de conciliar la racionalidad y capacidad intelectual de las mujeres con el respeto a su naturaleza doméstica, tal y como se estaba planteando desde el reformismo del momento. Ninguno de ellos cuestionó nunca que la naturaleza femenina fuera esencialmente doméstica, pero tampoco pensaban que su dedicación a la literatura y el conocimiento necesariamente las impidiera desarrollar sus funciones como esposas y madres. En este sentido, aunque el Liceo jamás proporcionó a las mujeres en su conjunto el acceso al capital simbólico asociados a las capacidades del individuo romántico y liberal que había construido para sus socios, sí les prestó su reconocimiento «excepcional» a algunas de ellas.

La soledad romántica de una mujer de letras

La propia Gertrudis Gómez de Avellaneda cruzaba las fronteras entre lo que se consideraba masculino y femenino constantemente. Por eso no le importó nunca que masculinizaran su talento. En 1850 opinaba sobre esta cuestión en su breve autobiografía,

> Otros críticos han dicho también que yo no era poetisa, sino poeta: que mi talento era eminentemente varonil. Yo creo que no es exactamente verdad: que ningún hombre ve ciertas cosas como yo las veo, ni las comprende como yo las comprendo; pero no niego por esto que siento que hay vigor en mi alma y que nunca descollé por cualidades femeninas.[14]

Ella misma fue seguramente consciente desde el principio de que aquellos adjetivos apelaban a su naturaleza con admiración, abriéndole la puerta de la razón y el espacio público. Pero *Tula* siempre se consideró una mujer. Su voz, su autoría, su creatividad eran las de una mujer. A lo largo de su obra y de su vida fue construyendo dos grandes reflexiones interrelacionadas en torno a la feminidad; sobre la diferencia sexual, por una parte, y sobre sí misma y su propia vida como mujer de letras, por otra. A través del conjunto de toda su primera obra, la publicada entre 1840 y 1845 y las colecciones epistolares que de esos años conocemos, Avellaneda elaboró estas dos grandes cuestiones indisolublemente ligadas entre sí de forma compleja, con argumentos filosóficos sólidamente ensamblados y profundamente subversivos. De hecho, la visión que sobre estas dos cuestiones lanzó en sus textos desde el principio fue básicamente consistente y recurrente a lo largo de su vida y su obra.

Por una parte, Gómez de Avellaneda fue dando en estos textos pinceladas del que se puede vislumbrar como un planteamiento filosófico de fondo claro y crítico con respecto los propios cimientos del proyecto social ilustrado que el liberalismo estaba desplegando. De sus textos emergía el cuestionamiento casi sistemático de la relación dicotómica entre naturaleza y sociedad que se encontraba en la base del pensamiento ilustrado. Se trataba, como sabemos, de una dicotomía fundacional y clave sobre la que descansaba la concepción de la complementariedad entre los sexos de inspiración rousseauniana. Esta consideraba a las mujeres individuos teóricamente sexuados y, por lo tanto, por definición, en la práctica, naturalmente diferenciados y excluidos por ello de esa conquista romántica e individual del espacio público.

Como ha demostrado de forma muy acertada María Albin en sus diversos trabajos sobre la autora, Avellaneda en realidad cuestionó siempre la diferenciación natural entre los sexos para criticar la subsecuente proyección de la misma sobre esa sociedad que el liberalismo

14 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Gertrudis…», 1850, p. 352.

estaba construyendo[15]. Esta reflexión sin ninguna duda enmarcó sus dos primeras novelas, *Sab* y *Dos mujeres*, publicadas en 1841 y 1842, respectivamente, pero también subyacía en sus epistolarios íntimos[16]. En sus obras posteriores Avellaneda, probablemente asesorada sobre los comentarios que envolvían estas obras y que, de hecho, habían prohibido su publicación en Cuba, rebajó sus tonos más claramente trasgresores, las «*tendencias reabilitarias* (sic) que han querido muchos ver tomadas de la *profetisa de las mujeres libres*», comparándola con *George Sand*[17]. Estos mismos argumentos se repitieron, sin embargo, con distintos tonos, pero con la misma profundidad en la mayoría de sus contribuciones y proyectos para la prensa.

Sab, en concreto, la primera novela que publicó al llegar a la capital, que en realidad había ido escribiendo desde 1836 en que dejó Cuba, y por ello probablemente arrastraba una temática y referentes más próximos a su pasado en la isla, es un claro alegato a la igualdad natural entre los individuos. Toda la novela es una metáfora romántica sobre esa misma fatalidad en la que los hombres habían impuesto sus leyes violando las de la naturaleza, que eran las de Dios. En ella, el mulato Sab, esclavo, muere literalmente de dolor por no poder conquistar a Carlota, hija de su amo, con la que había crecido y de la que había vivido enamorado. En uno de los muchos fragmentos que se pueden citar de la voz de del propio Sab, este decía con elocuencia,

15 Véase María C. ALBIN, *Género, poesía…*, 2002; y «El genio femenino y la autoridad literaria: "Luisa Molina", de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Atenea*, nº 490 (2004), pp.115-130.

16 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, *Sab* (ed. de José Servera), Madrid, Cátedra, 2001; y *Dos mujeres*, Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2011; Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, *Poesías y epistolario de amor y de amistad* (ed. de Elena Catena), Madrid, Castalia, 1989. Sobre su obra autobiográfica, véase Fernando DURÁN, «La autobiografía romántica de Gertrudis Gómez de Avellaneda y la literatura de confesión en España», en Cinta CANTERLA (coord.), *De la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, América y Europa ante la modernidad (VII encuentro: La mujer en los siglos XVIII y XIX. Cádiz 19, 20 y 21 de mayo de 1993)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1994, pp. 459-68; Noël VALIS, «Autobiography as Isnult», en Lou CHARNON-DEUTSCH y Jo LABANY (eds.), *Culture and Gender in Nineteenth-Century Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 27-53; Roxana PAGÉS-RANGEL, *Del dominio público. Itinerarios de la carta privada*, Ámsterdam-Atlanta, Rodopi, 1997; y «Las autobiografías femeninas en la España del siglo XIX», en Pura FERNÁNDEZ y Marie-Linda ORTEGA (eds), *La mujer de letras…*, 2008, pp. 263-87; y Lucía GUERRA, «Estrategias femeninas…», 1985.

17 Antonio NEIRA, «Biografía. La señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *El Arlequín*, 15 de mayo y 15 junio de 1844.

> […] la naturaleza no ha sido menos nuestra madre que la vuestra. ¿Rehúsa el sol su luz a las regiones en que habita el negro salvaje? ¿Sécanse los arroyos para no apagar su sed? ¿No tienen para él conciertos las aves, ni perfumes las flores?… Pero la sociedad de los hombres no ha imitado la equidad de la madre común, que en vano les ha dicho: «¡Sois hermanos!» ¡Imbécil sociedad, que nos ha reducido a la necesidad de aborrecerla, y fundar nuestra dicha en su total ruina![18]

En la carta final en que, moribundo, Sab escribió a Carlota y que cerraba su vida y daba sentido a toda la novela, igualmente, afirmaba, «He visto siempre que el fuerte oprimía al débil, el sabio engañaba al ignorante, y que el rico despreciaba al pobre. No he podido encontrar entre los hombres la gran harmonía que Dios ha establecido en la naturaleza»[19]. Igualmente, esa misma carta terminal, no solo es un llanto a su propia fatalidad antinatural, sino también, explícitamente a la de la mujer. El destino fatal de Sab quien, como esclavo de color, carece de la libertad de alcanzar lo sublime a través del sentimiento y la virtud romántica, es el mismo que el de Carlota y todas las mujeres que, al casarse, entregan su libertad. Seguía escribiendo delirante,

> ¡Oh! ¡Las mujeres! ¡Pobres y ciegas víctimas! Como los esclavos, ellas arrastran pacientemente su cadena y bajan la cabeza bajo el yugo de las leyes humanas. Sin otra guía que su corazón ignorante y crédulo eligen un dueño para toda la vida. […] Tu destino es triste, pobre ángel, pero no te vuelvas nunca contra Dios, ni equivoques con sus santas leyes las leyes de los hombres. […] Dios es el Dios de los débiles como de los fuertes, y jamás pide al hombre más de lo que le ha dado.[20]

Los argumentos más claros de Avellaneda en torno la preexistencia de una naturaleza armónica entre individuos iguales y la existencia de una sociedad que desnaturalizaba y, en sus propias palabras, dislocaba a la mujer se hicieron mucho más borrosos desde entonces en sus obras más reconocidas. Pero siempre volvían a asomar. En plena carrera meteórica hacia la fama literaria, Avellaneda retomaba su relectura de la relación entre naturaleza y sociedad en el artículo «La dama de gran tono», publicado en 1843, en el primer número de un proyecto que debía haberse titulado *Las mujeres pintadas por sí mismas*[21]. Pero, en la

18 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, *Sab*…, 2001, p. 206.

19 Ibíd., p. 266.

20 Ibíd., pp. 270-271.

21 Véase, José ESCOBAR, «Narración, descripción y mímesis en el "cuadro de costumbres": Gertrudis Gómez de Avellaneda y Ramón Mesonero Romanos»,

estela inmediata del tirón que había tenido *Los españoles pintados por sí mismos*, de este, sin embargo, solo salieron a la luz los tres primeros de una supuesta lista de cuarenta tipos femeninos. En cualquier caso, se trata de un texto particular en el que el halo satírico del costumbrismo de los tipos le permitía una serie de juegos y estrategias narrativas que a un tiempo velaban y enfatizaban su crítica al personaje y a la sociedad que en que este habitaba en los términos a los que me acabo de referir. Porque Gertrudis dominaba el arte de virilizar su ingenio, aunque no creyera en ello, o precisamente por eso.

En este caso, la Avellaneda masculinizaba su propia voz como autora en un tono entre cómico y profundamente crítico que aludía a lo borrosas que eran las fronteras entre la autoría de uno y otro sexo: «Pero, alto allí, *señor poeta* (si este título no es un don gratuito que V. mismo generosamente se concede); ¡alto allí! Diráme acaso alguno de los desocupados y benévolos lectores, o lectoras, que para mí es lo mismo, puesto que me propongo adoptar sin examen el masculino»[22]. El análisis del tipo de la dama de gran tono se enmarcaba una vez más en esa división entre la mujer natural ideal y la de la sociedad que era «hechura de ésta. […] La obra suprema de la naturaleza, la obra de su amor ha sido dislocada, atenazada, contrahecha por la sociedad»[23].

Por otra parte, al tiempo que concebía una sociedad que, abandonando las leyes divinas de la naturaleza, tenía «atenazadas y contrahechas» a las mujeres, a través de sus textos y su vida Gertrudis redefinió la posibilidad de mantener una existencia femenina independiente y capaz, romántica y fatalista. Entre 1843 y 1844, le contestó en varias cartas a Antonio Neira de Mosquera a su petición de informarle para publicar su biografía. Así se presentó Gertrudis en ellas,

> Soy soltera, huérfana, pues perdí a mi padre siendo muy niña y mi madre pertenece a un segundo marido. Soy sola en el mundo; vivo sola, excéntrica bajo muchos conceptos. Aunque no ofendo a nadie tengo enemigos, y aunque nada ambiciono se me «acusa» de pretensiones desmedidas.[24]

en *Romanticismo*, nº 3-4, 1988, pp. 53-60; y, especialmente, María C. ALBIN, «El costumbrismo feminista de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 36 (2007), pp. 159-170.

22 «La dama de gran tono», en *Álbum del Bello Sexo*, 1843, p. 2.

23 Ibíd., p. 3

24 Emilio COTARELO Y MORI, *La Avellaneda y sus obras: Ensayo biográfico y crítico*, Madrid, Tip. de Archivos, 1930, p. 430.

El texto, que salió entre mayo y junio de 1844 en *El Arlequín*, nada tenía que ver con los tonos de estas líneas, presentando a una mujer de talento, de éxito y femenina, conscientemente feminizada, para alejarla, probablemente, de esas *tendencias reabilitarias* (sic) de las que hablaba su autor y amenazaban con desacreditar al personaje[25]. Lo cierto es que, efectivamente, *Tula* era una mujer sola.

El pasado que había ido trazando entre sus textos íntimos y las primeras biografías publicadas dibujaban las mismas constantes de una vida marcada por su capacidad intelectual, su apasionado carácter y su vocación literaria. Su vida, contada en privado y en público, había estado jalonada por los mismos hitos que fueron forjando su soledad. Con nueve años había perdido a su padre y en su casa nadie comprendió su vocación intelectual. Se dedicaba, por lo tanto, al estudio en contra de la voluntad de su madre y su familia, que le ofrecían una educación acorde a su sexo y su condición. Solo disfrutaba con el teatro y la lectura. Aunque había estado comprometida con uno de los mejores partidos de Puerto Príncipe, rehusó casarse con él porque solo concebía el matrimonio por amor y no por interés. Esta decisión también la había enfrentado a toda su familia. Incluso en Galicia, habiendo cumplido su sueño de llegar al «antiguo mundo», a la tierra de su padre, se sintió menospreciada por la familia de su padrastro, aislada por su vocación literaria por la que la llamaban «doctora» y «atea», e incapaz de comprometerse con los hombres que sí la quisieron.

En 1838 llegó a Andalucía, viviendo principalmente entre Constantina, con la familia de su padre, y la ciudad de Sevilla. Allí empezó a disfrutar de la vida literaria y social y allí fue donde se enamoró, probablemente por primera vez, de su confidente Antonio Cepeda, cuyo epistolario —la correspondencia escrita por Gertrudis— conservamos casi íntegramente. Tiene sentido pensar que este texto autobiográfico que rogó a su destinatario no publicara jamás fuese en parte su presentación al amado. Ella era cubana, recién llegada a España y a los círculos sociales sevillanos, y debía construirse un pasado propio. Pero al tiempo que *Tula* se presentaba ante Antonio, también ella misma, seguramente, intentó dar coherencia a un personaje, mujer de letras e independiente.

Al relatarle a Cepeda, por ejemplo, su relación con Francisco Ricafort, con quien había llegado a estar comprometida en Galicia, apenas

25 Antonio NEIRA, «Biografía. La señorita…», 15 de mayo de 1844.

un par de años antes, *Tula* le explicaba a su actual amante que, de este, le había separado, entre otras cosas, su entrega a la literatura y la seguridad que tenía en su propio talento, en su proyección profesional. Ricafort «parecía humillado de la superioridad que me atribuía […] No gustaba de mi afición al estudio y era para él un delito que hiciese versos. Mis ideas sobre muchas cosas le daban pena e inquietud. Temblaba de la opinión y decíame muchas veces: ¿qué lograrás cuando consigas crédito literario y reputación de ingenio? Atraerte la envidia y excitar calumnias y murmuraciones. Tenía razón, pero me helaba aquella fría razón»[26]. El trasfondo constante del conjunto de las cartas a Cepeda hasta su llegada a Madrid en 1840 fue, sin duda, la sensación de que Gertrudis por fin había encontrado ese hombre capaz de compartir con ella la gloria del sentimiento y la pasión por la literatura que caracterizaban su alma femenina. Le escribía: «Yo buscaba un bien que no encontraba y que acaso no existe sobre la tierra. Ahora ya no le busco, no le espero, no le deseo: por eso estoy más tranquila»[27].

Pese a desconocer la parte de la correspondencia escrita por el propio Cepeda, se suele interpretar que su amor nunca fue correspondido o, al menos, no en la misma medida. Desgraciadamente no sabemos qué sintió o pensó Cepeda, aunque sí parece desprenderse implícitamente que compartió temores parecidos a los de Ricafort, como le sucedería, más tarde, el escritor Gabriel García Tassara, con quien mantuvo poco después *Tula* otra relación mucho más tormentosa y dolorosa que tampoco llegó a estabilizarse. Sin embargo, más allá de la implícita reticencia de Cepeda a comprometerse, lo que sí tenemos claro es que Gertrudis, en sus textos íntimos, había ido construyendo un personaje cuya soledad era prácticamente inevitable. Porque seguía dudando de que existiera siquiera ese hombre, ese modelo de masculinidad «privilegiada para el sentimiento y desconocida de las almas vulgares…, [esa] alma rica de afectos, rica de emociones» capaz de amar a una mujer igual que él. O si, por el contrario, esta, como Sab, había sido desnaturalizada y borrada para siempre en la sociedad. De la misma manera que esta había dislocado a las mujeres, igualmente había dislocado a los hombres. Avellaneda, por los mismos motivos, fue constantemente crítica con el matrimonio, pero no porque no creyera en él, sino porque no lo creía

26 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Autobiografía», en *Poesías y epistolario…*, 1989, p. 166.

27 Ibíd., p. 150.

concebible en una sociedad articulada en torno a la complementariedad de los sexos. En otra carta a Cepeda en julio de 1845, unos años más tarde, en la cima de su fama, su reflexión era clara y vale la pena citar el texto completo:

> Yo no me he casado, ni me casaré nunca; pero no es por un fanatismo de libertad, como algunos suponen. Creo que no temblaría por ligarme para toda la vida, si hallase un hombre capaz de inspirarme una estimación tal, que garantizase la duración de mi afecto. Más; tengo la convicción de que no hay dicha en lo que es pasajero, y digo, como Chateaubriand, que si tuviese la locura de creer en la felicidad la buscaría en la costumbre. El matrimonio es un mal necesario del cual pueden sacarse muchos bienes. Yo lo considero a mi modo, y a mi modo lo abrazaría. Lo abrazaría con la bendición del cura o sin ella: poco me importaría […] Para mí es santo todo vínculo contraído con recíproca confianza y buena fe, y solo veo deshonra donde hay mentira y codicia. Yo no tengo, ni tendré un vínculo, porque lo respeto demasiado; porque el hombre a quien me uniese debía serme no solamente amable, sino digno de *veneración*; porque no he hallado, ni puedo hallar un corazón bastante grande para recibir el mío sin oprimirlo, y un carácter bastante elevado para considerar *las cosas y los hombres*, como yo los considero.[28]

El reto de *Tula* fue siempre, en su obra y en su vida, el de imaginar una vida sentimental estable y apasionadamente creativa, entre iguales.

Estoy de acuerdo con Nuria Girona al sugerir el mestizaje de los personajes que Avellaneda construyó, en sus primeras obras sobre todo[29]. La misma hibridad con la que se fue construyendo a sí misma, a su pasado y a su futuro. De entre todas estas lecturas, había imaginado para sí misma la existencia de una mujer «mezclada», en parte viril, en parte femenina. Como escribió recordando la relación de profunda amistad que había mantenido con su prima de adolescente en su cuadernillo autobiográfico a Cepeda, «era como yo, una mezcla de profundidad y ligereza, de tristeza y alegría, de entusiasmo y desaliento: como yo, reunía la debilidad de mujer y la frivolidad de niña con la elevación y

28 Ibíd., p. 246

29 Véase, Nuria GIRONA, «Amos y esclavos: ¿quién habla en *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda?», en *Cuadernos de Literatura*, vol. XVII, nº 33, enero-junio (2013), pp. 121-140. Muy interesante, también en una línea similar, Cristina SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, «Gertrudis Gómez de Avellaneda y *Sab*: autobiografía y vanguardia», en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, nº 28 (2003), pp. 429-439.

profundidad de sentimientos, que solo son propios de los caracteres fuertes y varoniles».

Es importante entender que la soledad de que Avellaneda le hablaba a Antonio Neira poco después, con la que enmarcaba el primer cuadro que sobre ella se iba a trazar para el mundo literario que comenzaba a encumbrarla, fue en parte real y en parte construida. Esta daba sentido a un personaje mujer que debía reinventar su feminidad a través de los lenguajes del romanticismo, cuyo principal sujeto creativo y vital era el hombre. Gertrudis Gómez de Avellaneda, como ninguna otra escritora española del momento, tuvo la capacidad de hablar desde dentro y desde fuera a través de una compleja solución de atributos femeninos y masculinos; atributos disueltos en una única voz narrativa y vital que deshacía la idea de la complementariedad de los sexos porque disolvía la diferencia entre ellos.

Las políticas del genio femenino

En 1845 la Avellaneda se había convertido en una escritora famosa. En 1844 había estrenado la obra *Alfonso Munio* y, unos meses más tarde, *El príncipe de Viana*, lo que la consagró como poeta y dramaturga en la élite romántica, literaria y social. Gómez de Avellaneda se movía en los círculos literarios y sociales más reconocidos de Madrid, que sin duda se definían en el Liceo de la capital donde también, en 1844, había sido coronada tras vencer en el certamen organizado para celebrar la magnanimidad de la reina.

Los «jueves del Liceo», como se denominan las célebres sesiones de competencia artística y literaria de sus socios, reunían a toda una generación romántica y liberal llamada a representar el talento literario y artístico del país. Los Zorrilla, Espronceda, Vega, Bretón, Gil y Zárate, Rubí, Escosura, Pelegrín, Hartzenbusch, Campoamor, duque de Rivas, Pastor Díaz, Romero Larrañaga y el propio Mesonero, entre otros, o la Avellaneda y la Coronado, junto a los representantes del mundo del arte, como los pintores de cámara López, Madrazo y Villamil, entre «aficionados ilustres», como ambos duques de Gor y de Rivas, los del talento escénico, como las célebres actrices Matilde Díez e Isabel Luna, y los de la música, entre los que destacó un figura como Rubini. Había conquistado el Liceo a su llegada, ahora el teatro del Príncipe y el de la Cruz la habían inmortalizado. Antonio Ferrer del Río la incluyó en

su *Galería*, publicada en 1846. «Al frente de las poetisas españolas se encuentra Carolina Coronado: no es la Avellaneda poetisa, sino poeta, sus acentos valientes, sus elevados tonos, son impropios de su sexo»[30]. Había entrado ya a formar parte de historia de la literatura en España.

Pero, desde mediados de 1843, la necesidad de limitar la autonomía de la sociedad civil y de controlar estrechamente la esfera pública había estado detrás del interés moderado en reformar la Constitución. La nueva Constitución de 1845 había sentado las bases de un largo régimen autoritario que reforzó el poder real de la monarquía en medio de una borrosa articulación de la división de poderes. Alejados de los intereses políticos de las clases populares, los grupos moderados fueron capaces de desplazar al progresismo, junto al resto del liberalismo radical, de la escena política, evitando su identificación simbólica con la reina y restringiendo sus medios de legitimación política y social en la esfera pública.

Literatura y política fueron las dos caras de la misma moneda revolucionaria y posrevolucionaria. La nueva sociabilidad política y literaria surgida a mediados de los años treinta se había diseñado en principio para albergar todos los matices políticos que definieron desde entonces la cultura política del liberalismo respetable. La literatura y el arte, junto al atractivo estatus político y social que la asistencia a sus sesiones de competencia proporcionaba, lograron reunir a las primeras figuras de las letras de simpatías políticas diversas al menos hasta 1840. Durante sus primeros años al menos, los de mayor esplendor, el Liceo mantuvo vivo el ideal, escenificado en cada uno de sus eventos, de representar a toda una nueva clase política y social profundamente monárquica que se reinventaba a sí misma y que desplegaba, como el Ateneo, todo su capital simbólico como legítima portadora de los valores de la ciudadanía de la inteligencia y el talento. En este se aunaba al nuevo y viejo liberalismo intelectual, político y literario.

Compartió, de hecho, con el Ateneo el mismo «filantrópico patriotismo» y «ardiente amor a la ciencia» de sus socios, pero también compartió los mismos tintes moderados disimulados bajo la manta de unos principios comunes al conjunto del liberalismo[31]. A este proceso no fue

30 Antonio FERRER DEL RÍO, *Galería de literatura española*, Madrid, Tip. de F. de P. Mellado, 1846, p. 309.

31 «El Liceo», en *Semanario Pintoresco Español*, nº 93, 7 enero de 1838, p. 432.

ajena la habitual presencia de la reina madre, que lucía su protectorado de forma activa a través de donaciones o simplemente de visitas frecuentes que asociaron cada vez más explícitamente su figura y la cultura aristocrática y palaciega que a ella iba unida con las actividades y la repercusión social del Liceo. Liceo que, desde el principio y hasta su desaparición en 1850, fue siempre y por encima de todo cristino. Sus salones se convirtieron progresivamente en un laureado escaparate del mundo elegante de la capital y Corte.

Para entender cómo Gertrudis transitó por las culturas políticas del liberalismo respetable y sus espacios de reconocimiento literario y social también es necesario explorar la relación entre su vida y su obra. A finales de 1845, Gertrudis Gómez de Avellaneda, la escritora de «acentos valientes», acumulaba una fama y un reconocimiento sin precedentes y habitaba en ese mundo elegante y cristino de la capital y la Corte. Sus cartas a Narváez, justo aquellos meses, destilaban una amistad cercana. Ese mismo noviembre, Gertrudis asistía al baile de celebración del cumpleaños de la reina en palacio, le seguía escribiendo odas y, en algunos círculos contrarios al Gobierno, se la consideraba la «favorita» de Narváez[32]. Pero en el contexto de las culturas políticas del momento, no se puede establecer una relación directa y poco problematizada entre sus relaciones personales con el universo moderado y cristino, y sus convicciones e intereses políticos. Por una parte, hay que entender que, a la altura de 1844-45, la respetabilidad literaria para una mujer sola se jugaba casi en exclusiva en ese terreno, originariamente liberal y respetable, pero cada vez más personalizado, politizado y estrecho del que se había apropiado el moderantismo.

En las cartas escritas entre 1843 y 1844, a partir de las cuales Neira debía de haber escrito su biografía en *El Arlequín*, no parecía Gertrudis, al menos, querer dar ninguna imagen de sí misma que podamos relacionar con el elitismo social y político de los espacios de la Corte ni de los universos de orden más conservador. Escribió: «Mi familia pertenece a la clase que llaman noble, pero yo no pertenezco a ninguna clase. Trato lo mismo al duque que al cómico. No reconozco otra aris-

32 Sobre estas cuestiones véase, por ejemplo, Ángeles EZAMA GIL, «Gertrudis Gómez de Avellaneda, epistológrafa. Cartas a Ramón María Narváez, duque de Valencia», en *Siglo Diecinueve (Literatura hispánica)*, nº 20 (2014), pp. 321-383; y María del Carmen SIMÓN PALMER, «Gertrudis Gómez de Avellanda, agente político», en *Studi Ispanici*, nº 1, 124 (2005), pp. 341-350.

tocracia que la del talento»[33]. Muchos otros intelectuales abiertamente contrarios al sistema moderado durante las regencias encontraron los espacios en los que acomodarse dentro del nuevo marco político. Gente como Mateo Seoane, Ramón de la Sagra o Pedro Felipe Monlau son solo algunos ejemplos.

Su feminidad, en este caso, le proporcionaba una dosis de ambigüedad política probablemente suficiente para moverse en los círculos del reconocimiento social que necesitaba. Su presencia en ellos como mujer era suficientemente extraordinaria para velar sus opiniones políticas en un sentido directo. En la nota necrológica que le dedicó su amigo Teodoro Guerrero se puede ilustrar esta relación entre su feminidad y la política a lo largo del periodo moderado. «La Avellaneda, envidiada, había poseído cuanto en el mundo despierta simpatías y posee la fuerza de atracción: talento, hermosura, riqueza, posición social; su sexo la ponía fuera del alcance del tiro de la opinión política, que todo lo envenena»[34].

Por otra parte, conviene tener en cuenta que mientras el reconocimiento y la popularidad de Gertrudis se iban consolidando en cotas desconocidas para una mujer de letras, mantuvo una apasionada pero tortuosa relación con el también escritor y político conservador (poco reconocido poeta) Gabriel García Tassara y, en abril de 1845 había tenido una hija de este. La niña había nacido enferma y, pese a los desgarradores ruegos de su madre, Tassara se negó a conocerla antes de morir, siete meses más tarde, a principios de noviembre. Las suplicantes cartas de Gertrudis al padre de su hija son probablemente la expresión más dolorosa de una madre que también ahora se encontró sola. No es que fuera determinante este episodio en concreto para perfilar las relaciones personales de *Tula*, pero vale para recordar que seguramente no fuera fácil, una vez más, conjugar el ansiado reconocimiento social y literario de «elevados tonos» viriles, con la reputación de una mujer embarazada y despechada o de una madre soltera. Quizá, desde este punto de vista, también podamos comprender mejor su dependencia y permanente negociación con un mundo de reconocimiento y redes personales poderosos.

Fue justo entonces cuando Avellaneda puso en marcha el proyecto de un periódico escrito por mujeres y dedicado a las mujeres que apa-

33 Emilio COTARELO Y MORI, *La Avellaneda…*, 1930, p. 430.

34 Teodoro GUERRERO, «Gertrudis Gómez de Avellaneda [Nota necrológica]», en *La Ilustración Española y Americana*, año 17, nº 8, febrero de 1873.

rentemente había estado organizando en los últimos meses, mientras su hija agonizaba. *La Ilustración. Álbum de las Damas*, dirigido por ella desde principios de noviembre, reemplazaba a la revista *La Gaceta de las Mujeres*, que se había publicado desde mediados de septiembre de ese mismo año. Mudaba esta última su nombre y su tono para pasar a estar dirigida por «la célebre escritora, Señorita Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, auxiliada con la cooperación del Sr. D. Miguel Ortiz»[35]. Lo cierto es que el nuevo proyecto estaba diseñado a su medida, probablemente por ella misma. Este aspiraba a ser «el mejor periódico de literatura que se ha publicado en España». Se anunciaba en el último número de *La Gaceta* la colaboración de Carolina Coronado, Josefa Moreno Martos, Dolores Gómez Cádiz de Velasco y, especialmente, desde Francia, de la condesa de Merlin, con quien Avellaneda mantenía una estrecha relación intelectual y a quien ella misma habían invitado a participar personalmente[36].

Los «célebres literatos y distinguidos escritores» que también cooperarían en la publicación eran sus más íntimos amigos y valedores, el duque de Frías, Gallego, Pastor Díaz y Ramón de la Sagra. Tenía mucho sentido la participación de este último quién, junto a Pablo Montesino, podía reconocerse perfectamente a esas alturas como un referente entre ese grupo de reformistas sociales y pedagógicos «defensores» de las mujeres y de su capacidad intelectual, gracias sobre todo a sus textos sobre la centralidad de las mujeres en la filantropía pública desde finales de los años ochenta. La empresa periodística surgía en la estela del creciente número de revistas dedicadas a las mujeres que había tenido lugar desde 1840, y, por supuesto, del tirón que las propias escritoras románticas habían consolidado. La Avellaneda, sin duda, era la primera, la más destacada entre ellas.

35 Un análisis de esta revista en el contexto de otras publicaciones simultáneas protagonizadas por las románticas en Mónica BURGUERA, *Las damas…*, 2012.

36 Gertrudis Gómez de Avellaneda había prologado el libro de la condesa con unos breves apuntes biográficos: «Apuntes biográficos de la señora condesa de Merlin», en Mercedes SANTA CRUZ MONTALVO (CONDESA DE MERLIN), *Viaje a La Habana* (ed. de Adriana Méndez Ródenas), Doral, Stockcero, 2008, pp. XXI-XXXIX. Sobre la condesa de Merlin, Ángeles EZAMA GIL, «Criollas en París. La condesa de Merlin, Gertrudis Gómez de Avellaneda y la duquesa de la Torre», en *AnMal*, XXXII, 2 (2009), pp. 463-482; y Juan PRO, «Escribir una vida. La condesa de Merlin, 1789-1852», en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.), *Trayectorias trasatlánticas. Siglo XIX. Personajes y redes entre España y América*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2013.

Los contenidos de la revista dieron un vuelco al cambiar de nombre y de dirección. En su número ocho, el primero dirigido por Avellaneda, se publicaba un verdadero alegato emancipador. Por lo que yo conozco era la primera vez que se publicaba el artículo titulado «Capacidad de las mujeres para el gobierno»[37]. Como casi todos los artículos de fondo que se fueron jalonando en los números sucesivos, el texto, original o versionado, se reimprimió posteriormente en otros lugares, pasando a formar parte del cuerpo de referentes feministas que se movilizaron durante las décadas centrales del siglo desde diferentes publicaciones periódicas[38].

El texto comenzaba con un párrafo cuya lectura puede perfectamente hacerse por diversos motivos en contraposición al artículo que García Tassara había escrito para el popular libro de *Los españoles pintados por sí mismos*, publicado un par de años antes. Los tipos paródicos de la «coqueta», la «literata», la «marisabidilla» o la «político-mana», sobre los que escribió Tassara, surgían del ambiente satírico en el que se construían las críticas, entre misóginas y ansiosas, a cualquier imagen de la feminidad que cuestionara la inferior capacidad intelectual de las mujeres y su exclusiva y esencial ubicación doméstica. Tassara se había referido a la «pobre mujer, acometida de la fiebre de la política», convertida «en la viva imagen de los antiguos endemoniados» a la que «el furor de la política posee y el vértigo de la política agita». Y describía a la político-mana:

> El cráneo no se lo hemos observado a ninguna de ellas; pero será desigual y protuberante como una cartera por pulir, y Gall y Spurzhein habrían pasado horas enteras con las manos en la cabeza de mujer política. Decididamente, la fisonomía de la mujer política no ofrece los caracteres de la belleza femenina…[39]

37 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Capacidad de las mujeres para el gobierno», en *La Ilustración. Álbum de las damas*, nº 8, 2 de noviembre de 1845, pp. 1-2.

38 Una copia literal apareció, por ejemplo, en *El Fénix* valenciano, en 1848, Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Capacidad de las mujeres para el gobierno», en *El Fénix*, nº 139, 28 de mayo de 1848. Otros ejemplos posteriores de publicaciones de la Avellaneda que recogen argumentos muy parecidos salieron en su revista editada en Cuba, *Álbum Cubano de lo Bueno y lo Bello*, en 1860, reproducidos en las obras completas que ella misma preparó, publicadas entre 1869 y 1871. «La mujer considerada respecto a su capacidad para el gobierno de los pueblos y la administración de los intereses públicos», en *Obras literarias de la señora Gertrudis Gómez de Avellaneda. Colección completa*, tomo V, Madrid, Imp. de M. Rivadeneyra, 1871, pp. 298-301.

39 Gabriel GARCÍA Y TASSARA, «La político-mana», en *Los españoles pintados por sí mismos*, vol.2, Madrid, Visor Libros, 2002, pp. 39-47. Sobre Tassara puede verse,

La sátira aludía a argumentos científicos, fisiológicos y morales a un tiempo, que cuestionaban implícitamente la capacidad intelectual de las mujeres y, explícitamente, la horrible apariencia de su naturaleza invertida. Este juego de tácitas alusiones a argumentos éticos y estéticos que se refutaban sobre el trasfondo de un discurso científico tenía plena vigencia y estaba estrechamente relacionado con la revitalización de la higiene pública y privada.

Por su parte, escribía la Avellaneda en *La Ilustración*,

> A pesar de las suposiciones á que puede dar lugar el epígrafe del presente artículo, no es nuestro ánimo reproducir en él la cuestión asáz discutida, de si es o no la mujer igual al hombre en sus facultades intelectuales. Nosotros, para quienes semejante cuestión no es, ni puede ser controvertible, dejamos a los profundos psicologistas el penoso trabajo de decidir si hay almas hembras y almas varones, y á los modernos frenólogos el declarar con cuantas protuberancias está marcada en el cráneo del hombre su decantada superioridad sobre el ser que siempre y forzosamente tendrá por consorte, según los decretos de la naturaleza.

Avellaneda decidió también ironizar sobre los argumentos que, en el caso de Tassara, como en el de muchos otros, sustentaban la supuesta superioridad natural del hombre sobre la mujer. Ridiculizó, de forma mucho más sutil e inteligente que su antiguo amante, los mismos referentes recurrentes sobre los que, tanto la literatura satírica como la ciencia de psicólogos, moralistas, frenólogos e higienistas fundamentaban en la naturaleza su crítica a la, para la autora, incontrovertible igualdad intelectual entre uno y otra. Una serie de argumentos que deslegitimaba simplemente porque iban en contra de los fundamentos del mismo proyecto ilustrado que informaban del universo de valores liberal: la ignorancia, la fuerza y el egoísmo. Se trataba de «opiniones que por absurdas que puedan parecernos, por frágil y gastada que se nos presente su base, sabemos ha podido resistir al embate de los siglos, porque está sostenida por egoísmo y la fuerza material de la mitad del género humano»[40].

En una interesante lectura de este mismo artículo, María Albin ha mostrado cómo, efectivamente, la autora articuló su ensayo implí-

Russell P. SEBOLD, «Tassara: romántico, burlador y ateo», en *Revista de literatura*, vol. LXXIV, nº 1, 148, julio-diciembre 2012, pp. 429-446; y María SIERRA, «Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)», en *Historia y política*, nº 27 (2012), pp. 203-226.

40 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Capacidad de las mujeres…», 1845.

citamente en torno a la obra de Rousseau, en concreto de su *Emilio*, para ofrecer una relectura del proyecto de educación ilustrado que este encabezaba[41]. Lo que recogía Avellaneda, a través de su reelaboración del gran proyecto ilustrado en clave femenina y feminista, era el poder emancipador del mismo.

Sus argumentos tenían más sentido desde la creencia en una dinámica de progreso inmanente por la que debería desarrollarse esa «revolución moral» que liberaría a las mujeres; es decir, una revolución que removería los cimientos fundacionales del edificio liberal masculino; una revolución que deslegitimara la razón de una antinatural desigualdad entre hombres y mujeres basada en la ignorancia y en la fuerza. Desde ese punto de vista, la crítica a la revolución liberal era explícita y central:

> La revolución moral que emancipe á la mujer debe ser forzosamente mas lenta que la que sentó las ya indestructibles bases de la emancipación del pueblo; porque en éste la mayoría era inmensa; la fuerza moral irresistible; en aquella no hay mayoría, no hay fuerza material poderosa: todo tiene que esperarlo de los progresos de la ilustración, que haga conocer a sus propios opresores cuán pesadas y vergonzosas son para ellos mismos las cadenas de ignorancia y degradación que han impuesto a unos seres a quienes, a despecho de sus leyes, los ligan y sujetan íntima y eternamente las leyes supremas de la naturaleza.[42]

Pero esa crítica fundamental a la revolución liberal no se articulaba a través de lenguajes políticos. La literata aludía tácitamente al espacio conceptual de la política en la medida en que este pertenecía a la proyección pública que sí reclamaba explícitamente para las mujeres a través de la educación, la razón y el talento. La proyección hacia el amplio espacio del poder llegaría, no solo a través de una segura redefinición de las estructuras morales del liberalismo en general, sino también y, por extensión, de la redefinición, a su vez, de las bases epistemológicas ancladas en los argumentos científicos y masculinos de la supuesta naturaleza femenina; pero, sobre todo, a partir de un proyecto de cambio basado en la ilustración y en la elaboración de leyes racionales que no violentasen las de la naturaleza divina.

41 María C. ALBIN, «Fronteras de género, nación y ciudadanía: *La Ilustración. Álbum de las Damas* (1845) de Gertrudis Gómez de Avellaneda», en *Actas XIII Congreso Asociación Internacional de Hispanistas,* tomo II, Madrid, Castalia, 2000, pp. 67-75.

42 Gertrudis GÓMEZ DE AVELLANEDA, «Capacidad de las mujeres…», 1845.

A lo largo de los meses en que la revista estuvo dirigida por Avellaneda, entre noviembre de 1845 y febrero-marzo de 1846, se puso a disposición de sus damas lectoras todos los retazos con los que desde diversas sensibilidades sociales contemporáneas se podía imaginar un horizonte de emancipación para sí mismas.

Entre sus referentes fundamentales aparecía la poetisa clásica Safo, o las escritoras *George Sand* y *Madame* de Staël, a las que ella y todas las escritoras románticas incluyeron entre sus genealogías; por supuesto, intercalaba sus poemas a la reina y algunos, pocos intercambios poéticos con otras escritoras del momento y miembros de la hermandad lírica. Pero sus argumentos fuertes, sus artículos de fondo que comenzaban en la portada, surgían sobre todo del conjunto de leguajes sociales disponibles: el reformismo social y su defensa de la capacidad intelectual de las mujeres y su centralidad en un proyecto cívico de cambio social; un socialismo utópico que pretendía encontrar ese justo medio en que situar a las mujeres denunciando su esclavitud, pero despreciando su «emancipación»; el derecho a ser reconocidas y respetadas intelectualmente como mujeres; y de una crítica profunda y fundamental a la revolución liberal que solo en los textos de la Avellaneda daban la vuelta a la idea de una organización social cimentada en el modelo de la complementariedad de los sexos[43]. No se utilizaron nunca lenguajes políticos, pero la pretensión de fondo sí fue la de restituir a la mujer esa legitima razón individual y universal que definía los fundamentos morales del liberalismo y que, implícitamente, la lanzaba al espacio público y deliberativo de la plena ciudadanía.

Como he señalado en otra parte, creo que la revista de Avellaneda debe entenderse en el contexto de diálogo con los críticos poemas publicados al tiempo por Carolina Coronado en *El Defensor del Bello Sexo*, primero, y *El Pensil del Bello Sexo*, después, y que se publicaron a la vez. Las reelaboraciones románticas que estas lideraron desde distintos foros interrelacionados permitieron a un grupo de mujeres reconocerse y proyectarse a sí mismas en público como sujetos respetables, capaces y creativos, con una conciencia femenina común. Ambas articularon profundas críticas a la revolución liberal y a la situación de la mujer prácticamente al unísono. Coronado, por ejemplo, escribía a la Libertad: «las hembras no se cuentan ni hay Nación para este sexo»; «¡Libertad!,

43 Sobre el surgimiento de lo social y de los diversos lenguajes sociales que movilizó Gómez de Avellaneda desde su revista, Mónica BURGUERA, *Las damas*…, 2012.

¿de qué nos vale si son los tiranos nuestros no el yugo de los monarcas sino el yugo de nuestro sexo?»[44].

Pero ambas críticas se articulaban desde supuestos filosóficos diferentes. Mientras Avellaneda revolvió los cimientos mismos del orden sexual, Coronado trazó sus duras críticas sin llegar a romper el supuesto de la complementariedad de los sexos. Esa fue su diferencia fundamental. Nunca mantuvo realmente con las escritoras románticas ninguna relación estrecha, aunque fuera siempre aparentemente cordial. Pero Avellaneda sí compartió con ellas la percepción de la tristeza y el sufrimiento que suponía la tiranía de los hombres, de un impuesto y extremadamente exhausto autodidactismo, de su sujeción a un matrimonio esclavizante y del sometimiento a las leyes que solo el hombre dictaba. Lo que Coronado llamó, «vivir luchando siempre en continuo temblor»[45].

En marzo, Avellaneda pareció esfumarse de la revista y esta perdió de nuevo la versatilidad y diversidad de argumentos que la habían definido hasta entonces. Motivos probablemente relacionados con el nacimiento y muerte de su hija, y su temprana boda con Fernando Sabater la llevaron rumbo a Francia, abandonando Madrid. Igualmente se desligó del conjunto de las escritoras románticas.

Legado inconcluso

Desde su salida de Madrid, tras su boda con Sabater, Avellaneda realmente no volvió a ser la misma. La muerte de su marido al año siguiente la dejó de nuevo sola, aunque viuda y respetable. Volvió a tomarle el pulso a la capital y, de hecho, durante los siguientes diez años publicó célebres obras de teatro. No dejó de trabajar. Pero el Liceo entró en un ocaso relativamente rápido, fechado entre 1849 y 1851, relacionado con el propio desvanecimiento del romanticismo en España. Como sus espacios, los protagonistas del romanticismo liberal tuvieron que reubicarse o reinventarse.

Gertrudis endureció sus tonos religiosos y luchó por ser admitida en la Corte, exactamente igual que luchó por que le dieran el puesto que

44 Carolina CORONADO, «Libertad», en Noël VALIS (ed.), *Carolina Coronado. Poesías*, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1991, pp. 389-390.

45 Carolina CORONADO, «La flor del agua», en Noël VALIS (ed.), *Carolina Coronado. Poesías*, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1991, p. 173.

su amigo Gallego dejó disponible tras su muerte en la Real Academia de la Lengua, en 1852. Pero ni lo uno ni lo otro era probable. Ni como famosa escritora, ni como mujer de letras podía ser admitida en los ambientes de la elitista feminidad conservadora de la Corte, ni en los de la exclusiva masculinidad de la Real Academia. Su crítica a la dislocación del orden natural basado en la igualdad universal siguió siendo recurrente, igual que no renunció a la posibilidad de conciliar la virilidad de ingenio con el matrimonio. Tan solo pareció lograrlo, por fin, tras su boda en 1856 con Domingo Verdugo, gentilhombre de cámara, con quien vivió años de reconocimiento en Cuba hasta su vuelta a España, en 1864. De Sevilla volvió a Madrid en 1870 y murió tres años después.

No quisiera que la importancia que creo que tienen los primeros años de éxito en los que Gertrudis elaboró las claves de su propia feminidad y de su crítica a la desigualdad entre hombres y mujeres oscurezca el interés de la siguiente etapa de su vida y la evolución de su reflexión. Simplemente creo que pertenecieron a un contexto histórico y cultural cambiante, cuyas claves interpretativas son diferentes. Es más, pienso que la perspectiva biográfica en muchos sentidos muestra la apertura de horizontes interpretativos a partir de un sujeto histórico que transita cambiantes contextos desde su individualidad, rompiendo horizontes temporales a menudo artificiales. Por ejemplo, tradicionalmente se ha pensado que desde mediados de los años cuarenta el llamado discurso de las esferas separadas se fijó definitivamente tras un periodo de apertura. De la misma manera, se ha tendido a asociar de forma excesivamente directa el ocaso de estas escritoras y de la fuerza de su crítica al orden sexual liberal con el ocaso del romanticismo a mediados de siglo. Pero, pese a los mucho más restringidos espacios de discusión pública, la difusión de un higienismo moralizante o el reemergente discurso católico, ambos esencializantes de la naturaleza femenina doméstica y religiosa, las tradiciones e imaginarios que apostaban por una feminidad cívica y participativa, con todas sus paradojas fundacionales, permanecieron vivos.

Avellaneda había ido construyendo el romanticismo de su vida escrita para moverse en la sociabilidad heterogénea y masculina de la capital. Sabía que debía respetar los diversos pero estrechos límites de la respetabilidad femenina tal y como se estaba imaginando en el corazón mismo del liberalismo posrevolucionario. Pero, al mismo tiempo, a través de su vida y de su obra, movilizó las ambivalencias del discurso liberal respecto a la diferencia sexual, le dio la vuelta para criticarlo

desde sus propios fundamentos, mientras asumió todas sus paradojas viviendo como dama respetable. Su vida no fue coherente, fue ambivalente entre las fronteras de una feminidad respetable y diversa, pero profundamente insertada en un orden sexual jerárquico y excluyente organizado en torno a la complementariedad de los sexos. Había sido un producto de ese romanticismo, pero su crítica a las raíces de la desigualdad, su cuestionamiento del orden sexual y su apuesta por la igualdad natural iban a permanecer. Su legado inconcluso y a menudo contradictorio perduró tanto en las culturas políticas de las que surgió el consenso demócrata y revolucionario del 68 como en el conjunto de las culturas políticas de izquierda desde las que se articularon los diversos feminismos posteriores.

Romanticismo e identidad en el socialismo utópico español: buscando a Rosa Marina[1]

Juan Pro
Universidad Autónoma de Madrid

La práctica del género biográfico por parte de los historiadores lleva inevitablemente a poner la atención sobre la forma en que se concibe el sujeto de los procesos históricos. La presencia de esta reflexión sobre el sujeto —y los debates a los que pudiera abocar— es precisamente una de las mayores aportaciones que nos ha traído el resurgimiento del género de la biografía histórica desde finales del siglo XX; y podría servir para diferenciar a la nueva biografía histórica de aquellos otros relatos que, tomando como pretexto la renovada legitimidad y vigencia del género, se limitan a reproducir las formas tradicionales de escribir sobre las vidas de otros.

Efectivamente, nuestro tiempo ha conocido una emergencia abrumadora de la subjetividad, en la que proliferan los pequeños relatos individuales que sustituyen a la gran narrativa[2]. Pero este giro, que algunos han llamado «el retorno del sujeto», no podía significar simplemente la superación del determinismo de las fuerzas impersonales de la historia, pasando el foco de las grandes estructuras o los sujetos colectivos al protagonismo de los individuos. Por el contrario, ha puesto en el centro del debate —para los historiadores y para los científicos sociales— la necesidad de preguntarse sobre la entidad del sujeto de las acciones estudiadas, con todo lo que ello conlleva en relación con la problematización de la identidad y de la subjetividad. Como todo objeto historiográfico, el personaje o la persona también son construidos, no se encuentran en los documentos ni pueden naturalizarse como si la

1 Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto HAR2012-32713 del Plan Nacional de I+D+i. Una versión previa del texto fue discutida en el *IVth Annual Symposium of the Nineteenth-Century Hispanists International Network,* Toronto (Canadá), York University, 25-26 de abril de 2014.

2 Leonor ARFUCH, *Memoria y autobiografía. Exploración en los límites*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, pp. 19-25.

comprensión de lo que una identidad personal es no ofreciera incógnitas, contradicciones, matices y problemas de todo tipo.

Un caso extremo —y por ello representativo— podría ser el de estudiar una persona que no fue, o que no sabemos si existió más allá de la ficción de los textos que nos han llegado. Puesto que el pasado ha muerto y solo nos quedan de él los documentos, la realidad histórica son los documentos mismos y es a partir de ellos como el historiador construye su relato, y construye también las personas que protagonizan ese relato[3]. Encontramos un ejemplo de esa situación extrema —un personaje del que no se puede dilucidar su existencia real más allá de un documento en el que aparece— en la historia del socialismo utópico español, concretamente entre un grupo de activistas inspirado por las ideas de Charles Fourier, que se mostró muy activo en Cádiz en los años centrales del siglo XIX. Este personaje es, aparentemente, una mujer, llamada Rosa Marina; y nos preguntamos por su identidad como una construcción que toma su sentido del contexto, de la cultura política y del estilo emocional en los que apareció su nombre como un elemento discursivo más.

El grupo: hombres y mujeres en el foco furierista de Cádiz

El grupo furierista de Cádiz, cuyo fundador fue Joaquín Abreu (1782-1851), incluía a un buen número de mujeres, que se contaron entre las propagandistas más activas de la causa. Estas mujeres publicaron desde 1856 un periódico propio, *El Pensil*, cuatro veces cerrado por la censura y las dificultades que imponía la persecución de las autoridades, y cuatro veces más refundado bajo diferentes nombres hasta desaparecer por completo en abril de 1866[4].

Aquel grupo planteó toda una serie de reivindicaciones políticas y sociales muy innovadoras para la época, hasta llegar a intentar la fundación de un falansterio: ese tipo de comunidad modélica que Fourier preconizaba como punto de partida de la nueva sociedad socialista. El

3 Keith JENKINS, *Repensar la historia*, Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 7-34.

4 M. Gloria ESPIGADO TOCINO, «La Buena Nueva de la Mujer-Profeta: Identidad y cultura política en las fourieristas Mª Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis», en *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, nº 7 (2008), pp. 15-33.

falansterio que intentó crear en España uno de los activistas del grupo, Manuel Sagrario de Veloy, por dos veces, la primera en Tempul (cerca de Jerez de la Frontera, Cádiz) y la segunda en Cartagena (Murcia), no llegó a realizarse en la práctica por las dificultades que interpuso el Gobierno[5]. Pero el hecho mismo de que se intentara, y de que las sucesivas versiones periodísticas de *El Pensil* se publicaran y difundieran entre 1856 y 1866, da muestra de la vitalidad de aquel grupo de furieristas andaluces en su empeño idealista por lograr un mundo mejor.

El protagonismo femenino en el movimiento furierista no es un detalle menor: refleja el modo renovado en que Fourier había planteado las relaciones de género y el papel de la mujer en la sociedad[6]. Y explica el entusiasmo con el que se lanzaron a la lucha por estas ideas las mujeres que constituyeron la redacción de *El Pensil*: en primer lugar su directora, Margarita Pérez de Celis; y junto a ella, María Josefa Zapata —colíder del grupo— y la precursora, Margarita López Morla[7]; además de otras mujeres que aparecen colaborando en diferentes épocas de los cinco periódicos, como Rosa Butler, Aurora Naldas, Adela de la Pesia, Ana María Franco, Ángela Arizu, Joaquina García Balmaseda, María García de Escalona, Francisca González Ruiz, Pilar Payans, etc.

Estas mujeres reivindicaban en sus escritos la igualdad de la mujer en el acceso a la educación y al desempeño de todo tipo de cargos y profesiones, algo que resultaba bastante innovador en la España de mediados del XIX, pero que tenía pleno sentido en el contexto de la cultura política furierista que profesaban. Fourier consideraba que la situación de la mujer era el indicador clave del grado de desarrollo y

5 Antonio CABRAL CHAMORRO, *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismo gaditano, 1834-1848*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 1990. Hubo aún un tercer intento de crear un falansterio en España, en Pozal de las Gallinas (Valladolid), en 1864-1867, conocido como «La República de los pobres», según Josep TERMES, *Anarquismo y sindicalismo en España: la Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Critica, 2000, p. 25.

6 M. Gloria ESPIGADO TOCINO, «La mujer en la utopía de Charles Fourier», en María Dolores RAMOS y María Teresa VERA (comps.), *La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Anthropos, 2002, pp. 321-372.

7 Juan Luis SÁNCHEZ VILLANUEVA, «Una tertuliana. Una foureristа: Margarita López de Morla», en M. Gloria ESPIGADO TOCINO y María José DE LA PASCUA SÁNCHEZ (comps.), *Frasquita Larrea y Aherán: europeas y españolas entre la Ilustración y el romanticismo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, pp. 157-180.

de civilización de una sociedad[8]; y proponía un modelo de convivencia para los futuros falansterios en el que no solo la mujer gozaría de la plena igualdad de derechos civiles y políticos con el hombre, sino de una libertad sexual que ningún otro pensador se había atrevido a proponer antes de él, ni tampoco ha sido frecuente sostener después[9]. De ahí que los furieristas atrajeran las iras de las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, que se esforzaron por boicotear su labor y ridiculizar sus puntos de vista.

Del periódico al libro

En agosto de 1857, tras haber sido abortado el primero de sus periódicos, *El Pensil Gaditano,* pusieron en marcha el segundo, titulado *El Pensil de Iberia,* igualmente publicado en Cádiz con periodicidad decenal[10]. En sus páginas aparecieron una serie de artículos firmados por una tal Rosa Marina, en torno a los derechos de las mujeres. Aquellos artículos fueron recopilados más tarde en forma de un pequeño libro y publicados con un prólogo de la directora del periódico, Margarita Pérez de Celis, bajo el título *La mujer y la sociedad*[11].

El libro, que es poco más que un folleto, superaba planteamientos más modestos en la reivindicación de la dignidad de la mujer, como los que había defendido Josefa Amar y Borbón en la segunda mitad del siglo XVIII, limitados a defender el talento de las mujeres destacando los ejemplos más excelsos de mujeres excepcionales del pasado en todos los ámbitos del arte, el pensamiento y la política[12]. Rosa Marina superaba igualmente los planteamientos que desde el propio campo furierista se habían

8 Ana María AGUADO HIGÓN, «Construcción de la ciudadanía, género y culturas políticas», en *De la democracia ateniense a la democracia paritaria*, Madrid, Icaria, 2009, pp. 147-164.

9 Charles FOURIER, *Le nouveau monde amoureux*, París, Anthropos, 1967; Michel BRIX, *L'héritage de Fourier. Utopie amoureuse et libération sexuelle*, Jaignes, La Chasses au Snark, 2001.

10 Ambos periódicos: *El Pensil Gaditano. Periódico de Literatura, Ciencias y Artes;* y *El Pensil de Iberia. Periódico de Literatura, Ciencias, Artes y Teatros,* se encuentran en el Archivo del Casino Gaditano (Cádiz).

11 Rosa MARINA, *La mujer y la sociedad*, Cádiz, Imp. de La Paz, 1857.

12 Josefa AMAR Y BORBÓN, *Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno, y otros cargos en que se emplean los hombres*, Barcelona, Linkgua, 2007.

difundido en España en la primera mitad del XIX, cuando se tradujo la obra del autor polaco Jan Czynski (1801-1867), *Porvenir de las mujeres*[13].

La obra de Czynski era representativa de una de las corrientes en las que se dividió el furierismo europeo después de la muerte de Charles Fourier en 1837, todas ellas caracterizadas por un recorte de la doctrina del maestro en sentido conservador, especialmente en todo lo relativo a la moral sexual. Más que por la traducción del libro en sí, aquella edición española de 1841 es relevante por el apéndice que le añadió Margarita López Morla, titulado «Una palabra a las españolas dirigida por una compatricia»[14]. La obra de Czynski denunciaba el encierro de las mujeres en el ámbito doméstico y reivindicaba su derecho a acceder a todas las profesiones y trabajos intelectuales[15]. Por su parte, el apéndice de López Morla, pionera del grupo furierista gaditano, tras resumir las doctrinas esenciales de Fourier, hacía un llamamiento a las mujeres de la aristocracia española para que participaran en la educación de la joven reina Isabel, transmitiéndole los principios del furierismo e incitándola a pasar a la Historia por patrocinar la construcción del primer falansterio en España (en un momento en que, efectivamente, se estaba intentando que el Gobierno de Espartero aprobara el proyecto para edificar un falansterio en tierras jerezanas).

Esta ingenuidad, de pensar que las damas de la aristocracia española pudieran llegar a utilizar su influencia en la Corte para impulsar la fundación de comunidades socialistas experimentales inspiradas en las doctrinas de Fourier, así como el tono mismo del texto de López Morla, nos ponen ante una cultura y una sensibilidad específicas, que son las del romanticismo. También el historicismo de comparar a Isabel II con Isabel *la Católica*, esta impulsora del descubrimiento de América y la nueva reina impulsora del descubrimiento del «nuevo mundo» social que significaba el furierismo[16]. Y fue en ese marco en el

13 Jean CZINSKI, *Porvenir de las mujeres*, Cádiz, Vda. de Comes, 1841.

14 Ibíd., pp. 21-33; reproducido en Antonio ELORZA, *El Fourierismo en España*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975, pp. 155-167.

15 Mónica BURGUERA, «Historia e identidad: Los lenguajes sociales del feminismo romántico en España (1844-1846)», en *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 18, nº 1 (2011), pp. 53-83, especialmente en pp. 78-79.

16 La analogía entre Isabel II e Isabel I, frecuente entre los moderados españoles del XIX, duplicaba en realidad la analogía que Fourier había establecido entre su propia obra y el descubrimiento de América por Colón en el «Avant-propos» del *Traité de l'association domestique agricole*, París, Bossange père, vol. 1, LV-LVI, 1822.

que se generaron las formas de concebir la identidad personal propias de este grupo.

Al fin y al cabo, la ingenuidad romántica de López Morla no fue muy diferente de la del propio Fourier, que pensó que para cambiar el mundo bastaría con fundar un solo falansterio, cuyo éxito haría que el modelo fuera imitado en todas partes hasta cubrir el planeta entero. Fourier llevó su fe en el ser humano hasta el punto de creer que el millón de francos que necesitaba para edificar aquel primer falansterio —en realidad, un palacio donde viviera la gente corriente— se lo daría un generoso mecenas, que, sin embargo, nunca apareció. Escribió primero a multitud de personalidades notables de las que esperaba ese acto de generosidad (entre otros, escribió a Luis Felipe de Orleáns, Robert Owen, la esposa de Lord Byron, Chateaubriand, *George Sand*, Simón Bolívar, el dictador paraguayo José Gaspar Rodríguez Francia y el presidente haitiano Jean-Pierre Boyer). Luego, en 1826-1827, puso un anuncio en la prensa de París diciendo que estaría todos los días a las 12 en su casa de Montmartre para recibir al donante ilustrado dispuesto a financiar esta gran obra; y allí compareció y esperó en vano sin faltar un día, hasta que murió el 10 de octubre de 1837[17].

El enigma: la autora

Rosa Marina recogió el legado de obras anteriores, como las de Amar o Czynski, que incorporó a su texto, y le dio nueva fuerza en un tono enfático propio de un manifiesto para la acción. En su libro abordó también temas nuevos, característicos del feminismo moderno, de manera que en realidad su obra constituye el primer manifiesto feminista en la historia de España; y también podemos considerarlo como el primer manifiesto del feminismo moderno en lengua española, lo que le da una relevancia extraordinaria[18]. De ahí la importancia de saber quién fue su autora.

17 Émile LEHOUCK, *Fourier o la armonía y el caos*, Barcelona, Labor, 1973. Jonathan BEECHER, *Charles Fourier: The Visionary and His World*, Berkeley, University of California Press, 1990.

18 María Dolores RAMÍREZ ALMAZÁN, «Rosa Marina, *La mujer y la sociedad*», en *Donne, Società e Progresso*, Roma, Aracne Editrice, 2009, pp. 10-40, lo califica de «primer tratado feminista español», si bien el género propio del texto es más el del *manifiesto político* que el del *tratado*. Subraya que es anterior a Concepción ARENAL, *La mujer del porvenir*, Sevilla-Madrid, Eduardo Perié-Félix Perié, 1869.

De entrada, la belleza sencilla del nombre —*Rosa Marina*—, entre vegetal y oceánica, induce a sospechar que se tratara de un seudónimo, pues nos cuesta creer que alguien tuviera la fortuna de llamarse así, y es fácil pensar que más bien sería una creación de la imaginación romántica. Por eso, los primeros investigadores que se encontraron con este personaje, apostaron por negarle existencia real, sugiriendo que podría tratarse de un seudónimo tras el cual se ocultaría la mano de una de las dos intelectuales que lideraban el grupo furierista gaditano, o bien del trabajo conjunto de ambas cuando escribieran juntas; seudónimo obligado para eludir la vigilancia y la presión social de la gente de orden de la ciudad, así como la presión más directa y eficaz de las instituciones dispuestas a impedir que ideas tan avanzadas y disolventes pudieran publicarse impunemente.

Así, para Inmaculada Jiménez Morell, Rosa Marina no es otra que Margarita Pérez de Celis, la directora de *El Pensil,* que se habría desdoblado en dos figuras al firmar con su verdadero nombre el prólogo de la obra que firmaba con seudónimo[19]. Por su parte, Antonio Elorza pensó en su momento (1975) que detrás del seudónimo no se ocultaba Pérez de Celis, sino su amiga y correligionaria María Josefa Zapata, pero lo hizo sin haber podido leer el libro[20].

El caso de Rosa Marina ofrece una ocasión para reflexionar sobre el significado de la identidad individual y de su construcción a través de la escritura, tal como podían ser entendidos en un marco cultural y emocional tan específico como era el del romanticismo, y en una cultura política que aquel hizo posible, como fue el socialismo utópico de filiación furierista (y su específica recepción en España).

Un texto portador de modernidad

Empecemos por averiguar qué decía Rosa Marina en este libro, cuyo título completo era *La mujer y la sociedad*. *Breves consideraciones sobre la participación de la mujer en la sociedad*. La modernidad del texto comienza por plantear que esta cuestión que destaca en el subtítulo, el lugar que la mujer debe ocupar en la sociedad, es una «cuestión

19 Inmaculada JIMÉNEZ MORELL, *La prensa femenina en España: desde sus orígenes a 1868*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1992, p. 106.

20 Antonio ELORZA, *El Fourierismo*…, 1975, p. CXI.

trascendental, que se roza con todos los problemas planteados por el espíritu moderno, en el seno de la civilización»[21]. Es decir, que había una cuestión de género crucial, que condicionaba el entendimiento de todas las grandes cuestiones sociales y políticas, tal como habían quedado replanteadas en el siglo XIX por los cambios del liberalismo y del capitalismo. Según este planteamiento, la clave de los problemas de la sociedad contemporánea se encontraría, pues, en la marginación y el sometimiento de las mujeres.

Gran parte del texto se dedicaba a reivindicar la plena igualdad de las mujeres con los hombres en el acceso a la educación, el trabajo y la política; pero subrayando con cautela que todo ello era para lograr el orden, la paz social y la vuelta a la pureza de la religión:

> La libertad de la mujer, la sanción legal de su derecho a la instrucción y a entrar en todas las carreras, a ocupar todos los puestos a que la hagan acreedora sus cualidades, sus virtudes, su ciencia, deben ser y serán el complemento de la civilización y la garantía más eficaz del orden social, de la paz, de la armonía, de la equidad, de la dulzura de las leyes y de las costumbres y de la pureza del sentimiento religioso, tan extraviado de su verdadero camino en los tiempos que corren.[22]

Planteaba sus ideas como si fueran una evidencia en los tiempos modernos y, a la vez, una necesidad moral —no solo para las mujeres, sino para los hombres también— y un corolario de las verdaderas enseñanzas del cristianismo (que, dicho sea de paso, no eran las que difundía el clero católico):

> Hoy es un axioma filosófico la idea de que los adelantos de la civilización y de la cultura están en relación de la libertad, la instrucción y los derechos concedidos a las mujeres. El embrutecimiento y la abyección del sexo femenino producen, a su vez, la abyección y el embrutecimiento del masculino. Cuando la mujer es esclava, el hombre no puede ser libre. Esto no necesita demostración; los hechos lo han confirmado siempre. La igualdad del hombre y de la mujer ante Dios, es uno de los dogmas más gloriosos del cristianismo y al cual deben, la mujer todas las consideraciones de que goza y la sociedad sus progresos.[23]

Adelantándose a quienes dirían que muchas mujeres estaban satisfechas con su rol doméstico tradicional de esposas y madres, o que tales

21 Rosa MARINA, *La mujer y…*, 1857, p. 1.

22 Ibíd., pp. 2-3.

23 Ibíd., p. 3.

tareas ya les exigían una dedicación incompatible con el desempeño de carreras profesionales o políticas en el espacio público, la respuesta era que se dejara elegir a las mujeres, respetando a las que se conformaran con la vida familiar y doméstica, pero también a las que, como la autora, tuvieran otras aspiraciones[24].

La situación de desigualdad de la mujer en la sociedad de su tiempo era denunciada como una verdadera situación de explotación desde un punto de vista económico, más allá de otras consideraciones morales o políticas:

> La mujer, directa e indirectamente, contribuye a la producción de la riqueza, es poseedora como el hombre de toda clase de propiedades, y por lo tanto paga los impuestos y contribuye al sostenimiento de las cargas sociales. La mujer, que no puede ser médico, ni abogado, ni ingeniero, ni académico, ni profesor de nobles artes, da su dinero para el sostenimiento de universidades, colegios, academias, escuelas e institutos, cuyos beneficios solo los hombres disfrutan directamente. Los hombres, como vemos, se ilustran y se crean honrosas y lucrativas carreras a costa de la mujer.[25]

El libro, en general, resulta muy moderno, a pesar de algunos límites que podríamos señalar en cuanto a su capacidad para anticipar planteamientos posteriores. Por ejemplo cuando, al pasar a exponer reivindicaciones concretas sobre los oficios que se deberían abrir a la participación de las mujeres (que vienen a ser todos), Rosa Marina se mostraba hija de algunos prejuicios de su tiempo. Así, empezaba por reivindicar que se crearan escuelas de matronas, para que las comadronas que atendían los partos tuvieran una formación específica. Seguía pidiendo que se permitiera a las mujeres estudiar Medicina, pero con el argumento pacato de poner a salvo el pudor femenino y el honor de sus padres y maridos, al impedir que se expusiera el cuerpo de las mujeres a la vista y al tacto de los hombres, por muy médicos que fueran:

> ¡Con cuánto más gusto y más decencia pondríais vosotros mismos, hombres graves […], vuestras madres, esposas e hijas, al cuidado de una doctora inteligente, que no al de un doctor, a cuyas miradas y a cuyas manos, os veis forzados a entregar, con no poca repugnancia muchas veces, la adorada belleza y los secretos encantos de las que tanto amáis![26]

24 Ibíd., p. 7.

25 Ibíd., p. 10.

26 Ibíd., pp. 17-18.

Luego, asumiendo estereotipos de género tradicionales, se quejaba de que en el campo faltaban «brazos robustos del sexo fuerte» para trabajar, mientras que en las ciudades abundaban los

> zánganos que se afeminan, entreteniéndose en oficios y ocupaciones mucho más propias de la delicadeza y del gusto de la mujer que de las atléticas fuerzas del hombre. ¿No es ridículo ver a un hércules barbudo sirviendo una taza de café, o acurrucado en un taburete manejando la aguja, con manos que reclaman una azada, o midiendo varas de cintas detrás de un mostrador, mientras las pobres mujeres perecen en la miseria o sucumben a la inmoralidad?[27]

A pesar de las limitaciones apuntadas, el texto es moderno porque no solo reclamaba enfáticamente el derecho de las mujeres a desempeñar todos los trabajos, sino que, anticipando reivindicaciones fundamentales del feminismo posterior, se quejaba de que, además de monopolizar los puestos de trabajo condenando a las mujeres a la dependencia o a la prostitución, la sociedad aceptara que cuando las mujeres trabajaban lo hicieran recibiendo salarios más bajos por la misma tarea[28].

La mayor modernidad del texto, sin embargo, se cifra en ir más allá de la reivindicación de igualdad en el acceso a la educación, al trabajo y al poder —temas que ya estaban en el libro de Jan Czynski traducido en 1841— y abordar la crítica de las instituciones del matrimonio y la familia en su concepción dominante, burguesa. El asunto se afrontaba desde una perspectiva moral, y partiendo de la condena de la prostitución, una entrada fácil de asumir para los lectores de la época.

Prostitución y matrimonio: hacia una identidad de género

La autora empezaba por admitir que el comportamiento típicamente femenino según los estereotipos dominantes en su época era vicioso y pernicioso para la sociedad; pero decía que lo era como consecuencia de la situación en la que la misma sociedad las había puesto, y que se corregiría de inmediato reconociendo a las mujeres la libertad e igualdad de derechos:

27 Ibíd., p. 19.

28 Ibíd., p. 20.

> Las preocupaciones, las leyes y costumbres establecidas por los hombres, han separado a las mujeres del estudio y práctica de las ciencias, de las artes e industria, y de no pocos oficios. La consecuencia de esto ha sido, por un lado, una disminución de riqueza por lo que han dejado de producir, y otra pérdida no menos considerable por lo que en su forzada ociosidad han malgastado en los vicios que alimenta la ociosidad misma, por la ignorancia, por el aburrimiento, por la escasez de recursos, que solo han podido encontrar por tales medios. La sociedad arrastra a la mujer a la inmoralidad; la mujer en su caída lleva tras de sí al hombre.[29]

De todas las inmoralidades con las que la mujer se pervertía a sí misma y pervertía a la sociedad en su conjunto, la más grave le parecía a Rosa Marina la institución tolerada de la prostitución, que condenaba sin ambages. La prostitución era presentada como la consecuencia última del cúmulo de injusticias e irracionalidades cometidas con las mujeres en la sociedad:

> El resultado final de tantos errores e injusticias es el envilecimiento moral de la mujer, la prostitución más o menos legal, más o menos encubierta, el imperio del vicio y la degradación de las razas […]. La civilización entrega a sus hijas al monstruo horrible de la prostitución y a todos sus vicios, enfermedades y bajezas, que cual lúgubre cortejo la acompañan, por no abrirles la puerta que da paso a las profesiones y carreras, cuya práctica moraliza, ennoblece e ilustra, a la par que enriquece a los que a ella se consagran.[30]

En esa diatriba contra la prostitución Rosa Marina alcanza la culminación de una retórica ampulosa muy del gusto de la época; pero es también en ese capítulo donde mejor se aprecian dos rasgos que dan la medida de la modernidad del texto.

Por un lado, es patente la concepción del género femenino como un colectivo con identidad e intereses propios, que justifican todo su discurso. No hay en el mismo distinciones entre clases sociales, razas, naciones, campo-ciudad, etc., sino solo los agravios contra las mujeres, los derechos de las mujeres y sus reivindicaciones como un todo, al que habitualmente se menciona en singular («la mujer»). Esta forma de perfilar una identidad colectiva está presente en todo el libro, pero resulta especialmente clara en el capítulo sobre la prostitución, donde la abyección moral de la institución es denunciada como un crimen contra

29 Ibíd., p. 7.
30 Ibíd., pp. 20-21.

la mujer en abstracto, subrayando la incoherencia de que la sociedad glorifique a las mujeres como madres, santas, artistas, las adore en la Virgen María, las proteja por su delicadeza, pero luego permita y legalice el agravio colectivo de la prostitución que las afecta a todas ellas[31]. La nueva identidad social a la que aquí se trata de dar conciencia y consistencia, la identidad de género, se apoya en dos factores: por una parte, en la existencia de agravios compartidos que delimitan los confines del colectivo y le hacen tomar conciencia de sí; por otra parte, en la existencia de una voz común, de una representación colectiva de las mujeres, y esa voz es la de Rosa Marina que, como portavoz de su género, lo representa en el espacio público.

El otro rasgo de modernidad —no exenta de paradojas y de tensiones con los convencionalismos de su tiempo— tiene que ver con la forma en que se ponían en conexión prostitución y matrimonio. Rosa Marina identificaba la prostitución como un mal absoluto (enfrentándose a quienes defendían su existencia como un mal necesario, una válvula de escape o el remedio para una necesidad social) y la contrastaba con el matrimonio, del que asumía que es el destino natural de la mujer:

> Dicen, y yo no lo niego, que el matrimonio es el destino de la mujer; pero se equivocan suponiendo que ese destino es incompatible con el ejercicio de sus facultades, así intelectuales como físicas, consagradas a alguna ocupación o industria, que esté conforme con su aptitud, su vocación, sus intereses y necesidades. La prostitución que toleran y autorizan es un terrible adversario para el matrimonio; corrompe a los jóvenes, que llegan tarde, gastados y sin ilusiones al tálamo nupcial.[32]

La autora se mostraba defensora del matrimonio y de la familia, situándose de nuevo —aparentemente— en ese terreno conservador y respetuoso de las convenciones en el que le resultaba más fácil atraer la benevolencia de la buena sociedad a la cual se dirigía. Pero no es casualidad que tratara de la familia y del matrimonio en el mismo capítulo que de la prostitución (cuando el resto del libro está muy compartimentado temáticamente en capítulos breves). Porque aquí da un giro espectacular y, cuando el lector creía estar ante una mujer convencional, que defiende el matrimonio y condena la prostitución, en nombre de la sacrosanta institución de la familia, base de la sociedad burguesa, resulta

31 Ibíd., pp. 19-22.

32 Ibíd., pp. 22-23.

que no son *ese* matrimonio ni *esa* familia los que está defendiendo, sino *otra* idea de la pareja.

Lo que defendía era el matrimonio por amor y un modelo romántico de familia, contrario a la degradación que suponía para las mujeres el matrimonio como forma de subsistencia o como negocio movido por intereses materiales:

> La familia es el alveolo de la sociedad; pero una de las principales causas del malestar social es la corrupción de la familia, que vuestro sistema transforma en una liga de intereses, en un centro de egoísmo, haciéndole perder bajo tan innoble presión, la pureza, el encanto de que la rodea la naturaleza, y la utilidad que la enaltece ante la religión, la razón y la filosofía […]. Los defensores obligados de la familia la han rebajado hasta hacer de ella un negocio mercantil, cotizable en bolsa. El amor, su base fundamental, no es ya más que un accesorio, del que se puede fácilmente prescindir; lo esencial es la dote, la posición o la fortuna del futuro marido.[33]

Al llevar el argumento hasta el límite, acababa equiparando el matrimonio por interés, que era el matrimonio común en su época, con la prostitución («prostituciones cubiertas por el velo de la legalidad», lo llama[34]), de manera que toda la condena moral que había desplegado contra la prostitución se vuelve ahora contra la clave de bóveda del edificio social de la burguesía:

> El hogar doméstico […], el santuario de la familia, vuestro ideal de perfección social, se convierte en un infierno que engendra todos los vicios, todos los males y abominaciones posibles.[35]

Si las mujeres tuvieran acceso a todas las profesiones y pudieran ganarse la vida dignamente, el matrimonio adquiriría otro significado. Ninguna mujer se «vendería» a un hombre, porque no necesitaría de su dinero para subsistir y desaparecería esa prostitución legal. Solo se casarían con los hombres a los que amaran y por quienes fuesen amadas[36]. Pero mientras no tenga lugar la emancipación de la mujer, se perpetuará el estado de cosas que denuncia, que retrata con tintes apocalípticos:

33 Ibíd., pp. 23-24.
34 Ibíd., p. 24.
35 Ibíd., pp. 24-25.
36 Ibíd., pp. 25-26.

> En las condiciones actuales de la mujer en la sociedad, las familias felices son las menos. La desconfianza de los esposos es recíproca; donde la desconfianza no existe, es porque la indiferencia ha nacido, porque la unión ha muerto. Los hijos son víctimas de los conflictos entre los padres. No se pueden transmitir valores morales en ese ambiente. Las madres, que no han recibido instrucción, no pueden a su vez educar bien a los hijos. Los maridos se entregan al libertinaje y las mujeres se agostan recluidas en el hogar.[37]

Rosa Marina llega aquí al punto culminante de su reivindicación, que no se detiene —como habían hecho otros autores antes que ella— al pedir que se reconozca a las mujeres el talento y el consiguiente derecho a desempeñar todas las profesiones y a ocupar cargos públicos. Va más allá y denuncia la instrumentalización del cuerpo de las mujeres en la circulación de bienes entre las familias, su falta de libertad para elegir pareja, la conversión del matrimonio en un intercambio de favores sexuales por protección económica. Era esta denuncia la que atentaba contra los fundamentos morales del orden establecido y la que acarrearía sobre la autora y sus correligionarias las iras de las instituciones civiles y religiosas.

Romanticismo y feminismo utópico

Es importante subrayar, al dar cuenta de este posicionamiento crítico tan inusual como arriesgado, que no está hecho aparentemente en nombre de principios ideológicos abstractos, como los que pudieran proceder de Charles Fourier o de algún otro pensador. El impulso de rebeldía de Rosa Marina venía de esa nueva forma de entender los sentimientos que proporcionó el romanticismo: de un nuevo estilo emocional[38] en el cual lo único que podía legitimar la unión de la pareja era el amor, entendido al modo romántico como un sentimiento íntimo y apasionado, incompatible con el cálculo de conveniencias[39].

37 Ibíd., p. 26.

38 El concepto de *estilo emocional* procede de Peter N. STEARNS, *American Cool: Constructing a Twentieth-Century Emotional Style*, Nueva York, Nueva York University Press, 1994; similar al de *régimen emocional* de William M. REDDY, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2001, pero más adecuado al caso cuando no estamos hablando de un estilo normativo impuesto desde el poder.

39 Coral HERRERA GÓMEZ, *La construcción sociocultural del amor romántico*, Madrid, Fundamentos, 2010.

De hecho, Rosa Marina no seguía ningún planteamiento filosófico establecido. Denunciaba con cuánta frecuencia los grandes pensadores y activistas que impulsaban ideas de progreso se habían olvidado no ya de esta cuestión de la igualdad de la mujer, que no había formado parte de sus preocupaciones fundamentales, sino de las mujeres mismas, puesto que

> han dirigido casi exclusivamente sus esfuerzos a ilustrar la inteligencia del hombre, a emanciparlo de la opresión, ensanchando la esfera de su acción individual cuanto les ha sido posible; rara vez la mujer ha sido objeto de sus trabajos, ni de sus miras filosóficas o políticas; de aquí que la mitad del género humano, haya casi sin excepción, permanecido ajena al gran movimiento intelectual, filosófico y político de la civilización moderna, y que ni en sus ideas, ni en su suerte haya ejercido notable influencia la acción reformista de nuestro siglo.[40]

La acusación era contundente, contra los que llamaba «estos pretendidos sabios, estos revolucionarios que merecerían mucho mejor el título de retrógrados rutinarios», pues consideraba que al posicionarse contra las legítimas aspiraciones de las mujeres, habían contribuido a convencerlas de que su posición en la sociedad era «inmejorable»; y si esto podía decirse de los pensadores y políticos progresistas, «espíritus fuertes, inteligencias llenas de aspiraciones elevadas», con mucha más razón de los conservadores y reaccionarios que

> tienen horror a toda innovación, y consideran todavía como un peligro para ellas mismas y para la sociedad, la más rudimentaria instrucción concedida a las mujeres.[41]

Según Rosa Marina, la consecuencia de esta marginación de las mujeres por parte de los movimientos revolucionarios era que sus aspiraciones y energías fueran fácilmente manipulables por corrientes fanáticas y reaccionarias, a través de la Iglesia; y aunque no mencionaba al clero católico expresamente, resulta obvio que se estaba refiriendo a ellos y a corrientes políticas como el carlismo y el tradicionalismo cuando decía:

> Los filósofos y legisladores encierran a las mujeres en el hogar, las relegan al costurero y a la cocina; los explotadores del fanatismo las arrancan de

40 Rosa MARINA, *La mujer y…*, 1857, pp. 3-4.

41 Ibíd., p. 4.

> la monotonía material y estrecha de la vida doméstica, abriéndoles con las puertas del templo, la vida pública por una parte, y por otra un porvenir de éxtasis, de emociones, de goces espirituales encarnados en las falsas creencias, monstruosos errores y extrañas consejas que constituyen el inmenso arsenal de la superstición, con que las fanatiza y explota, hasta hacer de ellas su más firme apoyo.[42]

Es más: esta manipulación de las mujeres hasta convertirlas en base social de los movimientos políticos más reaccionarios, afectaba también a los hombres, pues muchos no se atrevían a asumir públicamente el compromiso de luchar por sus ideas por temor a disgustar a sus madres o esposas, o a enfrentarse con ellas por este motivo. Ha sido, por tanto, el desprecio de la cuestión de género por parte de los patrocinadores de ideas progresistas lo que más ha contribuido a frenar el avance de esas mismas ideas[43].

Al lanzar esta acusación contra los pensadores y activistas que podrían considerarse progresistas o revolucionarios no mencionaba ningún nombre, no ya para concretar el objeto de sus críticas, sino tampoco para dejar a salvo alguna excepción, como pudiera ser la de Fourier. Y es que una de las peculiaridades del texto es que, a pesar de que tradicionalmente ha sido considerado como una muestra del utopismo furierista por haber sido publicado por la redacción de *El Pensil* y haber sido prologado por su directora, sin embargo no hay en él evidencias que permitan considerarlo dentro de esa escuela: ni menciona a Fourier, ni a ninguno de sus discípulos, ni utiliza su lenguaje ni sus ideas fundamentales. El marco cultural y emocional que da sentido a *La mujer y la sociedad* no es tanto el del socialismo utópico como el del romanticismo: no una escuela de pensamiento, sino un estilo emocional. Y es de ahí, del formidable impulso que el romanticismo dio a hombres y mujeres para ver, pensar y sentir las cosas de otra manera, de donde surgió la propuesta feminista que encontramos formulada en el libro[44].

42 Ibíd., p. 5.

43 Ibíd., pp. 5-6.

44 La cultura política de origen sería la del *feminismo romántico* al que se refiere Mónica BURGUERA en «Historia e…», 2011, más que la del *socialismo utópico* definido por Friedrich ENGELS, *Del socialismo utópico al socialismo científico: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* (1880), San Sebastián, Equipo Editorial, 1968.

Cuando Rosa Marina recapitula su propuesta, denominándola literalmente la «emancipación de la mujer», traza un programa que poco tiene que ver con el socialismo ni con su rama furierista:

> Yo confío en que nuestro siglo tendrá la honra de llevar a cabo el solemne acto de justicia de la emancipación de la mujer. Esta emancipación consiste por ahora, en el reconocimiento y ejercicio de su derecho a la instrucción, y a optar a toda clase de carreras y posiciones sociales, sujetándose a iguales condiciones que los hombres; y a disfrutar de todas las ventajas, honores, consideraciones y garantías, tanto civiles como políticas, anejas por las leyes a las mismas carreras, empleos o posiciones. Las primeras consecuencias de este acto de justicia y de sensatez, serán, ennoblecer el carácter de la mujer, elevándola a sus propios ojos. Si no destruir completamente, al menos reducir la prostitución a mínimas proporciones. Aumentar la producción, y con ella la riqueza pública. Aumentar considerablemente los matrimonios y con ellos la población, la robustez de las razas y la moral de las costumbres. Dar un gran impulso a todos los ramos del saber humano; porque puesto en competencia con la mujer, el hombre hará los mayores esfuerzos para sobrepujar a sus compañeras de industria o profesión, y la sociedad se elevará a un grado de esplendor y perfección desconocidos hasta ahora.[45]

Esta es la verdadera utopía que hay en *La mujer y la sociedad*: la emancipación de la mujer, de la que espera por sí sola, sin más cambios ni novedades, una transformación radical de la humanidad, realizando un futuro que no duda en llamar perfecto y espléndido. Adelantándose a que, sin duda, los adversarios descalificarían estas propuestas como utópicas, reivindica el valor positivo de la utopía de una forma muy poco habitual en el siglo XIX, cuando tal etiqueta tenía más bien el sentido peyorativo de algo irrealizable e ingenuo:

> Estoy segura que tampoco faltará quien diga, sin querer abordar la cuestión de principios, cuya claridad y ruda lógica les acobarda, que estas ideas, cualquiera que sea su bondad teóricamente consideradas, son una utopía, un sueño irrealizable. Pero afortunadamente vivimos en un tiempo en que esas palabras han perdido toda su fuerza, porque hasta el hombre más atrasado sabe ya de memoria que las utopías y los sueños de ayer son las realidades, los hechos de hoy.[46]

45 Rosa MARINA, *La mujer y…*, 1857, pp. 28-29.

46 Ibíd., pp. 29-30.

La escritora como vanguardia

La utopía de la que Rosa Marina se hace portavoz es la de la emancipación de la mujer. Fue el marco cultural y emocional del romanticismo el que hizo posible que la concibiera. Y en ese terreno confluyó con las furieristas de Cádiz, que venían recorriendo un camino similar. Pero, ¿quién realizará ese futuro utópico, marcado por la emancipación de la mujer? Habrán de ser las mujeres mismas, que para eso tienen talento suficiente. De hecho, Rosa Marina afirma una cierta superioridad de la mujer, que se cifra en los terrenos, tan apreciados en el marco cultural del romanticismo, de la sensibilidad y de la intuición:

> Los hechos y la historia [...] han demostrado que si la mujer no excede al hombre en inteligencia al menos le iguala, y además le sobrepuja en sensibilidad y en imaginación, por lo tanto es preciso convenir en que ella es, cuando menos, tan apta y digna como él de ser libre, para aspirar y llegar a merecer todos los puestos, todos los cargos, todas las posiciones sociales que solo la mala fe y la barbarie le pudieron negar.[47]

Y más adelante:

> La superioridad de las mujeres en las artes es incuestionable. Su gran aptitud para los idiomas, tampoco puede ponerse en duda. Su disposición para las carreras literarias y científicas, es también un hecho probado. ¿Y qué diremos de la política? ¿Qué de sus grandes virtudes sociales, de su valor cívico?[48]

Está aquí presente la tensión que creó el romanticismo en las mujeres, a las que por un lado daba alas mediante la revalorización del sentimiento y de la individualidad, mientras que por otro se las recortaba haciéndoles asumir convencionalismos que negaban el deseo femenino. La escritura de las románticas fue el terreno predilecto en el que se expresaron esas contradicciones[49].

La afirmación del talento femenino, que demostraría su capacidad y derecho para desempeñar las tareas que se están reivindicando, es otro de los grandes temas del libro. Este tema se aborda en una línea que cuenta con precedentes desde Josefa Amar, pues como prueba del talento femenino se alude al ejemplo de todas aquellas mujeres que a lo largo

47 Ibíd., p. 11.

48 Ibíd., p. 13.

49 Susan KIRKPATRICK, *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 1991.

de la historia, y a pesar de las restricciones, han dado muestras de méritos que los propios hombres les han tenido que reconocer. Por ejemplo, las santas y las mártires; también las mujeres que han destacado a lo largo de los siglos en el arte y el saber; se alude al valor demostrado por Juana de Arco, María Pacheco, la mujer de Padilla o Mariana Pineda; y a la fortaleza de las reinas de Inglaterra, Catalina de Rusia, María Teresa de Austria o, en España, Isabel *la Católica*[50].

Cuando, por último, menciona algunos ejemplos ya en el siglo XIX, que le parecen incontrovertibles, son sobre todo mujeres escritoras las que le vienen a la pluma: *Madame* de Stäel, *George Sand*, Carolina Coronado y Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y es que el auge de las mujeres escritoras es especialmente significativo para ella de esta demostración de talento femenino en su tiempo, y a la vez puede ser entendido como un preludio de conquistas similares en otros terrenos de actividad:

> Raro es el número de los periódicos europeos, que consagran sus columnas a la crítica literaria que no anuncie un nuevo libro, debido a la pluma de alguna mujer. La historia, la filosofía, las ciencias naturales, la religión, todos los asuntos más espinosos y que suponen mayor suma de conocimientos en el escritor, son tratados por las escritoras contemporáneas con la misma facilidad que las obras de amena literatura [...]. La mujer, a fuerza de paciencia, de constancia y de genio, ha logrado vencer la estúpida preocupación, que ridiculizaba a las que se consagraban a la literatura. Las simpatías que ya siente hacia ellas la opinión pública es un buen augurio, un precursor que debe hacernos confiar en que no está lejano el día en que se garantizarán su libertad y sus derechos, abriéndole paso franco para todas las profesiones y carreras.[51]

Lo que plantea Rosa Marina es una concepción de la literatura femenina como vanguardia de la emancipación de las mujeres. Algo que encontramos en otras escritoras francesas y británicas de la época o anteriores: lo que, por un lado, reduce la originalidad de su planteamiento, puesto que muchos de los temas de Rosa Marina aparecen también en autoras como Mary Wollstonecraft[52]; pero también la introduce en una corriente europea de pioneras del feminismo, que aparece en Es-

50 Ibíd., pp. 11-15.

51 Ibíd., pp. 12-13.

52 Mary WOLLSTONECRAFT, *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), ed. de Isabel BURDIEL, Madrid, Cátedra, 1996.

paña con Rosa Marina y con otras escritoras como Gertrudis Gómez de Avellaneda o Emilia Pardo Bazán[53].

De hecho, ella misma no existe si no es como escritora: no la encontramos en ningún otro registro documental, sea porque no existió como persona de carne y hueso, o sea porque fue una de tantas mujeres condenadas al ámbito doméstico que no se asomaron al espacio público sino a través del acto de escribir. El caso de Rosa Marina es un ejemplo paradigmático del papel de la escritura en la construcción del *yo,* un papel especialmente relevante en el caso de las mujeres que vivieron en épocas anteriores al proceso de reconocimiento de la igualdad de derechos civiles y políticos en el siglo XX. La persona tal vez no exista ni sabemos si existió: existe el personaje, la autora, la obra escrita.

Por eso no nos extraña que, siendo toda ella escritura, Rosa Marina atribuya a las mujeres escritoras la misión de encabezar el movimiento de emancipación de la mujer, del cual espera el amanecer de una nueva y más feliz humanidad. En un alegato final vibrante, que da a todo el folleto el carácter de manifiesto, llama a las mujeres escritoras a asumir esa responsabilidad histórica:

> Ni la causa que defiendo es nueva, ni carece de distinguidos partidarios, de elocuentes defensores [...]. Continuar tan santa empresa, trabajar por tan noble causa, es una misión digna de todo corazón generoso, de todo espíritu elevado, de toda conciencia pura, y para quienes sobre todo es un sagrado deber tremolar la bandera y marchar en primera línea de la vanguardia de las falanges del progreso, atacando con vigorosa mano las últimas trincheras, tras de que se guarecen la ignorancia, la rutina, la superstición y el fanatismo, que se oponen a su realización, son esas mujeres privilegiadas, poetisas, novelistas y autoras dramáticas, cuyo fecundo numen encontraría en estas ideas inmensos raudales de inspiración, principio de nuevas formas y de originales concepciones. Solo por este camino pueden llegar a la verdadera gloria [...]. A la obra pues, y de hoy más, ennoblecida vuestra pluma por la sublime misión a que la consagréis, la utilidad de vuestras empresas literarias realzará los divinos destellos del genio, y las cultas combinaciones del arte que brillan en vuestras obras.[54]

53 Agradezco a Isabel Burdiel que me llamara la atención sobre estas analogías entre el pensamiento de Rosa Marina y el de otras autoras, tanto españolas como británicas y francesas, con las que puede ser comparada.

54 Ibíd., pp. 30-31.

Vemos la enorme distancia que separa este texto del que dirigiera a las españolas Margarita López Morla en 1841. En poco más de tres lustros, se ha pasado de apelar a las damas aristocráticas de la Corte, a apelar a las mujeres escritoras; de esperar que los grandes cambios sociales se realicen por la benevolencia de la reina a poner en manos de las mujeres su propia emancipación; de limitarse a difundir las doctrinas de pensadores extranjeros (varones), como Fourier o Jan Czynski, a expresar sentimientos propios de la autora en forma de un discurso original de empoderamiento y de autoafirmación. El discurso que cifra en la escritura femenina el primer paso para la emancipación de las mujeres.

La identidad en contexto

Tras analizar la obra de Rosa Marina, llegamos a la conclusión de que lo más probable es que no se tratara de un seudónimo literario de ninguna de las dos escritoras más conocidas del furierismo gaditano, ni Pérez de Celis ni Zapata, pues su estilo presenta diferencias notables, y hay en su léxico elementos característicos suficientes para descartar que sean de la misma mano. Pero la hipótesis del seudónimo tiene sentido, desde el momento en que no se conoce ningún otro dato biográfico de esta Rosa Marina, pues no volvió a firmar texto alguno ni figura su nombre en ningún documento de otro tipo que haya llegado hasta nosotros. Puede mantenerse, por tanto, la posibilidad de que fuera un seudónimo, aunque a día de hoy no conozcamos quién se ocultaba realmente detrás del mismo[55].

El libro fue publicado en 1857, en un momento en que, fracasada la experiencia de gobierno progresista de 1854-56, avanzaba sin freno la reconquista conservadora de la sociedad, limitando la alternancia política a las dos opciones de orden que representaban el viejo partido moderado —un conglomerado de intereses económicos, políticos y militares vinculado a la corte de Isabel II y a la familia real— y la Unión Liberal de O'Donnell, de la que nacería el futuro partido conservador de la Restauración.

55 A la espera de que María Dolores Ramírez Almazán avance algo más en la identificación de Rosa Marina en su anunciada edición crítica de *La mujer y la sociedad* (M. Dolores RAMÍREZ ALMAZÁN, «Rosa Marina, *La mujer y la sociedad*», en *Donne, Società e Progresso*, Roma, Aracne Editrice, 2009).

En aquel marco, con la Iglesia católica dueña del espacio público en aplicación del Concordato de 1851, eran evidentes los riesgos que corría una mujer al expresar ideas como las mencionadas. Como poco, se exponía a la censura de la buena sociedad, es decir, del entorno social inmediato del que sin duda procedía quien era capaz de expresarse con la corrección y la brillantez que muestra la misteriosa Rosa Marina; eso como poco, porque no sería extraño que, de firmar con su verdadero nombre, hubiera podido también atraer sobre sí las iras de la policía y los tribunales.

Este temor no era infundado. En 1859, el obispo de Cádiz pidió al gobernador civil de la provincia que prohibiera la publicación de *El Pensil de Iberia* por difundir doctrinas incompatibles con la religión católica, basándose en un informe de los examinadores sinodales de la diócesis que aseguraban haber encontrado en todos los números del periódico «errores contrarios a la Fe y a la Moral cristiana». Tras un análisis pormenorizado de esos errores, los censores eclesiásticos concluían que «la tendencia general de todos los artículos [...] es proclamar la emancipación y regeneración de la humanidad por los principios socialistas».

Y el obispo aumentaba el escándalo asegurando que «semejantes escritos llevan en sí los principios disolventes de la autoridad, del orden, de la justicia, de la disciplina doméstica y de cuantos elementos son necesarios para el buen régimen y organización de la sociedad». Por lo tanto, el obispo pedía que se prohibiera la publicación so pretexto de que teniendo concedida licencia para tratar temas políticos y literarios, el periódico se entrometía en cuestiones religiosas; y que en cuanto tocara a tales materias —que potencialmente era cualquier asunto con implicaciones morales o sociales— nada podía publicarse sin permiso de la «Autoridad Eclesiástica», según la legislación de imprenta vigente[56]. Recordemos que por entonces los asuntos de prensa e imprenta se regían por la llamada Ley Nocedal de 1857, que endurecía hasta el extremo la normativa ya de por sí restrictiva conocida en anteriores periodos de gobierno moderado, estableciendo una rigurosa censura y un control mixto, gubernamental y eclesiástico,que hacía irreal la libertad de imprenta que proclamaba la Constitución[57].

56 ELORZA, *El Fourierismo...*, 1975, pp. CXIV-CXV, citando la carta del obispo al gobernador civil de Cádiz de 09/06/1859, en el expediente de *El Pensil de Iberia,* Archivo de la Diputación de Cádiz, Censuras de Periódicos (actualmente en el Archivo Histórico Provincial).

57 María Cruz SEOANE, *Historia del periodismo en España: 2. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, pp. 242-243.

El quinto y último de los periódicos de las furieristas gaditanas, titulado *La Buena Nueva*, fue también denunciado, en este caso por el Negociado de Imprenta del Gobierno Civil gaditano, que hizo que se le retirara la licencia de publicación en 1866. El expediente mencionaba varias causas formales para prohibir que se siguiera editando. Pero entre las principales destacaba el haber tratado temas políticos, el haber hablado elogiosamente del «sistema societario» (es decir, de las ideas de Fourier) y las conexiones con el espiritismo, que efectivamente habían existido en aquella fase final; pero también la irreligiosidad y las «barbaridades» que —según la denuncia— decían estas mujeres sobre el amor. Por todo lo cual, no contento con obtener del promotor fiscal la retirada de la licencia para seguir publicando periódicos, el Gobierno Civil ponía también el caso en conocimiento del obispo para que tomara sus propias medidas[58].

Aunque esta prohibición sobrevino cuando ya había dejado de editarse el periódico por problemas económicos, afectaba a una posible recuperación o continuación, y lo cierto es que ya no volvió a haber más empresas periodísticas de aquel grupo[59]. Sus principales promotoras, Pérez de Celis y Zapata, a pesar de proceder de buenas familias, se habían visto condenadas a una vida muy modesta, compartiendo piso y ganándose la vida como costureras o bordadoras mientras dedicaban sus escasos recursos a sostener la propaganda furierista. Solteras ambas, y privadas por tanto de la protección económica y social de un hombre que denunciaba Rosa Marina como imprescindible en aquella sociedad patriarcal, estaban indefensas frente a los ataques y presiones de todo tipo. Ambas eran escritoras, pero sus carreras literarias no generaban ingresos ni fama suficiente como para quedar a salvo de los problemas cotidianos. Las ayudas caritativas de personas que simpatizaban con ellas o con su causa, les debían suponer una humillación difícil de sobrellevar; como cuando María Josefa empezó a perder la vista, y tuvo que recurrir a una suscripción popular para pagarse la operación de cataratas[60].

58 ELORZA, *El Fourierismo*…, 1975, pp. CXXX-CXXXI, cita al respecto el informe del Gobierno Civil de 25/04/1866 y el informe del promotor fiscal de 29/04 siguiente, conservados en el expediente de *La Buena Nueva,* Archivo de la Diputación de Cádiz, Censuras de Periódicos (actualmente en el Archivo Histórico Provincial).

59 Ibíd., p. CXXX.

60 La suscripción apareció en el periódico *La Violeta* de Madrid en 1863; y tuvo éxito, porque finalmente María Josefa Zapata fue operada en Cádiz (M. Gloria ESPIGADO TOCINO, «La Buena Nueva…», 2008, pp. 20-21).

Lo que se temía no eran solo las persecuciones de las autoridades y la presión que la Iglesia podía ejercer en todos los ámbitos, sino también la descalificación personal que, de forma más sibilina, podían descargar los guardianes del orden tradicional contra las mujeres que desafiaban abiertamente el orden patriarcal y se reivindicaban iguales. Rosa Marina parecía recordar alguna experiencia anterior en ese sentido cuando declaraba anticipadamente en el folleto: «no me daré por ofendida del ridículo, ni de las sátiras burlescas que se lancen contra mis ideas», adelantando que respondería con el silencio a esas formas habituales de menosprecio, entrando en diálogo solamente con quienes aceptaran debatir de buena fe sobre razones y argumentos[61]. Porque ser aceptadas como contrincantes dignas de contestación en el debate de las ideas era lo que pedían estas mujeres, y Rosa Marina en nombre de ellas; y la burla o el desprecio fueron las respuestas más comunes durante largos años.

El carácter apócrifo de la escritura que aquí encontramos, por lo tanto, bien podía tener una función de protección política y social de la autora en un contexto represivo en el que la reivindicación feminista tenía que realizarse desde un estatus de semiclandestinidad; tanto más si venía avalada por portavoces de reivindicaciones más amplias y radicales, como eran las del socialismo utópico (en este caso, furierista). Porque, aunque el pensamiento de Rosa Marina no era en sí mismo furierista, su forma de reclamar la igualdad de género y de denunciar los patrones familiares establecidos en nombre de la pasión amorosa fue muy del gusto de las furieristas gaditanas, que le dieron cobertura, acogieron los artículos de la autora en su periódico y, finalmente, publicaron el libro *La mujer y la sociedad*, con un prólogo de Margarita Pérez de Celis.

El prólogo dejaba claro que la autora no pertenecía al grupo furierista militante, pues la directora de *El Pensil* decía literalmente que «la señorita Rosa Marina» era una de las personas «a quienes no teníamos el honor de conocer», que habían enviado colaboraciones espontáneamente al periódico[62]. Pero no ocultaba la fascinación por la prosa ardiente de Rosa Marina y por la forma en que, a su parecer, sintonizaba con las ideas del grupo:

61 Rosa MARINA, *La mujer y…*, 1857, p. 2.

62 Ibíd., prólogo de Margarita PÉREZ DE CELIS, p. III.

> Nos congratula que nuestras ideas hayan encontrado acogida, aunque no sea más que en un solo corazón, capaz de comprender el nuestro, en un alma de fuego inspirada por el motor sublime de todo lo creado [...]. Teniendo por intérprete fiel de sus sentimientos una inteligencia que aventaja extraordinariamente a la nuestra en actividad y en osadía. En Rosa Marina encontramos todas estas envidiables dotes [...]; dotes de que por desgracia carece la mayoría de nuestro desventurado sexo; consecuencia lamentable y forzosa de la descuidada educación que generalmente recibe. En efecto, ¿qué grandeza de alma, qué abnegación, qué virtudes, qué generosidad no son necesarias en esta fanática y corrompida sociedad, para que una mujer se atreva a levantar su débil voz en pro de su desgraciado sexo, sobreponiéndose a todas las preocupaciones, hasta rasgar el ignominioso y tupido velo de la ignorancia y sacudir el sucio polvo de la superstición que ofuscará la vista más perspicaz?[63]

En definitiva, Rosa Marina era presentada como la quintaesencia de todo aquello que la mujer corriente de su época no era: un modelo del tipo de mujer que aquellas furieristas perseguían. Este personaje, real o imaginario, era un precipitado de las virtudes ideales de la mujer moderna: inteligente, culta, luchadora, honesta, valerosa, independiente… Con la idealización que suponía Rosa Marina en tanto que utopía feminista, las mujeres que lideraban el furierismo español encontraban sin duda consuelo compensatorio para los sinsabores que les acarreaba su marginalidad política, su aislamiento social y la cruda miseria cotidiana. Rosa, ella sola, aportaba una imagen de mujer que las resarcía de la frustración diaria tanto de los principios feministas como socialistas.

El prólogo parece escrito por mano distinta que el ensayo, contribuyendo a descartar la suposición de que *Rosa Marina* sea un seudónimo que encubra a la propia prologuista. Aquí se usan otros conceptos, otro lenguaje; y el hecho mismo de añadir un prólogo tan largo, además firmado, indica que se creían necesarios añadidos y precisiones para dar valor al texto principal y reinterpretarlo en términos más propios del pensamiento furierista.

Por ejemplo, la prologuista empleaba el concepto de amor libre, habitual en los escritos furieristas, pero muy alejado del lenguaje de Rosa Marina:

> Amor libre, desinteresado, indispensable para establecer el equilibrio sexual tan necesario al cumplimiento de la civilización; único y poderoso medio

63 Ibíd., pp. IV-V.

de estrechar los lazos sociales que unan entre sí a los hoy desilusionados, diseminados o contrapuestos miembros de la gran familia humana.[64]

Por otra parte, Pérez de Celis habla en una primera persona del plural, un *nosotros* que revela su militancia socialista, su identidad como miembro de un grupo con ideas muy definidas, a diferencia del *yo* singular de Rosa Marina.

La fuerza del seudónimo

Incluso aceptando la función utilitaria del seudónimo, como protección frente a la represión, el uso de un nombre como *Rosa Marina* revela una manera de concebir el sujeto de la escritura y de la rebeldía. De entrada, por renunciar a publicar la obra anónimamente, como con frecuencia se veían obligadas a hacer las mujeres escritoras del siglo XIX[65].

En segundo lugar, por elegir un nombre singular. No es seguro que la obra sea de una sola mano, pues el seudónimo bien pudiera encubrir, como a veces se ha sugerido, una autoría compartida de dos o más autores o autoras. Rosa Marina podría ser la identidad imaginaria de un colectivo, tal vez el mismo colectivo que sostenía las empresas periodísticas de *El Pensil* desde la redacción de la calle San Rafael, desde la Imprenta de la Paz o desde el taller de fotografía de Bartorelo. Pero se eligió un seudónimo singular, y esto resalta la importancia que en aquel primer socialismo se daba al individuo como protagonista de su emancipación. Lejos de subsumir al individuo en el anonimato corporativo del movimiento o del partido, como harían socialismos burocratizados posteriores, aquí había un amor demasiado fuerte a la libertad y a la especificidad de los individuos como para anularlos socializando la autoría de sus ideas.

Y además —y sería el tercer rasgo relevante de la invención de Rosa Marina, si es que invención fue—, por elegir un seudónimo femenino, extremadamente femenino, como *Rosa Marina*. Lo cierto es que no podemos estar seguros de que *La mujer y la sociedad* fuera realmente escrito por una mujer, pues en el entorno de este grupo también se movía un

64 Ibíd., p. VIII.

65 Carmen DE LA GUARDIA HERRERO, «La violencia del nombre. Mujeres, seudónimos y silencios», en Pilar PÉREZ CANTÓ (ed.), *El origen histórico de la violencia contra las mujeres*, Madrid, Dilema, 2009, pp. 201-239.

relevante conjunto de hombres, furieristas convencidos o simpatizantes más ambiguos de las ideas socialistas, como Sixto Cámara, Francisco Pi y Margall, Roque Barcia, Roberto Robert, Narciso Monturiol, Joan Mañé y Flaquer, Antonio Quiles, Federico Ferredón, Hermengaudio Cuenca, José Joaquín de Mora, Antonio M. de Flores… Pero sobre todo había dos hombres implicados a fondo en los trabajos de las furieristas gaditanas: uno de ellos era el dirigente demócrata y médico gaditano José Bartorelo; y otro, Fernando Garrido, durante el periodo en que residió transitoriamente en Cádiz, en 1858-59, mientras preparaba una sublevación demócrata que debía estallar simultáneamente en Barcelona, Cádiz y Badajoz, conspiración que fue descubierta y que le costó la vida a Sixto Cámara, y a Garrido la detención y la cárcel. Se ha llegado a decir que durante aquel tiempo que estuvo en Cádiz, Fernando Garrido desempeñó la dirección efectiva de *El Pensil de Iberia,* en reconocimiento a su liderazgo de nivel nacional sobre la rama socialista de los demócratas españoles[66].

El autor efectivo de *La mujer y la sociedad*, pues, pudiera ser un hombre o una mujer —poco importa—; pero al elegir un nombre de mujer se resaltaba el derecho de las mujeres a escribir, a sostener ideas propias, a desafiar en la esfera pública el poder hegemónico y excluyente de los varones. Darle a la autora de aquel manifiesto nombre de mujer —un nombre tan femenino y romántico— era en sí mismo un acto de vindicación, pues en la época era frecuente lo contrario: que por miedo al ridículo, a la incomprensión o a las habladurías, las mujeres tuvieran que esconder su condición femenina al publicar sus escritos, especialmente cuando tocaban temas políticos o sociales considerados «inadecuados» para ellas.

Muchas mujeres del XIX se vieron obligadas a publicar sus textos no ya anónimamente, sino a nombre de algún varón respetable, generalmente su padre, hijo, compañero o esposo. Tal fue el caso de Concepción Arenal (1820-1893), la célebre autora de otro manifiesto feminista de 1869[67], que, sin embargo, publicó varios de sus artículos en el periódico progresista *La Iberia* con el nombre de su marido, Fernando García Carrasco, o el de su hijo, Fernando García Arenal.

66 Nicolás DÍAZ Y PÉREZ, «Sixto Saenz de la Cámara», en *La Revista Blanca*, 1 de noviembre de 1901, IX, p. 81, citado por ELORZA, *El Fourierismo…*, 1975, pp. CXV-CXVI.

67 Concepción ARENAL, *La mujer del…*, 1869.

Otras se sintieron obligadas a publicar con seudónimos masculinos para hacerse aceptar o para eludir la vigilancia social: desde *George Sand*, admirada por las románticas españolas y citada expresamente como autoridad por Rosa Marina[68], hasta, en España, *Fernán Caballero* (Cecilia Böhl de Faber, 1796-1877), *Remigio Andrés Belafón* (Rosario de Acuña, 1850-1923) o Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), que empleó ocasionalmente el nombre de *Felipe Escalada*.

Otras mujeres optaron por publicar solo con iniciales o con un seudónimo neutro, de manera que, si bien no se granjeaban la respetabilidad que de entrada pudiera darles un nombre de varón, al menos creaban una ambigüedad de la que esperaban obtener el beneficio de la duda sobre su género. Por último, hubo mujeres escritoras que se atrevieron a publicar con su propio nombre, pero añadiendo su apellido de casadas a la usanza española, precedido de la ominosa partícula *de,* con todas sus connotaciones posesivas: era una forma de aparecer en público garantizando que se tenía el visto bueno de un hombre que daba credibilidad a lo escrito por *su* mujer.

La opción de Rosa Marina estaba más cerca del precedente que había creado Margarita López Morla, al firmar algunos de sus escritos como *Una Xerezana,* seudónimo femenino y singular que protegía la identidad concreta de aquella primera autora furierista española, pero que aludía a una identidad colectiva y local[69].

La apuesta del grupo furierista gaditano por salir a la escena pública por sí mismas se reforzaba con la elección de una mujer como prologuista, en este caso una mujer bien conocida, con nombre y apellidos, la directora del periódico, Margarita Pérez de Celis; en lugar de recurrir al subterfugio convencional de pedir a un hombre el prólogo de la obra, para dar a esta la respetabilidad que solo la benevolencia de los grandes escritores varones podía conceder según las ideas dominantes. Entre las escritoras españolas del XIX fue frecuente recurrir al prólogo de algún sacerdote que autorizara el contenido de lo escrito; o si no, algún otro hombre cuya autoridad fuera suficientemente reconocida en los círculos

68 Rosa MARINA, *La mujer y…*, 1857, p. 12.

69 María del Carmen SIMÓN PALMER, *Escritoras españolas del siglo XIX: manual bio-bibliográfico*, Madrid, Castalia, 1991; Carmen DE LA GUARDIA HERRERO, «La violencia del…», 2009, pp. 214-218.

a los que la autora quisiera dirigirse, como hizo con frecuencia Emilio Castelar[70].

Poner la voz de las mujeres en limpio, publicando con nombre de mujer y sin aditamento alguno, no era un proceder evidente, y en este caso encerraba sin duda un gesto de coherencia, puesto que era el talento de las mujeres y su derecho a escribir y a intervenir libremente en la vida pública lo que se estaba afirmando con palabras y con hechos. Las mujeres, según estos planteamientos feministas pioneros, debían protagonizar la lucha por su propia emancipación, hablar y actuar por sí mismas, sin depender de la tutela de los varones.

En este camino, que debía afirmar la identidad colectiva e individual de las mujeres, su presencia en todos los ámbitos de la sociedad y su emancipación de la tutela masculina, la escritura era el recurso primero y fundamental; y el romanticismo creó el régimen emocional en el que resultaba factible afirmar la identidad femenina y franquear las barreras que tradicionalmente se habían opuesto a la igualdad de las mujeres. El feminismo, como el furierismo, encontró un terreno favorable en este entorno cultural definido por la sensibilidad romántica, en el cual confluyeron. Y lo aprovecharon construyendo personalidades aptas para impulsar sus luchas respectivas, como la de Rosa Marina. Al lado de la importancia de su protagonismo en ese proceso histórico, poco importa si detrás del nombre había un cuerpo o no lo había, y si este era de sexo masculino o femenino.

70 Íñigo SÁNCHEZ LLAMA, *Galería de escritoras isabelinas: la prensa periódica entre 1833 y 1895*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 2000, p. 244; Noël VALIS, «The Language of Treasure: Carolina Coronado, Casta Esteban and Marina Romero», en Noël VALIS y Carol MAIER (eds.), *In the Feminine Mode. Essays on Hispanic Women Writers*, Lewisburg (Pennsylvania)-Londres, Bucknell University Press, 1990, pp. 246-272; María del Carmen SIMÓN PALMER, *Escritoras españolas*…, 1991; Carmen DE LA GUARDIA HERRERO, «La violencia del…», 2009, pp. 214-215.

Bibliografía

AGUADO HIGÓN, Ana María. «Construcción de la ciudadanía, género y culturas políticas», en *De la democracia ateniense a la democracia paritaria*, Madrid, Icaria, 2009, pp. 147-164.

AMAR Y BORBÓN, Josefa, *Discurso en defensa del talento de las mujeres y de su aptitud para el gobierno, y otros cargos en que se emplean los hombres*, Barcelona, Linkgua, 2007.

ARENAL, Concepción. *La mujer del porvenir*, Sevilla-Madrid, Eduardo Perié-Félix Perié, 1869.

ARFUCH, Leonor, *Memoria y autobiografía. Exploración en los límites*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.

BEECHER, Jonathan, *Charles Fourier: The Visionary and His World*, Berkeley, University of California Press, 1990.

BRIX, Michel, *L'héritage de Fourier. Utopie amoureuse et libération sexuelle*, Jaignes, La Chasses au Snark, 2001.

BURGUERA, Mónica, «Historia e identidad: Los lenguajes sociales del feminismo romántico en España (1844-1846)», en *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 18, nº 1 (2011), pp. 53-83.

CABRAL CHAMORRO, Antonio, *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismo gaditano, 1834-1848*, Cádiz, Diputación Provincial de Cádiz, 1990.

CZINSKI, Jean, *Porvenir de las mujeres*, Cádiz, Vda. de Comes, 1841.

DE LA GUARDIA HERRERO, Carmen, «La violencia del nombre. Mujeres, seudónimos y silencios», en Pilar PÉREZ CANTÓ (ed.), *El origen histórico de la violencia contra las mujeres*, Madrid, Dilema, 2009, pp. 201-239.

DÍAZ Y PÉREZ, Nicolás, «Sixto Sáenz de la Cámara», en *La Revista Blanca*, 1 de noviembre de 1901, IX, p. 81.

ELORZA, Antonio, *El Fourierismo en España*, Madrid, Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975.

ENGELS, Friedrich, *Del socialismo utópico al socialismo científico: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, San Sebastián, Equipo Editorial, 1968.

ESPIGADO TOCINO, M. Gloria, «La Buena Nueva de la Mujer-Profeta: Identidad y cultura política en las fourieristas Mª Josefa Zapata y Margarita Pérez de Celis», en *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, nº 7 (2008), pp. 15-33.

—, «La mujer en la utopía de Charles Fourier», en María Dolores Ramos y María Teresa Vera (comps.), *La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Anthropos, 2002, pp. 321-372.

Fourier, Charles, *Le nouveau monde amoureux* (ed. de Simone Debout-Oleszkiewicz), París, Anthropos, 1967.

—, *Traité de l'association domestique agricole*, 2 vols, París, Bossange père, 1822.

Herrera Gómez, Coral, *La construcción sociocultural del amor romántico*, col Ciencia, serie Género, 323, Madrid, Fundamentos, 2010.

Jenkins, Keith, *Repensar la historia*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

Jiménez Morell, Inmaculada, *La prensa femenina en España: desde sus orígenes a 1868*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1992.

Kirkpatrick, Susan, *Las románticas: escritoras y subjetividad en España, 1835-1850*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 1991.

Lehouck, Émile, *Fourier o la armonía y el caos*, Barcelona, Labor, 1973.

Marina, Rosa, *La mujer y la sociedad*, Cádiz, Imp. de La Paz, 1857.

Ramírez Almazán, María Dolores, «Rosa Marina, *La mujer y la sociedad*», en *Donne, Società e Progresso*, Roma, Aracne Editrice, 2009, pp. 10-40.

Reddy, William M., *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

Sánchez Llama, Íñigo, *Galería de escritoras isabelinas: la prensa periódica entre 1833 y 1895*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 2000.

Sánchez Villanueva, Juan Luis, «Una tertuliana. Una fourerista: Margarita López de Morla», en M. Gloria Espigado Tocino y María José de la Pascua Sánchez (comps.), *Frasquita Larrea y Aherán: europeas y españolas entre la Ilustración y el romanticismo*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2003, pp. 157-180.

Seoane, María Cruz, *Historia del periodismo en España: 2. El siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

Simón Palmer, María del Carmen. *Escritoras españolas del siglo XIX: manual bio-bibliográfico*, Madrid, Castalia, 1991.

Stearns, Peter N., *American Cool: Constructing a Twentieth-Century Emotional Style*, Nueva York, Nueva York University Press, 1994.

Termes, Josep, *Anarquismo y sindicalismo en España: la Primera Internacional, 1864-1881*, Barcelona, Crítica, 2000.

VALIS, Noël. «The Language of Treasure: Carolina Coronado, Casta Esteban and Marina Romero», en Noël VALIS y Carol MAIER (eds.), *In the Feminine Mode. Essays on Hispanic Women Writers*, Lewisburg (Pennsylvania)-Londres, Bucknell University Press, 1990, pp. 246-272.

WOLLSTONECRAFT, Mary, *Vindicación de los derechos de la mujer* (ed. de Isabel Burdiel), Madrid, Cátedra, 1996.

La vida sexual de los patriotas italianos[1]

Lucy Riall
European University Institute. Florencia

Familia y nación

La familia es una imagen poderosa que permite asimilar la nación a una comunidad orgánica, unida por lazos de sangre, historia y sentimientos. Hace ya tiempo que se reconoce su particular importancia para la identidad nacional italiana. El *Risorgimento* trazó un paralelismo entre familia y nación en el que los roles de padre, madre, hermano y hermana se utilizaron para evocar la variedad de relaciones y modelos de conducta presentes en el espectro político[2]. Por una parte, la metáfora de la familia como forma de pertenencia colectiva fue clave en las representaciones de la monarquía italiana y desempeñó una función crucial en el renovado vigor del catolicismo a lo largo del siglo XIX; por otra parte, los revolucionarios italianos confiaron en el recurso a la familia para promover su llamada a las armas. Y si, para esto último, el punto de referencia más obvio era el legado político e iconográfico de la Revolución Francesa, en la práctica, derecha e izquierda mezclaron una visión nueva, democrática, de las relaciones de parentesco con un sentido tradicional de la jerarquía familiar. Tanto los patriotas como sus oponentes crearon una imagen de la nación italiana que incorporaba la autoridad paterna y la compasión materna. También recurrieron a los vínculos fraternales y subrayaron la necesidad de lealtad, solidaridad y paridad entre hombres y, hasta cierto punto, también entre hombres y mujeres[3].

1 Quiero agradecer a Valeria Babini, Chiara Beccalossi, Sean Brady y Laura Lee Downs sus valiosos comentarios a las primeras versiones de este artículo.

2 Véase en particular I. PORCIANI, «Famiglia e nazione nel lungo Ottocento», en I. PORCIANI (ed.), *Famiglia e nazione nel lungo Ottocento,* Roma, Viella, 2006, pp. 15-53. Véase también M. BONSANTI, «Amore familiale, amore romantico e amor di patria», en A. BANTI y P. GINSBORG (eds.), *Storia d'Italia, annali 22: Il Risorgimento,* Turín, Einaudi, 2007; y A. BANTI, *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore dell'Italia unita,* Turín, Einaudi, 2000, especialmente pp. 66-77.

3 Exploro alguna de estas cuestiones en L. RIALL, «Martyr cults in nineteenth-century Italy», en *Journal of Modern History,* 82, 2 (2010), especialmente pp. 277-287.

Recientes investigaciones han revelado que el siglo XIX estuvo marcado por la familia. En palabras de Leonore Davidoff, un rasgo sobresaliente del período son las «estructuras de intercambio extensas, fiables y bien articuladas entre familias vinculadas a lo largo de muchas generaciones». En el siglo del individualismo, del Estado liberal, de la economía moderna y las clases sociales, parece que los lazos familiares, lejos de debilitarse, se reforzaron por esos mismos procesos[4]. En el *Risorgimento*, la importancia otorgada a la consanguinidad fue de la mano de las exigencias de cambio político y económico por parte de liberales y republicanos. Así, podemos hablar de una simbiosis entre la vida privada y las aspiraciones públicas como de algo en cierta manera típico del *Risorgimento*, y de la flexibilidad en la división entre lo público y lo privado, porque la familia se involucraba en la actividad política de los hijos o los hermanos.

«La familia es la patria del corazón», escribe el nacionalista italiano Giuseppe Mazzini en *Los deberes del hombre* (1844): «Familia y patria son dos extremos de la misma línea». Y en el núcleo de la familia de Mazzini se encuentra una mujer, el «ángel» del hogar: «Madre, esposa o hermana, la mujer es la caricia de la vida, la dulzura balsámica del afecto extendido sobre sus fatigas, un reflejo para cada individuo de la amorosa providencia que vela por la humanidad». Mazzini pensaba que las mujeres tenían una función especial como educadoras. La madre, en particular, era «la iniciadora del futuro», cuya tarea era enseñar a sus hijos los valores morales de la virtud y el deber; también era la madre la que hacía de la familia el cimiento de la pertenencia nacional. Era, por lo tanto, un pilar de la república, que para Mazzini era la única forma legítima de gobierno nacional[5].

La importancia política que Mazzini da a las mujeres refleja y moldea su vida personal. Su madre, Maria Drago, fue el centro de su universo. Durante su exilio en Londres, que comenzó en 1837, y hasta el fallecimiento de Maria en 1857, su madre lo mantuvo económicamente; las cartas que se enviaban casi semanalmente contienen profusas expre-

4 L. DAVIDOFF, *Thicker than water. Siblings and their relations, 1780-1920,* Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 21. Véase también G. CALVI y C. BLUTRACH, «Sibling relations in family history: conflicts, co-operation and gender roles in the sixteenth to nineteenth centuries. An introduction», en *European Review of History-Revue Européene d'Histoire,* 17, 5, (2010), pp. 695-704.

5 J. MAZZINI, *The Duties of Man and other essays,* Londres, Dent, 1955, pp. 60-62.

siones de amor además de análisis detallados de las actividades e ideas políticas del hijo. Como madre, ella pretendía un conocimiento especial e íntimo de su hijo, una perfecta comunión de sentimientos; exigía de él una franqueza absoluta en todos los aspectos de su vida. A cambio, trataba a Mazzini como el elegido de Dios (le decía que era «benedetto e prediletto di Dio») y, mientras vivió, estuvo «completamente consumida por el mundo de su hijo»[6].

Tan importante era el papel de las mujeres en el concepto que Mazzini tenía de la política que durante las décadas de 1840 y 1850 formó en Londres una familia sustituta de simpatizantes ingleses (miembros, a su vez, de unas cuantas estirpes liberales destacadas) y se ocupó especialmente de forjar vínculos emocionales intensos con varias inglesas. Como dice Ros Pesman, «el movimiento político de Mazzini era una familia». Pedía confianza total a sus amigas y se integraba en sus redes sociales; también las animaba a establecer relaciones con su madre Maria y a comportarse con ella como si fuesen hijas suyas[7]. Para Mazzini, la familia era más que un mero símbolo de la nación o un antídoto privado para los sinsabores de la vida pública, constituía la base práctica de una red política extensa que se fundamentaba en la dependencia, la amistad y el amor.

La experiencia de Mazzini no fue única, muchos patriotas del *Risorgimento* italiano compartían este sentido de la importancia de la familia. Varias generaciones de activistas, hombres como Agostino y Giovanni Ruffini, Aurelio Saffi, Alfredo y Emilio Savio, Emilio Morosini y los hermanos Cairoli, por ejemplo, fueron mantenidos por sus familias en sus años de exilio y en otras dificultades, y el papel de las madres fue nuevamente destacable. En sus correspondencias, como sucedía en la de Mazzini y su madre, el debate crítico sobre cuestiones políticas se mezcla con demostraciones de amor, ternura y preocupación. Estas mujeres se convirtieron, a su vez, en parte activa de su culto político. Después de que tres de sus cuatro hijos murieran por la causa nacionalista,

6 M. D'AMELIA, «Between two eras: challenges facing women in the Risorgimento», en S. PATRIARCA y L. RIALL (eds.), *The Risorgimento revisited. Nationalism and culture in nineteenth-century Italy,* Londres, Palgrave Macmillan, 2012, p. 118. Véase también R. PESMAN, «Mazzini and/in love», ibídem, especialmente pp. 97-99; y R. SARTI, *Mazzini. A Life for the Religion of Politics,* Wesport (Connecticut), ABC-CLIO, 1997, pp. 17-18.

7 R. PESMAN, «Mazzini and/in…», 2012, pp. 97, 100 y 102.

Adelaide Cairoli se transformó en un ejemplo prominente del sacrificio y del orgullo maternos[8].

Esta fuerte presencia de la familia en la política nacionalista italiana reflejaba y reforzaba un modelo de matrimonio que enfatizaba el amor, el deber y la fidelidad. Como parte de una tradición republicana más amplia, la domesticidad desempeñó una función política en tanto que vínculo entre el nacionalismo, por un lado, y la moralidad, por el otro. También marcó un giro en la vida privada: de la moral «libertina» del antiguo régimen se pasó a una visión más severa y burguesa de la vida conyugal[9]. Dicho cambio suele ir acompañado de una rígida separación de las esferas pública y privada y, en lo político, de una creciente exaltación de virtudes masculinas como la fuerza, la disciplina y el estoicismo[10].

Sin embargo, la particular consideración que dan a la familia los patriotas italianos coloca a las mujeres y a las cualidades tradicionalmente femeninas, como la amabilidad y la compasión, en una posición relevante dentro de esta nueva jerarquía nacionalista. Como ha sugerido Marjan Schwegman, quizá la importancia del amor en el establecimiento de relaciones políticas (entre hombres y mujeres, y también entre hombres) ayudó a crear nuevas formas de conducta política. Para los patriotas italianos y sus partidarios, la política se convirtió en un proceso de colaboración en el cual hombres y mujeres eran tratados como hermanos y los roles de género podían ser relativamente flexibles[11].

8 M. D'AMELIA, «Between two...», 2012, pp. 115-133. Véase también M. D'AMELIA, *La Mamma,* Bolonia, Il Mulino, 2005, pp. 51-90; E. SODINI, «Il buon nome della famiglia e l'amore per la patria. Felicita Bevilacqua e la lotteria patriotica», en PORCIANI (ed.), *Famiglia...*, 2006, pp. 107-129; y M. BONSANTI, *Public life and private relations in the Risorgimento (1848-60),* tesis doctoral inédita, University of London, 2008, pp. 62-104.

9 Véanse los importantes comentarios sobre esto en R. BIZZOCCHI, *Cicisbei. Morale privata e identità nazionale in Italia,* Roma-Bari, Laterza, 2008, especialmente pp. 293-299.

10 Véase G. MOSSE, *The image of man. The creation of modern masculinity,* Oxford, Oxford University Press, 1996; y K. HAGEMANN, «A valorous *volk* family: the nation, the military, and the gender order in Prussia in the time of the anti-Napoleonic wars, 1806-1815», en I. BLOOM, K. HAGEMANN y C. HALL (eds.), *Gendered nations. Nationalisms and gender order in the long nineteenth century,* Oxford, Bloomsbury Academic, 2000.

11 M. SCHWEGMAN, «In love with Garibaldi. Romancing the Risorgimento», en *European Review of History. Revue Européene d'Histoire*, 12, 2 (2005), especialmente pp. 365-366 y 373-374.

Regresamos junto a Mazzini en Londres, donde se distinguía de otros exiliados europeos por su especial relación con las mujeres y por su manera de cultivar su lado femenino. En las cartas a sus amigas inglesas, Mazzini adoptaba un tono afectuoso típico de la correspondencia femenina de la época: ofrecía consuelo, confidencias, buscaba expresiones de intimidad, intercambio y cariño[12]. Llevaba una indumentaria oscura y sombría que le daba un aire de mártir (era un hombre de luto por su país), pero también destacaba por su estilo andrógino. De la misma manera, desarrolló (o siempre tuvo) unos modales suaves y una voz dulce. En opinión de su amigo Thomas Carlyle, nunca hubo «persona más bella», con «resplandecientes ojos tiernos y un rostro lleno de inteligencia»[13].

A través de estas vías, es incuestionable el poder de la familia y de las «pasiones femeninas» en el *Risorgimento*. Sin embargo, según sugeriré aquí, sería prudente no tomar al pie de la letra estas grandilocuentes expresiones de amor familiar. En realidad, la vida de un activista del *Risorgimento* no propiciaba especialmente la armonía doméstica; muchos matrimonios fracasaban o eran infelices, y los hombres pasaban largas temporadas lejos del hogar o descuidaban a sus familias[14]. Para Mazzini, la cercanía con su madre fue un cimiento para el activismo político, pero otras madres criticaban o pretendían controlar la actividad política de sus hijos[15].

Según la retórica patriótica, las esposas apoyaban las acciones políticas de sus maridos, aunque en la realidad muchas se quejaban amargamente de las dificultades que les ocasionaba el compromiso con el cambio político[16]. Así, deduzco que necesitamos una mirada crítica a las diversas formas de relación privada que establecieron los patriotas, y a las personas con las que se relacionaron. En lugar de aceptar sin más la metáfora del amor familiar como fundamento de la vida política, deberíamos explorar hasta qué punto había jerarquías en las redes políticas

12 R. PESMAN, «Mazzini in esilio e le inglesi», en PORCIANI (ed.), *Famiglia*…, 2006, especialmente pp. 59-73.

13 Citado en D. MACK SMITH, *Mazzini*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1994, p. 31.

14 P. GINSBORG «European Romanticism and the Italian Risorgimento», en S. PATRIARCA y L. RIALL (eds.), *The Risorgimento*…, 2012, pp. 22-27.

15 M. D'AMELIA, «Between two…», 2012, pp. 122-124.

16 M. BONSANTI, *Public life*…, 2008, pp. 105-144.

basadas en la familia. Para empezar, podríamos preguntarnos si la exaltación que hace Mazzini del «ángel» doméstico se corresponde con las experiencias vividas por sus colaboradoras.

Mazzini, Garibaldi y la paradoja de las familias políticas

La actitud de Mazzini hacia las mujeres fue, cuando menos, peculiar. Amó tiernamente a su madre y mantuvo amistades íntimas con mujeres, pero, después de una relación fracasada a principios de la década de 1830 (de la que nació un hijo), asociaba el amor romántico con la pérdida y la tragedia. No se casó, declaraba que estaba «prometido en matrimonio» con Italia. Se sabía, de hecho, que Mazzini había renunciado al sexo y la relación con sus amigas, al menos oficialmente, era platónica. Al parecer no las consideraba amantes sino hermanas unidas a él y entre sí por lazos de afecto fraternal[17]. «Me besan las manos», escribía Mazzini a su madre, «me abrazan si es necesario, me traen flores; en otras palabras, son hermanas para mí, hermanas cariñosas»[18].

Mazzini separaba la familia del sexo poniendo todo el peso en lo primero y excluyendo lo segundo. Su comentario anterior transmite de forma involuntaria una idea de lo extraños que resultan estos votos de celibato patriótico, y esto también puede apreciarse en la reacción de las mujeres. Algunas pretendían o esperaban ser más que amigas para Mazzini (se decía que Jane Carlyle lo amaba con «intensidad femenina»); las mujeres de su círculo competían y rivalizaban por sus atenciones[19]. Otras se debatían entre las exigencias del amoroso Mazzini y las de sus maridos. Tenían que aceptar asimismo elementos de la jerarquía tradicional que Mazzini mantenía en la relación con su «familia» inglesa.

Ante todo, no cabía duda de quién era el cabeza de familia: Mazzini aceptaba pocas o nulas críticas de sus integrantes femeninas, y muchas

17 R. PESMAN, «Mazzini and/in…», 2012, pp. 99, 101 y 109; la autora halla pruebas de relaciones sexuales entre Mazzini y algunas mujeres, pero también confirma que tales relaciones se mantenían en estricto secreto. Sobre el romance de Mazzini con Giuditta Sidoli, véase R. SARTI, *Mazzini…*, 1997, pp. 60-62.

18 Ibídem, p. 112.

19 Citado en R. ASHTON, *Thomas and Jane Carlyle. Portrait of a Marriage,* Londres, Random House, 2002, p. 211.

de ellas aprendieron a ser sumisas si querían conservar un lugar junto a él. Una de sus adeptas, Jessie White Mario, fue tachada de dogmática y arrogante cuando manifestó objeciones a su liderazgo. Las que se apartaban del movimiento quedaban descartadas por ser poco femeninas. En efecto, tal vez Mazzini denominase hermanas a estas mujeres, pero solo en la medida en que ellas lo siguiesen considerando su *maestro* semidivino y se comportasen como cariñosas discípulas[20].

En consecuencia, Mazzini se construyó en Londres una red familiar que alentaba la devoción apasionada pero prescindía de las relaciones sexuales, y dentro de la cual el ejercicio de su autoridad patriarcal compensaba cierto grado de paridad entre géneros. La situación de Mazzini era infrecuente, por supuesto. Giuseppe Garibaldi, su discípulo más famoso, se casó en tres ocasiones y tuvo varios hijos. Su amor por su primera esposa, Anita, se convirtió rápidamente en materia de leyenda y, después de que ella falleciera, embarazada, cuando se retiraban de Roma en 1849, permaneció para la posteridad como la única mujer que él amó de verdad.

Diversos momentos de su vida en común, incluyendo su primer encuentro y el hecho de que ella se uniese a su lucha en el campo de batalla, se incorporaron a una narración arquetípica que creó el propio Garibaldi y fue ratificada por sus biógrafos. Anita era una «amazona» o, en palabras de un contemporáneo americano, una persona que «siempre desplegaba gran actividad, intrepidez, habilidad, recursos y paciencia en los mayores peligros de la batalla, en la adversidad o en cautiverio», pero cuya valentía era igualada por «su gentileza, generosidad y devoción por su esposo e hijos pequeños; y, en la esfera doméstica, que era su lugar favorito, esa dulzura femenina que […] distinguía igualmente su carácter»[21].

En el caso de Garibaldi, la función del amor y la colaboración de la mujer como fundamento de la pertenencia política quedaban afirmadas de manera ejemplar. Además, en años posteriores, con su reputación firmemente asentada, Garibaldi convirtió su vida privada en algo similar a

20 R. PESMAN, «Mazzini and/in…», 2012, p. 103; y «Mazzini in esilio…», 2006, pp. 70-73.

21 T. DWIGHT, *The Roman Republic of 1849; with accounts of the Inquisition and the siege of Rome,* Nueva York, R. Van Dien, 1851, p. 197; véase también M. SCHWEGMAN, «Amazons for Garibaldi: women warriors and the making of the hero of two worlds», en *Modern Italy,* 15, 4 (2010), especialmente pp. 421-423.

un culto político. Otorgaba una importancia especial a la tranquilidad doméstica de su retiro familiar en la isla de Caprera, y utilizaba su casa como centro de operaciones políticas pero también como oposición a los que él consideraba los compromisos miserables de la vida pública italiana[22].

Sin embargo, aquí también es preciso preguntarse sobre los elementos de la vida doméstica que permanecieron silenciados. Por ejemplo, en la época, y posteriormente, se intentó ocultar el matrimonio de Garibaldi con su segunda esposa, Giuseppina Raimondi, que tenía treinta y cuatro años menos que él. El matrimonio había terminado en desastre porque él la rechazó en el día de su boda, en 1860, después de que llegasen a sus oídos rumores de una infidelidad. Con su tercera esposa, Francesca Armosino, se casó discretamente en 1880, después de la anulación especial de su segundo matrimonio y del nacimiento de tres hijos. Antes de ser amante de Garibaldi, Francesca había sido la nodriza de sus nietos y tenía unos cuarenta años menos que él. Su unión causó fricciones entre Garibaldi y los hijos de su primer matrimonio con Anita[23]. A causa de sus actividades políticas, Giuseppe Garibaldi permaneció ajeno a la crianza de sus hijos durante años. Su segundo hijo, Ricciotti, fue enviado a una escuela en Inglaterra bajo el cuidado de una amiga de Garibaldi, mientras que una hija ilegítima, más joven, Anita, se encomendó a otra colaboradora suya, de quien se dijo que la había desatendido[24].

De mediados de los años 1850 a mediados de los años 1860, en la cima de su carrera política, Garibaldi vivió una serie de idilios apasionados (y solapados) con varias mujeres. Durante el verano y el otoño de 1859, por ejemplo, aparte de enamorarse intensamente de Giuseppina Raimondi, quien pronto se convertiría en su segunda esposa, propuso matrimonio a otra mujer, la marquesa Paulina Zucchini; envió cartas de amor encendido a Teresa Araldi Trecchi, hermana de un compañero de armas, y declaró su pasión a una mujer llamada Sofia Bettini, a la que había conocido unos ocho años antes en Staten Island y que le había

22 L. RIALL, «Travel, migration, exile: Garibaldi's global fame», en *Modern Italy*, 19, 1 (2014).

23 J. RIDLEY, *Garibaldi,* Londres, Constable, 1974, pp. 422-429 y 595-599; sobre el segundo matrimonio de Garibaldi, véase M. MULINACCI, *La bella figlia del lago. Cronaca intima del matrimonio fallito di Giuseppe Garibaldi con la marchesina Raimondi,* Milán, Mursia Milano, 1978.

24 J. RIDLEY, *Garibaldi…*, 1974, pp. 389, 595-58 y 627-628.

escrito para pedir su autógrafo. Poco antes, ese mismo año, la gobernanta de su casa de Caprera, Battistina Ravello, había alumbrado a su hija Anita. Durante este tiempo, mantuvo una ardiente correspondencia con dos de sus partidarias políticas más próximas, Espérance von Schwartz y la condesa Maria della Torre[25].

Las relaciones de Garibaldi con von Schwartz, a la que propuso matrimonio en 1857 (para ser rechazado), y con della Torre siguieron una pauta típica de sus interacciones con determinado tipo de mujer. De forma opuesta a su interés por Raimondi y Ravello, ambas jóvenes y solteras, con las que mantenía relaciones sexuales abiertamente, el atractivo de estas mujeres residía en el hecho de que fueran maduras, adineradas por matrimonio o de forma independiente, generalmente extranjeras (inglesas o, menos frecuentemente, alemanas) y, desde el punto de vista del público, colaboradoras antes que amantes. Von Schwartz, activista política y novelista, publicó en alemán las memorias de Garibaldi. Ella y una serie de inglesas apoyaron la causa italiana con sus escritos, con la organización de actos públicos y con iniciativas para recaudar fondos[26]. En esto, Garibaldi siguió el ejemplo de Mazzini: creó una familia suplente de hermanas simpatizantes, mujeres tan devotas de su persona como de su causa política.

No obstante, la correspondencia de Garibaldi y sus «hermanas» sugiere que sus relaciones iban más allá de lo platónico. Es decir, aunque las cartas nunca reconozcan explícitamente la existencia de relaciones sexuales, contienen expresiones de pasión e intimidad que sugieren deseo sexual o lo que Marjan Schwegman, al hablar de von Schwartz, ha llamado «amistad erótica»[27]. «Querido, queridísimo Garibaldi», le escribió Mary Seeley, esposa de un miembro liberal del parlamento inglés, después de que el héroe visitase Inglaterra y su casa en 1864, «me siento feliz de ver tu letra querida, que es como vida fresca para mí [...] desde tu visita, encuentro que todo lo que no está asociado contigo ha dejado de interesarme». En otra carta, le decía:

25 Ibídem, pp. 424-427; ver cartas de Garibaldi a Teresa Araldi Trecchi, 22 de septiembre de 1859, y a Sofia Bettini, 24 de octubre de 1859, en M. de LEONARDIS, *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. 4, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 1982, pp. 143 y 174.

26 Véase M. SCHWEGMAN, «Amazons for Garibaldi...», 2010; y M. SCHWEGMAN, «In love with...», 2005.

27 M. SCHWEGMAN, «In love with...», 2005, p. 375.

> ¡General bien amado! Cuando me dejaste ayer y me pesaba de dolor el corazón, me acerqué a tu cama, llena de emoción y tristeza porque tu querida cabeza venerada no iba a descansar sobre ella en mucho tiempo. Ahí estaba yo, desolada, y vi que por *debajo* de la colcha se asomaba un pañuelo que habías usado. ¡Ay, queridísimo Garibaldi, estaba allí para consolarme! ¡No puedo devolvértelo! Deja que lo conserve para amarlo y disfrutarlo. He ayudado a cubrir tu querida cabeza con él […] ya entonces quería tenerlo conmigo pero no supe expresar mi deseo. Ahora que está aquí, di que me lo puedo quedar.[28]

El apego de Seeley a Garibaldi roza lo obsesivo. Insistía en que no había nadie vivo que «mantuviese atados tantos corazones. Liberas el cuerpo y encadenas la mente». Aparte de conservar reliquias suyas, se preocupaba por su pie herido (le habían disparado en su intento de marcha sobre Roma en 1862); leía las cartas que él le enviaba e intentaba involucrar a su marido e hijos en su pasión. «Le decía anoche a Charles [su marido] que si nuestra casa se incendiase, tus cartas serían lo primero que rescataría de entre todas mis posesiones», le escribió[29].

Mary Seeley no estaba sola en su devoción por Garibaldi. Durante la misma estancia en Inglaterra de 1864, Garibaldi estableció vínculos intensos con sus dos anfitrionas en Londres, Anne, duquesa de Sutherland, y su suegra, Henrietta, la duquesa viuda. Esta le escribió cartas apasionadas tras su partida, diciéndole que «llenaba sus pensamientos» desde entonces y cuánto había deseado «besarlo» en el momento de su partida. La nuera expresaba sentimientos parecidos y guardaba cerca su retrato como recordatorio. También deseaba haber pasado más tiempo con él: «¿Habría querido yo? ¿Habrías querido tú? ¡Cuánto consuelo, cuanta satisfacción habría sido cuidarte, escucharte, compartir tus simpatías!» Ambas mujeres se preocupaban por su salud en general y por su pie en particular. En una de sus cartas, Henrietta recordó que Garibaldi le había tomado el dedo y lo había puesto «en la cicatriz profunda de tu herida»[30].

Pero estas no fueron las únicas relaciones que Garibaldi disfrutó en la cima de su carrera política. Cuando abandonó Nápoles en noviem-

28 23 de abril y 1 de junio de 1864, en Museo del Risorgimento, Milán (MRM), fondos Garibaldi Curàtulo, caja 632. El énfasis está en el original.

29 Ibídem, 5 de septiembre y 20 de octubre de 1864.

30 Cartas de Anne del 26 de abril, el 11 de mayo y el 10 de agosto (?) de 1864, ibídem, f. 657. Cartas de Henrietta del 27, 28 y 29 de abril, 29 de junio, 11 de julio, y 13, 26 y 31 de agosto de 1864, ibídem, f. 656.

bre de 1860, una vez concluida la Expedición de los Mil, dos británicas que había conocido en la ciudad le escribieron misivas de intensa pasión. Una de ellas, Carlotta Roskilly, describía su «hondo dolor» por su separación y le preguntaba si había cometido «algún error» que lo hubiera empujado a replantearse su decisión de «ocupar durante unos días *tu dormitorio,* el que te había preparado». Confesaba haber sido incapaz de deshacer su cama y solo le hacía feliz poseer un retrato suyo que él había besado: «General, recibí ese beso y lo guardé en el centro de mi alma como una despedida *que no tuve y que ya no puedo esperar…*»[31].

«Tu *Sauvage*», la otra mujer inglesa, se mostraba más osada pero igual de desesperada. Escribía que lo único que quería era dormir hasta que pudiera estar con él de nuevo, entonces pondría la mano sobre la suya y le diría «Nunca más, nunca más nos separaremos». Mientras dormía, le decía, «estás *presente, cerca, conmigo, mis sueños* son un tiempo muy feliz». Las noticias que publicaban los periódicos sobre él eran «devoradas» con lo que ella llamaba «una avidez perfectamente terrorífica, porque tengo más hambre y un segundo después quiero *más*». «¿Llegas a entender esta sensación?», preguntaba, «si es así, intenta aliviarla satisfaciéndola, porque resulta dolorosa»[32].

En abril de 1861, cuando *Sauvage* escribió su última carta, Garibaldi se encontraba en Turín. Allí intimó con otra inglesa, Florence MacKnight, hija de un noble inglés, y también ella, igual que sus predecesoras, manifestó su aflicción cuando él dejó la ciudad. De nuevo, como habían hecho Carlotta Roskilly y Mary Seeley, expresaba su pesar hablando del dormitorio. Había visitado su habitación como en «una peregrinación», escribió, «allí te veo todavía. Si hubieses sido un testigo invisible ¿habrías *creído* cuántas caricias recibió tu cama? Y tu almohada silenciosa, que todavía guardaba la huella de tu querida cabeza»[33].

La naturaleza de estas misivas plantea problemas de interpretación y no podemos conocer la verdadera naturaleza de las relaciones de Garibaldi con estas mujeres. No obstante, sus enardecidas declara-

31 13 de noviembre de 1860, ibídem, f. 612. El énfasis está en el original.

32 19 de enero, 12 de febrero y 12 de abril de 1861, ibídem, f. 566. El énfasis está en el original.

33 8 de mayo de 1861, ibídem, f. 566. El énfasis está en el original.

ciones de amor y sus frecuentes referencias a la cama y al dormitorio, junto a la preocupación que expresan por su pie herido y su salud, apuntan a un grado notable de intimidad física. También dificulta la investigación la convicción de que la actividad pública de los políticos es más importante que su vida privada, e intentamos ignorar cualquier conexión entre ambas[34]. Por eso, la mayor parte de los relatos tipificados de la vida de Garibaldi sortean la existencia de estas relaciones, y prácticamente todos ignoran los rumores de hijos ilegítimos (se dice que fueron destruidas las cartas que estos le escribieron)[35]. En ocasiones, se admiten las características de su vida privada, pero las amistades con mujeres se ven solo como colaboración política o como emblemas del estatuto heroico de Garibaldi. Es revelador que el autor de *Garibaldi e le donne,* el historiador que recopiló y archivó las cartas citadas aquí, las interpretó como un símbolo de la grandeza de Garibaldi. En su opinión, estas mujeres eran felices por la mera compañía de Garibaldi, se sentían «bendecidas por haber poseído, aun fugazmente, el corazón del héroe». En resumen, «¡resultaba imposible resistirse al encanto de Garibaldi!»[36].

Esta afirmación contiene algo de verdad. Los historiadores son remisos a investigar la relación existente entre el poder político y el atractivo sexual, pero hay pruebas abundantes del carisma personal de Garibaldi y de su particular atractivo para las mujeres, un atractivo que presumiblemente era favorecido por sus éxitos públicos. Aunque las cartas hacen algo más que dar fe del «encanto» de Garibaldi, sugieren que los patriotas del *Risorgimento* desarrollaron un concepto diferente de la separación de las esferas pública y privada, y confirman la importancia de los vínculos personales como fundamento de la actividad política. Igualmente, los lazos íntimos de afecto que unían a estas mujeres extranjeras con Garibaldi les otorgaban la función de representantes de la causa italiana. Cuando fue necesario, von Schwartz, MacKnight y otra amiga, Junie Salis Schwabe, actuaron todas como portavoces de Garibaldi en la escena política[37].

34 L. DAVIDOFF, *Thicker than water. Siblings…*, 2012, p. 3.

35 J. RIDLEY, *Garibaldi…*, 1974, p. 598.

36 G. E. CURÀTULO, *Garibaldi e le donne,* Roma, Imprimerie Polyglotte, 1913, pp. 8 y 22.

37 L. RIALL, *Garibaldi. Invention of a hero,* New Haven-Londres, Yale University Press, 2007, pp. 177 y 342-344.

Pero las mujeres de Garibaldi debían conocer cuál era su lugar. En todas estas relaciones subyacía una estricta jerarquía política y de género, en la cual no se toleraban las transgresiones. Las mujeres que escribían a Garibaldi aprendieron a disculparse por molestarle cuando se dirigían a él; asumían que «el león [un apelativo común para Garibaldi] necesita al ratón» y aceptaban su categoría inferior frente a lo que una de ellas llamaba «la terrible responsabilidad» de su posición pública[38]. Giuseppina Raimondi, en la única declaración pública sobre lo sucedido entre ella y Garibaldi, explicó que no había reunido el poder para rechazar su oferta matrimonial: «siendo una muchacha de dieciocho años, ¿cabe esperar tanto coraje?»[39]. Su caso también señala la imposición de un rígido código moral a las mujeres de su vida. Dado que la correspondencia de Garibaldi revela la existencia de varias amantes durante este período, sabemos que para él ese código era unilateral y seguía distintas normas sexuales.

Además, como ya se ha observado antes, estas mujeres solo disfrutaban «fugazmente» de la compañía de los patriotas italianos. Normalmente eran olvidadas cuando dejaban de resultar útiles. Jessie White Mario, la partidaria más famosa de la causa italiana en Inglaterra, tuvo escasa autonomía en sus relaciones personales con los patriotas y fue transferida de Mazzini a Garibaldi y después a otro activista, Alberto Mario, con quien acabó casándose. Julie Salis Schwabe, mujer adinerada original de Hamburgo pero residente en Manchester, fue muy agasajada inicialmente dada su influencia en ambientes liberales, pero quedó descartada cuando se mostró demasiado exigente.

Durante la estancia de Garibaldi en Londres en 1864, Salis insistió inútilmente en que viajase a Manchester y estuviese con ella: «he dejado atrás cualquier dignidad o modestia femeninas y francamente te digo que […] en Manchester no podrías estar en mejores manos que las mías» (él la había admitido como «una hermana *per la vita!*»). Más adelante, Salis se disculpó por su presunción pero, después de intentar que Garibaldi no aceptase un yate adquirido para él por suscripción pública, quedó más o menos excluida de su círculo más cercano[40].

38 Carlotta Roskilly a Garibaldi, 13 de noviembre de 1860, MRM, Garibaldi Curàtulo, caja 612; Julie Salis a Garibaldi, 28 de agosto de 1864, ibídem, caja 629.

39 Citado J. RIDLEY, *Garibaldi…*, 1974, p. 429.

40 9 de diciembre de 1860, 8 de noviembre de 1861, 15 de octubre de 1863, 10 de abril, 12 de mayo y 9 de octubre de 1864, ibídem, caja 629. El énfasis está en el original.

En 1860, Espérance von Schwartz vio cómo le arrebataban su posición como biógrafa oficial de Garibaldi. Él se hizo amigo del aclamado novelista francés Alexandre Dumas y le entregó una versión actualizada de sus memorias y todas sus notas, que Dumas adornó y publicó con gran éxito. Al parecer, Garibaldi se había cansado de la figura de la «amazona», favorita de von Schwartz y característica de las primeras representaciones de su esposa Anita. Se dijo que también se había cansado de la actitud independiente de la propia von Schwartz[41]. En su edición alemana de las memorias de Garibaldi (1861), von Schwartz se refirió amargamente a la «deslealtad» de Garibaldi. La había ofendido «profundamente», escribía, y encontraba difícil explicarse su conducta[42].

No es mi intención emitir un juicio moral sobre el comportamiento de Garibaldi. En lugar de eso pretendo señalar que, pese a la importancia otorgada a la unidad de familia y nación, las relaciones particulares de los dos patriotas más destacados no reflejaban este ideal. Una vez fallecieron sus madres, ninguno de ellos tuvo una vida familiar estable: Mazzini por autonegación y Garibaldi por sus ausencias y múltiples amoríos. A las mujeres cultas, especialmente extranjeras y no católicas, se les permitía estar junto a Mazzini y Garibaldi, pero solo si aceptaban los límites estrictos que les eran impuestos. Tras la muerte de Anita, los hijos de Garibaldi conocidos nacieron fuera del matrimonio, de mujeres pobres y sin educación que no podían desafiar su posición. Pese a toda su (auto)promoción personal como héroe romántico y hombre de familia, la conducta privada de Garibaldi se asemeja bastante a la de un «libertino» del siglo XVIII, figura denostada hacía ya tiempo por su asociación con el antiguo régimen[43].

Hermanos y maridos

¿Qué sucedía cuando la política patriótica dividía a las familias? En el *Risorgimento*, no era raro que miembros de la misma familia adoptasen posturas distintas en cuestiones como el nacionalismo, el liberalismo y la lucha entre Iglesia y Estado. Tal vez la discordia familiar ocasionada por la política era especialmente fuerte en las familias nobles que

41 M. SCHWEGMAN, «Amazons for Garibaldi…», 2010, pp. 417-418.

42 Ibídem, p. 421.

43 R. BIZZOCCHI, *Cicisbei…*, 2008, especialmente pp. 241-275.

habían disfrutado tradicionalmente de lazos con las monarquías de la restauración, pero cuyos miembros más jóvenes consideraron la Revolución Francesa como una experiencia positiva en ciertos aspectos. En la generación posterior a Napoleón, los hermanos menores, tal vez por su posición subordinada dentro de la familia (a pesar de la abolición del derecho hereditario feudal), se mostraron particularmente inclinados a actos de rebelión política, a exigir cambios constitucionales y/o a levantarse para que el poder de la Iglesia Católica fuese limitado[44].

El intenso desacuerdo caracterizó a la familia de Massimo d'Azeglio, el menor de tres hermanos que sobrevivieron hasta la edad adulta. Escritor y artista célebre antes de convertirse en político, d'Azeglio fue uno de los dirigentes liberales de mayor éxito en el *Risorgimento*. Precedió al conde Camillo Benso di Cavour como primer ministro de Piamonte y puede ser considerado uno de los arquitectos de la nueva Italia que emergió tras 1860[45]. Era aristócrata y, según un biógrafo, «uno de los hombres más completos del *Risorgimento*»: poseedor de grandes habilidades sociales, sabía cantar, bailar, montar a caballo y jugar a las cartas además de pintar y escribir[46].

Massimo era también un rebelde. Rehusó la carrera en el ejército que su padre había elegido para él y dejó la casa familiar de Turín para irse a Roma y vivir como artista. Para su familia, «Maxime» era un *bon vivant* cuyo «atolondramiento» era criticado por comparación con la actitud austera y obediente de su hermano mayor, Roberto[47]. La correspondencia de Costanza, esposa de Roberto, expresa una fuerte reprobación del carácter y la falta de moralidad de Massimo: «Hay poca profundidad en él», escribía en una carta, «principios, opiniones, afec-

44 A. RUSSO, «Tra fratello e sorella: Giuseppe ed Elisabetta Ricciardi. Linguaggi, strategie, idee politiche e religiose a confronto», en I. PORCIANI (ed.), *Famiglia e…*, 2006, pp. 83-105. Véase también A. CARDOZA, *Aristocrats in bourgeois Italy. The Piedmontese nobility, 1861-1915,* Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 42-46.

45 Véase W. MATURI, «Azeglio, Massimo Taparelli d'» en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1962. http://www.treccani.it/enciclopedia/massimo-taparelli-dazeglio_(Dizionario-Biografico)/.

46 R. MARSHALL, *Massimo d'Azeglio. An artist in politics, 1798-1866,* Londres-Nueva York, Oxford University Press, 1966, p. 1.

47 Según su hermana política, Costanza d'Azeglio, cartas de 28 de noviembre y 30 de diciembre de 1840, en C. D'AZEGLIO, *Lettere al figlio (1829-1862)*, vol. 1 (ed. de D. M. Chiarito), Roma, Istituto Nazionale per la Storia del Risorgimento Italiano, 1966, pp. 270 y 283.

tos, todo es superficial, todo carece de raíz…»[48]. En opinión de Costanza d'Azeglio, su cuñado era un mujeriego y tanto ella como subsiguientes generaciones de historiadores asumieron que su vida privada no le importaba demasiado o que siempre subordinó las ataduras domésticas a sus ambiciones políticas. Según un escritor contemporáneo suyo, Cesare Cantù, d'Azeglio vivía exclusivamente para la «gloria exterior», un juicio respaldado recientemente por Paul Ginsborg, quien comenta: «Massimo d'Azeglio jamás permitió que la esfera personal, y mucho menos la doméstica, limitase u obstaculizase sus acciones en la esfera pública»[49].

Es cierto que d'Azeglio se casó dos veces, aunque ambas uniones fueron desgraciadas. Propuso matrimonio a su primera esposa, Giulietta, por complacer a su propia familia y porque ella estaba bien relacionada (era hija de Alessandro Manzini, el aclamado novelista), pero ya tenía relaciones con la segunda, Luisa Blondel, en vida de Giulietta (las dos mujeres estaban emparentadas civilmente y Massimo desposó a Luisa cuando todavía no había pasado un año desde el fallecimiento de Giulietta). Este segundo matrimonio fracasó y la pareja se separó. Mantuvieron buenas relaciones pero la correspondencia de Luisa y su cuñada Costanza menciona la incompatibilidad de ambos, y halla el origen del problema en el hedonismo de Massimo y en su desprecio por los sentimientos de Luisa. «Es la cruz que debo soportar», escribía Luisa a una amiga, «y tengo que llevarla con coraje y entereza»[50]. Además, el propio d'Azeglio no hizo nada por cambiar su reputación de hombre poco interesado en el amor. A pesar de ser pintor y novelista de estilo romántico, apenas fue romántico en lo relativo a su vida. «Ahora… mi conclusión es que la gente hace el amor mucho menos de lo que suele pensarse», escribió en sus memorias, «a menudo, el amor es el resultado

48 Costanza d'Azeglio a Emanuele d'Azeglio, 30 de diciembre de1840, ibídem, p. 283; véase también M. CHIARITO, «Introduzione», ibídem, p. 34.

49 P. GINSBORG «Romanticismo e Risorgimento: l'io, l'amore e la nazione», en A. BANTI y P. GINSBORG (eds.), *Storia d'Italia, annali 22: Il Risorgimento,* Turín, Einaudi, 2007, p. 49. El comentario de Cantù se encuentra en C. CANTÙ, *Alessandro Manzoni, Reminiscenze,* Milán, Treves, 1882, y es citado por Ginsborg.

50 14 de noviembre de 1855, a Aimée Burbidge, en G. BOYER, «Massimo d'Azeglio attraverso lo sguardo di una donna sola: sua moglie Luisa. Lettere inedite di Louise d'Azeglio a Aimée Burbidge (1855-1864)», en *Rassegna Storica del Risorgimento*, 97, 3, (2010), pp. 339-366. Véase también, D. M. CHIARITO, «Introduzione», en C. D'AZEGLIO, *Lettere…*, 1966, pp. 34-35.

de la pereza y la ociosidad, es un producto artificial de la literatura; y la literatura francesa lo ha convertido en una conjetura innoble»[51].

Sin embargo, la vida privada de Massimo no se limitaba al amor concebido como relación íntima entre hombres y mujeres. Si miramos más allá de los confines de la vida doméstica, si dejamos de asociar la esfera privada exclusivamente con la actitud hacia las mujeres, aparece una imagen bastante distinta. Aquí, un ejemplo será muy revelador. A principios de 1842, d'Azeglio viajó al sur de Italia con su segunda esposa, Luisa. La relación entre ellos estaba ya rota, pero ella tenía esperanzas de que el viaje les llevase a una reconciliación. El motivo de Massimo para el viaje era otro: quería visitar a su hermano Prospero, jesuita, que vivía en Palermo desde 1833[52]. En realidad, la primera intención de Massimo no había sido viajar con su esposa, había pedido a su hermano mayor, Roberto, que lo acompañase[53]. «¿Qué te dice el corazón?», le escribía Massimo, y aventuraba que sería «muy reconfortante estar los tres juntos después de tantos años…»[54]. Para Massimo, el deseo de reunirse con sus hermanos era mayor que la necesidad de reconciliarse con su esposa.

De forma tal vez predecible, el intento de reconciliación de Luisa con Massimo fracasó. Sin embargo, la visita a Prospero, su hermano, fue un gran éxito. Massimo había recibido noticias preocupantes sobre la salud de Prospero, de quien le habían dicho que estaba sufriendo por la humedad y el frío del colegio jesuita. En una carta larga e íntima, Massimo le contó a su hermano Roberto sus intentos de restablecer la salud de Prospero, que incluían comprarle un abrigo impermeable, regalarle ropa interior de lana y fabricar un dispositivo que usaba botellas de agua caliente para mantenerle calientes los pies. Massimo quiso

51 M. D'AZEGLIO, *Things I remember* (trad. al inglés e introducción de E. R. Vincent), Londres, Oxford University Press, 1966, p. 124.

52 Sobre Prospero d'Azeglio, véase L. DI ROSA, *Luigi Taparelli, l'altro d'Azeglio,* Milán, Cisalpino, 1991.

53 Sobre Roberto d'Azeglio, véase N. NADA, «Azeglio, Roberto Marchese d'», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1962 http://www.treccani.it/enciclopedia/robertotaparelli-marchese-d-azeglio_(Dizionario-Biografico)/.

54 11 de diciembre de 1841, en M. D'AZEGLIO, *Epistolario, 1819-1866. Vol. 2 (1841-1845)*, ed. de G. Virlogeux, Turín, Centro Studi Piemontesi, 1989, p. 78. Véase también Costanza a Roberto, 16 de enero de 1842, en C. D'AZEGLIO, *Lettere*…, 1966, p. 352.

comprar una cafetera para Prospero («no está permitido», le dijeron) y consiguió abrirle una línea de crédito en un banco de Palermo. También le prometió más dinero para desarrollar un instrumento musical que había inventado el jesuita[55].

Unos meses después, Massimo regresó a Palermo junto a su «admirable Prospero». Pasaron juntos todo el verano. Cada tarde salían al campo a lomos de mulas, entregándose a una «charla interminable» y al atardecer se sentaban a comer helado en el colegio. «No puedo describir la felicidad de este tiempo que hemos pasado juntos», escribió Massimo, «felicidad que es mayor si cabe porque él [Prospero] también la siente»[56].

«Yo mismo soy aristócrata por nacimiento y demócrata por elección», declaró Massimo en sus memorias[57]. Había rechazado la autoridad de su padre (a la vez que insistía en que «Dios sabe que lo amaba profundamente, a pesar de su severidad») pero acató las «órdenes» de su madre y escribió que el amor de un progenitor era la única certeza en la vida de un individuo[58]. Reconoció asimismo la dificultad de mantener buenas relaciones dentro de la familia, y su correspondencia revela desacuerdos personales con Roberto, el hermano con el que compartía opiniones políticas. La insistencia de Roberto en su rango superior como primogénito significó que tras la muerte de su padre no pudieran vivir juntos. Sobre este punto, Massimo advertía que convenía «no ser demasiado romántico en la organización doméstica de uno»[59]. Esta combinación tan complicada de reacciones ante la vida familiar —entre el amor, el respeto y el resentimiento— refleja la dificultad de fundir las visiones aristocrática y democrática de las relaciones consanguíneas. También sugiere que, lejos de subordinar su vida personal a la política, Massimo se preocupada constantemente de su posición dentro de la familia.

55 28 de marzo de 1842, M. D'AZEGLIO, *Epistolario*, vol. 2, 1989, pp. 93-94.

56 28 de julio y 1 de agosto de 1842, ibídem, pp. 119 y 121.

57 M. D'AZEGLIO, *Things I…*, 1966, p. 19.

58 Ibídem, p. 39. Véase también Massimo a Roberto, julio de 1832, en M. D'AZEGLIO, *Epistolario, vol. 1 (1819-1841)*, ed. de G. Virlogeux, Turín, Centro Studi Piemontesi, 1987, p. 121; M. d'Azeglio a Carlo Calcina, 23 de enero y 22 de junio de 1832, en P. FADINI GIORDANA, «Massimo d'Azeglio, il suo matrimonio, la professione d'artista e questioni di interesse in famiglia», en *Studi Piemontesi,* 5, 2 (1976), pp. 321-322.

59 M. D'AZEGLIO, *Things I…*, 1966, p. 305. Sobre sus padres, véase, ibídem, pp. 4-8, 173-174 y 301-303.

La rebeldía de Massimo nunca implicó un rechazo de los lazos familiares, y aún menos condujo a un desplazamiento de esos lazos hacia las alianzas políticas. En el caso de su hermano Prospero ocurría más bien lo contrario, porque había diferencias políticas importantes y perdurables entre Prospero y Massimo, diferencias que se agrandaron a lo largo del *Risorgimento* con el deterioro de las relaciones entre Iglesia y Estado. Aquí, debemos señalar que Prospero es mucho más conocido por su nombre de jesuita, Luigi Taparelli (el nombre completo de la familia era Taparelli d'Azeglio). Taparelli fue una figura prominente del nuevo vigor del catolicismo en el siglo XIX; fundó *La civilità Cattolica* (1850), que pretendía defender la cultura y la civilización católicas frente a las amenazas del liberalismo, se le atribuyó la aparición de un nuevo interés por el tomismo y fue célebre por su influencia en la doctrina social del papa León XIII. En general, se asocia a Prospero d'Azeglio/Luigi Taparelli con el catolicismo intransigente y con la defensa del absolutismo político y del poder temporal del Papa[60].

A pesar de este desacuerdo fundamental en política, el afecto entre ambos nunca declinó. «Igual con igual no siempre es un dicho acertado», apuntó Massimo en sus memorias:

> Pienso que sería difícil encontrar a dos hombres más enteramente dispares en opiniones políticas y religiosas que mi hermano jesuita y yo. Y sería igual de difícil encontrar a dos que se apreciasen tanto desde la niñez. Siempre me llevé mejor con él, desde la infancia…[61]

Ciertamente, la política afectó y en ocasiones perjudicó sus relaciones. El momento más difícil llegó en la cima del éxito político de Massimo, tras la publicación de su panfleto *Gli ultimi casi della Romagna* (1846) y de la obra previa de su amigo Vincenzo Gioberti, *Del primato morale e civili degli italiani* (1843)[62]. En una réplica publicada contra Gioberti, *Della nacionalità* (1846), Prospero criticaba su propuesta de unir nación y religión, y argumentaba que la idea de nación contradecía

60 L. DI ROSA, *Luigi Taparelli…*, 1991*;* véase también G. DE ROSA, «Alle origini della 'Civilità Cattolica'», en *Rassegna di Politica e di Storia*, 107 (1963), pp. 3-12.

61 M. D'AZEGLIO, *Things I…*, 1966, p. 57.

62 Prospero a Massimo, 26 de abril de 1846, en E. DI CARLO (ed.), *Un carteggio inedito del P. L. Taparelli d'Azeglio coi fratelli Massimo e Roberto,* Roma, ARE, 1926, pp. 10-17; Massimo a Prospero, 12 y 15 de junio de 1846, y Massimo a Luisa Blondel, 13 de junio de 1846, en M. D'AZEGLIO, *Epistolario, vol. 3 (1846-1847)*, ed. de G. Virlogeux, Turín, Centro Studi Piemontesi, 1992, pp. 102-109.

el sistema de Derecho natural y universal propugnado por el catolicismo romano[63].

El panfleto de su hermano enfureció a Massimo[64], aunque no le molestó tanto su discrepancia como la utilización publicitaria del apellido familiar. Señaló que, en otras publicaciones, Prospero había firmado como «padre Luigi Taparelli», mientras que en aquel panfleto usó su nombre completo, Taparelli d'Azeglio, proclamando así su vínculo familiar con Massimo. En opinión de este, la sustitución del nombre de jesuita por el apellido familiar indicaba una conspiración jesuítica para desacreditar su política liberal. Massimo insistió en el amor que sentía por su hermano, aunque declaró: «rechazo y desprecio su panfleto y su doctrina». La utilización del apellido familiar era especialmente problemática porque imposibilitaba una respuesta pública de Massimo al panfleto de Prospero. Existía el peligro de que su polémica doméstica llegase a la esfera pública[65].

En otras palabras, lo que disgustó a Massimo no fueron tanto las opiniones políticas de su hermano como el hecho de que sus desavenencias políticas privadas fuesen de dominio público. Aquí, la lealtad familiar amenazaba, y de hecho recortaba, su autonomía política. En relación con su hermano jesuita, la delimitación entre lo público y lo privado estaba netamente trazada y, cuando se puso en duda, Massimo se sintió más obligado por las normas familiares de discreción que por sus creencias políticas. También Prospero era consciente de esas normas, y en más de una carta se disculpó ante sus hermanos por las humillaciones públicas (reales y potenciales) a las que pudiera haberles sometido[66].

Para los hermanos d'Azeglio, figuras públicas los tres, el amor familiar era lo más importante. Una y otra vez, lo que Prospero denominaba su «antagonismo» político se convertía en pretexto para insistir en su

63 El panfleto desató una tormenta política. Véase F. TRANIELLO, «La polemica Gioberti-Taparelli sull'idea di nazione», en F. TRANIELLO, *Da Gioberti a Moro. Percorsi di una cultura politica,* Milán, Franco Angeli, 1990, pp. 43-62.

64 Massimo a Roberto, 6 de febrero de 1847, en D'AZEGLIO, *Epistolario*, vol. 3, 1992, pp. 271-273. Gioberti replicó a Taparelli en *Della nazionalità in proposito di un'operetta del P. Luigi Taparelli d'Azeglio* (1847).

65 Massimo a Luisa Blondel, 3 de febrero de 1847, en M. D'AZEGLIO, *Epistolario*, vol. 3, 1992, pp. 267-268; véase también Massimo a Francesco Predari, 31 de enero de 1847, ibídem, pp. 265-266.

66 Prospero a Roberto y Massimo, 5 de julio y 27 de agosto de 1846, 25 de abril de 1847, en DI CARLO, *Un carteggio inedito…*, 1926, pp. 17-23, 24-25 y 30-33.

«armonía de afectos» privada[67]. Para Massimo, Prospero era, sencillamente «la persona con la que mejor me llevo». Cuando se reunían, en ocasiones después de estar separados durante años, sus conversaciones consistían en «charlas, recuerdos, bromas, desacuerdos, críticas y siempre dos opiniones contrarias, y siempre mutuamente embelesados, como si coincidiésemos en todo».[68]

Conclusión

En el *Risorgimento*, la familia proporcionó el fundamento para la pertenencia política en términos simbólicos y prácticos. La familia ofrecía una imagen poderosa de la identidad nacional y era una fuente de apoyo material y de consuelo emocional. Por el mismo motivo, el amor materno era la base de una nueva visión de la vida política, y las mujeres desempeñaron una función activa como colaboradoras políticas. Unos lazos tan estrechos entre el amor familiar y la acción política eran relativamente infrecuentes, y bien pueden haber «feminizado» la conducta política entre los patriotas del *Risorgimento*. Ciertamente, apareció un nuevo lenguaje político que remitía a cualidades tradicionalmente femeninas. Por eso, en el *Risorgimento* la frontera entre lo público y lo privado era porosa, y la vida familiar era espejo y modelo de los cambios en la escena política.

Sin embargo, he argumentado que no debe confundirse un lenguaje político que exaltaba los vínculos de la pertenencia nacional con las realidades de la experiencia vivida. Ninguno de los tres patriotas que hemos tratado aquí tuvo una vida familiar convencional. Además, los tres hacían una distinción clara entre los vínculos de sangre con madres, hermanas y hermanos, y los lazos de intimidad creados con esposas o amantes. Aunque de modos muy distintos, Mazzini y Garibaldi separaron el amor familiar, que era el cimiento de la vida pública, de las relaciones sexuales, que en el caso de Mazzini eran aparentemente inexistentes y en el de Garibaldi, se mantenían en privado. D'Azeglio separaba lo público de lo privado en términos más convencionales, pero dentro de la esfera privada distinguía el amor por sus padres o herma-

67 22 de noviembre de 1850, ibídem, pp. 59-60.

68 Sin fecha, en M. DE RUBRIS, *Confidenze di Massimo d'Azeglio dal carteggio con Teresa Targioni Tozzetti,* Milán, Mondadori, 1930, p. 263.

nos, que para él era la forma predominante, casi primordial, de amor, de las uniones transitorias, más superficiales, con cónyuges o amantes. La relación de Massimo con su hermano jesuita Prospero apunta a la existencia en el *Risorgimento* de un espacio doméstico restringido que ofrecía un refugio de afecto frente a la ferocidad de la esfera pública. Sugiere, sin embargo, que esa vida privada no era necesariamente dominio de las mujeres.

Mazzini recomendó a un posible biógrafo que no entrase en su vida privada: «El que debe interesar principalmente a Italia y a Europa es el *italiano*; el *hombre* debe seguir siendo apreciado por los pocos que me conocen». Y continuaba: «Haga lo que Dios le inspire, pero no toque mis cartas ni mis asuntos íntimos»[69]. Como conclusión, pretendo sugerir exactamente lo contrario, es decir, que la conducta privada del hombre es importante para nuestra comprensión de la figura pública.

Las relaciones familiares establecidas por los patriotas italianos nos ayudan a captar algo más que su actitud ante la vida cotidiana. Facilitan mucha información sobre su visión de la política y sobre las funciones asignadas a hombres y mujeres en la nación. Pese a la encendida retórica a favor de las mujeres y pese a las numerosas amistades femeninas (sin duda sinceras) que entablaron los patriotas, la subordinación política de las mujeres en la Europa del siglo XIX encuentra su reflejo en su sumisión personal a hombres como Mazzini o Garibaldi. El recurso al amor materno pudo hacer que la nación pareciese algo natural, pero ambas instancias sirvieron para reforzar la posición subalterna de las mujeres. A través de sus relaciones con hombres patriotas, las mujeres patriotas lograron cierta presencia en la vida pública pero, contra lo que sucedía en el caso de los hombres, esta presencia siempre estuvo definida por sus roles «naturales» —privados, sexuales o familiares—. Por este motivo, los aspectos de la vida privada durante el *Risorgimento* que han permanecido ocultos al ojo público resultan más esclarecedores que los vínculos familiares que los patriotas prefirieron mostrar.

69 Citado en R. SARTI, *Mazzini…*, 1997, p. 6. El énfasis está en el original.

La construcción de la «Gran Mujer de Letras Española»: los desafíos de Emilia Pardo Bazán (1851-1921)*

Isabel Burdiel
Universitat de València

> *Like a traveler, there was much she could tell, there was much that could never be told*
>
> James Salter, *Light Years*

Hace ya algunos años, la historiadora norteamericana Susan Kirkpatrick se preguntaba cómo fue posible Emilia Pardo Bazán en la España de su época[1]. Aquella novelista extraordinariamente popular, traducida en vida a todas las lenguas cultas del mundo, incluidos el estonio y el japonés; autora de obras canónicas de la literatura española del siglo XIX como *Los pazos de Ulloa* o *La madre naturaleza*, periodista, crítica e historiadora de la literatura.

Estuvo en el centro del cambio de registro novelístico de su época, contribuyendo a la divulgación y discusión públicas del naturalismo y al debate sobre cuál era o había de ser la tradición literaria genuinamente española. Fue dramaturga (único ámbito en el que no tuvo éxito); cuentista, a mi juicio excepcional; empresaria editorial, con una revista y publicaciones pioneras en la difusión en España de la literatura rusa (Dostoievski, Tolstoi o Turgueniev) y de los debates franceses y británicos sobre el feminismo, con la traducción y comentario crítico de las obras de John Stuart Mill y August Bebel.

* La versión final de este texto se ha beneficiado de los estimulantes comentarios de Nerea Aresti, Jesús Millán, Isabel Morant, Cristina Patiño y Mª Cruz Romeo. La autora forma parte de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (HAR2008-03428). Página web: www.valencia.edu/retpb y del proyecto HAR2014-53802-P.

1 Susan KIRKPATRICK, «Emilia Pardo Bazán: La ambigüedad de una mujer moderna», en Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL, *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 376-385.

Pardo Bazán fue, al mismo tiempo, la intelectual más cosmopolita de su generación y la escritora nacional por excelencia, la gran mujer de letras del siglo XIX español. Contribuyó de forma decisiva (a la par que los grandes de su época, Valera, *Clarín* o Galdós) al proceso de construcción de la esfera cultural y del canon nacional durante la segunda mitad del siglo XIX e insertó en ellos, con una repercusión que no tuvo ninguna otra escritora de su época, la crítica a la diferencia jerárquica de los sexos. Una excelente promotora de sí misma, potente intelectualmente, prolífica, acumuló paradojas en una obra y en una vida que compitieron —al menos durante unos años cruciales— en ver cuál era más arriesgada y transgresora de los parámetros establecidos respecto a cómo debía ser una mujer escritora respetable.

Miembro de la hidalguía gallega por nacimiento, y aristócrata española por vocación, atrevida y mordaz en sus juicios, amante de las polémicas, apasionada y radicalmente antisentimental. Católica y feminista, españolista militante y europeísta convencida, carlista, regeneracionista, antiliberal e iconoclasta. Tradicionalista y fascinada por el progreso y por la ciencia, humanista y abiertamente elitista. Moderna y antimoderna. Su obra novelística y crítica fue capaz de dar cabida a todas las manifestaciones del malestar en la modernidad de la España de la Restauración, acogiendo opiniones y posibilidades de ser y de mirar el mundo, de actuar, que desafiaban tanto a sus lectores como a ella misma.

Podría ser cierto, como dijo Lord Acton de *George Eliot*, que Emilia Pardo Bazán fuese el más interesante de sus personajes y su vida, su mejor obra. En todo caso, creo que ambas se explican, requieren, enriquecen e iluminan mutuamente. Hermione Lee ha escrito sobre Colette: «Aunque canalizó su vida en su obra casi tan rápidamente como la vivió, sus ficciones manipularon esa vida con enorme maestría y deliberación»[2]. En la gran narrativa heroica que el feminismo ha ido construyendo sobre las biografías de las mujeres escritoras del siglo XIX, la suya convoca todas las preguntas importantes al respecto: ¿Qué hay de singular y de distinto en una mujer escritora dentro de una esfera cultural concebida como esencialmente masculina? ¿Es pertinente esa pregunta o es una impertinencia sexista que las atrapa en un dilema irresoluble del cual formaría parte la empresa biográfica? O mucho más

2 Lord ACTON, «George Eliot's Life», en *The Nineteenth Century*, marzo de 1885, p. 1884; y Hermione LEE, *Body Parts. Essays on Life-writing*, Londres, Chatto & Windus, 2005, p. 116.

interesante: ¿Cómo se cruzan las fronteras entre la vida y la obra, entre la realidad y la ficción? ¿Cómo se ve afectada la propia biografía por los personajes creados, por las posibilidades exploradas en la ficción? ¿Cómo se multiplica el yo, se modifica y transforma en el flujo vivo de la escritura?

Para tratar con lo que puede llegar a significar históricamente la vida de Emilia Pardo Bazán no hay más remedio que complicar lo que entendemos por *vida* y por *obra*, por política y por cultura, o por feminismo y por modernidad. Es obligado preguntarse por el papel que cabe atribuir a la novela, y a la esfera cultural en general, en la exploración, fijación y discusión de las tensiones producidas por el cambio socioeconómico y político en la España de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. Un período clave en la construcción del Estado-nación, en el proceso de nacionalización española (incluida la de las mujeres), así como en la definición de los retos de la democracia y del autoritarismo como respuestas al llamado «acceso de las masas a la política», con su intensa re-definición del concepto y la práctica de la ciudadanía.

En estos momentos todas esas cuestiones constituyen el núcleo central de una investigación biográfica sobre Pardo Bazán, aún en sus primeros pasos. Este artículo propone un primer plan de trabajo al hilo de tres preguntas que considero estrechamente relacionadas entre sí y que tratan de movilizar conjuntamente planos de análisis cultural, político y social así como esferas de identidad y experiencia tipificadas como públicas y privadas. ¿Qué medio la hizo posible? ¿Qué tipo de intelectual intentó ser? ¿Qué papel desempeñó en su vida y en su obra la combinación de un elitismo social y un antiliberalismo acusados con una honda preocupación por la llamada cuestión social y un feminismo y catolicismo enarbolados como señas de identidad fundamentales?

La primera pregunta, tal y como la formuló en su momento Susan Kirkpatrick, es sin duda pertinente pero corre el riesgo de favorecer una lectura del siglo XIX español como incapaz de sacudirse las brumas del atraso y la tradición, una sociedad semifeudal, agraria, patriarcal, en la cual Pardo Bazán sería una figura «asombrosa». Sin embargo, doña Emilia fue posible precisamente debido a la vitalidad y la pluralidad interna del liberalismo español de entonces, y en concreto del reinado isabelino, que fue el que, a su vez, hizo posible a su padre, José Pardo Bazán, a una madre estimulante y protectora, como Amalia de la Rúa, y a un círculo de amigos especialmente hospitalarios intelectualmente.

José Pardo era un hidalgo gallego, de holgada posición económica y respetabilísima posición social, que ya contaba en su familia con destacados liberales y algún afrancesado traductor de Voltaire. Formó parte del liberalismo progresista de los años cincuenta y sesenta, a muchos de cuyos líderes (por ejemplo, Salustiano de Olózaga) Emilia recordaba charlando de política en sus casas de Galicia y de Madrid.

Ese padre defendía, además, que el progreso al que sus amigos políticos aspiraban sería incompleto y engañoso si no abarcaba a las mujeres. En una amalgama ideológica que solo hoy consideramos difícil, don José era progresista y profundamente católico, y sustentaba su defensa de la educación y los derechos de las mujeres precisamente en esa combinación: «Si te dicen alguna vez —cuenta su hija que le advirtió de niña— que hay cosas que pueden hacer los hombres y las mujeres no, di que es mentira porque no puede haber dos morales para los dos sexos»[3]. Don José no tuvo más hijos que ella y no se enfrentó, por lo tanto, a las consecuencias prácticas de sus palabras. Le transmitió su culto a la moral racional y católica, la tolerancia en materia de opiniones políticas *respetables*, sus aficiones literarias y el orgullo y la conciencia de sí de la clase hidalga. Fue para ella «el mejor de mis amigos, el más leal de los consejeros y el apoyo de todos los momentos»[4].

De doña Amalia de la Rúa (procedente de una familia de igual abolengo, con muchos militares pero también escritores y periodistas liberales) sabemos menos. Fue, en todo caso, durante su larga vida, un potente y protector ángel doméstico de las ambiciones de Emilia. Todas las referencias, más bien indirectas, que tenemos de ella la sitúan a su lado, compartiendo amistades y tertulias literarias, comprendiendo y estimulando su carrera, cuidando de sus rentas y de sus nietos con lo que sus relaciones percibían como una inagotable, alegre y eficaz energía[5].

3 Emilia PARDO BAZÁN, «Apuntes autobiográficos», prólogo a *Los pazos de Ulloa*, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía., 1886. Dada la diversidad de ediciones disponibles, las citas a las obras de Pardo Bazán remiten exclusivamente al año de la mencionada primera edición.

4 Carta de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós, 29 de marzo de 1890, en E. PARDO BAZÁN, *«Miquiño mío». Cartas a Galdós de Emilia Pardo Bazán* (ed. de Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández), Madrid, Turner, 2013, p. 176.

5 Pilar FAUS, *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, La Coruña, Fundación Barrié de la Maza, 2003.

Don José Pardo Bazán y doña Amalia no eran personajes absolutamente excepcionales. Pertenecían a la élite del liberalismo progresista de la época de Isabel II, que creía en una ampliación ordenada de la esfera pública, dirigida desde arriba, capaz de crear e integrar sólidas clases medias como columna dorsal de un país moderno; también de incorporar, de forma subordinada pero potencialmente abierta, a los sectores populares del liberalismo. Un movimiento político muy interclasista, elitista y al tiempo popular, apartado sistemáticamente del poder a partir de 1844 por el ciego exclusivismo político de los moderados y de la Corte isabelina[6]. Un bloqueo político que les forzó a recurrir a la insurrección y a la movilización popular, que temían y les fascinaba a un tiempo, como ocurrió durante la revolución de 1854, tras la cual José Pardo Bazán consiguió un acta de diputado para las Cortes Constituyentes de los dos siguientes años.

Dentro de ese liberalismo progresista germinaron las primeras aproximaciones a una concepción del matrimonio como unión igualitaria y consentida en la que las mujeres instruidas desempeñarían un papel fundamental, trascendiendo la separación formal de las esferas privada y pública a través de su protagonismo en la educación de ciudadanos y ciudadanas, capaces y virtuosos. Germinaron también reflexiones mucho más radicales de transgresión de las diferencias jerárquicas entre los hombres y las mujeres que ayudaron a forjar las primeras propuestas feministas modernas. Fueron las posibilidades de ese ambiente las que estimularon a otra mujer singular, Gertrudis Gómez de Avellaneda, con la que Emilia Pardo Bazán acabó estableciendo una conversación más allá de la muerte sobre el acceso a la esfera pública de las mujeres. La frustración de los horizontes abiertos formó parte (y de un modo singularmente doloroso en el caso de Avellaneda) de su aprendizaje[7].

A veces, el tiempo por detrás, el que ha pasado, es más progresista que el tiempo que está por venir y creo (lo propongo para la discusión) que el progresismo isabelino fue más abierto que el liberalismo de la Restauración y menos encorsetado por la radical misoginia del

6 Mª Cruz ROMEO, «La cultura política del progresismo: Las utopías liberales, una herencia en discusión», en *Berceo*, 139 (2000), pp. 9-30.

7 Emilia PARDO BAZÁN, «La cuestión académica. A Gertrudis Gómez de Avellaneda (en Los Campos Elíseos)», carta publicada en *La España Moderna*, en febrero de 1889. Ver el texto de Mónica BURGUERA en este mismo volumen y su obra *Las damas del liberalismo respetable. Los imaginarios sociales del feminismo liberal en España (1834-1850*), Madrid, Cátedra-Feminismos, 2012.

cientifismo positivista y la separación natural de esferas e identidades. Con todas sus limitaciones, abrió puertas capaces de favorecer e integrar horizontes de transgresión efectiva de las diferencias de género[8]. No es casualidad que otra de las imágenes de la infancia de Emilia fuese el de la condesa de Espoz y Mina, escritora progresista muy respetada de la generación de su padre, cuya biblioteca frecuentó durante su infancia y adolescencia.

Aquel liberalismo colaboró activamente y acogió lleno de ilusiones la revolución de 1868 que destronó a Isabel II. Pronto, sin embargo, la tormenta social y política que trajo consigo provocó el pánico de muchos de los notables progresistas que la habían apoyado. El llamado Sexenio Revolucionario fue un parteaguas fundamental para la historia del liberalismo decimonónico y para la familia Pardo Bazán.

Don José Pardo Bazán, como había ocurrido en el Bienio, resultó elegido diputado y se trasladó a Madrid. Allí fue testigo de lo que denominó «la anarquía revolucionaria» y el rostro, no amable sino crispado y exigente, de unas clases populares que el progresismo de viejo cuño ya no era capaz de controlar. Cuando las Cortes Constituyentes aprobaron la libertad de cultos, presentó la renuncia a su acta de diputado y, como otros muchos de su clase, se «retrajo» a la vida privada hasta que se produjo la Restauración de la dinastía borbónica en la persona de Alfonso XII, el hijo de Isabel II. A cambio, recibió el título pontificio de conde de Pardo Bazán, lo que no le impidió mostrar su apoyo a los catedráticos krausistas represaliados en 1875, al inicio de la Restauración[9].

Emilia es también hija de aquel corrimiento de tierras político que para su generación fue el Sexenio Revolucionario y de las heridas profundas que provocó en el viejo liberalismo isabelino. No por casualidad su primera gran novela, *La Tribuna* (1883), es la historia urbana y de

8 Mª Cruz ROMEO, «Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria», en Mª Cruz ROMEO y María SIERRA (coords.), *La España liberal, 1833-1874*, vol. II de *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 89-127. Para el diferente escenario posterior, Nerea ARESTI, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001.

9 Eva ACOSTA, *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla,* Barcelona, Lumen, 2007, pp. 123 y 126. Véase también la biografía de Pilar FAUS ya citada y Carmen BRAVO VILLASANTE, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán,* Madrid, Revista de Occidente, 1962, en los capítulos correspondientes a estos años.

clase de una obrera de la fábrica de tabacos de La Coruña, revolucionaria, inteligente e ignorante, honesta y apasionada, traicionada por un señorito. Una historia abierta a la modernidad, con sus ilusiones y sus desengaños, mucho menos conservadora a mi juicio de lo que habitualmente se ha valorado[10].

El año 1868 aunó para Pardo Bazán las esferas de lo doméstico y lo público, de la Historia con mayúsculas y de las historias con minúscula, de una forma que estuvo para siempre presente en toda su obra. «Me casé, me vestí de largo y estalló la Revolución de septiembre»[11]. Tenía 17 años y se trató de un matrimonio organizado en familia con un joven hidalgo, de acusadas simpatías carlistas pero de carácter suave, con ambiciones intelectuales y artísticas, lleno de admiración por la personalidad exuberante y el talento de su esposa. José Quiroga de Deza es otro de los ángeles en la cuna de Emilia, tan misterioso como Amalia de la Rúa, a pesar de que ha dejado algún rastro documental más que ella.

Desde el principio, le dio espacio vital para crecer intelectualmente, la respetó e incluso (cuenta la leyenda) la amó siempre. Al mismo tiempo, le proporcionó una libertad inusitada en la época y se eclipsó de su vida civilizadamente (con todas las protestas de dignidad y honor heridos) cuando ambos dejaron de estar de acuerdo respecto al deseo de Emilia, no solo de ser escritora, sino de estrechar sus relaciones con sus amigos krausistas, de entrar en polémicas públicas poco femeninas y de convertirse en una intelectual profesional. Ayudó a todo ello la frustración de la familia Pardo Bazán ante la incapacidad de Quiroga para alguna actividad consistente (nunca ejerció la abogacía, practicó intermitentemente la escultura y la abandonó…) y su pasividad en un pleito familiar por sus derechos de herencia.

Tras la separación efectiva, José Quiroga se retiró discretamente a Galicia, firmó poderes a su mujer para que pudiese gestionar personalmente las ganancias de sus publicaciones —«como si la referida señora no perteneciese al estado de casada»— y colaboró en mantener

10 Véase al respecto el monográfico sobre esta obra en *La Tribuna*, 5 (2007), especialmente el ensayo de Cristina PATIÑO, «Epifanías oratorias en *La Tribuna*, Mujer Nueva», pp. 101-120.

11 Emilia PARDO BAZÁN, «Apuntes autobiográficos», prólogo a *Los pazos de Ulloa* (1886).

las apariencias cuando fue necesario[12]. Aquel marido tan carlista y tan civilizado es otra de las paradojas salvadoras del entorno privado de Emilia Pardo Bazán sobre el cual le fue posible, emocional, social e intelectualmente, construir su carrera para convertirse en «la gran mujer de letras» del XIX. Un tema que requiere, sin duda, una reflexión más amplia y más compleja.

Lo primero que me ha llamado la atención es que en su decisión —a diferencia de otras escritoras de su época en España y en Europa— no hay desgarro emocional, titubeos, miedos y vacilaciones sobre la propia identidad como «mujer pública». Hay pasión, voluntad de derribar obstáculos, de ser y de estar. Hay un antisentimentalismo militante y burlón, y una opción estética, y podríamos denominar metodológica, por lo que entonces se calificó de naturalismo (o realismo naturalista), como la forma de hacer compatible su pasión por la ciencia y por la literatura. Como la gran tradición que habría que establecer para acabar con todos los vestigios del romanticismo y construir culturalmente la España moderna.

Con ello entro en la segunda pregunta. ¿Qué tipo de escritora, de intelectual, quiso ser Pardo Bazán? No tengo respuestas acabadas pero sí algunas líneas posibles de desarrollo. En primer lugar, Pardo Bazán fue una escritora deliberadamente irreverente respecto a la solemnidad de la figura del escritor, sobre la cultura de la posteridad, y del genio extraordinario y sublime, alimentada por el romanticismo y que todavía pervivía en su época. Creía en el talento y en el trabajo («terrenales y no celestiales») y cuestionó siempre la barrera o dicotomía entre alta y baja cultura a la hora de juzgar la importancia de una obra. Son muy expresivas, a este respecto, sus respuestas bien humoradas a Menéndez Pelayo y a Giner de los Ríos cuando la advertían de los riesgos de lanzarse a escribir novelas y de abandonar estudios más serios:

A Menéndez Pelayo —que se escandalizó con su *Viaje de novios* (1881)— le escribió:

> Estaba oyendo, antes de oírlo, todo lo que Vd. me dice del *Viaje de novios*. Sospechaba que el género no le había de gustar a Vd. ni poco ni mucho,

12 Grupo de investigación *La Tribuna,* «Aportaciones a la biografía de Emilia Pardo Bazán. La crisis matrimonial (1875-1884)», en *La Tribuna*, 6 (2008), pp. 71-127, con interesantes anotaciones sobre la relación entre la familia Pardo Bazán y el krausismo.

> y que las descripciones le parecerían prolijas, acaso impertinentes. *C'est un peu la mode,* como dicen nuestros vecinos, describir así; y además yo noto que sirvo para el caso y que lejos de costarme trabajo, me entretiene tanto esa menudencia de objetos, esa pintura detallada, como a Vd. los pormenores de la erudición e historia. En cuanto a los galicismos, cierto que los hay, pero yo me veo en el caso del hombre de la fábula que tenía dos amantes y una le arrancaba los pelos blancos y otra los negros, hasta que entre las dos le dejaron calvo; *Clarín* reprueba mis arcaísmos, Vd. mis galicismos, y voy a concluir por no saber cómo hablar. Fuera de broma, crea Vd. que hoy es un problema escribir novelas modernas sin incurrir en alguna frase de galiparla, porque el lenguaje *usual* y *corriente* tiene infinitas.[13]

A ella, sin duda y desde muy al principio de su empeño en escribir novelas, lo que le interesaba era el lenguaje *usual* y *corriente*, y la vida usual y corriente. La expresividad sonora de su obra fue sobresaliente. En carta a Giner le había dicho que no era necesario aguardar para formarse un juicio estético completamente exacto, coherente o acabado antes de atreverse a escribir novelas:

> Esta es mi profesión de fe: el que tiene disposiciones para escribir debe hacerlo; empezando por poco para ir a más; errando algunas veces para acertar otras; en estilo florido o severo, alto o bajo, como pueda; de asuntos graves o frívolos, según le dicte su temperamento; sin aspirar a la suma perfección y sin creerse superior a los demás; respetando los gustos y el decoro, pero con cierta soltura; y sin aguardar para todo ello a formarse un criterio muy exacto, filosófico, estético, etc. que, ¡ay! no logrará acaso poseer nunca. Vd. no cree esto; he aquí en lo que diferimos.[14]

Existen ya buenas valoraciones críticas sobre la polvareda que levantó la ocurrencia de doña Emilia de hacer público el criterio filosófico y estético que le había pedido Giner bajo la forma de una serie de artículos en *La Época* (1882 y 1883), luego editados en forma de libro con prólogo de *Clarín*. *La cuestión palpitante* constituyó un hito en la «naturalización del naturalismo» en la literatura española del momento y fue rápidamente traducida al francés. Se trató, sin duda, de una obra

13 Emilia Pardo Bazán a Marcelino Menéndez Pelayo, La Coruña, 7 de enero de 1882. Citado por Carmen BRAVO VILLASANTE, *Vida y obra…*, 1962, pp. 72-73.

14 Emilia Pardo Bazán a Francisco Giner de los Ríos, La Coruña, 19 de septiembre de 1879, en José Luis VARELA (ed.), «E. Pardo Bazán: Epistolario a Giner de los Ríos», en *Boletín de la Real Academia de la Historia* CXXIII (2001), cuaderno II, pp. 376-377.

de divulgación pero por eso mismo causó el impacto que causó y provocó el debate que provocó, como quizás ninguna otra obra de crítica en su momento[15].

Su planteamiento del tema, más bien apresurado y contradictorio, la convirtió en una escritora famosa de la noche a la mañana, cuando aún no había publicado más que un par de novelas de difusión modesta. Digo *escritora* en femenino recalcado porque parte del escándalo y de la atención recibida tuvo que ver con el hecho de que una mujer (y una dama), a pesar de que tuvo mucho cuidado en mantener las distancias, firmará aquellos artículos tan «varoniles» sobre una forma de literatura tan ruda y masculina como el naturalismo. Una opción literaria y una celebridad consolidadas con la publicación ese mismo año de 1883 de su novela *La Tribuna*.

Sin embargo, y contra las asunciones habituales respecto a las características de las mentes femeninas, aquella apuesta concordaba bien con su interés muy temprano por la ciencia. Fue precisamente el descubrimiento de que la observación y la experimentación podían aplicarse también al arte, lo que la llevó a interesarse por la novela como el género más capaz de acoger ese proyecto «científico». Desde entonces, la literatura fue para ella una forma de conocimiento del mundo y de los estados y fases de su propio yo; también una forma de establecer la posición del intelectual como vanguardia de una mirada sociopolítica *neutral*, alejada del subjetivismo y la exaltación románticos; como el «método de análisis implacable que nos impone el arte moderno»[16].

Si la escritura fue siempre para ella una actividad relacionada con «las ciencias del espíritu», resultó también una profesión y una aspiración de identidad vivida, no solo en privado, sino declaradamente en público. En un momento en que todavía se estaba tanteando lo que implicaba la profesionalización del escritor, Emilia Pardo Bazán construyó su imagen pública de escritora como una forma de estar en el mundo que aspiraba al reconocimiento y, también, a convertirse en una manera legítima de ganarse la vida. Sin remilgos de clase o de género, fue desde muy pronto una excelente empresaria de sí misma, asumiendo —frente al modelo romántico del escritor genial— el modelo comercial del es-

15 Emilia PARDO BAZÁN, *La cuestión palpitante* (ed. de José Manuel González Herrán), Barcelona, Anthropos-Universidad de Santiago de Compostela, 1989.

16 Emilia PARDO BAZÁN, prólogo a *La Tribuna* (1883).

critor profesional, que se encarga de promocionar sus obras, de diseñar su sucesión, de buscar las redes intelectuales, las críticas necesarias, las tertulias a las que hay que acudir u organizar, las empresas que hay que fundar o apoyar, y las instituciones en las que es necesario estar[17], entre ellas, los círculos y ateneos de la alta sociedad cultural de la época, la Universidad y la Academia por antonomasia, la de la Lengua.

Lo consiguió todo menos que esta última la aceptase. Aun así, gestionó de manera sumamente inteligente sus negativas (en 1889, 1891 y 1912), logrando apoyos muy sólidos, que son más interesantes de analizar que la misoginia rutinaria de los que se opusieron a ella. Con su medida respuesta al rechazo académico, perfiló mejor su figura pública y consiguió forzar la declaración explícita de que no se le permitía el acceso por ser mujer. Se declaró «candidata perpetua» y años después escribió: «En este caso especial, la lucha vale más que el triunfo»[18].

Además, Emilia Pardo Bazán se hizo cargo —con la ayuda de su madre— de la gestión de su patrimonio personal al fallecer su padre en 1890. Fundó una revista y una editorial (*Nuevo Teatro Crítico* y *La Biblioteca de la Mujer)* y, de una forma singularmente moderna, combinó las rentas de sus propiedades con el trabajo remunerado y una clara conciencia de estar abriendo, como dijo en más de una ocasión, «un mercado» propio con sus obras[19].

17 Sobre esta cuestión está trabajando Helena Miguelez-Carballeira con la que mantuve una interesante conversación al respecto en correos electrónicos de 20 y 23 de mayo de 2014. Véase, asimismo, Cristina PATIÑO, «Génesis, historia y transmisión de los textos de Emilia Pardo Bazán: Estado de la cuestión», en J. M. GONZÁLEZ HERRÁN *et al*. (eds.), *Emilia Pardo Bazán: Estado de la cuestión. Simposio*, A Coruña, Casa-Museo Emilia Pardo Bazán-Fundación Caixa Galicia, 2005, pp. 67-112. José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN, «La emancipación de la mujer de letras: Emilia Pardo Bazán (1889-1892)», en Pura FERNÁNDEZ y Marie-Linda ORTEGA (eds.), *La mujer de letras o la letraherida. Discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2008, pp. 345-364. Véase también Jean-François BOTREL, «Emilia Pardo Bazán, mujer de letras», en Ana Mª FREIRE (ed.), *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, A Coruña, Fundación Pedro Barriés de la Maza, 2003, pp. 155-168. Para un contexto general, Jesús A. MARTÍNEZ, *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

18 Cristina PATIÑO, «En los umbrales de la Academia: Emilia Pardo Bazán, impugnadora de *La Tradición del Absurdo* en dos cartas de campaña y una entrevista *olvidada*», *La Tribuna*, 2 (2004), pp. 131-155.

19 Equipo de investigación *La Tribuna*, «La riqueza de Emilia Pardo Bazán. Una aproximación a su estudio», en *La Tribuna*, 7 (2009), pp. 37-79.

Si la escritura era al tiempo una actividad artística y una profesión, la sociabilidad (literaria o no) era un modo de vida. De naturaleza expansiva, Pardo Bazán nunca quiso enclaustrarse ni cultivar una actitud puritana y esquiva ante el mundo como hicieron otras mujeres escritoras de su entorno, temerosas de que las tomasen, no solo por escritoras, sino por mujeres casquivanas, por *mujeres públicas*. Pardo Bazán cultivó una intensa vida social en la que cruzó diversos círculos, aristocráticos y/o literarios, manteniendo una activa correspondencia y una tertulia muy solicitada en sus casas de Galicia y de Madrid. Fue, en suma, una intelectual muy mundana.

Su actitud contrastaba (de una forma que muchos de sus contemporáneos fueron incapaces de digerir) con el retiro solemne, el puritanismo en los modales, en el vestir y en el estilo de su coetánea, la prestigiosa jurista y reformista social, Concepción Arenal, de la condesa de Espoz y Mina o de la doliente (al menos en el estereotipo) Rosalía de Castro[20]. Tampoco aceptó nunca la imagen de la escritora solitaria, sacrificial, condenada a la soledad y al desamor, confinada con su pluma en algún desván, lejos del mundo, medio loca quizás, o tenida por tal. No fue la *letraherida*, ni cultivó (aunque se la adjudicaron en numerosas ocasiones) la imagen de la arrojada amazona de las letras fatalmente ridiculizable. Cuando al final de su vida le preguntaron si para ella era fácil escribir contestó: «Ya lo creo, si no, no escribiría. Escribir no es cavar»[21].

Esta forma de proyectarse en sociedad, de definir abierta y gozosamente su personaje como escritora, es a mi juicio una de las características más transgresoras de Emilia Pardo Bazán. Nunca le asustaron la fama y sus costes para una mujer y supo gestionar con gran inteligencia su imagen como autora célebre. Es difícil encontrar, en España y en

20 Mª Cruz ROMEO, «Juana María de la Vega, condesa de Espoz y Mina (1805-1872). Por amor al esposo, por amor a la patria», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 209-238; y «Concepción Arenal: reformar la sociedad desde los márgenes», en Manuel PÉREZ LEDESMA e Isabel BURDIEL (eds.), *Liberales eminentes,* Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 213-244.

21 Enrique ESTÉVEZ ORTEGA, «La condesa de Pardo Bazán» (1923), citado por Eva ACOSTA en *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla,* Madrid, Lumen, 2007, p. 566. La referencia a la locura y al desván remite, por supuesto, a Sandra M. GILBERT y Susan GUBAR, *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998.

Europa, otras escritoras de su generación que hagan algo similar en el difícil esfuerzo de lo que Jo Burr Margadant ha llamado «fabricar un yo femenino legible para el público»[22]. No recuerdo ninguna que fuese tan capaz de asumir en público con tanta confianza su excepcionalidad significativa y sacar rendimiento personal y profesional de ella.

Doña Emilia supo ver desde muy pronto la trampa sexista que suponía para una mujer comprar una reputación de rigurosa y seria, de respetable, a cambio de cumplir rigurosamente las reglas sociales del retiro doméstico, la modestia y la falta de ambición. Ella disfrutaba con la vida social, le gustaba cuidar su vestimenta siempre un poco «flamboyante» y nunca ocultó que deseaba la gloria literaria, que estaba llena de ambiciones. El resultado fue que, durante años, la persiguió la fama de voluble y superficial por comparación con aquellas otras señoras tan profundas, serias y respetables[23]. En realidad, a mi juicio y al de la posteridad, su decidida opción por la vida pública no evitó que se convirtiese en la mejor, más brillante, más versátil y sólida escritora de su generación. Por ello, quizás, además de por la distribución sexista de los talentos y por la prístina falta de sentimentalismo de sus novelas naturalistas, a Pardo Bazán se le atribuye un «talento macho», una «actitud varonil»; «escribe a lo hombre [...] produce como un hombre», sentenció *Clarín*[24].

Una mujer que de forma muy curiosa, y me gustaría reflexionar más sobre ello, enlazó la cultura de las *salonnières* del siglo XVIII con las actitudes y los modos de vida más libres de lo que en la época se denominaba «la mujer moderna», «la mujer nueva». Si hubo un papel que

22 Jo Burr MARGADANT (ed.), «Introduction. Constructing selves in historical perspective», en *The new biography. Performing Feminity in Nineteenth-Century*, Berkeley, University of California Press, 2000, pp. 1-32.

23 No le importó en absoluto, por ejemplo, anunciar un aceite de oliva para promocionar los libros de cocina de su Biblioteca de la Mujer, con los que esperaba tener más éxito comercial que con las obras feministas de Stuart Mill y Bebel. Libros de cocina, por cierto, que formaban parte sustancial de su proyecto de nacionalización española. Para una valoración global de este último tema, véase «Emilia Pardo Bazán: The nazionalitation/civilization of Spanish cuisine», en Lara ANDERSON, *Cooking up the nation. Spanish culinary texts and culinary nazionalitation in the late ninetennth and early twentieth century*, Nueva York, Tamesis, 2013, pp. 95-119.

24 Leopoldo ALAS, *CLARÍN*, «Emilia Pardo Bazán y sus últimas obras», en Ermita PENAS, *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 2003, p. 102.

se negó a representar, que no podía soportar y contra cuyos fantasmas luchó toda vida y en todas sus obras, fue el del ángel doméstico de la cultura liberal y burguesa. Un estereotipo que salta constantemente por los aires en sus obras (abierta o soterradamente) y cuya transgresión, a diferencia de lo que ocurre en la inmensa mayoría de las novelas de mujeres y de hombres de su época, no se paga siempre con la tragedia o la muerte. Los finales felices para la rebeldía fueron una especialidad suya, al menos durante unos años y en unas obras cruciales[25].

Pardo Bazán atribuyó a varias de sus protagonistas femeninas —no a todas y no en los últimos años de su vida— *el poder de nombrarse*, de *crearse a sí mismas*, sin la victimización y el sufrimiento característicos de otras narrativas heroicas de mujeres escritoras de su tiempo. Por ello, y contra lo que una lectura superficial podría concluir, esos finales felices no son síntoma de un feminismo edulcorado sino todo lo contrario. Son una transgresión en toda regla del destino trágico de las mujeres poco convencionales y una celebración de su alegría de vivir.

Con la excepción de lo que ocurre en sus primeras obras y en las, muy interesantes por otras razones, novelas de su vejez, los destinos trágicos excluyen a las mujeres educadas y sensatas (y de la alta sociedad): son productos, en buena medida, de la ignorancia y apasionamiento de las jóvenes del pueblo enamoradas de señoritos sin escrúpulos o de la sumisión de las damas respetables y sofocadas de una clase media que sacrifica a sus hijas, de la desigualdad (social y *artificial*) en las relaciones entre los sexos[26]. No en vano, el prólogo a *La esclavitud femenina*, de John Suart Mill, que publicó en su Biblioteca de la Mujer, es en buena medida una defensa algo melancólica de aquel amor entre iguales que, a su juicio, fue el de Stuart Mill y Mrs. Taylor[27].

En su distanciamiento del ángel doméstico, de la esfinge puritana y de la *letraherida* operaron con gran eficacia su sentido del humor

25 Remito, sin poder entrar ahora en más detalles, a *Insolación* (1889), *Memorias de un solterón* (1896) o *El tesoro de Gastón* (1897), pero también a *Doña Milagros* (1894) o *La piedra angular* (1891).

26 Desde la Nucha de *Los pazos de Ulloa* (1886), hasta Esclavitud en *Morriña* (1889) o Carmiña Aldao de *Una cristiana* (1890). Merecen una lectura nueva, desde este punto de vista, sus novelas finales y sus experimentos con el modernismo: *La quimera* (1905), *La sirena negra* (1908) y *Dulce dueño* (1911).

27 Edición original de PARDO BAZÁN en 1892. Véase la edición en Madrid, Cátedra-Feminismos, 1991. John STUART MILL y Harriet TAYLOR MILL, *Ensayos sobre la igualdad sexual*, Madrid, Cátedra-Feminismos, 2001.

y la elegante distancia que logró mantener durante toda su vida (al menos en público) respecto a sus muchos enemigos —entre ellos, el muy mezquino Manuel Murguía, esposo de Rosalía de Castro y la figura más destacada del galleguismo decimonónico— y a algunos viejos amigos más o menos despechados, como Menéndez Pelayo o *Clarín*[28].

Amante durante unos breves años del novelista canónico por excelencia del XIX español, Benito Pérez Galdós, el relato de su relación —elaborado en su correspondencia pero también en varias novelas escritas casi al mismo tiempo— cuestionó sistemáticamente aquel nudo de sumisión y desigualdad que ya Mary Wollstonecraft había identificado varias generaciones antes como el más difícil de romper por las mujeres: el del amor y el deseo desiguales. Una particular *joie de vivre,* que arrincona aquellos fantasmas y trastoca cuidadosamente las definiciones de género, se revela en su correspondencia privada con Galdós: «¿Quieres que te diga la verdad? Siempre me he reprimido algo contigo por miedo a causarte daño físico [...]. Siempre te he mirado como los maridos robustos a las mujeres delicaditas y tiernamente amadas, que tienen con ellas *menágaments* [...] el temor a dañarte con mi corpachón [...] no sé qué sentimiento de protección física del más fuerte al más débil me contenía; este dique encrespa más la violencia del deseo. Por lo demás, y autorizada y rogada por ti, [...] te aplastaré. Después hablaremos tan dulcemente de literatura y de Academia y de tonterías»[29].

Su novela *Insolación* (1889), generalmente considerada autobiográfica, escandalizó profundamente a *Clarín*: «¿Es esto el amor: el bueno o malo, es esto?; examinado de cerca y con profundidad y franqueza y sin idealismos, el amor es ese apetito, no vehemente pero sí tenaz e invariable, prosaico y frío. Y a pesar de verlo así su protagonista no desespera, ni siquiera encuentra un dejo de amargura en ese amor; no hay pesimismo, no hay sarcasmo implícito en esa historia de aventuras indecentes, hay complacencia, casi alegría [...] no tiene una sola

28 Xosé Ramón BARREIRO, *Murguía*, Vigo, Galaxia, 2012. Manuel MURGUÍA, «Murguía y la Pardo Bazán» y «Cuentas ajustadas, medio cobradas», en *Murguía e La Voz de Galicia*, A Coruña, La Voz de Galicia, 2000, pp. 42-44 y 65-119.

29 Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós, 7 de mayo y 12 de octubre de 1889, en Emilia PARDO BAZÁN, *«Miquiño mío…»*, 2013, pp. 134-135 y 151-152. Para una valoración crítica de esta edición, Cristina PATIÑO, *La Tribuna*, 9 (2012-2013), pp. 379-388.

nota poética, nada profundo ni ideal, nada que sea una ventana abierta sobre el ensueño, ¡y es una historia de amor! No se sabe qué pensar leyendo esto»[30].

Desde luego, el amor que sucede en *Insolación* no sigue el estereotipo del hombre seductor, frío y analítico, y la mujer seducida, arrastrada a la perdición por sus sentimientos incontrolables. Su protagonista —como escribió María Martínez Sierra (María Lejárraga) en un inusual y perspicaz homenaje a Pardo Bazán— disfruta «la dulce voluptuosidad de saborear los pasos del vencimiento [...] y la amarga voluptuosidad de la clarividencia [...] que heriría de muerte todo amor masculino»[31].

Asís de Tablada tiene muy poco que ver con la víctima de los deseos masculinos que fue la pobre Ana Ozores de *La Regenta*. No, desde luego, *Clarín* no sabía qué pensar leyendo aquello y debió de sentirse aterrado ante la «vulgaridad» de afirmaciones como esta: «Señor, ¿por qué no han de tener las mujeres derecho a encontrar bien formado el muslo de un hombre o a imaginarse el cosquilleo de un bigote [...] Si no lo decimos, lo pensamos. Y no hay nada más peligroso que lo reprimido y oculto, lo que se queda dentro»[32].

Pardo Bazán hace trizas en esta novela el régimen sentimental que escritores como Valera, Galdós o *Clarín* prescribieron para sus mujeres y sus hombres. No es menor en esa ruptura el despliegue de un sentido del humor que se consideraba un rasgo imposible en una mujer, su énfasis en la salud, en la fortaleza y el ejercicio al aire libre, su impaciencia ante el culto a la fragilidad física y mental femenina y su insistencia en que la admiración sexual desempeñaba en las pasiones amorosas de las mujeres un lugar tan importante como en los hombres. Todo ello cuestionando radicalmente el estereotipo clásico en su época (no en Galdós, pero sí en Pereda o Valera) de que «lo natural» (y la mujer pura como encarnación de la naturaleza) era la salvación del hombre neurótico y

30 Leopoldo ALAS, *CLARÍN*, «Emilia Pardo Bazán y sus últimas obras», en Ermita PENAS, *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 2003, p. 113. Para el desconcierto masculino más general en el cambio de siglo, Nerea ARESTI, *Masculinidades en tela de juicio*, Madrid, Cátedra-Feminismos, 2010.

31 María MARTÍNEZ SIERRA, «La feminidad de Emilia Pardo Bazán», en Alda BLANCO (ed.), *A las mujeres: Ensayos feministas de María Martínez Sierra*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003, pp. 133-140.

32 Emilia PARDO BAZÁN, *Insolación* (1889).

civilizado. Para Emilia Pardo Bazán, la naturaleza no tenía una voz propia, «las voces están dentro», y allí donde Valera o Pereda proponen soluciones ella solo encuentra paradojas y preguntas. En todo caso, en la naturaleza no se halla la virtud, como creía Rousseau, porque la naturaleza es «esencialmente inmoral»[33].

Con ello entro en la tercera pregunta que me parece pertinente para esta primera reflexión. Susan Kirkpatrick, y también Lou Charnon-Deutsch, perciben el acendrado catolicismo de Pardo Bazán, su elitismo social y político (ellas dicen *prejuicios de clase*), como incongruencias en su proyecto de mujer moderna[34].

Me gustaría invertir (o discutir) ese planteamiento. En primer lugar, cuestionando la identidad fija y excluyente entre modernidad e irreligiosidad, o secularización. En segundo lugar, y al hilo de lo anterior, proponiendo una concepción más plural de la modernidad política y, en tercer lugar, poniendo en cuestión el carácter intrínseca e idealmente pro-democrático del primer feminismo.

Creo que, lejos de constituir (solo) contradicciones o incongruencias, el catolicismo, el aristocratismo y la crítica a la modernidad canónica, asociada al liberalismo y a la democracia, de Pardo Bazán fueron los espacios y lenguajes disponibles, las plataformas intelectuales que le permitieron articular su aguda sensación de injusticia respecto a la naturalización de la diferencia jerárquica entre los sexos. En el momento de reflexión en que me encuentro, la pregunta sustancial, planteada de la forma más simple, es la de cómo se puede ser conservadora y progresista a la vez. La pregunta se hace más compleja en la medida en que incluyamos en ella la reflexión sobre las formas de construcción histórica de qué se considera *progresista* y *conservador* en una determinada concepción de lo político, en un momento y lugar particulares, de acuerdo

33 Emilia PARDO BAZÁN, «Crónicas de la Condesa. César Lombroso», 21 de noviembre de 1909, en *Cartas de la Condesa en el Diario de la Marina. La Habana (1909-1915*), ed. de Cecilia Haydl-Cortínez, Madrid, Pliegos, 2002, p. 57; Jo LABANYI, «La problematización de lo natural: *Los pazos de Ulloa* (1886) y *La madre naturaleza* (1887) de Pardo Bazán», en *Género y modernización en la novela realista española*, Madrid, Cátedra-Feminismos, 2011, pp. 409-466.

34 Ver desarrollo al respecto en Susan KIRKPATRICK, «Emilia Pardo Bazán: La ambigüedad…», 2008; además, «Emilia Pardo Bazán: El sujeto femenino de la estética modernista» y «Pardo Bazán y la mujer escritora moderna», en Susan KIRKPATRICK, *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Cátedra, 2003, pp. 85-127 y 165-170.

con qué tipo de discursos y lenguajes disponibles. Por ello, como toda pregunta compleja, no tiene una sola respuesta sino varias.

Por lo que respecta a la cuestión del *encaje* entre catolicismo y feminismo, los estudios recientes sobre la experiencia decimonónica en la Europa católica en general, y en España en particular, han insistido en el hecho de que la religión constituyó un lenguaje disponible básico para la expresión del primer feminismo, con sustanciales beneficios argumentativos como plataforma de un acceso a la esfera pública que parecía bloqueado para las mujeres en los discursos científicos y morales asociados al liberalismo y la secularización. La identificación de los anclajes sociales e intelectuales que el catolicismo pudo ofrecer al primer feminismo ha sido y sigue siendo muy útil para abrir caminos de investigación que cuestionen las categorías dicotómicas y esencialistas heredadas, para restituir al pasado de la lucha por la emancipación de las mujeres su pluralidad interna y su capacidad de articular un discurso crítico propio que rompe las definiciones convencionales de lo progresista y lo conservador[35].

Una cuestión que requiere análisis cada vez más concretos y, al mismo tiempo, cada vez más atentos a las posibilidades de la perspectiva comparativa y transnacional, capaces de identificar las ventanas de oportunidad, los momentos y los actores en contextos distintos y cambiantes. Capaz también de identificar los horizontes cegados por el carácter voraz y la agenda netamente reaccionaria y profundamente sexista que la jerarquía de la Iglesia católica española preveía para la movilización de sus mujeres. ¿Qué tipo de relaciones vitales e intelectuales cabía establecer con la religiosidad católica y cuáles devenían

35 Inmaculada BLASCO, *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003. Mª Cruz ROMEO, «Domesticidad y política. Las relaciones de género en la sociedad posrevolucionaria», en Mª Cruz ROMEO y María SIERRA (eds.), *La España liberal, 1833-1874*, vol. II de *Historia de las culturas políticas en España y Amética Latina*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 89-127. Nerea ARESTI, «Cuestión de dignidad. Género, feminismo y culturas políticas», en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (coords.), *La Restauración y la República, 1875-1936*, vol. III de *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015 (en prensa). Agradezco a Nerea Aresti que me haya permitido leer su texto antes de la publicación. Véase también Joan SCOTT, «Women and Religion in Nineteenth-Century France», en *Max Weber Lectures* nº 2013/05, European University Institute, Florencia.

imposibles, en un país en el que la Iglesia oficial era rígidamente dogmática y logró anular toda competencia interna y externa sustancial en materia de espiritualidad religiosa?

No debe desdeñarse el hecho de que, en el medio y largo plazo, esas mujeres feministas, católicas y respetables (y esto incluye a Emilia Pardo Bazán), fueron fagocitadas, y en buena medida neutralizadas en sus aspectos más transgresores, por esa cultura política conservadora y sexista. En todo caso, sus experiencias vitales e intelectuales enlazaron mal en su momento (y luego en el relato que de sí mismo fue construyendo el feminismo español) con las mujeres insertas en las culturas políticas del liberalismo radical, demo-republicano y socialista que fueron, finalmente, las que dieron carta de naturaleza social y política al feminismo moderno.

La trayectoria de Pardo Bazán, a lo largo de su vida y en la apropiación y re-apropiación de su obra y de su memoria, desde su muerte hasta los años setenta del siglo pasado, me parece paradigmática de la complejidad que introduce el pensar de forma ni dicotómica ni complaciente su catolicismo, su feminismo, así como sus modos de combinación potencial con las promesas de libertad e igualdad del legado ilustrado paterno. En este terreno creo que fue fundamental la influencia del krausismo, tanto en el padre como en la hija, con su énfasis en la unidad de la especie humana, la capacidad transformadora de la educación y la compatibilidad entre ciencia y religión[36].

La relación de Pardo Bazán con el catolicismo puede explorarse como un código cultural básico de orientación social, moral e intelectual en tres direcciones que se vinculan entre sí de forma variable a lo largo de su vida y de su obra. En primer lugar, como la identificación sagaz de una plataforma para hablar y disentir, que le ofrecía respetabilidad social. De ahí su decisión, que es al mismo tiempo un desafío y un alarde de poder social, de viajar a Roma en 1883 para pedir la venia papal a su *Cuestión palpitante* cuando durante el debate producido por su publicación se la acusó de irreligiosidad. El catolicismo formó parte fundamental del proceso de «*self-fashioning*» de Pardo Bazán como gran dama de las letras españolas. Un proceso de construcción de identidad, una «estrategia de representación de un yo público» adecuado, para poder hablar y ser escuchada. En alguien que cuidó tanto su imagen y su ca-

36 Nerea ARESTI, *Médicos, donjuanes…*, 2001, pp. 23-26.

rrera literaria, no hay que desdeñar los mecanismos a través de los cuales —de forma no necesariamente *coherente* con otras de sus facetas públicas o íntimas— hizo y rehizo en cada momento y dimensión de su vida, y sobre todo de su labor creativa, la representación de su catolicismo.

En segundo lugar, y no menos importante, la religión católica fue para ella una forma de espiritualidad personal que identificó siempre el cristianismo con el logro histórico de superar la *barbarie* (identificada de forma característica con el mundo musulmán) y de reconocer una conciencia moral común a hombres y mujeres para proyectar una noción fuerte de responsabilidad individual fundada en el libre albedrío. Un planteamiento clásico, como se puede observar en el ensayo de Juan Pro sobre Rosa Marina de este mismo volumen, en la obra de Concepción Arenal o en el papel desempeñado por los krausistas (fundamentales, como he dicho, para la educación moral e intelectual de Pardo Bazán) en la apertura de espacios de acción e identidad para las mujeres.

Enfatizo que, en este aspecto, Pardo Bazán habló casi siempre de «cristianismo» (no de catolicismo) y que en su obra literaria hay fuertes ambivalencias y ventanas de crítica mucho más abiertas que en *Clarín*, o incluso que en Galdós, cuando deja implícita la responsabilidad de la Iglesia católica en la perpetuación de un ideal servil de perfecta casada, extremadamente peligroso para las mujeres. Algo patente en el caso de Nucha, de *Los pazos de Ulloa*, o de Carmiña Aldao, en esa misteriosa novela que es *La cristiana*. No es casualidad que se apellide Pardo el hermano de Nucha, Gabriel, que quiere salvar a la hija de esta de la degradación a la que se ha visto sometida y que exclame en *La madre naturaleza*: «¡A fuerza de lecturas, de estudiar y de ejercitar la razón, me he acostumbrado a ver el pro y el contra de todas las cosas!».

En este aspecto, me parece fundamental el desafío de Pardo Bazán a las convenciones religiosas admitidas, al «naturalizar» sus propuestas feministas dentro del discurso católico, logrando una potencia dialógica y un impacto social que no tuvo ninguna de sus predecesoras y coetáneas.

En tercer lugar, y en estrecha relación con lo apuntado hasta aquí, para Pardo Bazán el catolicismo (ahora sí enfatizado en cuanto tal) formaba parte esencial e irrenunciable de la identidad nacional española; un elemento de cohesión social fundamental y un vínculo ético entre las élites dirigentes y el pueblo en el camino, nacional, hacia el progreso. Era, además, una respuesta —que ya venía de muy atrás entre los

intelectuales españoles, al menos desde los años treinta— a la presión identitaria del mito romántico y orientalizante de España procedente de Europa. Un mito que sus viajes y su ambivalente admiración por Francia le permitían conocer bien y que siempre trató de impugnar[37].

En su obra, en su vida y en la nación soñada en ambas convivieron siempre, y discutieron con ardor pero también con buen humor, aquella pareja típica de la literatura en la Europa católica del Sur: el cura (a quien ella confiaba, según su expresión, las cosas de «tejas para arriba») y el médico (a quien había que confiar las cosas «de tejas para abajo»). A través de ellos pretendió negociar la tensión entre modernidad y religión (católica) que tematizó continuamente en su obra.

Especialmente en sus ficciones, pero no solo en ellas, doña Emilia discutió, dio voz y buscó reconciliar (o demostrar la imposibilidad de hacerlo) polaridades clásicas como las de razón y religiosidad, modernidad y tradición, cultura y naturaleza, libertad de conciencia y convicciones religiosas, etc. En esa discusión pudo afirmar, o trastocar, esas polaridades y, sin duda, cuestionó el determinismo del naturalismo canónico pero no, ni principalmente, acentuando el fatalismo positivista sino el libre albedrío y las posibilidades de respuesta heterodoxas. Algo que se advierte, por ejemplo, en *La madre naturaleza*, en *La piedra angular* y, por supuesto, en *Memorias de un solterón*, *Insolación* o *Doña Milagros*.

Vitalmente, las preguntas (que no las soluciones) que esa empresa fuertemente analítica generaba respecto a un catolicismo convencional fueron expresadas de formas muy diversas. A Galdós le escribió a finales de los años ochenta, cuando vivía uno de sus grandes momentos de libertad: «Me parece que tú y yo en estos temas vamos para nihilistas». Giner de los Ríos, que la conocía bien, apuntó otra posibilidad no menos interesante cuando escribió a *Clarín* que existían dos formas de fe: la fe «carbonera» y la fe racional. «Nuestra Pardo Bazán no tiene ninguna de esas formas de fe: las sustituye con la emoción estética o, acaso hablando con más exactitud, con el gusto intelectual y la afición ingeniosa a la observación de lo real y pintoresco. Su catolicismo es primo hermano de la religiosidad de Castelar; la catedral, la vidriera, el incienso, el órgano, los bordados, los cuadros e *tutti quanti*. Sólo que Castelar disfruta a lo

37 Véase la importante tesis doctoral de Xavier ANDREU, *Mito romántico e identidad nacional en la España liberal (1830-1850)*, dirigida por Mª Cruz Romeo, Universidad de Valencia, 2015.

romántico, de la cosa en sí, y Emilia a lo naturalista, de lo pintoresco y lo característico»[38]. Quizá no andaba muy desencaminado pero, especialmente al final de su vida, cuando experimentaba con el modernismo haciendo gala de un espiritualismo muy estetizante, la cuestión para doña Emilia era más honda: «El hombre [...] tiene que hacer como si conociese el secreto, aunque no lo conoce, ni es probable que lo conozca nunca. Para unos, la almohada de la fe; para otros, la almohada de la duda; para todos, la resignación ante el gran Misterio»[39]. De hecho, desde su temprana defensa de los catedráticos krausistas en la llamada «segunda cuestión universitaria», al inicio de la Restauración, pasando por su amistad con los escasos obispos ilustrados de su época, hasta el final de su vida, defendió —sin correr riesgos— un catolicismo ilustrado, moderno, poderoso frente a otras alternativas religiosas o políticas. Un catolicismo paternalista y social, capaz de superar el «error de los católicos [que] fue la tendencia nimiamente conservadora en las cuestiones políticas y sociales»[40].

Tal vez este tema pueda complicarse aún más al reflexionar sobre la muy evidente y aguda identidad de clase que siempre mostró Pardo Bazán y sobre su franco elitismo social y político. De nuevo habría que explorar qué pasa cuando se invierte el argumento clásico. ¿Hasta qué punto la conciencia de pertenecer a una clase privilegiada, en vez de interferir en su feminismo (como defiende Charnon-Deutsch), fue precisamente un elemento importante para desestabilizar, desnaturalizar (desde una identidad considerada superior) otra (la femenina o masculina), considerada potencialmente como inferior y adventicia, y desde luego no sujeta a la naturaleza sino a la sociedad?[41]

No lo tengo aún claro ni creo que haya una respuesta acabada e igual para todos los momentos y espacios de su vida y de su obra. En todo caso, cruzar las identidades de clase, nacional y de género es

38 Francisco GINER DE LOS RÍOS, *Ensayos y cartas*, México, Colegio de México, 1965, pp. 109-110. Citado por Xosé Ramón BARREIRO, «A ideoloxia política de Emilia Pardo Bazán. Unha aproximación ao tema», en *La Tribuna*, 3 (2005), p. 47.

39 Emilia PARDO BAZÁN, «Tolstoi (Nota necrológica)», en *Diario de la Marina*, 22 de enero de 1911, en *Cartas de*..., 2002, p. 101.

40 Emilia PARDO BAZÁN, *Por la Europa Católica*, en *Obras completas*, tomo XXVI, editadas por su Biblioteca de la Mujer, 1902; especialmente «Advertencia al que leyere» y «La abadía de Maredsous», pp. 5-8 y 38-44.

41 Lou CHARNON-DEUTSCH, *Narratives of Desire. Nineteenth-century Spanish fiction by women*, University Park, Pennsylvania State University Press, 1994.

fundamental en general y en este caso en particular. Ese cruce produce una identidad más fracturada e inestable y, por lo tanto, más compleja que evita adhesiones más o menos naturalistas a una noción de «pertenencia» fuerte o poco problemática. En la práctica, no existe nada que sea un entorno social rígido, coherente, un telón de fondo, que permita comprender de forma lineal y necesaria a un personaje. Lo que llamamos *contextos sociales*, con sus interpelaciones de identidad, son algo activo y potencialmente múltiple, pueden cruzarse entre sí y están definidos por sus relaciones de poder internas y externas. Por ello, cada individuo es siempre (aunque con mayor o menor complejidad según los casos) un híbrido y una encrucijada. Pardo Bazán lo es, a mi juicio, y mucho. Sus redes de relación y las interpelaciones de identidad a las que respondió fueron muy variadas y cruzó constantemente, al menos durante unos años cruciales, los círculos políticos liberales y conservadores, más o menos bohemios, intelectuales y aristocráticos de su época.

Sin duda tuvo una intensa relación social y emocional con sus orígenes nobles y buscó la validación real del título pontificio de su padre en su favor, además de conseguir otro para su hijo mayor. Es conocido que a partir de 1908 firmó todos sus textos como «condesa de Pardo Bazán». Sin embargo, merece la pena recordar que, cuando anunció a sus lectores ese cambio de firma, enfatizó que aceptaba y usaba el título como prueba del «alto valor social» que en España se le confería a la literatura: «Cualquier opinión que profesen los lectores acerca de estos asuntos no les impedirá reconocer que no es un paso atrás la deferencia y consideración manifestada a las letras, y a las letras cultivadas por una mujer», orgullosa de haber logrado con su trabajo el honor de poder trasmitir su apellido, «llamado a extinguirse por ser de mujer e hija única»[42].

Políticamente, Pardo Bazán vivió siempre entre dos tiempos, entre dos orillas, demostrando, también aquí, que las explicaciones simples o rudamente dicotómicas entre modernidad y progreso, liberalismo y reacción, no resultan las más útiles para comprender esa pluralidad del pasado a la que la historia biográfica es especialmente sensible. En cierto sentido, y si se maneja una concepción amplia de lo político, es tan

42 *La Ilustración Artística* (1908). Citado en Emilia PARDO BAZÁN, *La mujer española y otros escritos* (ed. de Guadalupe Gómez-Ferrer), Madrid, Cátedra-Feminismos, 1999, p. 288.

solo relativamente interesante preguntarse si Pardo Bazán fue siempre carlista, como en su militante juventud, si evolucionó hacia un liberalismo templado o si fue un tipo acabado del regeneracionismo liberal o conservador con tintes autoritarios[43].

Pardo Bazán fue clara y decididamente crítica con el liberalismo de su época, lo cual no quiere decir que fuese una reaccionaria en el sentido de vivir anclada, o mirar fija y excluyentemente al pasado. Era demasiado inteligente y culta para serlo. El perspectivismo psicológico de sus textos (presente antes de las últimas novelas *modernistas*), y en buena medida también de su vida, refuerza el dialogismo de su obra. Sabía que cada época contiene, en sí misma, un conglomerado de tendencias, de posibilidades temporales, frecuentemente en conflicto. Ya en 1877, en unas notas fragmentarias, manuscritas e inéditas, en defensa del sistema absoluto, escribió: «¡Mi siglo! No calumnie Vd. a mi siglo. Mi siglo es ecléctico. No es nada. Tiene ecos para todas las voces»[44].

No existía, por lo tanto, «una época» unidimensional a la que adherirse naturalmente: había una tensión que era necesario explorar entre los retazos del mundo antiguo y las promesas del mundo nuevo. Ninguno de ellos podía escapar al juicio crítico en nombre de la tradición o del dogma del progreso. Como muchos literatos «antimodernos» franceses, desde Chateaubriand a Flaubert, su obra cuestiona el gran relato de la modernidad y habla de sus tensiones y sus descontentos de una forma que la convierte en radicalmente moderna y europea[45].

43 Xosé R. BARREIRO, «A ideoloxía política…», 2005; José Manuel GONZÁLEZ HERRÁN, «Estudio introductorio», en Emilia PARDO BAZÁN, *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra (1873)*, Santiago de Compostela, Real Academia Galega-Universidade de Santiago de Compostela, 2014; y Marisa SOTELO, «Aproximación al pensamiento político de Emilia Pardo Bazán», en II Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del siglo XIX, Barcelona, 23-25 de octubre de 2002, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2008.

44 *Teoría del sistema absoluto en el siglo XIX, filosófica y racionalmente desarrollada* (1877). Apuntes fragmentarios con varios títulos, ARAG Fondo Emilia Pardo Bazán. Relación completa en Ricardo AXEITOS y Nélida COSME, *Os manuscritos e a imaxe de Emilia Pardo Bazán: Catálogo do arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña, Real Academia Galega, 2004. Agradezco a Mercedes Fernández-Couto, a Ricardo Axeitos y a Xulia Santiso su cordialidad, su ayuda y sus sugerencias.

45 Antoine COMPAGNON, *Los antimodernos*, Barcelona, Acantilado, 2007; y François HARTOG, «Du côté des écrivains: le temps du roman», en *Croire en l'histoire*, París, Flammarion, 2013, pp. 163-224.

Emilio Castelar le dijo una vez: «Emilia, usted en literatura es un Metternich, y en política un bacalao»[46]. Creo, sin embargo, que lo que desconcertaba a sus contemporáneos, y a los historiadores y críticos actuales, es el hecho de que doña Emilia no aceptó nunca las reglas de interpelación política del liberalismo y su gran narrativa de progreso, mérito y razón. De hecho, el lado oscuro del liberalismo progresista que conocía tan bien, el «fuste torcido» de sus nociones de libertad e igualdad, son un *leitmotiv* en la obra de Pardo Bazán.

De nuevo la cuestión de la clase social en relación con la política es esencial. Pardo Bazán se hace eco, con cierta nostalgia pero con nulo romanticismo, de la destrucción del viejo orden aristocrático por la irrupción de las reglas del mercado capitalista. Un mundo tan injusto socialmente, a su juicio, como el anterior. Mucho más inestable, marcado por la degradación de todos los valores que proclama, con unas élites corruptas y corruptoras que temen —tanto o más que las viejas clases aristocráticas— a un *pueblo* que ella se niega a idealizar y que es capaz de exhibir peligrosos mecanismos de venganza, personal y colectiva. Si el «mundo natural» y armónico de una tradición aristocrática idealizada no existió nunca, como se hace patente en *Los pazos de Ulloa* y en *La madre naturaleza*, en el nuevo mundo de la Restauración nadie está ya a salvo del cambio; incluso las zonas rurales más atrasadas están incorporadas a la modernidad.

La decadencia de las viejas casas aristocráticas se hace evidente en su fragilidad ante el ascenso rapaz de sus antiguos administradores, convertidos en los nuevos gestores políticos de la desigualdad y de la moderna corrupción. Un mundo nuevo que conoce muy bien el administrador de los pazos de Ulloa, Primitivo, y que desconoce don Pedro, el último de un viejo linaje en extinción. No es casualidad que, como *La Tribuna*, *Los pazos de Ulloa* sucedan en el Sexenio Revolucionario, percibido como origen traumático de la modernidad en España, con todas sus promesas, tensiones y amenazas para el liberalismo elitista.

Las frecuentes alusiones en esas obras a los procesos políticos de la época en que están ubicadas son algo más que toques costumbristas, ambientales, de intención más o menos reaccionaria. Pardo Bazán explora, tanto en su ficción como en sus ensayos, conferencias y artículos periodísticos, la cuestión crucial de cuál había de ser el papel de unas

46 Carmen BRAVO VILLASANTE, *Vida y obra…*, 1962, p. 117.

élites nuevas, que hiciesen honor a la responsabilidad que ella les atribuye, para afrontar los desasosiegos del mundo moderno tal y como se percibía a sí mismo en la Europa y la España del segundo tercio del siglo XIX. Unas élites capaces de encauzar, dirigir y crear una nación verdaderamente moderna, española y europea a un tiempo.

Es ahí donde inserta su análisis vital y literario de la llamada «cuestión femenina», como un problema básico de regeneración moral, política y cultural nacional. O quizás es al contrario. Es su aguda percepción de la asimetría de poder social e independencia personal entre los hombres y las mujeres de la nueva élite lo que hizo que fuese capaz de cuestionar el sistema en su conjunto. Al hacerlo, puso en tela de juicio la idea de progreso lineal, unívoco y omnicomprensivo que conformaba la gran narrativa de todas y cada una de las corrientes liberales.

Afirmó que, al conceder derechos civiles y políticos cada vez más amplios a los hombres (y al asumir los planteamientos sexistas de la ciencia del momento), el liberalismo colocaba a las mujeres en una posición de desventaja mayor que nunca porque creaba una brecha a su juicio anteriormente inexistente entre las esferas pública (masculina) y privada (femenina). De este modo, la obra de Pardo Bazán forma parte sustancial del debate no solo sobre el acceso de las masas a la política, sino sobre el papel de las mujeres en aquella encrucijada que percibía fundamental para la regeneración de España, para la creación de la nación española moderna. Por ello, y esta es una cuestión que aún no he podido explorar bien pero que me parece importante, a diferencia de lo que se da por supuesto dado el explícito feminismo de Pardo Bazán, sus lectores implícitos, es decir, la audiencia que buscaba en sus obras, es a mi juicio más masculina que femenina. O al menos igualmente masculina y femenina dentro de esas élites que le gustaría que la leyesen y escuchasen. Lectores implícitos que, por otra parte, pueden variar (y esto habría que analizarlo con cuidado) en distintas etapas de su vida y en los distintos formatos de comunicación elegidos.

Al mismo tiempo, su discurso feminista es posible y audible porque forma parte de un contexto de politización y nacionalización activa de las mujeres, tanto en las culturas republicanas o socialistas como en las conservadoras. El suyo no es, por supuesto, el discurso conservador que reafirma el rol tradicional de la mujer española, guardiana de las esencias y de la honra de la patria. Tampoco es el discurso del liberalismo progresista y radical, incluso socialista, sobre la madre ciudadana.

Es un discurso de denuncia radical de la diferenciación jerárquica de sexos que propone para las mujeres un papel fuerte, activo, en la construcción de la nación española.

Como es sabido, en ese proceso los mecanismos informales de nacionalización, como la novela o la crítica literaria, desempeñaron un papel fundamental. En el programa de regeneración de Pardo Bazán se aprecia la que considero su tensión más fuerte: un agudo sentido de comunidad nacional y un acendrado individualismo que, a su vez, oscila entre una noción de individuo como prototipo abstracto de lo humano y como ser único e irrepetible. Una tensión (en la que se cruzan los legados de la ilustración y del romanticismo) que ella identificó como la tensión capital de su época. Por eso, dedicó buena parte de su obra y de su vida a la exploración de las ambivalencias de su generación en torno a las diversas y conflictivas nociones de qué era (o debería ser) el sujeto moderno, incluyendo aquí —en un movimiento de ampliación sustancial de lo convencionalmente considerado político— a las mujeres. Mujeres proyectadas como sujetos por derecho propio, al margen de su relación con los hombres. Así lo plantea Feíta, en *Memorias de un solterón*, cuando rechaza la primera proposición de matrimonio de Pareja arguyendo que todavía necesita libertad, experiencia del mundo, «no para abusar de ella en cuestiones de amorucos [...] sino para descifrarme, para ver de lo que soy capaz, para completar en lo posible mi educación, para atesorar experiencia, para... en fin [ser]... una persona, un ser humano en el pleno goce de sí mismo»[47].

Para Pardo Bazán, el verdadero progreso y la verdadera igualdad solo podían asentarse sobre el reconocimiento radical de la individualidad y de la diferencia. La igualdad que tienda a anularlas constituye el fuste torcido de la modernidad y la raíz de las tentaciones autoritarias del liberalismo y de la democracia. Por eso, su reclamación de la igualdad de derechos para las mujeres se realizó siempre en nombre de la individualidad. No habría verdadera igualdad hasta que las mujeres pudiesen ser tan distintas entre sí como, a su juicio, lo eran los hombres entre ellos. «En nombre del individualismo reclamo la igualdad de los sexos»[48].

Madre reconocidamente satisfecha de tres hijos, consideró siempre la maternidad como una función temporal y adventicia: «Todas las mu-

47 Emilia PARDO BAZÁN, *Memorias de un solterón* (1896).

48 Prólogo a la edición española de *La esclavitud femenina*, de J. S. Mill (1892).

jeres conciben ideas, pero no todas conciben hijos»[49]. En este aspecto concreto y crucial, desbordó con creces los planteamientos de todas las escritoras de su generación y de la gran mayoría de las que la sucedieron, incluso entre el feminismo liberal, republicano o socialista.

Por todo ello, como decía al principio, la noción convencional de qué es «lo político» se alarga y se hace mucho más compleja a través de la obra y la biografía de Pardo Bazán. Sin ser ella representativa de nadie más que de sí misma, su mirada sobre el mundo abre el pasado y nuestro conocimiento sobre él haciéndolo más plural y más lleno de posibilidades.

Planteo así, más como un programa de análisis que como una propuesta acabada, que sería quizá necesario reflexionar sobre la forma en que Pardo Bazán, para lograr *el poder de nombrarse*, de *crearse a sí misma* como «la gran mujer de letras» española, insistió en hablar como feminista pero se resistió siempre a hacerlo como mujer, en el sentido convencional o esencialista del término[50]. Explorar esa tensión requiere una perspectiva dinámica, que cruce tiempos y contextos varios, capaz de dar cuenta de en qué términos y momentos, cuándo y con qué variaciones a lo largo de su vida y de su obra cuestionó, propició o asumió una lectura que tuviese en cuenta el sexo de su autora. De qué manera o maneras intentó resolver el dilema autorial, clásico al menos desde Mary Wollstonecraft, del intelectual sexualmente neutro[51].

Pardo Bazán —que vivió su vida en parte de acuerdo con un modelo heroico del yo, pero que no quedó presa de sus implicaciones románticas— se convierte así en un lugar de encuentro, en una encrucijada intelectual para pensar la *extraterritorialidad*, la *no pertenencia* o

49 Emilia PARDO BAZÁN, *La educación del hombre y de la mujer* (1892), en *La mujer española…*, 1999, p. 162.

50 Explora esa aporía Joan SCOTT, *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man*, Londres-Cambridge, Harvard University Press, 1996. En Pardo Bazán, Nerea ARESTI, «Juegos de integración y resistencia. Discursos normativos y estrategias feministas (1860-1900)», en *Historia Social*, 68 (2010), pp. 25-46 y «Cuestión de dignidad…», 2015 (en prensa).

51 Alison BOOTH, «Biographical criticism and the "Great" Woman of Letters: The example of Geroge Eliot and Virginia Woolf», en William H. EPSTEIN (ed.), *Contesting the Subject. Essays on the Postmodern Theory and Practice of Biography and Biograhical Criticiosm*, West Lafayette (Indiana), Purdue University Press, 1991, pp. 85-107; e Isabel BURDIEL, «Estudio introductorio a Mary Wollstonecraft», en *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra-Feminismos, 1994.

la pertenencia múltiple, como posibilidades fundamentales de la vida humana.

Constituye un nudo de desafíos intelectuales que permite desarrollar el potencial de la biografía para descentrar categorías supuestamente estables, para reconocer lo que Natalie Zemon Davis ha llamado las «categorías indígenas» de las gentes del pasado, para cruzar con ellas la mirada, para dar voz a lo que cuentan y cómo lo cuentan, para que sea verdaderamente interesante pensar su capacidad de acción y reconocer sus elecciones como extrañas y al tiempo familiares. Para, en suma, dejar atrás «lo similar, la confortable familiaridad de lo ya conocido» e implicarse en «la novedad de lo viejo, la extrañeza de lo nuevo, la irreductible diferencia del otro». Para explorar, con Emilia Pardo Bazán, qué significa y qué posibilidades vitales e intelectuales ofrece el reconocimiento (quizás la apuesta) de que «la diferencia es la base de nuestra común humanidad»[52].

52 Joan W. SCOTT, «Storytelling», en *History and Theory*, 50 (2011), pp. 208-209.

Vidas privadas y reputaciones póstumas: amor y afectos en la generación revolucionaria irlandesa (1890-1916)

Roy Foster
University of Oxford

En una carta dirigida al novelista Sean O'Faolain muchos años después de la década revolucionaria irlandesa, de 1912 a 1922, en la que había participado activamente, C. S. Andrews observaba:

> La ausencia de relaciones sexuales entre los hombres y mujeres del movimiento fue uno de sus rasgos más peculiares. Supongo que todos los revolucionarios son básicamente puritanos, ya que, de lo contrario, no serían revolucionarios.[1]

Tal vez esto sea cierto como norma general, pero el caso irlandés plantea cuestiones interesantes. Las biografías de la generación revolucionaria que luchó contra el Gobierno británico por una república independiente se han reescrito en numerosas ocasiones, y está previsto que se publiquen muchas nuevas versiones entre 2012 y 2022, la década del centenario. Sin embargo, es curioso que el sexo y el amor no aparezcan en estas historias. Esto se debe en parte a que la forma de escribir sobre vidas «heroicas» reproduce en gran medida el modelo bidimensional de las hagiografías —sorprende que Mario Vargas Llosa imite este patrón en su novela biográfica, acartonada hasta la comicidad, sobre el revolucionario nacionalista irlandés Roger Casement, publicada en 2012[2]—.

El Estado posrevolucionario era intensamente católico, muy puritano en lo carnal, y empleó una censura rígida contra cualquier asunto relacionado con el sexo. En parte, el estilo de la biografía nacionalista

1 De C. S. Andrews a Sean O'Faolain, 5 de mayo de 1965, citada en Diarmuid FERRITER, *Occasions of Sin: sex and society in modern Ireland,* Londres, Profile Books, 2009, p. 96.

2 Mario VARGAS LLOSA, *El sueño del celta,* Madrid, Alfaguara, 2010 (traducción al inglés publicada en 2012).

heroica también es consecuencia del tipo de material tradicionalmente utilizado para construir estas narraciones de vida, que a menudo consiste en recuerdos recopilados por miembros de la familia o por el Bureau of Military History, un organismo gubernamental establecido en 1946 para registrar las memorias de personas involucradas en el levantamiento de 1916 y en la subsiguiente guerra de independencia. Sin embargo, algunas fuentes sometidas a un filtrado menos escrupuloso pueden apartar el velo del decoro, como he intentado hacer en un libro reciente que esboza una especie de «biografía grupal» de la generación revolucionaria a partir de sus cartas, diarios y escritos de la época[3]. Si investigamos y reconstruimos las vidas privadas y los lazos emocionales de los jóvenes que se unieron para hacer una revolución en la Irlanda de principios de siglo XX, podemos intentar reconstruir algunos aspectos de la radicalización que a menudo son ignorados y sugerir paralelismos con períodos revolucionarios en otros países, en otras épocas.

La revolución puede equivaler a un esfuerzo por derribar la autoridad patriarcal y lograr la liberación sexual. Por este motivo, son dignas de consideración las pautas de relación familiar en los círculos revolucionarios, así como las identidades sexuales de algunas figuras clave en esta notable generación. Asimismo es cuestionable hasta qué punto las actitudes políticas del nacionalismo radical derivan en radicalismo sexual. El radicalismo social y el sexual están más próximos aunque, incluso en este caso, una liberación no suele implicar necesariamente la otra. El relato, sin embargo, no está completo. En diarios, cartas y reflexiones íntimas se puede entrever que al menos algunas de las integrantes de la generación que hizo la revolución estaban frustradas por las expectativas que les ofrecían sus mayores y se mostraban dispuestas a adoptar formas de relación alternativas al matrimonio heterosexual. Las alternativas tampoco eran desconocidas para la sociedad revolucionaria masculina: es sabido que Casement, uno de los revolucionarios más celebrados, dejó para la posteridad el registro de aventuras homosexuales más minucioso que quepa imaginar. El comienzo del siglo XX fue una época de experimentación sexual en muchos países europeos, e incluso en Irlanda hubo gente que leía a Freud. Para hacer revivir su mundo, debemos indagar en los vínculos afectivos y en las tensiones entre familias, amigos y amantes.

3 R. F. FOSTER, *Vivid Faces: the revolutionary generation in Ireland 1890-1923*, Londres, Penguin, 2014.

I.

Sin aplicar un marco crudamente freudiano a las vidas de mis sujetos de estudio, individual o colectivamente, merece la pena que consideremos —como hace Lynn Hunt en relación con Francia— la idea de un «romance familiar», una fantasía que permite reordenar la familia en la que se ha nacido para hacer de ella una entidad nueva, liberada, quizá como el deseo inconsciente tras «un esfuerzo creativo por reimaginar el mundo político, por imaginar una política desvinculada de la autoridad patriarcal»[4]. Algunos radicales decidieron por sí mismos avanzar más allá de los parámetros políticos con los que habían crecido. En el mundo liberado imaginado por el activista republicano P. S. O'Hegarty, o por los cuáqueros radicales Rosamond Jacob y Bulmer Hobson, o por el miembro de la Liga Gaélica y de la Hermandad Republicana Irlandesa Píaras Béaslaí, o por el cónsul imperial convertido en revolucionario nacionalista Roger Casement, o por las seis hermanas republicanas Gifford, o por la pareja feminista y socialista que formaban Hanna y Francis Sheehy-Skeffington, había un deseo de desestabilizar el orden familiar heredado.

Esto, al menos en algunos casos, iba acompañado por el deseo de desafiar el patriarcado aún más abrumador de la Iglesia católica, aunque no siempre ello resulte obvio por diversos motivos. Uno de ellos es el conservadurismo agudo que se impuso tras la revolución irlandesa, cuando las ideas nacientes de ciertos tipos de liberación se subordinaron sin miramientos al proyecto nacional de nueva estabilización y clericalización.

Otra influencia inhibidora es el fuerte vínculo que supone la familia en Irlanda, y en particular el que ata a la madre. La dedicatoria de Terence MacSwiney en su obra teatral de 1914 *The Revolutionist* dice

4 Lynn HUNT, *The Family Romance of the French Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1993, p. XIV: «De muchas maneras, a veces sorprendentes, los romances familiares ayudaron de forma consciente e inconsciente a organizar la experiencia política de la Revolución. Tanto los revolucionarios como los contrarrevolucionarios tuvieron que enfrentarse a las cuestiones de la autoridad paterna, la participación femenina y la solidaridad fraternal. Tuvieron que contar historias sobre cómo nació la república y lo que significó, y esas historias siempre contenían elementos de conflicto familiar y desenlace. Algunos elementos de los relatos eran atemporales —las relaciones de padres e hijos, esposos y esposas, hombres y mujeres— aunque su particular configuración obedecía a los patrones políticos y sociales generados por el proceso revolucionario».

así: «A la memoria de mi madre, por la herencia de su gran fe, la hermosura de su ejemplo vital y el éxtasis de su rostro muerto». Pero otros miembros de su generación, como Joseph, Geraldine y Mimi Plunkett o como Grace, Muriel, Sidney, Nellie, Kate y Ada Gifford sentían algo muy distinto por sus madres y por el hogar. Geraldine Plunkett Dillon hablaba del «agujero infernal de nuestra vida familiar», mientras que la dramaturga, productora teatral y periodista Alice Milligan, del Ulster, se veía como una «prisionera interior» de su familia. Para estas personas, el nuevo mundo que concebían, además de liberarlas del Gobierno británico, las liberaría del sofocante ambiente familiar.

Para los revolucionarios varones, la inclinación hacia el radicalismo podía verse alentada si el entorno familiar estaba fracturado. Muchos revolucionarios prominentes tenían padres difuntos o ausentes (Bulmer Hobson, Patrick y Willie Pearse, Terence MacSwiney, Roger Casement, Eamon de Valera, Liam de Róiste); mientras que Denis McCullough, en un gesto digno del parricida Christy Mahon en la obra de Synge *The Playboy of the Western World,* expulsó a su propio padre de la célula de la Hermandad Republicana Irlandesa a causa de su alcoholismo. Varios revolucionarios de clase media procedentes de ambientes unionistas acomodados rechazaron a sus padres y en ocasiones a sus hermanos, como demuestra claramente el caso de Muriel Murphy (que después sería esposa de Terence MacSwiney) o de las hermanas Gifford. Las seis hermanas Gifford escaparon con determinación de su ambiente confortable en Rathmines, mordazmente descrito por Sidney como

> un museo de cera. Quienes nos rodeaban eran figuras de personas inglesas distinguidas que parecían vivas aunque estaban inanimadas. Era una atmósfera mortecina, en la que toda originalidad de pensamiento o independencia de acción se consideraba una excentricidad o una ilegalidad. No era un grupo racial, ni un bastión político, sino una condición del espíritu. Sus habitantes eran náufragos, arrojados por el infortunio a esta isla llamada Irlanda, oteando constantemente el horizonte en busca de un barco que se los llevase a ellos y a sus familias a alguna colonia británica.[5]

Las chicas Gifford saltaron del barco, abrazaron la causa nacionalista y se casaron con personas muy ajenas a su círculo: Muriel con Tho-

5 Alan HAYES (ed.), *The Years Flew By: recollections of Madame Sidney Gifford Czira,* Galway, Arlen House, 2000, pp. 5-6. Véase también el testimonio de Kevin O'Shiel en el Bureau of Military History Witness Statement nº 1770, p. 208 y ss. [www.bureauofmilitaryhistory.ie].

mas MacDonagh, profesor y poeta ejecutado por su participación en el alzamiento de 1916; la radical Grace, estudiante de arte, se casó con otro «mártir» de 1916, Joseph Mary Plunkett, en su celda de condenado a muerte, después del alzamiento; Sidney estuvo casada brevemente con Arpad Czira, un húngaro que conoció en Nueva York; Nellie con un editor nacionalista de Irlanda del Norte; Ada y Kate se implicaron mucho en las actividades del nacionalismo irlandés en Nueva York y Dublín, respectivamente (Kate fue una prominente organizadora del Sinn Fein en la década de 1920). Mientras sus hermanos siguieron siendo respetables unionistas, parece claro que las chicas se apoyaron y animaron unas a otras para asumir el nacionalismo republicano.

Hay varios casos más de hermanos unidos en las creencias revolucionarias. Las hermanas de Terence MacSwiney, Mary y Annie, fueron nacionalistas tan tajantes como él, incluso antes de que la muerte del hermano en huelga de hambre en 1920 les dejase una llama que custodiar para el resto de sus vidas. Geraldine, Joseph y Mimi Plunkett se estimularon y apoyaron mutuamente en sus posturas políticas radicales, en parte como estrategia dentro de su lucha incesante contra su madre, quien aparece retratada en los copiosos escritos de Geraldine como una sádica algo perturbada. Los radicales de clase alta, integrantes de lo que los rusos habrían llamado «burguesía arrepentida», formaron también alianzas contra los valores de sus padres. El padre de Robert y Dulcibella Barton era un caballero *tory* de Wicklow, propietario de la hermosa Glendalough House y su hacienda, y amigo de juventud de su vecino terrateniente, Charles Stewart Parnell, el legendario dirigente de Home Rule, con quien no volvió a hablar desde que este entró en política. En una reacción edípica, los hijos de Barton se convirtieron en miembros leales del Sinn Fein (en el caso de Robert, después de una trayectoria algo accidentada), igual que su primo Erskine Childers. Constance Markiewicz y su hermana Eva Gore-Booth, que venían de un entorno privilegiado más liberal, se unieron de igual manera contra las tradiciones familiares y abrazaron el socialismo además del republicanismo. Roger, Nina y Tom Casement, que crecieron en una familia unionista del norte, errática y algo disfuncional (el padre era un capitán itinerante retirado del ejército que murió cuando Roger tenía 12 años, la madre era alcohólica), se unieron en un nacionalismo orgulloso y sentimental. Rosamond Jacob y su hermano Tom, de las clases medias cuáqueras de Waterford, se hicieron miembros del Sinn Fein y de la Liga Gaélica, mientras sus padres siguieron siendo adeptos moderados de Redmond. Cesca Trench

y su hermana Margot gaelizaron sus nombres, se integraron en el Sinn Fein y abjuraron de su familia de unionistas empedernidos, aunque con cierto afecto culpable.

Cambiarse el nombre era otro acto poderosamente simbólico de rechazo a la identidad familiar. A menudo no se trataba solo de encontrar la versión irlandesa más próxima al propio nombre inglés, sino de adoptar una denominación mítica o de la realeza, como Emer (la que eligió Helena Molony), o Lasairfhiona (Elizabeth Sommers). Los revolucionarios solían casarse con miembros de sus círculos más cercanos, como las hermanas Ryan de Tomcoole, en el condado de Wexford, una familia destacable que se convertiría con el tiempo en la nueva aristocracia republicana. Con una granja de 70 acres, ocho de los doce hijos recibieron educación universitaria, incluyendo a seis chicas, y varias de ellas sobresalieron dentro del movimiento; uno de los hermanos, James, fue también revolucionario y más adelante, durante muchos años, ministro del Gobierno.

Las Ryan asumieron la tendencia del momento y se casaron con sus superiores. Agnes desposó a Denis McCullough y Mary Kate, profesora del University College de Dublín, al revolucionario Sean T. O'Kelly, futuro presidente de Irlanda; cuando ella falleció, su hermana Phyllis se casó con el viudo. Josephine, o Min, estaba enamorada (igual que tantas otras) del carismático organizador de la Hermandad Republicana Irlandesa, Sean MacDermott; después de la ejecución de este, en 1916, se casó con el general Richard Mulcahy, ministro durante largo tiempo en los Gobiernos posrevolucionarios y cronista infatigable de la experiencia revolucionaria. Parece que Min, quien no contaba con la simpatía de muchas de sus camaradas revolucionarias, tenía una habilidad para sobrevivir y una ferocidad social digna de una heroína de Balzac: cuando, en 1912, Hanna Sheehy Skeffington perdió su trabajo de profesora por su actividad política, la reacción inmediata y escasamente fraternal de Min fue intentar conseguirlo para sí.

Las emocionantes vidas de las hermanas Ryan nos recuerdan, sin embargo, que estamos ante jóvenes que se encontraron en compañía unos de otros, sin carabina, y en situaciones que eran «osadas» por naturaleza. Es difícil reconstruir las vidas amorosas del pasado, al menos las consensuadas. Una de las desventajas de las historias existentes sobre la conducta sexual es que buena parte de la evidencia se extrae de los archivos de delitos o de la experiencia de los pobres, los violentos

y los marginados. Sin embargo, uno de los atractivos de la Liga Gaélica, especialmente de sus escuelas de verano y sus bailes o *celidihe,* era la oportunidad de contacto romántico o sexual, lo que fue rápidamente percibido por las autoridades. *A Guide to Irish Dancing,* de J. J. Sheehan, advertía a los danzantes en 1902:

> No enlaces a tu pareja por la cintura al estilo inglés. Cuando gires, sostenla solo de la mano. Una inclinación ante tu pareja al final resultaría inoportuna, y cuida de no forzar tu comportamiento. Deja eso a los *Seoinini* [imitadores de las modas inglesas]. En resumen, sé natural, espontáneo, sencillo. Sé irlandés y lo harás bien.[6]

Se suscitó una gran controversia sobre los riesgos percibidos en la enseñanza de hombres y mujeres juntos en las clases de idioma irlandés de la Liga Gaélica, a lo que se opusieron ferozmente algunos sacerdotes. Este y otros intentos de imponer estructuras clericales a la Liga, que supuestamente no era confesional, enfurecían a personas como Rosamond Jacob. Ella y su hermano también hicieron campaña, en vano, contra el envío de representantes de la Liga «al comité de literatura inmoral, que es un asunto católico y de ningún modo tiene que ver con la Liga Gaélica»[7].

Por su parte, Rosamond estaba ocupada leyendo toda la literatura inmoral que podía. En sus diarios es obvio que también saboreaba las ocasiones de tocar a los hombres y de responder a los movimientos de su pareja en las danzas irlandesas. El diario de Cesca Trench da testimonio de las largas noches de verano en la isla de Achill, donde asistía a la escuela gaélica: nadar, flirtear y dormir a la intemperie envueltos en mantas[8]. Los diarios de Piaras Béaslaí dan cuenta de muchos abrazos,

6 Diarmuid FERRITER, *Occasions of Sin…,* 2009, p. 37. Véanse los papeles O'Briain, NLI 8436/7, para encontrar enconadas controversias sobre prácticas poco auténticas en el baile irlandés. La Oireachteas (conferencia anual de la Liga Gaélica) de 1903 elaboró un informe sobre la cuestión, con una detallada recogida de pruebas sobre la decencia de gigas y *reels*, los peligros de «zapatear» y la corrupción de los pasos de la polka. La posibilidad de que los *reels* derivasen de las cuadrillas del siglo XVIII era un tema delicado. Véase también un artículo muy extenso, sentimental y autocomplaciente sobre la materia en el *Weekly Freeman* de 13 de diciembre de 1902.

7 Diarios de Rosamond Jacob, NLI ms. 32, 582, 14 de febrero de 1912, vol. 23 [NB: la numeración de los volúmenes del diario es de la biblioteca, y no coincide con la de la autora]. Véase también la anotación del 17 de marzo, ibídem.

8 Hilary PYLE, *Cesca's Diary 1913-1916: where art and nationalism meet,* Dublín, The Woodfield Press, 2005.

besos y mimos indiscriminados en la Liga Gaélica de Bootle, cerca de Liverpool, a principios de la década de 1900, aunque también hablan de su pretenciosa desaprobación por motivos sociales y educativos de varias de las chicas a las que conoció. Cuando se trasladó a Irlanda, sus visitas a la escuela gaélica de Ballingeary como profesor a tiempo parcial le proporcionaron oportunidades más llamativas: cuenta que por las noches colaba a Bridie Fitzgerald, la hermana pequeña del cura, en su habitación. «Siempre acababa la noche llevándola a la cama en el piso de arriba», y la escondía en su dormitorio, escribió en su diario. En su opinión, ella poseía «una especie de osada inocencia, aunque no ignorancia, porque hablaba abiertamente y sin miedo de los asuntos más prohibidos. Yo nunca había disfrutado de tal intimidad con una mujer». Bridie acudía a su habitación todas las noches y se iba antes de que él se levantara por la mañana. Después, él se sentía muy culpable pero «finalmente, el tiempo lo resolvió»[9].

La verdadera conducta sexual de la generación radical es difícil de rastrear, pero sabemos que la sexualidad poco convencional no era desconocida. La historia más clásicamente romántica de la generación revolucionaria es la de Grace Gifford, que desposó a Joseph Plunkett, un líder del alzamiento de 1916, en la celda de este durante la noche previa a su ejecución. Jamás volvió a casarse y se han escrito biografías suyas bajo títulos como *La novia trágica de 1916*. Su figura era asimilable a la de una virgen sacrificada al Estado británico sediento de sangre. Sin embargo, en privado, Geraldine Plunkett creía, y así lo escribió, que su cuñada Grace Gifford estaba embarazada, probablemente de otro hombre, cuando se casó con Joseph en su celda, y que poco después tuvo un aborto. En un pasaje extraordinario de sus memorias inéditas, describe con implacable detalle una visita a su cuñada viuda en la que esto quedó claro[10].

9 NLI ms. 33,957 (12), diario de 1913.

10 NLI ms. 33,731/1, cuaderno nº 3. «Varios amigos me decían constantemente que no debía permitir que se fuera [a América] porque si tenía un hijo ocasionaría un gran escándalo… Yo pensaba que aquello eran patrañas pero ellos estaban muy seguros. Grace no dijo ni hizo nada al respecto y yo lo dejé pasar. Los del castillo pensaban que estaba embarazada pero que el padre no era Joe. Un día fui a Larkfield y al preguntar por ella me dijeron que aún estaba acostada. Subí a su cuarto. Estaba en la cama. En un gran orinal blanco había restos de un aborto, etc. Yo no dije nada y ella hizo lo mismo. Me fui bastante aliviada. [Marie] Perolz lo sabía y estuvo de acuerdo conmigo. No podíamos delatarla. Perolz no sabía si Grace se había provocado el aborto o no».

Geraldine afirmaba también que tanto Grace Gifford como su hermana Nellie sorprendieron al héroe republicano Rory O'Connor al pedirle que pasase la noche con ellas. Cuando Geraldine se casó, poco antes de la Pascua de 1916, su madre, la condesa Plunkett, de forma personalmente muy característica, fue diciendo por ahí que su hija estaba embarazada, lo que en realidad no era cierto. Sin embargo, tener hijos extramatrimoniales no era tan raro.

La bella Maud Gonne, musa e inspiración del poeta W. B. Yeats pero mujer muy independiente, fue un icono de la resistencia y del romance para buena parte de la siguiente generación. Pocos dieron crédito a la ficción según la cual su hija ilegítima Iseult era una prima adoptiva suya y, después de su —breve— matrimonio con John MacBride, la separación hizo públicas abundantes alegaciones de depravación sexual y dividió a la opinión nacionalista. Mucho tiempo después, en 1918, viudas republicanas como Aine Ceannt seguían censurando a Gonne por lo que denominaban impropiamente su «divorcio», pese a la evidencia de que MacBride había sido un alcohólico maltratador[11]. Incluso antes de aquello, cuando Gonne visitó en Cork los círculos nacionalistas y deslumbró al joven Liam de Róiste, un cura advirtió al chico de que se trataba de una mujer de vida inmoral, a lo que él respondió con gallardía que ella no era católica y no debía ser juzgada con criterios católicos.

Mabel McConell (después FitzGerald), procedente de un entorno protestante y unionista del Ulster, se convirtió en miembro radical del Sinn Fein y entusiasta del gaélico. Mientras estaba trabajando en Londres se enamoró del joven poeta Desmond FitzGerald. Cuando regresó a regañadientes a Belfast en 1911, descubrió que estaba embarazada. Tras escapar hábilmente de la casa de sus padres por una ventana, se fugó a Francia con Desmond y después se trasladaron al condado de Kerry para criar a su hijo de un modo distinto, como nacionalistas de habla irlandesa[12].

Como norma general, la idea de C. S. Andrews citada al principio de este ensayo sobre la ausencia de relaciones sexuales ente los jóvenes

11 Según Hanna S. S. contó a Rosamond Jacob; diario de R. Jacob, 29 de octubre de 1918, NLI ms. 32582, vol. 23. Véase también Caoimhe Nic DHAÁBHÉID, «"This is a case in which Irish national considerations must be taken into account": the breakdown of the Gonne-MacBride marriage 1904-1908», en *Irish Historical Studies* 37/146 (nov. 2010).

12 Para más detalles sobre la vida y opiniones de Mabel, véase mi libro *Vivid Faces*…, 2014, pp. 18-19 y 323-324.

puritanos de la época parece improbable. Sin embargo, la feminista y republicana Marie Perolz estuvo de acuerdo cuando, mucho después, contó al Bureau of Military History que: «no pensábamos en el sexo ni en otras cosas. Todos éramos soldados y a mí solo me preocupaba lo que pudiera hacer por Kate Houlihan [Kathleen ni Houlihan, personificación de Irlanda]»[13]. Sin embargo, esto quizá sea más un reflejo del ambiente en los años 1940 y 1950 que de las cosas tal cual sucedieron en su momento.

Kevin O'Shiel, como estudiante nacionalista en el Trinity College en 1910, recordaba que las cuestiones discutidas por la noche en las habitaciones de la universidad eran, por orden de importancia, «sexo, deporte, religión, literatura, medicina (ginecológica y forense, principalmente), derecho, historia y política»[14]. La secuencia es importante: el sexo lo primero, la política lo último. También describe con viveza cómo salían a la calle las prostitutas cuando se cerraban las tiendas y las luces se apagaban, aunque añade que las relaciones con las chicas de su clase eran castas. Los diarios de Liam de Róiste también lo sugieren. Revisándolos tiempo después, en 1943, se describió a sí mismo y a sus amigos como «puritanos»[15]. Da cuenta de sus sentimientos por Nora O'Brien, su futura esposa, en términos puramente paternalistas: una criatura a la que hay que proteger y cuidar. Pero también habla, estremecido, de su exposición a la tentación de las prostitutas y de cómo ha estado a punto de sucumbir[16]. Las «bajas pasiones» son destructoras y deben ser reprimidas[17].

No obstante, esto no le impide tomar prestado un ejemplar de *Nana,* de Zola, aunque su lectura lo deja «hundido, encerrado, encarcelado», primero sintió repulsión, luego indiferencia y «lástima de que un hombre tenga que escribir como escribe este Zola sobre las sucias pasiones brutales de nuestra naturaleza humana». A pesar de que «todos lle-

13 Citado en Fearghal MCGARRY, *Rebels: voices from the Easter Rising,* Dublín, Penguin, 2011, p. 66.

14 Kevin O'SHIEL, Bureau of Military History Witness Statement, nº 1770, p. 170.

15 Anotación en los archivos de la ciudad de Cork, 271/A/1 [1903].

16 Archivos de la ciudad de Cork 271/A/10, 5 de febrero de 1906. «Una terrible tentación se me ha presentado esta tarde. Gracias a Dios, al final la he superado. Sin embargo, me ha dejado pensando en que hay posibilidades de mal dentro de mi alma que, si no estuviesen aplacadas por la religión y la razón, me arrastrarían a no sé dónde. Es horrible pensar que uno puede ser doblegado por tentaciones perversas, por malos pensamientos y emociones. Dios me libre de ellos».

17 Ibídem, 8 de febrero.

vamos sobre nosotros el rastro de la serpiente». «¿Por qué deberíamos vanagloriarnos de ese rastro, o recrearnos en él, o ponderarlo, o escribir brillantemente sobre las marcas que deja? ¿Por qué a los escritores de talento y de genio les gusta tanto revolcarse en el cieno?»[18].

Un contemporáneo suyo, nacido igual que él en 1882, podría habérselo explicado. Después de todo, esta era exactamente la época en la que Joyce escribió sus cartas de amor pasmosamente directas a Nora, llenas de instrucciones eróticas explícitas que se deleitan en un lenguaje obsceno[19]. Pruebas escritas como esas son raras, por no decir únicas; al contrario de lo que sucedió con sus contemporáneos de San Petersburgo, los estudiantes radicales de la Irlanda eduardiana no participaron en investigaciones sociológicas sobre sus vidas y actitudes sexuales[20]. Pero no todos sufrían tanto como de Róiste. Sean MacDermott afirmó alegremente en su formulario del censo que estaba «desolado por ser soltero», y pocas mujeres lo recordaban sin describir su impactante apostura. Tampoco los hombres eran inmunes: Richard Mulcahy lo recordaba cincuenta años después como «un chico extremadamente guapo, una cabeza hermosa, una tez cetrina que tenía cierta belleza de por sí, ya sabes lo que quiero decir, y unos rasgos preciosos». Su esposa Min coincidía, y añadía que MacDermott andaba con un bastón pero «por lo demás, era absolutamente perfecto»[21].

El diario de Rosamond Jacob es bastante directo en lo que respecta a sus deseos sexuales. Elogiaba abiertamente las cualidades físicas de los miembros de la Liga Gaélica que iban a casa de sus padres, y reservó un volumen especial de su diario a su obsesión erótica por su cuñado Tony Farrington. Rosamond estaba «embelesada con la belleza de Tony», como ella decía, buscaba cualquier excusa para rozarlo o para verlo sin ropa, le resultaba «casi imposible no agarrarlo y besarlo», admiraba «su hermosa estructura, las bellas líneas y curvas», y escribía poemas obsesivos de amor dedicados a él que nunca envió[22].

18 Ibídem.

19 1909; véase Richard ELLMANN, *Selected Letters of James Joyce,* Londres, Faber and Faber, 1975, pp. 179-196.

20 Susan K. MORRISSEY, *Heralds of Revolution: Russian students and the mythologies of radicalism,* Oxford, Oxford University Press, 1998.

21 UCDA P7/D/30 transcripción de una entrevista televisiva de 1966.

22 Véanse innumerables odas en su diario, vol. 171; los párrafos citados son de 7 de julio de 1915, 8 de julio de 1915 y 3 de septiembre de 1917.

Los Farrington, una familia cuáquera de clase media de Cork, le parecieron inicialmente sus almas gemelas, porque eran nacionalistas, poco convencionales, de espíritu libre y considerablemente guapos (una vez más, eran tres hermanos que se rebelaban contra un estricto padre unionista). Podía hablar de sexo con su cuñada Dorotea y discutir sobre la posibilidad de que la mayor parte de las mujeres estuviesen «hipersexualizadas». Dorotea reveló que «admiraba a las jóvenes alemanas, porque había mucho sexo en ellas»[23]. También arremetía contra la costumbre de no hablar suficientemente de sexo con las chicas antes del matrimonio, en lo que su madre mostraba estar muy de acuerdo (aunque, en privado, Rosamond pensaba que las chicas tenían que ser «analfabetas o imbéciles» para no averiguar las cosas por sí mismas)[24]. Con el tiempo llegaría a aborrecer a su cuñada, pero su pasión por Tony duró muchos años. A continuación, transfirió su obsesión sexual al hijo de su amiga Hanna, Owen Sheehy, mucho más joven, adolescente, en realidad. Más adelante en su vida, a los cuarenta y tantos, mantendría con el activista republicano Frank Ryan una relación física apasionada pero secreta, que describió con todo detalle en sus diarios («demonios, cómo dolía»). En un pasaje muy interesante de 1915, Rosamond trataba de su propia sexualidad:

> Es cierto que en algunas cosas soy un hombre disfrazado. Mi amor por Tony es más masculino que femenino. No lo amo espiritualmente, y pacientemente, y desprendidamente, como se supone que aman las mujeres a los hombres, sino físicamente, impacientemente, egoístamente, como aman los hombres a las mujeres. La idea de que sea feliz separado de mí no me atrae lo más mínimo, prefiero que sea infeliz conmigo antes que feliz pero alejado. Es más pasión y apetito por él que verdadero amor. El simple hecho de haber escogido a alguien más joven que yo para amarlo es ya masculino.[25]

Apreciaba a su amigo dublinés Ned Stephens, del Sinn Fein (y sobrino del controvertido dramaturgo J. M. Synge) porque podía hablar de sexo con él. «Le dije a Ned que ya estaba cansada de política y él respondió *buideacas le Dia* [gracias a Dios], y pronto pasamos al sexo. Le interesaron mucho mis dificultades cuando dije que igual yo era rara porque en mí era antinatural admirar la belleza femenina más que la

23 NLI ms. 32582, vol. 33, anotación de 24 de marzo de 1918.

24 Vol. 26, 10 de febrero de 1914.

25 Ibídem, 15 de agosto de 1915.

masculina, lo que es normal en la mayor parte de las mujeres, y él dijo que ellas debían de ser homosexuales. Le sorprendió mucho que la mayor parte de las mujeres sean así»[26].

En 1919, Stephens fue responsable de otra revelación. «Llevaba un libro sobre los sueños que parecía muy interesante, de algún profesor alemán. Ned contó que sostenía que todos los sueños eran producto del subconsciente, y cuando se examinaban científicamente mostraban lo que este quería y cómo era, y que casi todos los sueños están relacionados con el sexo, principalmente con deseos sexuales reprimidos. En comparación, pocos de los míos están relacionados, por lo que puedo ver»[27]. Según Rosamond, Stephens sentía una especie de obligación de ilustrar a sus amigos más reprimidos sobre sus impulsos sexuales sublimados, un hábito que no gustaba a todos, aunque a ella le «encantaba la forma directa y sencilla» que tenía de tratar asuntos como el control de la natalidad[28]. Las lecturas de Rosamond pronto incluyeron a Freud y sus sueños, la *Psicología del inconsciente,* de Jung, y *Sexo,* de Thompson y Geddes, además de algún libro sobre perversión sexual que le prestó otro amigo del Sinn Fein.[29] En una conferencia sobre fijaciones sexuales a la que asistió un año después, se enteró de que «los irlandeses sufren de una represión sexual terrible (así que era verdad) y ese es el motivo de que sean tan propensos a la violencia y a pelear… y los ingleses tienen complejo gastrointestinal, lo que es peor»[30].

Puede pensarse que Jacob, procedente de una familia protestante agnóstica y bastante intelectual, fue excepcionalmente avanzada, y tal

26 Ibídem, vol. 36, 6 de noviembre de 1915.

27 Ibídem, 10 de noviembre de 1919.

28 Sobre el control de la natalidad, la enfureció una enfermera católica que le dijo que la planificación familiar era «contraria a la ley de Dios y de las Iglesias», al mismo tiempo que admitía que las mujeres de clase obrera debían tener menos hijos. «Los hombres de esa condición eran unos brutos tan desenfrenados que casi matarían a las mujeres que se les resistieran ¡Una consecuencia encantadora de 19 siglos de Iglesia!», vol. 31, 26 de marzo de 1917. Para más creencias de Stephen, véase vol. 33, 2 de enero de 1918. «Los sentimientos sexuales deben expresarse tan libremente como los de otra naturaleza, y más daño se hace en el mundo por reprimirlos que por casi cualquier otra cosa. La gente puede amar a miembros del otro sexo hasta cualquier punto, tanto si están casados como si no».

29 Vol. 37, 17 de septiembre de 1920. «No pude deducir muchas reglas [en Freud], para continuar, ni muchas evidencias de por qué una cosa representa a otra. Parece que casi todo representa a los órganos sexuales».

30 Vol. 37, 13 de noviembre de 1920.

vez lo fue, aunque, como muchas feministas, opinó que los hombres debían actuar con más continencia al leer fascinada la polémica obra sobre la enfermedad venérea *The Great Scourge,* de Christabel Pankhurst. También creía que «la promiscuidad en ambos sexos es mejor que el doble rasero moral»[31], y en esto coincidía con muchos miembros de su generación. Constance Markiewicz, con su marido polaco bebedor y errabundo, disfrutó quizá de la misma libertad (años después, Bulmer Hobson habló a su hijo Declan de su sorpresa cuando, estando de maniobras nocturnas con los *boy scouts* de Fianna, ella pidió meterse en la cama con los chicos para calentarse).

Aunque más convencional, la correspondencia de pareja entre Eamon y Sinead de Valera o Tom y Kathleen Clark es descarada en sus apasionadas manifestaciones de cariño y en la sensación de ausencia física cuando estaban separados (lo que sucedía con frecuencia). De Valera, cuya imagen se hizo amenazadoramente puritana en sus años maduros, escribió a su reciente esposa desde la escuela gaélica de verano en el oeste de Irlanda, donde enseñaba, y adjuntó un poema erótico en irlandés que hablaba del «pecho desabrochado» de la amada y de «sus tres joyas, las más bellas del mundo». «No pude explicar el significado en la clase mixta, pero deseé que estuvieses aquí, conmigo… la expresión "beal beosac" apareció en un poema hace unos días. La tradujimos como "de labios nectarinos" pero entendí lo que quería decir el poeta. Esos besos salvajes»[32].

II.

Otros matrimonios funcionaban a temperatura más baja. Rosamond Jacob estaba intrigada por la relación marcadamente aséptica entre Francis y Hanna Sheehy-Skeffington, que tenían dormitorios independientes —«lo más civilizado», según Hanna—. «Afirmaba que estaba encantada de haber terminado con el sexo, y lo consideraba más bien como una molestia y un obstáculo en la vida. Hay cierta frialdad y ascetismo en ella. Dijo que había imaginado que yo, igual que la doctora Lynn y Madeleine, no necesitaba a los hombres para nada», lo que también se

31 Vol. 33, 13 de noviembre de 1919

32 Citado en Tim Pat COOGAN, *De Valera: long fellow, long shadow,* Londres, Hutchinson, 1993, p. 42.

aplicaba, añadía Rosamond, a Dorothy Macardle y Ella Young[33]. Hasta qué punto esto se refería a una forma de vida consciente y deliberadamente lesbiana (asumida por muchas contemporáneas suyas en círculos feministas ingleses) es otro asunto.

La mística Ella Young, que después destacó en comunas lesbianas californianas, combinó su inclinación sexual con una especie de culto a la diosa y una obsesión por Maud Gonne. Sus papeles están hoy repartidos entre la biblioteca de Ballymena y el Centre for Lesbian, Bisexual, Gay and Transcender History de San Francisco. Margot, la hermana de Cesca Trench, que participó en movimientos nacionalistas mientras trabajaba en Belfast y seguía siendo una devota anglicana, también era lesbiana y mantenía una relación amorosa con la feminista inglesa Judy Withers[34]. Kathleen Lynn, doctora en medicina, radical y protestante, y Madeleine Ffrench-Mullen, vivieron siempre juntas en una relación que tenía todo el aspecto de un matrimonio; Rosamond recuerda haber entrado en su dormitorio y haberlas encontrado en la cama tomando el desayuno juntas, según su costumbre[35]. Las cartas que se enviaron mientras estuvieron en la cárcel por actividades republicanas expresan un amor apasionado. Una amiga de Rosamond, Edith White, antigua metodista que se rebautizó como Maire y abrazó el amor por el gaélico y la fe en los espíritus de la tierra, confesaba sentir un deseo irrefrenable de vestirse de hombre y pasear así por Dublín[36]. Además de Lynn y Ffrench-Mullen, había otras parejas de mujeres bien conocidas en los círculos socialistas y radicales. Incluso podría haber existido una tendencia a que las lesbianas se acercasen a estas organizaciones para conocerse.

Con las excepciones obvias de Roger Casement, F. J. Bigger y Patrick Pearse, que serán abordadas más adelante, resulta difícil identificar deseos homosexuales entre los jóvenes varones de la generación revolucionaria, aunque los diarios de Piaras Béaslaí y Terence MacSwiney

33 22 de octubre de 1919, vol. 36. En una conversación posterior (de 10 de noviembre de 1919) Hanna atribuyó su frialdad a una educación mojigata. Véase también Margaret WARD, *Hanna Sheehy-Skeffington: a life,* Cork, Attic Press, 1997, pp. 31-32.

34 Las cartas de amor que le enviaba Withers están en NLI ms. 463331/22; para su correspondencia con Ella Young véase ibídem, 1.

35 Vol. 37, 21 de septiembre de 1920.

36 Vol. 24, 25 de diciembre de 1917.

apuntan a estrechos vínculos entre hombres, que en el caso de Béaslaí adoptan la forma de ciegos enamoramientos de amigos en la Liga Gaélica seguidos por desilusiones devastadoras. Muchas páginas de su diario están ocupadas por sus celos rencorosos cuando un amigo querido se relacionaba con alguna chica inadecuada. «Desde el primer momento, me llamó la atención y se me quedó en la cabeza. Sin embargo, no podía permitir que notase cuánto pensaba en él… Me estoy adentrando demasiado en psicologías, voy a dejarlo aquí»[37].

En Rockwell, Thomas MacDonagh perdió la fe de forma pasajera después de una relación obsesiva con otro seminarista, materia para largos y fervientes poemas. Las amistades de MacSwiney eran igual de sentidas pero más sublimadas; evitaba relacionarse con chicas, aunque escribía obsesivamente en su diario sobre la posibilidad de que una u otra de sus conocidas se ordenase monja. Finalmente, y con la desaprobación de sus imponentes hermanas, se casó con Muriel Murphy, mucho más joven que él. Es muy probable que MacSwiney se viese a sí mismo dedicado a la inminente revolución de forma casi monacal.

Otra forma de sublimación fue la adoptada por Patrick Pearse, uno de los líderes del alzamiento de 1916 y también un educador innovador y extremadamente influyente, que fundó Saint Eda y deslumbró a los chicos de los hogares nacionalistas. Como sucede con muchas personas de sus características, su fascinación por los muchachos tuvo un componente sexual sublimado, como ponen de manifiesto los versos eróticos que les escribía y las descripciones románticas de sus favoritos[38]. Un poema de Pearse en particular, «Little Lad of the Tricks», encierra una connotación abiertamente homoerótica:

Hay una fragancia en tus besos
que todavía no he encontrado
en los besos de las mujeres

37 NLI ms. 33, 957.

38 Como Frank Dowling, sobre el cual publicó Pearse un poema en el numero de junio de 1909 de la revista escolar: «en rostro, figura y maneras, mi idea de un Cuchulain niño, aquel "muchacho pequeño, moreno y triste, el más lindo de los chiquillos de Eire", tímido y modesto con el aire victorioso de un muchacho, con la altivez de un muchacho y el misterio de un muchacho, con la grave seriedad de un muchacho rota de vez en cuando por la irrefrenable alegría de un muchacho; un simple muchacho para todo aquel que lo mirase, nadie lo habría creído un héroe salvo en sus extraños momentos de exaltación, cuando esplendores séptuples llameaban en sus ojos y la luz heroica brillaba sobre su cabeza». *An Macaomh,* junio de 1909.

ni en la miel de sus cuerpos.
Muchacho de ojos grises,
el color de tus mejillas
palidecería de temor hacia mí
si adivinases mis secretos.
Quien tiene mis secretos
no es digno de tocarte.
¿No es lamentable,
chiquillo de las trastadas?*

Sus admiradores más leales elaboraron después una historia sobre un compromiso con una muchacha que murió ahogada siendo muy joven, pero al parecer era inventada y jamás se supo de relación alguna con otra mujer.

El nacionalista del norte F. J. Bigger también rendía culto a los muchachos, en su caso de modo más reconociblemente homosexual. Era un rico estudioso aficionado, obsesionado con la recuperación de la indumentaria y la arquitectura gaélicas; en su mansión de Ardrigh, que dominaba el fiordo de Belfast y donde vivía con su madre adorada; o en el castillo medieval de Shane, en la costa de Ardglass, que él había restaurado, organizaba expediciones arqueológicas, *feiseanna* (festivales de música), desfiles y bailes, que incluían a jóvenes con vestimenta celta amorosamente diseñada por él mismo. La policía lo sometió a vigilancia a causa de sus compañías republicanas, pero no era la política lo que más le interesaba[39]. Estas celebraciones tan abrumadoramente homosociales, su preferencia estética por los muchachos, su adopción del anglocatolicismo y la figura erotizada de un niño guerrero sacrificial eran muy frecuentes en los cultos homosexuales de Gran Bretaña en la época, aunque, igual que sucedía con Pearse, parece que las actividades de Bigger se mantuvieron sexualmente sublimadas. Un amigo y frecuente huésped de Bigger observó que los chicos «son un buen puñado de jovencitos, aunque pienso que Mr. B está un poco tonto con alguno de ellos, claro que, como él mismo es un chiquillo, todo va bien»[40]. Este

* «There is a fragrance in your kisses/ That I have not found yet/ In the kisses of women/ Or the honey of their bodies./ Lad of the grey eyes/ The flush in they cheek/ Would be white with dread of me/ Could you read my secrets./ He who has my secrets/ Is not fit to touch you;/ Is that not a pitiful thing,/ Little lad of the tricks?».

39 Jeffrey DUDGEON, *Roger Casement: the Black Diaries, with a study of his background, sexuality and Irish political life*, Belfast, Belfast Press, 2002, p. 194.

40 Ibídem, p. 190.

amigo tan indulgente era Roger Casement. Más adelante, el sobrino de Bigger escribió que cuando su tío leyó alguno de los diarios personales de Casement, confiados a él para su custodia, quedó muy conmocionado y los quemó rápidamente.

Esto apenas resulta sorprendente. Tras el alzamiento, los diarios de Casement se convertirían en uno de los temas candentes en la larga historia de la pérfida Albión y la traicionada Hibernia. Esto es lógico porque las autoridades británicas dieron a estos diarios un uso verdaderamente pérfido; hicieron circular entre gente influyente algunos extractos para torpedear la campaña que pretendía el indulto de su pena de muerte. El daño infligido a su reputación fue mayor si cabe porque los diarios dan cuenta de sus relaciones homosexuales con nativos de los países donde trabajó heroicamente como activista humanitario. La creencia de que los diarios utilizados habían sido falsificados se convirtió en artículo de fe para la mayor parte de los nacionalistas irlandeses, pero no ha sobrevivido al examen forense, las comprobaciones grafológicas, el análisis de posibles interpolaciones, y las referencias cruzadas con otras fuentes sobre la vida de Casement.

El consenso es que Casement llevó un registro extraordinariamente completo de sus aventuras sexuales compulsivas y sus deseos en una serie de «diarios negros», como los llamaba, varios de los cuales se han conservado, especialmente el de 1911. Los otros volúmenes conservados cubren los años 1903 y 1910. También llevaba un «diario blanco» paralelo en el que reflejaba el aspecto profesional y respetable de su vida como funcionario consular, nacionalista cada vez más apasionado y valeroso activista contra la explotación de nativos por la industria del caucho en las cuencas fluviales del Congo y el Amazonas. Probablemente, la intención que había detrás de la elaboración de un registro sexual secreto era algún tipo de autosatisfacción, y tal vez incorporase cierto grado de fantasía. Pero los diarios son asimismo una crónica de actividades sexuales prohibidas, practicadas asiduamente en Italia, Brasil y otros lugares lejanos, aunque también en Londres, Dublín y Belfast, que comenzaron cuando él tenía veinte años, como máximo[41]. Sus parejas eran hombres mucho más jóvenes, adolescentes en ocasiones, y había intercambio de dinero o regalos. Casement veía estos encuentros como algo consensuado y parece que era bastante

41 Ibídem, p. 111.

descarado sobre su sexualidad. Se diría que sus experiencias le proporcionaron más placer que problemas o conflictos internos. Aunque la mayor parte de sus encuentros fueron pasajeros, mantuvo una relación duradera con un joven de Belfast, Millar Gordon. Una críptica entrada de mayo de 1910 en su diario evoca vívidamente su vida secreta:

> Salí con *Millar* hacia Warrenpoint. Paseo en barco y *Enorme* gozo. Ambos *Disfrutamos*. Vino a comer al G Central Hotel. Volvimos juntos a las 10,30 u 11 después de ver los billares. No dijimos una palabra antes de «espera, ya lo desabrocho yo» y después «magnífico». X contó muchas historias y la levantó magníficamente. La primera vez después de tantos años y tantas ganas mutuas. Cabalgué gloriosamente, un corcel espléndido, me habló de muchos. «Magnífico».[42]

Como en el caso de Pearse, no existe evidencia de interés romántico por las mujeres; como en el caso de Pearse, los hagiógrafos leales le inventaron después relaciones femeninas, reclutando póstumamente para ello a la vieja amiga de Casement, Ada MacNeill. Pero, aunque ella tal vez tuviera algún plan con el glamuroso Casement, él esquivó sus coqueteos y escribió a su prima Gertrude que deseaba «que me deje en paz, la pobre… tengo fuertes sentimientos de amistad por ella, y buenos deseos, y fraternal afecto irlandés, pero me gustaría que dejase otras cosas fuera de sus cálculos»[43]. Casement, igual que Bigger, mantenía amistades afectuosas y llenas de camaradería con mujeres nacionalistas de fuerte personalidad, a las que escribía cartas muy elaboradas y bastante afeminadas. Aunque el retrato que emerge de las dos biografías más sustanciosas de Casement, sumadas a su abundante correspondencia, es el de una personalidad nerviosa, histriónica, capaz de grandes actos de valentía, de forzarse hasta el límite y de adoptar actitudes extremas mientras mantenía una vida secreta de sexo casual que, además de ansias insatisfechas, le proporcionó momentos evidentes de inmenso placer y esparcimiento.

42 Ibídem, p. 215

43 Ibídem, p. 537 [enero de 1913]. La única reflexión sobre la homosexualidad como un problema aparece en sus diarios cuando habla del suicidio de sir Hector MacDonald, un general eminente y popular, después de un incidente que incluía a un adolescente. Casement expresa compasión por el fallecido y se refiere a su homosexualidad como «una enfermedad» que debe ser tratada y no un delito que deba ser castigado, que posiblemente habría sido lo que hubiese argumentado en su propio caso.

Un motivo para que la homosexualidad de Casement resultase tan espinosa era que, en Irlanda, los escándalos homosexuales anteriores habían afectado a oficiales del castillo de Dublín, al menos en dos ocasiones destacadas. El otro caso célebre fue, por supuesto, la acusación contra Oscar Wilde en 1895. En círculos nacionalistas puritanos irlandeses podía pensarse que la homosexualidad era un vicio propio de dirigentes imperiales corruptos o de los que se degeneraban a causa de estéticas dudosas en el decadente Londres (hoy pueden identificarse actitudes parecidas entre nacionalistas de algunos países africanos). No era admisible que un héroe nacionalista estuviese tan entregado al cortejo de hombres jóvenes como a la lucha por la libertad de Irlanda.

Es obvio que la vida sexual ilícita de Casement tenía que mantenerse en estricto secreto, pero es también evidente que él no veía ninguna contradicción, y casi ninguna culpabilidad, en la conjunción de sus actividades sexuales y su compromiso con los derechos de los pueblos colonizados y con la libertad de Irlanda. Cabe señalar que su culto por Alemania, como una potencia viril que podía dar lecciones a los decadentes británicos, es coherente con su temperamento febril dado a la adoración de los héroes. Podríamos aventurar que, aunque fueron escasos los amigos nacionalistas de Casement que se dedicaron al sexo transgresor con tanto vigor como él, los instintos de algunos de sus camaradas tal vez fueran tan poco convencionales como los suyos. Aquellos jóvenes, procedentes a menudo de hogares fracturados o problemáticos, deseaban rechazar la autoridad colonial y patriarcal, y construir un mundo nuevo libre de barreras, en una hermandad de almas afines, y esa idea bien podía implicar una importante carga de vínculos homosociales.

III.

Esto iba a continuar durante los años de actividad abiertamente revolucionaria después de 1916. Uno de los aspectos más traumáticos de la guerra civil que siguió al tratado fue la desaparición de los lazos entre quienes habían forjado relaciones estrechas en el ambiente fraternal de las campañas guerrilleras. Aunque es pertinente preguntarse si hubo un elemento librepensador y sexualmente avanzado en el temperamento revolucionario antes de 1916 ¿qué sucedió con él después? Algunos de los jóvenes románticos como Thomas MacDonagh y el rompecorazones Sean MacDermott fueron ejecutados. También fue ejecutado Joseph

Plunkett, tras el famoso gesto de casarse con Grace Gifford en su celda. La hostilidad de su hermana Geraldine hacia Grace continuó y, como hemos visto, creyó que Grace estaba embarazada y probablemente de un hombre que no era Joe. Sin embargo, las cartas de amor de Plunkett, que ahora pueden ser consultadas, arrojan dudas sobre esto. Su autenticidad se ve confirmada por el éxtasis, la emoción, la pasión, las recriminaciones ocasionales, las reiteraciones y la banalidad. Las cartas demuestran que la pareja se había prometido en secreto en diciembre de 1915, y que en enero de 1916 el compromiso era conocido entre quienes los trataban[44].

Las cartas de Joe Plunkett a Grace, dada su normalidad, humanizan su figura, algo estrafalaria y afectada. Solo la penúltima carta, dos días antes del alzamiento, acompañada de una peculiar prenda de amor, suena discordante:

> Sábado Santo, 1916
>
> Mi querida novia,
>
> He recibido por puro azar tu amada carta esta mañana, cuando he salido a las nueve, y desde entonces no he tenido un minuto para pensar (son las 2,45 ahora). Te escribo desde la dirección indicada arriba. Te envío una pistola pequeña que solo debes usar para protegerte. Para disparar, levanta la palanquita donde pone «seguro» y aprieta el gatillo, pero solo si pretendes disparar. También te pongo un poco de dinero y todo mi amor para siempre.
>
> Xxxxxxxxxxx Joe xxx[45]

Dos días después, marchó contra la oficina central de Correos a la cabeza de un diminuto ejército insurgente.

Grace Gifford Plunkett no se volvió a casar; su hermana Muriel, viuda de MacDonagh, se ahogó en circunstancias misteriosas poco des-

44 Por contraste, la reacción de la madre de Grace sugiere el tipo de relación que tenían las hijas rebeldes con su entorno familiar. En una entrevista para la prensa justo después de la ejecución de Plunkett, la señora Gifford aseguraba que solo había sabido del matrimonio después de que este se produjese, y que ni siquiera sabía que estuviesen prometidos. A continuación culpaba a Constante Markiewicz de haberlo organizado todo. Según su madre, Grace «siempre fue una chica muy terca y con mucho carácter; y en los últimos tiempos había llevado una vida bastante independiente». *Lloyds Weekly News,* 7 de mayo de 1916, en los documentos de Grace Plunkett, NLI ms 21,593.

45 Documentos de Grace Plunkett, NLI, ms. 21, 590.

pués; Sidney Gifford emigró a América. Cesca Trench, conmocionada y entristecida por los sucesos de 1916, sí se casó, con Diarmuid Coffey, pero murió poco después en la pandemia de gripe de 1918. Roger Casement fue ahorcado por traición. Había intentado, sin éxito, reclutar una milicia revolucionaria entre los prisioneros de guerra irlandeses en Alemania, regresó a Irlanda a bordo de un submarino alemán y fue capturado al llegar. Su amigo Bigger se retiró a una reclusión estudiosa después del alzamiento. Rosamond Jacob, como tantos otros, se reprochó furiosamente no haber participado en el alzamiento de 1916, y poco después se trasladó a Dublín para llevar una vida de compromiso político, lo que implicó, como se ha mencionado ya, un romance secreto con Frank Ryan que no la hizo feliz. Sus amigas Kathleen Lynn y Madeleine Ffrench-Mullen siguieron juntas durante toda su vida. Descubrieron, como muchas mujeres de ideas independientes, que el régimen posrevolucionario no suponía una escapatoria frente a los valores patriarcales, más bien al contrario. Las hermanas Ryan, como se ha dicho, desposaron a jóvenes activistas influyentes y llegaron a ser miembros destacados de las elites posrevolucionarias. Mabel FitzGerald se convirtió en esposa de un ministro y formidable gran dama en la sociedad política dublinesa.

Terence MacSwiney murió en huelga de hambre en 1920, su viuda Muriel, que había sido brevemente la chica del cartel para la recaudación republicana de fondos en los Estados Unidos, se sumergió en una nueva causa, se hizo comunista de por vida y vivió primero en la Alemania de Weimar y después en París. Aunque tuvo varias relaciones y alumbró otro hijo, jamás volvió a casarse. Su esposo continuó siendo una figura heroica en su memoria pero ella se distanció de la mayor parte de sus amigos republicanos y arremetió violentamente contra la religión católica («la Santa Iglesia Capitalista de Roma»). Los años revolucionarios le habían facilitado la ocasión de rechazar su origen unionista y adinerado, de encontrar el amor y de reconstruir su vida, y la aferró con ambas manos. «Verá», declaró a un entrevistador americano, «mis padres no son en absoluto como yo. Pienso que yo soy un ejemplo bastante típico de cierto sector de Irlanda. Los más jóvenes en Irlanda han estado pensando de una manera que los más viejos no han compartido… Soy solo un ejemplo típico de los muchos que se criaron encerrados en casa»[46].

46 Declaración ante la American Comission on Ireland, publicada como apéndice en Joanne MONEY EICHAKER, *Irish Republican Women in America: Lecture tours 1916-1925*, Dublín, Irish Academic Press, 2003, pp. 236-261.

Muriel no fue típica de su generación en el desplazamiento de su actividad revolucionaria a otros ámbitos. Después de que la revolución terminase con un controvertido tratado con Gran Bretaña, seguido de una guerra civil breve pero sangrienta y de la creación de un Estado Libre de Irlanda profundamente conservador, las vidas de muchos de sus camaradas quedaron definidas y limitadas por el pasado. La llama de la memoria de Casement fue custodiada por su devota prima Gertrude y su hermana errabunda Nina, pero la falsedad de sus diarios continuó siendo la piedra angular de su fe. Hanna Sheehy-Skeffington, cuyo marido pacifista fue asesinado por un oficial inglés en el curso del alzamiento, también llevó una vida de agitación política y encontró que el nuevo ordenamiento era tan opuesto al feminismo como a la libertad sexual. En todo caso, como observó Rosamond Jacob tras conversar con una feminista puritana americana en un congreso sufragista internacional en 1918, «los derechos de la mujer en algunos países implican el derecho al amor libre mucho más que en otros»[47].

La desilusión crecería en los años siguientes. En parte reflejaba una fase de la juventud que todos habían vivido con extrema emoción e intensidad y que ahora había terminado. Pero también reflejaba las humillaciones, resentimientos y silencios de la memoria discutida sobre un período cuyos acontecimientos eran mucho menos claros de lo que sostenía la memoria oficial. «He visto cómo se hacía historia en Irlanda durante los últimos veinte años», escribió en 1922 P. S. O'Hegarty, «y en los últimos seis años he visto que se afirmaban cosas sobre la insurrección de 1916 y su génesis que sé que no son ciertas. Pero nadie será capaz de refutarlas y se convertirán en historia. Lo que llamamos historia es en gran medida imaginación humana»[48].

Comprender las vidas de su generación requiere una reconstrucción de la visión del mundo de los revolucionarios radicales, de mentalidad laica y frecuentemente de clase media, cuyas prioridades quedaron excluidas del Estado conservador y confesional que surgió en la Irlanda independiente después de 1922. Muchos de los que expresaron su decepción y su discrepancia mantenían una actitud conflictiva (o simple aversión) frente al catolicismo; varios habían alimentado ideales socia-

47 Vol. 30, 18 de junio de 1916.

48 Citado por Frances FLANAGAN, «"Your Dream Not Mine": nationalist disillusion and the memory of revolution in the Irish Free State», tesis doctoral, Oxford, 2009, p. 11.

listas y laicos, además de la fe en la igualdad de géneros. Sin embargo, tras 1922 descubrieron, como Bulmer Hobson, que «la libertad no había traído un semillero de ideas nuevas, sino más bien una amargura fanática». La glorificación de los rebeldes de 1916 (que adoptó a menudo la forma del culto a los santos católicos) les parecía errada y oscurantista. Habían esperado que la revolución llevase a una Utopía antimaterialista, librepensadora, intelectualmente independiente, a salvo de las concesiones y las hipocresías de la vida moderna, pero se encontraron con algo muy distinto. La vida de irlandesas radicales como Mabel Fitzgerald y Constante Markiewicz son reflejo de esto. Lo transmiten sus correspondencias particulares, sus escritos y algunas memorias, que apuntan a la existencia de una alternativa a la corriente de excepcionalismo triunfalista y confesionalidad católica que fue difundida por los Gobiernos de Eamon de Valera después de 1932.

El triunfo de los puritanos no debería sorprendernos. La idea de C. S. Andrews según la cual los revolucionarios son puritanos por naturaleza quizá esté cerca de la verdad al fin y al cabo. También lo ha dicho Eric Hobsbawm entre otros:

> Aunque no exista un vínculo intrínseco entre la permisividad sexual y la organización social, estoy obligado a señalar con cierta pena que hay una afinidad persistente entre la revolución y el puritanismo… Cualquiera que piense que la moral de los viejos anarquistas era libre y relajada no sabe de lo que habla. El amor libre (en el que creían apasionadamente) iba acompañado de nada de bebida, ni de drogas, y monogamia sin matrimonio formal. El elemento libertario, o más exactamente antinómico, de los movimientos revolucionarios, aunque en ocasiones sea fuerte o incluso dominante en el momento exacto de la liberación, jamás ha podido resistir frente al puritano. Los Robespierre siempre se imponen a los Danton. Los revolucionarios para los cuales el liberalismo sexual (o cultural, para el caso) constituye un aspecto importante de la revolución, quedan apartados tarde o temprano. Wilhelm Reich, el apóstol del orgasmo, comenzó (nos lo recuerda la Nueva Izquierda) como revolucionario marxista y freudiano, muy capaz a juzgar por su *Mass Psychology of Fascism* (subtitulada *The sexual economy of political reaction and proletarian sexual policy)*. Pero, ¿nos sorprende que este hombre terminase centrando su atención en el orgasmo y no en la organización?[49]

49 Eric HOBSBAWM, «Revolution and Sex», en *Revolutionaries. Contemporary Essays*, Londres, Quartet Books, 1977, p. 218. Editado también en español: *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Ariel, 1978.

La revolución irlandesa no produjo un Wilhelm Reich, aunque algunas de sus ideas habrían interesado a Rosamond Jacob. La tendencia local a reafirmar el puritanismo fue alentada por otros factores. En Irlanda, el proceso de estabilización posrevolucionaria adoptó una forma marcadamente religiosa, que fue consecuencia, en parte, de una larga tradición que identicaza la fe con la patria, pero en mayor medida obedeció a que muchos elementos de la Iglesia católica se alinearon rápidamente con la retórica del nacionalismo extremo después de 1916[50].

En el proceso, quedaba poco espacio para escribir las vidas de aquellos cuya actividad prerrevolucionaria había favorecido el feminismo, la lucha contra el patriarcado y la ruptura de las convenciones sexuales; mientras que la excitación juvenil y el apego romántico de muchos jóvenes republicanos nacionalistas se transformarían en compromisos más sobrios y conservadores después de que la lucha comenzara realmente. Esto hace que sea más importante reconstruir el mundo previo a la revolución, cuando la liberación del dominio británico también implicaba, para algunos activistas al menos, la institución de un nuevo sistema de relaciones humanas. Tanto si este nuevo sistema se basaba en un nuevo modelo de familia, o en unas funciones paritarias de hombre y mujer en el trabajo y el matrimonio, como si partía de las relaciones homosociales de la versión ideada por Pearse y Bigger de las hermandades Red Branch y Fianna, o de la posibilidad de formar parejas de mujeres en una sociedad abierta al feminismo, estaba condenado a la decepción.

Ni el propio Sigmund Freud se habría sorprendido. En 1921, Rosamond Jacob leyó su libro *Tótem y tabú* y anotó su interpretación personal: «Toda religión deriva de la alianza de los hijos de una familia primigenia para matar al padre. Era bueno; muy razonable y estimulante»[51]. En realidad, *Tótem y tabú* es la versión de Freud sobre los orígenes del contrato social y la evolución de la sociedad civil. Presenta una situación posrevolucionaria en la que el grupo de hermanos, después de matar al padre, tuvieron que crear un orden racional que preservase la organización que los había hecho fuertes. Esto llevó a la subordinación de las mujeres y a la reconciliación con la imagen y los valores del padre asesinado, imitados por medio de sistemas de rango y posición. Si Rosamond Jacob encontró «razonable y estimulante» en 1921 la teo-

50 Véase Jerome AAN DE WIEL, *The Catholic Church in Ireland 1914-1918,* Dublín, Irish Academic Press, 2003.

51 Vol. 39, 27 de enero de 1921, y vol. 40, 14 de diciembre de 1921.

ría freudiana de la evolución social, a muchos antiguos revolucionarios irlandeses que conocieron el estado independiente establecido por el tratado de aquel año les habría sonado extraordinariamente familiar.

Traducción de Virginia Tabuenca

Biografía frente a estereotipos: el caso de Azaña

Santos Juliá
UNED

Basta ojear la entrada que el *Diccionario Biográfico Español*, recientemente publicado por la Real Academia de la Historia, dedica a Manuel Azaña para comprobar hasta qué punto los errores de hecho y los estereotipos como claves de interpretación de su vida y de su política siguen afectando, para mal como es costumbre, a la figura de quien fuera entre 1931 y 1933 presidente del Gobierno y, más tarde, de 1936 a 1939, presidente de la República española. Errores de hecho que van desde situar a Manuel Azaña como funcionario encargado del negociado de últimas voluntades en la Dirección General de los Registros y del Notariado hasta asegurar que su viuda, Dolores Rivas Cherif, murió «muchos años después en Buenos Aires»; estereotipos que incluyen, como no podía ser de otra forma, al del intelectual que emprende una acción de gobierno guiado por el resentimiento y al del jacobino francófilo que oculta a un déspota.

Esta disparatada semblanza supuestamente biográfica de Manuel Azaña, escrita por un distinguido académico e ilustre historiador, no ha surgido por generación espontánea ni es flor de un día. Viene de lejos, echó profundas raíces durante los años de República y Guerra Civil, fue cultivada en la posguerra y durante toda la dictadura y algunos de sus principales elementos lograron penetrar en buena parte de la historiografía y perdurar, como se comprueba en el mencionado Diccionario, hasta nuestros días. Naturalmente, una construcción tan potente y perdurable no puede tener un único origen, los enemigos de su política; a ella han contribuido, desde luego, la derecha católica y militarista que se alzó en armas contra la República, pero también los que, defensores de la República, atribuyeron a las malas pasiones de su presidente, a su cobardía, su derrotismo y su traición, la derrota final.

Lo que quisiera exponer hoy aquí es el proceso de construcción de una imagen de Manuel Azaña que llegó a alcanzar la categoría de estereotipo, o sea, según define el DRAE, la de «imagen o idea aceptada comúnmente por un grupo o sociedad con carácter inmutable» y

que llegó hasta nosotros, quiero decir, hasta quienes nacimos no mucho tiempo después de la derrota de la República y comenzamos en los años de nuestra juventud a interesarnos por lo que el mismo Azaña llamó el «inmerecido y cruel destino»[1] del pueblo que fue su origen. Tanto llegó hasta nosotros esa imagen que no es raro encontrar todavía hoy restos de su naufragio, que asoman por aquí y por allá, el último, hoy mismo, cuando escribo estas líneas, en un artículo de Antonio Muñoz Molina, en el que se dice que Manuel Azaña fue «un hombre tan rico en veladuras y enigmas que tantos años después de su muerte sigue en gran parte mereciendo el título que dio su cuñado y amigo íntimo Cipriano Rivas Cherif al libro que escribió sobre él, *Retrato de un desconocido*». Tantos años después de su muerte, con tantos miles de páginas dedicadas a su persona y a su política, y hete aquí que Azaña sigue siendo un desconocido. O eso, al menos, afirma Antonio Muñoz Molina[2].

Manuel Azaña, como enigma y veladura, Manuel Azaña como un perfecto desconocido: la prehistoria de la construcción de la perdurable imagen de Azaña comenzó precisamente por ahí, porque al parecer era un desconocido, lo cual asemeja a un don nadie, y puede datarse en 1931, cuando su fulgurante y, para la mayoría de los políticos y de los comentaristas de política de aquel tiempo, sorprendente subida a la presidencia del gobierno de la República fue recibida con el asombro propio de quien cree que está al cabo de la calle y, de pronto, irrumpe en primera fila alguien de quien ni siquiera ha oído hablar. A la sorpresa siguió, como era de prever, una avalancha de ensayos biográficos que el mismo Azaña contempló entre divertido y mosqueado: «ahora —escribe en su diario un día de marzo de 1932— hay muchas gentes empeñadas en saber cómo soy y cómo he sido. Y me inventan biografías». Y poco después: «Desde que los sucesos políticos me han sacado bruscamente a la notoriedad, algunas personas han sentido la tentación de inventarme una biografía»[3]. Inventadas porque, según presumía, hasta ese momento carecía de biografía.

1 Manuel AZAÑA, «Discurso en el Ayuntamiento de Madrid», pronunciado el 13 de noviembre de 1937, en *Obras completas* (ed. de Santos Juliá), vol. 6, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 140.

2 Antonio MUÑOZ MOLINA, «Toda la vida», en *Babelia*, *El País*, 6 y 7 de abril de 2012.

3 Manuel AZAÑA, «Diarios», entradas de 21 de marzo y 31 de mayo de 1932, en *Obras completas*, vol. 3, pp. 947 y 985.

Esta invención de biografías se puso en marcha desde el mismo momento en que, a raíz de la promulgación de la Constitución, Manuel Azaña consolidó su posición como presidente de un Gobierno de coalición formado por dos partidos de la izquierda republicana, otros dos partidos republicanos nacionalistas —de Cataluña y Galicia— y el Partido Socialista. No era natural que alguien venido supuestamente de la nada, un personaje de segunda fila, de quien únicamente se sabía que había sido secretario del Ateneo de Madrid y jefe de un pequeño grupo político sin historia, con solo una treintena de diputados, saltara de pronto a la presidencia del Consejo de Ministros a raíz de la primera crisis sufrida por el Gobierno con ocasión del debate sobre la cuestión religiosa.

El desconocimiento se trocó pues en misterio: algún enigma ocultaba ese desconocido para lograr de una tacada, por un discurso, la presidencia del Gobierno. Era preciso investigar, hurgar en su pasado, penetrar en lo que Muñoz Molina llama hoy también enigmas y veladuras, cómo fue su infancia y juventud, para dar con la clave del acontecimiento. Nada de extraño que fueran legión los que pusieron manos a la obra, los que se dedicaron, como dirá el mismo Azaña en las Cortes el 16 de marzo de 1933, días antes de apuntarlo en su diario, a «la inútil distracción de inventarme biografías íntimas»[4]. Íntimas porque no era en su vida pública, en su acción política, o en lo que hasta ese momento había dicho o hecho a la luz del día, donde los aficionados a la biografía buscaban la respuesta al misterio sino en la intimidad del personaje.

Y así fue como católicos y monárquicos, por un lado, y republicanos radicales (del Partido Radical, o sea, los menos radicales de los partidos republicanos), desde el momento en que abandonan el Gobierno en diciembre de 1931, con motivo de la crisis abierta tras la promulgación de la Constitución, por otro, se dedicaron con fruición a la tarea de encontrar en su pasado alguna anomalía que explicara lo anómalo de su éxito político. Es significativo que católicos, monárquicos y radicales, junto a no pocos intelectuales que le habían tratado muy de cerca en el Ateneo Madrid y con quienes había mantenido correspondencia a propósito de los muchos artículos que les publicó mientras dirigía las revistas *La Pluma* y *España*, coincidan en atribuirle orígenes oscuros. Color este, el gris oscuro, que le acompañará para siempre en el futuro y que se derivaba de su supuesto empleo como administrativo en el nego-

4 Manuel AZAÑA, «El orden público y la política general del gobierno», en *Obras completas*, vol. 4, p. 263.

ciado de últimas voluntades de la Dirección General de los Registros y del Notariado, un oscuro funcionario que mataba las horas atendiendo tras la ventanilla a los atribulados deudos de familiares recién muertos. Su vida aparecerá así marcada por una oficina más bien siniestra y no faltará quien lo dibuje con los manguitos sobrepuestos a la manga de la camisa que en la época acompañaban todas las caricaturas del oficinista. En resumen, un ser insignificante que del negociado de últimas voluntades en la Dirección General había asaltado la presidencia del Gobierno: así lo presentaba el periodista católico Nicolás González Ruiz en un libro supuestamente dedicado al análisis de sus ideas, pero así lo recordaban también muchos de sus conocidos y amigos desde el momento en que escaló las más altas cimas del gobierno[5].

Para colmo de males, este oficinista oscuro, siempre vestido de gris, había cultivado ciertas aficiones literarias que, sin embargo, no le habían aupado al firmamento en el que brillaban las rutilantes estrellas del Madrid del primer tercio de siglo. Era en definitiva un escritor fracasado o, como dicen que dijo de él Miguel de Unamuno, un escritor sin lectores, o de escasos lectores, rumiando en silencio el amargo sabor del fracaso en algún rincón de las tertulias literarias que solía frecuentar en sus ocios de oficina. Allí, en las tertulias, se le recordaba ocupando siempre un lugar en la penumbra, más bien callado, sin atreverse a tomar la palabra. «Ese fofo de al lado, ¿quién es?», preguntará un personaje de Max Aub a su acompañante, señalando la esquina de una tertulia madrileña en la calle de Valverde. «¿Ese? Manuel Azaña, dirigió *España*, *La Pluma*. Ah, no le suena»[6].

Desconocido, fracasado, sin lectores, empezará a correr la especie de que era un solitario, un alma robinsónica, como le atribuyó Giménez Caballero[7], quien además de averiguar que había desempeñado su covachuelismo en la misma mesa del gran reaccionario y cavernícola ministro de Fernando VII, Calomarde, lo pintó como un tipo antisocial, incapaz de ternura, doblemente frustrado por defectos inconfesables, un eufemismo que ocultaba la sospecha de una homosexualidad, y que, a falta de éxito social, se había convertido en una especie de déspota

5 Nicolás GONZÁLEZ RUIZ, *Azaña. Sus ideas religiosas. Sus ideas políticas. El hombre*, Madrid, Gráf. Universal, 1932, p. 5.

6 Max AUB, *La calle de Valverde*, Madrid, Cátedra, 1985, p. 297.

7 Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, *Manuel Azaña (Profecías españolas)* [1932] Madrid, Turner, 1975, p. 111.

durante los años en que desempeñó la secretaría del Ateneo. Tal fue el camino que recorrió la explicación del ascenso a la jefatura del Gobierno de este desconocido oficinista, fracasado escritor, oscuro tertuliano, que había dado cauce a su rencor desempeñando despóticamente la secretaría del Ateneo de Madrid[8].

No quedó ahí la invención biográfica. Los más curiosos se preguntaron también por sus orígenes familiares y en su casa de Alcalá de Henares lo encontraron, como niño huérfano, solitario, convertido luego en un soñador peligroso, buscando la manera de someter y aplastar al prójimo. Y fue en este punto donde la imagen construida por católicos como González Ruiz y por fascistas como Giménez Caballero confluyó con la elaborada por los republicanos radicales desde la oposición: Azaña había cultivado soterradamente un ansia de poder, Azaña era un déspota, un dictador, que ocupaba una posición en el Gobierno que por su biografía no le correspondía y para la que no contaba con apoyos sociales suficientes.

Alejandro Lerroux, con quien había compartido la dirección de Alianza Republicana en los años de la dictadura de Primo de Rivera, y que nunca lo había considerado como posible competidor al frente de un Gobierno de la República, no se avino a la idea de que Azaña estaba allí, en la cabecera del banco azul, no de manera interina, sino para quedarse, reduciendo así sus posibilidades de alcanzar la jefatura del Gobierno. Y no tuvo mejor arma para combatir su posición que atribuirla a una maligna pasión por el poder, a un alma despótica.

Fue en este terreno, en la denuncia de un poder ejercido de manera despótica, en la ocupación de un cargo que por el número de sus diputados no le correspondía, donde el partido católico, la CEDA, encontró los mimbres con los que ir trenzando su futura coalición con el Partido Radical. Porque ese déspota colmado de resentimiento se disponía nada menos que a la destrucción de España. Al conjunto de aquellos íntimos atributos se atribuye ahora, en 1932, cuando se comprueba que el presidente del Gobierno está dispuesto a cumplir y hacer cumplir la Constitución, la política militar, la política religiosa y la política autonómica del

8 Me he ocupado de la construcción de esta imagen del funcionario oscuro y rencoroso en mi primer *Manuel Azaña. Una biografía política*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 52-54 y, con más detalle, en «La perfidie du rancunier: Manuel Azaña dans l'imaginaire de la droite», en Jean-Pierre AMALRIC y Geneviève DREYFUS-ARMAND (dirs.), *Autour de Manuel Azaña: Nation et mémoire en débat, Actes des Journées Manuel Azaña 2009 et 2010*, Castelsarrasin, Arkeia, 2011, pp. 75-82.

Gobierno de coalición republicano-socialista. Y así Azaña, a medida que avanza el año, será presentado como personificación de la Anti-España, el político frustrado y rencoroso, el dictador, que se ha propuesto la trituración del ejército, la demolición de la Iglesia y del sentimiento religioso, la destrucción de la unidad de España. Todo ello, naturalmente, al servicio de intereses ajenos: Azaña, jefe de un partido minoritario, solo preside el gobierno porque es prisionero de los socialistas, de los marxistas, y porque está al servicio de los «antros oscuros» de la masonería; marxistas y masones que, como es notorio, solo buscan la destrucción de la patria. Destruyendo a Azaña, se acabaría la coalición de los republicanos con los socialistas y se abriría ancho camino para un gobierno del Partido Radical que, tal como luego se presentaron las cosas, solo podría sostenerse con el apoyo parlamentario del partido católico, de la CEDA.

Alcanzado este primer objetivo, sobre la imagen elaborada durante sus años de gobierno se edificará, a partir de 1934 y, especialmente, desde el comienzo de la Guerra Civil, la del político cobarde, que huye por las alcantarillas tras haber participado en la Revolución de Octubre. Luego, tras el triunfo de la coalición de Frente Popular, en febrero de 1936, asustado por lo que se viene encima, emprenderá una segunda huida, esta vez hacia arriba, abandonando la presidencia del Gobierno para refugiarse en la presidencia de la República. A partir de la rebelión militar de julio de 1936, Manuel Azaña vuelve a aparecer, en las páginas que le dedican Joaquín Arrarás y Francisco Casares, como un sujeto hastiado y aborrecido desde la infancia, que desconoce la risa, la alegría, el amor, el optimismo, la primavera y que reniega de la fe y de su origen español. Un engendro espurio, aborto de logias, pervertido, cruel, infame, bolsa de odios y de fracasos, que alimenta un orgullo satánico en anónimas jornadas de burócrata oscuro y de secretario insignificante, incapaz de ternura, ajeno a la emoción, que sueña con ser un tirano y camina solitario, dominado por el resentimiento.

Fue, escribirá Casares, duro y cruel con los adversarios vencidos; cultivó a los indeseables de la pluma, disimuló sus emociones en el afán de aparentar una total ausencia de ellas, pero era, en realidad, un cobarde, escondido en diciembre de 1930, el primer huido de Madrid, todo lo cual revela una «escasa dosificación varonil»[9]. La especie del Azaña per-

9 Todo lo que se dice en este párrafo procede de los comentarios de Joaquín Arrarás a los cuadernos de Azaña robados en Ginebra, publicados en *ABC* de Sevilla durante los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre de 1937,

vertido, invertido, entregado a «los extravíos más degradantes para un hombre», que fue motivo de conversaciones obscenas entre «las damas distinguidas de la buena sociedad» que Ángel Ossorio frecuentaba[10], se convierte así en un motivo más de su conducta: su escasa dosificación varonil es suficiente para entender su propensión a la huida.

Sobre esta reconstrucción de la imagen del presidente de la República en guerra aparecerán dos nuevos elementos llamados a multiplicarse en el futuro. El primero es el recurso a la zoología, la creciente identificación de Azaña con animales, especialmente con los que se arrastran por la tierra. Azaña tiene mucho de fiera y bastante de reptil, escribe el mismo Francisco Casares. Y un tal Juan de Córdoba, desde las páginas del *ABC* que seguía editándose en Sevilla, tras el habitual recurso al odio del hombre oscuro, del oficinista de ventanilla, lo dibuja ahora en la figura del sapo[11]. Como un monstruo que liquida, con su huida de reptil acosado, el postrer ciclo de infamias que su negra alma perpetró contra España, lo verá Galinsoga, director de *La Vanguardia*, que atribuye a la perfidia del resentido el odio que había alimentado contra el ejército. También Arrarás recurre a la zoología, aunque esta vez no a la imagen del reptil que se arrastra por los suelos, que es la preferida durante estos años, sino a la de una hiena que camina solitaria. Azaña es en definitiva «el monstruo», como titula Wenceslao Fernández Flórez uno de sus artículos para *ABC*, con su vientre gelatinoso, sus dientes separados, las verrugas que salpican su ancha cara, un monstruo único, puesto que no hay dos como él[12].

La segunda novedad consiste en incluirlo en la nómina de los «delincuentes comunes»: Azaña es un ladrón, «símbolo de la médula ética de la República». Cuando la derrota de la República está a punto de consumarse y su presidente atraviesa la frontera, será el forajido, el la-

recogidos luego en Manuel AZAÑA, *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, como ya indiqué en mi «Introducción» a sus *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori, 1997, p. XX; y Francisco CASARES, *Azaña y ellos*, Granada, Prieto, 1938.

10 «Era tal su criminal barbarie que no se podía ni dialogar con ellas. Había que taparse los oídos», recordará Ángel OSSORIO GALLARDO en *La España de mi vida. Autobiografía*, Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 150 .

11 Juan DE CÓRDOBA, «Y el milagro se hizo», en *ABC*, 24 de diciembre de 1937.

12 Luis DE GALINSOGA, «El presidente de la guerra civil» y «Los hombres y los días», en *La Vanguardia*, 18 de febrero de 1940 y 13 de julio de 1939; Wenceslao FERNÁNDEZ FLÓREZ, «El monstruo», en *ABC*, 1 de marzo de 1939.

drón que ha huido de España para refugiarse en Francia llevándose un cargamento de 75 kilos de joyas, 30 piedras preciosas, varios lingotes de oro y un cofre conteniendo varios millones de monedas extranjeras, muchos collares y otras alhajas. Azaña es el supremo criminal, un indecoroso rastacuero, lleno de resentimientos y envidias, sórdido burócrata impotente y resentido, de negra alma, abyecta en perversiones, que encendió la guerra civil. Huido y cauteloso se ha deslizado por la frontera de Francia, el supremo jerarca, lo que es decir el supremo criminal de la extinguida República española[13]. Ha huido, sí, pero llevándose una gran fortuna y después de asegurarse una renta de medio millón de francos suizos anuales, que le permiten comprar en Pyla-sur-Mer una villa por la que ha pagado dos millones de francos y a la que se traslada, desde Collonges-sous-Salève, seguido por una caravana de camiones llenos de muebles y otros objetos[14].

Si con las imágenes de los primeros años de República —elaboradas sobre el odio a la religión y al ejército de un pobre funcionario reconcomido por el rencor— se pretendía destruir al presidente de un Gobierno por su política de desmilitarización y secularización del Estado, con estos nuevos materiales lo que se pretende es destruir la legitimidad de la República, presidida por un monstruo, un criminal, la oruga repulsiva de la España roja, la de las matanzas y las checas, de las refinadas crueldades satánicas. Y al destruir la legitimidad, lo que ahora se busca es cerrar el paso a cualquier atisbo de mediación internacional para poner un fin a la guerra sin represalias contra los vencidos: «Los verdaderos españoles nunca podremos tener trato con los hombres que, "presididos" por Azaña han asesinado a tantos hermanos nuestros, han perseguido a la Iglesia católica, incendiado todos sus templos para ver si lograban hacer desaparecer los últimos vestigios de la religiosidad innata en los españoles». El dilema para los republicanos sigue siendo de meridiana claridad, termina uno de sus alegatos *ABC*, después de presentar a su presidente —de nuevo en imagen de reptil— como un cocodrilo que solloza: o rendirse incondicionalmente a la magnanimidad del Caudillo

13 «Azaña huye a Francia con el producto del robo», «Delincuentes comunes» y «¡Acordaos!», en *ABC*, 27 y 28 de enero y 1 de marzo de 1939.

14 La renta es de un informe del Servicio de Información y Policía Militar al Juzgado de Responsabilidades Políticas, Archivo General de la Administración, Justicia, J 30329. La compra de la villa, Cónsul de España en Burdeos a Embajador, 6 de noviembre de 1939, Archivo General de la Administración, Asuntos Exteriores, 11287.

o sufrir derrota tras derrota[15]. No hay otra salida posible a la guerra que la rendición incondicional y Francia y Gran Bretaña harán bien si mantienen su política de no intervención en los asuntos españoles. Azaña se ha convertido, escribe Fernández Flórez, en el presidente de una muchedumbre de asesinos y ladrones[16].

En resumen, la imagen del funcionario gris y escritor fracasado que viene de una oscura covachuela y alcanza el poder por maquinaciones en logias y antros, y por su entrega a los marxistas, se comporta como un pérfido resentido que, movido por su odio, destruye o tritura el ejército, la religión y la patria, construida en los primeros años de República, a la que se añade la del cobarde e invertido que huye por las alcantarillas en los días de la Revolución de Octubre de 1934, se ampliará en los días de la Guerra Civil con las del reptil que se arrastra por los suelos y la del ladrón y delincuente que preside una República manchada de sangre, con su secuela de abominaciones de robo y destrucción. Si la primera imagen de Azaña se puso al servicio del combate contra la legislación reformista del Gobierno de la República, la segunda se construyó para negar a la República legitimidad, cargar a su cuenta, o directamente a la cuenta de Azaña, el origen o causa de la guerra, y justificar la persecución de su presidente en el exilio como a un delincuente común. Manuel Azaña se convirtió así en elemento central de un relato mítico en el que, por cumplir el papel del mal radical, suscitó la aparición del bien absoluto, el ínclito Caudillo, que recibió directamente de Dios la santa misión de salvar España de una muerte segura. Azaña, mal absoluto, destrucción de la religión y de la patria, causa de la guerra en la que se desangra y muere España, es la contraimagen de Franco, enviado de Dios para la defensa de la fe y la salvación de España.

Sería menester analizar de manera más detallada de lo que puedo hoy hacer aquí la influencia que este acercamiento a la biografía de Azaña por sus enemigos y adversarios políticos, o por los amigos y partidarios que un día se sintieron defraudados por su política, ha ejercido sobre la mirada de los historiadores que se han ocupado de la República y de la Guerra Civil. «El resentimiento —sentimiento frecuentísimo entre los humanos— jugó en el arranque de su vida política», escribió Jesús Pabón, y no otra cosa asegura Carlos Seco, no solo para explicar el arranque sino el conjunto, la totalidad, de su vida política. Y que ese

15 «Un cocodrilo que "solloza"», en *ABC*, 7 de enero de 1939.

16 «El Estado fantasma», en *ABC*, 15 de febrero de 1939.

resentido era un oscuro funcionario, un administrativo, es cosa que se repite habitualmente todavía: lo repite Federico Suárez cuando afirma que Azaña se dedicó en los últimos años de la primera década del siglo a «hacer oposiciones y ganó una plaza de administrativo en la Dirección General de Registros y del Notariado». Por no hablar de su caracterización como sapo repugnante: como recuerda Gabriel Jackson en el relato de sus andanzas por España, Jesús Suevos, director del Instituto de Estudios Políticos, hablando de Azaña muchos años después, le dijo que su cara parecía la de un sapo, añadiendo que la República había sido gobernada por invertidos. En fin, que ese funcionario resentido fuera «uno de los causantes personales más claros de la Guerra Civil» es una de las tesis que Ricardo de la Cierva nunca ha dejado de repetir[17].

Esa fue precisamente la biografía de Azaña que estuvo vigente durante los largos años de la dictadura, completada con algunos elementos procedentes de las críticas a que fueron sometidos por los defensores de la República sus proyectos de mediación con objeto de poner fin a la guerra por medio de una negociación tutelada por las potencias europeas y de la denuncia de su dimisión de la presidencia en los últimos días de febrero de 1939. Desde abril de 1938, Azaña fue acusado de derrotismo y en la reunión de la Diputación Permanente de 31 de marzo de 1939 fue calificado de traidor por los líderes del Partido Socialista y del Partido Comunista, que defendieron una política de resistencia hasta el final, Juan Negrín y Dolores Ibárruri[18]. Sus gestiones para encontrar una paz negociada fueron calificadas como una monstruosidad anticonstitucional y a su dimisión de la presidencia de la República se atribuyó entonces, y aún hoy en día, la derrota incondicional de la República. Todo esto como pasto obligado para alimentar la imagen del hombre asustadizo y cobarde, siempre dispuesto a la huida, a buscar refugio en lugar oscuro.

Me temo que al llegar aquí he agotado todo el tiempo de que dispongo. Pero, antes de terminar, me gustaría plantear para discusión en este seminario el punto al que se refiere el título de estas páginas: en

17 Federico SUÁREZ, que desconoce el temario de las oposiciones a las que se presentó Azaña y los ejercicios de que constaban, en *Manuel Azaña y la guerra de 1936*, Madrid, Rialp, 2000, p. 19; Gabriel JACKSON, *Memoria de un historiador*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 70; Ricardo DE LA CIERVA, *La Segunda República*. *El mito de Azaña*, Madrid, ARC, 1997, p. 38.

18 *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*. Diputación Permanente, Sesión de 31 de marzo de 1939, pp. 30-32 para la condena por Negrín, y p. 41, para la de Dolores Ibárruri, que repite el 1 de abril las palabras de Negrín.

lugar de proceder a lo que podría llamarse deconstrucción de estos estereotipos, muchas biografías de Azaña han partido del supuesto sobre el que se habían edificado: el postulado de que, en efecto, Azaña era un desconocido cuando llegó a la presidencia del Gobierno; que había pasado la mayor parte de su vida como un empleadillo oscuro, un administrativo destinado al más tétrico de los negociados posibles; que al verse investido del máximo poder dio libre curso al resentimiento incubado por su fracaso como escritor; que su política estuvo dominada por un odio atávico a los militares y a los curas; que en los momentos decisivos se dejó llevar por el miedo o la cobardía y que, en fin, acabó su vida política como prisionero de sus propias debilidades sin atreverse a romper los lazos que le ataban a comunistas y socialistas.

Desde Jesús Pabón a Federico Jiménez Losantos, pasando por Carlos Seco, cuando se trata de Azaña, lo que vale para dar cuenta de su política no son los análisis políticos sino las características que adornan al personaje y que Julián Marías resumió perfectamente cuando escribió que Manuel Azaña «había sido durante casi toda su vida una figura bastante oscura, funcionario, buen escritor escasamente popular, no muy creador, más conocido en el Ateneo que en otros círculos». Lógico que, como afirma Pabón, el resentimiento fuera lo que más contó «en el arranque de su vida política»[19].

Esta propensión no es habitual únicamente en sus adversarios o en los historiadores claramente sesgados por una opción política conservadora; también afecta a quienes contemplan la escena desde el ángulo contrario. El ejemplo más notorio es su renuncia a la presidencia del Gobierno para ocupar la presidencia de la República en mayo de 1936. Un análisis político de esa decisión tendría que dar cuenta o discutir lo que el mismo Azaña dejó escrito en sus notas o en su correspondencia: que él asumiera la presidencia era condición necesaria para ampliar la base sobre la que se sostenía el Gobierno de la República incorporando de nuevo a los socialistas. Esa operación, que habría exigido encargar a un socialista la formación de un nuevo Gobierno, solo podía ejecutarla él porque él era el único con autoridad suficiente para obligar a los republicanos a aceptar la presidencia del Gobierno por un socialista.

19 Julián MARÍAS, *Una vida presente*, Madrid, Alianza, 1988, p. 86; Jesús PABÓN, *Cambó*, vol. 2, Barcelona, Alpha, 1969, p. 211.

Evidentemente, se trata de una tesis discutible, pero incluso historiadores tan sólidos y autorizados como Francisco Tomás y Valiente zanjan la cuestión atribuyéndola a su carácter huidizo, a cierta cobardía ante los problemas que se avecinaban[20]. Algo similar ha ocurrido con la explicación de su preferencia por Negrín, en lugar de Prieto, para la presidencia del Gobierno en la crisis de mayo de 1937. Azaña ofreció de su opción una cumplida motivación política que ha sido desechada o no tenida en cuenta por quienes han preferido despachar el asunto cargando la nominación de Negrín a una «intriga soviética», como fue el caso de François Furet siguiendo una larga tradición[21].

Los ejemplos podrían multiplicarse, pero ni es el caso ni dispongo de tiempo. Lo único que pretendo plantear para el debate es la pertinencia de acudir a lo que podría llamarse, como la llamó el mismo Azaña, biografía íntima con el propósito de explicar cuestiones relacionadas con la biografía pública. En el caso de Azaña, ¿guarda alguna relación el hecho de su orfandad infantil con su temprana dedicación al estudio y al debate de cuestiones sociales y políticas? ¿Puede atribuirse al resentimiento su política hacia la Iglesia católica? ¿Sentía realmente Azaña un odio hacia los militares que explique su política militar? ¿Puede montarse sobre el enigma de Azaña su rápida subida a la presidencia del Gobierno? ¿Acaso su cobardía, su miedo o su timidez son argumentos que explican su permanencia en la presidencia de la República durante toda la guerra? Dejo fuera todas las conexiones establecidas por la derecha subversiva entre el resentimiento de Azaña y la destrucción de España, pero ¿tiene algún sentido repetir que la causa de la Guerra Civil —como escribió Madariaga— radica en la incapacidad de Azaña para entenderse con Lerroux?

Sin duda, nuestro conocimiento de Azaña y su política han subido muchos enteros en los últimos años, pero es para admirarse la rocosa persistencia de los estereotipos construidos a partir del axioma de *Manuel Azaña, ese desconocido*, para explicar el curso de la República y de

20 «En la primavera de 1936 pudo más en él el hombre huidizo que el político lúcido [...] Azaña, como ocurre en diciembre de 1930 y abril de 1931, o como el 6 de octubre, se retira, se quita de en medio. Ahora, en abril y mayo de 1936, huye hacia arriba»: «Huir hacia arriba. Reflexiones sobre Manuel Azaña», en José L. DE LA GRANJA y Alberto REIG (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, p. 140.

21 François FUET, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^{a} siècle*, París, Robert Laffont, 1995, p. 298.

la Guerra Civil. Por eso, mi primera reacción al contacto con la palabra de Manuel Azaña, con sus discursos y sus diarios de los años de República fue exactamente la contraria: Azaña es, ante todo, su palabra: en eso consistía todo el misterio. Y no tiene nada de raro que mi primer artículo sobre Azaña se titulara: «Manuel Azaña, la razón, la palabra y el poder». Para mí no había más Azaña que el político que a través de su discurso despierta en su auditorio una emoción acompañada de una iluminación, de un ver claro repentinamente una situación embrollada y sin aparente salida. Sobre la autoridad derivada de su palabra, expresión de su capacidad para proponer la política en la que fuerzas dispares podía encontrarse, se sostuvo su fulgurante llegada a la presidencia y ahí radicaba también el motivo de su definitiva fragilidad.

Era necesario por tanto, en mi opinión, reconstruir la biografía de Azaña barriendo toda la hojarasca íntima, del niño huérfano y solitario, del joven escritor fracasado, del resentido y rencoroso oficinista y procediendo directamente al análisis político de las políticas emprendidas por él desde el Gobierno. Concedí a Azaña en mis primeras incursiones un crédito que debía haber puesto en duda: que hasta la proclamación de la República, no tenía biografía o, como él lo decía, que había vivido enrollado en sí mismo hasta que llegó la hora de su estiramiento. Presté pues muy poca atención a los años de su niñez y juventud, pasé como sobre ascuas por los de su ocupación como secretario del Ateneo y solamente dediqué detallada atención a sus años republicanos. Porque, en mi opinión, Azaña no explicaba la República, era la República lo que explicaba a Azaña. Y para esa explicación sobraba toda aquella acumulación de consideraciones sobre su infancia solitaria, su empleo en la dirección general, su rencor de escritor sin lectores, su oscuridad en las tertulias, su jacobinismo persecutorio, su odio a los militares y a la Iglesia, su cobardía y sus cansancios, su derrotismo y su traición. Porque nada de eso explicaba su abandono del reformismo y su apelación a la República, su trabajo por una alianza republicana abocada a una coalición con los socialistas, su política militar desde el ministerio de la Guerra, su programas de reformas que habría de ejecutarse en coalición con los socialistas, su negativa a embarcarse en los proyectos de revolución de 1934, su trabajo por la reconstrucción de una alianza en 1935, su política de rescate de la República y, en fin, su continua exhortación, pública, bien conocida por los Gobiernos, a encontrar a la guerra una salida negociada. Todo eso se podía explicar políticamente sin necesidad de recurrir a consideraciones sobre su intimidad personal. Ese era, por lo demás, el Azaña que a mí me interesaba.

Luego he tenido ocasión de editar de Azaña sus obras por fin completas, lo que me permitió asomarme a un Azaña al que hasta ese momento no había tratado: el niño que desde los diez años pierde a su madre y a su padre; el joven que polemiza en la Academia de Jurisprudencia sobre cuestiones sociales y políticas; el opositor que obtiene una plaza de letrado en la Dirección General de los Registros y del Notariado, el secretario que cumple en realidad funciones de presidente en el Ateneo de Madrid, desde donde impulsa campañas a favor de los aliados durante la Gran Guerra, el intelectual que se incorpora a un partido reformista para intentar la experiencia monárquica, el director de revistas culturales, el fundador de un pequeño grupo de Acción Republicana y, luego, ese otro Azaña del que solo me había ocupado parcialmente, el presidente de una República en guerra.

El resultado de todo esto fue que, en efecto, Azaña tenía una biografía, que su elección a la presidencia del Consejo de Ministros no fue tanto un salto como una llegada, pero en el acompañamiento por ese largo periplo no he querido nunca recurrir a su vida privada, a sus sentimientos o emociones, a sus relaciones sexuales o amistosas para entender su política. He explorado su infancia, puesto en valor sus primeros discursos de juventud, su trabajo en el Ateneo, su francofilia, su presencia en el reformismo, sus relaciones y amistades, y naturalmente su «amistad particular» con quien habría de ser su cuñado, Cipriano de Rivas. Pero me he atenido en estas intimidades, y desde mucho antes de que lo escribiera, a lo que Hobsbawm dice en la presentación de su autobiografía: «Cualquier intento de relacionar las teorías económicas de Keynes o de Schumpeter con sus respectivas vidas sexuales, igualmente plenas, pero totalmente distintas, está condenado al fracaso»[22]. Y es lo que sigo pensando, sin limitar la observación a la vida sexual: cualquier intento de relacionar las políticas de Azaña con algún enigma o veladura que cubra su personalidad está condenado al fracaso: Azaña es su palabra y su acción, y sobre esta base es sobre la que me parece que es preciso construir su biografía. O eso es, al menos, lo que someto a discusión.

22 Eric HOBSBAWM, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 10.

Empatía fría. Los estudios sobre los perpetradores y el reto de escribir la biografía de Reinhard Heydrich

ROBERT GERWARTH
University College. Dublín

Introducción

De las muchas figuras terribles que hubo en la cúpula dirigente nazi, pocas han atraído tanto interés póstumo entre cineastas, periodistas y escritores como la de Reinhard Heydrich. Incontables documentales televisivos, espoleados por la fascinación del mal, han divulgado diversos aspectos de una vida que despierta curiosidad, y no escasean los relatos sensacionalistas sobre su asesinato en Praga en 1942 o sobre la ola sin precedentes de violentas represalias nazis que le siguió y que culminó con la destrucción del pueblo de Lidice, en Bohemia[1]. El asesinato de Heydrich, posiblemente la operación más espectacular de los servicios secretos durante la Segunda Guerra Mundial, y sus cruentas consecuencias han inspirado la imaginación popular desde 1942 y han proporcionado un telón de fondo, entre otras obras, a la novela *Lidice,* de Heinrich Mann (1942), al guión de Bertolt Brecht para el éxito cinematográfico de Fritz Lang en Hollywood *Hangmen also Die (Los verdugos también mueren)* (1943), y a la novela de Laurent Binet, recientemente galardonada con el premio Goncourt, *HHhH*, acrónimo de una supuesta expresión de Goering: «Himmlers Hirn heisst Heydrich» (el cerebro de Himmler se llama Heydrich)[2].

1 Los relatos más conocidos del asesinato de Heydrich son: Callum MACDONALD, *The Killing of SS Obergruppenführer Reinhard Heydrich: 27 May 1942,* Londres, Da Capo, 1992; Hellmut HAASIS, *Tod in Prag. Das Attentat auf Reinhard Heydrich,* Reinbek, Rowohlt, 2002; y Miroslav IVANOV, *Der Henker von Prag: Das Attentat auf Heydrich,* Berlín, Edition q, 1993. Para encontrar un estudio muy útil de la extensa literatura checa sobre el asesinato (hasta 1991), véase Zdeněk JELÍNEK, «K problematice atentátu na Reinharda Heydricha», en *Historie a vojenství*, 40 (1991), pp. 65-101.

2 Heinrich MANN, *Lidice,* México DF, Libro Libre, 1943. Sobre la participación de Brecht en la película de Lang, véase Gerd GEMÜNDEN, «Brecht in Hollywood: *Hangmen Also Die* and the Anti-Nazi Film», en *The Drama Review*, 43 (1999), pp. 65-76.

La persistente fascinación popular por Heydrich se explica fácilmente. Aunque solo tenía treinta y ocho años cuando murió asesinado en Praga en junio de 1942, Heydrich había acumulado tres posiciones clave dentro del imperio en expansión de Hitler. Como cabeza del vasto aparato nazi de policía política y criminal, fusionado en 1939 con el poderoso servicio de inteligencia de las SS —la SD— para formar la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA), Heydrich comandaba un nutrido ejército paralelo, integrado por oficiales de la Gestapo y la SD, responsable directo del terror nazi en Alemania y en los territorios ocupados. Desde su cargo, era también el principal organizador de los infames escuadrones móviles de la muerte de las SS, los *Einsatzgruppen,* durante las campañas militares en Austria, la República Checa, Polonia y la Unión Soviética. En segundo lugar, Heydrich fue nombrado *Reichsprotektor* de Bohemia y Moravia en septiembre de 1941, un cargo que lo convirtió en gobernante indiscutible del territorio antiguamente checo y en el único dirigente nazi investido con doble responsabilidad, en el centro y en la periferia del Tercer Reich. En tercer lugar, en 1941 y por medio de Goering, Heydrich recibió la orden de Hitler de encontrar y llevar a cabo una «solución definitiva al problema judío» en Europa, solución que en verano de 1942 acabó siendo lo que hoy se conoce como Holocausto: el asesinato indiscriminado y sistemático de los judíos de Europa. Con estas tres posiciones, Reinhard Heydrich desempeñó una función central en el complejo sistema de poder del Tercer Reich.

Sin embargo, a pesar de su importante cuota de responsabilidad en algunas de las peores atrocidades cometidas en nombre de la Alemania nazi, y pese al persistente interés tanto de los historiadores como del público en general por la dictadura de Hitler, Heydrich permaneció muchos años como un personaje ignorado y extrañamente borroso en la extensa literatura sobre el Tercer Reich. Aunque se han publicado unos 40.000 libros de historia de la Alemania nazi, los estudiosos se han abstenido de escribir sobre la vida de uno de sus protagonistas más intrigantes. La única excepción a esta notable omisión fue la tesis doctoral pionera de Shlomo Aronson, en 1967, acerca del papel de Heydrich en los primeros años de la Gestapo y el servicio de seguridad de las SS —la SD—, que, desgraciadamente, solo llega hasta 1936, cuando las SS se hicieron con el control absoluto de la policía alemana[3]. La investigación de

3 Shlomo ARONSON, *Heydrich und die Anfänge des SD und der Gestapo. 1931-1935,* tesis doctoral, FU Berlin, 1967; publicada después como Shlomo ARONSON,

Aronson, escrita en alemán (y nunca traducida al inglés) dejó una mina de materiales relacionados con la juventud de Heydrich que no puede ignorar ningún historiador que se ocupe posteriormente de la cuestión. Sin embargo, el trabajo de Aronson no es una biografía.

Empujados, probablemente, por el deseo de revelar aspectos sensacionales de la vida del «esbirro más malvado de Hitler», o del «rostro del mal», algunos periodistas intentaron llenar el vacío dejado por los historiadores profesionales antes de 2011[4]. Concretamente, en las décadas de 1960 y 1970 llegaron al gran público lector algunos relatos no académicos sobre la vida de Heydrich tales como *Heydrich. Hitler's Most Evil Henchman,* de Charles Wighton; el breve ensayo biográfico «The Successor», de Joachim Fest; o *In Pursuit of Total Power,* de Günther Dreschner. Les siguieron, en las décadas de 1980 y 1990, *The Man Who Masterminded the Nazi Death Camps,* de Edouard Calic; y *Face of Evil*, de Mario Dederichs, publicado inicialmente como una serie de artículos en el semanal alemán *Der Stern*[5]. Aunque tienen su mérito, particularmente el de reunir en la posguerra testimonios de antiguos compañeros de Heydrich en las SS y de amigos de infancia, estas primeras biografías de Heydrich reflejan una visión, hoy superada, de los dirigentes nazis como criminales depravados o como asesinos de oficina perversamente racionales.

El olvido aparentemente inexplicable de la vida de Heydrich por parte de los historiadores profesionales encuentra su motivo principal,

Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte von Gestapo und SD, Stuttgart, Oldenbourg, 1971.

4 Charles WIGHTON, *Heydrich. Hitler's Most Evil Henchman,* Londres, Transworld, 1962; Mario DEDERICHS, *Heydrich: The Face of Evil,* Londres, Greenhill Books, 2006.

5 Günther DESCHNER, *Heydrich: The Pursuit of Total Power,* Londres, Orbis, 1981; Edouard CALIC, *Reinhard Heydrich: The Chilling Story of the Man Who Masterminded the Nazi Death Camps,* Nueva York, William Morrow, 1985. Véanse trabajos más breves como el de Charles SYDNOR, «Reinhard Heydrich: Der "ideale Nationalsozialist"», en Ronald SMELSER y Enrico SYRING (eds.), *Die SS: Elite unter dem Totenkopf: 30 Lebensläufe,* Paderborn, Schoeningh, 2000, pp. 208-219; Charles SYDNOR, «Executive Instinct. Reinhard Heydrich and the Planning for the Final Solution», en Michael BERENBAUM y Abraham PECK (eds.), *The Holocaust and History: The Known, the Unknown, The Disputed and the Re-examined,* Blommington (Indiana), Indiana University Press, 1998, pp. 159 y ss.; Joachim FEST, «Reinhard Heydrich: Der Nachfolger», en Joachim FEST, *Das Gesicht des Dritten Reiches. Profile einer totalitären Herrschaft*, Múnich, Piper, 1963, pp. 139-155.

más que en el tema en sí, en la naturaleza de la historiografía sobre la Alemania nazi después de la Segunda Guerra Mundial. Mientras que en los estantes de las librerías de todo el mundo jamás han faltado las biografías de divulgación sobre la vida y la correspondencia de algunos criminales nazis, con éxito entre el público, el género perdió interés para los historiadores académicos durante la época de la Guerra Fría. De los años 60 en adelante, los historiadores que estudiaban la Alemania nazi consideraron la biografía como una forma engañosa de escribir sobre el pasado. Concentrarse en una vida individual, se afirmaba, distorsionaba los procesos históricos complejos. Por eso, no se hacía hincapié en los actores históricos individuales que participaron en la alta política sino en estructuras sociales impersonales tales como la clase, el género o el desarrollo económico. La tendencia historiográfica dominante en las décadas de 1970 y 1980 siguió siendo muy contraria a las biografías. Reconstruir estructuras socioeconómicas, instituciones u organizaciones, o las vidas y actitudes cotidianas de «la gente corriente» y de grupos marginales parecía más atractivo y gratificante para los historiadores profesionales que la vida y la época de los «grandes hombres».

Sin embargo, en las últimas dos décadas, el género biográfico, transformado y enriquecido ahora por la historia social y cultural, ha experimentado un gran auge, especialmente en la historiografía de la Alemania nazi, en la que había prevalecido durante mucho tiempo un enfoque estructuralista del régimen de Hitler, que superaba y sorteaba el interés biográfico por el dictador nazi[6]. Nuevas biografías pioneras como la de Hitler, de Ian Kershaw; la de Himmler, de Meter Longerich; o las biografías grupales seminales de Christopher Browning, Michael Wildt y Ulrich Herbert han demostrado contundentemente que es posible compaginar el estudio de vidas individuales en la Alemania nazi con marcos de análisis más amplios[7].

6 Para el debate historiográfico sobre el género biográfico, véase, por ejemplo, Volker R. BERGHAHN y Simone LAESSIG (eds.), *Biography between Structure and Agency: Central European Lives in International Historiography,* Oxford-Nueva York, Berghahn, 2008.

7 Ian KERSHAW, *Hitler 1889-1936: Hubris*, Londres, Allen Lane, 1998; Ian KERSHAW, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Londres, Allen Lane, 2000; Christopher R. BROWNING, *Ordinary Men: Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland,* Nueva York, Harper, 1992; Peter LONGERICH, *Heinrich Himmler: Biographie,* Múnich, Siedler, 2008; Ulrich HERBERT, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989*, Bonn, Dietz, 1996; David CESARANI, *Becoming Eichmann: Rethinking the Life, Crimes and Trial of a*

Claro está que esto no equivale a decir que los criminales nazis fuesen completamente ignorados en las décadas previas, fue más bien al contrario. Sin embargo, las premisas de las investigaciones históricas acerca de las motivaciones y la mentalidad de los asesinos de las SS han cambiado radicalmente desde fines de la Segunda Guerra Mundial. Los siguientes apartados de este trabajo trazan la evolución de los «estudios sobre los perpetradores» desde la posguerra temprana hasta el día de hoy para demostrar cómo el avance en este campo ha modificado algunas ideas antiguas sobre Heydrich y ha creado la necesidad de una aproximación biográfica nueva al principal organizador del Holocausto.

Investigación biográfica sobre los perpetradores nazis: tendencias pasadas y actuales

Durante las dos décadas inmediatamente posteriores a la Guerra Mundial, las SS y su dirección se veían en general como una organización criminal de nazis fanáticos escasamente relacionados con la sociedad alemana en general, una interpretación presentada con fuerza en el libro de 1946 *Der SS-Staat,* escrito por el filósofo político Eugen Kogon, antiguo prisionero del campo de concentración de Buchenwald. La imagen de los perpetradores de las SS que esboza Kogon ejerció gran influencia hasta mediados de los 60. Kogon retrató a sus captores como individuos brutales, de educación mediocre, primitivos y marginados socialmente, incapaces de conservar oficios normales en la sociedad civil[8].

Incluso cuando los juicios de Núremberg revelaron que las elites alemanas (abogados, médicos, oficiales y empresarios) estuvieron muy involucradas en los asesinatos en masa cometidos por el Estado en las décadas de 1930 y 1940, la mayoría de los alemanes siguió pensando que los perpetradores nazis constituían una minoría criminal patológicamente perturbada, en parte porque esta idea ayudó a que la sociedad alemana de posguerra viera a los perpetradores de las SS como extre-

Desk Murderer, Cambridge (Mass.), Da Capo, 2006; Michael WILDT, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes,* Hamburgo, Hamburger Edition, 2002; véase, también, Klaus-Michael MALLMANN y Gerhard PAUL (eds.), *Karrieren der Gewalt: Nationalsozialistische Täterbiographien,* Darmstadt, Primus, 2004.

8 Eugen KOGON, *Der SS-Staat: Das System der deutschen Konzentrationslager,* Múnich, Heyne, 1946.

mistas que operaban fuera de los límites de una sociedad alemana «inocente», convertida, a su vez, en víctima de las desviaciones de Hitler. Esta interpretación fue descartada con acierto por el periodista americano Gerald Reitlinger a mediados de la década de 1950, quien la vio como «la coartada de una nación»[9]. Pero la imagen de los responsables nazis como un grupo de criminales patológicos al margen de la sociedad alemana también era aceptada ampliamente fuera de la conservadora República Federal de Konrad Adenauer, especialmente en Europa occidental y los Estados Unidos. Y aquí, también servía como una especie de mecanismo de autoprotección: si los perpetradores nazis no eran los matones descerebrados de las películas de Hollywood sino parte de las elites de una sociedad occidental que por lo demás era «normal», sofisticada desde un punto de vista cultural y avanzada industrialmente, el Tercer Reich y su política de exclusión de minorías resultaban de repente demasiado cercanos, incómodos.

Dentro de este marco interpretativo, los mandos de las SS tuvieron un papel peculiar. Tanto Himmler como Heydrich eran considerados personajes fascinantes, aunque por motivos voyeurísticos. Algunas biografías tempranas los retrataron como seductores taimados, Mefistos contemporáneos que corrompían a los demás para cometer atrocidades inenarrables. La primera biografía divulgativa de Heydrich, *Hitler's Most Evil Henchman,* de Charles Wighton, se publicó en 1962, en el vigésimo aniversario de la muerte de Heydrich y la subsiguiente destrucción del pueblo de Lidice, a cuyos habitantes asesinados está dedicado el libro[10]. La obra de Wighton refleja la concepción entonces en boga de los dirigentes nazis como un grupo de psicópatas demoníacos, una idea basada tanto en los testimonios de posguerra de las víctimas de los nazis como en los de antiguos miembros de las SS.

El comisionado suizo de la Sociedad de Naciones en Danzig y enviado de la Cruz Roja Internacional, Carl Jacob Burkhardt, quien había conocido a Heydrich en verano de 1935 con ocasión de una gira de inspección de los campos de concentración nazis, lo describió en sus me-

9 Gerald REITLINGER, *The SS: Alibi of a Nation 1922-1945*, Nueva York-Londres, Heinemann, 1956; véase también Robert L. KOEHL, «The Character of the Nazi SS», en *Journal of Modern History*, 34 (1962), pp. 275-283.

10 Charles WIGHTON, *Heydrich. Hitler's Most Evil Henchman*, Londres, Transworld, 1962.

morias como «el joven y malvado dios de la muerte» del Tercer Reich[11]. Los recuerdos de antiguos subalternos de las SS en la posguerra eran igual de negativos. Su segundo durante muchos años, el doctor Werner Best, hablaba de Heydrich como de la «personalidad más diabólica en la cúpula nazi», movido por una «inhumanidad que no tenía en cuenta a aquellos a los que aniquilaba»[12]. El ayudante personal de Himmler, Kart Wolf, tildó a Heydrich de «maligno», mientras que Walther Schellenberg, el más joven de los jefes de departamento dentro de la oficina principal de seguridad del Reich, encabezada por Heydrich, recordaba a su antiguo jefe como un hombre rabiosamente ambicioso con «una agudeza increíble para percibir las debilidades morales, humanas y profesionales de los demás… Su intelecto extraordinario iba acompañado de los instintos constantemente alerta de un depredador», que «en una banda de lobos feroces, siempre debía demostrar ser el más fuerte…»[13].

Estos testimonios de antiguos oficiales de las SS no eran casuales. Con Heydrich, Himmler y Hitler muertos y el Tercer Reich desmantelado, Best, Wolff, Schellenberg y otros mandos de las SS cautivos de los aliados estaban deseosos de limpiar su propia responsabilidad y de «demostrar» que ellos se habían limitado a acatar las órdenes de sus superiores, demasiado poderosos para ser desobedecidos. Con todo, las descripciones que ofrecieron del personaje de Heydrich prendieron en la imaginación popular, ayudadas por libros como la biografía que escribió Wighton. Este perpetuó también una leyenda persistente acerca de otro «defecto de carácter» que explicaba el celo asesino de Heydrich: el supuesto pasado judío de su familia, un rumor que surgió en la primera juventud de Heydrich y que, pese a los esfuerzos de su familia por refutarlo, siguió reapareciendo durante el Tercer Reich y después. Tras 1945, lo cultivaron antiguos miembros de las SS como

11 Carl Jacob BURCKHARDT, *Meine Danziger Mission,* Múnich, Callwey, 1960, p. 57.

12 Declaración sobre Heydrich del doctor Werner Best, 1 de octubre de 1959, Copenhague, en IfZ (Múnich), ZS 207/2.

13 El testimonio de Wolff tras la guerra en IfZ, ZS 317, Bl. 34 y ss.; SCHELLENBERG, *Memoiren,* 36. Para una historia similar, véase Walter HAGEN (pseudónimo de Wilhelm HÖTTL), *Die geheime Front: Organisation, Personen und Aktionen des deutschen Geheimdienstes,* Linz-Viena, Nibelungen Verlag, 1950, p. 27; sobre Höttl y su testimonio, véase Thorsten QUERG, «Wilhelm Höttl. Vom Informanten zum Sturmbannführer im Sicherheitsdienst der SS», en Thorsten QUERG *et al.* (eds.), *Historische Rassismusforschung: Ideologie. Täter. Opfer,* Hamburgo-Berlín, Argument, 1995, pp. 208-230.

Wilhelm Höttl, quien afirmó en su libro autobiográfico *Die geheime Front* (1950) que Heydrich había enviado a agentes de la SD para que eliminaran la lápida de su «abuela judía»[14]. Otros se subieron al vagón potencialmente lucrativo de «revelar» que el organizador del Holocausto era judío, una lectura esencialmente antisemita de los actos de Heydrich porque sugiere que «solo un judío» podría diseñar un plan para erradicar a todo un pueblo. En sus memorias, muy poco fiables, y presumiblemente para incrementar las ventas del libro por medio de revelaciones «sensacionales» sobre los mandos de las SS, el masajista finlandés de Himmler, Felix Kersten, sostenía que tanto Himmler como Hitler conocían el «oscuro secreto» de Heydrich desde principios de los años 30, pero habían decidido utilizar a aquel «hombre de mucho talento, pero también muy peligroso» para los actos más sucios del régimen[15].

Wighton no fue el único en prendarse del mito de los orígenes judíos de Heydrich. En su prefacio a las memorias de Kersten, Hugh Trevor-Roper confirmaba «con toda la autoridad que poseo» que Heydrich era judío[16]. Incluso Karl Dietrich Bracher en su importante obra *The German Dictatorship* (1969), asumió sin críticas el relato del pasado familiar no ario de Heydrich, igual que hizo el biógrafo de Hitler, Joachim Fest[17]. El breve retrato de Heydrich que hace Fest —con

14 Walter HAGEN (Wilhelm HÖTTL), *Die geheime Front: Organisation, Pesonen und Aktionen des deutschen Geheimdienstes*, Linz, Veritas, 1950, p. 21.

15 Felix KERSTEN, *Totenkopf und Treue. Heinrich Himmler ohne Uniform,* Hamburgo, Robert Mölich Verlag, 1952, p. 128. Véanse también las memorias del antiguo oficial de la *Abwehr* y miembro de la resistencia militar, Hans Bernd GISEVIUS, *Bis zum bitteren Ende: Bericht eines Augenzeugen aus den Machtzentren des Dritten Reiches*, Hamburgo, Bertelsmann, 1954, quien afirma, en la p. 118, que Heydrich era un «descendiente de judíos antisemita».

16 Hugh TREVOR-ROPER, «Introduction», en Felix KERSTEN, *The Kersten Memoirs*, 1940-1945, Londres, Macmillan, 1956.

17 Joachim FEST, «Reinhard Heydrich: Der Nachfolger», en *Das Gesicht des Dritten Reiches: Profile einer totalitären Herrschaft,* Múnich, Piper, 1963, pp. 139-155; Karl Dietrich BRACHER, *Die deutsche Diktatur: Entstehung, Struktur, Folgen des Nationalsozialismus,* Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1969, p. 60. Aunque el mito de los supuestos orígenes familiares judíos de Heydrich ha sido refutado por investigaciones genealógicas minuciosas, sigue reapareciendo periódicamente en documentales televisivos y biografías periodísticas sobre el personaje. Véase, por ejemplo, la versión más reciente de los supuestos antecedentes judíos de Heydrich en Mario DEDERICHS, *Heydrich: The Face…*, 2006, p. 69. El mito de los ancestros judíos de Heydrich ha sido rebatido convincentemente por Shlomo ARONSON, *Reinhard Heydrich und die Frühgeschichte…*, 1971, pp. 18 y ss., 24 y 63 y ss.; y por

un característico y brillante estilo, pero poco convincente en su contenido— alentó el debate popular sobre la personalidad dividida de Heydrich. Fest repitió sin reflexión alguna los rumores acerca de los antecedentes judíos de la familia de Heydrich y describió sus actos como la consecuencia de un antisemitismo dirigido contra su persona. Como un maníaco esquizofrénico movido por el odio hacia sí mismo, Heydrich quería demostrar su valía y convertirse en un «hombre como un látigo», que dirigía el aparato de terror nazi con «frialdad luciferina» y era dominado por la ambición de convertirse en el «sucesor de Hitler»[18].

Hace tiempo que la idea dominante durante años acerca de que «algo tenía que funcionar mal» en la formación o en la psicología de los perpetradores nazis se puso en tela de juicio por parte de los historiadores de la Alemania nazi, aunque sigue teniendo una presencia notable en el debate público y en los medios de comunicación. Lo mismo cabe decir de una segunda imagen muy influyente de los perpetradores de los crímenes nazis que dio un vuelco al concepto de «oficial diabólico» de las SS y que se identifica con la celebérrima fotografía de Adolf Eichmann dentro de su cabina de cristal en el tribunal de distrito de Jerusalén. Los contemporáneos que habían esperado ver un monstruo en uniforme negro, desafiante frente a un juez judío, quedaron sorprendidos cuando Eichmann resultó ser el epítome de un burócrata servil y aburrido, lo que suscitó el famoso dicho de Hannah Arendt sobre «la banalidad del mal»[19]. Durante largos años, el burocrático «tecnócrata de la muerte», el culpable desde su butaca, se convirtió en la imagen dominante de los perpetradores nazis. Estos perpetradores se centraban en sus obligaciones, aceptaban las tareas administrativas que se les asignaban y las desempeñaban de forma «correcta» y «concienzuda» sin sentirse responsables de las consecuencias[20].

Karin FLACHOWSKY, «Neue Quellen zur Abstammung Reinhard Heydrichs», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 48 (2000), pp. 319-327.

18 Joachim FEST, «Reinhard Heydrich: Der Nachfolger»…, 1963, pp. 139-155. Sobre la idea de que Heydrich quería suceder a Hitler, véase Horst NAUDÉ, *Erlehnisse und Erkenntnisse als politischer Beamter im Protektorat Bohmen und Mahren 1939-1945*, Múnich, Fides-Verlagsgesellschaft, 1975, p. 145. Véase también Hans Bernd GISEVIUS, *Bis zum bitteren Ende…*, 1954, p. 264.

19 Hannah ARENDT, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil,* Londres, Penguin, 1963.

20 La interpretación acorde con esta línea que obtuvo mayor repercusión fue la de Raul HILBERG, *The Destruction of the European Jews,* Londres, WH Allen, 1961.

Dicha imagen modeló la forma en que toda una generación de historiadores entendió el Tercer Reich. Bajo la influencia de trabajos sociológicos como el libro *Modernity and the Holocaust,* de Zygmunt Bauman, el asesinato en masa de los judíos no se veía tanto como el regreso a la barbarie sino como el clímax de la burocracia moderna y de la tecnología deshumanizadora que halló su expresión definitiva en las anónimas factorías de muerte de Auschwitz. La Alemania nazi era un estado muy centralizado, moderno y jerárquico en el que el poder y la autoridad fluían de arriba abajo y en el que los oficiales decidían el destino de millones de individuos. El asesinato en masa era descrito como un proceso «aséptico» e impersonal llevado a cabo por médicos y abogados, demógrafos y agrónomos que desempeñaban sus funciones basándose en decisiones amorales aunque aparentemente «racionales», derivadas de consideraciones raciales, eugenésicas, geopolíticas y de planificación económica[21].

Los miembros de las SS involucrados en este proceso de producción en serie de muerte se veían, por consiguiente, como «tecnócratas del poder sin sentimientos» o técnicos de la muerte, una imagen que tuvo gran repercusión en otra biografía no académica de Heydrich, publicada por primera vez en 1977: *In Pursuit of Total Power,* de Günther Deschner. Deschner, un antiguo periodista del diario conservador alemán *Die Welt,* descartó acertadamente las demonizaciones pseudopsicológicas de Wighton y de Fest. En su lugar, siguió la tendencia que prevalecía en las décadas de 1970 y 1980 al describir a Heydrich como el arquetipo del tecnócrata nazi interesado primordialmente en la eficacia, el rendimiento y el «poder total». El libro de Deschner, basado en artículos de prensa y en entrevistas con contemporáneos antes que en fuentes archivísticas, caracterizaba a Heydrich como un despiadado técnico del poder, para el cual la ideología nazi era antes que nada y por encima de todo un vehículo para su ambición profesional. Se sugiere que Heydrich era demasiado inteligente para tomarse en serio algo como la ideología[22].

21 Zygmunt BAUMANN, *Modernity and the Holocaust,* Ithaca, Cornell University Press, 1989.

22 Günther DESCHNER, *Reinhard Heydrich: Statthalter der totalen Macht*. *Biographie*, Esslingen am Neckar, Bechtle, 1977; desde 1977, el libro de Deschner ha conocido cinco reediciones, la más reciente es de 2008, con el subtítulo *Reinhard Heydrich: Biographie eines Reichsprotektors*, Viena, Universitas, 2008. El mito de la falta de convicción ideológica de Heydrich parte de la declaración de posguerra de Werner Best el 1 de octubre de 1959, en IfZ (Múnich), ZS 207/2.

La función exacta que tuvo la ideología en el desencadenamiento del mayor genocidio de la historia continuó siendo una cuestión controvertida durante mucho tiempo. En las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el Tercer Reich se retrataba a menudo como un sistema rígido y totalitario, un estado policial basado en las órdenes despiadadas de los superiores y la obediencia ciega de los inferiores[23]. Dentro de ese sistema, la persecución de los judíos que culminó en el Holocausto seguía un proyecto original que, en lo esencial, ya estaba trazado en *Mein Kampf,* de Hitler. Esta interpretación fue contestada en los años 60 y 70, cuando los historiadores del Holocausto quedaron atrapados en un encendido debate entre los «funcionalistas» y los «intencionalistas».

Para los principales «intencionalistas», como Eberhard Jäckel y Klaus Hildebrand, el Holocausto fue la realización de un plan incubado durante mucho tiempo y puesto en práctica por un sistema fuertemente jerarquizado en el que Hitler tomaba todas las decisiones. Los «funcionalistas» como Martin Broszat y Hans Mommsen insistían, por el contrario, en que la jerarquía en la dictadura nazi fue laxa. Describían el Tercer Reich como un sistema político complejo y deformado en el que competían el partido y las agencias estatales bajo la errática presidencia de Hitler y en el que apareció una «radicalización acumulativa» (Hans Mommsen) en ciertas áreas políticas como resultado de las tensiones y los conflictos entre individuos poderosos y grupos de interés que aspiraban a complacer a su Führer anticipándose a sus órdenes. En lugar de dar por sentado que Hitler, Himmler y Heydrich dirigieron personalmente todos los actos de terror, estos estudios demostraron que el Tercer Reich se caracterizó por una interacción dinámica entre los actos de los líderes y los de los subordinados, que creían actuar de acuerdo con los deseos de Hitler, sin esperar siempre órdenes detalladas[24].

23 Véase, por ejemplo, Karl Dietrich BRACHER, *The German Dictatorship: The Origins, Structure, and Consequences of National Socialism,* Nueva York, Penguin, 1970; Tim MASON, «Intention and Explanation: A Current Controversy about the Interpretation of National Socialism», en Gerhard HIRSCHFELD y Lothar KETTENACKER (eds.), *The «Führer State»: Myth and Reality,* Stuttgart, Klett-Cotta, 1981, pp. 23-40.

24 Hans MOMMSEN, «The Realization of the Unthinkable: The "Final Solution of the Jewish Question" in the Third Reich», en Gerhard HIRSCHFELD (ed.), *The Policies of Genocide: Jews and Soviet Prisoners of War in Nazi Germany,* Londres, Allen & Unwin, 1986; Martin BROSZAT, «Hitler und die "Endlösung": Aus Anlaß der Thesen von David Irving», en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, 25

La mayoría de los historiadores actuales se alinearían con los «funcionalistas» y estarían de acuerdo en que la persecución de las personas «ajenas a la comunidad» en la Alemania nazi no siguió un plan maestro detallado[25]. Hoy es generalmente aceptado que el proceso de toma de decisiones que condujo al Holocausto fue prolongado y pasó por varias fases de radicalización. El desarrollo gradual desde una política de exclusión e intimidación de los judíos alemanes en la década de 1930 hasta las medidas cada vez más cercanas al genocidio después de verano de 1941 tuvo lugar sin un conjunto sistemático de órdenes procedentes del centro del sistema.

Los dirigentes —Hitler, Goering, Himmler y Heydrich— estaban informados y por lo general implicados en esta radicalización, al facilitar un clima en el que el genocidio se hizo posible porque se alentaban o recomendaban las iniciativas radicales[26]. Por crucial que fuese el papel de Hitler, Heydrich o Himmler en la radicalización de las políticas contra los judíos, el Holocausto no puede explicarse sin analizar la participación de los militares, la Administración civil, la burocracia ministerial, los planificadores económicos o los colaboradores locales, movidos por gran variedad de motivaciones para participar en el genocidio nazi, desde el compromiso ideológico y el hipernacionalismo al miedo, la ambición profesional, la codicia, el sadismo, la debilidad o, de forma más realista, la combinación de más de uno de estos elementos[27].

(1977), pp. 739-775; Peter HÜTTENBERGER, «Nationalsozialistische Polykratie», en *Geschichte und Gesellschaft*, 2 (1976), pp. 417-42. Ian KERSHAW, «"Working towards the Führer": Reflections on the Nature of the Hitler Dictatorship», en *Contemporary European History*, 2 (1993), pp. 103-18.

25 Sobre las personas «ajenas a la comunidad», véase Michael BURLEIGH y Wolfgang WIPPERMANN, *The Racial State,* Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Robert GELLATELY y Nathan STOLTZFUS (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany,* Princeton, Princeton University Press, 2001; y Robert GELLATELY, «Social Outsiders and the Consolidation of Hitler's Dictatorship», en Neil GREGOR (ed.), *Nazism, War and Genocide: Essays in Honour of Jeremy Noakes,* Exeter, Exeter University Press, 2005, pp. 56-74.

26 Para unas síntesis claras y argumentadas, véanse Christopher R BROWNING, *The Origins of the Final Solution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2004; Peter LONGERICH, *Politik der Vernichtung*, Múnich-Zúrich, Piper, 1998; y Saul FRIEDLAENDER, *Nazi Germany and the Jews,* 2 vols., Nueva York, Harper, 1997 y 2007.

27 Véase, por ejemplo, Dieter POHL, *Nationalsozialistische Judenverfolgung in Ostgalizien 1941-1944: Organisation und Durchführung eines staatlichen Massenverbrechens,* Múnich, Oldenbourg, 1996; Christian GERLACH, *Kalkulierte*

Estos hallazgos renovaron el interés académico por los hombres que estaban «trabajando en pos del Führer» (Kershaw), realizando sus fantasías distópicas de una gran Alemania, limpia de todo enemigo real o percibido. El trabajo pionero de Christopher Browning, *Ordinary Men,* estudió a un batallón de policía en la reserva que participó en fusilamientos en Polonia y desafió frontalmente la vieja creencia de que el genocidio había sido burocrático, impersonal y aséptico, después de todo, una cantidad sustancial de los asesinados durante el Holocausto murió a manos de «hombres corrientes», en fusilamientos cara a cara, y no en las factorías de muerte de Auschwitz controladas por las SS[28].

Desde entonces, el renovado interés por los perpetradores de la política genocida de la Alemania nazi ha producido un aluvión de importantes estudios sobre quienes trabajaron en el aparato de terror de Heydrich, incluyendo los cuerpos de elite de la policía de seguridad y la SD[29]. Esos estudios, publicados a partir de la década de 1990, revelan rasgos importantes de los principales perpetradores nazis. Ahora está bien documentado que muchos de estos individuos eran sorprendentemente «normales» y representativos, desde un punto de vista sociológico, de diversas esferas de la sociedad alemana. Si acaso, los de las SS tendían a estar más formados que el ciudadano alemán medio. Con cierta frecuencia se trataba de jóvenes titulados universitarios, ambiciosos y socialmente móviles, procedentes de entornos familiares perfectamente

Morde: Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weißrußland 1941-1944, Hamburgo, Hamburger Edition, 1999; Christoph DIECKMANN, «The War and the Killing of the Lithuanian Jews», en Ulrich HERBERT (ed.), *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies,* Nueva York-Oxford, Berghahn, 2000; Bogdan MUSIAL, *Deutsche Zivilverwaltung und Judenverwaltung im Generalgouvernement: Eine Fallstudie zum Distrikt Lublin 1939-1944,* Wiesbaden, Otto Harrassowitz Verlag, 1999; Bernhard CHIARI, *Alltag hinter der Front: Besatzung, Kollaboration und Widerstand in Weißrußland 1941-1944,* Düsseldorf, Droste, 1998.

28 Christopher R. BROWNING, *Ordinary Men: Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland,* Nueva York, Harper, 1992; véase, también, el libro mucho más polémico de Daniel GOLDHAGEN, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust,* Londres, Vintage, 1997.

29 Jens BANACH, *Heydrichs Elite*, Paderborn, F. Schöningh, 1998; George C. BROWDER, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution,* Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1996; Friedrich WILHELM, *Die Polizei im NS-Staat,* Paderborn, Schöningh, 1997; y M. WILDT, *Generation des Unbedingten…*, 2002.

incólumes, que en ningún caso formaban parte de una minoría de extremistas perturbados salidos de la marginalidad social alemana[30].

Un nuevo desafío a las antiguas interpretaciones del Holocausto vino del campo, ahora floreciente, de los «estudios comparados sobre el genocidio». A través de una investigación comparativa, estudiosos como Götz Aly, Donald Bloxham y otros han defendido de forma decidida una visión del Holocausto incardinada dentro del contexto más amplio del plan nazi para demoler y reordenar la composición étnica de Europa, generalmente conocido como el proyecto de «germanización» nazi. La investigación académica reciente ha aclarado los distintos procedimientos para que amplios sectores de la Europa ocupada por los nazis —entre ellos los territorios de Bohemia y Moravia, antes checos, algunas regiones de Polonia, Ucrania o, por supuesto, Alsacia— se sometiesen al proyecto nazi de convertir en alemanes a pueblos, economías y países enteros. En parte se lograría mediante expulsiones, expropiaciones y reasentamientos, en parte mediante una política deliberada de hambrunas y, en último caso, mediante el exterminio de los que se consideraban «no germanizables»[31].

Tal contextualización del Holocausto tiene gran repercusión en cualquier intento de escribir la vida de Heydrich, ya que las SS en general, y Heydrich en particular, estaban involucrados por esencia en este proyecto megalómano y asesino de germanización: él estaba a la

30 U. HERBERT, *Best…*, 1996*;* K.-M. MALLMANN y G. PAUL (eds.), *Karrieren der Gewalt…*, 2004 M. WILDT, *Generation des Unbedingten…*, 2002*;* J. BANACH, *Heydrichs…*, 1998; David CESERANI, *Eichmann. His life, crimes and legacy*, Londres, Heinemann, 2004.

31 La floreciente literatura sobre los planes de germanización y la Europa ocupada por los nazis es demasiado vasta para ser citada aquí en detalle. Una contribución pionera a este campo fue la de Götz ALY y Susanne HEIM, *Vordenker der Vernichtung: Auschwitz und die deutschen Pläne für eine europäische Ordnung*, Frankfurt am Main, Fischer, 1993; véase también, Karl Heinz ROTH, «Konrad Meyers erster "Generalplan Ost" (April/Mai 1940)», en *Mitteilungen der Dokumentationsstelle zur NS-Sozialpolitik* 1 (1985), pp. 45-52; Czeslaw MADAJCZYK, «Besteht ein Synchronismus zwischen dem "Generalplan Ost" und der Endlösung der Judenfrage?», en Wolfgang MICHALKA (ed.), *Der Zweite Weltkrieg: Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz* (2ª ed.), Múnich, Seehamer, 1990, pp. 844-857; Wendy LOWER, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005; Isabel HEINEMANN, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut»: Das Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, Wallstein, 2003; Chad BRYANT, *Prague in Black: Nazi Rule and Czech Nationalism*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2007; y Mark MAZOWER, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, Allen Lane, 2008.

cabeza de las agencias gemelas responsables de las deportaciones y reasentamientos en Europa central y oriental —la Agencia Central de Inmigración (EWZ) y la Agencia Central de Emigración (UWZ)— y era *Reichsprotektor* en Praga. Como enviado de Hitler en Praga entre septiembre de 1941 y su muerte, en junio de 1942, la ambición y las aptitudes de Heydrich para realizar las fantasías germanizadoras de las SS no tuvieron rival. En su primer discurso oficial como representante de Hitler en la Praga ocupada por Alemania, el 2 de octubre de 1941, Heydrich habló de los objetivos a largo plazo de su política en el protectorado y en Europa. Después de evocar ante su audiencia una Europa libre de judíos y de afirmar que la ocupación alemana del continente «no será temporal sino permanente», el general de 36 años de las SS planteó la cuestión crucial sobre cómo sería el futuro orden europeo de posguerra: un *Lebensraum* alemán próspero y vibrante en el centro de Europa incorporaría a todos los pueblos «germanizables» (especialmente los noruegos, holandeses, flamencos, daneses y suecos, pero también las partes «racialmente mejores» de las «razas inferiores» de Europa) y expulsaría (o exterminaría) a los demás[32].

El discurso de Heydrich, que fue celebrado por Goebbels por resultar «refrescantemente claro» y «ejemplar para los territorios ocupados», se basaba en las últimas ideas de «reordenación» de Europa dentro de la cúpula nazi, especialmente las que se articularon en el *Generalplan Ost* (plan general del este) en julio de 1941[33]. Pertrechado del conocimiento pseudocientífico que le facilitaban los planificadores demográficos de las SS, Heydrich hablaba con confianza sobre las jerarquías raciales en los territorios recién conquistados, jerarquías en las que polacos, ucranianos del este y bielorrusos, «contaminados» después de mezclarse con diversos pueblos soviéticos y con las ideas bolcheviques, ocupaban las posiciones más bajas, mientras que algunos pueblos bálticos se consideraban menos inferiores que otros: «los mejores elementos raciales se encuentran entre los estonios», afirmaba Heydrich con certeza absoluta, «gracias a la influencia sueca, después vienen los letonios, y los lituanos son los peores de todos»[34].

32 Discurso de Heydrich en el palacio Černin el 2 de octubre de 1941, en los Archivos Nacionales, Praga, 114-6-4, cartón 22.

33 Goebbels había leído un borrador del discurso y lo comentó por escrito. Véase la carta a Heydrich de 28 de septiembre de 1941, en los Archivos Nacionales, Praga, 114, cartón 1140.

34 Discurso de Heydrich en el palacio Černin el 2 de octubre de 1941, en los Archivos Nacionales, Praga, 114-6-4, cartón 22. Para las investigaciones raciales de las SS de

Para el protectorado, Heydrich también anunció que, tras la victoria alemana en la guerra en curso, los checos «racialmente buenos» y «bienintencionados» se convertirían en alemanes, mientras que los checos «racialmente buenos» pero «malintencionados», «los más peligrosos de todos», serían «llevados al paredón». Los que no se considerasen racialmente deseables ni bien dispuestos para con Alemania serían deportados a las regiones árticas de Rusia, dejando espacio para saludables pobladores germánicos. Dos tercios de la población entrarían automáticamente en una categoría u otra. El resto, personas intermedias más difíciles de etiquetar, sería clasificado en el plazo de unos años[35].

El énfasis tradicional que hace la historiografía en la función de Heydrich como principal planificador del Holocausto omite, por lo tanto, un punto fundamental: el genocidio de los judíos de Europa no era el fin sino que pretendía ser el comienzo de un proceso exhaustivo de «limpieza» del nuevo espacio vital alemán de todo aquel que fuese considerado «inferior»[36]. Heidrich era plenamente consciente de que la realización completa de este plan debía esperar a la victoria de la *Wehrmacht* sobre el Ejército Rojo. Desde un punto de vista logístico era simplemente imposible expulsar, reasentar y asesinar a un mínimo estimado de treinta millones de eslavos en el este conquistado, a la vez que se libraba una guerra contra una alianza de enemigos numéricamente superiores en los campos de batalla. La eliminación de los judíos de Europa, una comunidad más reducida y más fácil de identificar, planteaba muchos menos problemas logísticos. Para Heydrich y Himmler,

marzo de 1940 en las que se fundaba la opinión de Heydrich, véase BA Berlín, NS 2/88, 30-38.

35 Discurso de Heydrich en el palacio Černin el 2 de octubre de 1941, en los Archivos Nacionales, Praga, 114-6-4, cartón 22.

36 Sobre este particular, mi estudio puede beneficiarse de una cuantiosa bibliografía académica publicada en alemán, inglés y checo. Además de dos impresionantes estudios anteriores, Vojtech MASTNY, *The Czechs under Nazi Rule: The Failure of National Resistance, 1939-1942,* Nueva York, Columbia University Press, 1971; y Detlef BRANDES, *Die Tschechen unter deutschem Protektorat*, 2 vols., Múnich, Oldenbourg, 1969 y 1975; desde el final de la Guerra Fría se han publicado varios estudios cruciales sobre el Protectorado. Para un repaso útil de la producción historiográfica checa sobre los años 1938 a 1945, que empezó a publicarse en la década de 1990, véase Jan GEBHART, «Historiography on the Period 1938-1945», en *Historica* 7/8 (2000/2001), pp. 145-163. Miroslav KÁRNÝ, Jaroslava MILOTOVÁ y Margita KÁRNÁ (eds.), *Deutsche Politik im «Protektorat Böhmen und Mähren» unter Reinhard Heydrich 1941-1942,* Berlín, Metropol, 1997. La mejor visión reciente de conjunto se encuentra en Chad BRYANT, *Prague in Black…*, 2007.

una ejecución rápida de la «solución final» suponía también una gran ventaja estratégica frente a agencias rivales en los territorios ocupados: al probar su eficiencia a la hora de cumplir las órdenes genocidas de Hitler, se recomendaban a sí mismos ante el Führer como la agencia «natural» para llevar a la práctica el proyecto mayor de germanización en la posguerra[37].

Para un biógrafo de Heydrich, los importantes hallazgos y debates de las últimas décadas plantean una serie de cuestiones difíciles. Si la concepción de la Alemania nazi como un estado monolítico y perversamente racional que llevó a cabo un genocidio centralizado, desplegado gradualmente y perpetrado por burócratas asesinos de despacho ha quedado erosionada, ¿dónde deja eso a Reinhard Heydrich? Si ni él ni Himmler fueron responsables de todos los aspectos de la persecución y el asesinato en masa de los judíos, ¿de qué fue responsable Heydrich exactamente? Si el Holocausto fue un primer paso hacia la destrucción sangrienta de la compleja composición étnica de Europa, ¿qué función desempeñó Heydrich en los planes nazis de germanización? Si Heydrich no fue un inadaptado con una niñez problemática y conflictos psicológicos profundos que estaba compensando su «sangre judía» con una crueldad extrema, ¿cuáles eran sus motivaciones? Si no lo impulsaba la ambición profesional, ¿en qué creía? Y, lo que es fundamental, ¿cómo encara un historiador del siglo XXI, nacido mucho tiempo después del final de la dictadura de Hitler, las numerosas dificultades que entraña escribir la biografía de un hombre que fue responsable directo de diseñar el mayor genocidio de la historia?

Pero la dificultad de escribir una biografía moderna de un hombre como Heydrich va más allá de la necesidad de dominar la bibliografía, vasta y creciente, sobre la dictadura de Hitler y el problema particular de penetrar en el pensamiento de una persona cuya mentalidad y universo ideológico parecen a la vez espantosos y extrañamente lejanos, pese a que la dictadura nazi terminó hace menos de setenta años. Aunque el reto mayor reside en que escribir cualquier historia de vida requiere cierto grado de empatía con el sujeto, incluso cuando ese sujeto es Reinhard Heydrich.

37 Robert GERWARTH, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich*, New Haven, Yale University Press, 2011. Existe edición en castellano: *Heydrich. El verdugo de Hitler*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

Los biógrafos usan a menudo las imágenes antitéticas de «autopsia» y de «retrato» para describir su trabajo. Mientras que la autopsia ofrece un examen distanciado, forense, de una vida, el retrato necesita de la empatía del biógrafo con su sujeto[38]. En el caso de los perpetradores del genocidio nazi, y en el de Heydrich en particular, sería mejor combinar ambos enfoques de una forma nueva, cuya mejor definición es «empatía fría», un intento de reconstruir la vida de Heydrich con distancia crítica pero sin sucumbir a la tentación de confundir el papel del historiador con el de un fiscal en un juicio por crímenes de guerra. Puesto que los historiadores deben ocuparse principalmente de explicar y contextualizar, no de condenar, tienen que intentar huir del sensacionalismo y del tono enjuiciatorio que tendían a adoptar los primeros trabajos sobre los perpetradores nazis. Como han demostrado las excepcionales biografías de Hitler y Mussolini que han escrito Ian Kershaw y Richard Bosworth, respectivamente, es posible escribir las vidas de hombres profundamente repulsivos sin tener que recurrir a la demonización característica de muchas biografías publicadas en los primeros años de la posguerra.

Una nueva dificultad en la escritura de la biografía de cualquier nazi destacado se halla en el peligro, inherente siempre a la escritura biográfica, de exagerar el papel de un individuo, por poderoso que fuese, en procesos históricos complejos. Heydrich estuvo muy involucrado en la transición gradual de una política nazi de persecución y terror aleatorio al asesinato en masa sistemático, pero sería excesivamente limitador e históricamente incorrecto retratarlo, lo que se ha hecho a menudo, como «el genio malvado» del Tercer Reich, cuya capacidad para manipular a un Himmler inferior intelectual y organizativamente aseguró la rapidez de su ascenso. Cualquier intento de explorar la personalidad de Heydrich (o, de hecho, la de cualquier perpetrador nazi) y la motivación que hay tras sus acciones pasa por ubicarlas en el contexto más amplio de las circunstancias intelectuales, políticas, culturales y socioeconómicas que condicionaron su vida, y debe hacerse sin caer en la tentación de leer la historia hacia atrás, esto es, a partir de su posición de poder después de 1933 y sus decisiones sobre el genocidio a principios de 1942[39].

38 Hermione LEE, *Biography: A Very Short Introduction,* Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 1-5.

39 Peter LONGERICH, «Tendenzen und Perspektiven der Täterforschung», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 14-15 (2007), pp. 3-7; Michael WILDT, «Blick in den Spiegel: Überlegungen zur Täterforschung», en *Österreichische Zeitschrift für Geschichtswissenschaft,* 19 (2008), pp. 13-37.

Al mismo tiempo, es evidente que la de Heydrich no es una vida alemana «paradigmática» de principios del siglo XX. Resulta excepcional en más de un sentido: fueron muy pocos, tal vez ninguno, los que adquirieron un poder comparable a tan temprana edad y también fueron muy pocos los que adoptaron decisiones tan radicales, por fervientes adeptos del nazismo que fuesen. Heydrich supone, por lo tanto, un caso interesante, precisamente porque fue un representante típico y atípico de su generación.

Nacido en 1904 en el seno de una privilegiada familia católica de músicos profesionales de la ciudad prusiana de Halle, el camino de Heydrich hacia el genocidio fue cualquier cosa menos recto. Las coincidencias tuvieron gran importancia en su vida, un hecho que no pueden reflejar de forma adecuada las historias estructurales que tienden a ignorar las trayectorias personales de los individuos. Su vida estuvo marcada por varios acontecimientos imprevisibles —accidentales, de hecho— que a menudo escapaban a su control, y sus actos solo pueden explicarse ubicándolos en el contexto más amplio de las condiciones intelectuales, políticas, culturales y socioeconómicas que modelaron la historia alemana en la primera mitad del siglo XX.

Incuestionablemente, Heydrich conoció muchas de las profundas rupturas y las experiencias traumáticas de la llamada «generación joven de la guerra», esto es, la Primera Guerra Mundial y los años turbulentos de posguerra, agitación revolucionaria, hiperinflación y decadencia social, que experimentó siendo adolescente. Pero, aunque estas vivencias lo hicieron receptivo al nacionalismo radical (como muchos otros alemanes), Heydrich se abstuvo de todo activismo político a lo largo de la década de 1920; en 1922 se enroló en la marina alemana, devotamente nacionalista, y sufrió el ostracismo de los demás oficiales navales precisamente por no ser suficientemente nacionalista. El momento crucial en estos primeros años llegó a principios de 1931, cuando fue licenciado del ejército a causa de su ruptura de un compromiso matrimonial y de su arrogancia ante el consiguiente tribunal de honor militar. Esta expulsión en plena gran depresión coincidió aproximadamente con la primera vez que vio a su futura esposa, Lina von Osten, que ya era militante nazi y lo convencería para que solicitase un puesto directivo en las SS de Himmler, pequeñas pero elitistas[40].

40 Robert GERWARTH, *Hitler's Hangman*..., 2011, pp. 45-49.

Antes de este momento, la vida de Heydrich podría haber discurrido por una senda muy distinta y, en realidad, al principio poseía escasas cualidades obvias para su futuro papel como cabeza de la Gestapo y la SD. Para su trayectoria posterior fueron importantísimas las experiencias y las relaciones personales que hizo dentro de las SS a partir de 1931, y en particular su estrecho vínculo con Heinrich Himmler. En otras palabras, el factor que contribuyó de forma más decisiva a la radicalización de Heydrich fue su inmersión en un entorno político de hombres jóvenes y a menudo muy formados que cultivaban conceptos violentos sobre librar a Alemania de sus «enemigos internos» a la vez que rechazaban las normas morales burguesas por ser débiles, desfasadas e inadecuadas para garantizar el renacer nacional alemán[41].

Pero la inmersión en este mundo violento de extremistas políticos muy comprometidos no explica por qué llegó Heydrich a emerger convertido en la figura probablemente más radical dentro de la cúpula nazi. Puede argumentarse que al menos una de las razones de su exaltación se encuentra en su falta de credenciales nazis tempranas. Los primeros años de la vida de Heydrich presentaban algunos inconvenientes, especialmente el persistente rumor sobre su ascendencia judía, que llevó a una investigación humillante por parte del partido en 1932, y una conversión relativamente tardía al nazismo. Para compensar estas imperfecciones e impresionar a su superior, Heinrich Himmler, Heydrich se transformó en un nazi modélico, adoptó y llevó al extremo algunos principios fundamentales de la visión del mundo de Himmler y los ideales de hombría, destreza deportiva y porte marcial de las SS. Incluso manipuló la historia de sus primeros años para mejorar sus credenciales nazis. Supuestamente había luchado en unidades del *Freikorps,* de derecha militante, tras la Gran Guerra, pero su participación en las actividades paramilitares después de 1918 fue mínima o nula. Tampoco existen registros que prueben que fuese miembro de los diversos grupos antisemitas de Halle a los que proclamaba haber pertenecido[42].

A mediados de los años 30, Heydrich se había reinventado con éxito como uno de los prescriptores más radicales de la ideología nazi y de su puesta en práctica mediante políticas estrictas y cada vez más generalizadas de persecución. La realización de la sociedad utópica de

41 Ibídem, pp. 54-60.

42 Ibídem, pp. 30-31.

Hitler, creía firmemente, requería la exclusión despiadada y violenta de los elementos que se consideraban peligrosos para la sociedad alemana, una tarea que sería llevada a cabo por las SS como ejecutoras de los deseos de Hitler. Solo limpiando la sociedad alemana de todo lo que le era ajeno, malsano y hostil podría emerger una nueva «comunidad nacional» y se vencería en la guerra inevitable contra el archienemigo del Reich, la Unión Soviética.

En este contexto, debo subrayar que la vida y el proceso de radicalización de Heydrich rebaten las suposiciones de la escuela intencionalista, que defiende la existencia de una línea continua entre los primeros años 30 y el Holocausto. Los procedimientos de «limpieza» previstos por Heydrich conocerían una transformación drástica de 1933 a 1942, en parte como respuesta a circunstancias que escapaban a su control (como el estallido de la Segunda Guerra Mundial) y en parte como consecuencia de los crecientes *Machbarkeitswahn* (delirios de omnipotencia) que se apoderaron de muchos mandos de las SS, planificadores políticos e ingenieros demográficos después de 1939, la idea ilusoria de que había surgido una oportunidad histórica de combatir, de una vez por todas, contra los enemigos reales o imaginarios de Alemania dentro y fuera del Reich. Mientras que antes del comienzo de la guerra el exterminio en masa de judíos parecía inconcebible incluso a ojos de Heydrich, sus ideas sobre la cuestión se radicalizarían a lo largo de los siguientes dos años y medio. El embrutecimiento ocasionado por la guerra, la frustración por el fracaso de los planes de expulsión, las presiones de los administradores locales alemanes en los territorios orientales ocupados y su determinación ideológica por resolver el «problema judío», combinados, condujeron a una situación en la cual Heydrich entendió que el asesinato en masa sistemático era tan factible como deseable[43].

La paradoja aparente entre un joven cultivado de clase media con talento musical de la Alemania guillermina, por un lado, y, por otro, el fanático ideólogo de las SS, organizador en el Tercer Reich de un asesinato en masa sin precedentes, solo es tal paradoja hasta que se reconstruye el contexto histórico cambiante y el «universo moral» en evolución que guió y aparentemente «justificó» los actos de Heydrich. La «ética del nazismo», particularmente en tiempos de guerra, no era universalista sino muy selectiva: se fundaba en el concepto de desigualdad racial combina-

43 R BROWNING, *The Origins…*, 2004; Peter LONGERICH, *Holocaust. The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

do con la idea de que la raza germánica, supuestamente más fuerte, tenía el deber moral de oprimir constantemente, y de exterminar, si fuese necesario, a las razas «subhumanas» del este, cuya mera existencia entrañaba una amenaza[44]. La insistencia en el Derecho natural de Alemania a la defensa propia frente a un enemigo judío ubicuo y la formulación explícita de una obligación moral para con las generaciones futuras de resolver de una vez por todas el «problema judío», quedaron articuladas con toda su intención en el infame discurso de Posen que pronunció Himmler en 1943. En aquella alocución ante una reunión de altos oficiales de las SS, responsables colectivamente del asesinato de varios millones de personas, Himmler los elogió por haber llevado a cabo su tarea «difícil» pero «histórica» con «decencia»[45]. Lo que Himmler quería decir era que sus hombres habían cumplido su obligación con su pueblo sin sentir placer ni enriquecerse. Habían asesinado sin convertirse en asesinos.

Al reconstruir esta lógica —por retorcida que pueda parecer— es posible ir más allá de argumentos genéricos e históricamente poco específicos como el modelo explicativo de Daniel J. Goldhagen basado en un «antisemitismo eliminador» omnipresente y específicamente alemán, un antisemitismo que venía supuestamente de mucho antes del ascenso al poder de Hitler y quedó institucionalizado en 1933. En el caso de Heydrich, el antisemitismo no tuvo gran importancia en su vida hasta 1931, cuando entró en las SS, e incluso entonces (y tal vez hasta 1939), la idea de asesinar indiscriminadamente a todos los judíos de Europa le podría haber parecido absurda. Solo a lo largo de los años siguientes y bajo condiciones de guerra total, las barreras de lo permisible cambiaron por completo, hasta el punto de que el genocidio aparecía como una solución lógica al «problema judío».

Conclusiones

Escribir una biografía de Reinhard Heydrich que incorpore las últimas tendencias de los estudios sobre perpetradores y trate a un sujeto tan abrumador con empatía fría no es tarea fácil ni agradable. Sin embargo,

44 Harald WELZER, *Täter*, Frankfurt, S. Fischer, 2005.

45 Véase Omer BARTOV, «Defining Enemies, Making Victims: Germans, Jews, and the Holocaust», en Amir WEINER (ed.), *Landscaping the Human Garden. Twentieth-Century Population Management in a Comparative Framework,* Stanford (California), Stanford University Press, 2003, pp. 135-147.

si queremos comprender por qué personas perfectamente «normales» pueden convertirse en monstruos bajo ciertas condiciones, tenemos que ir más allá de nociones simplistas acerca de la «maldad» innata y observar las circunstancias bajo las cuales las personas deciden actuar de cierta forma. Sobra decir que empatía no es lo mismo que simpatía, al contrario, *tout comprendre ce n'est pas tout pardonner*.

Hablando más en general, el renovado vigor de la biografía histórica en la historiografía del Tercer Reich ha abierto nuevas posibilidades de aunar algunas áreas de investigación que no suelen estar relacionadas dentro de la literatura, muy especializada, sobre la dictadura nazi. El medio biográfico, en este caso la biografía de Heydrich, ofrece un acceso excepcionalmente privilegiado, íntimo y orgánico, a toda una serie de cuestiones que se encuentran en el corazón del poder nazi: el auge de las SS y la aparición del Estado policial nazi; los procesos de toma de decisiones que condujeron al Holocausto; las interconexiones entre las políticas antijudías y las de germanización; y los diversos modos en los que funcionaron los regímenes de ocupación alemana en la Europa controlada por los nazis.

En un plano más personal, solo una aproximación biográfica puede capturar las circunstancias históricas y también individuales bajo las cuales unos jóvenes de entornos de clase media perfectamente «normales» pueden convertirse en extremistas políticos decididos a usar una violencia extrema para realizar sus fantasías distópicas de transformación radical del mundo.

Traducción de Virginia Tabuenca

En busca de las claves para un análisis biográfico: Natalie Zahle y Bodil Koch

Birgitte Possing
Danish National Archives. Copenhague

En 1992 publiqué una biografía de la danesa Natalie Zahle (1827-1913), una ilustre pionera de la educación. Con ella, di comienzo a lo que he denominado un proceso de «rehumanización de la historiografía». Mi libro, titulado *Viljens Styrke. Natalie Zahle: en biografi om køn, dannelse og magtfuldkommenhed* [*Fuerza de voluntad. Natalie Zahle: una biografía de género, creación y superación de barreras*][1], cuestionaba la historiografía estructuralista. Este desafío fue la espoleta de un debate entre historiadores sobre la biografía como género académico. En el ámbito universitario escandinavo ya hacía tiempo que habían doblado las campanas por la biografía histórica, ya que el estructuralismo y el marxismo consideraban que la personalidad individual era irrelevante como protagonista de la historia. Para mi sorpresa, el debate se propagó como el fuego entre la comunidad de especialistas daneses, noruegos y suecos a principios de la década de 1990, y mi biografía de Natalie Zahle adquirió bastante popularidad en el sector más instruido del público general.

Como escritora, fue un placer para mí que el libro, una versión de mi tesis doctoral, se leyera como investigación académica y también

1 B. POSSING, *Viljens Styrke. Natalie Zahle. En Biografi,* vols. 1-2, Copenhague, Gyldendal, 1992; *Dansk Historisk Tidsskrift*, 1992:2, pp. 359-363; *Dansk Historisk Tidsskrift*, 1997:7, pp. 439-450; Biografías de Niels Bohr, Karen Blixen, Johanne Luise Heiberg, Carl Nielsen, Anna y Michael Ancher en *Danmarks Nye Pengesedler*, Copenhague, Danmarks Nationalbank, 1997; *Zahle – Awakening the Promise of the Soul*, Copenhague, Gyldendal, 2001; «The Historical Biography», en N. J. SMELSER y P. B. BALTES (eds.), *Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*, 2, Ámsterdam-París-Nueva York-Oxford-Shannon-Singapur-Tokio, Elsevier, 2001; «H. Adler», «K. Bagge», «E. Bay», «R. Bjerregaard», «L. Gad», «H. Gertdtzen», «B. Hahn», «A. Hjort», «I. Jespersen», «B. Koch», «L. Koch», «K. Lønborg», «Th. Moltke», «A. S. Seidelin», «I. Simesen», «H. Skram», «M. Steinthal» y «N. Zahle» (vols. 1-3), «Den historiske biografi», (vol. 4, pp. 242-247) en *Dansk Kvindebiografisk Leksikon* (*Enciclopedia nacional de mujeres danesas prominentes),* vols. 1-4, Copenhague, Rosinante, 2001.

como literatura. El gran interés suscitado por la biografía motivó que el presidente de mi tribunal de doctorado, Niels Thomsen, un catedrático danés de historia que inicialmente había dado su visto bueno al trabajo en tanto que tesis doctoral, pusiera en duda públicamente su relevancia académica (¡!). Hubo gran respuesta emocional y tanto el público en general como el público especializado quedaron desconcertados por los comentarios contradictorios del mencionado catedrático[2]. Esta reacción me dio impulso para reflexionar con mayor profundidad acerca de la metodología de la biografía clásica del tipo «vida y época», ya que este era el género que mi biografía de Natalie Zahle había dado a conocer al público danés. Las críticas del profesor Thomsen no pretendían allanar el camino para una mejor comprensión de las metodologías, categorías y fuentes de la biografía que ayudasen a nuevas incursiones en el género.

Sin embargo, después de su cruzada contra la relevancia de la biografía histórica dentro de la historia como disciplina, las biografías basadas en una investigación histórica inundaron las imprentas danesas y las de otros países nórdicos[3]. Seguí escribiendo biografías (largas, breves, brevísimas) y también probé suerte con aproximaciones metodológicas a los procesos de análisis y a las tipologías que el género biográfico ha adoptado en el pasado, los que figuran entre sus objetivos actuales y los que podría adoptar en el futuro[4].

2 Véanse los debates acerca de la relevancia de las biografías históricas en B. POSSING, *Dansk Historisk Tidsskrift*, 1992:2, pp. 359-363; y 1997:2, pp. 439-450; y *Personalhistorisk Tidsskrift*, 1999:2; y R. AMBJÖRNSSON *et al*. (eds.), *Att skriva människan. Essäer om biografin som livshistoria och vetenskaplig genre,* Estocolmo, Carlsson Bokförlag, 1997.

3 R. AMBJÖRNSSON *et al*. (eds.), *Att skriva människan...,* 1997; B. POSSING, «Biografien, Genren med de mange liv», en N. BREDSDORFF y N. F. CHRISTIANSEN (eds.), *Det kritiske blik*, Copenhague, Tiderne Skifter, 2005, pp. 143-164; *Uden omsvøb. Et portræt af Bodil Koch,* Copenhague, Gyldendal, 2007; «Et kritisk blik på biografien», en H. ROSENGREN y J. ÖSTLING (eds.), *Med livet som insats. Biografin som humanistisk genre*, Lund, Lund University Press, 2007, pp. 33-51; «Portrættering og omportrættering. Om biografi som dekonstruerende metode», en J. KOFOD y D. STAUNÆS (eds.), *Magtballader,* Copenhague, Danmarks Pædagogiske Universitetsforlag, 2007, pp. 239-252; «Fødslen af en sky», reseña de K. LEPPÄNEN (2005), en *Kvinder, Køn og Forskning,* vol. 16, nº 4, 2007, pp. 60-61; H. ROSENGREN y J. ÖSTLING (eds.), *Med livet som insats. Biografin som humanistisk genre*, Lund, Lund University Press, 2007.

4 B. POSSING, *Dansk Historisk*..., 1997; Biografías de Niels Bohr, Karen Blixen..., 1997; «En forførelsens dobbeltkontrakt», en *Personalhistorisk Tidsskrift*, 1999, pp. 287-295; *Zahle – Awakening*..., 2001; «The Historical Biography»..., 2001; «H. Adler», «K. Bagge»..., 2001; «Den biografiske udfordring: Mytologisering

A continuación reflexionaré sobre las llaves analíticas necesarias para abrir la puerta de una biografía perteneciente a una categoría totalmente nueva, la titulada *Uden Omsvøb. Et Portræt af Bodil Koch* [*Sin rodeos. Un retrato de Bodil Koch*][5], que publiqué quince años después de que mi biografía de Natalie Zahle suscitara aquella controversia entre historiadores. Bodil Koch (1903-1972) fue una política danesa extremadamente importante y popular. En tanto que polemista provocadora, intelectual, feminista y humanista, había sido marginada de la discusión histórica nacional y prácticamente borrada de la historia escrita danesa, aunque ocupó un cargo como ministra del Gobierno durante un período ininterrumpido de quince años y tuvo inmensa repercusión en la política interior e internacional de su tiempo. Yo deseaba reintegrarla en la historia escrita. El problema estaba en cómo hacerlo.

Mi principio director era el mismo que ya había aplicado a la biografía de Natalie Zahle; quería comprender y explicar a Bodil Koch, su vida, su trabajo, sus empeños y repercusión, en relación con el contexto histórico más amplio del que formó parte. En esta ocasión, también pretendía contar otras historias aparte de la estrictamente biográfica, explorar el ambiente en el que nació y se crió, los valores que influyeron en ella y las barreras que rompió. Contextualizar a la protagonista era una necesidad teórica para mí. Con la palabra «contextualizar» me refiero a capturar el modo en que el ambiente y las condiciones geográficas, sociales, culturales, religiosas, políticas y familiares afectan a la vida, la identidad, la propia imagen, el estatus, la visión y el trabajo de un individuo; y cómo el esfuerzo del individuo puede, a su vez, influir en ese ambiente y modificarlo. En otras palabras, cómo una persona puede ser a la vez portadora de cultura y rompedora de cultura, y cómo

eller humanisering?» en K. HASTRUP (ed.), *Videnskab y Værdier*, Copenhague, Videnskabernes Selskab, 2002; «The Historical Biography: Genre, History and Methodology», en J. BALE *et al*. (eds.), *Writing Lives in Sports,* Aarhus, Aarhus University Press, 2004, pp. 17-25; *Uden omsvøb…*, 2007; «Et kritisk blik på biografien»…, 2007; «Portrættering og omportrættering…», 2007; «Fødslen af en sky»…, 2007; «Om kunsten at skrive biografi om Ibsen», en S. DINGSTAD, *et al*. (eds.)*, Den biografiske Ibsen*, Oslo, Senter for Ibsen-studier, 2010, pp. 15-39; «Clara Zetkin (1857-1933). En portræt», en *Arbejderhistorie. Tidsskrift for Historie og Litteratur*, 2010, pp. 29-47; «Portraiture and Re-portraiture of the Political Individual in Europe», en A. L. KNUDSEN y K. GRAM-SKJOLDAGER (eds.), *Living Political Biography. Narrating Ideas of Europe*, pp. 33-53, Aarhus, Aarhus University Press, 2012.

5 B. POSSING, *Uden omsvøb…,* 2007.

el individuo se descifra en una interacción dinámica y dialéctica con las estructuras sociales.

Pese a la necesaria contextualización, las dificultades que entrañan los procesos analíticos subyacentes a las biografías de Zahle y de Koch son mundos aparte. *Viljens Styrke*, sobre Zahle, obedecía al esquema clásico de biografía sobre la vida y la época del personaje; mientras que *Uden Omsvøb,* sobre Koch, iba a estructurarse como un retrato polifónico. Esto era todo lo que sabía, pero ¿cómo llevarlo a la práctica? En este trabajo identificaré las claves analíticas que se han aplicado a los datos relacionados con Bodil Koch y reflexionaré sobre las diferencias entre este retrato y el esquema clásico de «vida y época» de un personaje. El capítulo se centrará en lo que puede hacer el análisis biográfico, expondrá su complejidad y defenderá que la biografía histórica es mucho más que el relato escueto de una vida.

El reconocimiento de que una historia de vida lineal es una construcción carente de análisis epistemológico quedó claramente expuesto en 1986 por Pierre Bourdieu en un artículo que marcó un hito: «L'Illusion biographique»[6]. Bourdieu sostenía que la convención biográfica de enumerar acontecimientos aislados en una secuencia cronológica guarda un parecido inevitable con el «Bildungsroman» literario, en el que la vida vivida se presenta según un modelo de coherencia lineal, objetiva y subjetiva. Bourdieu argumentaba acertadamente que, según un criterio estético, este esquema tal vez podía ser digno de conservarse, pero que, si el criterio era la relación entre la realidad y su representación, no existían motivos para salvarlo. Varios estudiosos han profundizado en este cambio dentro de la investigación académica y de la teoría de la biografía. El lector queda, pues, invitado a entrar en este taller biográfico, donde exploraré diversas cuestiones relacionadas entre sí y vinculadas con el desarrollo de mi estudio.

Una de esas cuestiones es cómo fue evolucionando la tarea que me había propuesto realizar a lo largo de la elaboración del retrato de Bodil Koch, y los motivos de los cambios. Esto implica reflexionar sobre las implicaciones de tratar con distintos públicos lectores potenciales y también sobre la naturaleza de las fuentes empleadas y el uso de metodologías interdisciplinarias para interpretar dichas fuentes. Otra cues-

6 P. BOURDIEU, «L'Illusion biographique», en *Actes de la recherche en sciences sociales,* nº 62/63, París, Éditions de Minuit, 1986.

ción es cómo la composición biográfica, que no cronológica, de un retrato polifónico afecta a la relación entre quien escribe la biografía y quien la protagoniza, así como a aspectos éticos de las decisiones metodológicas tomadas durante la deconstrucción y la reconstrucción del retrato.

Dificultades que cambiaron durante el proceso

Quería reflejar el impacto nacional e internacional de Bodil Koch durante su vida y reflexionar sobre su importancia para la posteridad. Finalmente, fue el encuentro casual con una paradoja lo que determinó cómo debía cortar el paño, formular el tema y definir el ámbito en el que pudiesen materializarse el análisis y la narración. La mencionada paradoja me saltó a los ojos desde una pintura en un museo. Por casualidad, me hallé ante el retrato de Bodil Koch pintado por Kirsten Kjær. Allí estaba ella, la imagen explosiva de una mujer en guardia, a punto de saltar, de mirada ardiente y cejas perfiladas e intensas. Estaba observando a una mujer representada con un revoltijo de colores vivos, rojo, amarillo, azul y verde; una mujer con un propósito, esbelta, la cabeza alzada, envuelta en un aire de atractiva voluntad. El retrato me mostraba a una mujer en movimiento, una mujer activa que seguramente haría que las cosas se movieran. Pese a todo, era un mosaico desarticulado, lleno de agujeros. De la pintura emanaba un aura enigmática de doble cara, enfocada y difusa, un halo desdibujado con puntos de luz muy nítidos.

Por alguna vía misteriosa, esta sensación se había plasmado en la ambigüedad del discurso nacional e internacional. La historiografía convencional relativa a Bodil Koch seguía dos líneas separadas. Una sostenía que Bodil Koch, la primera mujer en el mundo que fue ministra de Asuntos Eclesiásticos, la tercera mujer que fue ministra del Gobierno en Dinamarca, intelectual, protestante devota y madre de cinco hijos, había sido una impulsiva «bufona de la corte» (como se refería ella a sí misma con ironía) pero no una verdadera política. La otra línea la señalaba como uno de los talentos políticos más prominentes del siglo XX, defensora de la modernidad y el humanismo, crítica con la mentalidad de la Guerra Fría y feminista expeditiva como el hombre más decidido ¿Cómo era posible que nos hubiese legado una reputación tan enigmática y contradictoria, en la que una interpretación excluye a la otra? Quería encontrar una respuesta repintando su retrato con palabras. Quería estudiarla de nuevo poniéndola en relación con

los desafíos de su tiempo. Esta fue la tarea que me impuse, la clave o las claves que debía encontrar.

Lectores y análisis

Comparado con el de mi obra de investigación en la biografía, contextualizada también, de Natalie Zahle, que había allanado el camino para mi carrera como biógrafa académica, el análisis utilizado para el retrato de Koch fue de una naturaleza muy diferente. Mientras que mi biografía de Zahle era una obra de aprendizaje, pensada para demostrar mi pericia en el oficio y la originalidad de mi investigación, como exige una tesis doctoral, la biografía de Koch era el trabajo de una estudiosa madura que deseaba experimentar con el género, lo que refleja que el análisis también se ve afectado por el lugar que ocupa un estudioso en su carrera académica. La biografía de Zahle era un proyecto de investigación que debía cubrir el concepto y la evolución de la educación académica y cultural a lo largo de todo un siglo para plasmar la magnitud de los esfuerzos pioneros de la protagonista por democratizar el acceso al conocimiento. La biografía de Koch fue un proyecto diseñado para informar y para discutir; pretendía definir cuatro apartados temáticos en el trabajo de la protagonista con el objeto de identificar su influencia en la política danesa e internacional, en primer lugar, y en segundo lugar, averiguar por qué había sido controvertida e intelectualmente provocativa a la vez que estaba sometida al control democrático y tomaba decisiones que afectaban a la nación.

La biografía de Zahle pretendía encontrar a la mujer compleja detrás del mito y contar la historia de su vida a través de su trabajo. La biografía de Koch escuchaba a una mujer con varias voces hablando en distintas direcciones, y creaba una polifonía de percepciones, pautas de pensamiento y actos que no componían necesariamente un todo unificado. Donde la biografía de Zahle había buscado reconstruir la imagen pública de un icono nacional, la biografía de Koch buscó poner en tela de juicio y reconstruir esa misma imagen pública de una política controvertida, aunque valorada y muy querida. La biografía de Zahle iba a rehumanizar la historiografía y a recuperar la biografía para el mundo académico como género analítico digno, mientras que la de Koch iba a devolver a su protagonista al discurso nacional y a hacerla visible en una amplia escena política e intelectual. Mientras que la biografía de

Zahle encajaba en el patrón clásico de «vida y época» del personaje, habitual en la tradición investigadora anglosajona e introducido así en el mundo académico danés, la de Koch pretendía provocar, criticar y reescribir las convenciones narrativas de esta tradición. Estas diferencias tendrían consecuencias en el método de estudio utilizado en la biografía de Bodil Koch. A continuación, me internaré en el taller biográfico y reflexionaré sobre este proceso y sus divergencias, según mi experiencia, frente al análisis empleado en la biografía clásica de tipo «vida y época» de Natalie Zahle.

Hubo otra diferencia entre los métodos empleados en ambas biografías, la relación con distintos públicos. En algunos aspectos, ni el público académico ni el público en general tuvieron importancia en la forma que adquirieron los dos estudios biográficos. Fueron desarrollados en mi propio taller analítico, sin diálogo con una potencial audiencia lectora. Sin embargo, ciertos «públicos» ejercieron una influencia decisiva en la estructura de los dos estudios y en los motivos por los cuales adoptaron enfoques tan distintos de la tarea de construir una vida. La responsabilidad ética de la pluma de la biógrafa en su escrutinio del sujeto de la biografía fue también un aspecto importante con el que me batí y que influyó en mi análisis. Regresaré a esto tras examinar los desafíos relativos a los datos y la teoría con los que me enfrenté para elaborar el estudio de Bodil Koch y de la labor de su vida política.

Las fuentes y la naturaleza de sus desafíos

En su libro sobre los Gobiernos daneses de 1953 a 1972, el historiador Tage Kaarsted hablaba de Bodil Koch como del «único hombre de verdad» en sus sucesivos gabinetes y, además, la consideraba una de las figuras más importantes en la política interior y exterior danesa del siglo XX[7]. Documentó su condición de mayor captadora de votos dentro del partido socialdemócrata, su gran impacto en la vida política, rara vez igualado, y el hecho de que sus colegas políticos de todos los partidos reconocieran su gran talla, irritados o encantados según el lugar que ocupasen en el espectro político. Otros historiadores, sin embargo, la han ignorado o la han calificado de torpe e inepta, una verdadera

7 T. KAARSTED, *De Danske Ministerier 1953-1972,* Copenhague, PFA Pension, 1992.

«bufona de la corte» en la política danesa e internacional[8]. ¿Cómo podía ser tan contradictoria la imagen pública de Koch?

La expresión «hombre de verdad» sugiere claridad de objetivos, firmeza y coraje, mientras que «bufona de la corte» sugiere absurdo, diversión e impulsividad. Aparentemente, son características incompatibles, tan poco congruentes que difícilmente podrían utilizarse para referirse a la misma persona ¿Había mostrado la propia Bodil Koch una ambigüedad que dotaba de contenido a su reputación contradictoria? De ser así, ¿constituía razón suficiente para otorgarle un lugar tan transitorio en la historiografía como el que se le había adjudicado? O, por el contrario, ¿había motivos para recuperar a una política que fue, en mi opinión, una analista intelectual que marcó la senda para un *modus operandi* alternativo? Creo que un motivo residía en el hecho de que Bodil Koch, como política, desafió la mentalidad política dominante, las ideologías cristalizadas y las inflexibles maniobras de poder durante la ocupación alemana de Dinamarca en la Segunda Guerra Mundial, y también durante el período glacial de la Guerra Fría. Una y otra vez, optimista a ultranza, defendió la resolución de los conflictos políticos con las miras puestas en las personas y no en las ideologías. A los 68 años, en una entrevista de televisión afirmó que desde el principio de su carrera política había decidido «seguir siendo ingenua».

A la vista de esto, podría parecer que Bodil Koch se había colocado deliberadamente en una posición insólita: por un lado, fue una responsable ministra del Gobierno durante quince años, por otro, intelectual y provocadora contra el autoritarismo. En consecuencia tuve que formular unas preguntas básicas: ¿en qué estaba pensando? ¿Por qué veía su misión como política de forma tan singular? ¿Por qué había entrado en política esta intelectual, teóloga y ama de casa? ¿Qué pretendía llevar a cabo? ¿Qué valores representaba que tuvieron tanta repercusión en la escena pública? ¿Por qué se topó con el techo de cristal en la lucha por el poder dentro de la política de pesos pesados? ¿Por qué no la nombraron ministra de Asuntos Exteriores a pesar de que para ella la política exterior era «el ser y la esencia de toda la política»? ¿Cuáles fueron los puntos de su manifiesto político personal y cómo consiguió difundirlos desde la tribuna pública?

8 T. KAARSTED, *Krise og krig*. Gyldendal og Politikens Danmarkshistorie, 1925-50, vol. 13, Copenhague, Gyldendal, 1991; H. S. NISSEN, *Landet blev by*. Gyldendal og Politikens Danmarkshistorie, 1950-1970, vol. 14, Copenhague, Gyldendal, 1991.

A diferencia de lo que sucedió en mi investigación sobre Natalie Zahle, quien había dejado un archivo completo con más de 3000 cartas, cuando empecé a trabajar en la biografía de Bodil Koch encontré que no había prácticamente ninguna carta. Ella y su familia habían destruido sistemáticamente, o al menos no habían conservado, la amplia correspondencia que había mantenido con muchas figuras prominentes de su tiempo, y que se mencionaba en las fuentes. Uno de sus corresponsales fue su esposo, Hal Koch, una figura conocida en Dinamarca como profesor, rector de la Universidad Popular y polemista durante la Segunda Guerra Mundial y posteriormente. Sus documentos se conservan en los Archivos Estatales Daneses, pero entre ellos no hay cartas relevantes.

Por otro lado, Bodil Koch guardó todos sus discursos, borradores de artículos y conferencias inéditas desde sus primeros pasos titubeantes en la escena pública, en 1938, hasta su fallecimiento en enero de 1972. Los papeles, sin clasificar, estaban en casa del más joven de sus mellizos, Jens Koch, por entonces alto ejecutivo de Radio Dinamarca, la corporación danesa de radiotelevisión. Cuando empecé a trabajar en la biografía, de los cinco hijos de Hal y Bodil Koch, solo vivían él y su hermana Dorte Bennedsen, antigua política y ministra del Gobierno. Los papeles de Bodil Koch todavía no habían sido depositados en un archivo de acceso público[9]. Cuando escribí a Jens Koch y le conté que había empezado a preparar una biografía de su madre, me invitó a visitarle en su casa, donde pudimos organizar juntos los papeles. A diferencia de su hermana, él estaba encantado ante la perspectiva de una biografía de su madre.

Cuando lo fui a ver, se hizo evidente que él, su esposa y su hermana estaban deshaciéndose de lo que había quedado de la colección de cartas de Bodil Koch. «¿Por qué?», pregunté. «Lo que hay escrito en ellas no es asunto de nadie», fue la respuesta. Al ver mi decepción, Jens Koch ayudó alegremente a incrementarla entregándome una lista de nombres de daneses vivos —algunos me eran familiares, otros no— con los que yo *no* debía ponerme en contacto para mi investigación. Había asuntos relacionados con Bodil y Hal Koch que la familia no deseaba hacer

9 Se hizo después, por iniciativa mía. Clasifiqué los documentos en once cajas, junto con el archivo pertinente de mi investigación. En 2008, tras un acuerdo con la familia, el archivo de Bodil Koch fue incorporado a la Arbejderbevægelsens Bibliotek og Arkiv (Biblioteca y archivo del movimiento laborista danés) en Copenhague.

del dominio público. Aquello suponía un desafío para la investigación. El investigador debe examinar exhaustivamente todas las fuentes para acercarse a los hechos tanto como le sea posible, pero, cuando se escribe una biografía, el protagonista debe ser tratado con respeto y dignidad. Volveré más tarde sobre las implicaciones éticas de esta situación. Lo cierto es que me encontré con que carecía de las cartas que me habrían facilitado el acceso a la mujer y a la persona privada Bodil Koch. Como biógrafa, por lo tanto, me iba a faltar documentación acerca de lo que sucedía en su fuero interno, entre ella y todas las personas integradas en su variadísima red pública y entre ella y su marido, en el ámbito privado ¡Y además tenía una lista de personas que habrían constituido fuentes esenciales y con las que me estaba prohibido ponerme en contacto!

Por eso tomé una decisión que iba a acarrear grandes consecuencias para el estudio que pude llevar a cabo y, por consiguiente, para el retrato que tracé. Opté por acercarme a ella desde el exterior y centrarme en su trabajo, en sus visiones y decisiones políticas antes que en sus actividades, sentimientos o acuerdos privados. Buscaría sus huellas en el archivo de manuscritos que, al contrario que su archivo de cartas, contenía un registro casi completo de su trayectoria; en la vasta colección de libros y de arte que dejó, y a la que se había referido a menudo en sus discursos; en los archivos pertinentes de los ministerios de los que había sido responsable —el de Asuntos Eclesiásticos y el de Cultura— y también en las actas de los consejos de gabinete, que proporcionan información sobre los debates internos de todo Gobierno en el poder. Además, inspeccionaría los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, ya que Koch era conocida, temida y admirada en todo el mundo por sus discursos de política exterior en foros internacionales. Su dimensión pública también significaba que los periódicos y otros medios de comunicación serían una fuente natural de datos que tendría que sondear.

Cuando anuncié que me disponía a escribir una biografía de Bodil Koch (con la débil esperanza de que apareciese alguna carta superviviente) me advirtieron de que existía un archivo de material del movimiento popular de mujeres que Bodil Koch había promovido durante la Segunda Guerra Mundial, que creció exponencialmente en pocos años e influyó mucho en la participación de las mujeres en la democracia del período de posguerra. Se trataba del movimiento Folkevirke (Trabajo Popular o Compromiso Nacional), cuyo extenso archivo desorganizado había permanecido en manos privadas. Con mucha colaboración del

propietario, mientras trabajaba en el archivo conseguí ordenarlo poco a poco, clasificarlo y, finalmente, depositarlo en la Biblioteca Real Danesa, donde ahora se conserva para la posteridad. Esta documentación ayudó a conseguir revelaciones totalmente nuevas y desconocidas hasta entonces, concernientes tanto al alcance y repercusión del movimiento como a la manera en la cual Bodil Koch se convirtió en figura pública. Terminó siendo la base de un largo capítulo de *Uden Omsvøb*.

A diferencia del trabajo en la biografía de Zahle, mi biografía de Bodil Koch adquirió forma a lo largo de un período de tiempo muy prolongado, porque inmediatamente después de concebir el proyecto del retrato de Koch, mi carrera dio una serie de giros inesperados, positivos, que me llevaron a dirigir investigaciones de alto nivel. No obstante, en los quince años que transcurrieron antes de que volviera en serio a mi trabajo de investigación, empleé buena parte de mi tiempo libre familiarizándome con las fuentes materiales, leyendo sobre la época y el contexto político de Bodil Koch y entrevistándome con los individuos más importantes —favorables o críticos— que la habían conocido a ella, a su círculo más cercano y sus actividades políticas. Eran personas ancianas que podrían haber desaparecido para cuando yo estuviese en condiciones de retomar el trabajo intensivo en la biografía.

Estas entrevistas constituían una fuente material completamente distinta, y me ofrecieron perspectivas nuevas. Me proporcionaron un ángulo más perspicaz y mejor informado para observar a mi protagonista que el que había logrado mediante lecturas, además de una visión totalmente nueva de mi proceso de análisis biográfico. Las cartas, los diarios y los manuscritos son fuentes que permiten acceder a la comprensión y documentación de las percepciones, las ideas y los anhelos propios del protagonista, mientras que las entrevistas como fuente permiten conocer las percepciones y las proyecciones que otros tienen del personaje central, con sus tonos y matices. Como parecía que ya no se podrían encontrar cartas, estas perspectivas contemporáneas adquirían mayor importancia. Las largas conversaciones dieron como resultado otras apreciaciones de Bodil Koch en el contexto de su época con mayor viveza y más matices de lo que era posible obtener en fuentes impresas y en la literatura secundaria.

Igual de importante para el proceso de estudio fue que mi idea de cómo podía abrirme camino para comprender a Bodil Koch, su posición y funciones contradictorias, cambió radicalmente a lo largo de los años.

Inicialmente, había previsto que un enfoque hermenéutico radical me permitiría acercarme a ella de dentro hacia fuera. Es decir, que con la lectura de todos los textos conservados escritos por su mano, y el estudio de las grabaciones y transcripciones de todo lo que efectivamente había dicho en público y en el Parlamento, sería capaz de meterme en su fuero interno y comprender desde dentro sus pautas de pensamiento —podría, por ejemplo, analizar y extrapolar sus motivos íntimos y el proceso para convertirse en política—. Inspirado en la obra de Toril Moi sobre Simone de Beauvoir, *The Making of an Intellectual Woman*[10], el título provisional *The Making of an Intellectual Politician* me pareció apropiado para mi proyecto de biografía de Bodil Koch. Así, al principio, imaginé que adoptaría un enfoque cronológico para contar la historia de la evolución política lineal de esta mujer notable.

Sin embargo, esta herramienta analítica me condujo a un callejón sin salida por dos razones. La primera de ellas, muy evidente, era que al utilizar este enfoque yo habría estado leyendo sus documentos y su persona a través de mi óptica, y por eso no diferenciaría a la biógrafa de la biografiada, que es lo que todo investigador debe hacer. Además, sin cartas, no había datos con los que llevar a la práctica esta línea de estudio. La segunda razón, difícil, para abandonar el método biográfico hermenéutico fue que, cuanto más leía en torno a ella, más complicada, inescrutable incluso, se me hacía la coherencia en su secuencia de pensamientos. Su hija, Dorte Bennedsen, quien desde el principio se había mostrado poco entusiasmada con la idea de que alguien escribiese un libro sobre su madre, me dijo en una fase temprana: «No se puede pintar un retrato de Bodil Koch y decir: *esto* es Bodil Koch». Paulatinamente tuve que afrontar el hecho de que aquello era cierto. Aunque también me dijo que su madre jamás se rendía una vez que había decidido emprender algo. Por eso, obstinada igual que ella, decidí no cejar en mi empeño de retratar a Bodil Koch en una biografía.

Tendría que optar por un enfoque totalmente distinto, sin embargo, y nunca habría encontrado mi ruta si no hubiese realizado todas aquellas entrevistas. Mediante conversaciones con más de veinte amigos, colegas, conocidos, críticos y adeptos de Bodil Koch confirmé su extraordinario calibre. También comprendí que su vida no debía verse como un trayecto que siempre avanzaba en la misma dirección. Sería

10 T. MOI, *The Making of an Intellectual Woman*, Oxford, Wiley-Blackwell, 1994.

mejor considerarla como una variedad de anhelos, esperanzas, crisis, conflictos y éxitos, que conformaban juntos el transcurso de su vida; una vida que a menudo se movió en direcciones distintas, no siempre armónicas. En palabras de Bodil Koch «la vida no se reconcilió consigo misma», así expresó las disonancias personales de su vida.

Puesto que las entrevistas corroboraron lo que las cartas desaparecidas habían sugerido con su mera ausencia —esto es, que Bodil y Hal Koch quisieron levantar un círculo de protección e inaccesibilidad en torno a su vida en común— quedó claro para mí que en lo tocante a la metodología también debía evitar un camino cronológico lineal. Durante una entrevista con uno de los principales escritores daneses, Klaus Rifbjerg, a quien Bodil Koch había entregado un premio literario y con quien había intentado, en vano, trabar después una amistad, me di cuenta de que debía acercarme a ella desde fuera y hacia dentro. Haría una crónica de los acontecimientos de su vida adulta, escucharía sus proyectos y expresiones tal y como ella los había articulado en público, y sobre este fondo desarrollaría un análisis sistemático de las reacciones que desencadenaba a su alrededor. Era el único medio para obtener atisbos de cómo percibía el mundo y le daba sentido.

Decidí que el estudio debía concentrarse en lo que llevó a cabo y responder a tres preguntas fundamentales: ¿por qué tuvo una repercusión tan extraordinaria como política?, ¿cuáles fueron las necesidades con las que conectó? y ¿cómo lo hizo? En este proceso, una nueva área de fuentes materiales, vasta y completamente nueva para mí, proporcionó muchas claves interpretativas, se trataba del archivo de la Corporación Danesa de Radio y Televisión, sobre el que llamó mi atención Jens Koch. El director cinematográfico Boris B. Bertram, junto al que había confeccionado un retrato filmado de Bodil Koch[11], me enseñó a manejar este archivo. Y así no solo tuve acceso a entrevistas y clips de imagen o de sonido con Bodil Koch o acerca de ella, sino que también pude comprobar —al comparar sus manuscritos y los borradores de sus intervenciones con los discursos, las conferencias y las entrevistas que realmente dio— que en estas situaciones públicas a Koch le sucedía algo significativo. Cuando subía al estrado o se ponía ante un micrófono o una cámara Bodil Koch *se transformaba* en la polemista intelectualmente provocadora y políticamente antiautoriaria. Tenía un carisma excepcio-

11 B. BERTRAM, *Store Danskere, Om Bodil Koch*, DR2, octubre de 2005 (el retrato filmado se ha emitido en varias ocasiones).

nal y talento para la retórica. Quedaba atrapada en sus propias palabras, dejaba de lado el discurso que había preparado y entablaba con su audiencia un diálogo que suscitaba el entusiasmo mutuo. Inflamada por su propio ardor, superaba la desesperación y las dudas en las que la había sumido la preparación a fondo de su discurso. De esta manera, había mucha más coherencia en sus alocuciones que en los borradores previos[12]. Desafíos de este tipo en las fuentes materiales brindaron ocasiones totalmente inesperadas para repintar el retrato de Bodil Koch que me había propuesto realizar. Sin embargo, no respondieron a la pregunta de cómo hacerlo.

Inspiraciones teóricas

En todo caso, había algo de lo que estaba segura: la biografía de Bodil Koch no debería organizarse como una secuencia cronológica de la cuna a la tumba. El motivo más obvio para esto era la constatación de que la vida de Bodil Koch había tomado más de una dirección. Existían, no obstante, otras razones. En mi cabeza, su infancia y el entorno donde creció no eran los lugares donde hallaría la explicación al éxito de Koch o a su impacto público. Tendría que buscarla en una combinación de sus particulares aptitudes y de diversos acontecimientos de su vida adulta, acontecimientos que dependían de otros y sobre los que ella no ejercía ningún tipo de control[13]. Quería explicar y delimitar el misterio de los objetivos de Bodil Koch, sus opiniones y el beneficio que su voz y sus esfuerzos supusieron para ella, para los demás y para la posteridad. Ansiaba entender por qué se la veía al mismo tiempo como provocadora, inteligente, impulsiva, ingenua y responsable. La respuesta era compleja y habría que buscarla en varios lugares, dependiendo de que tratásemos de la política, la ministra gubernamental, la humanista, la feminista, la polemista, el ser pensante, la madre o la esposa. Pero no la

12 Las inconsistencias en los manuscritos de Bodil Koch me llevaron a descartar la publicación de sus escritos completos.

13 Inspirada por Plekhanov (1898/1958), quien señaló que un gran individuo no es grande en sí sino que lo es porque posee un talento que aparece en el momento adecuado para su desarrollo y puede responder a necesidades específicas de la comunidad. G. V. PLEKHANOV, *Personlighedens rolle i historien*, Copenhague, Forlaget Tiden, 1958 (traducción al danés del original ruso de 1898, *Kvoprosu o roli lichnosti v istorii* [*El papel de la personalidad en la historia*], en *Nauchnoe Obozrenie*, 3-4, Moscú, 1958).

encontraríamos en su infancia o formación, como sostiene la tradición biográfica acorde con el paradigma psicoanalítico de desarrollo de la individualidad humana que ha dominado el siglo XX.

En 1941, cuando Bodil Koch tenía treinta y ocho años, ella y Hal perdieron a su quinta hija, Bodil, de un año de edad, que murió a causa de una rara enfermedad sanguínea. La familia optó por reprimir sus sentimientos de pérdida y dolor, jamás volverían a hablar de la niña ni de su muerte. Después de esto, Bodil Koch abandonó el inequívoco papel de ama de casa del que antes solo se había apartado esporádicamente. Al entrar en la crítica de libros en 1938 empezó a comprometerse con la esfera pública. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación de Dinamarca por la Alemania nazi en 1940, la estudiosa Bodil Koch, famosa por su amplio conocimiento del alemán, apareció avergonzada y enojada porque el Gobierno danés no hubiese ofrecido mayor resistencia frente a las fuerzas ocupantes.

En Suecia se había publicado el libro de Elin Wägner *Väckarklocka* [*Alarma*][14], una utopía matriarcal histórica de gran alcance, un largo argumento para que las mujeres participasen de forma activa en la vida política pública. Koch se aseguró de que se tradujese al danés, bajo el título *Ilden Overlever Natten* [*El fuego sobrevive a la noche*]. El libro se leyó en toda Europa y movilizó a muchas mujeres que se implicaron en política[15]. En Dinamarca sentó los cimientos teóricos del nuevo movimiento de mujeres *Folkevirke,* que tuvo, con Koch a la cabeza, un impacto abrumador entre las mujeres. En solo tres años «la señora del profesor Hal Koch» se había convertido en una intelectual política de alto perfil público.

En conjunto, todos estos descubrimientos me llevaron a descartar el proyecto hermenéutico de llegar hasta el interior de Koch mediante la lectura y también la idea de producir una biografía cronológica. En lugar de esto, busqué inspiración en el artículo de Bourdieu, ahora un clásico, «L'Illusion biographique»[16], que ponía en tela de juicio la coherencia dentro de la vida individual. Esto apoyaba mi teoría sobre los aspectos ambiguos y paradójicos que la comprensión de Koch entrañaba.

14 E. WÄGNER, *Väckerklocka*, Estocolmo, Bonnier, 1941.

15 K. LEPPÄNEN, *Rethinking Civilization in a European Feminist Context: History, Nature, Women in Elin Wägner's Väckerklocka*, Gotemburgo, Departamento de Historia de las Ideas y Teoría de la Ciencia, Universidad de Gotemburgo, 2005; B. POSSING, «Fødslen af en sky»…, 2007, pp. 60-61.

16 P. BOURDIEU, «L'Illusion biographique»…, 1986.

El desafío de Bourdieu a la idea de una dirección definible en la vida del individuo, que puede estructurarse según un orden lógico y cronológico, me impresionó profundamente. Pude ver que crear una dirección lógica, lineal, en la vida de Koch sería ilusorio y erróneo.

Hallé nueva inspiración en el conocimiento de los teóricos de la narración sobre el mecanismo por el cual las narraciones se leen de forma prospectiva pero se entienden de forma retrospectiva y me alejé de la idea de que la dirección de su vida estuvo controlada por el fin de su vida, por su muerte. El argumento de un relato es lo que le otorga significado, y en un relato biográfico la muerte no otorga (necesariamente) significado a la vida. En consecuencia, el biógrafo debe ser consciente del argumento que lee en la interpretación narrada del sujeto de su biografía. Vi claramente que aquella circunstancia —el hecho de que la vida de Koch tomase varias direcciones que se solapaban y contradecían entre sí— constituía el argumento y la «lógica» de su vida. La biografía debía escribirse en consonancia, no como una biografía exhaustiva en el sentido convencional que acompaña al sujeto de la cuna a la tumba, sino como un retrato enfocado y polifónico.

A continuación me dediqué a una investigación en profundidad de cuatro cuestiones: ¿Qué quería decir Koch cuando declaró que «la política es una obligación para nuestros congéneres humanos»? ¿Cuál era ese punto de vista «sencillo como respirar» que defendía? ¿Qué quedaba incluido en el concepto de «la médula y el poder del pueblo» al que se refería? ¿Por qué fue ministra de Asuntos Eclesiásticos y de Cultura, y no ministra de Asuntos Exteriores, cuando era el miembro del gabinete con mayor experiencia y la política exterior fue su principal interés durante el mandato de cuatro gobiernos? Estas preguntas solo obtendrían respuesta si yo no anticipaba una lógica sencilla.

Pero entonces me topé con otro problema. Las muchas conferencias de Koch que se conservaban, escritas de 1938 a 1972, inéditas, los artículos y libros que publicó, y la reacción pública (de los medios, por ejemplo) a sus aportaciones a los debates políticos entre 1943 y 1972 indicaban que en su pensamiento convivían varias líneas. Estas abarcaban y mezclaban ideologías extremas del siglo XX en un sentido hobsbawmiano[17]. En todos los textos que se conservaban identifiqué elementos

17 E. HOBSBAWM, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991*, Londres, Michael Joseph, 1995.

de liberalismo, socialismo, protestantismo, feminismo, humanismo y algo de conservadurismo. No fue posible, sin embargo, confeccionar un marco interpretativo útil para su versión de estas ideologías, ni siquiera si se asumía que Bodil Koch reconciliaba las dicotomías.

El estudio se escurría constantemente por entre la «trenza» ideológica que yo intentaba tejer como medio para entenderla. Encontrar un eje para interpretar aquello era más que difícil. Buscaba a tientas en la oscuridad, frustrada, hasta que descubrí la monografía de la historiadora finlandesa Marianne Liljeström *Useful Selves*, sobre cómo las mujeres soviéticas convivieron con el sistema al tiempo que se oponían a él[18]. Inspirada por Liljeström, tomé literalmente a Bodil Koch y formulé una pregunta sencilla: ¿Qué expresaban su opinión subjetiva, su ambición y su voz? En una larga entrevista dividida en tres partes publicada en 1963, la periodista danesa Malin Lindgreen había mantenido con Koch una conversación a lo largo de la cual ella misma interpretaba su experiencia y sus recuerdos como un proceso de aprendizaje. De repente, vi en aquella entrevista un ejemplo empírico de lo que la constructivista social americana Joan Scott había denominado «experiencia como proceso por el cual, en todos los seres sociales, se construye la subjetividad»[19].

Ahora era posible percibir cómo, en sus actividades políticas, Bodil Koch había adoptado la determinación de conservar la ingenuidad como principio rector en el proceso democrático. Quería hacerse útil a su comunidad y a la democracia moderna volviendo las cosas del revés una y otra vez; planteando preguntas fundamentales, banales, y por eso ingenuas, como, por ejemplo, si las cosas se podían hacer y pensar de otro modo, o si se podían perseguir los sueños de maneras distintas a las que dictaminaban los políticos. Su incentivo político no fue la voluntad de poder sino el deseo de influir en el discurso público. Mantenía una opinión similar a la de Hannah Arendt acerca de la democracia en la modernidad, al considerar que su constante movimiento, evolución y crecimiento dentro de un proceso dinámico constituían un ideal[20]. Tal

18 M. LILJESTRÖM, *Useful Selves: Russian Women's Autobiographical Texts from the Postwar Period*. Saarijärvi (Finlandia), Kikimora Publications B, 2004.

19 J. SCOTT, «Experience», en J. BUTLER y J. SCOTT (eds.), *Feminists Theorize the Political*, Nueva York-Londres, Routledge, 1992.

20 Véase S. BENHABIB, *The Reluctant Modernism of Hannah Arendt*, Londres, Sage Publications, 1996.

era la condición básica más importante de lo que se conoce como democracia, en opinión de Bodil Koch. En este punto comprendí por qué fue capaz de ocupar un cargo de ministra durante quince años seguidos y bajo cuatro primeros ministros sucesivos, independientemente de la responsabilidad ministerial y de las duras críticas de sus compañeros de Gobierno. Lo que ella pretendía era *convertirse en la ministra intelectual* que reinventase la democracia todos los días. Encarnaba una clase distinta de política.

Esta constatación, sin embargo, escondía otro enigma que resolver, cómo fue capaz de colocarse en aquella posición dual y mantenerla. El concepto convencional del papel crítico de un (o de una) intelectual en el Estado presupone que debe permanecer independiente del poder. Sin independencia, no habrá denuncia ni desafío a ese poder. Como miembro del Gobierno, sin embargo, Bodil Koch había sido agente y administradora del poder ¿Cómo podía ejercer también de provocadora frente a ese poder? La lectura de *The Public Intellectual,* de Edward Said[21], ayudó a organizar mis ideas. Said distinguía netamente al crítico intelectual del agente del poder, dos posiciones irreconciliables. Habiendo compaginado ambas posiciones a lo largo de sus quince años en el gobierno durante la Guerra Fría, Bodil Koch no debería verse como alguien que superó o reinterpretó las ideologías extremas del siglo XX para desarrollar un nuevo pensamiento político. No fue la teórica de una nueva corriente de pensamiento ni una política pragmática. Habría que entenderla, más bien, como la excepción que insistió en utilizar su posición intelectual, a la vez que atendía a las obligaciones de su ministerio, para seguir jugando con elementos de las ideologías existentes y darles nuevas interpretaciones.

Consciente de las consecuencias —sus superiores limitarían su poder e influencia—, asumió su doble posición de crítica intelectual y de ministra ante el Gobierno y el poder. Antes de su período como ministra, se había presentado desde la tribuna del Parlamento como alguien de «corazón dubitativo». Unos años después, desde la misma tribuna aunque ministra ya, había insistido en que «el deber de toda persona que piensa» era ser contraria al autoritarismo. Bodil Koch pudo perseverar en su papel de intelectual antiautoritaria porque se convirtió rápidamente en la mayor captadora de votos de su partido. Los socialde-

21 E. SAID, «The Public Role of Writers and Intellectuals», en H. SMALL (ed.), *The Public Intellectual,* Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 19-40.

mócratas no podían permitirse apartarla de su puesto ni expulsarla del partido, como se exigió en más de una ocasión. Por otra parte, cuatro primeros ministros socialdemócratas sucesivos tampoco pudieron permitirse confiarle uno de los cargos con mayor poder (el Ministerio de Asuntos Exteriores) cuando ella se empecinaba en su independencia intelectual.

Esa situación le permitió transformarse en una especie de válvula política democrática en el mundo bipolar creado por la Guerra Fría. Afirmaba alto y claro que era mejor «el deshielo que la congelación» y apelaba a la duda y a la autocrítica tanto en Occidente y como en el Este. Al mismo tiempo, en tanto que ministra de Asuntos Eclesiásticos, obtuvo y administró el poder en uno de los ministerios más reaccionarios y masculinos, y logró legitimar los asuntos de la Iglesia nacional en la socialdemocracia atea y los asuntos socialistas en la Iglesia nacional. Como ministra de Asuntos Culturales consiguió colocar el arte moderno y «fragmentario» en la agenda de personas que amaban el arte comprensible y conocido. Y abordó una tarea feminista esencial movilizando a sus oponentes políticas para que participasen activamente en política. Así, vivió su vida política alimentándose de contradicciones. Cuando dejó el cargo ministerial en 1968, declaró a la entrevistadora televisiva que desde el principio de su carrera política había albergado un deseo «consistente en conservar mi ingenuidad en el sentido original de la palabra, ser yo misma, desde dentro».

Un retrato polifónico ¿Por qué y cómo?

El reto compositivo de la semblanza de Koch era encajar la reinterpretación del retrato dentro de la estructura narrativa del libro, que pretendía incorporar todas las narraciones divergentes en una sola pieza. Mi solución fue construir la biografía como una narración temática y no cronológica, vertebrada en torno a cuatro líneas principales: una, sobre la feminista y la humanista demócrata; otra, sobre la internacionalista y la crítica de la Guerra Fría; una tercera, sobre la protestante y política eclesiástica y, finalmente, una cuarta, sobre la crítica de arte y política cultural. Incluí referencias, registros de fuentes, bibliografía e índice onomástico como guía para un potencial estudio en mayor profundidad por parte de los lectores políticos, académicos o del mundo de la cultura. Pero eliminé el andamio alrededor del edificio biográfico y no expuse mis

deliberaciones teóricas y metodológicas sobre cómo se había elaborado el retrato. De esta manera, el libro sería más accesible al público en general, ajeno a estas disquisiciones académicas.

En términos compositivos, estructuré el argumento de la biografía empezando y terminando con una interpretación de Bodil Koch a través de pinturas y fotografías. Las ilustraciones fueron, por lo tanto, un aspecto central de las muchas narraciones, y el tamaño o la ubicación en la página de cada imagen era un indicador de su importancia. Las ilustraciones también sirvieron para dar cohesión cronológica a la biografía. Por todo el libro se intercalaron fotografías de Bodil Koch desde los días de su niñez hasta unas semanas antes de su fallecimiento. Las ilustraciones sí mostraban su vida de la cuna a la tumba, mientras que el texto revelaba que la vida de nuestra protagonista había discurrido en más de una dirección, a menudo en sentidos opuestos, lo que recordaba al lector las palabras de la propia Bodil Koch: «la vida no siempre se reconcilia consigo misma». Esta afirmación subyacía en el libro polifónico y temático que escribí sobre ella.

El silencio que se percibía entre el texto, las imágenes y los pies de las ilustraciones era parte deliberada de la composición, pretendía reflejar lo que no pude ni quise escribir en el manuscrito por motivos éticos o irracionales. Incluí los dos enigmáticos retratos de Bodil Koch que pintó Kirsten Kjær en 1958, uno en la introducción y otro en las conclusiones del libro. El conjunto sumaba 390 páginas impresas en un formato amplio, cómodo para los lectores, y destinado tanto al público con sentido estético como al público con intereses políticos. La biografía, por lo tanto, no estaba pensada solo para una audiencia académica, sino también, y especialmente, para lectores interesados en la política y la cultura.

La forma temática y las voces múltiples que se manifestaban en la estructura y el marco del libro me llevaron a elegir el título *Uden Omsvøb. Et Portræt af Bodil Koch* [*Sin rodeos. Un retrato de Bodil Koch*][22], en el que no aparece la palabra «biografía».

22 B. POSSING, *Uden Omsvøb…*, 2007.

La ética y la toma de postura del biógrafo ante su protagonista

Sin duda es evidente que mi posición como biógrafa ante Bodil Koch se basaba en el asombro y el desconcierto antes que en la fascinación. No me movían la atracción ni la cautela dentro de una relación de identificación, a diferencia de lo que me había sucedido con Natalie Zahle. Tampoco albergaba deseos de legitimar el proyecto de Bodil Koch. Me preocupaba más hacerla visible, explicarla y comprenderla como una excepción controvertida en la historia política danesa.

Uno de mis propósitos era reflexionar críticamente sobre el tipo de política que representó. En 1989 el historiador y biógrafo italiano Giovanni Levi señaló que las ambigüedades, las contradicciones y la polifonía biográfica atraían cada vez más el interés de los historiadores[23]. Con un deseo inspirado en Levi de captar los aspectos ambiguos y contradictorios de mi personaje principal, asumí frente a Bodil Koch la función de «crítica sagaz». Se dice que el antiguo primer ministro británico Arthur Balfour (1848-1930) afirmó: «Una biografía debería ser escrita por un enemigo sagaz»[24]. Para mi gusto, la idea de que el biógrafo debiese asumir la función de enemigo resultaba demasiado fuerte, pero la imagen del biógrafo distante y sagaz, que traza una semblanza de su protagonista con toda la imparcialidad y sobriedad posibles, describía mi postura como biógrafa de Bodil Koch. Cuando reflexionaba sobre mi propia actitud frente a Koch, me veía más próxima a Heródoto, «padre de la historiografía», o a Ryszard Kapuscinski, algo más moderno, con su alegría inquisitiva al contar historias y su posición de reportero observador frente a la diversidad histórica[25]. Pero esto no significó que mi labor estuviera exenta de dilemas éticos.

Aunque *Uden Omsvøb* no se entretenía en las relaciones privadas o íntimas del personaje central, me enfrenté a varios problemas éticos porque Bodil Koch tenía hijos (y nietos) adultos, y un buen número de amigos íntimos que aún vivían. Al preparar este retrato no necesité llevar un diario de trabajo (secreto) como había hecho mientras escribía el libro sobre Natalie Zahle, porque mi relación con Koch no era emocional ni ideológica. Por otro lado, me preocupó vivamente la lista proporcio-

23 G. LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales ESC*, 6, 1989, pp. 1325-1336.

24 S. K. RATCLIFFE, cita en *The Observer*, 30 de enero de 1927.

25 R. KAPUSCINSKI, *Rejser med Herodot*, Copenhague, Tiderne skifter, 2008.

nada por su hijo de personas a las que *no* debía entrevistar. Al principio, decidí acatar sus deseos. Sin embargo, cuando una de las personas de la lista se puso en contacto conmigo, surgió el dilema. Había sabido que yo preparaba aquel libro y quería hablar conmigo. No le dije que figuraba en una relación de «entrevistados prohibidos» y accedí a encontrarme con ella. Como había sido ella la que había llevado la iniciativa, no me sentí obligada por una prohibición que yo ni siquiera había firmado. Cuando me contó su historia, sin embargo, tuve constancia de ciertos acontecimientos dramáticos y alguna estructura íntima en el universo familiar de los Koch que, de hecho, habían influido en sus posiciones públicas y en su labor.

Cuando supe, a través de varios de mis entrevistados, que alrededor de Hal y Bodil Koch existían circunstancias cruciales que ellos no querían divulgar, y también que la relación emocional de la pareja con sus hijos estaba lejos de ser clara para ninguna de las dos partes, me hallé en un dilema ético ¿Debía publicar la información obtenida de mi entrevistada «prohibida», que podía influir en la comprensión del impacto público de Bodil Koch? ¿O tal vez debía guardar silencio acerca de algunos mecanismos que explicaban los actos de Hal y Bodil Koch, no incorporar mis datos al estudio biográfico? Tras largas deliberaciones y mucha reflexión crítica sobre la insistente tendencia de mi época a exponer todos los detalles privados e íntimos de la vida de los famosos, decidí nadar contra corriente. Acudí al concepto del filósofo K.E. Løgstrup «zona de intangibilidad»[26] y lo apliqué al círculo inviolable que los mismos Bodil y Hal Koch habían erigido en torno a sí y a su familia. Solían hablar alegremente sobre el desorden en las tareas del hogar y sobre el tono irónico que mantenían con sus hijos, pero todo lo que tuviese relación con aspectos emocionales dentro de la familia y cerca de ella, permanecía en privado y así debía seguir. Eso también se extendía a la posteridad, y ahí estaba la explicación de la correspondencia desaparecida. Solo habían sobrevivido, por casualidad, cuarenta y cuatro cartas de Bodil a Hal Koch. Las encontré en una carpeta dentro de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Provista de la información que me facilitaron esas cartas y la entrevista «prohibida», decidí incorporar al discurso la «zona inviolable» para documentar un rasgo particular de la familia Koch, un rasgo que

26 K. E. LØGSTRUP, *Kunst og erkendelse*, Copenhague, Gyldendal, 1983.

quedaba sugerido en citas de alguna otra entrevista. Quería guiar al público y forzar a los lectores para que detectasen algunas pautas peculiares en Bodil Koch y en su vida privada, de las que yo, en calidad de investigadora, era consciente, y que le habían permitido ejercer como ministra del Gobierno en una época en la que era infrecuente ver a una mujer con esposo e hijos ocupando cargos de poder en política. Pero no iba a dar nombres ni a compartir las historias dramáticas que ahora conocía.

Cotejando las fotografías con las escasas cartas de Bodil Koch que se habían conservado, intenté extrapolar algunos de los mecanismos privados que explicaban la relación entre Hal y Bodil Koch para hacer que explicasen estructuralmente su figura, pero sin revelar las historias reales que afectaban a personas vivas en la época. Opté por resolver mi dilema identificando cuál era esa «zona inviolable» y arrojando algunos rayos de luz sobre ella. Pero la circunstancia privada e íntima que los Koch habían querido preservar continuó siendo privada e inaccesible. Sin embargo, los lectores y la posteridad recibieron un indicio de que había algún misterio que no podía revelarse en el libro pero que proporcionaba elementos cruciales para entender las pautas de pensamiento y la conducta como personaje público de Bodil Koch.

Epílogo

Contempladas a posteriori, las génesis de las biografías de Zahle y de Koch tuvieron cuatro rasgos comunes en sus procesos analíticos, pese a representar dos categorías distintas de biografía. El primero, mi deseo de hacer visibles a dos personajes femeninos históricamente relevantes. El segundo, la aspiración de contextualizar la comprensión de sus logros en un marco más amplio, nacional e internacional. En tercer lugar, la intención de buscar y utilizar distintas fuentes. Y en cuarto lugar, el uso consciente de enfoques analíticos interdisciplinarios.

Sin embargo, los procesos analíticos y los resultados fueron muy distintos. En el caso de Natalie Zahle, porque reconstruí e ilustré su repercusión en un contexto cronológico y temático más amplio, de acuerdo con una biografía de «vida y época»; en el de Bodil Koch, porque me centré en volver a retratarla al margen del discurso ya conocido, en un proceso deconstructivo y reconstructivo que, partiendo de nuevas evidencias empíricas, explicase su impacto con una biografía polifóni-

ca vertebrada en torno a cuatro grandes temas. En términos de metodología biográfica, *Viljens Styrke* fue un nuevo principio porque rehumanizó la historiografía y, aunque en el ámbito internacional no fuese innovadora desde una perspectiva teórica, marcó nuevos caminos para la historiografía danesa.

Por otro lado, *Uden Omsvøb* se presentó como experimento metodológico en un momento en el que el «giro biográfico» en las humanidades[27] dominaba la esfera pública. En la biografía de Natalie Zahle, la vasta correspondencia conservada fue de importancia crucial para el estudio, mientras que en la biografía de Bodil Koch los datos se obtuvieron mediante el análisis de manuscritos, entrevistas, medios de comunicación impresos y electrónicos, además de fotografías y pinturas. Para elaborar la biografía de Zahle, me inspiró, en un aspecto teórico, la tradición anglosajona de «vida y obra», escrita a una sola voz. Abandoné por completo esta lectura horizontal del contexto en la biografía de Koch, en su lugar encajé el retrato polifónico y en proceso de la protagonista dentro de una perspectiva constructivista social de la historia inspirada por Bourdieu, con una visión profunda y vertical de las cuatro esferas en las que Bodil Koch dejó huellas históricas más perceptibles: en calidad de crítica internacionalista que desafiaba la mentalidad de la Guerra Fría, como humanista cristiana que amplió las miras de la Iglesia estatal danesa, como feminista comprometida que movilizó a las mujeres de toda tendencia para que participasen en la política democrática, y como avanzada radical en lo cultural que apreció el peso del arte moderno en las nuevas visiones políticas.

Traducción de Virginia Tabuenca

27 H. E. BÖDECKER, (ed.), *Biographie schreiben*, Gotinga, Wallestein Verlag, 2003; B. CAINE, *Biography and History*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2010; J. EPSTEIN, «The Rise of Literary Biography», en *The American Review*, 1986, pp. 70-79; N. HAMILTON, *Biography. A Brief History*, Harvard, Harvard University Press, 2007, y *How to do Biography. A Primer*, Harvard, Harvard University Press, 2008; C. KLEIN (ed.), *Handbuch Biographie. Methoden, Traditionen, Theorien,* Stuttgart, Metzlersche J. B. Verlagsb, 2009.

Bibliografía

AMBJÖRNSSON, R. *et al.* (eds.), *Att skriva människan. Essäer om biografin som livshistoria och vetenskaplig genre,* Estocolmo, Carlsson Bokförlag, 1997.

BENHABIB, S., *The Reluctant Modernism of Hannah Arendt*, Londres, Sage Publications, 1996.

BOURDIEU, P., «L'Illusion biographique», en *Actes de la recherche en sciences sociales,* nº 62/63, París, Editions de Minuit, 1986.

BÖDECKER, H. E. (ed.), *Biographie schreiben*, Gotinga, Wallestein, 2003.

CAINE, B., *Biography and History*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2010.

EPSTEIN, J., «The Rise of Literary Biography», en *The American Review*, 1986, pp. 70-79.

HAMILTON, N., *Biography. A Brief History*, Harvard, Harvard University Press, 2007.

—, *How to do Biography. A Primer*, Harvard, Harvard University Press, 2008.

HOBSBAWM, E., *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*, Londres, Michael Joseph, 1995.

KLEIN, C. (ed.), *Handbuch Biographie. Methoden, Traditionen, Theorien,* Stuttgart, Metzlersche J. B. Verlagsb, 2009.

KAPUSCINSKI, R., *Rejser med Herodot*, Copenhague, Tiderne Skifter, 2008.

KONDRUP, J., «Historisk biografi», en *Den store danske encyclopædi*, vol. 3, 1995.

KAARSTED, T., *Krise og krig*. Gyldendal og Politikens Danmarkshistorie, 1925-50, vol. 13, Copenhague, Gyldendal, 1991.

—, *De Danske Ministerier 1953-1972,* Copenhague, PFA Pension, 1992.

LANGE, O., *Stormugulen. C. F. Tietgen– en finansmand, hans imperium og hans tid 1829-1901*, Copenhague, Gyldendal, 2006.

LEPPÄNEN, K., *Rethinking Civilization in a European Feminist Context: History, Nature, Women in Elin Wägner's Väckerklocka*, Gotemburgo, Departamento de Historia de las Ideas y Teoría de la Ciencia, Universidad de Gotemburgo, 2005.

LEVI, G., «Les usages de la biographie», en *Annales ESC*, 6, 1989, pp. 1325-1336.

LILJESTRÖM, M., *Useful Selves. Russian Women's Autobiographical Texts from the Postwar Period*, Saarijärvi (Finlandia), Kikimora Publications B:32, 2004.

LØGSTRUP, K. E., *System og symbol*, Copenhague, Gyldendal, 1983.

—, *Kunst og erkendelse*, Copenhague, Gyldendal, 1983.

MOI, T., *The Making of an Intellectual Woman*, Oxford, Wiley-Blackwell, 1994.

NISSEN, H. S., *Landet blev by*. Gyldendal og Politikens Danmarkshistorie, 1950-1970, vol. 14, Copenhague, Gyldendal, 1991.

PLEKHANOV, G. V., *Personlighedens rolle i historien*, Copenhague, Forlaget Tiden, 1958 (traducción al danés del original ruso de 1898, *Kvoprosu o roli lichnosti v istorii* [*El papel de la personalidad en la historia*], en *Nauchnoe Obozrenie*, 3-4, Moscú, 1958).

POSSING, B., *Viljens Styrke. Natalie Zahle. En Biografi,* vols. 1-2, Copenhague, Gyldendal, 1992.

—, *Dansk Historisk Tidsskrift*, 1992:2, pp. 359-363; y 1997:7, pp. 439-450.

—, Biografías de Niels Bohr, Karen Blixen, Johanne Luise Heiberg, Carl Nielsen, Anna y Michael Ancher en *Danmarks Nye Pengesedler*, Copenhague, Danmarks Nationalbank, 1997.

—, «En forførelsens dobbeltkontrakt», en *Personalhistorisk Tidsskrift*, 1999, pp. 287-295.

—, «The Historical Biography», en N. J. SMELSER y P. B. BALTES (eds.), *Encyclopedia of Social and Behavioral Sciences*, 2, Ámsterdam-París-Nueva York-Oxford-Shannon-Singapur-Tokio, Elsevier, 2001.

—, *Zahle – Awakening the Promise of the Soul*, Copenhague, Gyldendal, 2001.

—, «H. Adler», «K. Bagge», «E. Bay», «R. Bjerregaard», «L. Gad», «H. Gertdtzen», «B. Hahn», «A. Hjort», «I. Jespersen», «B. Koch», «L. Koch», «K. Lønborg», «Th. Moltke», «A. S. Seidelin», «I. Simesen», «H. Skram», «M. Steinthal» y «N. Zahle» (vols. 1-3), «Den historiske biografi», (vol. 4, pp. 242-247) en *Dansk Kvindebiografisk Leksikon* (*Enciclopedia nacional de mujeres danesas prominentes),* vols. 1-4, Copenhague, Rosinante, 2001.

—, «Den biografiske udfordring: Mytologisering eller humanisering?», en K. HASTRUP (ed.), *Videnskab y Værdier*, Copenhague, Videnskabernes Selskab, 2002.

—, «The Historical Biography: Genre, History and Methodology», en J. BALE *et al*. (eds.), *Writing Lives in Sports,* Aarhus, Aarhus University Press, 2004, pp. 17-25.

—, «Biografien, Genren med de mange liv», en N. BREDSDORFF y N. F. CHRISTIANSEN (eds.), *Det kritiske blik*, Copenhague, Tiderne Skifter, 2005, pp. 143-164.

—, «Et kritisk blik på biografien», en H. Rosengren y J. Östling (eds.), *Med livet som insats. Biografin som humanistisk genre*, Lund, Lund University Press, 2007, pp. 33-51.

—, *Uden omsvøb. Et portræt af Bodil Koch,* Copenhague, Gyldendal, 2007.

—, «Portrættering og omportrættering. Om biografi som dekonstruerende metode», en J. KOFOD y D. STAUNÆS (eds.), *Magtballader,* Copenhague, Danmarks Pædagogiske Universitetsforlag, 2007, pp. 239-252.

—, «Fødslen af en sky», reseña de K. Leppänen (2005), en *Kvinder, Køn og Forskning,* vol. 16, nº 4, 2007, pp. 60-61.

—, «Om kunsten at skrive biografi om Ibsen», en S. Dingstad, *et al*. (eds.), *Den biografiske Ibsen*, Oslo, Senter for Ibsen-studier, 2010, pp. 15-39.

—, «Clara Zetkin (1857-1933). En portræt», en *Arbejderhistorie. Tidsskrift for Historie og Litteratur*, 2010, pp. 29-47.

—, «Portraiture and Re-portraiture of the Political Individual in Europe», en A. L. Knudsen y K. Gram-Skjoldager (eds.), *Living Political Biography. Narrating Ideas of Europe*, pp. 33-53, Aarhus, Aarhus University Press, 2012.

Ratcliffe, S. K., cita en *The Observer*, 30 de enero de 1927.

Rosengren, H. y Östling, J. (eds.), *Med livet som insats. Biografin som humanistisk genre,* Lund, Lund University Press, 2007.

Said, E., «The Public Role of Writers and Intellectuals», en H. Small (ed.), *The Public Intellectual*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 19-40.

Strachey, L., *Eminent Victorians,* Londres, Chatto & Windus, 1918.

Scott, J., «Experience», en J. Butler y J. Scott (eds.), *Feminists Theorize the Political,* Nueva York-Londres, Routledge, 1992.

Wägner, E., *Väckerklocka*, Estocolmo, Bonnier, 1941.

—, *Ilden Overlever Natten*, Copenhague, Samleren, 1943.

Autobiografía, violencia y nación: Mario Onaindia (1948-2003)

Fernando Molina
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Este texto parte de una conferencia que di en el congreso *Life-Writing in Europe: Private Lives,Public Spheres and Biographical Interpretations*, coordinado por Roy Foster e Isabel Burdiel en la Universidad de Oxford, en abril de 2012. Falté a su primera jornada pues en su víspera participé en un debate en la televisión autonómica vasca acerca de una serie sobre la Transición democrática en esa Comunidad, en la que había participado como guionista. Cada capítulo contaba con el guión de un historiador y en el mío, que se emitió ese día, abordaba el fenómeno de la violencia terrorista, sus amplios respaldos sociales, su incidencia en el proyecto de autonomía vasca y la actitud dubitativa que mostró buena parte del arco político y social hacia ella. Esta cuestión ha comenzado a ser estudiada por jóvenes historiadores pero resulta aún incómoda cuando es expuesta en el espacio público, fuera de los circuitos académicos[1].

En el País Vasco hay una gran dificultad para emplazar la historia como relato público aceptable de un pasado que ha sido conquistado por la memoria pública gestionada por las instituciones de autogobierno o por las memorias particulares de los principales actores políticos, sustancialmente de la comunidad de violencia que se formó en torno a la organización terrorista ETA. De ahí que se produzca una «marginación de la historia por parte de los poderes políticos, dejando conscientemente a los historiadores al margen de la construcción de ese relato. […] Los historiadores no son tenidos en cuenta y es ese conglomerado de fuerzas políticas con representación institucional las encargadas de

1 La nueva historiografía vasca y el problema de la violencia política en Fernando MOLINA, «Presentación. Una nueva historiografía para el País Vasco», en F. MOLINA (ed.), *Dossier Política, nación y violencia en el País Vasco (siglo XX)*. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 35 (2013), pp. 11-13; así como en la reseña de algunos de los libros más representativos de Jesús CASQUETE en *Historia Contemporánea*, 47 (2013), pp. 754-759.

poner en pie una narración conforme a las necesidades sociales». Una de las más perentorias es el olvido «de aquellas partes del pasado que implican culpa. En la sociedad [vasca] se aspira a la tranquilidad de conciencia, al alivio, a la omisión de la responsabilidad, lo que puede aparejar la ignorancia de ciertas partes del pasado». Tal es el particular «Síndrome de Vichy» que afecta a la sociedad vasca en estos años posteriores al fin del terrorismo nacionalista[2].

Por mor de su particular «tranquilidad de conciencia», el responsable de la televisión pública vasca de entonces, nombrado por el Gobierno presidido por Patxi López, impulsó la discreta retirada de esa serie televisiva, que había generado gran incomodidad en la oposición política, representada por el Partido Nacionalista Vasco (PNV) —eran los tiempos del primer Gobierno no nacionalista vasco de la historia de la autonomía, liderado por el Partido Socialista de Euskadi-Euskadiko Ezkerra (PSE-EE), con el respaldo discreto del Partido Popular (PP)—. Una de las acusaciones favoritas del entramado mediático afín al partido tradicionalmente en el Gobierno y entonces en la oposición era el que la productora de la serie hubiera contado con historiadores «antinacionalistas» y prescindido de los testimonios de los políticos y de demás «testigos» de ese tiempo cercano —cosa que la segunda parte de la serie, la que nunca llegó a ver la luz pública, abandonó—.

El canon nacional está, en el País Vasco, demasiado incrustado en el repertorio discursivo histórico y político. Esto es lo que explica el éxito de metarrelatos como el «conflicto vasco», que monopolizan el debate público en torno a ambos asuntos y contaminan la práctica de muchos historiadores profesionales[3]. Desde 1980, el Gobierno vasco puso en marcha un proceso de nacionalización de las masas que introdujo este canon narrativo en la esfera pública. Una vertiente paradigmática de este proceso fue la llamada «normalización lingüística», las políticas de promoción pública e institucional del euskera. Estas fueron impulsadas

2 Las citas en Luis CASTELLS, «La historia del terrorismo en Euskadi. ¿Entre la necesidad y el apremio?», en J. M. ORTIZ DE ORRUÑO y J. A. PÉREZ (coords.), *Construyendo memorias: relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, pp. 211-224. La referencia última en Luis CASTELLS y Fernando MOLINA, «Bajo la sombra de Vichy. El relato del pasado reciente en la Euskadi actual», en *Ayer*, 89/1 (2013), pp. 215-227.

3 Fernando MOLINA, «El conflicto. Relatos de historia, memoria y nación», en F. MOLINA y José A. PÉREZ (eds.), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2015, en prensa.

mediante mensajes oficiales que llamaban a la población a asumir un rol heroico en dicho proceso por «recuperar» la lengua y, con ella, la «identidad» de los vascos[4].

La violencia terrorista interactuó con estas políticas y todo ello derivó en la construcción de una «sociedad heroica» en la que las grandes movilizaciones y decisiones políticas tenían un referente identitario que era reivindicado, de forma más ostentosa aún, por los perpetradores de la violencia[5]. El discurso institucional se convirtió en una factoría narrativa de resentimientos que recibían trágica sanción pública a través de la violencia terrorista. La historiografía local emprendió la ingrata tarea de dialogar con la clase política, moderar el pasado traumático y normalizar su relato frente al discurso nacionalista vasco hegemónico. El precio a pagar fue la fijación de un cierto consenso «nacional» en torno a este, que prefiguraba en él el carácter pluralista de un supuesto «pueblo vasco» que, supuestamente, recuperaba una autonomía que previamente le había sido arrebatada[6].

Nunca pude instalarme cómodamente en una sociedad que se comportaba en el terreno de la política bajo premisas de sectarismo y terror[7]. Una sociedad en donde la sacralización de la nación instó a cientos de personas a perpetrar todo tipo de atrocidades, a otros cientos —si no miles— a colaborar con ellos, a un par de cientos de miles a jalearlo públicamente y a otros cientos de miles más a mirar para otro lado. Una sociedad en la que un niño de tres años es educado para actuar como comisario político de sus amiguitos a la hora de vigilar si nombra a sus padres en euskera o castellano es una sociedad que requiere una terapia urgente. Una parte de esta implica, en mi opinión, desmitificar su pasa-

4 Mikel AZURMENDI, *La herida patriótica. La cultura del nacionalismo vasco*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 109-129.

5 José M. RUIZ SOROA, «¿Un gobierno posheroico?», en *Cuadernos de Alzate*, 41 (2009), pp. 180-181.

6 Joseba LOUZAO y Fernando MOLINA, «El pluralismo vasco: política e historiografía», en *Historia y Política*, 32 (2014), pp. 301-328.

7 Repertorios de testimonios de víctimas del fanatismo nacionalista pueden consultarse en la web www.arovite.com. Una evaluación estadística del efecto social de la violencia nacionalista en el País Vasco en Raúl LÓPEZ, *Informe Foronda. Los contextos históricos del terrorismo en el País Vasco y la consideración social de las víctimas, 1968-2010. Dictamen elaborado por el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, de la Universidad delPaís Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea, a instancias de la Dirección de Promoción de la Cultura del Gobierno vasco*, diciembre de 2014, documento de trabajo.

do, el mismo que reiteradamente se ha usado para razonar la violencia y sus supuestas «causas»[8].

Dos experiencias de la nación han podido alimentar la inquietud que muchos historiadores y científicos sociales tenemos en España por este fenómeno. Por un lado, la de quienes viven en territorios en donde esta ha adquirido la condición de identidad trivial de referencia estatal, por mucho que hibride con tradiciones culturales que hubieran podido alimentar experiencias nacionales alternativas. Esto impulsa a interrogarse por cómo se ha producido este proceso de normalización de la nación y por las potencialidades del Estado para consolidar esta identidad como hegemónica. Por el otro, la de quienes vivimos en territorios en donde esta ha sido asimilada como conflicto político, este ha llegado a intercalarse con prácticas de violencia sectaria (y/o exclusión política) y todo ello ha afectado el comportamiento político y el repertorio de derechos y libertades ciudadanas. Como puede desprenderse del inicio de este texto, mi caso conecta con esta segunda razón y mi labor profesional está muy influida por ella. En mi oficio como historiador siempre me he mirado en el espejo invertido de aquello que denunció Hobsbawm de que «los historiadores somos al nacionalismo lo que los cultivadores de opio del Pakistán a los adictos a la heroína: suministramos la materia prima esencial para el mercado»[9].

Ubicar mi experiencia biográfica en mi oficio de historiador es una forma de considerar públicamente la subjetividad del académico en su análisis científico pues, en estos terrenos —si no en todos— resulta conveniente que «el paisajista [figure] en el paisaje»[10]. Esto permitiría interpretar mejor las razones biográficas que pudieron mediar en los acercamientos al nacionalismo de personas como Hans Kohn, Louis Snyder, Ernest Gellner, Eric Hobsbawm, Eugen Weber, Georg Mosse o

8 La obsesión de la sociedad, política y academia vascas con las «causas» de la violencia en Joseba ZULAIKA, «Reyes, políticos, terroristas. La función ritual de ETA en relación al nacionalismo vasco», en *Revista de Antropología Social*, nº 0 (1991), p. 221. Esta obsesión con el «por qué» permite incorporar repertorios narrativos de signo identitario e ideológico que se cuelan a través de interpretaciones que se pretenden «científicas», según he tratado de señalar en F. MOLINA, «El conflicto»…, 2015 (en prensa).

9 Eric J. HOBSBAWM, «Ethnicity and Nationalism in Europe today», en *Anthropology Today*, 8/1 (1992), p. 3.

10 Jon JUARISTI, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa, 1997, pp. 27-28.

Benedict Anderson. Todo ello concuerda con un «giro autobiográfico» en la escritura de la historia influido por el «redescubrimiento» de la subjetividad del historiador en la forma en que plasma el relato del pasado. Y nada hay más subjetivo que la nación en toda biografía, incluida la de aquel que la analiza en la historia. Nada como la nación, pues, para formar parte de las «obsesiones» biográficas que alimentan la labor de los historiadores[11].

En este artículo, a partir de mi experiencia como biógrafo, concretada en la trayectoria del político e intelectual vasco Mario Onaindia, propongo una reflexión acerca de la utilidad que pueden tener los materiales biográficos en el análisis historiográfico sobre la nación y el nacionalismo. Se trata de proporcionar un estudio de caso a una reflexión teórica que tengo en marcha y que se alimenta del trabajo que he llevado a cabo en el marco de la Red Internacional sobre Teoría y Práctica de la Biografía que ha dirigido Isabel Burdiel y en la cual me invitó a colaborar hace más años de lo que yo quisiera. Valga esta mención como agradecimiento, a ella y a su estupendo equipo de trabajo por ello.

Un patriota llamado Mario Onaindia

En los últimos diez años mi trabajo como biógrafo me ha permitido adquirir una cierta conciencia de que los factores que inducen a identificarse con una nación no son permanentes. La cambiante sensibilidad del individuo hacia su entorno (político, afectivo, social) introduce cambios en el registro de la nación. Estos pueden despertar emociones nacionalistas allí donde no las había, o bien apagarlas, o desactivar un nacionalismo para activar otro. Pueden, de hecho, incentivar una transferencia de la identidad nacional del espacio público al privado con el fin de evitar el estigma social[12].

11 Fernando MOLINA, «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional», en F. ARCHILÉS y A. QUIROGA (eds.), *La nacionalización en España*, dossier, *Ayer*, 90/2 (2013), pp. 48-49. Convicción que encuentro también larvada en Ferrán ARCHILÉS, *Una singularitat amarga. Joan Fuster y el relat de la identitat valenciana*, Catarroja, Afers, 2012, especialmente pp. 14-15. De hecho, el excurso autobiográfico del historiador lo entiendo más como obligación que como «llibertat».

12 Como es el caso actual de la identidad española en el País Vasco y Cataluña: Fernando MOLINA y Alejandro QUIROGA, «Whitered Tulips. Spanish Identities in Catalonia and the Basque Country, 1978-2014», en *Workshop "Nationalisms in Spain"*, CIDOB, Barcelona, 25-26 de septiembre, 2014, pendiente de publicación.

Hasta escribir biografía, lo que sabía acerca de la relación entre el individuo y la nación era, por un lado, lo que me proporcionaba la experiencia personal, la propia como la ajena. Desde la adolescencia he visto conversiones fervorosas al nacionalismo en personas que nunca habían manifestado particular interés por este fenómeno. Habitualmente mediaban en ellas motivos variados: relaciones afectivas con «patriotas» militantes o competir por un puesto laboral que requería mostrar convicciones patrióticas. En ambos casos era requisito ineludible el exhibir la lengua local, que en mi país de origen adquiere un prestigio casi místico y cuyo aprendizaje tiende a convertirse en una tarea titánica, a la que se dota de tintes épicos. Pero dado que las experiencias personales no son nunca fiables, siempre abrigué mayor confianza en lo que leía a sociólogos, politólogos, antropólogos, psicólogos sociales, historiadores, filólogos o filósofos. No en vano me pasé años de doctorado leyendo a un ritmo admirable —que ahora no puedo mantener— teoría social e historiografía del nacionalismo.

Sin embargo, fue la experiencia de biógrafo la que me confirió un conocimiento más detallado acerca de la nación. Existen tres esferas en cuyo marco los individuos «consumen» la nación como narrativa de identidad: la pública (educación, opinión pública, Administración); la semipública (partidos políticos, sindicatos, asociaciones culturales, deportivas o religiosas); y la privada (familia, amistades, paisaje local, etc.). Estas esferas interactúan con otras «esferas de afecto» del individuo (género, religión, región, localidad, sexualidad, etnia) y todo ello contribuye a formar la identidad nacional[13]. En la biografía que dediqué a José María Arizmendiarrieta tuve la ocasión de percibir la condición cambiante de la experiencia personal de la nación. Este sacerdote se convirtió en el fundador de una de las empresas cooperativas industriales más importantes a nivel internacional y pasó de ser un activo militante del nacionalismo vasco a volcarse en una acción social autónoma de registro patriótico alguno. Tuve la oportunidad de contemplar estos cambios en el espacio público pero también en el privado, que es el que permite definir el contexto de oportunidad que tienen determinadas manifestaciones de afecto —o su retirada— en el terreno público[14].

13 Alejandro QUIROGA, «La nacionalización en España. Una propuesta teórica», en *Ayer*, 90/2 (2013), pp. 24-36; F. MOLINA, «La nación desde abajo…», 2013, pp. 52-53. Ambos hemos propuesto un caso de estudio, el de la identidad española en Cataluña y el País Vasco, en «Whitered Tulips…», ob. cit.

14 Fernando MOLINA, *José María Arizmendiarrieta (1915-1976)*, Mondragón, Caja Laboral, 2005.

La biografía completa en el terreno privado del trabajo que el historiador del nacionalismo hace en las esferas públicas y semipúblicas. De ahí que sea el método de análisis más efectivo a la hora de mostrar trayectorias disconformes con el canon nacionalista, que fija una relación subordinada entre individuo y nación. La escritura biográfica puede contrastar, además, en el campo de la experiencia personal lo que la historiografía y la ciencia social llevan tiempo revelando: que el individuo igual que cambia de afectos a lo largo de la vida, cambia —o puede cambiar— de nación, o bien dotarle de variados significados vinculados a su absorción de diferentes culturas políticas e ideologías. Escribir biografía, en fin, permite mejorar nuestro conocimiento acerca de cómo el individuo adopta la nación como narrativa personal y la incorpora a su universo de experiencias en el espacio público y privado[15].

La reconstrucción de la trayectoria vital de Mario Onaindia ha sido mi intento más reciente por ilustrar esta contemplación personalizada de la identidad nacional. Este político e intelectual, nacido en 1948, acumuló un extraordinario registro de disidencias patrióticas, que lo convertían en altamente seductor para el propósito que abrigaba la investigación que le dediqué[16]. Había nacido en una familia de militantes del PNV y formó parte de la primera generación de militantes de ETA, una organización antifranquista de ideología revolucionaria e izquierdista, que apostó por una refundación en clave secular y violenta del nacionalismo vasco. Fue apresado por la policía franquista, torturado y condenado a muerte en el «Juicio de Burgos», un proceso militar que tuvo lugar en 1970 y que generó una gran polémica a nivel internacional, favoreciendo el resurgimiento de este nacionalismo.

En ese juicio protagonizó uno de los sucesos claves del imaginario patriótico vasco cuando se puso a cantar un himno ante el tribunal militar que lo juzgaba, confiriendo al acto un contenido épico que alcanzó, en el espacio público de la época, caracteres de epopeya. En 1976 fue

15 Fernando MOLINA y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, «Identidad nacional, heterodoxia y biografía», en F. MOLINA y X. M. NÚÑEZ. (eds.), *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*, Granada, Comares, 2011, pp. 1-19; F. MOLINA, «La nación desde abajo…», 2013, pp. 57-61. Nuevos trabajos recientes han reafirmado este planteamiento, en su caso al tratar la nación como canal mediador de las transformaciones ideológicas: Steven FORTI, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*, Santiago de Compostela, USC, 2014.

16 F. MOLINA, «La nación desde abajo…», 2013, pp. 54-61.

liberado por el Gobierno postfranquista de Adolfo Suárez junto a sus compañeros de condena y, tras refugiarse en Bélgica y reunirse, en el País Vasco francés, con militantes o simpatizantes de las dos fracciones armadas que componían la ETA de entonces, regresó al País Vasco español. Allí colaboró en la fundación de un partido nacionalista de corte marxista-leninista llamado *Euskal Iraultzarako Alderdia* que terminó reformulado como coalición política denominada *Euskadiko Ezkerra* (EE), de corte ideológico más moderado y planteamientos nacionalistas más tacticistas. Dos décadas más tarde pilotó su unión con la sección vasca del Partido Socialista Obrero Español (PSE-EE)[17]. Falleció en 2003, víctima de un cáncer.

Su biografía pública es extraordinaria. En su vida fue, además de político, escritor de ensayos, novelas, cómics, obras de teatro y cuentos infantiles; traductor de textos políticos y filosóficos al euskera; teórico del cine, productor cinematográfico e historiador. Desde mediados de los años sesenta hasta principios de los setenta fue, por orden consecutivo, seminarista católico, militante del Partido Nacionalista Vasco, simpatizante de Comisiones Obreras de Euskadi —organización de ideología comunista— y, finalmente, aprendiz de guerrillero en ETA, tiempo en que adoptó un posicionamiento revolucionario de signo marxista-leninista. Se distanció de esta organización en los primeros años 70. Abandonó el marxismo-leninismo dogmático a mediados de esa década, adoptando un posicionamiento político socialdemócrata, en los 80, progresivamente teñido de un liberalismo libertario de corte anglosajón. En los 90, de forma coincidente con este cambio ideológico, abandonó la identidad uninacional vasca para adoptar otra que integraba referentes de signo españolista.

En sus últimos años de vida buscó en España la tradición cívica que el País Vasco precisaba para ser una auténtica comunidad nacional. Esta evolución intelectual y sentimental desde el nacionalismo etnicista vasco a un nacionalismo vasco-español cívico y pluralista, que él calificó como «posnacionalismo», le convirtió en un feroz crítico del primero, especialmente debido a sus posiciones equidistantes con el fenómeno de la violencia terrorista. Este posicionamiento se incrementó en la medida en que ETA comenzó a asesinar a políticos e intelectuales, muchos de ellos amigos y colaboradores en sus empresas políticas, lo que le llevó a

17 Gaizka FERNÁNDEZ, *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Madrid, Tecnos, 2013.

ser amenazado por esta organización terrorista. De ahí que teorizara sobre las víctimas del terrorismo, su simbolismo patriótico y el papel que todo esto debía tener en el nuevo imaginario nacional vasco-español[18].

Escritura biográfica y nación

Estudiar esta trayectoria patriótica me permitió profundizar en la esfera privada de la nacionalización y en cómo interactúa la identidad personal con la nación. De hecho, su trayectoria en este terreno permite incorporar al análisis biográfico una categoría como es la «renacionalización». Esta hace referencia a que los procesos sociales de nacionalización son dinámicos, y que en ellos interactúa la nación con otras identidades políticas, religiosas, regionales, sociales, etc. Las sociedades nacionalizadas no heredan la nación como un identificador dado sino que la van adaptando a los diferentes contextos históricos, influjos ideológicos y, en general, al cambio social. Así, de igual manera que la sociedad nacionalizada en el siglo XIX siguió «renacionalizándose» en ese mismo siglo y después, lo mismo ocurre con el individuo, cuya nacionalización temprana, en la niñez o adolescencia, no evita que esta pueda ser reinterpretada en su madurez desde nuevos parámetros ideológico-políticos o, incluso, desde otro referente nacional sustitutivo o complementario de aquel que había abrazado[19].

La estrategia clásica que han seguido hasta la fecha los historiadores ha sido analizar cómo los individuos ceden su identidad personal a una narrativa común acerca de lo que son como nación. El estudio histórico del nacionalismo se ha centrado en la forma en que una serie de elites intelectuales o políticas han difundido un canon narrativo nacional que impele a actuar de forma colectiva. O bien, de forma más novedosa, ha abordado también cómo este universo de discursos y acciones colectivas, muchas de ellas gestionadas institucionalmente, es recogido «desde abajo» por los individuos, en forma de manifestaciones más o menos espontáneas o autónomas de la acción institucional. En todo caso, el espacio de análisis se ha centrado en las esferas pública o semipública. Esto es lo que encontramos en las obras más recientes

18 Fernando MOLINA, «Mario Onaindia: la nación o la libertad», en X. M. NÚÑEZ y F. MOLINA (eds.), *Los heterodoxos de la patria…*, 2011, pp. 285-308; y *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

19 A. QUIROGA, «La nacionalización en España…», 2013, pp. 29-30.

que se han editado sobre este asunto en la España contemporánea, muy centradas, además, en la nación de referente estatal[20].

Una vía complementaria a esta aproximación propia de la historia social o política es la que proporciona la escritura biográfica. Esta, por su necesidad de singularizar el sujeto histórico, permite contemplar aquello que aquella tiende a ignorar: cómo la nación es ubicada en el terreno más íntimo, de qué forma es asimilada como narrativa personal arreglo al cambiante horizonte de experiencias y expectativas personales; qué símbolos, mitos, afectos, ideologías y comportamientos políticos o sociales intervienen en esa conversión de la nación en narrativa del yo y cómo este marco social puede variar con el paso del tiempo. A esta personificación de la nación, o de nacionalización del yo, se le ha llamado «nacionalismo personal». Aborda la «mutua implicación» que tiene lugar entre nación e individuo, de forma autónoma a un discurso nacionalista que busca «colectivizar» esta experiencia, restándole los componentes específicos de cada trayectoria personal[21].

Y es que la biografía permite comprender la nación como un hecho personal tanto o más que social. La historiografía reciente sobre el nacionalismo y la nacionalización en España refleja que la nacionalización no solo fue impulsada por la acción de fuerzas externas al individuo (el Estado, movimientos nacionalistas subestatales) sino por la necesidad que este tenía de dotarse de significado en el espacio público[22]. Y esta necesidad puede evaluarse en el terreno personal. Para ello es conveniente interpretar la nación como un acto de comunicación entre individuo y colectivo que permite «imaginarla».

Esta comunicación, mayoritariamente narrativa, debe ser convertida en historias, en relatos, que se componen mediante modos de tramar

20 Una enumeración y evaluación de estas obras en Francisco J. CASPISTEGUI, «La nacionalización de las masas y la historia del nacionalismo español», en *Ayer*, 94 /2 (2014), pp. 257-270, especialmente pp. 265-266.

21 Anthony P. COHEN, *Self Consciousness. An alternative anthropology of identity*, Londres, Routledge, 1994, pp. 156-157; y «Personal nationalism: a Scottish view of some rites, rights, and wrongs», en *American Ethnologist*, 23/4 (1996), pp. 802-815.

22 Un caso expresivo es el de la conversión de las mujeres en «españolas» mediante cauces informales de nacionalización hasta, cuanto menos, los años 30 del siglo XX: Inmaculada BLASCO, «Mujeres y nación: ser españolas en el siglo XX», en J. MORENO y X. M. NÚÑEZ (eds.), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013, pp. 165-206.

que aluden a modelos (la tragedia, la épica) y tropos (la sinécdoque, la metonimia) clásicos. El individuo tiene capacidad de negociación en esa comunicación que entabla en el espacio público. Puede escoger la nación en un momento o coyuntura dados, mediante un cálculo intuitivo de costes y beneficios, adoptándola como narrativa de sentido, reforzando unos referentes (la familia, la tradición, la memoria) y descartando otros (los mensajes que recibe del espacio público en sociedades dictatoriales, por ejemplo). Esta elección no es nunca completamente racional y libre. Puede llegar a ser escogida pero también tiende a ser recibida en función de un marco social fijado por el entorno familiar y local; la filiación política e ideológica; las experiencias de socialización educativa, deportiva, cultural y profesional; las amistades y vínculos sentimentales; así otras «esferas de afecto» que interactúan con ella[23].

Esta «experiencia de nación» es una experiencia de apropiación narrativa de la nación como identidad personal que puede ser abordada por la escritura biográfica[24]. Timothy Snyder lo mostró en su biografía de Wilhem Von Habsburg, *El Príncipe Rojo*. Este archiduque de la casa Habsburgo nació austriaco, fue criado para ser rey polaco y finalmente eligió ser ucraniano y aspiró a formar una casa real ucraniana en el contexto de la Europa de entreguerras. En este trabajo Snyder habla explícitamente de un acto de «elección» de la nación por su biografiado (y por otros familiares como su hermano Albrecht, en este caso en favor de la nación polaca) en el marco de un proceso de nacionalización familiar y de construcción del yo en el que se intercala la competición con el hermano, el conflicto con el padre y la inserción de la nación en otras «esferas de afecto» de signo sexual, territorial, etno-familiar, religioso, etc.[25]

Si la nación se elige también se puede cambiar. Su condición de referente de identidad no es esencial, por mucho que el discurso naciona-

23 F. MOLINA, «La nación desde abajo…», 2013, pp. 54-56; F. MOLINA y A. QUIROGA, «Whitered Tulips…», ob. cit. El concepto de «esferas de afecto» en Martha C. NUSSBAUM, *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y «ciudadanía mundial»*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 19-20; así como en la colaboración de Michael WALZER en dicha publicación, en pp. 153-155.

24 Ferrán ARCHILÉS, «Lenguajes de nación. Las "experiencias de nación" y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate», en *Ayer*, 90/3 (2013), pp. 91-114.

25 Timothy SNYDER, *The Red Prince. The Secret Lives of a Habsburg Archduke*, Nueva York, Basic Books, 2008.

lista le atribuya este carácter. Es una más de las «esferas de afecto» que dotan de sentido al individuo y puede modularse, anularse e, incluso, ser sustituida. Una obra reciente muy sugestiva se inspira en la teoría de las «pasarelas ideológicas» para reflexionar sobre el fenómeno del cambio ideológico y político, especialmente el que determinó el tránsito de militantes marxistas al fascismo en la Europa de entreguerras. Entre estas pasarelas se encontraría la nación, cuyo «peso» fue esencial en dicho tránsito biográfico entre extremismos ideológicos[26].

Con todo, en ese contexto histórico la nación tuvo un peso menor que en el periodo posterior, aquel que es propio a la biografía de Mario Onaindia. Antes de la Segunda Guerra Mundial coexistió en régimen, muchas veces, de subordinación con otras identidades y posicionamientos ideológicos (el catolicismo, el antiliberalismo, el racismo) que pudieron actuar de «pasarela» destinada a facilitar la «deriva» patriótica. En la España del primer tercio del siglo XX el catolicismo se configuró como pasarela privilegiada de ideologías e identidades nacionales o sociales, algo que explica el potencial político integrador del régimen de Franco[27].

Canon biográfico y patriótico

El caso de Mario Onaindia es prototípico en esta experiencia biográfica de transformación de la nación como identidad personal arreglo a una serie de pasarelas que, en su caso, podrían concretarse en el catolicismo

26 Steven FORTI, «Traidores, conformistas y apasionados de la política. Una nueva lectura de la Europa de Entreguerras entre biografía, análisis del lenguaje e historia política», en *Segle XX*, nº 6 (2013), pp. 152-154; y *El peso de la nación…*, 2014.

27 Un caso de anulación de la nación frente a la clase y la religión en F. MOLINA, *José María Arizmendiarrieta…*, 2005; un caso de deriva de la nación vasca a la española con regreso final a la vasca y recorrido, entre medias, de todos los extremos ideológicos de la época en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, «¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wilhem Faupel y los últimos de Berlín», en *Historia Social*, nº 51, 2005, pp. 21-47; un caso de deriva de la nación vasca a la española en Ludger MEES, «De discípulo de Sabino a hagiógrafo de Franco. La mutación permanente de Manuel Aznar Zubigaray», en X. M. NÚÑEZ y F. MOLINA (eds.), *Los heterodoxos de la patria…*, 2011, pp. 49-78; otra deriva similar, de la gallega a la española en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Granada, Comares, 2012. El catolicismo como «pasarela» de estos cambios biográficos en F. MOLINA, «La nación desde abajo…», 2013, pp. 57-61.

y el marxismo. Estas impulsaron una deriva ideológica desde el extremismo marxista-leninista hasta el reposado liberalismo socialdemócrata. Una fuente para constatar la mutación nacional que puede acompañar al tránsito ideológico es la autobiográfica. El testimonio autobiográfico dota de más pistas al biógrafo que, además de historiador de una vida, desea serlo del nacionalismo que subyace en ella. En el caso concreto de Mario Onaindia, las fuentes al respecto no se agotan en sus dos gruesos volúmenes autobiográficos sino que continúan en sus numerosos escritos ensayísticos, centrados en el problema de la violencia terrorista y el debate político en el País Vasco[28].

La escritura autobiográfica comunica un yo que siempre está en construcción, tanto cuando desea testimoniar su existencia en los giros que ha experimentado como cuando ese testimonio es reutilizado por un biógrafo. El «quién» nunca «está de una vez y para siempre, sino que es un proceso en construcción de carácter profundamente relacional que desborda la dicotomía entre lo individual y lo colectivo»[29]. La escritura del yo muestra, así, «el derecho y el poder para identificarse uno mismo seleccionando, descartando, modificando y preservando modelos de identidad religiosa, de género, política, étnica y nacional». Más allá de los «orígenes» que el espacio público asigna al individuo a través de la comunidad territorial, política, biológica o cultural en que es insertado desde el nacimiento, este tiene la capacidad para elegir su pertenencia. El testimonio autobiografico resulta una fuente muy útil a la hora de demostrar el control que el individuo ejerce sobre la identidad nacional[30].

28 Mario ONAINDIA, *El precio de la libertad. Memorias (1948-1977)*, Madrid, Espasa, 2001; y *El aventurero cuerdo. Memorias, 1977-1981*, Madrid, Espasa, 2004. Sus ensayos más autobiográficos son *Carta abierta sobre los perjuicios que ocasionan los prejuicios nacionalistas*, Barcelona, Península, 1993; *Guía para orientarse en el laberinto vasco. Edición revisada y ampliada*, Madrid, Temas de Hoy, 2003 [edición original de 2000]; y *La construcción de la nación española. Republicanismo y nacionalismo en la Ilustración*, Barcelona, Ediciones B, 2002. El título de este último trabajo es todo un testimonio de la «deriva» inclusiva que experimentó en su esfera nacional, de la negación de España a su adopción como referente de identidad. Dentro de su obra de ficción, su novela *Grande Place*, Madrid, Akal, 1985 (traducción al castellano del original en euskera, de 1983).

29 Isabel BURDIEL, «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», en *Ayer*, 93/1 (2014), pp. 66-67.

30 La cita en Julia KRISTEVA, *Nations without Nationalism*, Nueva York, Columbia University Press, 1993, pp. 15-16. En la misma línea, el citado debate entre Martha C. NUSSBAUM y Michael WALZER en torno a las «esferas de afecto» en

En los escritos de Mario Onaindia aparece la nación como una especie de «pasarela» biográfica en torno a la cual se han ido articulando las ideas, experiencias y expectativas políticas que fueron transformándose. La transformación de esta pasarela en una trayectoria biográfica cuestiona el discurso nacionalista, que se fundamenta en parámetros de estabilidad, continuidad y coherencia vital. Este canon ortodoxo es el que fijan la mayoría de las biografías históricas, especialmente las dedicadas a políticos, intelectuales y demás «patriotas». En estas trayectorias *ortodoxas* la nación se presenta como un proceso que se define en unos primeros estadios de infancia y juventud, se fija en la madurez y permanece después inamovible. En estas biografías o autobiografías la nación se convierte en una narrativa de sentido sustentada en los criterios uniformes, unitarios y totalizadores que le atribuye el discurso nacionalista. Los propios títulos de estas biografías o autobiografías tienden a reflejar este arquetipo narrativo subyacente[31].

Un ejemplo es la biografía de John Lewis Gaddis sobre George F. Kennan, diplomático y teórico de la política exterior norteamericana durante la Guerra Fría. Este trabajo, galardonado con el premio Pulitzer en 2012, contiene una contemplación muy subjetiva de este personaje histórico, inducida por la evolución ideológica (e historiográfica) de su

Los límites del patriotismo..., 1999, pp. 19-20 y 153-155. Steven V. HUNSAKER, *Autobiography and National Identity in the Americas*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1999, pp. 4-5, insiste en esta facultad de lo autobiográfico para subrayar la subjetividad de la nación. La facultad electiva de la nación que tiene el individuo y sus limitaciones en F. MOLINA, «La nación desde abajo…», 2013, pp. 55-56. Estas limitaciones, representadas en un «sistema narrativo de identidad» que incide en nuestras reelaboraciones del yo y nuestras identidades colectivas, y en el cual se ubicaría el discurso nacionalista, en Paul J. EAKIN, «The Economy of Narrative Identity», en A. BAGGERMAN, R. DEKKER y M. MASCUCH (eds.), *Controlling Time and Shaping the Self. Developments in Autobiographical Writing since the 16th Century*, Boston, Brill, pp. 231-243.

31 El caso de las biografías de nacionalistas vascos es sintomático: VV. AA.: *Leizaola, la lealtad del viejo roble*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1989; Aránzazu AMÉZAGA, *Manuel Irujo. Un hombre vasco*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 2004; Jean-Claude LARRONDE., *Luis Arana Goiri (1862-1951). Historia del nacionalismo vasco*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 2010. En ocasiones, el refugio en un relato factual tendrá como propósito «normalizar» la nación en tanto que identidad preexistente en la biografía. En el plano autobiográfico la casi totalidad de memorias de los prohombres del nacionalismo vasco se inscriben en este canon narrativo, caso de Carlos GARAIKOETXEA, *Euskadi: la transición inacabada. Memorias políticas*, Barcelona, Planeta, 2002; o de Koldo ORDOZGOITI, *El futuro nos pertenece. Memorias políticas del lehendakari Ibarretxe*, Irún, Alberdania, 2013.

biógrafo desde posiciones propias de un conservadurismo liberal a las filas de la facción más radicalizada (y, consiguientemente, nacionalista) del Partido Conservador, así como de ser cofundador de una nueva historiografía de la Guerra Fría post-revisionista a derivar a posiciones ortodoxas más clásicas. De forma que el historiador puede redactar una biografía como una sutil metanarrativa en la que inserta sus nuevas inquietudes ideológicas en el relato de vida que elabora. Así es como Gaddis termina emplazando a su personaje en una rotundidad y coherencia vital que encuentran su mejor símbolo en la identidad nacional a que alude el propio título de la obra[32].

La escritura de una vida puede conectar el canon biográfico tradicional —la representación de la vida como un todo coherente y ordenado, expresión unitaria de una intención casi primordial— y el nacionalista —la nación como un hecho preexistente al individuo, que se define en sus primeros estadios y permanece inalterable hasta su fallecimiento, apareciendo a lo largo de su vida de forma que dota a esta de coherencia y orden—. En esta práctica biográfica descansa el poso de un «modelo heroico» de biografía en el que el relato se dirige a subrayar la «grandeza» del personaje. La construcción biográfica de su «excepcionalidad» requerirá de narrativas ortodoxas de la identidad (nación, religión, familia, ideología, clase, etnia) que confieran coherencia a su trayectoria vital[33].

Esto no tiene sentido en una trayectoria «heterodoxa» como la de Mario Onaindia. El propio personaje fue consciente de tal dimensión. De ahí que pronto abandonara un modelo «heroico» de narración de la nación como identidad personal, que solo mantuvo en el tiempo de juventud en que abrazó con intensidad el nacionalismo y el extremismo ideológico. Luego, en la madurez, su relato autobiográfico se fue deshaciendo de cualquier sentido lineal y épico. La figura de la traición y la crítica del canon patriótico que la fija se convirtió en una de sus obsesiones[34].

32 John Lewis GADDIS, *George F. Kennan. An American Life*, Nueva York, The Penguin Press, 2011; Xabier FOLE, «John Lewis Gaddis: el historiador que surgió de la Guerra Fría», en *Fronterad*, 6 de septiembre de 2012; Lewis MENAND, «Getting Real: George F. Kennan's Cold War», en *The New Yorker*, 14 noviembre 2011.

33 I. BURDIEL, «Historia política y biografía…», 2014, pp. 63-66; F. MOLINA y X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Identidad nacional, heterodoxia…», 2011, pp. 9-10.

34 Esta evolución en F. MOLINA, *Mario Onaindia. Biografía…*, 2012. El ensayo autobiográfico en que mejor reflejó esta evolución es M. ONAINDIA, *Carta abierta*

En su esfuerzo por reflejar el carácter subjetivo de la nación Mario Onaindia intercala las dos grandes narrativas biográficas que inspira el nacionalismo. Por un lado, la de conversión; por el otro, la de transmisión. Ambas se integran en torno a una figura narrativa de ecos religiosos: la revelación. En el relato que hace de su vida todo nacionalista —o en el que hace un nacionalista de la vida de otro— existe un tiempo pasado en el que determinados incidentes tempranos con personas del entorno o traumas destapados por la memoria familiar actúan como clave reveladora de la nación. Esta revelación adquirirá mayor envergadura mística en el caso de que el individuo no pueda asociar esa nación a su tradición familiar la «transmisión», cosa muy común en nacionalismos como el vasco, que fue un movimiento político no hegemónico hasta finales de la década de 1970. La «conversión» patriótica, en este caso, siempre es presentada desde la contradicción: un retorno a una raíz étnica —normalmente simbolizada en la memoria, el paisaje y la cultura rural— que es negada por el relato biográfico. Esta variante «paulina» del relato biográfico de la nación estará inspirada en el oxímoron: la reivindicación de la patria ahí donde nunca existió —el todo revelado por la nada—[35].

Mario Onaindia no describe su experiencia de la nación desde este arquetipo paulino pues insiste en que la revelación de la patria tuvo como canal de «transmisión» la memoria familiar —simbolizada en la madre—. Incide en el referente del parentesco, sobrecargando las referencias acerca de la rama familiar paterna que actuó como canal de «transmisión» de la nación y difuminando la materna, en que la patria vasca tenía una presencia más reciente. Sin embargo, no por ello deshecha el componente místico que tiene la figura paulina de la «con-

sobre los perjuicios…, 1993. El canon nacionalista vasco en Gaizka FERNÁNDEZ, «El precio de pasarse al enemigo. ETA, el nacionalismo vasco radical y la figura del traidor», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 35 (2013), pp. 89-110. La representación de Onaindia como traidor se intensificó cuando pilotó, junto al dirigente socialista Ramón Jauregui, la unión de su partido originariamente nacionalista vasco (Euskadiko Ezkerra) con el «españolista» Partido Socialista de Euskadi: G. FERNÁNDEZ, *Héroes, heterodoxos…*, 2013, pp. 372-430.

35 F. MOLINA y X. M. NÚÑEZ SEIXAS, «Identidad nacional, heterodoxia…», 2011, pp. 12-13. La experiencia «paulina» en las autobiografías y biografías de los nuevos nacionalistas vascos de la generación de Mario Onaindia en Santiago GONZÁLEZ, «Un país lleno de Saulos (versión euskaldun)», entrada del blog de 1 de abril de 2010, localizable en http://www.elmundo.es/blogs/elmundo/elblogdesantiagogonzalez/2010/04/01/un-pais-lleno-de-saulos-version.html

versión», por cuanto la «transmisión» de la nación en el tiempo de su infancia no tuvo gran incidencia en él hasta que no derivó en una experiencia adolescente que fue contemporánea a la extinción de la fe religiosa y tuvo como referente simbólico el padre —y su memoria de humillación durante la Guerra Civil—. Madre y padre serán, así, los símbolos familiares que canalizarán las dos tramas que conectan en su obra autobiografía y nación[36].

En una u otra trama la nación siempre será despertada, como en la metáfora clásica de la «Bella Durmiente» a la que Ernest Gellner apeló en su descripción de cómo el nacionalismo cuenta la perennidad de la nación. En 1993, Onaindia escribió una *Carta sobre los perjuicios que acarrean los prejuicios nacionalistas*. Se inspiraba en «vivencias y reflexiones» acerca de la nación que pudieran favorecer que «quien me lea, al reconocerse un poco en los disparates ajenos, sea más escéptico sobre los que defienden los ardores patrióticos para marginar a los demás»[37]. Jon Juaristi, amigo con quien mantuvo un fructífero intercambio intelectual, reformuló pocos años después su intuición de que la escritura biográfica es esencial en cualquier pulso intelectual que se busque tener con el nacionalismo: «En rigor, el núcleo del discurso nacionalista es inmune a la crítica porque se trata de una *historia*, no una argumentación: una historia que prolifera, que vive en variantes, que se multiplica en historias generacionales y, sobre todo, individuales: en biografías, es decir, en *historias de nacionalistas*». El nacionalismo funciona como un compendio de «historias de vida» que proporcionan «la ilusión de que es posible volver a los orígenes, caer en la melancolía de la comunidad». Historias inspiradas en un arquetipo biográfico fundado en la sublimación épico-trágica de la experiencia individual[38].

Y esta apuesta por la escritura biográfica como instrumento de crítica del nacionalismo resultaba coherente con una trayectoria pública como la de Mario Onaindia. Si la nación era una materia personal, lo único que podía hacer era mostrar su experiencia heterodoxa con ella. Y, así, advertir que era una experiencia individual antes que colectiva:

36 La experiencia mística de la nación en su infancia y adolescencia, de acuerdo a la figura central de la «revelación nacional», en F. MOLINA, *Mario Onaindia. Biografía…*, 2012, pp. 43-67.

37 M. ONAINDIA *Carta abierta sobre los perjuicios…*, 1993, pp. 9-10.

38 Jon JUARISTI, *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa, 1997, pp. 18-20, 27-28 y 31.

«Para el nacionalista, efectivamente, la posesión de una patria o la pertenencia a una nación es algo de la misma naturaleza que ser miembro de una familia y, por tanto, se vive con la misma intensidad e idéntica emoción. *A mí me lo vas a decir*». Como antiguo *creyente* ahora *descreído* era capaz de adelantarse a la argumentación tópica del nacionalista: «es lógico que más de uno piense que ese sentimiento espontáneo hacia la patria no es algo 'artificial o histórico' motivado por la 'sucia' política, sino natural y de siempre» como «el amor a los padres [...] [o] una experiencia religiosa [...] [con lo que] se llega a sentir que los montes o los mares que rodean la patria son los que provocan esos sentimientos». Y, tras formalizar el argumento naturalista, lo rebatía, reduciéndolo a su sustrato irracional: «Sin embargo, deberías hacerte varias preguntas: ¿por qué, si el patriotismo es tan espontáneo como el amor a los padres o a los hijos, los vascos hemos tardado tanto en sentirlo? ¿Cómo es posible que hayamos vivido más de dieciséis mil años [...] sin que despertaran nuestros ardores patrióticos [...]? [...] El cálido, profundo y espontáneo amor que sentimos hacia nuestros compatriotas y hacia nuestro país, también tiene su propia historia [...]. Que un sentimiento se viva como natural no significa que no haya surgido en una determinada época histórica y por unas causas y condicionamientos muy concretos [...]. Es fruto de unas determinadas condiciones históricas. Como cualquier sentimiento, claro»[39].

Esta crítica del nacionalismo se vio acompañada de un primer intento por dotar de sentido al conjunto de su vida. Todo escritor escribe su vida con la mente del lector que va a acceder a esa historia[40]. Es por ello que el ejercicio autobiográfico privilegia una narración lineal que busca en el pasado el origen de las preferencias que su autor tiene en el presente, tratando de fijar una coherencia entre ambos tiempos. La vida es, entonces, interpretada como un camino hacia el punto en que se encuentra en el momento de escribirla, de acuerdo al orden lógico (cronológico) del relato. Esto es una «ilusión» que lector y narrador convienen en aceptar pues «lo real es discontinuo» y está «formado por elementos

39 M. ONAINDIA *Carta abierta sobre los perjuicios...*, 1993, pp. 17-23. Es curioso que su amigo publicara, años después, una «carta al padre», de ecos similares: Jon JUARISTI, *La tribu atribulada. El nacionalismo vasco explicado a mi padre*, Madrid, Espasa, 2002. Más que una mutua inspiración entre uno y otro, lo que entiendo que hay es un intercambio de reflexiones y una conexión de onda entre ambos autores, dada la intimidad intelectual que habían fraguado en los años 80.

40 S. V. HUNSAKER, *Autobiography and...*, 1999, 4.

yuxtapuestos sin razón». Este acuerdo entre lector y narrador queda consignado por un «pacto autobiográfico»[41].

En su primer volumen de memorias Mario Onaindia formalizó este pacto al convertir su vida en un relato lineal centrado en la búsqueda de la libertad. En la reedición de este libro, dos años después, elaboró un sugerente ejercicio de introspección biográfica, subrayando lo vano de pretender encontrar una verdad absoluta en el pasado que confiera linealidad a una vida. Definió su autobiografía como «una síntesis [...] entre la vida, la literatura y la teoría» construida mediante «estructuras de relato [...] que están al servicio de la creación de un mundo coherente, solo porque únicamente este es capaz de despertar sentimientos en el lector»[42]. El hecho de que estuviera por entonces amenazado de muerte por ETA coloca su pretensión en un planteamiento de linealidad hecho a la medida del *después*. Seleccionó un valor esencial en su concepción presente de sí mismo (la libertad) y centró su evocación en él, con el fin de «conmover al lector» e invitarle a acompañarle «por las experiencias [biográficas] narradas» con el fin de hacerle «revivir […] sus propias experiencias religiosas, políticas y sentimentales a fin de conocer cuál ha sido el precio pagado para alcanzar su libertad»[43].

Dos años después, en el siguiente volumen de memorias, puso finalmente en cuestión esta linealidad, y, con ella, la trama biográfica que había formalizado y su propósito didáctico: «En mi anterior libro de memorias escribí que durante toda mi vida, desde que ingresé en ETA hasta ahora, me he guiado por la idea de la búsqueda de la libertad. Me gustaría que fuera así, pero […] muchas veces es el presente y el futuro lo que da sentido al pasado»[44]. En esta reflexión biográfica se revela un «yo consciente» capaz de «discutir y criticar los libretos o discursos culturales» inscritos en su percepción pasada de la identidad[45].

41 Pierre BOURDIEU, «La ilusión biográfica», en *Razones prácticas*, Madrid, Anagrama, 1997, pp. 74-83; Philippe LEJEUNE, *El pacto autobiográfico*, Madrid, Endymion, 1994.

42 M. ONAINDIA, *El precio de la libertad…*, 2001, p. 633.

43 Ibíd., pp. 633-634.

44 M. ONAINDIA, *El aventurero cuerdo…*, 2004, p. 400.

45 Me inspiro en William HIRST y David MANIER, «Remembering as comunication: a family recounts its past», en D. C. RUBIN (ed.), *Remembering our past. Studies in autobiographical memory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 285-288, Anna GREEN, «Individual Memory and "Collective Memory": Theoretical Presuppositions and Contemporary Debates», en *Oral History*, 32:2 (2004), p. 37.

Al reconocer el carácter ilusorio de su narración autobiográfica, Mario Onaindia permite que el historiador pueda reconocer que el «pacto autobiográfico» que con su biografiado formula es honesto, pues el relato que le cuenta también lo es en la subjetividad que asume. Este primer pacto valida un segundo que une al historiador biógrafo con su público lector. Se trata de «un pacto historiográfico» en el que aquel asume que su oficio no está dirigido a «niños» que ansían oír «un relato en el que siempre gane el bueno» sino a adultos que aspiran a saber «cómo ocurrieron en realidad las cosas» en su complejidad inherente[46].

El consumidor de biografías canónicas rehúye este último pacto pues lo que desea es que el pasado le confirme su fe en la nación a través del arquetipo biográfico. Los historiadores que sirven a este mercado son «historiadores de guardería» que tampoco suscriben este pacto pues se dirigen a un público que se refugia en la seducción infantil del relato de la nación[47]. La biografía que Onaindia perfila en sus escritos es más enriquecedora que las que se sostienen sobre el patrón primordial nacionalista, porque este no redunda sino en un sometimiento de la escritura biográfica a la ilusión de un continuo vital simbolizado en la nación. Esta se convierte en el recurso narrativo con el que incorporar los dos modelos que se derivan de la «ilusión biográfica»: el *genético*, «que presupone un encuadramiento continuo de las cosas de manera análoga al crecimiento de la vida humana»; y el *esencialista*, en el que «la coherencia de una existencia es […] organizada linealmente en torno a una esencia, al estilo de la hagiografía»[48]. De esta forma se produce una retroalimentación entre escritura biográfica y narrativa nacionalista: la nación refuerza la «ilusión biográfica» y esta dota de sentido a la ilusión primordial de la nación, simbolizada en arquetípicas «figuras profundas» (perennidad, parentesco, sacrificio, trascendencia)[49].

46 Santos JULIÁ, *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011, p. 230.

47 Fernando MOLINA y José A. PÉREZ, «Introducción. La insorportable levedad de la nación en la historia vasca», en F. MOLINA y J. A. PÉREZ (eds.), *El peso de la identidad…*, 2015 (en prensa).

48 François DOSSE, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Valencia, PUV, 2007, p. 210.

49 El análisis clásico de estos componentes, sustancialmente de la trascendencia y la eternidad, en Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993. Una reflexión reciente que alude a figuras narrativas «profundas» que tienen que ver con hechos biográficos (nacimiento/muerte, amor/odio, sexualidad/reproducción), que el

Violencia y autobiografía

La evocación de la nación que hace Mario Onaindia no puede entenderse de forma adecuada si se separa del fenómeno de la violencia política. La nación se fundamenta en una creencia compartida que debe ser capaz de movilizar y generar adhesión. Las naciones son «comunidades que hacen cosas juntas, toman decisiones, logran resultados, sin fin»[50]. Y lo que más hicieron juntos los vascos de los años 70, 80 y 90 fue agredir y matar, ser agredidos y matados o tratar de separarse de ambos escenarios. Y Onaindia pasó, en esas décadas, de lo primero a lo segundo, de matar (o coadyuvar en ello) a ser amenazado de muerte. Fue, pues, el abordaje de la violencia política el que le impulsó a replantear el peso de lo nacional, dada la íntima ligazón entre ambos fenómenos en el País Vasco.

Su pérdida de la fe en la nación vasca ocurrió en un punto difuso entre finales de la década de los 70 y comienzos de la siguiente. Puede simbolizarse en la presentación que hizo, en 1983, de la primera edición, en euskera, de su novela *Grande Place*. En ella presenta un terrorista de ETA al que le piden que siga en la cárcel y rechace el indulto para que su ejemplo de martirio alimente la lucha popular de los patriotas. Es exactamente lo que las ETAs de 1976, entusiasmadas por las movilizaciones a favor de la «amnistía» que estaban teniendo lugar en el País Vasco, pidieron a los presos por el Juicio de Burgos sin delitos de sangre a los que el Gobierno posfranquista de Adolfo Suárez había ofrecido una salida discreta de la cárcel. En la novela, el preso abandona la cárcel, pasando de ser un mártir de la patria a ser un traidor a esta. Tal había sido la experiencia personal de su autor. En la presentación de esta novela acudió a James Joyce y advirtió del peligro de que Euskadi terminara convirtiéndose en la Irlanda de aquel: «una cerda que se come a sus hijos»[51].

Su inspiración en Joyce refleja su alineamiento progresivo con un eje de identidad «no nacionalista», que mejor podríamos calificar como

nacionalismo codifica y simboliza en la nación, en Alberto M. BANTI, *La nazione del Risorgimento. Parentela, santità e onore alle origini dell'Italia unita*, Turín, Einaudi, 2000; y *Sublime madre nostra. La nazione italiana del Risorgimento al fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2011.

50 David MILLER, *On Nationality*, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 22-26.

51 F. MOLINA, *Mario Onaindia. Biografía…*, 2012, pp. 162-165.

«posnacionalista»[52]. Su crítica a la violencia terrorista fue total a partir de los años ochenta y estuvo muy vinculada a su replanteamiento del canon biográfico-patriótico. Pero le costó más evaluar de acuerdo a esto último su participación en los orígenes de esa violencia en tanto que miembro de la primera generación de militantes de ETA. Su evocación autobiográfica de esos años refleja su intento por «poner a salvo su alma», algo común a la mayoría de sus compañeros de generación: «Para cada uno de ellos, ETA había sido una honrada organización revolucionaria, democrática y antifranquista, todo a la vez, hasta el momento en que [cada uno] decidió abandonarla. La memoria de la ETA del franquismo estaba totalmente distorsionada en aras a la tranquilidad de conciencia de sus antiguos miembros»[53].

El periodista Andoni Unzalu al evocar, años después, la novela catártica de Mario, subrayó la dificultad que tenía abordar mediante materiales autobiográficos la implicación personal en la violencia: «toda aproximación narrativa al mundo terrorista de ETA impone al autor una serie de problemas especiales y de difícil resolución. Tiene la fuerte tentación de hacer un relato neutro, meramente descriptivo, aunque el objetivo último sea una crítica a la totalidad. El peligro está en que este relato neutro muy fácilmente se convierte, en realidad, en una especie de explicación o de autojustificación. Porque, la verdad, ¿cómo podemos decir de forma cruda: fuimos unos asesinos? […] El mayor problema que tenemos hoy los vascos no es la desaparición de ETA […]. El problema que se nos plantea es cómo vamos a contarlo»[54].

Este es el problema central que aqueja al debate público en el País Vasco. Cómo contar el pasado, cómo contar la violencia atroz que se practicó en nombre de la nación, cómo determinar quiénes fueron víctimas, quiénes verdugos y quiénes «espectadores indiferentes». Mario resolvió este problema de forma más tardía que el de cómo contar la nación, pues hubo de abordar esto segundo para ver como solventaba lo primero. La violencia venía determinada por la nación, había sido ejercida en su nombre, se arropaba en su imaginario, sus símbolos, mitos y narrativas de sentido. Solo cuestionando el canon nacionalista y, consiguientemente, el arquetipo biográfico que este definía, pudo afrontar

52 Juan Pablo FUSI, *Identidades proscritas. El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas*, Barcelona, Seix Barral, 2006.

53 Jon JUARISTI, *Cambio de destino. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 2006, p. 363.

54 Andoni UNZALU, «Releer *Grande Place*», en *El Correo*, 16 de noviembre de 2007.

el reto de separar el relato de su vida de cualquier anhelo por «salvar el alma». Así pudo abandonar su último mito biográfico, el de haber militado, durante la dictadura, en una «ETA buena».

La idealización de la ETA del franquismo, aún presente de forma matizada en su primer volumen de memorias, de 2001, desaparece en su segundo volumen, de 2003, de la mano de una crítica feroz de la calidad cívica del nacionalismo vasco que había abrazado en su vida pasada. Afrontó en primera persona, en este volumen póstumo, su responsabilidad en la génesis de una práctica de la violencia sectaria que hasta entonces había hurtado a su evocación biográfica. En su patriotismo del pasado había faltado la piedad con el prójimo, denunció, por lo que este difícilmente había podido impulsarle a la conquista de «libertad» alguna, como había pretendido en su volumen de memorias primero. No merecía la pena tratar de reconstruir un pasado idealizado al servicio del presente. Era más instructivo mostrar cómo había buscado, a lo largo de la vida, referentes de sentido, algunos de ellos letales para la convivencia ciudadana. Esta búsqueda le había llevado a la tolerancia, a la comprensión del otro y a una idea de nación diferente que encauzara estos nuevos valores cívicos. Tal era la lección que él tomaba de su pasado: «En mi anterior libro de memorias escribí que durante toda mi vida, desde que ingresé en ETA hasta ahora, me he guiado por la idea de la búsqueda de la libertad. Me gustaría que fuera así, pero […] muchas veces es el presente y el futuro lo que da sentido al pasado»[55].

«Un ensayo sobre los problemas del País Vasco, escrito por un intelectual vasco entre los cuarenta y los cincuenta, [tiene] mucho de fascinante limpieza de fondos autobiográficos, de reflexión histórica nada complaciente sobre un pasado nimbado de mitos o de ignorancia y, al cabo, de desenmascaramiento de aquello que la rutina mental de la izquierda —más narcisistamente fiel a sí misma— tenía todavía como progresismo revolucionario hasta hace bien poco». Esta reflexión de José Carlos Mainer es la que comparte un compañero de generación de Onaindia: «Lo que caracteriza a los escritores vascos con los que yo he estado polemizando durante la última década es que cada cinco años se han reinventado a sí mismos a base de adquirir una nueva identidad sucesiva. […] Nada demuestra tanto la condición de 'posmodernidad' que asedia a estos autores como el hecho de que cada década puedan ir al

55 M. ONAINDIA, *El aventurero cuerdo…*, 2004, p. 400.

mercado de las opciones posibles y cambiarse un par de veces de afiliación e identidad políticas»[56]. En este ejercicio de revisión autobiográfica aparece de forma reiterada el fenómeno de la violencia y el nacionalismo. Reinventarse como individuo y como patriota significa afrontar la violencia política atroz con la que se convivió. Implica, en fin, volver a representar, de acuerdo a las sensibilidades del presente, un «teatro» en el que «el asesino físico, material era sólo el personaje principal» y en el que «participamos muchos otros personajes secundarios»[57].

Al llegar a esa madurez a la que se refería una de las citas pasadas, Mario Onaindia también sintió la necesidad de limpiar su «fondo autobiográfico», como tantos de sus compañeros (amigos y enemigos) de generación, reconvertidos en prestigiosos antropólogos, sociólogos, historiadores, políticos, decanos de universidad o periodistas. El terrorismo que habían abrazado en los sesenta y habían disculpado en los setenta e, incluso, los ochenta representó para todos un estigma biográfico. Muchos se vieron impelidos a cambiar el relato de vida y, en ocasiones, su consideración de la patria, para lo que tuvieron, como fue el caso de Mario, que reconsiderar su participación en ese «teatro». Con ocasión de la declaración de alto el fuego de 1998 por ETA, escribió. «Para nuestra generación, que anduvo por ETA y sus aledaños durante los años sesenta, la paz y la normalización política se han convertido en nuestra obsesión, en un asunto personal, como si tuviéramos una responsabilidad directa en lo que se ha convertido ETA durante la democracia»[58].

Conclusión

La vida de Mario Onaindia es un reflejo del carácter subjetivo de la nación, de su condición de identidad sujeta a transformación de acuerdo al cambio biográfico. Es, aún más, un reflejo de que *nación* y *yo* son dos entidades interconectadas, de forma que sus narrativas se entrecruzan, con lo que hay un terreno autónomo muy amplio en que el yo gestiona

56 José Carlos MAINER, «El peso de la memoria. De la imposibilidad del heroísmo en el fin de siglo», en D. A. CUSATO *et al*. (eds.). *Letteratura della Memoria. Atti del XXI Convegno dell'Associazione Ispanisti Italiani,* vol. I, Messina, Andrea Lippolis Editore, 2002, pp. 31-32; Joseba ZULAIKA, «Confesiones de un étnico recalcitrante», en *Revista de Antropología Social*, nº 11, 2002, p. 244.

57 A. UNZALU, «Releer *Grande Place*»…, 2007.

58 M. ONAINDIA, *Guía para orientarse…*, 2003, p. 245.

la nación más allá de la ambición que el discurso nacionalista tiene por controlar dicha gestión de acuerdo a cánones narrativos.

El peso de lo autobiográfico en la reflexión política y patriótica de este escritor y político vasco es tal que es dudoso que pueda separarse su reflexión patriótica de la biográfica, el relato de la nación del relato del yo. Al desembarazarse del arquetipo biográfico y nacionalista, Mario Onaindia emplazó el yo en el centro del relato de la nación. El discurso nacionalista sostiene que esta es una fuerza de la naturaleza, inmanente, telúrica y metafísica, eterna y trascendente que subsume al individuo. Su escritura biográfica, libre de predeterminaciones canónicas, refleja lo contrario: que la nación constituye una aparatosa metonimia del yo. Personalizar la nación implica adoptarla como referente biográfico —al abordar asuntos como el parentesco, las emociones, las creencias, las ideas políticas, la participación en el espacio público— y convertirla (o no) en demostración de que esa vida ha tenido un sentido.

Su efectividad como identidad personal no descansa en la abstracción homogeneizadora que le confieren los nacionalistas, sino en el ejercicio de apropiación subjetiva que de ella hace el individuo, asociándola a su universo afectivo, pues «cuando 'veo' la nación me estoy contemplando a mí mismo». Esto concuerda con lo que uno de sus amigos ha escrito: «Mario es el principal objeto de estudio de Mario Onaindia en sus libros. Es su propio personaje filosófico. [...] Todo lo que Mario ha escrito tiene que ver con su vida». Y teniendo en cuenta que buena parte de lo que escribió trató sobre política, y una parte sustancial versó sobre la nación —y la violencia generada en su nombre—, creo que es fácil conceder que cuando escribió sobre la nación estaba escribiendo sobre sí mismo, que cuando la *veía* se estaba contemplando *a sí mismo*[59].

Este escritor, intelectual y político heterodoxo abrazó en los años ochenta la nación española y se convirtió en un feroz crítico del nacionalismo vasco y la violencia terrorista, terminando sus días amenazado por la misma organización terrorista que había contribuido a crear. En ese proceso presentó lo nacional y lo biográfico como dos fuerzas interconectadas, en el sentido que uno de sus compañeros de generación había formulado a mediados de los 80. Eugenio Ibarzabal, portavoz del

59 Primera cita en A. P. COHEN, «Personal nationalism...», 1996, p. 805; segunda cita en Juan J. LABORDA, «Mario Onaindía», en *Cuadernos de Alzate*, nº 43, 2010, p. 120.

Gobierno vasco en los primeros años de la autonomía publicó, en 1988, una novela de política-ficción centrada en el terrorismo vasco, titulada *La trampa*. En su presentación pública en Madrid comentó: «Va siendo cada vez mayor el número de quienes piensan que la patria es uno mismo y, acaso, unos cuantos amigos»[60]. Onaindia escribió sobre sí y sobre los amigos con quienes compartía un común trauma sobre el que volvió una y otra vez en su evocación biográfica: haber ejercido la violencia en nombre de la patria.

60 Jon JUARISTI, «Un cadáver en el jardín», en Juan ARANZADI, Jon JUARISTI y Patxo UNZUETA, *Auto de Terminación*, Madrid, Aguilar, 1994, p. 190; *El País*, 24 de enero de 1988.

Raymond Carr: La biografía de un historiador†

María Jesús González
Universidad de Cantabria

Aventureros, artistas y escritores, ciertos intelectuales, reyes y reinas así como políticos y revolucionarios de todo tipo parecen ser sujetos naturales de las biografías. Cuando decidí escribir la biografía de un historiador[1] pensaba ingenuamente que era una elección un tanto excéntrica, pero muy pronto me di cuenta de que estaba entrando en un *hortus conclusus* muy fértil en el cultivo de esas especies exóticas que se alimentan de la memoria del historiador: autobiografías escritas por historiadores, o sus variantes más teorizadas a la francesa o a la alemana (como las *égo-histoire, moi-histoire o selbstdarstellungen*), la típica semblanza biográfica breve que se encuentra en los homenajes o *Festschriften*, además de biografías completas y entrevistas grabadas o incluso filmadas[2].

† Escribí este artículo cuando Raymond Carr aún vivía. Falleció a la edad de 96 años, en abril de 2015, cuando el texto ya se hallaba en el proceso final de edición. No he querido modificar nada. Ni actualizar las referencias a su imagen, ni añadir una sola corrección a las observaciones originales que reflejan a un Carr presente y vital.... La memoria de Raymond Carr se mantendrá indeleblemente viva gracias a su obra que enriquece nuestro acervo historiográfico.

Yo le recordaré, además, porque enriqueció una etapa de mi vida permitiéndome asomarme a su particular universo y hacerlo, de paso, un poco mío. Por todo ello, no le puedo estar más agradecida.

Las autoras y autores de este libro se suman a este pequeño homenaje a Raymond Carr.

1 Este artículo reflexiona sobre la elaboración de la biografía de Raymond Carr: María Jesús GONZÁLEZ, *Raymond Carr. La curiosidad del zorro*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2010.

2 Existe, por ejemplo, una colección de 28 grabaciones de entrevistas realizadas a historiadores británicos por colegas más jóvenes organizada por el Institute of Historical Research (solo 4 de los 28 entrevistadores y otras 4 entrevistadas eran mujeres. Una proporción aún menor se aprecia en el conjunto general de las biografías o autobiografías de historiadores publicadas). El propósito de las entrevistas era el de demostrar en qué medida los «antecedentes y experiencias de esos historiadores afectaban a su trabajo»; véanse Roger ADELSON (ed.), *Speaking of History: Conversations with Historians*, East Lansing, Michigan State University Press, 1997; también Roger ADELSON y Russell SMITH, «Videotaped Interviews

Los últimos años han presenciado en el ámbito internacional la publicación de las biografías de algunos importantes historiadores, como las de Fernand Braudel, A. J. P. Taylor, E. P. Thompson, Hugh Trevor-Roper, Sheila Fitzpatrick, e incluso E. H. Carr, quien, a pesar de su famoso *dictum* «antes de estudiar una historia, estudia al historiador» y a pesar de haber escrito biografía él mismo, era bastante reticente hacia el género[3]. Se podría hablar, de hecho, de un discreto auge de las biografías de historiadores, como se aprecia en el catálogo internacional World Cat[4]. Como es habitual, la presencia de mujeres como autobiógrafas, biógrafas o, sobre todo, como sujetos biografiados es muy baja.

Pero no se puede entender el florecimiento de este tipo de biografías sin valorar ciertos cambios previos en la auto/percepción del papel del historiador. La tendencia hacia el análisis biográfico de los historiadores se ha alimentado de una mayor proclividad en los últimos tiempos hacia su autoexposición o revelación del yo, «*self-revelation*»

with British Historians, 1985-1998», en *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, 31/II (1999), pp. 257-268 (258); y Pat THANE, «Interviews with Historians», en *The Historian*, 36 (1992), pp. 18-20. Véase también la web del Institute of Historical Research y las entrevistas para el proyecto (http://www.history.ac.uk/makinghistory/resources/interviews).

3 Una vez se cuestionó si «una buena biografía no era sino una mala historia», según cita Michael COX, «Will the real E. H. Carr please stand up?», en *International Affairs*, 75 (3), 1999, pp. 643-653 (645).

4 Solo unos pocos ejemplos de los dos últimos años, seleccionados mayoritariamente del ámbito anglosajón: Golfo ALEXOPOULOS, Julie HESSLER y Kiril TOMOFF, *Writing the Stalin era: Sheila Fitzpatrick and Soviet historiography*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011; Jean-Pierre BARDET, Denis CROUZET y Annie MOLINIE, *Pierre Chaunu historien*, París, PUPS, 2012; Michael BENTLEY, *The life and thought of Herbert Butterfield: history, science, and God*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2011; Brady CIARAN, *James Anthony Froude: An Intellectual Biography of a Victorian Prophet*, Oxford, Oxford University Press, 2013; François DOSSE, *Pierre Nora: Homo Historicus,* París, Perrin, 2011; Martin DUBERMAN, *Howard Zinn: a life on the left*, Nueva York-Londres, New Press, 2012; Francisco GRACIA, *Pere Bosch Gimpera: Universidad, política, exilio*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2011; Albert L. HURTADO, *Herbert Eugene Bolton: Historian of the American Borderlands*, Berkeley, University of California Press, 2012; Fred INGLIS, *Richard Hoggart: Virtue and Reward*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2013; Yves LEMOINE, *Fernand Braudel, Ambition Et Inquiétude d'Un Historien*, París, Maule, 2010; Kenneth B. MCINTYRE, *Herbert Butterfield: History, Providence, and Skeptical Politics*, Wilmington, ISI Books, 2011; Mark MCKENNA, *An Eye for Eternity: The Life of Manning,* Melbourne, Melbourne University Press, 2011; Doug MUNRO, *J. C. Beaglehole: Public, Intellectual, Critical Conscience*, Wellington, Steele Roberts, 2012; Victoria SCHOFIELD, *Witness to History: The Life of John Wheeler-Bennett*, Londres, Yale University Press, 2012.

—que contrasta con la práctica previa de ocultamiento del yo, «*self-effacement*»[5]— sobre todo entre historiadores del mundo contemporáneo. La autobiografía intelectual del marxista Eric Hobsbawm —que él denominó «la cara B de su edad de los extremos»[6]— parece haber supuesto un estímulo para que otros miembros de la profesión siguieran su ejemplo incluso cuando, como apóstoles del estructuralismo, fueran previamente hostiles a acercamientos de tipo biográfico o autobiográfico[7]. Las autobiografías de Michael Howard, Asa Briggs, Marc Ferro, Sheila Fitzpatrick, Tony Judt, y John H. Elliott suponen, desde diversas perspectivas (personal, intelectual, política o puramente historiográfica), otros ejemplos y estímulos recientes[8].

La cuestión es que los estudiosos del pasado cada vez se hacen más visibles como protagonistas por derecho propio. Algunos historiadores utilizan las narrativas autobiográficas con el objeto de contextualizar, explicar y definir no solo su campo de especialidad, sino el proceso de

5 «*Self-revelation*» y «*self-effacement*» (así como una penetrante narración de la evolución de las autobiografías de historiadores) en Michael DINTENFASS, «Crafting Historians Lives: Autobiographical Constructions and Disciplinary Discourses after the Linguistic Turn», en *Journal of Modern History*, 71/I (1999), pp. 150-165. También es fundamental el trabajo sobre este tema de Jeremy D. POPKIN, *History, Historians, and Autobiography*, Chicago, Chicago University Press, 2005. Sobre las diferencias entre «égo-histoire» o «*moi histoire*», autoergografía y autobiografía véase Luisa PASSERINI y Alexander C. T. GEPPERT, «Historians in Flux: The Concept, Task, and Challenge of Ego-histoire», en *Historein*, 3 (2001), pp. 7-18.

6 Barbara CAINE, *Biography and History*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010, p. 81.

7 Como dice Richard Vinen: «Él [Hobsbawm] era un referente (una "piedra de toque") de respetabilidad académica, y los historiadores a menudo le citaban como forma de valorar sus propias credenciales»; Richard VINEN, «The Poisoned Madeleine: The Autobiographical Turn in Historical Writing», en *Journal of Contemporary History*, 46 (2011), pp. 531-554 (538).

8 Asa BRIGGS, *Special Relationships: People and Places*, Londres, Frontline Books, 2012; John ELLIOTT, *Haciendo Historia*, Madrid, Taurus, 2012; Marc FERRO, *Autobiographie intellectuelle*, París, Perrin, 2011; Sheila FITZPATRICK, *My Father's Daughter. Memories of an Australian childhood*, Melbourne, Melbourne University Press, 2010; Michael HOWARD, *Captain Professor: A Life in War and Peace,* Nueva York, Continuum, 2006; Tony JUDT, *El refugio de la memoria*, Madrid, Taurus, 2011. En España, además de un ciclo de conferencias, se han publicado un número monográfico con narraciones autobiográficas de historiadores en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2005, vol. 27, y otras obras como Jaume AURELL (ed.), *La historia de España en primera persona: autobiografías de historiadores hispanistas,* Barcelona, Base, 2012; e Ignacio PEIRÓ, *Historiadores en España: historia de la historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2013.

escritura histórica, o sus motivaciones ideológicas de clase, género o raza[9]. Pero, aparte del puro ejercicio de reflexión historiográfica que ello implica, se diría que estamos presenciando una nueva escenificación de la ruptura metodológica con esa presunta objetividad científica y anónima de la que los historiadores alardearon tiempo atrás y que implicaba y reivindicaba una aséptica despersonalización del producto histórico. En su lugar, ahora no solo existe un anhelo por parte del público lector de conocer algo más de «la mano antes invisible u oculta tras el trabajo», sino que también entre los especialistas se ha favorecido una especie de celebración y en cierto modo una autohistorización del historiador o historiadora como «persona memoria», bien sea como protagonista activo o simplemente como una ventana al paisaje histórico[10]. Se diría que su presencia y confesiones en el texto como experto-narrador-protagonista de una época le parecen más atractivas y convincentes al público que la historia «a palo seco». Resulta, de hecho, una combinación perfecta: el discurso histórico crea un efecto de realidad y el discurso biográfico un efecto de vivido[11].

Esta nueva moda se revela particularmente evidente en Gran Bretaña, el paraíso de la biografía y la historia narrativa, donde algunos historiadores carismáticos y los llamados *telly-dons* (por su presencia en la televisión) se han convertido, incluso, en estrellas mediáticas. También en Francia el género ha tenido éxito, aunque en su variable más teórica y en parte limitada (tanto en la producción autobiográfica como en la biográfica) al análisis de aspectos más públicos o profesionales, como militancia, generación o metodología historiográfica[12]. En Alemania, este tipo de biografía se vio impulsada, paradójicamente, por la obra

9 Véase Jaume AURELL, «Del logocetrismo a la textualidad: la autobiografía académica como intervención historiográfica», en *Edad Media Rev. Hist.*, 9 (2008), pp. 193-222 (194).

10 Vinen utiliza para Hobsbawm el término «*homme mémoire*», en el que yo he basado mi elección neutra desde el punto de vista de género «persona memoria»; véase Richard VINEN, «Poisoned Madeleine…», 2011, p. 539. Este acercamiento puede inducir a la investigación histórica a virar desde el «¿Qué sucedió?» a «¿Cómo fue para ti?», como destaca David BLACKBOURN, «How Was it for you?», en *London Review of Books*, nº 24, 30 de octubre de 1997, citado por M. DINTENFASS, «Crafting Historians Lives…», 1999, p. 150.

11 Según la distinción que realiza Francois DOSSE, *El arte de la biografía: entre historia y ficción*, México DF, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 432.

12 Como muestran las *ego-histoires* recogidas por Pierre Nora o la obra más reciente de Luisa Passerini, véase L. PASSERINI y A. C. T. GEPPERT, «Historians…», 2001.

de un historiador social enemigo de los acercamientos personalistas. Se trata de H. U. Wehler, quien con sus varios volúmenes con más de 50 biografías de historiadores (*Deutsche Historiker*) en realidad pretendía establecer un retrato generacional-estructural más que destacar individualidades. A pesar de la larga influencia de la escuela de Bielefeld y sus reticencias biográficas, entre 2000 y 2013 se ha publicado «una oleada» de biografías, que no solo se han beneficiado de los debates historiográficos sino que han absorbido elementos cruciales de la historia social[13]. En España, esta variedad biográfica (como otras) ha comenzado a ser frecuentada solo recientemente, y se inserta en el proceso más general de renovación y revalorización de los estudios biográficos[14].

Al margen de constituir una parte más de esa entidad multiforme, poderosa y versátil que conforma el campo de las biografías o las escrituras de vida, el género que aborda las vidas de historiadores se ha ido asentando como una tendencia historiográfica que tiene que ver con diversos factores. Entre ellos destacan el ya mencionado énfasis posmoderno en la individualidad, el sujeto y la subjetividad (que cuestiona esa barrera de la asepsia científica tras la que se ubicaban los historiadores), la revalorización de la narración, la reevaluación de la profesión histórica y, por supuesto, el ya destacado resurgir de la auto/biografía escrita por algunos de sus profesionales más «respetables». En el caso de esta última, tal vez sea el concepto de «reflexividad» el que mejor resuma sus objetivos y orientación. Se trata del proceso por el que el investigador revisa y expone sus valores y sus experiencias sociales considerándolos como elementos que condicionan su propia investigación, algo a lo que el historiador Richard Hoggart animó hace ya mucho tiempo, pidiendo que los investigadores nos pusiéramos junto a nuestras identidades en el «diván sociológico»[15].

Sin embargo, como ya se ha apuntado, el nuevo paisaje historiográfico que está emergiendo, mantiene viejas desigualdades y desproporciones vivas. De hecho, esta nueva tendencia ha nacido con un toque

13 La obra de Wehler y una «*wave of biographies*» en Christoph STRUPP, «A Historian's Life in Biographical Perspective: John Huizinga», en Volker R. BERGHAHN y Simone LÄSSIG (eds.), *Biography, between structure and agency*, Nueva York, Berghahn Books, 2008, pp. 104 y 115.

14 Véase «Los retos de la biografía: Dossier», en *Ayer*, 2014, nº 93.

15 Peter BAILEY, «Foreword», en Michael BAILEY y Mary EAGLETON (eds.), *Richard Hoggart: Culture and Critique*, Nottingham, Critical, Cultural and Communications Press, 2011, p. 11.

de «pecado original»: la presencia de mujeres entre los sujetos auto/biografiados es muy baja. Predomina claramente la elección de sujetos masculinos, incluso por parte de las biógrafas. Las razones de esa elección son variadas, pero a la postre reflejan el desequilibrio demográfico y, sobre todo, jerárquico y «presencial» (e indirectamente de impacto) en la disciplina, que fue tan marcado en tiempos pasados y que, aunque en menor medida, aún sigue existiendo. De manera que, si él o la biógrafa seleccionan un sujeto que ha ejercido una importante influencia historiográfica, estadísticamente es más probable que sea masculino.

A ello se suma el hecho de que las mujeres (historiadoras o novelistas) se mueven con facilidad en el mundo (social, intelectual, etc.) de los hombres, algo no tan claro en el sentido contrario. El hecho es que la práctica totalidad de las biografías de historiadores escritas por hombres y al menos tres cuartos de las escritas por mujeres abordan sujetos masculinos, y la tendencia parece estar creciendo más que decreciendo. Pero cabe cuestionarse si la posible alternativa, una consciente y militante escritura de las biografías de mujeres por mujeres, no supondría otro tipo de «guetoización» historiográfica[16].

En definitiva, cuando comencé a reunir material para realizar esta reflexión posbiográfica, además de la posible trascendencia en la significación o la problematización del tema, me sorprendió la profusión de aportaciones recientes (algunas de ellas altamente teóricas) que se centraban en las biografías y autobiografías de historiadores. Incluso descubrí que existía un término, acuñado hace tiempo pero retomado recientemente, para describir el «discreto género» de las biografías de historiadores escritas por otros historiadores: «cliografía». Así que, de repente, me hallé a mí misma catalogada como «cliógrafa», un título que sonaba bastante «impresionante». No solo eso, también me vi descrita y cuadrando con un molde particular, en palabras de Doug Munro:

> Los cliógrafos […] en general son historiadores profesionales que tienen puestos académicos y que trabajan en el mismo tema o en uno adyacente al de su sujeto […] Los cliógrafos, casi siempre han escrito otras historias

16 Esta reflexión nace de mi conversación con Doug Munro, quien ha realizado un breve estudio muy significativo sobre la materia «Biographies of Historians-matters of gender», que se incluye como apéndice en la versión inglesa de este artículo: María Jesús GONZÁLEZ, «Historicizing the Historian. Writing the life of Raymond Carr», en *Journal of Historical Biography*, 16 (otoño 2014), pp. 1-28, www.ufv.ca/jhb.

antes, aunque hay excepciones. Generalmente rondan o superan con creces la mediana edad, aparentemente de acuerdo con el *dictum* de que los jóvenes están insuficientemente dotados de experiencia mundana para escribir acerca de la vida de otra persona y que la biografía es una pobre elección de carrera para un joven académico prometedor en un estadio incipiente.[17]

Escogiendo el sujeto

Existen, por tanto, notables precedentes de la práctica historiográfica de biografías y autobiografías de historiadores, algo que en los últimos tiempos parece haberse incrementado. También se ha escrito abundante teoría. Y el género hasta puede contar con una titulación propia.

Pues bien: a todo ello yo era felizmente ajena cuando escogí mi sujeto. Así que la primera cuestión a responder tiene que ver con la elección del tema. ¿Por qué la biografía de Raymond Carr? ¿Cómo surgió el proyecto?

«El origen de la cliografía», se ha escrito, «constituye a menudo un gran gesto de solidaridad hacia una persona o un tipo de historia»[18]. Mi propio proyecto, sin embargo, no nació de una particular atracción o afinidad que yo sintiera hacia el sujeto —aunque le conocía personalmente y había mantenido una buena relación profesional previa con él y tenía su trabajo en alta consideración—. Surgió más bien como un puro «accidente», el resultado de una solicitud inesperada. En la primavera de 2003 me llamaron desde la Fundación José Ortega y Gasset. Me propusieron que escribiera la biografía de Raymond Carr, lo que suponía sumergirme en un largo proceso de investigación en el Reino Unido y la

17 El término «cliógrafo», originalmente acuñado por John Clive, y también el de «discreto género», se han tomado de Doug MUNRO, «Biographies of Historians-Or, The Cliographer's Craft», en *Australian Historical Studies*, 43/I (2012), pp. 11-27 (11), autor al que agradezco sus comentarios y sugerencias. La cita está extraída de su «Biographies of Historians…», 2014, p. 13. Véanse también Doug MUNRO, «On the Relationship between Biographer and Subject», en *History Now*, 8/III (2002), pp. 12-16, y «Reflections on Recent Auto/Biographies of Canadian Historians», en *Acadiensis*, 41/I (2013), pp. 195-10. Sus trabajos *The Ivory Tower and Beyond: Participant Historians of the Pacific*, Newcastle-upon-Tyne, Cambridge Scholars Publishing, 2009, y la citada biografía *J. C. Beaglehole…*, 2012, están igualmente centrados en el análisis biográfico de historiadores.

18 D. MUNRO, «Biographies of Historians…», 2014, p. 14.

elaboración final de un libro. Por supuesto, para que esto sucediera era necesario el beneplácito de Carr, porque si bien originalmente se trataba de hacer una biografía intelectual, resultaría inevitable rozar terrenos personales además de «implicar» a numerosas personas de su entorno.

El trabajo resultaba muy estimulante y sonaba como un auténtico reto. Pero yo no estaba en absoluto segura de querer abordarlo y Raymond Carr se mostraba igualmente indeciso. Después de charlar largamente sobre ello, decidimos acometer el desafío —que lo era para ambos y que nunca supondría, en ningún aspecto, una tarea fácil—. Para empezar, la financiación del proyecto se interrumpió unos meses después de comenzar la investigación, aunque para entonces yo estaba lo suficientemente involucrada en el mismo como para decidir continuar por cuenta propia. Como sucede con frecuencia con la escritura de biografías, ya se había creado un «vínculo», un elemento de dedicación obsesiva que permaneció íntegro hasta el final, unos siete años más tarde. La vida y el trabajo de Carr se habían convertido en mi rompecabezas y sencillamente tenía que resolverlo.

Así fue cómo me vi envuelta en lo que, en no pocas ocasiones, yo misma llegué a considerar —por utilizar los términos de Boswell— un empeño «arduo» e incluso una tarea «presuntuosa»[19].

Cuestiones metodológicas

Uno de los primeros quebraderos de cabeza metodológicos a los que me enfrenté fueron las fuentes.

«El olor de fuentes primarias quemadas —sugiere Gillies— flota sobre la historia de muchas biografías literarias»[20]. Lo mismo se podría decir de mi biografía. Raymond Carr, tiempo atrás (nunca supe cuándo ni por qué), había destruido casi todos sus papeles personales. Eso quería decir que tendría que basarme en entrevistas y debería aprender a identificar y definir mi camino sorteando los silencios deliberados, los

19 «Escribir la vida de quien con excelencia sin par ha destacado en la tarea de escribir vidas ajenas es empeño arduo y por lo que a mí respecta quizá pueda tildarse incluso de presuntuosa», en Adam SISMAN, *Presuntuoso afán*. Así escribió *James Boswell Vida de Samuel Johnson*, Barcelona, Belacqva, 2008, p. 9.

20 Midge GILLIES, *Writing Lives: Literary Biography*, Cambridge, Cambridge University Pres, 2009, p. 10.

secretos profesionales y los trucos jugados por la memoria, así como la manera consciente o inconsciente a través de la cual reinventamos el pasado para hacerlo compatible con la imagen que tenemos de nosotros mismos.

Se sabe que la memoria privada, igual que la pública, está abierta a su «sobreescritura, cambio, fracturación, bloqueo o reinterpretación». Y ello sin contar con las memorias prestadas o en evolución[21]. Mi impresión era que en el caso de un historiador, y derivado de su conocimiento y acercamiento profesional al periodo, se producía, al menos, una variable más a tener en cuenta en la distorsión de una hipotética memoria objetiva (si es que tal cosa existe): la historización retrospectiva, o una «ilustración» histórica de las memorias que igualmente afectaría —directa o indirectamente— a las diversas presentaciones de su yo. En muchas ocasiones, me resultaba evidente que Carr leía su propia vida desde su forma de hacer historia.

De alguna manera, como ha destacado un autor, todas las biografías son «conversaciones con sus sujetos»: leyendo sus escritos o escuchando sus voces grabadas (o en vivo) los biógrafos «conversan», cuestionando y analizando acciones y motivos[22]. Pero el hecho de estar en contacto tan directo y continuo con mi sujeto, implicaba que tendría que aprender a protegerme contra la posibilidad de ser consciente o inconscientemente inducida a seguir una línea particular.

El recurso abundante a las entrevistas significaba también que una cierta dosis de autobiografía impregnaría inevitablemente el producto final. Las reminiscencias autobiográficas de Carr constituían una fuente

21 Durante las entrevistas, percibí claramente estas particularidades (y fragilidades) de la evolución de la memoria, así como el efecto de la subjetividad de la percepción que la configura en origen, por ejemplo, en la recreación de Carr del fallecimiento de su abuelo (en realidad, un hecho que no pudo presenciar porque se refería a su bisabuelo, pero de cuya memoria se había «apropiado» al repetirse en las conversaciones familiares) o también en la muy diferente e incluso «incompatible» narración de la atmósfera de Oxford en los años 1939-40 que me ofrecieron Raymond y su esposa Sara (ambos allí por separado en esos momentos y viviendo experiencias y percepciones diversas, e incluso antagónicas, ante la misma realidad). Las variaciones en las memorias pública y privada en V. R. BERGHAHN y S. LÄSSIG (eds.), *Biography*…, 2008, p. 17.

22 John Milton COOPER, «Conception, Conversation and Comparison: My Experiences as a Biographer», en Lloyd E. AMBROSIUS, *Writing Biography. Historians and their Craft*, Lincoln-Londres, University of Nebraska Press, 2004, pp. 90-91.

esencial para la biografía pero, a la vez, en cierto sentido trabajaban «frente a ella y contra ella», en palabras de Anna Caballé[23]. Como resultado, mi narración a veces entrelaza mi propia perspectiva de la historia, o lo que «sucede visto desde fuera», con la percepción y las memorias de Carr, o «lo que sucede visto desde dentro»[24]. Tal interacción entre biógrafa y sujeto resultaba ineludible, y en ocasiones provocó vivos debates entre ambos. Aunque yo escuchaba cuidadosa y respetuosamente, y mantuve su visión y opiniones en entrecomillados y citas, hice lo posible para filtrar o editar su voz, imponiendo la mía en el texto. Estaba decidida a no ser condicionada ni en el tono que quería establecer ni en mis conclusiones. Y aunque al escribir una biografía, bien sea en la estructura del texto o en nuestra escritura, trasciende algo del *ethos* del personaje biografiado, yo quería evitar que mi trabajo tuviera cualquier rasgo de biografía «ventrílocua».

Así mismo, se planteó el problema táctico de cómo entrevistar a un historiador experto que identificaría fácilmente el propósito de mis preguntas y los posibles usos que yo aplicaría a sus respuestas. Fue un ejercicio que el viejo proverbio y maldición china describiría como «interesante». Por otra parte, ambos conocíamos muy bien los escollos, las potenciales trampas relacionadas con la interpretación de las fuentes y los problemas que inevitablemente surgen cuando se reconstruye el pasado. Yo le interrogaba a él, pero él también me interrogaba a mí. A menudo lo hacía para averiguar mi visión de su mundo, un mundo que tuve que hacer de alguna manera mío, intelectualmente al menos. No fueron pocas las veces en las que, cuando escribía sentí la presencia imaginada del historiador mirándome por encima del hombro y, en cierto modo, juzgándome. Me tranquilizaba el hecho de que en conversaciones con terceros él recurriera a mi descripción de los hechos o incluso a mis interpretaciones. Eso quería decir que había conseguido penetrar ese mundo.

Nuestro trabajo comenzó en Burch, la hermosa granja de los Carr en la campiña inglesa. Yo me solía alojar allí como su huésped y durante

23 Anna CABALLÉ, «Biografía y autobiografía: Convergencias y divergencias entre ambos géneros», en James C. DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.), *El otro, el mismo: Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII–XX)*, Valencia, PUV, 2005, pp. 49-61 (53).

24 Las definiciones de historia y memorias son de Agnes HELLER y están citadas por Eric HOBSBAWM, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Londres, Allen Lane, 2002, p. XIV.

mi estancia grababa entrevistas con ambos. A continuación, regresaba a mis cuarteles en Londres para continuar con mis lecturas y mi investigación. Realicé un gran número de tales entrevistas, intentando siempre limitar las sesiones a dos horas o menos. Sin embargo, con frecuencia después de haber interrumpido la sesión para comer o tomar un té, pasear por la campiña o conducir por caminos salvajes y tortuosos hasta el supermercado del recóndito pueblo, nuestras conversaciones divagaban, como suele suceder con las conversaciones. Esa charla informal también se convirtió para mí en «material de investigación». Trabajo y ocio se fundieron conformando un tiempo intenso e interesante. Y yo, por supuesto, tuve que aprender el oficio para convertirme en una entrevistadora eficiente, algo de lo que no tenía experiencia previa.

«No soy en absoluto introspectivo», afirmaba Carr con frecuencia cuando hablaba de sí. Incluso me confesó que nunca había profundizado en sí mismo hasta que le induje a hacerlo a través de mis preguntas. Así que hube de ejercer indirectamente de «psicobiógrafa» en alguna ocasión. Y es que, como biógrafa, me parecía importante conocer a la persona detrás de las mascaras social y académica para aprender a separarla del sujeto público. No sé hasta qué punto he profundizado en su «yo», pero creo que he llegado muy cerca de su «mí», o la construcción de su ser social —según la definición del sociólogo George Herbert Mead[25]—. Y eso, desde luego, resultaba fundamental para satisfacer los propósitos de mi biografía, en cuyo origen no había figurado como objetivo el escarbar en la persona «privada», sino en el profesional «público» y su obra. Otra cosa es que, en su evolución, la biografía se convirtiera en un proyecto más complejo e integrador de los diversos aspectos profesionales y sociales, públicos y privados que, estuvieran interrelacionados o no, fueran o no coherentes, servían en cualquier caso para construir un retrato más completo y complejo y, en definitiva, ofrecer un sentido más vívido del personaje y de las estructuras y contingencias que conformaron su vida y obra.

Además de las cintas grabadas con Raymond y su esposa Sara, llevé a cabo unas cien entrevistas más en Londres, Oxford, Francia, Portugal y España con los amigos de sociedad del historiador y con sus colegas académicos internacionales. En general, los miembros de ambos círculos no se conocían entre sí y a menudo no tenían nada en común. Y

25 George Herbert MEAD, *Mind, Self, and Society*: *From the Standpoint of a Social Behaviorist*, Chicago, Chicago University Press, 1934.

eso resultaba interesante en sí mismo. Pertenecían a dos mundos casi incompatibles, ambos familiares a Carr, quien transitaba entre ellos con facilidad. Sus edades oscilaban entre los sesenta y tantos, y los noventa, de modo que, en ciertos casos, no me atrevía a esperar demasiado antes de entrevistarles y hasta hube de anticipar ciertos encuentros en la secuencia investigadora. De hecho, lamentablemente, muchos han fallecido en los últimos años[26].

La mayoría de los entrevistados eran eminentes académicos, intelectuales o destacadas figures públicas: diplomáticos, miembros de la Cámara de los Lores y gentes de sociedad (de la alta sociedad). Factores como género, clase o raza desempeñan indudablemente un papel en el enfoque y el producto biográfico pero, a veces, también en el proceso de investigación. Como mujer extranjera, de clase media y relativamente joven, fui recibida con amabilidad, así como con curiosidad y, en ocasiones, con una cierta condescendencia no disimulada. Probablemente estaba mal preparada para muchas de las entrevistas. Estoy segura de que no siempre hice las preguntas adecuadas, o estas fueron torpes, en buena parte porque hube de forjar desde la base y sobre la marcha una amalgama del conocimiento básico sobre los mundos académico y social británicos, sobre las vidas y la obra de las personas implicadas o de las que los entrevistados (mayoritariamente hombres) mencionaban y, sobre todo, de los referentes socioculturales que yo apenas comenzaba a conocer. A veces, solo llegué a comprenderlos después de haber realizado la entrevista, cuando la transcribía o cruzaba los datos recopilados con otras informaciones. En la mayoría de las ocasiones no había elección y la única manera de aprehender esos mundos era sumergiéndome en ellos sin manual de instrucciones, como el ciclista novato que debe pedalear para no caerse y aprender a avanzar.

Con todo, acumulé unas doscientas cintas de *cassette* con testimonios. Todos ellos constituían para mí fuentes preciosas, pero si de algún modo me había sentido «intimidada» por ciertos entrevistados, también los percibía como futuros «jueces» del producto de mi trabajo a partir de su visión. Y es que todos estaban implicados y tenían su propio lugar

26 Aline Berlin, Maurice Cardiff, Susan Crosland, sir William Deakin, lady Pamela Egremont, Manuel Fraga, Peter Ganz, Nigel Glendining, Stuart Hampshire, sir Nicholas Henderson, Alistair Hennessy, Eric Hobsbawm, Rose Kenneth, Geoffrey Lewis, Francisco José Mayans, Olga Mayans, John Lowe, lord Anthony Quinton, Danny Schechter, Joshua Sherman, Harry Shukman, Dorothie Storry y Penry Williams.

y su parte (así como su propia imagen «verdadera») en el caleidoscopio de memorias. Esta constatación, por otra parte, me ayudó a reconciliarme con la idea de una pluralidad de perspectivas y a reconstruir y recomponer no solo los «diversos Carr», sino también las trayectorias y el espíritu de una generación social e intelectual.

En este último sentido, la biografía adquiría una naturaleza «coral» o generacional según la cual mi sujeto, a pesar de sus obvias especificidades e incluso excentricidades, se convertía en representativo de un conjunto y una trayectoria socio-cultural y me obligaba a rastrear en unas redes de relaciones e interdependencias que resultaban de gran utilidad para realizar un retrato colectivo, un «envolvente social» con sus rituales y sus trayectorias individuales comunes o divergentes[27].

En el plano social, este estudio generacional resultó útil para confirmar e ilustrar algunos de los rasgos más significativos del peculiar y rígido sistema de clases británico, de sus tics y de sus parámetros culturales.

En el caso concreto de la generación de historiadores en derredor, la biografía de Carr me permitió explorar la evolución historiográfica y el ambiente intelectual. A pesar de la naturaleza individual y hasta solitaria a la hora de escribir, los historiadores no estamos aislados de la comunidad académica. Tanto las aportaciones, como las limitaciones solo pueden entenderse si se ponen en contexto[28].

Pero también he mencionado de qué manera esas entrevistas me condujeron a una visión múltiple y, al tiempo, parcial y fragmentada del personaje. No son pocos los biógrafos que han destacado la imposibilidad de reconstruir no solo al verdadero sujeto, sino al ser completo. Mark Twain realizó una hermosa reflexión sobre esta materia. El autor despreciaba «toda parte de la vida visible», los actos y hasta las palabras, como una fina corteza del mundo real del sujeto: «la masa está escondida en el molino de su cerebro y sus pensamientos», escribió, con sus «fuegos volcánicos que estallan y que no descansan noche y día». Acabó definiendo la biografía como los meros ropajes que recu-

27 Sobre la importancia de la biografía en contexto y lo que Gradmann denomina la «estructura social individualizada», véase V. R. BERGHAHN y S. LÄSSIG (eds.), *Biography…*, 2008, p. 11.

28 Sin llevarlo al extremo al que lo traslada Eckel, que considera que la biografía de un historiador «no es un fin en sí mismo, sino un acercamiento fructífero a la historia de una práctica histórica», ibídem, p. 15.

bren y dan forma externa al hombre. Algo así como el traje del hombre invisible.

En un sentido similar, P. B. Waite ha utilizado la metáfora del brontosaurio en el museo arqueológico, reinventado y erigido majestuosamente con unos pocos huesos reales y muchos kilos de escayola[29]. Consciente de las limitaciones de su reconstrucción biográfica «total» —a pesar de la ventaja de su presencia física— mi objetivo, en última instancia, era el de alcanzar en lo posible la semejanza del personaje y la persona en sus diversas facetas y estadios vitales, y su verosimilitud —yo esperaba que fuera verdaderamente reconocible para sus amigos y colegas—. Para ello necesitaba utilizar toda la artillería disponible: documental y disciplinar.

Aparte de las entrevistas y la correspondencia con numerosas personas, hube de consultar abundantes fuentes primarias, entre ellas: las cartas a las que tuve acceso en los diversos archivos personales, así como las fotos, memorias inéditas y periódicos, los documentos de los archivos públicos de la Universidad de Oxford y sus diferentes Colleges, de las fundaciones Ford y Rockefeller, los fondos de la SEP (Sociedad de Estudios y Publicaciones), en Madrid, y algunos informes desclasificados de la CIA. No tuve acceso, sin embargo, a los papeles del MI6 donde, según me constaba, existían algunos informes.

Los «cameos» de Carr en otras biografías o autobiografías resultaron también útiles, así como su tendencia a insertar sus ideas sobre la historia tanto como escenas de su propia vida en las incontables recensiones que elaboró para *The Spectator* —algo que, según confesó, las hacía muy populares entre los lectores—, una indicación de que la revelación del yo (*self-revelation*) confiere a la narración histórica un tono personal que le puede aportar atractivo e interés. Sus borradores de trabajo a máquina o a mano, garabateados y llenos de correcciones, me resultaban útiles también, tanto como sus comentarios manuscritos en los márgenes de los libros con los que mantenía encendidos diálogos y debates, con admiraciones e interrogaciones, subrayados y notas. Recuerdo sus anotaciones en el libro que trajo bajo el brazo a España la primera vez que vino: *The fabled shore*, de Rose Macaulay. La autora

29 La referencia de Twain y el brontosaurio en P. B. WAITE, *Reefs unsuspected. Historians and Biography in Canada, Australia and elsewhere (a public lecture at Macquarie University, Thursday 3 November 1983)*, Macquarie, University Printery, 1983, p. 5.

destacaba la cordialidad de los españoles, «aplastante amabilidad» apostillaba Carr, aunque en otra nota observaba la desconfianza hacia los extranjeros de ciertos lugareños: «¡¡nos tiraron tomates!!».

La bibliografía histórica y sociológica me sirvió para contextualizar los hechos, así como ciertas novelas de la época que me ayudaron a dar «carne literaria y calidad a los huesos secos de la estadística», como Carr habría aconsejado. Pero, además, recurrí con frecuencia a lo que Antonia Fraser denomina «investigación óptica», algo que me permitió descubrir y describir los escenarios y obtener una más vívida percepción de la atmósfera; un conocimiento sociológico adicional de los diversos medios que Carr había transitado[30].

También observé de cerca a Raymond Carr. Sus reacciones, la manera en que trabajaba o pasaba su tiempo libre, sus hábitos y sus gustos. A veces, verdaderamente, me sentí como una espía[31]. Pronto estaba también siguiendo el rastro de sus huellas pasadas. Deambulando por Oxford y entre sus *colleges*, y particularmente a través de los corredores y jardines de St. Antony's, donde fue *warden*, así como en ciertos viejos *pubs*; visitando sus exclusivos clubs londinenses, a pesar de que en algunos no se permite el acceso a las mujeres; caminando por la zona de Swiss Cottage, donde vivió durante la Segunda Guerra Mundial; entrando en la hermosa iglesia de St. Paul, en Knightsbridge, donde se casó un día lluvioso de septiembre; y haciendo excursiones a los acantilados y brezales del Dorset de su infancia, después de haber leído las descripciones paisajísticas de las *Blue Guides* o los dramas sociales de Thomas Hardy.

La idea era sumergirme en su mundo para entender mejor su diálogo con sus tiempos. Nunca acudí a una de esas cazas del zorro que a él tanto le entusiasmaban —ni quisiera—, pero leí libros sobre ese «deporte» y, por supuesto, todas esas novelas atmosféricas que él mismo leyó o que describían sus años tempranos: los trabajos de Anthony Powell, Evelyn Waugh, Philip Larkin y Kingsley Amis, pero también a

30 El término usado por Antonia Fraser es «Optical Research», en Mark BOSTRIDGE (ed.), *Lives for Sale: Biographers' Tales*, Londres, Continuum, 2004, p. 113.

31 «Como un ladrón, irrumpiendo en una casa y revolviendo los cajones», dice Jill LEPORE, «Historians Who Love Too Much: Reflections on Microhistory and Biography», en *Journal of American History*, 88/I (2001), pp. 129-144 (134); también, Brenda MADDOX, «Biography: A Love Affair or a Job?», en *New York Times*, 9 de mayo de 1999.

sus admirados Hardy, Proust y muchos otros. Hasta compré y disfruté de la música de sus tiempos, por ejemplo, los discos de las *Big-bands* y sus *crooner*, como Al Bowly. Siempre fui amante del té, pero para conseguir ese «sabor puramente británico de los viejos tiempos» probé y me convertí en una adicta del quintaesencialmente oxoniense «Gentleman's relish» (pasta de anchoa), bebí oporto y el excéntrico y empalagoso brebaje que disfrutaban las debutantes: Pimm's Nº 1.

Ya sé que nada de esto era realmente necesario, pero me persuadí de que podría ser útil, como el método de los actores, como una manera de «penetrar» en la piel del sujeto y en la atmósfera del pasado. Y tal vez lo fuera… aunque como escribió Richard Holmes en *Footsteps* —ese hermoso libro en el que reflexiona sobre la escritura biográfica, narrando cómo siguió devota y obsesivamente los rastros de sus personajes—, para su disgusto el puente de Langogne que en su tiempo cruzara Stevenson se hallaba en ruinas y él hubo de cruzar un puente paralelo. Y eso es, como mucho, lo que se puede conseguir al intentar recrear una vida y un ambiente pretérito: transitar rutas paralelas al pasado que, sin embargo —como afirma Holmes— retiene «una presencia física para el biógrafo en paisajes, edificios, fotografías y, sobre todo, en las cartas manuscritas y objetos usados»[32].

Hasta aquí he abordado fundamentalmente mi acercamiento metodológico al historiador, pero siguen aún sin estar claros los *qués* o los *porqués* de mi investigación: esto es, si existía una finalidad más allá de elaborar un retrato personal en correlación con su obra.

Historizando al historiador

Si el propósito de escribir biografías de historiadores es el de hallar una conexión estructural profunda o una coherencia entre su vida y su trabajo, el resultado puede ser ligeramente artificial y decepcionante. En una interesante metáfora relativa a la complejidad que plantea la reconstrucción biográfica de cualquier sujeto, Nye propone el ejemplo de las láminas anatómicas que, superpuestas, conforman una imagen completa y armónica del cuerpo humano: esqueleto, músculos, vísceras y el sistema circulatorio equivaldrían a los diversos «yoes» (sociales, aca-

32 Richard HOLMES, Footsteps. *Adventures of a Romantic Biographer*, Londres, Harper Perennial, 2005, pp. 25-26 y 67.

démicos, privados, etc.). La cuestión no obstante estriba en que, a diferencia de lo que sucede con las láminas anatómicas, entre los «yoes» no existe necesariamente una correspondencia, ni superpuestos configuran una imagen coherente[33]. Y aún más difícil puede resultar coordinar estos con una producción intelectual derivada de procesos complejos y externos al ámbito personal —tal vez con excepciones en el mundo literario—. Está claro que somos multifacéticos, pero no necesariamente coherentes. Por eso intenté no caer en la «ilusión biográfica» de considerar que existía un desarrollo lógico de orden y significado en su vida o entre ésta y su obra.

El propio Raymond Carr negaba indirectamente esa posible lógica cuando, al igual que A. J. P. Taylor, decía de sí mismo que a la hora de escoger sus temas de trabajo era «propicio al accidente», a la casualidad (*accident-prone*), con lo cual rompía con cualquier posible conexión de carácter estructural, ideológica o psicológica[34]. Es cierto, sin embargo, que la familiaridad con su vida me permitió leer su trabajo bajo una nueva luz y también entender cómo trabajaba.

Se puede escribir la biografía de un historiador o historiadora simplemente para entender los orígenes de su vocación, su formación en la profesión o los rasgos básicos de su obra y su desarrollo. El género podría servir como un tipo de investigación «capaz de iluminar las mejores prácticas de la historia» o como una forma de inspiración o «metaconocimiento» historiográfico para futuros estudiantes o historiadores[35]. Pero el estudio biográfico de un profesional de la historia, aparte de la intrínseca cualidad historiográfica derivada de los análisis de su trabajo, metodología e ideas o de la contribución particular del sujeto a la vida académica —todo lo cual podría ser fácilmente disociado de su vida— tiene otras virtualidades.

La biografía de cualquier individuo puede llegar a abordarse como una biografía social y cultural, elaborada con la intención de «explorar

33 Evelyn L. FORGET, «A Hunger for Narrative: Writing Lives in the History of Economic Thought», en *History of Political Economy,* nº 34, Annual Supplement, 2002, pp. 226-244 (233-34).

34 A. J. P. TAYLOR, «Accident-Prone, or What Happened Next», en *Journal of Modern History*, 49/I (1977), pp. 1-18.

35 «Capaz de iluminar…», en D. MUNRO, «Biographies of Historians…», 2014, p. 11. «Meta-conocimiento» y «*égo-histoire*», en L. PASSERINI y A. C. T. GEPPERT, «Historians…», 2001, p. 12.

tanto al individuo como el más amplio contexto social». También puede centrarse en la interacción en el sujeto de las presiones públicas y privadas —o lo personal y lo profesional—. «El test, para una biografía —escribe Nick Salvatore— no es si el sujeto es representativo, sea lo que sea que eso quiere decir, sino más bien qué es lo que podríamos aprender de una determinada vida»[36]. Idéntico principio alentó mi interés en la historización del historiador.

En general, los historiadores no desempeñan un papel central en el campo político o social, y sus vidas tienden a discurrir sin incidentes extraordinarios. Es posible que los estudiantes del pasado no resulten muy diferentes de cualquier otra persona (un *Mr. Everyman*, como lo definiera Carl Becker[37]), pero, de alguna manera, la actividad profesional de un historiador parece proyectar su sombra y enriquecer en retrospectiva cualquier auto/biografía. Hobsbawm, por ejemplo, explicó en una entrevista cómo sentía que había vivido de niño una «experiencia muy centroeuropea» —la de una sociedad desintegrándose sin posibilidad de retorno al pasado: «una atmósfera de fin del mundo»—, mientras que Carr y los británicos no vivieron esa experiencia, pero vivieron (o eso decía) un fuerte sentimiento de «decadencia». ¿Eran, en realidad, Hobsbawm o Carr tan conscientes de vivir esa experiencia como destacan? ¿O se trata de una construcción *a posteriori* de los historiadores-niños? ¿En realidad importa? Se diría que la actividad del historiador se transmuta en su identidad: *Mr. Everyman* se convierte así en *Mr. Historyman*.

Esta peculiar transformación resulta inevitable, tanto en un planteamiento autobiográfico como en uno biográfico. El hecho de contemplar o asumir «la responsabilidad del oficio» lleva a plantear un diálogo denso y bidireccional entre la circunstancia histórica y el conocimiento/producción historiográfica; y aunque no siempre la primera parte del binomio condicione directamente a la última, esta sirve para contemplar con lentes de (variable) precisión la primera. Tal vez porque sea cierto que la historia, como observó Keith Thomas, «intensifica nuestra autoconciencia, nos permite vernos en perspectiva y nos conduce hacia

36 Nick SALVATORE, «Biography and Social History: An Intimate Relationship», en *Labour History*, 87 (2004), pp. 187-92 (188 y 190).

37 Véase Carl BECKER, «Everyman His Own Historian», Annual Address of the President of the American Historical Association, Minneapolis, 29 December 1931, en *American Historical Review*, 37/II (1932), pp. 221-236.

la mayor libertad y comprensión que proviene del conocimiento de sí mismo»[38].

Pero, obviamente, si la vida bajo escrutinio es interesante, creativa y controvertida, además de repercutir en cualquier campo del conocimiento, merecerá la pena registrarla. Como reza el dicho: «No hay problema… no hay historia». O, por reformularlo para la biografía de historiadores, «las vidas plácidas» que transcurren recluidas en el mundo académico «no sirven para un buen ejemplar biográfico»[39].

Tranquila, aburrida, plácida o convencional, en todo caso, no son adjetivos que se puedan aplicar a la vida de Carr —que a veces superaba la ficción—: prisionero en Cuba, nadando con el pulpo-mascota de Ian Fleming, inspirando una famosa película de Losey, tratando con prisioneros de Franco, agentes de la CIA y otros espías, explorando la historia y las selvas latinoamericanas, cazando zorros o intentando domesticar a estudiantes de sangre azul, *fellows* levantiscos o burocracias.

Mi intención original, sin embargo, estribaba en centrarme estrictamente en el desarrollo y la producción intelectual de Raymond Carr, en su trabajo como historiador y específicamente como hispanista. Su obra enriqueció y dio nueva vida a la historia contemporánea de España en un momento decisivo, durante los últimos años de Franco y la Transición, influyendo a más de una generación en España e inspirando lo que se definió —quizá exageradamente— como una «escuela» de historiadores, así como motivando el interés de algunos otros historiadores británicos en la historia contemporánea de España.

Pero él se convirtió, además, en el «reverenciado» hispanista que era consultado por políticos, admirado por estudiantes españoles, premiado y celebrado —incluso acosado— por los medios y festejado por las autoridades locales, a veces como «un popular futbolista o un rey ungido», como apuntó Auberon Waugh. «Era como viajar con la realeza», escribió Richard Cobb después de recorrer España con él en 1990. «Raymond es con todo merecimiento una institución nacional», ironizaba[40]. No encontré nada comparable entre «italianistas» o «rusianis-

38 Keith V. THOMAS, «History and Anthropology», en *Past and Present*, nº 24 (1963), p. 18.

39 D. MUNRO, «Biographies of Historians…», 2014, p. 12.

40 La expresión «héroe o santo» es de Auberon WAUGH, «Homage from Rioja, or Travels with my cousin Raymond», recortes de prensa sin identificar, abril de

tas» o incluso entre especialistas en Grecia o Portugal. Su popularidad como historiador en España —que sería totalmente inconcebible en muchos países— se debía a la calidad y oportunidad de su obra, su personalidad y «encanto» (*disarming charm*, recalcaba N. Attallah[41]), así como a su capacidad para conectar fácilmente con un público extraacadémico. Pero también era el producto de un tiempo y unas circunstancias culturales particulares en España, que salen a la luz en mi trabajo. Así que el estudio de la figura y la «construcción» del hispanista y su trabajo y repercusiones en España constituirían mi objetivo y *leitmotiv* inicial.

Pero cuando comencé a profundizar en el pasado de Raymond Carr, me atrajeron otros aspectos de la historia, y ciertos personajes, hechos y escenarios comenzaron a tentarme para expandir el objetivo de mi investigación e intentar reconstruir un periodo histórico fascinante y los individuos que interpretaron su parte en él. Sobre todo, cuando percibí en el curso de las entrevistas que ciertas cuestiones, paisajes sociales y personajes particulares constituían una referencia recurrente. Según avanzaba la investigación, se perfilaron tres líneas fundamentales, cada una de las cuales estaba ligada a las otras dos de manera «accidental», por utilizar un concepto caro a Raymond Carr, o por una relación causa efecto:

· El desarrollo de la historia de la figura central.
· El mundo intelectual y social de Oxford.
· Las estructuras sociopolíticas de la Inglaterra de la época.

Como resultado, decidí presentar la biografía como una serie de escenas (personales, sociales, intelectuales, académicas o políticas), ninguna de las cuales pretendía cubrir la totalidad de ninguna historia, pero sí recrear, interrelacionar y comprender mejor el universo que rodeó al hispanista inglés. Este fue el momento en el que decidí también cómo iba a plantear el tono de la biografía. Carr no constituiría el objeto estático y aislado de estudio. Se convertiría en un guía dinámico a su tiempo: como actor o presentador, o incluso como receptor silencioso —pero activo— en un segundo plano. Sally Cline lo ha expresado muy bien: la

1989 (papeles de Raymond Carr); Véase también Tim HEALD (ed.), *My Dear Hugh: Letters from Richard Cobb to Hugh Trevor-Roper and Others*, Londres, Frances Lincoln, 2011, p. 192.

41 Naim ATTALAH, *Singular encouters*, Londres Quartet Books, 1990, p. 121.

cuestión es «si la vida de una persona es una ventana a sus tiempos o los tiempos constituyen una ventana a la vida de esa persona»[42].

Vida, ambiente sociopolítico y cultural y obra se articularon, por tanto, como los tres ejes temáticos en los que siempre dominó el hilo conductor biográfico. Se trata de una estructura, en realidad, relativamente convencional, excepto por la naturaleza y profundidad de las incursiones socioculturales. Y está organizada según un patrón temático-cronológico que también es común, salvo que nos llevaba no «de la cuna a la sepultura» sino más bien a un elegante piso en el West End londinense.

La figura central y el paisaje

Como ya he destacado, incluso aunque no pretendiera hacer una biografía «personal», me interesaba capturar en lo posible la esencia del individuo Raymond Carr; sacar a la luz su personalidad —ese arco iris intangible del que habla Virginia Woolf— para hacerle reconocible a sus amigos, colegas y alumnos. Debía construir un retrato humano tan vívido y honesto como fuera posible. Carr y yo estuvimos de acuerdo en que evitaría rotundamente que la biografía se convirtiera en un panegírico: «Se ruega no manden flores». Nada de la «insípida biografía autorizada»[43].

Pero fue entonces cuando surgió otra cuestión de interés: ¿Hasta dónde debía profundizar en el análisis y la revelación? «El biógrafo debe ser despiadado, implacable», me dijo uno de los entrevistados, quien realizó ciertos comentarios personales críticos. Escribe «como si todo el mundo estuviera muerto», sugiere Hermione Lee[44]. Pero otros expertos biógrafos aconsejan lo contrario. El debate no es nuevo, ni con el tiempo se ha llegado a un acuerdo. La cuestión que planteó Stephen Spender en los años setenta «*¿Cuánto debería contar un biógrafo?*» aún sigue flotando —y en los mismos términos[45]—. A mi modo de ver, existen límites; al menos si la persona biografiada está viva. Inevitablemen-

42 Sally CLINE y Carole ANGIER, *The Arvon Book of Life Writing: Writing Biography, Autobiography and Memoir*, Londres, Methuen Drama, 2010, p. 25.

43 D. MUNRO, «On the Relationship…», 2002, p. 14.

44 Hermione LEE, «The Art of Biography nº 4. Interviewed by Louisa Thomas», en *The Paris Review*, nº 205 (verano 2013).

45 Stephen SPENDER, «How Much Should a Biographer Tell?», en *The Saturday Review*, 25 de enero de 1964, pp. 16-19.

te, tuve acceso a documentación de una naturaleza muy personal y que abordaba cuestiones sensibles que yo no deseaba incorporar al texto, por más que resultara tentador desde el punto de vista comercial. No se trataba solo de una cuestión de ética o de respeto por la privacidad. Tal vez hubiera usado ese material en otras circunstancias, en otro tipo de biografía con un personaje central diferente.

Supongo que en cada biografía existe una «frontera» natural cuando se trata de desvelar aspectos personales. Pero concretamente en el tipo de biografía que yo estaba escribiendo, la cuestión era —o así me parecía a mí— ¿qué sentido tenía?, ¿para qué servía en realidad cruzar esa frontera?, ¿añadiría algo que pudiera ayudar a la biografía a cumplir su objetivo fundamental o sería inútil?, ¿podría distraer o incluso distorsionar ese objetivo y el resultado final? Por poner un ejemplo, la biografía del historiador Herbert Butterfield escrita por Bentley ha sido criticada por su excesivo detalle en los aspectos más privados de la vida historiador. Tal y como ha destacado uno de los críticos, sus pasiones sexuales o sus habilidades en la cama «hacen muy poco por incrementar el conocimiento de su obra»[46].

Lo que llamamos biografía (o autobiografía) requiere necesariamente un rostro humano y un alma, tanto como un cuerpo. Lo hemos visto reflejado claramente en retratos o autorretratos de calidad de diversos historiadores: la insensibilidad de E. H. Carr, el egoísmo manipulador de A. J. P. Taylor, la frialdad y represión sentimental de Hugh Trevor-Roper y la excentricidad de Richard Cobb. También encontramos narraciones sobre la orientación sexual de los historiadores, como en los casos de la homosexualidad confesa en las autobiografías de George L. Mosse y Michael Howard, el proceso de transexualización del distinguido economista e historiador Donald (ahora Deirdre) McCloskey. Pero ¿necesitamos todos los detalles en la línea de lo que Eric Hobsbawm describió como «un modo confesional vendible»?[47]

46 Michael BENTLEY, «The life and Thought of Herbert Butterfield: History, Science and God», en *The Journal of Modern History*, vol. 85, nº 4 (diciembre 2013), pp. 936-938.

47 En el caso de George Mosse, eso fue fundamental para entender su trabajo, en el caso de Michael Howard, fundamental para entender su sociedad y su entorno. Véase Jeet HEER, «George Mosse and the Academic Closet», en *National Post*, 30 de septiembre de 2004; también M. HOWARD, *Captain Professor…*, 2006; y Deirdre N. McCLOSKEY, *Crossing: A memoir*, Chicago, Chicago University Press, 1999. E. HOBSBAWM, «Saleable», en *Interesting Times…*, 2002, p. XII.

En todo caso, más allá de profundizar en los espacios recónditos e introspectivos de la persona privada, me interesaba la potencial capacidad heurística, narrativa y proyectiva del sujeto como «ser social», o como clave de acceso y comprensión de su entorno. Por ejemplo, al penetrar en su universo para reflejar el ambiente en el que se desarrolló su formación y su vida, emergieron con fuerza y claridad algunas cuestiones en torno al medio sociopolítico y cultural.

Por una parte se hizo evidente que me estaba asomando a un mundo en masculino. Los *colleges* y los clubs, los juegos sociales, las redes (*old boys' networks*) y los círculos de influencia, los debates intelectuales, las redes transatlánticas y los puestos de gobierno constituían reservas exclusivamente masculinas. El mundo de referencia de Carr —el signo de toda una época— era, indudablemente, un mundo de hombres. Mi biografía sigue y destaca inevitablemente esa trayectoria típica y convencional de las biografías de hombres. Y soy muy consciente de este hecho.

La segunda cuestión emergió por la reiteración de un tic argumentativo. Se trataba de la importancia que tenía para Carr su entorno social. Me pareció que su permanente, casi obsesiva referencia a sus orígenes humildes y ascenso social, y a las personas y las instituciones que le influyeron y hasta le transformaron, superaba el marco de la percepción individual y se debía, más bien, a una poderosa referencia cultural: la del peculiar entramado social británico. Sin embargo, en su estudio sobre el concepto de clase en Gran Bretaña, David Cannadine —siguiendo a Stein Ringen— ha destacado de qué manera su peculiaridad estriba en su interiorización psicológica: «algo que sucede tanto dentro de la cabeza como fuera de ella». La pertenencia de clase estaría, por tanto, conformada y definida por un conjunto de percepciones que la convierten en un «constructo social» más que por una «estructura social» rígida[48].

Carr, asimilado a la élite social, insistía en sus «*working class origins*», pero en su insistencia existía algo de mitificación y tal vez hasta un cierto esnobismo invertido —que contrastaba con su esnobismo de cazador de zorros—, del estilo de aquel Orwell educado en Eton que,

48 «What is peculiar, is not the reality of the class system and its continuing existence, but class psychology: the preoccupation with class, the belief in class and the symbols of class in manners, dress and language». Véase David CANNADINE, *The Rise and Fall of Class in Britain*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, p. XI.

sin embargo, sorbía su plato como los obreros para jugar a ser «*prolier than thou*»[49]. Al abordar este tema, el sociólogo Pierre Bourdieu se convirtió en un aliado a la hora de interpretar y valorar el esfuerzo personal, la trayectoria y las estrategias, lo que vine a denominar la migración social de Carr.

Las instituciones de enseñanza británicas constituían otro de los referentes inevitables a los que apuntaba la trayectoria vital de Carr. Estas, además, se han estudiado desde la sociología o la historia, y criticadas, caricaturizadas o romantizadas por políticos o literatos hasta la saciedad; fundamentalmente las *public schools*, y más concretamente el microuniverso en el que se movió Carr durante cincuenta años, su núcleo de formación y referencia intelectual: Oxford. La importante producción, vitalidad y repercusión de los debates históricos o filosóficos que se celebraron entre los muros de los *colleges* de la centenaria Universidad me sirvieron para reconstruir un feraz ambiente intelectual, en el que las interacciones políticas y sociales tenían tanto peso como las culturales.

Y finalmente quería, claro está, analizar su gestión académica y, sobre todo, el elemento que motivó inicialmente esta biografía: su producción histórica. La biografía de un intelectual precisa necesariamente del conocimiento del medio en el que se producen y se desarrollan sus ideas. Así, la trayectoria y la labor académica de Carr desvelan tanto de su particular formación universitaria y su pertenencia a una élite liberal, como de la democratización de postguerra, la política de la Guerra Fría, el atlantismo o la apertura y cooperación internacional o de las redes político-intelectuales. Existía, por tanto, una estructura que condicionaba inevitablemente su obra —sus elecciones temáticas o su tono— y su pensamiento, aunque por encima de ella flotara en muchas ocasiones el individuo-historiador original, incesante y apasionado. Destacaba el atípico estudioso de Suecia, el admirado hispanista que con su obra oxigenó y enriqueció la historia de España en un momento crucial —influyendo a más de una generación de españoles—, el americanista controvertido y el intelectual voraz, tan prolijo en la producción de artículos y reseñas.

49 P. BAILEY, «Foreword»…, 2011, p. 10.

Postscriptum

Existe un aspecto final sobre el que me gustaría llamar la atención porque constituye un elemento peculiar de esta biografía. Se trata de la relación entre la biógrafa y el sujeto.

«La labor de escribir una biografía —afirma Bernard Crick— implica una prolongada y extraña mezcla de afecto y distancia crítica, de compromiso y reserva»[50]. Y Michael Holroyd ha sugerido que «escribir la biografía de una persona viva equivale a entrar en un campo de minas»[51]. La intensidad de la relación y la implicación del biógrafo con el biografiado en el curso de la escritura parecen algo natural y bastante común, como lo es también el carácter «volátil» de esa relación. Se ha vertido mucha tinta en explorar este tema. Los biógrafos han sido definidos como «cazadores, amantes y traidores» de sus sujetos. «Todo gran hombre hoy tiene sus discípulos —escribió Oscar Wilde— y es usualmente Judas el que escribe la biografía»[52]. Me gustaría destacar una serie de puntos sobre estos aspectos:

1) Yo no fui invitada por Carr a ser su biógrafa. En realidad, ambos aceptamos el proyecto con ciertas reticencias, tal y como ya he destacado. Y él mantuvo hasta el final sentimientos enfrentados acerca del mismo. Recientemente he sabido que esta no es una actitud poco común, como demuestra la narración de Ignatieff sobre la compleja actitud de Isaiah Berlin hacia su biografía. Ignatieff confesó que inicialmente Berlin consideraba la biografía una «idea ridícula, absurda» —igual que Carr—. Fue solo después de entrevistarle durante tres años, en los cuales Ignatieff «le plantearía solo una pregunta a principio de la hora y otra al final», cuando Berlin comenzó a mostrar interés y a comprometerse con el proyecto «cuando empezó a confiar en mí y se sintió más confortable». Aunque —según destaca el autor— «adoptó un acerca-

50 Bernard Crick, citado por D. MUNRO, «On the Relationship…», 2002, p. 16.

51 Michael HOLROYD, «Finding a Good Woman», en Mark BOSTRIDGE (ed.), *Lives for Sale. Biographers' Tales*, Londres, Continuum, pp. 160-65 (161).

52 Oscar WILDE, «The Butterfly's Boswell», en *Court and Society Review*, 20 de abril de 1887, p. 378; D. MUNRO, «On the Relationship…», 2002, p. 12; J. LEPORE, «Historians Who Love…», 2001, p. 137. «Estar excitado por, estar desmoralizado, paralizado, estar nervioso, estar envidioso de, estar enfadado con: estas son todas las posibles respuestas, a menudo con el mismo sujeto en el curso de un día de escritura. El sujeto es siempre un enemigo; siempre hay una búsqueda en curso». «¿Le "gusta" al cazador el zorro? No necesariamente»: B. MADDOX, «Biography: A Love…», 1999.

miento fundamentalmente pasivo a mi proyecto, esperando la pregunta correcta antes de proferir la respuesta, y tuve que esperar años antes de desentrañar cuáles eran los que él consideraba elementos fundamentales de su vida y su pensamiento». Berlin incluso le «recontó» algunas historias «con un nuevo giro o matiz». Aparte de esto, Berlin prohibió la publicación de la biografía mientras estuviera vivo[53]. Existen otras relaciones biográficas que acaban verdaderamente mal, como las de Arthur Koestler con su primer biógrafo autorizado al que le dijo «usted escriba como si yo estuviera muerto» y luego le hizo sufrir una pesadilla jurídica y personal; o la gran ruptura entre Nadine Gordimer y su biógrafo Ronald Suresh, tras una estrechísima colaboración[54]. Pero, afortunadamente, ese no fue en absoluto mi caso.

2) «Mejor lee lo que he escrito» y «mi vida no es importante». Comentarios como estos eran frecuentemente vertidos por Carr para intentar encauzar la biografía hacia cuestiones estrictamente intelectuales. El hecho es que, a diferencia de su amigo Isaiah Berlin, aceptó que su biografía fuera publicada en vida, *warts and all*. Tal aceptación implicaba generosidad y confianza en mi trabajo. Pero también conllevaba el valor de enfrentarse a sus aspectos más críticos y a una imagen probablemente percibida como ajena en el espejo de sí mismo, tras esa inevitable transformación que propicia la aplicación de los filtros, estructuras e interpretaciones establecidas por quien escribe la biografía. Tal y como señalara Virginia Woolf en su famosa metáfora del biógrafo observando ese «tanque mágico» del pasado habitado por sus protagonistas reducidos a «figuritas»: «mientras se mueven las dispondremos según toda clase de pautas que ellas desconocían, pues en vida creyeron que podían ir a donde quisieran; y mientras hablan, encontraremos en sus dichos toda clase de significados que nunca se les ocurrieron, ya que en vida creyeron que decían sin rodeos todo lo que se les venía a la cabeza. *Pero una vez se está en una biografía todo es diferente*»[55].

53 Véase Michael IGNATIEFF, «Berlin in Autumn», en Alistair HORNE (ed.), *Telling Lives: From W. B. Yeats to Bruce Chatwin*, Londres, Papermac, 2000, pp. 365-376 (373).

54 Véase Ronald SURESH, *No cold Kitchen: A biography of Nadine Gordimer,* Johannesburgo, STE Publishers, 2005; Rachel DONADIO, «Nadine Gordimer and the Hazards of Biography», en *New York Times,* 31 de diciembre de 2006; Ian HAMILTON, «Biography», en «The Life and Death of Arthur Koestler», en *Encounter*, vol. 61, nº 1, julio-agosto de 1983, pp. 18-23.

55 Virginia WOOLF, *El lector común*, Madrid, Lumen, 2013, p. 207.

3) Tener la posibilidad de discutir ideas y acontecimientos concretos con la persona de la que estaba escribiendo supuso un privilegio y una ventaja, incluso cuando en lo único que estábamos de acuerdo era en nuestro desacuerdo y yo tuve que proceder con precaución para no verme condicionada por una presencia personal e intelectual arrolladora. A veces, de hecho, hubiera preferido los silencios y los espacios de reflexión que propician un buen montón de aburridos papeles personales: «la tinta palidecida —recuerda Cooper— es más fuerte que la más brillante memoria»[56].

4) Durante el proceso de trabajo mi relación con Carr fue variando a lo largo del tiempo. ¿Quién era exactamente yo?, ¿una alumna?, ¿una colega con la que debatir cuestiones de historia?, ¿la extranjera que realmente no conocía el complejo mundo sociocultural británico?, ¿la «traidora» dentro de casa que sabía demasiado? Por otra parte, la cercanía personal puede resultar abrumadora y, a su vez, desmitificadora. Para conseguir un equilibrio científico yo debía «cosificar» a mi sujeto. La decisión de mantener una distancia aséptica entre nosotros dictó nuestro programa de trabajo. Aunque a muchas de nuestras sesiones de trabajo les seguía alguna situación social de ocio, estas se convirtieron para mí en una extensión de la labor investigadora, de manera que no podía suprimir la sensación de que no solo estaba invadiendo su privacidad, sino que me estaba beneficiando de esa invasión para mis propósitos.

5) La edad y el género también jugaron su papel en esta obra, igual que la «no pertenencia» nacional-cultural. En esa red de viejos chicos y en los círculos académicos en los que Carr vivió y se movió, una mujer extranjera tiene que ganarse sus credenciales. Eso es algo que normalmente no se le exige a un biógrafo que trabaja con un personaje histórico.

6) Al trabajar con él, Carr suponía para mí, a la vez, el maestro historiador y mi —a veces reticente— objeto de investigación. Esa misma dualidad también se reproducía en nuestro trato, tanto personal como

56 La presencia personal y la interacción es también importante porque «aspectos de la personalidad se hacen evidentes en la expresión y gestos de una manera que no lo son en el lenguaje escrito o en la palabra hablada», como dice Pat Thane para justificar la grabación de las entrevistas de historiadores en P. THANE, «Interviews…», 1992, p. 19. Véase J. M. COOPER, «Conception, Conversation…», 2004, p. 92.

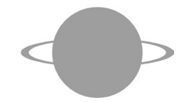
profesional. En ocasiones era difícil separar ambas facetas de nuestra relación. Durante el largo proceso de investigación y escritura, surgieron ciertas situaciones de «alta intensidad humana», entre ellas el fallecimiento de su esposa Sara y la enfermedad fatal de su hijo Matthew. El biógrafo o biógrafa que escribe habitualmente sobre figuras históricas no está entrenado para afrontar situaciones como estas o los sentimientos y emociones que provocan.

Me gustaría concluir con una cita de Adam Sisman que describe los estados anímicos que atravesó Boswell cuando estaba escribiendo su biografía del Dr. Johnson:

> En ese proceso, Boswell experimentó en grado extraordinario la alegría y la depresión, el orgullo y la humillación, la confianza y las dudas, la satisfacción, el dolor, la soledad, la desilusión...[57]

Todo eso me resulta bastante familiar. Y también la sensación de haber vivido una experiencia irrepetible. Sisman añade el «duelo» a esa lista. Afortunadamente ese no es el caso con Carr que aún está felizmente entre nosotros, viviendo y por tanto produciendo un capítulo inédito de su propia biografía.

57 A. SISMAN, *Presuntuoso afán*..., 2008, p. 15.





La Historia, hoy, debe construirse y relatarse a escala comparativa y global. La Institución Fernando el Católico pretende con esta nueva colección presentar una selección de temas y problemas comunes tanto a la experiencia histórica de la mayor parte de las sociedades, próximas o lejanas, como a la historiografía que se escribe en el presente, así como proporcionar los instrumentos teóricos y conceptuales más generales y de uso más eficaz para la comprensión del pasado.

Colección Historia Global

Dirigida por Carlos Forcadell

1. **Heinz-Gerhard Haupt y Dieter Langewiesche** (eds.)
   Nación y religión en Europa
2. **Manuel Pérez Ledesma y María Sierra** (eds.)
   Culturas políticas: teoría e historia
3. **Danièle Bussy Genevois** (ed.)
   La laicización a debate
4. **Lutz Raphael**
   La ciencia histórica en la era de los extremos
5. **Mónica Bolufer, Carolina Blutrach y Juan Gomis** (eds.)
   Educar los sentimientos y las costumbres
6. **Carlos Forcadell, Antonio Peiró y Mercedes Yusta** (eds.)
   El pasado en construcción
7. **Isabel Burdiel y Roy Foster** (eds.)
   La historia biográfica en Europa

El creciente interés de los historiadores por la perspectiva biográfica ha producido una renovación sustancial de la biografía tradicional, tanto desde el punto de vista teórico y metodológico como de las prácticas de investigación y escritura. Este libro recoge una cuidada selección de resultados de las actividades de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía/European Network on the Theory and Practice of Biography, desde su creación en 2008 hasta la actualidad.

Sus objetivos básicos han sido la identificación de problemas específicos a la luz de los debates historiográficos más actuales y la discusión del potencial analítico de la historia biográfica para proporcionar una visión más abierta, compleja y plural del pasado, así como la reflexión sobre su capacidad para cruzar escalas, espacios y esferas desde una perspectiva transnacional, global, interesada en la mezcla y la hibridación, con historias que se conectan y entrecruzan.

Ello ha permitido abordar de forma diferente materias clásicas como la identidad y la pertenencia, la subjetividad y la representatividad, las nociones de «gran personaje» y «gente corriente», la construcción de lo público y lo privado, de los intereses y las emociones; la posición del biógrafo y su capacidad para argumentar la significación histórica de una vida individual, los temas cruciales de la empatía, de la dimensión ética, de las técnicas argumentativas y de los recursos expresivos de la nueva biografía.

La cuestión clave, por lo tanto, no es ya sobre *quién* se escribe y argumenta sino el *cómo* se hace. Este libro trata de mostrar la amplitud de posibilidades abiertas por la saludable pérdida de inocencia teórica y metodológica de los estudios biográficos.





